ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA LATINA

J. C. FERNÁNDEZ CORTE
A. MORENO HERNÁNDEZ



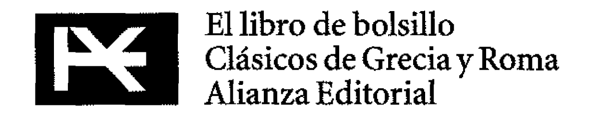
Clásicos de Grecia y Roma

Alianza Editorial

ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA LATINA

(ss. III a.C.-II d.C.)

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
DE J. C. FERNÁNDEZ CORTE
Y A. MORENO HERNÁNDEZ



El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1996
Primera edición, revisada, en «Biblioteca temática»: 2001
Tercera reimpresión: 2009

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Rafael Sañudo
Ilustración: Rafael Sañudo

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-7234-2
Depósito legal: M. 39.241-2009
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Coto de Doñana, 10. 28320 Pinto (Madrid)
Printed in Spain

PRÓLOGO

Pensemos en la imagen del foro romano. Fragmentos de edificios diversos, de épocas distintas, en estados de conservación diferentes, algunos casi enteros, otros sólo en los cimientos; el público participa de lo que se ofrece a la vista con ayuda de diversos instrumentos interpretativos: guías con fotografías, gráficos, explicaciones varias que le permiten reconstruir en su mente, volver a experimentar cada uno de acuerdo con su cultura, dedicación, formación en el mundo antiguo, instrucción. Algunas operaciones se presentan más difíciles e ilusorias que otras: podemos incluso hacernos una idea aceptable del foro de la época de Constantino, esto es, damos un corte diacrónico en una época significativa del Bajo Imperio. La propia vida histórica romana fue seleccionando las construcciones que a su juicio merecían ser preservadas por razones, más que estéticas, utilitarias, políticas o religiosas. Y hay también vestigios de construcciones desechadas, residuos de foros de otras épocas y otros emperadores –¿cómo era el foro de Nerón, cómo era con la *domus aurea* como edificio señero y sin la proximidad del anfiteatro Flavio, el mercado de Trajano o la basílica de Majencio?– cuya concepción original apenas se deja atisbar.

Algo similar ocurre con la literatura latina y la forma de acercarnos a su lectura. Se trata de una producción conformada a lo largo de un rico y complejo proceso creativo del cual se ha perdido un porcentaje muy elevado de las obras originales. Contamos con lo que ha llegado hasta nosotros, luego lo reducimos a fragmentos, como nos llevamos del foro fotografías, recuerdos, toda clase de documentos, pero a otra escala, no a la misma de la realidad. Finalmente hablamos de todo, lo conservado -ya de por sí una parte ínfima, pero no siempre una ruina, como el Panteón- y lo que hemos elegido -eso sí ruina de una totalidad-, e imitamos, con nuestra manera fragmentaria de hablar, tanto el modo de selección que hemos llevado, como la forma en que el tiempo nos ha transmitido el legado antiguo.

La antología de una literatura participa más de la esencia de lo literario que la relación completa de las obras de esa literatura. Una antología es una lectura, y las lecturas son selectivas, tanto por lo que eligen como, sobre todo, por lo que omiten. En una obra literaria hay siempre partes más acentuadas, más memorables, aunque no necesariamente las mismas, según épocas, modas o personas; y el resultado de nuestra lectura suele recogerlas o elaborarlas más, porque poseen cualidades que las hacen más adhesivas a la memoria. Las literaturas son siempre incompletas porque nunca se encuentran criterios inequívocos para decidir cuándo una obra es o no es literatura: al menos se deja amplio margen de variación. Y la literatura latina nos ha llegado incompleta porque múltiples circunstancias han intervenido en su transmisión: de una parte accidentes externos, como catástrofes, guerras, quemas de bibliotecas; de otra, factores internos, como la escuela o la recepción del paganismo por el cristianismo. Unos y otros han colaborado para decidir lo que se debía seleccionar. Cuando a este doble proceso de fragmentación de un cuerpo que imaginamos (pero que en realidad nunca es) homogé-

neo, le añadimos la arbitraria fragmentación de una antología, más que someternos a una necesidad ineluctable, estamos realizando en nosotros una de las maneras de ser más propias de lo literario, su discontinuidad y fragmentación.

Así pues, la *Antología* que presentamos no puede ser ajena a estas circunstancias, ni menos aún a las preferencias y criterios de sus autores. Nuestro propósito ha sido intentar reflejar, en la medida de lo posible, la tensión, riqueza y diversidad de las manifestaciones literarias latinas, procurando evitar, al mismo tiempo, visiones excesivamente unívocas, monolíticas o simplistas de las obras y sus autores, aunque sin duda muchos aspectos y textos han quedado inevitablemente fuera. En la selección de textos se ha dado entrada a pasajes que puedan resultar, en cierto modo, representativos, a juicio de los antólogos, como reflejo del estilo de cada escritor y de sus formas de entender y practicar la creación literaria; no sólo por su condición de testimonios «clásicos» –noción de contenido relativo y variable en función del canon y los gustos de cada época–, avalados por su presencia e influjo reiterados en la tradición literaria y escolar posterior, sino también por otros factores relevantes como éstos: su originalidad o aportaciones propias –conceptos igualmente sujetos a cambios históricos–, por el contenido o por su tratamiento; la formulación de reflexiones significativas sobre su propia creación o sobre otros escritores y obras literarias, autorreflexión e intertextualidad; y las relaciones con los receptores a los que iba destinada la obra, el entorno y la sociedad en la que surge y que llegan a convertirse en temas y motivos literarios, como puede ser la propia ciudad de Roma.

Los textos seleccionados abarcan desde los orígenes de la literatura latina hasta finales del siglo II d.C., comprendiendo lo que convencionalmente se entiende como Épocas «Arcaica», «Clásica» y «Postclásica», hasta el momento de la

aparición de las primeras manifestaciones cristianas en latín. Con vistas a facilitar la manejabilidad del volumen, el material se ha articulado sobre la base de una distribución cronológica y, dentro de ésta, se han agrupado los testimonios en verso y en prosa, lo que ha permitido mantener los textos bajo el epígrafe de su autor salvo en el caso de Séneca el Filósofo, que cuenta con una entrada para su producción en verso y otra para la prosa. Las versiones castellanas empleadas intentan asimismo dejar constancia del rico y diverso acervo de traducciones de los textos latinos en el mundo hispano, sin que ello suponga menoscabo alguno para otras muchas tan o más valiosas. A todos estos traductores debemos agradecer su enorme contribución al entendimiento y difusión de la literatura clásica *.

No hace falta insistir en que estos pasajes no constituyen un fin en sí mismos, ni pretenden suplantar la lectura de las obras completas; se ofrecen, por el contrario, como meras sugerencias para abrir caminos al lector. Igualmente la Introducción que sigue no aspira a reemplazar a una historia de la literatura, sino más bien se limita a insinuar posibilidades de lectura e interpretación sobre algunas cuestiones.

* Las nuevas traducciones realizadas por los compiladores para esta *Antología* se basan en las siguientes ediciones:

Lucilio: pasajes 25-28 (F. Charpin, París, 1979). Catón: 29 (M. Chassignet, París, 1986); 30, 31 (A. Mazzarino, Leipzig, 1982). Varrón: 61 (Ch. Guiraud, París, 1985); 62 (J. P. Cebé, Roma, 1977). Cicerón: 64 (D. R. Shackleton Bailey, Cambridge, 1990); 66 (A. C. Clark, Oxford, 1911); 67 (O. Gigon, Darmstadt, 1984); 68 (A. C. Clark, Oxford, 1918); 69 (E. Bornecque, París, 1961); 71 (A. C. Clark, Oxford). Manilio: 196-199 (G. P. Goold, Leipzig, 1985). Séneca el Rétor: 223-225 (M. Winterbottom, Cambridge Mass., 1974). Veleyo Patérculo: 226-231 (J. Hellegouarc'h, París, 1982). Silio Itálico: 260, 261 (J. Volpilhac, M. Martín y otros, París, 1979-1992). Valerio Flaco: 262, 263 (J. H. Mozley, Cambridge Mass., 1968). Estacio: 264-269 (A. Traglia - G. Aricó, Turín, 1980). Quintiliano: 287-293 (M. Winterbottom, Oxford, 1970). Gelio: 326-329 (P. K. Marshall, Oxford, 1968). Floro: 330 (P. Jal, París, 1967).

Una tímida incitación, en fin, para descubrir la vida, la tensión que late en este entramado de formas, ideas y sentimientos en que surge la creación literaria antigua, dándonos de nuevo la oportunidad de encontrar otras maneras de mirar el mundo, el suyo y el nuestro, a través de sus palabras *.

J. C. F. C. y A. M. H.

* En esta reedición se han respetado los pasajes seleccionados en la edición de 1996.

INTRODUCCIÓN *

1. La producción de la literatura latina

1.1. *El marco sociopolítico*

Las relaciones entre la vida intelectual y el ambiente sociopolítico de Roma configuran el trasfondo del que emergen buena parte de las creaciones literarias latinas. En torno al siglo III a.C., cuando se documentan los primeros testimonios de carácter literario, se empieza a vislumbrar en los grupos políticamente más destacados y de cierta formación cultural, como el antiguo patriciado y la clase senatorial, los primeros indicios de un debate de hondo calado entre el apego a la cultura tradicional romana –postura todavía netamente dominante– y la apertura hacia el mundo griego, una apertura que con el tiempo se verá favorecida por vía popular a través de la penetración de doctrinas filosóficas de ascendencia helenística más o menos banalizadas y el éxito de algunas adaptaciones de obras griegas, como las comedias de Plauto.

* Las cifras entre corchetes recogidas en esta Introducción remiten al número del pasaje correspondiente de esta *Antología*.

La progresiva asimilación de elementos helénicos trae consigo un cambio en el papel y en la valoración de los intelectuales. Desde el último siglo de la República hasta el Imperio, hasta el momento en que los emperadores influyeron decisivamente en las letras latinas, los miembros de la clase senatorial romana rivalizan por repartirse entre sí los intelectuales y filósofos griegos, los anticuarios y eruditos romanos, y también los maestros de retórica y los profesores de literatura, los expertos en organización de bibliotecas, y, por último, los escritores, consecuentes portavoces en sus obras de la diversidad de intereses de las elites republicanas que los mantienen. De esta forma los cambios de hegemonía en la elite dirigente, sus aspiraciones políticas, así como la visión de sí misma, en relación con el Estado y en relación con el pueblo, determinan a un tiempo la aparición de la literatura y los temas literarios fundamentales. Los valores patricios y de la *nobilitas* hallan su reflejo en una serie de formas literarias: *laudationes* fúnebres, anales, épica, tragedia de asunto romano o *praetexta,* producidas por escritores que mantienen relaciones de clientela con sus patronos de la nobleza y producen obras de encargo sobre sus hazañas o las de sus ilustres antepasados.

Los conflictos entre grupos sociales y políticos, entre estamentos primero, entre *optimates* y *populares* luego, están presentes en la literatura histórica desde que aparece plenamente formada, influyen en la épica y en la orientación de los escritores, hacen que la política y lo público estén en el discurso político y privado, en la lírica y en cualquier forma literaria republicana. Hay una continua revisión de la historia de Roma, interna y externa, de las aportaciones de personajes y familias, así como de valores romanos relacionados con esta historia. Se descubre y fija por escrito la misión civilizadora de Roma y también la decadencia moral que experimenta la ciudad tras la destrucción de Cartago, denunciándose la hipocresía y corrupción de costumbres frente a la

simplicidad primitiva que era regla en los albores de la propia historia. Las elites dirigentes romanas, a través del material y las ideas que les llegan de Grecia, elaboran sus propios mitos para perpetuar su influencia y su poder e impregnan de sus intereses políticos casi todas las formas literarias que se producen antes del último siglo de la República.

Pero también hay escritores que se saben distanciar de estas circunstancias. La sinceridad con que se encaran los temas políticos depende en una buena medida de la posición social del escritor y de su independencia económica. Lucilio y Catulo, su libertad de palabra y los géneros que cultivan, nos dicen muchas cosas en este sentido. La igualdad de fuerzas republicana permite a los escritores ser veraces en su manera de encarar el tema de Roma o en su negativa a hacerlo prefiriendo asuntos más frívolos. También tienen capacidad para denunciar la mentira de los valores establecidos, o la violación de las verdades oficiales mostrando la otra cara de las mismas. Esta *libertas* personal, derivada de la política, del régimen que se llamaba *libertas,* se echará más de menos cuando se haya perdido. Con el paso de la República al Imperio, muchos escritores se convierten en una especie de clientes del Estado y del Emperador, ejerciéndose un considerable control sobre la producción intelectual acerca de temas que antes se manejaban mucho más libremente: la historia de Roma, sobre todo la contemporánea, se vuelve peligrosa; así, tampoco es conveniente ser original en cuestiones como la decadencia o renacimiento en tiempos recientes, la valoración del gran cambio político, o el elogio de figuras del pasado y los valores que representan.

1.2. *El marco cultural y literario*

La literatura latina procede, en buena medida, de la griega. Vista con ojos románticos, esta afirmación supone un me-

noscabo de su originalidad, puesto que géneros, temas, situaciones, personajes, lenguaje y estilo, por no hablar de teorizaciones como las de la retórica o poética, todo procede de la cultura griega. Desde esta perspectiva, durante parte del siglo XIX se tuvo a la literatura latina por poco original y se utilizó como medio para reconstruir perdidas obras griegas a las que se atribuía el valor de lo genuino y lo auténtico. Ahora bien, más tarde se descubrió que la originalidad y la creatividad en literatura son cuestiones sometidas a la historia y al cambio, por lo que no siempre se concibieron de la misma manera: puestos a ser verdaderamente historicistas, se decidió atender a la manera en que los propios antiguos concebían la producción de la literatura.

Se observa en un campo tan representativo como la retórica que el orador (y esto vale también para el escritor) adquiere las cualidades que lo constituyen a partir de cuatro principios: *ingenium, ars, imitatio* y *exercitatio.* El *ingenium* implica el cultivo de las cualidades innatas; las *artes* o tratados de retórica son exposiciones sistemáticas de principios que, ordenadamente, describen en qué consiste esta actividad y cómo puede practicarse; la imitación *(imitatio)* se ejercía sobre ejemplares sobresalientes [289, 290], productos destacados de los predecesores griegos y latinos, un proceso que también incluía su traducción del griego al latín, y, por último, la *exercitatio* consistía en ejercicios de todas clases, entrenamientos escolares, que eran distintos de los discursos verdaderos, pero servían para desarrollar y pulir variadas facetas del futuro orador; en ocasiones era la descripción de un personaje, en otras una argumentación con ejemplos históricos, en otra una discusión de temas técnicos, etc.

Vistas así las cosas, la formación de un orador o de un escritor comenzaba en la escuela [287], mediante una familiarización con técnicas que, en la práctica, implicaban un auténtico bilingüismo (greco-latino) y un continuo trabajo

con textos: lo mismo se traducían, que se parafraseaban, reducían, ampliaban, aplicaban a otra cosa o se cambiaban de forma: de prosa a verso, de un estilo elevado a uno bajo, del estilo directo al indirecto, de lo general a lo particular, de la descripción de un personaje en términos satíricos a un discurso contrapuesto en términos encomiásticos, etc. Por medio de este continuo trabajo con textos la producción literaria se reducía en una buena medida a una cuestión técnica que, si bien tenía en cuenta las cualidades innatas del individuo (véanse los consejos de Cicerón [63, 64, 66], Séneca [249-251] y Quintiliano [290] en este sentido), estimulando algunas y puliendo otras, no hacía, desde luego, anidar el origen de la creación literaria en el propio escrito ni en sus vivencias –ahí está la historia de la formación de la individualidad y de la subjetividad y de lo que ha tenido que ocurrir para que alguien piense que lo propio es algo valioso de comunicar.

Desde esta perspectiva, incluso la venerable tríada de actividades, *interpretatio, imitatio* y *aemulatio,* con la que se intentaba contraponer y distinguir la creatividad literaria latina de la griega, debe sufrir una profunda reinterpretación. La *interpretatio,* para empezar, no equivale a la traducción tal como se practica escolarmente, que pretende verter de la manera más fiel posible un original, dejando a un lado incluso sus cualidades literarias (así traducimos verso por prosa, explicamos las figuras, deformamos el estilo, con tal de ser «literales»), sino que se entendía de una manera más próxima a como hacían los autores del Renacimiento, que se sentían continuadores literarios de aquel material común y pensaban que debían contribuir, todavía, a embellecerlo más en su propia lengua. Fray Luis de León continúa a Horacio, siguiendo el sentido de sus imágenes, añadiendo otras nuevas, vertiendo de cerca cuando puede, expandiéndose en otras ocasiones. Y así hicieron Andronico, Nevio, Ennio, Plauto y todos los demás con los ejemplares griegos: su mi-

sión no era ser fieles al original, acercarse lo más posible, sino conseguir bellezas semejantes a las suyas para que las degustase su propio público en otra lengua.

Cuando el sentido no era claro, se cambiaba, glosaba, interpretaba, siguiendo los condicionamientos de la lengua y de la cultura latinas, y permitiéndose los lujos que en cada caso eran posibles. Si no podemos ser tan sutiles como los griegos, seamos más vigorosos, recomendaba Quintiliano. La confrontación detallada de textos literarios griegos y latinos permite desgajar una serie de principios más o menos comunes a las «versiones» latinas: vigor, efectismo, tendencia al patetismo, cierta despreocupación por la coherencia de la acción en beneficio de la impresión enérgica, etc. Esto, según la estética en cierto modo barroca de la literatura arcaica. Pero las capacidades expresivas de la lengua latina aumentan con el ejercicio y el contacto incesante con textos griegos, y las aspiraciones poéticas de Catulo o Virgilio son muy diferentes de las que se permite Ennio: entre otras cosas porque Catulo y Virgilio pueden volverse a los originales griegos teniendo delante las versiones del propio Ennio o los tragediógrafos Accio y Pacuvio. La retórica fomentaba en particular la producción de discursos ante los tribunales y ante las asambleas políticas o el senado, pero también, en virtud de la generalización de sus preceptos, propiciaba cualquier otra actividad oral o escrita. Para ello, desarrollaba en los que se servían de ella una notable capacidad para juzgar y analizar producciones orales o escritas de todo género, por lo que distinguía en la obra, literaria o discursiva, distintos niveles de análisis, de manera no desemejante a como luego han procedido otros teóricos de la literatura: se distingue así *res* (temas), *ordo* o *dispositio* (orden), *verba* (palabras), y, dentro de este nivel, figuras de dicción y tropos, y también figuras de pensamiento (que mejor llamaríamos de contenido, porque parten del contenido y no de las palabras). Ni que decir tiene que los escritores ya forma-

dos incorporaron a sus creaciones esta capacidad de análisis y discernimiento, y que podemos observar a Horacio comentando que él, de los yambos de Arquíloco, imita los *numeri* (ritmos) y el espíritu *(animus)*, pero no los temas *(res)* o las palabras *(verba)*. La imitación era comprendida en teoría por las mentes más preclaras y ejercida en la práctica por muchos otros como un proceso complejo que se refería a la obra literaria en su totalidad, que admitía muchas maneras de servirse de un modelo, que mezclaba siempre griegos y latinos, y que no rehuía la incorporación de nuevo material, nuevos temas o palabras.

En relación directa con el tratamiento romano de la imitación se encuentra el desarrollo de los géneros literarios, modalidades de escritura sometidas a un grado variable de formalización cuyos modelos habían sido gestados, en su mayoría, en la literatura griega y que se encontraban vigentes como una tradición viva en el mundo helenístico grecorromano, una tradición que impone sus normas pero al mismo tiempo proporciona múltiples materiales sobre los que la cultura romana ejerce su propia selección y tratamiento potenciando algunas modalidades y rebajando la presencia de otras, como ocurre con el auge de la comedia frente a la tragedia en la Época Arcaica. Ahora bien, los géneros no son patrones formales estáticos sino conceptos dinámicos que evolucionan a lo largo del proceso histórico implicado en la creación literaria y que la propia práctica de la imitación romana y el talento de los escritores somete a una constante revisión, conduciendo en unos casos a la culminación de un género, como puede ser el poema didáctico de Lucrecio y, en otros, a una relajación o a una transformación de sus pautas estrictas hasta disolver, casi completamente, cualquier condicionamiento formal, como ocurre con las *Cartas a Lucilio* de Séneca [249-251], en las cuales la libertad que alcanza la prosa latina en la expresión de las ideas e inquietudes permite atisbar un claro antecedente del ensayo moder-

no. No en balde, en la producción literaria latina emergen con fuerza las modalidades de escritura que dejan mayor margen para la expresión directa de preocupaciones, sentimientos e inquietudes de un «yo», bien literario o biográfico, vislumbrándose, aunque todavía en la distancia de la historia, lo que en la modernidad ha dado en llamarse «subjetividad», como la poesía lírica de Horacio y Catulo, la elegía o la sátira, más propiamente romana.

2. La Época Arcaica

2.1. *La poesía épica, lírica y dramática*

Los inicios y la evolución de la literatura latina durante la República están marcados por la tensión entre la cultura originaria itálica y la cultura griega, una tensión que se resuelve en el crisol del mundo helenístico con la progresiva apropiación de las formas literarias griegas, que son adaptadas e integradas en el horizonte intelectual romano.

La literatura latina conocida comienza su andadura en el siglo III a.C., en torno al 240 a.C., a través de una mirada a la épica griega y a otros géneros versificatorios líricos y dramáticos. Claro es que existió una tradición autóctona anterior, cuya finalidad no era propiamente estética, sino sobre todo mágica o religiosa, una tradición que nos es conocida de manera muy parcial. Pero la producción documentada de los primeros poetas, conservada muy fragmentariamente, se abre con el esfuerzo de Livio Andronico por ir dando forma a una lengua literaria latina a través de su traducción de la *Odisea* homérica [1], con un estilo considerado extremadamente recargado, tosco y desequilibrado a los ojos de los autores clásicos. A Livio se debe el primer intento por romanizar la epopeya griega adoptando una forma métrica autóctona, el antiguo verso saturnio, que será igualmente em-

pleado por Nevio [3], sustituyendo los nombres de los dioses griegos por otros itálicos, y dejando aflorar así elementos preliterarios de la civilización autóctona.

La epopeya tuvo probablemente antecedentes preliterarios en poemas cantados con acompañamiento musical que ensalzaban algún acto heroico, los *carmina conuiualia,* según relata Cicerón, o las denominadas *neniae,* piezas funerarias también cantadas. Sin embargo, el desarrollo del género a partir de los modelos griegos ofrecía un medio inmejorable para encontrar cauces literarios que sirvieran para fomentar el arraigamiento y legitimación de la identidad colectiva. De esta forma Nevio introduce en la épica la historia y las leyendas romanas desde su fundación, como acredita su poema *La Guerra Púnica* [3], sentando las bases de un género que será cultivado a continuación en los *Anales* de Ennio, poeta muy admirado por los autores clásicos y que representa un nuevo paso en la poesía latina al adaptar el hexámetro dactílico de la épica griega [6]. La *Eneida* virgiliana [104-120] refleja la culminación del género en el siglo I a.C., a través del refinamiento del lenguaje, del léxico, del estilo y de la técnica narrativa, gracias a la asunción de una larga experiencia literaria, con influencias tan decisivas como, por ejemplo, Catulo o los poetas neotéricos.

Pero estos autores no se limitaron al cultivo de la épica, sino que se adentraron también en la lírica coral, que ya cultivó Livio Andronico, y en la creación de obras teatrales, tanto tragedias como comedias, que sin duda tuvieron antecedentes previos a la introducción de los modelos griegos en diversas piezas con un cierto carácter dramático: la fábula *Atellana,* de ambientación y personajes itálicos; la *satura,* posiblemente semidramatizada, y los denominados *versus Fescennini,* de carácter festivo, cuyo contenido y acción dramática se conocen muy vagamente a través de autores posteriores.

Las tragedias están basadas en unos casos en originales griegos –sobre todo de Eurípides– y en otros se han adapta-

do a contenidos romanos (*fabulae praetextae*, cultivadas también por Ennio, Pacuvio y Accio), mientras que las comedias están apoyadas fundamentalmente en los modelos de la Comedia Nueva griega, aunque en muchos casos situadas en un ambiente romano (*fabulae togatae*). En la adaptación de tragedias el propio Cicerón consideró a Marco Pacuvio, sobrino de Ennio, como uno de los más grandes trágicos latinos. Aunque los autores satíricos Lucilio y Persio parodiaron la expresividad de su estilo, Pacuvio mostró gran destreza en la descripción de personajes y a la hora de captar la tensión de las situaciones dramáticas [7-8]. Con Lucio Accio (siglo II-I a.C.), admirado entre los autores clásicos por el dinamismo y el vigor de su estilo, se cierra el ciclo de autores relevantes de tragedias representadas [9].

Es en cambio en la comedia, en el mundo del drama cómico, donde surge la producción literaria de más frescura, vivacidad y riqueza de estilo: la obra de Plauto [10-20], que goza de gran arraigo y proyección popular entre sus contemporáneos de los siglos III y II a.C. Sus adaptaciones latinas de la comedia de costumbres ateniense, la Comedia Nueva, son fruto de una combinación de elementos adoptados de los modelos griegos y una serie de modificaciones e innovaciones propias, que apuntamos en la Introducción a Plauto, tanto desde el punto de vista de la estructura de la comedia como por la relevancia concedida a la música, la inserción de motivos romanos y la acentuación de los recursos cómicos. En cambio, Terencio [21-24], con una formación más amplia y conectado con ambientes culturales más helenizados, como el círculo de los Escipiones, sigue más de cerca a sus modelos, sobre todo a Menandro, recobra la elegancia y refinamiento de los mismos, pero a cambio pierde buena parte del dinamismo, la vivacidad y la animación plautinos. Curiosamente, el mayor éxito de estas comedias coincide con montajes realizados en escenarios provisionales, con gradas de madera. Los primeros teatros estables, de mediados del

siglo I a.C., fueron ocupados por otra clase de representaciones escénicas, juegos y espectáculos, e incluso obras dramáticas del siglo siguiente, aunque las tragedias de Séneca [207-210], que probablemente no fueron concebidas para ser representadas, es muy dudoso que llegaran a ponerse en escena.

2.2. *La sátira*

Pero la creación más puramente romana de esta época y probablemente de toda la literatura latina, como reclamaba Quintiliano, es la sátira, una composición originalmente híbrida, que combina la crítica, la moralización y el humor, y que admite gran variabilidad formal y temática e incluso la combinación de verso y prosa. La primitiva *satura,* «mezcla», se hace remontar a Ennio, pero sus composiciones, al parecer, carecían de las invectivas y los ataques personales, tan característicos de las sátiras de Lucilio [25-28], artífice de la aparición de la sátira como un género bien definido formalmente y con conciencia de tal, aunque eminentemente conectado con formas de literatura popular como la diatriba, o incluso con el teatro, al admitir en su seno elementos semidramáticos. El clima de libertades de la República permite a Lucilio sublimar el realismo y la crítica satírica hasta llegar al ataque personal que define la invectiva. El cultivo de la sátira continuó con Varrón [62], que tomó como modelo las Sátiras de Menipo, con Horacio [137], que juega a introducir más elementos biográficos, menos ataques personales –apartándose de la sátira de Lucilio– y una mayor carga moral, en consonancia con las circunstancias políticas del paso de la República al Principado de Augusto. Las pautas horacianas sobre el género siguen vigentes en cierta medida en la sátira de la Época Postclásica, con Persio [204-206] y Juvenal [294-302].

2.3. *Los comienzos de la prosa. Catón*

Los albores de la prosa literaria latina son posteriores a las primeras manifestaciones poéticas. Este hecho, habitual en las culturas antiguas, en el caso de Roma no se debe tan sólo a la preeminencia del verso y el canto en las formas de expresión, más o menos populares o cultas, que conducen a las primeras creaciones literarias escritas, sino al predominio del griego en el ambiente cultural helenístico, que da lugar, por ejemplo, a que los primeros historiadores analistas que tratan sobre la fundación y ensalzamiento de Roma escriban sus obras en griego, de acuerdo con la tradición historiográfica vigente hasta entonces.

Esta preponderancia cultural del griego, fraguado a través de una larga y rica trayectoria creativa, sobre el latín arcaico, en un estado incipiente desde el punto de vista literario, genera reacciones contrapuestas: de una parte, el deseo de apropiarse y emular la cultura griega, como testimonia el círculo de los Escipiones; por otra, una potente reacción que rechaza la influencia que acarrea la lengua y las costumbres extranjeras, una reacción que llega a materializarse en decretos de expulsión de los *rétores* griegos de Roma en el 161 a.C. y de la embajada de filósofos del 155 a.C. Al mismo tiempo, sin embargo, este predominio parece aumentar, inicialmente, las dificultades para el enriquecimiento del latín, encerrando el efecto de un círculo vicioso. En efecto, la falta de ejercitación y de un trabajo continuado de elaboración sobre la lengua provoca, a su vez, limitaciones en el desarrollo de la capacidad de expresión y de vocabulario, lo cual, además de generar una percepción de pobreza entre los propios hablantes del latín, les induce a evitar su uso en favor de la lengua más desarrollada.

Sin embargo, en el mismo siglo II a.C. comienza a romperse esta tendencia merced a la obra de Catón, el cual sienta las bases para la formación de la prosa literaria latina en va-

rias facetas esenciales, que intentamos ilustrar en esta *Antología:* de una parte, gracias a su labor como orador, de la cual nos han quedado escasos restos, entre los que constituye un espléndido testimonio el fragmento en defensa de los rodios [29], exponente de la intensidad expresiva de su estilo, sujeto a ciertos desequilibrios formales, pero a la vez destinado a una puesta en escena enfática en el gesto y en la entonación; de otra parte, con la redacción de la primera obra de prosa técnica conservada: *De los trabajos del campo* [30, 31], que abre el camino para una amplia producción sobre las artes agrícolas que se continúa en Varrón o Columela, y, por último, por su elaboración de una obra histórica, *Los orígenes,* la primera de este género en lengua latina, y en la que, al parecer, fueron insertados algunos de sus discursos, como el que escribió en defensa de los rodios. Ideológicamente, Catón encarna la defensa de los valores tradicionales de la primitiva sociedad agraria, con una contundente actitud refractaria ante las filtraciones e influencias de la cultura helénica, a pesar de que recurre en ocasiones a procedimientos argumentativos y a recursos estilísticos reiterados (parataxis, repetición de sonidos e ideas, la *amplitudo...)* en modo alguno ajenos a la práctica oratoria griega.

3. La Época Clásica

3.1. *Cicerón y la cultura de su tiempo*

Resulta imposible separar la plena implantación de la retórica en Roma de la figura y la obra de Cicerón. Al principio la retórica no es sino un conjunto sistemático de preceptos encaminados a formar oradores. Cuando Cicerón comienza a reflexionar sobre ella, posee mucha teoría y poca práctica, mientras que a medida que va convirtiéndose en el más grande orador de Roma sus concepciones retóricas adquieren un

sesgo personal en consonancia con su experiencia. Llegado a su edad madura, Cicerón establece la importancia de la retórica para la cultura y para la política de un Estado, delimitando su campo con respecto a la filosofía, la historia, la jurisprudencia o los estudios de los anticuarios *(Antiquitates)*. La retórica se ha convertido por sí sola en una especie de cultura general, lo más alejada posible de una técnica. No sólo hace hincapié en el cómo hablar, sino sobre todo en las cosas de las que puede hablarse y dónde encontrarlas. Aun reconociendo las distancias con saberes enciclopédicos como los que elaboraba Varrón o con artes más o menos recónditas como las del jurisconsulto, Cicerón parece implicar que, puesto que el orador tiene que hablar de todo, casi es indispensable que sepa de todo. Como otras personalidades destacadas de su tiempo, tales como Varrón, su amigo Ático, Lucrecio, Salustio o el propio César, Cicerón dedicó parte de su actividad intelectual a evaluar los logros de su ciudad, Roma, no sólo en el campo político, donde la posición preeminente que ocupaba lo hacía casi indispensable, sino también en las disciplinas de civilización como las ciencias, las artes o las letras. Pero al medir las aportaciones de Roma a la civilización universal, realizando una especie de arqueología del saber romano, todos estos eruditos se vieron forzados a exceder el ámbito de la cultura romana y a convertir su balance de lo que Roma había aportado al mundo en una especie de reconocimiento de la inmensa deuda que había contraído con respecto a Grecia. Lucrecio proclama abiertamente la dependencia romana en filosofía y contribuye a enriquecer el latín a ese respecto [32-39]. Además de la filosofía, los logros romanos en los ámbitos de la poesía, la retórica, las bellas artes o los juegos, así como numerosos aspectos de la religión o de la vida práctica, son juzgados, con severidad las más de las veces, según el patrón de medida de lo griego, estableciéndose un auténtico contraste entre la superioridad romana en política y una especie de inferioridad cultural.

O más que inferioridad, confrontación y espíritu agonístico. La imitación no es sólo un impulso que se reconoce en literatura, retórica o filosofía, sino un rasgo del modo de ser romano que le lleva a incorporar lo que no tiene con ánimo de mejorar en cualquier disciplina a base de reconocer lo que otros tienen de bueno: así hay que juzgar los textos que incorporamos de Cicerón acerca de la historia, la filosofía, la poesía o cualquier otro tipo de actividades intelectuales [63-77]. En los años finales de su vida, retirado de la actividad política, Cicerón pasa revista a sus aportaciones a la vida y a la cultura romanas, y con singular agudeza hace ver lo que les faltaba a los romanos para igualar a los griegos; de ahí sus trabajos sobre teoría política, sus traducciones y adaptaciones filosóficas, sus tratados retóricos de última hora. Cicerón se propone a un tiempo ser el Platón y el Aristóteles, en filosofía y en política, sin desdeñar sus intentos de fusionar a Aristóteles e Isócrates en retórica. Su último año hasta le ofrece la posibilidad de emular a Demóstenes con sus *Filípicas*.

3.2. *La* veritas *y la escritura de la historia*

En la Época Clásica, la primera obligación del historiador era la *veritas*, entendida no tanto como la verdad de lo ocurrido *realmente* cuanto la de algo significativo por su valor moral o ejemplarizante [64]. Por lo que hacía a la cualidad de los hechos en sí mismos, bastaba con que fueran verosímiles, esto es, conformes a las ideas de lo posible que se tenían en la época, criticándose lo que excedía o superaba las creencias sobre la realidad generalmente admitidas. Por eso erraríamos exigiéndole al historiador antiguo una cumplida relación de sus fuentes; puesto que habla de cosas públicas y conocidas por muchos, que están en una tradición de siglos, no está obligado a basar sus asertos en testimonios, como si

de un proceso judicial en el que se debaten intereses privados se tratara. Sólo cuando hay divergencias sobre sucesos puntuales como número de muertos en una batalla, composición del ejército, fiabilidad de una anécdota del pasado, autorías de escritos, leyes u orígenes de tradiciones lejanas, permite que afloren las divergencias. En un ambiente marcadamente político, lo que sí se proponía el historiador como cometido (y se exigía de él) era una cierta neutralidad o imparcialidad hacia los ejecutores de las hazañas. Para ello se le concedía un amplio margen de acción y una razonable confianza en su buen sentido interpretativo, que de hecho se extendió a su síntesis del carácter de los personajes, a los discursos que intercala, a la evaluación de las consecuencias de muchos acontecimientos o a sus reflexiones sobre el significado de la historia. Esto era lo que se pedía del historiador, una posición moral fiable sobre el sentido de los acontecimientos públicos, y no una mera dedicación empírica a las verdades de hecho y a las fuentes, actitud que difícilmente interesaba a la mentalidad de la época.

De otro lado, la cercanía a lo sucedido, la abundancia de fuentes o de datos no era garantía de mayor veracidad, como es el caso de la página de Suetonio sobre las obras de César en lo relativo a su falta de neutralidad y, en ese sentido, de fiabilidad [320].

Pero antes de ello Suetonio subraya su valor estilístico, el tipo tan especial de historia que ha compuesto, aparentemente sólo preocupado de ofrecer a futuros escritores material, pero de gran brillantez en el acabado final, y con una gran rapidez de ejecución. A nadie se le ocurría en la Antigüedad no exigirle a la historia valor literario [65] y no sospechar en los historiadores cierto sesgo, aun independiente de su voluntad. Con todo, Lucano por un lado, que sigue a Livio, el propio Suetonio, o Dión Casio, el griego, que sigue a Asinio Polión, corrigen con su propio sesgo histórico-literario el de César y nos proporcionan documentación suficien-

te para poner la Guerra Civil, por ejemplo, en su justa perspectiva.

3.3. *La expresión literaria de la filosofía*

La implantación de las escuelas filosóficas helenísticas se produce en Roma a lo largo del siglo III a.C., en un momento en el que ya se está operando un cambio de orientación general hacia un pensamiento menos especulativo y sistemático que las grandes construcciones teóricas clásicas, en aras de resolver las cuestiones más inmediatas sobre el comportamiento y la felicidad de los individuos. Las manifestaciones filosóficas propiamente romanas no surgen al margen de esta orientación. Durante los siglos siguientes conviven en Roma distintas modalidades de enseñanza filosófica, entre las cuales va ganando terreno la filosofía popular, que adopta sus propios cauces de expresión, como la diatriba cínico-estoica, que desarrolla en griego el estoico Musonio Rufo, maestro de Epicteto, y ya en latín Varrón en sus *Sátiras menipeas.* Pero al mismo tiempo hay una vuelta constante a la lectura de Platón o Aristóteles, conocidos y en parte editados en Roma, y cuyas escuelas se encuentran en plena efervescencia teórica, como acreditan las disputas entre la Academia Antigua y la Nueva que recoge Cicerón en las *Cuestiones de los académicos.*

Desde el punto de vista literario, la expresión de la filosofía en lengua latina se ve condicionada por dos circunstancias decisivas: la necesidad de construir un utillaje lingüístico suficiente, en particular un vocabulario que satisfaga las exigencias de rigor y precisión conceptual del *sapientiae studium,* y en segundo lugar un problema de teoría y práctica literaria: la inexistencia de un género literario específico o exclusivamente filosófico, lo que favorece la versatilidad formal de los cauces de expresión del pensamiento.

La conciencia de la precariedad de recursos de la lengua latina en este terreno se hace patente en las tres grandes personalidades filosóficas latinas: Lucrecio, que desarrolla su obra con una admirable precariedad léxica y sin acuñar gran número de nuevas palabras, aunque sí aporta nuevas acepciones a muchos vocablos ya existentes; Cicerón, precursor de un ambicioso proyecto para dotar al latín de los instrumentos y los recursos necesarios para emular la sutileza significativa del griego, y Séneca, que reelabora sobre las tentativas anteriores con criterios discrepantes, en muchos casos, en relación con los del Arpinate. Los esfuerzos y acuñaciones de uno y otro han tenido una influencia decisiva en la formación del vocabulario intelectual europeo. A ellos debemos palabras esenciales que han dejado una estela tan profunda y decisiva como *conscientia*, *conceptus*, o *circunstantia*.

Asimismo, los tres reflejan la diversidad genérica con que se intenta encauzar la formulación del pensamiento, un proceso que, en todo caso, no es ajeno a la propia concepción filosófica de los autores: Lucrecio [32-39] recurre al poema didáctico, rememorando la íntima relación entre poesía y filosofía que habían desvelado los presocráticos, combinando la concentración del discurso filosófico con la sugerente pregnancia de potentes imágenes, inspiradas en buena medida en la obra de Empédocles. Pero al mismo tiempo Lucrecio hace revivir la figura del primitivo vate, imbuido de un fervor o entusiasmo, a través del cual se revela la Musa o la doctrina, en este caso de Epicuro, en el que Lucrecio cree vehementemente. De esta forma el razonamiento no se presenta nunca descarnado sino envuelto en una cierta dosis de dramatización y de imágenes que intentan hacer partícipe al lector del entusiasmo con que se desvelan y se enseñan las ideas epicúreas. El poema entraña, desde este punto de vista, una gran complejidad compositiva, al ensamblar distintas estructuras discursivas: la didáctica, asentada en el entusias-

mo por la revelación y el deseo de promover la felicidad del hombre; la argumentación y doctrina epicúrea, enfrentada frontalmente con la visión de la realidad dominante, y por último rasgos del discurso diatríbico, que hace valer en la dialéctica del diálogo la *auctoritas* del maestro. El estilo revela la influencia de los antiguos poetas, sobre todo Ennio, y también Nevio, Pacuvio y Accio, y fue él mismo emulado en la poesía posterior por Virgilio en las *Geórgicas*, Ovidio y Estacio.

En el caso de Cicerón, sus preferencias oscilan entre el tratado expositivo [76] y el diálogo, si bien también recurre a él en las obras retóricas o políticas [65], revelando la esencial vinculación entre las artes del pensamiento y de la palabra. El diálogo es sin duda una de las herencias más ricas que para la exposición filosófica había legado el mundo griego, y, en concreto Platón y Aristóteles, con modalidades dialógicas muy distintas entre sí. El diálogo surge como la mejor vía para objetivar posturas discrepantes y desenvolver las argumentaciones, es una forma literaria compleja que asume algunos rasgos del drama por su forma, de la historia por su verosimilitud, y de la elocuencia por su propósito de persuadir al interlocutor. Séneca [243-245] se servirá igualmente de los *dialogi* para encauzar sus obras filosóficas, con interlocutores reales o ficticios, pero buscará también otros medios de expresar libremente sus inquietudes, como son los tratados y las *Epístolas*, con menos restricciones formales y con un gran margen para exponer sin demasiado sistematismo sus reflexiones [249-251].

Pero esta búsqueda de cauces de expresión filosófica en Cicerón y Séneca presenta una divergencia más profunda en su manera de concebir tanto la lengua como la filosofía: en efecto, para Cicerón la formación del discurso filosófico tiene por objeto la articulación estrecha entre *res* y *verba*, entre los temas y contenidos objeto de consideración y la forma de expresarlos, por lo que desestima las manifestaciones filosó-

ficas que carecen de una cierta calidad formal y se expresan en un lenguaje vulgar *(vulgari sermone)*. Cicerón concede a la retórica un papel fundamental en la vertebración de las ideas a través de la *concinnitas*, el equilibrio de los periodos y el esmero en la acuñación de una terminología latina, todavía deficiente y escasa, en consonancia con los preceptos retóricos de la época y con la misión, conscientemente asumida, de *augere linguam Latinam*.

Pero las condiciones que favorecieron este influjo tan directo de la retórica y la oratoria en la prosa latina del siglo I a.C. sufrieron desde Época Augústea una importante transformación. En estas nuevas circunstancias surge, en el siglo I d.C., una cierta reacción contra las pautas formales del estilo ahormado por Cicerón, una reacción que, en el caso de Séneca, cristaliza en un intento por encontrar un discurso que haga primar las necesidades del contenido sobre los condicionamientos retóricos, con el propósito de lograr una autonomía de expresión de la filosofía, en contraposición con la elocuencia y la oratoria. Por ello Séneca en las *Epístolas* [249-251] apuesta por la primaria de las *res* sobre los *verba*, de manera que en este contexto el lenguaje tiene por objeto expresar los pensamientos y los sentimientos y no recrearse en su propia forma, haciendo primar la eficacia del discurso filosófico gracias a la sencillez y la falta de adornos *(Ep.* 75, 4). No es por tanto de extrañar el hecho de que Séneca critique algunos de los rasgos estilísticos más típicamente ciceronianos, como la concepción del periodo en Cicerón por su lentitud, languidez y uniformidad *(Ep.* 114,16), si bien en otros lugares lo alaba *(Ep.* 100, 7).

Conviene advertir, sin embargo, que la filosofía no necesita siempre de obras específicas para formularse. Las ideas y reflexiones vinculadas con las grandes corrientes se difunden y se filtran frecuentemente de forma más o menos sutil en toda clase de géneros y creaciones literarias latinas, como

los rasgos cínicos de las *Epístolas* de Horacio, o las ideas estoicas que se encarnan en la épica de la época de los Flavios.

3.4. *Varrón y los clásicos*

La obra de Cicerón en prosa, pese a ser ingente, no es sino la punta de un mucho más vasto iceberg, el representado por los trabajos enciclopédicos de Varrón. Dejando a un lado sus investigaciones sobre geografía, religión, biografía, agricultura o gramática latina [59- 61], Varrón tuvo una amplia resonancia en el campo de la historia, siendo quizás el responsable máximo, junto con Cicerón, de lo que algún filólogo ha llamado el «historicismo romano». Según éste, el Estado romano, lejos de ser obra de personalidades destacadas, como entre los griegos, es el resultado de la aportación casi anónima de muchas generaciones, habiendo alcanzado su forma ideal y su grado de funcionamiento óptimo no en el presente de ambos escritores, sino en el pasado. Siguiendo concepciones griegas, también presentes en Salustio, el historicismo romano sostiene que cuando, tras la destrucción de Cartago, su máximo rival, desaparece el *metus hostilis*, el estado degenera y entra en crisis.

Estas y otras aportaciones sobre historia y política, elaboradas por Varrón, Cicerón, Salustio, etc., sirven de marco a las reflexiones que sobre literatura se realizan por la misma época, tomando lo que se va conociendo de historia romana y la comparación con Grecia como doble punto de referencia. Así podemos decir que casi todas las afirmaciones que se han hecho habituales en nuestros manuales de historia literaria sobre literatura arcaica proceden de Varrón: la fecha de Livio Andronico y la representación de la primera tragedia en Roma, el nacimiento de Ennio, la atribución de las veintiuna comedias a Plauto, o cuestiones cronológicas de variado tipo. Trasladando el esquema aristotélico sobre el desa-

rrollo de la tragedia a Roma, Varrón es responsable de la división en fases y en estadios de la poesía latina arcaica hasta alcanzar en el caso de Ennio la *flos*, el *perfectissimus poeta*, el cumplimiento, la cima (véase el texto del *Brutus* [71, 72, 75, 76] de Cicerón, en nuestra Introducción a los fragmentos de poesía arcaica). Este esquema biológico sobre el desarrollo de un género literario, consagrado por la *Poética* aristotélica, ha actuado también en Cicerón con respecto a la oratoria; en el *Brutus* se sigue el desarrollo de la oratoria romana hasta llegar a su perfección en el propio Cicerón, tras recorrer varias fases de preparación en las que se encuentran Catón, los Graco, Antonio y Craso, y Hortensio.

3.5. *Varrón y Horacio sobre los clásicos*

En su influyente artículo «¿Qué es un clásico?»* requiere T. S. Eliot tres condiciones para llegar a serlo: madurez, estilo común y confrontación con las realizaciones de otra civilización más evolucionada. Todas ellas concurrirían según él en Virgilio, porque con Augusto y su régimen la civilización romana alcanzó su madurez histórica, con la prosa ciceroniana se logró ese estilo común, esa capacidad para decir todo en sus propios y justos términos, y finalmente, la continua comparación con los griegos actuaba como patrón de medida. Ni que decir tiene que la tercera condición de Eliot, la que exige confrontación con los logros de una civilización madura, constituye lo esencial del esquema de Varrón: al heredar la idea aristotélica de que las artes de la literatura son susceptibles de desarrollo hasta alcanzar la plenitud, se busca en épica, tragedia y comedia –géneros de origen griego– la confirmación del mismo desarrollo que habían alcanzado en Grecia.

* Cf. T. S. Eliot, *Sobre poesía y poetas* (vers. esp.), Barcelona, Icaria, 1992, pp. 55-74.

Teórico tradicionalista como el propio Eliot, Varrón sentía una veneración por lo pretérito en política y en cierto modo también la trasladó a la literatura, prefiriendo los autores arcaicos a los contemporáneos, los antiguos a los modernos. Con ello se hacía eco de un estado de opinión difundido y elaborado hacía un siglo por los gramáticos y generalizado entre el público culto, que en buena parte compartió también el propio Cicerón, si bien con importantes excepciones, de las que la oratoria resulta la más llamativa, al preferir, por razones obvias, la de su propia época (esto es, la suya propia) a la del pasado. Así Varrón resulta el fundador del primer clasicismo latino en poesía, que a los nombres de los épicos de la poesía arcaica (Andronico, Nevio y Ennio) añade Plauto, Cecilio y Terencio en comedia, a Pacuvio y Accio en tragedia y a Lucilio en sátira. Cicerón se instalaría a sí mismo como clásico no sólo de la oratoria, sino de la prosa romana, compartiendo con los demás la veneración por el pasado, tanto poético como histórico.

Presentes dos de los tres factores que Eliot exigía en un clásico, el del estilo común y el de la confrontación con otras civilizaciones, a la vista de lo que sucedió más tarde en la propia época de Augusto, nos gustaría reformular en otros términos su tercer principio, el de la madurez de la civilización, poniendo de manifiesto su naturaleza inequívocamente política. Cuando Horacio está en su madurez intelectual y como escritor, a la manera de nuevo del propio Eliot, también se ve obligado a teorizar sobre literatura. No obstante, el destinatario de su epístola primera del libro II [140] no es un particular, sino el propio Augusto, y su tema es la literatura que en su época se considera valiosa. Horacio reproduce el canon de poetas cuya entronización atribuimos a Varrón, y por primera vez plantea explícitamente la querella entre antiguos y modernos en literatura latina, que después será continuada en el *Diálogo sobre los oradores* de Tácito [303, 304]. Criticando la abusiva utilización de la literatura

griega como patrón de medida, se queja de que, en vista de que los griegos han producido en su infancia a un Homero insuperable, entre los latinos tenga que suceder igual. Y volviendo, esta vez sí, a los griegos, recalca su gusto por la novedad, cosa que no sucede entre sus compatriotas.

¿Por qué los mismos que aciertan al considerar a Augusto más grande que todos los políticos griegos anteriores y que todos los políticos romanos, no hacen lo mismo con los escritores que escriben bajo su Imperio? Horacio está planteando aquí [140], ante quien corresponde, la necesidad de un cambio en el canon literario. Una vez que ha descubierto que los romanos de su época han dejado de alabar lo antiguo en política, en lo que parece el fin del historicismo romano, para preferir el régimen de Augusto, no pueden seguir prefiriendo a los antiguos poetas. Es como si aún no estuvieran actualizados. Deberán hacerlo. Él, los gramáticos y el Emperador contribuirán a ello.

Para que un clásico se imponga hace falta un régimen político que se considere a sí mismo importante, que se vea como culminación o inicio de un nuevo proceso histórico, especial y más grande en algún sentido. Así traducimos nosotros a términos políticos lo que Eliot llamaba «madurez de civilización» representada por el régimen de Augusto. La idea de culminación y perfección de la historia romana, que escritores como Varrón y Cicerón consideraban cosa del pasado, la aplican ahora al presente, con ayuda de la mitología griega, escritores como Horacio o Virgilio. Ni que decir tiene que las obras que consagran la perfección y la culminación de la historia estaban ellas mismas llamadas a ser perfectas.

3.6. *Poesía del fin de la República y de Época Augústea*

Cronología. Quien quiera hablar de la poesía augústea no debe prescindir de una perspectiva cronológica que, inme-

diatamente, se convierte en histórica. Los poetas Catulo y Lucrecio, nacidos en la década de los 90 y 80 del siglo I, mueren en los 50, todavía en época republicana. Una generación después, Virgilio y Horacio, nacidos en la década del 70 al 60, conocen el régimen republicano, asisten a las Guerras Civiles que acaban con él, y presencian los comienzos y la posterior consolidación del Principado. A su generación pertenece también Cornelio Galo, el padre de la elegía latina. Aunque algo más jóvenes, lo que les hace apenas conocer la República, Propercio y Tibulo asisten a los demás acontecimientos mencionados, por lo que pertenecen a la misma generación que Virgilio y Horacio. Ovidio nace en plena Guerra Civil (año 43), siendo entre estos poetas el primero que no conoce la República. Toda su obra poética se desarrolla bajo el Principado, puesto que toma la toga viril prácticamente en el mismo año en que el *princeps* recibe el título de Augusto.

Valores: lo público y lo privado. Las referencias históricas que hemos utilizado para encuadrar la cronología de estas tres generaciones de poetas, República, Guerras Civiles, Principado de Augusto en sus distintas fases, no son un mero marco de referencia, lejano y exterior a la poesía, sino uno de los factores determinantes de sus características internas y de su evolución. Desde el principio mismo de la poesía romana, ésta tiene una y decidida vocación pública tanto desde el punto de vista sociológico, al sentirse vinculados los grandes poetas a las personalidades políticas más destacadas del momento, como desde el punto de vista temático, al hacer de la vida y de las hazañas de sus protectores, en la medida en que eran inseparables de las de la *Res Publica*, el objeto primordial de su arte. Los valores de la poesía romana arcaica son aquellos en los que se asienta el consenso que permite a la clase senatorial romana disfrutar del poder y la gloria; el individuo como tal, con sus sentimientos privados, personales, amorosos y cotidianos, tal como proponía la poesía griega

contemporánea, o con su racionalidad y en calidad de ciudadano del mundo, al margen de la imitadora esfera política de un Estado, como proponían ciertas filosofías helenísticas, apenas hallaba cabida en la poesía romana. Sólo el *curriculum* público, las diversas etapas del *cursus honorum* en Roma, los combates y los triunfos en el exterior, con la exaltación de *virtus, fides, constantia, pietas, felicitas* y otros valores de la moral aristocrática, hallan reflejo en la poesía épica, que, como afirma Cicerón [66], es de gran utilidad a la *Res publica* en la medida en que propone al resto de los ciudadanos modelos que se deben imitar.

Crisis política y crisis de valores. Estos valores entran progresivamente en crisis en el último siglo de la República y su caída arrastra consigo, con el modelo de ciudadano que propiciaban, la forma de poesía –la épica– que los exaltaba. Una manera de ser social, un modo de existencia y una forma estética de reflejarla, dejan paso a una explosión de los valores individuales, al margen, en contra o en ardiente disputa con los transmitidos por la tradición. Es así como debemos entender el trasfondo social y los nuevos valores estéticos propiciados por la poesía de Catulo [40-58] y los poetas neotéricos, como Cecilio, Licinio Calvo, Helvio Cina, Cornificio y Valerio Catón. La oposición a los valores públicos y a su vehículo poético –la poesía épica– es propiciada por una particular lectura de la estética alejandrina, procedente de un poeta, Calímaco, cuya oposición a la épica y exaltación del gusto individual en sus diversas opciones estéticas respondió a razones diferentes de las que actuaban en sus epígonos. Entre otras cosas, porque sus propias circunstancias políticas y vitales son más semejantes a las de la generación posterior a los neotéricos, en un mundo ya estabilizado políticamente bajo un príncipe, que a las de Catulo y sus amigos, cuyo mundo en disolución se asemeja más al de muchos poetas de la Grecia arcaica. El preciosismo de Catulo tiene siempre una nota desgarrada, desencajada, con algo

de arcaico y brutal, con la violencia de un mundo a punto de desaparecer.

Catulo. Los poemas que hemos seleccionado de Catulo [40-58] pretenden ser representativos tanto de sus tres formas compositivas predilectas (poesías breves polimétricas [40-48], poemas largos [49-51] y epigramas [52-58]), como de su primordial dedicación a la vida privada y personal, representada por el amor, pero también por sus amistades y enemistades, en oposición a los modelos de ciudadano que la política proponía. En ese sentido hay una línea de poemas en los que se apunta la degeneración de la política contemporánea encarnada en ataques a César [55] y a Pompeyo [58]. En cuanto a sus poemas amorosos, resultaban totalmente impropios de un ciudadano de condición social elevada, por concederle importancia a un sentimiento del que un personaje público *no hablaba* y por colocarse ambos, personaje y amor, en el marco de la vida cotidiana. En la relación amorosa con Lesbia se seleccionan algunos de los momentos más importantes: comienzo [48], culminación [41], amarga renuncia [42] y ruptura definitiva [44]. Esta secuencia tendrá una gran influencia, por su función modelizante en toda la poesía posterior. Pero más que la sucesión de las fases será decisiva la inversión de roles: el enamorado es un hombre, no una mujer, no un frívolo griego, sino un ciudadano romano, y su pasión adquiere tal relevancia que adopta las formas de una enfermedad [53] que pone en peligro su vida, a diferencia de los amores y diversiones reflejados en la comedia, que representan sólo una fase pasajera, que terminaba con la juventud, según reconoce el propio Cicerón [73]. Catulo pone las bases para una relación amorosa de nuevo tipo, apasionada, seria, al margen del matrimonio pero entendida como un pacto, exclusiva, de por vida. Hay quien entiende que esta seriedad última, alejada de la frivolidad de los primeros poemas, brota de la aplicación al amor de un código pensado para las relaciones políticas entre iguales;

Catulo intentaría salvar así los valores aristocráticos tradicionales, trasladándolos de la esfera política a la esfera amorosa. Su fracaso personal sería una especie de metáfora del fracaso de estos mismos valores en la esfera pública, anticipando la destrucción colectiva en el naufragio de sus esperanzas amorosas. Otros poemas muestran su habilidad en el tratamiento de los más diversos motivos: la poesía de bienvenida [43], el *epibaterion* o discurso a la tierra nativa por la alegría del regreso [45], en la crítica literaria [47] o en la elaboración de epilios, poemas épicos reducidos, románticos y subjetivos [50].

Los elegíacos y su opción vital. La violencia, el lenguaje a la vez cotidiano y estilizado, el apasionamiento y el carácter personal de los poemas breves catulianos eran irrepetibles. Y eso parecen haberlo entendido bien todos los poetas posteriores, sobre todo los elegíacos –Tibulo y Propercio, influidos igualmente por la poesía helenística de Calímaco–, que retienen en parte su concepción del mundo amoroso y sus valores, distinguiéndose en el vocabulario, en las situaciones o en la propia actitud del poeta. La presencia de Catulo se hace patente de forma variada en detalles como la dedicación a un solo amor y el carácter secuencial de los poemas dedicados a él, rasgos que influyeron notablemente en el primer libro de *Elegías* de Propercio [150-154], mientras que el elegante lirismo de Tibulo se dirige a varios amantes, mujeres como Delia [142, 144] o acaso a varones, como uno llamado Márato [143]. En esa línea debemos situar también el alejamiento del *mos maiorum* (moral tradicional) y la contribución a que surgiera un *homo lepidus* y *uenustus* (persona ingeniosa y encantadora), lo que implicaba un nuevo concepto de *urbanitas.* Propercio caracteriza el nuevo género de poesía elegíaca por la secuencialidad en la relación amorosa y la dedicación a un único amor, pero, más allá de la literatura, lo importante es su aportación a un nuevo código de comportamiento social.

Acaso deberíamos resaltar también las diferencias con respecto a Catulo. Los epigramas de éste [52-58] son breves, inmediatos, impregnados de unos valores prosaicos, empeñados en su continua redefinición, en tanto que las elegías de aquél son largas, menos inmediatas por incluir ejemplos y valores tomados de la mitología, más brillantes en léxico y estructura, y más amaneradas y elegantes, en la línea de los polimétricos catulianos. Aunque las elegías también estén empeñadas en definir un código de conducta contrario a los vigentes, lo cierto es que parecen más librescas y elaboradas, habiendo optado, en la perfecta mezcla de literatura y vida que se da en Catulo, más claramente por la literatura que por la vida. En efecto, las pautas que sigue la poesía augústea son las marcadas por Catulo, pero no por el de las maneras y situaciones que nosotros más apreciamos, esto es, el de los poemas breves –polimétricos y epigramas–, sino precisamente por el Catulo de los poemas largos.

La concepción amorosa horaciana. Las concepciones amorosas de Horacio son muy distintas de las de Catulo. El de Venusa no se abandona a las quejas y a la desesperación, sino que es la suya una afirmación de virilidad en el rechazo, no ama con todo su ser, sino sólo exterior y físicamente, no dependiendo de un amor único, sino cambiante en cada ocasión [124, 127]. Tampoco hace del amor motivo para escribir versos sino que, marcando simbólicamente su campo frente a los elegíacos, cuando ama no escribe. Su verso es en ocasiones ambiguo y amigo de invertir situaciones. Así, pues, la descripción de la pasión amorosa nunca es el cometido particular de una poesía horaciana. Lo propio de estos poemas es que la pasión nunca interesa en sí misma, por sí sola, sino que está relacionada con aquella armonía moral que en Horacio le da a cada objeto una nueva orientación. El encadenarse a la pasión es un error, una sumisión a la necesidad. La pasión tiene que equilibrarse y compensarse con algo. Al mismo tiempo, Horacio [132] refleja afinidades con el pro-

grama político y moral de Augusto, y exalta la sobriedad y austeridad republicana frente al lujo contemporáneo.

Sobre Ovidio y el amor. Frente a los otros elegíacos, Ovidio [161-164] toma una posición activa, y los valores amorosos de la pasividad *(inertia, desidia, nequitia)*, que antes eran entendidos como inversión de valores épicos y como su negación, se enriquecerán con actitudes bélicas, de lucha y de conquista: el enamorado será un conquistador, no sólo un pasivo sufridor, tanto un Don Juan como un esclavo de la amada. La posibilidad de adoptar varios papeles en el amor corre pareja con la de adoptar varias posiciones como poeta y no únicamente como poeta enamorado: de su disponibilidad para ocuparse de varios géneros se deduce que el amor, en vez de *elección de por vida*, es una opción entre otras, que puede ser tomada o dejada a voluntad según conveniencia. Así que la cínica y desvergonzada actitud de Ovidio se deriva más de su condición epigonal, que necesita exacerbar los colores y las imágenes para hacerse sentir, que de su posición ideológica: por eso se ha señalado en Ovidio una aceptación de la moral tradicional mayor que en sus predecesores. De ella se deriva que el amor no es algo para ser tomado en serio ni como fundamento de una vida: la actitud humorística de Ovidio hacia el género viene, precisamente, a reforzar los fundamentos de la moral tradicional, al ridiculizar a quienes pretendían sustituirla o, al menos, al limitar su vigencia a un periodo de la vida.

El arte de amar. La publicación de un tratado sobre el *Arte de amar* incluye al amor entre las *Artes,* con todo lo que supone de burla de los tratados didácticos *(artes)* serios, incluida la retórica, por utilizar su aparato dispositivo y conceptual en beneficio de una actividad juzgada poco útil y por hacerlo de manera lúdica al equiparar la composición literaria a un juego. En lo relativo al contenido, el *Arte de amar* de Ovidio [165] exhibe una gran madurez cultural y no únicamente estética, porque, todo lo humorísticamente que se

quiera, el poeta se complacía en regular una actividad a la que el propio Emperador dedicaba su empeño, aunque fuera en dirección opuesta, con sus leyes y directrices sobre el matrimonio y la procreación.

Las *artes*, por otro lado, siempre vienen detrás de las prácticas que sistematizan. En este sentido el recorrido ovidiano, desde la mera condición de amante a la de preceptor de futuros enamorados, puede asemejarse al ciceroniano en oratoria, desde la realización de discursos a la composición de tratados, y sirve como indicio del grado de sofisticación literaria y cultural que la sociedad romana había alcanzado en tiempos de Augusto. No había transcurrido todavía un siglo desde la publicación del primer tratado de retórica, altamente recomendable por su utilidad para la vida pública, cuando Ovidio compone otro tratado didáctico sobre un arte muy diferente, que en cierta forma suponía la negación de los intereses políticos del ciudadano en favor de los privados del enamorado.

Ovidio y la Biblioteca latina. Ovidio destaca por su carácter epigonal, al final de una época de gran creación literaria, cuando ya todos los géneros están ocupados, equivaliendo su situación, respecto a la cultura latina, a la de Calímaco en Alejandría con respecto a la gran literatura griega. Por eso se dedica a completar la, llamémosle, «biblioteca romana» señalando un nuevo punto de partida. La intertextualidad ovidiana, su constante referencia a autores anteriores romanos y consagrados, su abundante uso de catálogos de escritores, mención de tradiciones, etc., muestra el carácter autoconsciente de su producción en una medida mayor que ningún autor anterior. Tras los cánones de escritores, un explícito análisis de sus propias posiciones estéticas [177, 178]; si Horacio abre el camino a los clásicos contemporáneos, Ovidio va un poco más allá. Su intertextualidad evidente actúa en una dirección distinta a la de los clásicos: mientras éstos se refugian en modelos de la Grecia arcaica o en materiales,

ideas e instituciones antiguos, Ovidio apostará por la contemporaneidad y llevará hasta sus últimas consecuencias la estética alejandrina de Calímaco. Su poema las *Metamorfosis* [168-176], por ejemplo, posee una riqueza de registros en consonancia con el tema –el cambio perpetuo de unas cosas en otras– trasmutándose también estilos y géneros anteriores en literatura de otra clase, con tal habilidad que la unidad del todo no sufre. En realidad, Ovidio está proponiendo un tipo de unidad distinta de la que empezaba a ser canónica con la *Eneida*, al plantearla según la estética calimaquea, con variados epilios, infinitamente repetidos, y donde el todo no está condicionado inevitablemente por las partes.

4. Época Postclásica

4.1. *Plenitud política y cultural*

Durante mucho tiempo Roma es una entidad política dinámica que crece, se desarrolla y se implanta en el mundo. Cuando llegan los resultados políticos y económicos de esa acción, aparecen también los literario-culturales, si bien en el momento de la consolidación de Roma como potencia con pretensiones de crear una historia y literatura propias se produce la mayor crisis política desde su fundación. Así la madurez literaria (al menos en el campo de la prosa) coincide con una terrible época de crisis y cambio del final de la República, por lo que los productos de esta época llevan ambas improntas. Sólo hay un momento en que plenitud política y cultural coinciden, y ello corresponde a la irrepetible época augústea. Pero la consolidación del sistema augústeo no podía por menos que propiciar una pareja jerarquización y ordenación de la literatura y un intervencionismo cada vez más fuerte de los poderes públicos en la producción cultural.

El Imperio refundado por Augusto era una amalgama de lenguas y culturas que se sirvió de la enseñanza, el clasicismo y la *Eneida* para imponer una ideología de Roma y su historia conforme a sus intereses políticos. El clasicismo político y literario, con su sensación de plenitud y de haber alcanzado el «fin de los tiempos», actuó como fuerza disuasoria en el campo literario e impuso una especie de sentimiento de inferioridad resignada en los escritores posteriores al gran siglo de Augusto, que encuentra su reconocimiento como entidad cultural en Veleyo Patérculo [226-231]. Podríamos observar el nuevo régimen como un difícil equilibrio entre Roma y el Imperio, entre las fuerzas conservadoras y tradicionalistas por un lado, y las difusoras, expansivas, e innovadoras por otro. Correríamos, sin embargo, el peligro de simplificar demasiado si insistiéramos en que el régimen imperial engendró de sí mismo una idea uniforme o que ésta aparece sin más ligada al clasicismo y a la *Eneida*. Sabemos, en efecto, que tras superar el sentido de epigonado que experimentan los escritores de la época de Tiberio, se afianza con fuerza un nuevo estilo en literatura hasta culminar con Séneca y Lucano en la época de Nerón, y una estética que pudiéramos llamar barroca. Pero no debemos ignorar, con todo, que el vínculo entre literatura clásica y régimen fundado por Augusto era vivamente sentido por los escritores posteriores, que en ocasiones concretaron sus protestas políticas contra el Imperio en la práctica de una nueva estética. Toda una lucha, política y literaria, se desarrolla sobre todo en poesía, en torno a la idea de Roma, del régimen político más adecuado y de los géneros que representan una u otra opción.

Sucesión literaria y sucesión política tienen bastantes cosas en común durante el régimen imperial. Mientras Séneca ajusta las cuentas a Claudio en la *Apocolocyntosis* [211], Calpurnio Sículo habla en sus églogas del retorno de la Edad de

Oro bajo su sucesor Nerón, y Lucano se revuelve contra su antecesor literario, condenando en su *Farsalia* la temática, la visión del Imperio y del poder divino que Virgilio había impuesto en la *Eneida* [212- 221]. Quizás la obra de Lucano no habría sobrevivido de no haber sido derrocado Nerón en el año 68, dando paso a la dinastía Flavia. A su vez, el final de los Flavios, semejante al de los Julio-Claudios por degenerar en tiranía, trae consigo el terrible manifiesto de Tácito contra el régimen de Domiciano y los que guardaron silencio cómplice: así hay que interpretar su *Agrícola* [305]. Y sin embargo, varios años después, Plinio el Joven, amigo de Tácito, pronuncia el *Panegírico de Trajano* [319]. Mudan los príncipes, objetos de elogio o vituperio, pero el ritmo de las formas literarias que realizan estas funciones no se altera. El régimen de Domiciano contó con el apoyo de Estacio, Quintiliano y Marcial, y algunas de las composiciones del primero enlazan con Calpurnio Sículo, las Elegías a Mecenas, etc. Los distintos cambios de dinastías o de gobernantes engendrarán literatura de ajuste de cuentas a los anteriores y de entusiástica adhesión al presente Emperador. Al mismo tiempo, contamos con una preciosa documentación epistolar que no sólo deja entrever las inquietudes de sus autores, sino aspectos del mundo cotidiano y del funcionamiento interno del Imperio, como reflejan Séneca el Filósofo [249-251], Plinio el Joven [317-318] y Frontón [323-325].

4.2. *Épica y Estado Romano*

Con su síntesis de la leyenda de Eneas y la historia de Roma, Virgilio deja una pesada herencia a sus sucesores, pues les obliga a implicarse en el presente, en la historia, para asegurar un futuro al estado de cosas existente, preferentemente con la sanción de los dioses. Una generación más tarde, Ovidio escribirá sus *Metamorfosis* [168-176] en un régimen que

ha perdido la adhesión de los intelectuales, y que se ha vuelto autoritario. Su poema mostrará notables y sutiles desviaciones con respecto al virgiliano. La proporción entre mitología e historia, tan bien resuelta por el de Mantua, que consagraba a la leyenda y al mito la mayoría de los episodios, pero reservaba a Roma, su historia y su espacio, los lugares centrales del poema, resultará invertida en Ovidio. En su último libro, tras exponer la doctrina pitagórica del cambio universal, Ovidio incorpora el ascenso de Roma como ciudad en medio de la evocación de muchas otras que han perecido. Como en Ennio o Virgilio, Roma tiene un futuro sin limitación alguna garantizado por los poderes divinos, pero mientras esta profecía se integra de manera convincente en la estructura del poema de Virgilio, la eternidad de Roma y la divinidad de Augusto no suenan en Ovidio a culminación o a feliz desenlace de lo precedente, sino que resultan empequeñecidas y, por así decir, negadas en aquel contexto maravilloso e inestable, más un final provisional que uno definitivo.

Ovidio, como era de esperar, realizó en su poema una lectura de Virgilio. Reconoció que la épica, a partir del mantuano, debía ofrecer en proporciones variables mitología e historia y debía pronunciarse sobre la realidad pasada y presente de Roma, de la que ya no estaban ausentes el porvenir del Imperio, la sucesión o el carácter divino de los emperadores. Cuando Lucano, en poderoso gesto, prescinde del aparato divino en su *Farsalia* [212-221], pone de manifiesto cuáles eran los fundamentos ideológicos de la épica latina, que involucraba a los dioses en defensa de la política romana. El resto de las decisiones revolucionarias de Lucano son consecuencia de ésta. El régimen imperial tiene un vicio de origen, la Guerra Civil; los descendientes de su fundador, los Césares, participarán de los reproches dirigidos a su epónimo, y los dioses que han querido esta guerra destructora actúan movidos por la envidia y el odio contra Roma, y des-

mienten, tanto por su actuación pasada como por respaldar la divinidad de los emperadores presentes, que exista algo así como providencia divina, o que esta providencia sea buena. Lucano deshace la síntesis virgiliana de historia y mitología volviendo a la historia y despoja a Roma de la tranquilizante protección de los dioses al entender que la implicación de la épica en el presente puede funcionar si el presente es bueno, pero fracasa estrepitosamente llevándose consigo a la propia épica, cuando el régimen imperial es malo. No es casual que Lucano escriba al final de la dinastía Julio-Claudia, cuando los fundamentos ideológicos que la *Eneida* ofrecía al nuevo régimen parecen agotarse.

4.3. *Panegíricos y sátiras*

La concentración del poder en un solo sujeto y las consiguientes exigencias de apoyo que sufren los escritores determinarán la decadencia de la oratoria de tipo política y propiciarán el desarrollo de la de tipo laudatorio o celebrativo. En el campo retórico aparecen en Época Postclásica desarrollos del *genus demonstrativum* que ofrecen un *corpus* de preceptos para construir panegíricos y *laudationes* en las que se observa una tendencia hacia lo hiperbólico, retorcido e ingenioso, y donde el propio elogio no deja de connotar a veces una cierta artificiosidad y falsedad. La hipérbole conduce fácilmente a la irrealidad, con el añadido del exceso de ingenio para superar al anterior, lo que determina un discurso pleno de oscuridades y sobreentendidos. Lo panegírico e hiperbólico no se confina a un género, sino que determina la orientación panegírica de toda la literatura, sobre todo en épocas de tiranía.

Pero toda forma engendra su contraria, y si a la tiranía sigue la libertad, a los panegíricos corresponden las invectivas, las *vituperationes* y las sátiras. A veces la forma contra-

ria es ella misma hiperbólica y los defectos del satirizado igualan en hinchazón e imaginación a las virtudes que le adjudican sus partidarios: tal sucede en la *Apocolocyntosis* [211], que sabe mezclar la parodia del estilo elevado con un realismo sarcástico y desmitificador. En esta línea también hay *vituperationes* contra los valores imperiales en un estilo elevado y noble: aparte de Juvenal y su *indignatio* y de la censura moral y la crítica literaria de Persio [204-206], tal es el caso de Lucano en su *Farsalia*, donde no faltan hipérboles de todo tipo, que si bien no son satíricas, nos muestran la característica exageración, ampulosidad y colosalismo a la que parece incapaz de sustraerse la época [212-221].

4.4. *Roma como espacio urbano*

La literatura postclásica toma con frecuencia la ciudad de Roma como tema. Si ya en Propercio [159] y en Ovidio [165] Roma y su urbanismo se habían convertido en protagonistas de muchos poemas, con Estacio, Séneca, Petronio, Marcial [277] y Juvenal [296, 297] esta tendencia continúa. Las calles, plazas, pórticos y edificios públicos (termas, teatros, anfiteatros, circos) se convierten en espacios objetivos donde van a escenificarse una buena parte de los temas literarios de estos autores. Concebidos inicialmente a partir de la conocida y ensayística hipótesis retórica de la contraposición campo-ciudad, pronto lo pintoresco y lo descriptivo se van imponiendo sobre enfoques más o menos abstractos o ideológicos, y aunque la orientación moral o declamatoria nunca desaparezca del todo en Juvenal o Séneca, sin embargo el espacio y lo que en él acontece van ganando terreno hasta dejar aparecer algunas de las orientaciones estéticas más características de la Edad de Plata: temas de circo, de anfiteatro, principalmente combates de gladiadores, comportamiento sangriento y cruel, gusto por lo grotesco y los colores

fuertes o las escenas truculentas que no proceden sólo de la literatura (combates épicos o contemporáneos) sino de la realidad volcada a lo espectacular. Así la ciudad no sólo da pie a una aparición de nuevos espacios y personajes, sino también a un nuevo realismo y una nueva estética, que, en todo caso, son compatibles con una gran presencia del elemento retórico y declamatorio.

4.5. *Géneros menores,* brevitas, *énfasis y régimen imperial*

La fábula de Fedro, la serie de *Hechos y dichos memorables* de Valerio Máximo, las *Suasorias* o las *Controversias* de Séneca, para no hablar de los breviarios como el de Veleyo, hacen siempre referencia, de una manera o de otra, a obras más plenas por el material que utilizan y también por el aliento o las pretensiones que poseen. Así Fedro necesita justificarse frente a Esopo [200], Valerio Máximo sistematiza, ordenándolos por materias, innumerables ejemplos tomados de narraciones históricas [232-237]. Las suasorias y controversias son una de las maneras de pervivencia de la oratoria en esta época y merecen atención por sí mismas [223-225], pues son el primer indicio, junto con la poesía tardía de Ovidio, del cambio de gusto; a pesar de ello, no eluden jamás la referencia a los discursos deliberativos o judiciales de tiempos pasados, a los que atribuyen mayor plenitud, tanto por su mayor extensión como por su proximidad a lo real. Obras como la de Veleyo [226-231] no inventan la brevedad en historia, pues ahí tenemos las monografías de Salustio [87-93] o las biografías de Nepote [94, 95], pero lo cierto es que a un extenso número de años como materia histórica les aplican un método comprimido y condensado de narrar, proponiéndose combinar la amplitud panorámica de Livio y las maneras narrativas característicamente veloces de Salustio.

La *brevitas* era una técnica habitual durante el Imperio. Se apreciaba en las pugnas entre los rétores por conseguir sentencias más ingeniosas, frases con punta en las que el pensamiento destaca por su novedad o su carácter paradójico y la expresión por su concisión, y se apreciaba asimismo en el ámbito de los discursos, donde se desdeñaba la morosidad insoportable de los antiguos en los exordios, narraciones, o argumentaciones, hasta el punto de que suasorias y controversias reaccionan precisamente contra esto. Pero hay en los géneros que hemos mencionado una virtud asociada a la brevedad, que siguiendo los tratados de retórica denominamos «énfasis». Cuando es clara la alegoría en la fábula, o cuando la lección se presenta explícitamente como tal en el ejemplo moral de Valerio Máximo [232-237], tenemos una cosa próxima a nuestro énfasis, que practica el subrayado e intenta contribuir a la claridad. Sin embargo, cuando se emplea una anécdota o una frase para ilustrar el carácter de un personaje o el rasgo de una época, o de una obra, la literatura adquiere un carácter indirecto y, sin perder ni un ápice del brillo narrativo asociado a la brevedad, gana además incremento expresivo, se adorna de cierta oscuridad y deja aparecer una polisemia tan apreciada estéticamente como segura políticamente para aquellos tiempos.

Brevedad y brillo, condensación, seguridad narrativa y capacidad de transcender la superficie, habilidad para captar lo característico tras el rasgo realista o fuertemente mimético, son marcas estéticas de una época que se aposentan en géneros muy diversos y que fragmentan y confieren tensión a la confiada plenitud de las realizaciones de una estética anterior. Son los primeros indicios de una reacción contra el clasicismo, que avanzará a medida que avanza el régimen imperial: si el Tiberio de Tácito [311] era maestro en la expresión indirecta y oscura, ¿por qué no la literatura de su época?

4.6. *Fuerzas centrífugas*

Al tiempo que se dan fuerzas que tienden al centro –entiéndase por tal la capital del Imperio, su historia y su espacio o las tendencias ideológicas y literarias que trabajan por su cohesión– también existen otras fuerzas que miran hacia fuera. Entre ellas están las distintas culturas y sus lenguas, sobre todo el griego –aunque lo griego tiene en Roma muchas acepciones–, la fuerza de lo exótico –también tiene muchas acepciones el papel de lo extranjero en Roma–, la diversidad religiosa, la geografía, la erudición, la ciencia, la invención y, en el campo literario, determinadas tendencias de la prosa, como la científica o la novelesca. No olvidemos que la coexistencia de múltiples lenguas y culturas (heteroglosia) trae consigo el continuo ejercicio de la traducción, el cruzamiento de géneros, la aparición de nuevos modelos vitales y de nuevos temas, lo que propicia una falta de control y una tendencia a la apertura en todas las direcciones posibles. En este apartado podríamos poner la fuerza de la romanización, la arquitectura, los nuevos inventos, las exploraciones de nuevas vías por razones militares o comerciales, etc.
La geografía. Los catálogos de Ovidio o Séneca son de plantas, de montañas o de ríos, pero Lucano, de manera más atrevida, ya los hace, a la manera de Plinio, de serpientes o de venenos y sus correspondientes manifestaciones patológicas [221]. Las descripciones geográficas pueden seguir una línea convencional, pero, dentro de las posibles innovaciones de la épica, los catálogos de tierras y hombres gozan de gran predilección en todos los autores. Lucano utiliza la Galia, descrita por César, pero después también aparecen Germania y Britania en Tácito [307]. Ovidio en Tomos empieza a participar de esa sed de exotismo que sacude a la Edad de Plata de una manera, diríamos, mucho más realista que en tiempos de Virgilio o de Horacio. Se nota que los romanos llegan –o pueden llegar– a todas las zonas del Impe-

rio. Las tierras y los hombres, tan unidos en la épica, motivan discusiones sobre su variedad y situación y de ahí pasamos al cielo, a la astronomía y a la climatología, con lo que tiene de pintoresca y puede influir en las producciones y los animales y plantas que crían. En este sentido la literatura se convierte en algo más imperial, con todas sus limitaciones. Mientras ciertos géneros, como el practicado por Plinio el Viejo [282-285], recogen el sentido ecuménico del Imperio y se dedican a imponerle al saber conocido el mismo orden que la *pax romana* estaba imponiendo al mundo, otros, como la épica, menos empíricos, se dedican a profundizar sobre el sentido de ese poder político. Sin embargo, ni aun así escapan a la sed de novedades: la Hispania del catálogo de Silio Itálico proporciona valiosas noticias de todo tipo [260].

Lo exótico. La historia distinguía entre guerras civiles y guerras extranjeras, por más que, cuando Roma adquiere escala imperial, las guerras civiles suceden en todo el mundo conocido, como muestran los ejemplos de César y Pompeyo, Antonio y Octaviano o las guerras del 68-69, narradas por Tácito en las *Historias* [308-310]. Sin embargo, las guerras extranjeras, comenzando por la *Guerra de las Galias* o la *Guerra de Yugurta,* ofrecían magníficas oportunidades para hacer de la historia un género imperial, en el que tenía gran cabida la descripción de espacios, pueblos y costumbres exóticas. César, que inaugura el Imperio y el género, ofrece abundante material etnológico de galos, germanos y britanos, y más tarde, en la *Guerra Civil* y su ciclo, también se incluye Hispania, Alejandría y África. Convendría, no obstante, distinguir lo estratégico de lo pintoresco, y el propio César sirve como ilustración de ambas cosas: las costumbres de los germanos [86] responden a la parte efectista y retórica, destinada a la exhibición y el deleite que aproxima la historia al *genus demonstrativum,* mientras que la descripción del puente sobre el Rhin o del territorio entre el

Ebro y el Segre de la campaña de Ilerda subordinan el espacio a los fines políticos o propagandísticos del autor y entran en la categoría de lo estratégico [84]. Pero quizás César es un caso límite. Salustio con África, Tácito con Germania o Britania, se aprovechan ampliamente del exotismo y dotan a un Imperio sediento de novedades zoológicas, minerales, alimentarias, antropológicas, etc., de un material que contribuye a la distracción o al ornato, sin que sus obras pierdan del todo su finalidad política.

Esta tendencia de la historia desde su comienzo a incorporar la geografía y la etnología exóticas se completa con la inclusión de figuras extranjeras destacadas. La serie podemos comenzarla en Varrón, quien en sus *Imagines* trazó las semblanzas de setecientos personajes griegos y latinos, dirección que continuó Nepote [94-95] con sus biografías de figuras destacadas de ambas culturas y, ya en Época Imperial, desemboca en las *Memorables* de Valerio Máximo [232-237], que en todos los hechos curiosos que narra distingue dos apartados dedicados a los romanos y a los extranjeros. Por su parte, Veleyo [226-231], si no es el primer romano en escribir una Historia Universal, sí es el primero cuyos escritos se conservan y, quizás por la misma época, Quinto Curcio Rufo consagra una obra entera a la *Vida de Alejandro* [238-242].

Ya Livio [185-195], entre cuyas contribuciones a la Historia Universal se encuentra la figura de Aníbal, sintió deseos de escribir sobre lo que podría haber sucedido si Alejandro hubiera desembarcado en Italia y se hubiera enfrentado a los romanos. Recogiendo la numerosa literatura que el mundo griego había dedicado a la figura del macedonio, Livio describe en su libro IX el cambio que la prosperidad introduce en el carácter de Alejandro, en su vestimenta, hábitos de mando militares y maneras de gobernar, exigiendo de sus propias tropas macedonias los mismos honores que los persas vencidos rendían al Gran Rey. Que Quinto Curcio Rufo

recoja estos mismos temas del cambio hacia la degeneración y la tiranía [242] no es sino indicio de lo difundida que estaba esta interpretación histórica acerca de Alejandro, pero que la única historia romana del conquistador griego pertenezca a la Época Imperial no deja de suscitar algunas reflexiones. ¿Por qué entonces, y no en otro momento, había cabida en Roma para la vida de Alejandro? La primera respuesta parece obvia: un auténtico deseo de información sobre tierras, costumbres y países exóticos atraviesa el mundo romano, que ya posee la suficiente universalidad y el suficiente conocimiento de lo propio como para poder interesarse detalladamente por lo ajeno. La sociedad imperial se hace cosmopolita en costumbres e ideología y si hacía poco tiempo lo griego sólo tenía cabida como contrapunto o término de comparación con lo romano, ahora ya interesa por sí mismo. Y, sin embargo, ¿estamos totalmente seguros del desinterés y la universalidad romanas al leer las hazañas de Alejandro? Lo que su figura nos ofrece es un demócrata, un rey occidental, que progresivamente, en un cambio similar al que recoge la historiografía sobre los emperadores Julio-Claudios, se convierte en un déspota, degenera en sus costumbres, asesina a sus compañeros, se dedica a juzgar a sus antiguos camaradas de armas e instala una atmósfera de espionaje, conspiraciones y sospechas que no resultaba nada ajena a la corte de Roma. Por otro lado, aunque el Alejandro de Curcio permanece a un nivel humano, su figura había adquirido una evidente dimensión arquetípica que lo equiparaba a los personajes mitológicos. Así, lo exótico sirve en este caso para conferir al personaje un extrañamiento casi mitológico y ofrece en figuras ajenas modelos para entender lo propio. La *Historia de Alejandro* de Curcio, sin abandonar todavía el ambiente histórico, posee a ratos brillantez y misterio, que la aproximan a lo novelesco y además crea, presumiblemente en época Julio-Claudia, un modelo de déspota cuyas vinculaciones con César eran de todos conocidas.

4.7. *Las obras técnicas y científicas*

Resulta difícil establecer los límites estrictos de lo literario en la literatura antigua y concretamente en la latina. La idea de que para los romanos todo era literatura y la inclusión habitual de un capítulo sobre la prosa técnica en las historias de la literatura parece justificar el tratamiento de estas obras en el ámbito de lo literario. No cabe duda de que la mayoría de las manifestaciones escritas latinas está sujeta a una cierta retorización y, concretamente, las obras técnicas se ven impelidas por lo común a servirse de un estilo claro y de una técnica expositiva bien vertebrada. Si se quiere considerarlas, en efecto, obras literarias, esto no quiere decir que lo sean en el mismo grado o condición que las obras en las que prima una finalidad estética.

Los tratados técnicos reflejan, de cualquier modo, el estado de conocimientos sobre una materia, en unos casos fruto de la experiencia práctica romana, como las obras de agricultura y, en buena medida, las de arquitectura de Vitrubio [183-184] y las de hidrología de Frontino [286]; en otros, partiendo principalmente de fuentes griegas, como la medicina [257] o las ciencias naturales, quedando otros campos escasamente cultivados, como la matemática o la ciencia musical, sobre la cual sólo contamos con las indicaciones de Vitrubio sobre la teoría de Aristóxeno y la disposición de los intervalos.

Desde el surgimiento de los primeros escritos técnicos, en Época Arcaica, se advierte una evolución en aras de una mayor precisión conceptual y metodológica. Así el tratado de agricultura de Catón [30, 31] está escrito en forma de monólogo, con una orientación eminentemente práctica, presentando las actividades sin mediación de un esquema de partida que las ubique en el conjunto. En cambio, en la obra sobre la misma materia de Varrón [61] se adopta el diálogo al modo aristotélico para obtener un mayor dinamismo didác-

tico y se racionaliza la técnica expositiva gracias a la articulación sistemática de las materias. Este mayor grado organizativo se advierte en el tercer gran tratado agrícola latino, el de Columela [259], con una gran influencia virgiliana, así como en la obra sobre arquitectura de Vitrubio [183, 184].

En torno a la época de la dinastía Julio-Claudia surgen destacadas investigaciones sobre la naturaleza, desde las cuestiones astrológicas y astronómicas de Germánico en su traducción de los *Fenómenos* de Arato y el largo poema de Manilio [196-199], de marcada vocación didáctica, hasta las *Cuestiones naturales* de Séneca, posiblemente la mejor manifestación latina de un tratado precientífico [247, 248], si se contempla desde la perspectiva de la moderna historia de la ciencia. Así mismo la propia satisfacción de la *curiositas*, el interés hacia los más variados campos del saber, alcanza a producciones como la descripción geográfica de Pomponio Mela [258], compuesta en forma de periplo mediante enumeraciones con incisos etnográficos, míticos o históricos. Como fruto inicialmente de la *curiositas* se desarrolla en Roma un tipo de escrito enciclopédico sin correlato en griego, con antecedentes no conservados en Catón y Varrón y que culmina en tiempos del Imperio con la *Historia Natural* de Plinio [282-285], un inventario del mundo conocido que desborda los límites de Roma para ofrecer un compendio global, en consonancia con la proyección universal que ha alcanzado en este momento el Imperio de Roma. El hombre ocupa el centro y en relación a él transcurren los acontecimientos de la tierra. Sin embargo, a pesar de ofrecer índices detallados de los argumentos, esta obra constituye un repertorio de datos muy valiosos para nosotros, pero carece todavía de criterios generales y completamente rigurosos para formular explicaciones científicas y reglas constantes. La atención de Plinio abarca tanto fenómenos generales como hechos y acontecimientos únicos y admirables [282-285]. El afán recopilatorio se hace patente también en Aulo Gelio [326-329].

4.8. *Sobre el nuevo florecimiento de la tragedia: Séneca*

Los temas romanos del pasado habían encontrado su síntesis ideológica y poética en Virgilio, y la situación política presente en la época Julio-Claudia no animaba a los temas de historia contemporánea. Por eso, de una manera natural, se volvieron a la mitología griega, que en los comienzos y en los finales (los neotéricos y Ovidio) de la época áurea había cobrado gran relieve, justo antes y después de ser barrida por los temas patrióticos que agradaban a Augusto. La tragedia tenía la ventaja de haber sido ya tocada en la Época Arcaica y de haber prestado sus temas a tratamientos inteligentes, ingeniosos y refinados por parte de Ovidio. Ahora podía ofrecer un repertorio de historias de tema atávico y truculento, de envenenamientos, traición, crueldad, madrastras e incestos, similar al que se observaba en el entorno del Emperador.

Las tragedias de Séneca [207-210] muestran un lenguaje poético poco renovado respecto al léxico de la época anterior, aunque excesivamente ingenioso (como siempre en este autor) y epigramático, un tanto oscuro y conceptista, dado a la erudición geográfica y mitológica, con excesivas perífrasis alusivas, que no escapan a lo enciclopédico y preciosista de la época. Séneca se exponía al peligro -cayendo en él con frecuencia- de ser o demasiado repetitivo (poderes del amor, maldades de la hechicería), erudito en exceso (geografía, genealogía), o didáctico, enseñando las extremosidades de la pasión con sentencias filosóficas destinadas a reyes, o en contra del exceso de poder, o a favor de la libertad. Con ello rompía la nobleza de la acción o la coherencia de su desarrollo, tal como aparecía en Eurípides, en favor de la espectacularidad de las escenas en lo que parecía continuar tendencias existentes en la tragedia latina arcaica.

4.9. *Tipos de narraciones históricas*

La forma de presentación de una antología fragmenta en especies diversas la andadura continua de las obras históricas. La antología expone a la consideración del lector una distribución en especies (o si queremos subgéneros menores de raíz temática) de las características de un género literario, despojándolo de otras virtudes, como ritmo y tempo narrativos, tensión y relajación, utilización de esquemas compartidos con otros géneros, sean narrativos como la épica, dramáticos como la tragedia, didácticos como las obras científicas o ciertos discursos. Es difícil dar cuenta a partir de fragmentos de otras características de la estructura de la obra, como su carácter analístico, la multiplicidad o concentración de líneas narrativas y el ritmo con que se alternan, las intervenciones de autor y la naturaleza y el lugar de las mismas, etc. En una buena medida, los antólogos nos enfrentamos a las mismas opciones que se les ofrecieron a los historiadores de la época: si hacer una historia continua, como la de Livio, o una especie de breviario, como la de Veleyo; si dar prioridad a momentos dramáticos, como a veces Livio, o a profundos análisis políticos, como Salustio; si narrar los azares de una dinastía, como la Julio-Claudia tomando la sucesión anual como ritmo rector, o basar la presentación de los hechos en la figura de los diversos emperadores, como hace Suetonio [320, 321], distinguiendo a su vez el *cursus honorum* de una presentación por especies de diversos aspectos de su personalidad y de su actuación. Los biógrafos, autores de epítomes y compiladores de virtudes, vicios o sucesos memorables, muestran siempre la tendencia a que la anécdota que narran se trascienda a sí misma en dirección a lo ejemplar y sintomático, ya sea de un carácter, de un modo de política o de un rasgo de época; de un modo similar, al seleccionar los rasgos característicos del género, amputamos una totalidad y la reordenamos conforme a una idea de lo carac-

terístico que debe mucho a la tradición: por esa razón no omitimos los retratos de Catilina [91], la violación de Lucrecia [186] o las maldades de Nerón [315] y las complejidades de Tiberio [311, 314]. Tal es el destino de la literatura: memoria orientada por la tradición, selección, reordenación, introducción de algo nuevo que, inevitablemente, terminará por volverse característico. Mientras el historiador manifiesta su idea de género en la ordenación del material, en los ritmos narrativos o en la altura estilística a que lo somete, la memoria del lector, en este caso del antólogo, inmediatamente oblitera las directrices del autor y fragmenta un continuo con el propósito de recoger lo paradigmático y característico. Así procedieron los propios romanos con muchas obras históricas cuando necesitaron seleccionar y simplificar su idea de sí mismos para imbuir en sus tradiciones a unos emperadores que las desconocían.

4.10. *La novela: Petronio y Apuleyo*

Cuando Petronio (Roma, siglo I d.C.) y Apuleyo (África, siglo II d.C.) escriben sus novelas, la prosa ha producido ya obras de gran altura en el terreno oratorio, histórico y filosófico-científico. Y sin embargo, aparte de la formación retórica que todo escritor poseía –siendo además Apuleyo orador de profesión–, no son ninguno de esos géneros los que más influyen en la novela. ¿Cómo podemos explicarlo? Una definición ya antigua de «novela» es que se trata de ficciones en prosa. Según esto, si la novela, por su condición de prosa, debe suceder a los géneros antes mencionados, por su carácter de ficción, sin embargo, debe mirar antes que nada a los géneros literarios que se expresan en verso. La única ficción que no necesitaba justificarse a sí misma por ser tal era la épica; y componente fundamental del mundo épico, aparte de lo maravilloso de los dioses y su mundo, era la evo-

cación de épocas pretéritas. Por eso la novela, que ni siquiera en la Antigüedad renuncia al componente ficticio, se aparta radicalmente de la épica por el hecho de que transcurre en ambiente actual y cotidiano. Ahora bien, de ambiente cotidiano son tanto la historia como la oratoria, por ejemplo, y sin embargo, una primera ojeada a un texto novelesco y a uno histórico muestra que no se refieren al mismo tipo de cotidianidad, porque la historia o la oratoria se ocupan de sucesos públicos, políticos, tanto por el tipo de personajes como por los valores y la esfera de la realidad a que se refieren, mientras que los personajes novelescos son personas privadas, desconocidas y de niveles sociales más bajos. La novela participa de la tendencia al realismo presente en casi todos los géneros postclásicos, no excluye nunca la orientación cómico-satírica y, por ello, comparte con la comedia y el mimo todo un repertorio de lugares muy distintos del foro, la corte, las grandes ceremonias públicas o el senado, como son los mercados, las termas, las posadas o prostíbulos. Los personajes de la novela viajan y su mundo no es el de la alta política, sino el de los trabajos de diverso tipo que no excluyen el contacto con esclavos, campesinos, mercenarios, salteadores de caminos, predicadores, cómicos y toda clase de gente ambulante que poblaban los caminos o los bajos fondos de las ciudades de un abigarrado Imperio.

De este modo la novela transmite a la prosa un tipo de realismo que sólo a veces hemos visto apuntado, bajo la categoría de lo pintoresco, en algunos pasajes de las epístolas ciceronianas o senequianas, y con propósitos morales en la prosa filosófica. El realismo de la novela, sin embargo, es de raíz cómico-satírica, por lo que, en alguna medida, pudiéramos imaginarlo como una prosificación múltiple y variada de situaciones y personajes cómicos y de otros procedentes de la sátira. Sería un error, sin embargo, reducir el *Satiricón* o *El asno de oro* a mero mimetismo o realismo escudándose en el carácter picaresco de los personajes y el ambiente; el

suyo es también un mundo de imaginación, paradójico e hiperbólico en la burla, con múltiples situaciones imposibles y absurdas que, sin desmentir sus orígenes cómico-satíricos, orientan la trama decididamente hacia lo grotesco y fantástico.

Por aquí vienen las principales diferencias entre *El asno de oro* de Apuleyo y el *Satiricón*. Siendo los dos autores personajes de una gran cultura y versados en todo tipo de literatura, se embarcan en proyectos literarios al margen de las preceptivas recomendadas por la retórica y la poética, y en una buena medida independientes el uno del otro. Necesitando ambos autores puntos de referencia en la literatura anterior, cada uno los toma de la distinta época y ambiente en que viven, presuponiendo distinto tipo de creencias. El mundo de Petronio [252-256] es el de la sátira latina, y su orientación es sobre todo paródica de la novela sentimental griega, pues en lugar de dos enamorados heterosexuales y castos, sus protagonistas son una pareja de homosexuales que se disputan los favores de un amante más joven. El ambiente es el de la sátira con sus personajes y lugares característicos, libertos enriquecidos, cenas suntuosas, cazadores de testamentos, personajes con ridículas pretensiones que la realidad desmiente, etc. Aunque intercala numerosos relatos por el solo gusto de narrar, algunos de ellos de temática y estructura fantástica, como el del hombre lobo [254], sus numerosas alusiones a la literatura anterior de todo tipo –épica, lírica, novela, retórica, sátira, mimo, cuentos populares– y sobre todo la actitud escéptica y cínica, de una gran complejidad, de su narrador, apela a un público sofisticado y un tanto desengañado, familiarizado igualmente con las más elevadas cuestiones culturales de la época. No es extraño por ello que su prosa se cuente entre los productos más originales del latín, pues los personajes de Petronio no hablan la lengua del autor, sino la lengua de su propio ambiente, una prosa insólita por los grecismos, tecnicismos, expresiones proverbia-

les, idiotismos de difícil interpretación, jergas o maneras figuradas. Realismo bajo, en fin, ofrecido en espectáculo a la elite que veía mimos y espectáculos de gladiadores y asistía a lecturas de las tragedias de Séneca, la épica de Lucano o los versos del propio Emperador; de esta forma el *Satiricón* refleja ese mundo y el distanciamiento que suscita en un autor lleno de cultura, más ocupado (en la medida en que nos es posible saberlo) en compartir su sentido de lo ridículo con aquellos que participan de sus refinados gustos que en narrar sin otros presupuestos.

La novela comparte con la épica, como decíamos, el mundo de la ficción, que en la Antigüedad clásica no tenía otro espacio de realización que el mito. La otra ficción permitida desde antiguo, la verosímil, se había radicado en un determinado tipo de comedia, en la que las invenciones del autor no excedían la esfera de lo que se tomaba por real. La novela, entonces, se permite el desafío de narrar en el innegable marco de la actualidad unos sucesos que pretende pasar por reales –tan verdaderos como el marco en el que se encuentran– pero tan inverosímiles como los de la propia épica. De ahí que necesite siempre comparar sus personajes y sus sucesos con sus homólogos épicos o trágicos: sus brujas serán como Medea [331], sus metamorfosis tendrán asimismo precedentes míticos [334], pero siempre con el añadido, ese ya nada épico, de que, a pesar de la inverosimilitud de lo narrado, aquello es verdad.

¿Qué sucedería si tomáramos a la letra esa pretensión de realismo, más propio por otro lado de la novela de Apuleyo que de la de Petronio? Nos introduciríamos en otro componente que resulta inseparable de la novela, el ambiente de las religiones mistéricas, de la nueva religiosidad que, un poco antes del cristianismo, se difunde por el Imperio. Los cultos de Isis, de Mitra, de Cibeles, de la diosa Siria y de otras religiones orientales llevan consigo no sólo ceremonias y adeptos distintos de los de la religión tradicional, sino también

otro sistema de adivinación y, sobre todo, un nuevo cuerpo de mitos y creencias en lo maravilloso que entraña una nueva concepción de lo divino y su relación con el hombre. La divinidad se hace privada de cada uno, actual y cotidiana, y sus manifestaciones también. Estas religiones preconizan milagros, realizados a la vista de numerosos testigos, que amplían o modifican las fronteras de la realidad, y la novela, independientemente de que pueda servirles de vehículo de propaganda, refleja indudablemente ese espíritu de una nueva credulidad. Así la ficción fantástica de Apuleyo es solidaria con una nueva visión del mundo que se afirma en el Imperio, realizando una función homóloga a la de la épica con respecto a los dioses antiguos: si no son exactamente instrumentos al servicio de estas creencias, al menos presuponen su existencia y difusión.

El mundo que Apuleyo expone en *El asno de oro* [331-340] es tan realista como el de Petronio, pero su presentación de la realidad es fantástica, al tiempo que su posición ante cierto tipo de religiosidad parece la de un creyente. El narrador no es cínico ni irónico, ni se halla distanciado de lo que narra, sino que ha sido temporalmente un burro que vuelve a la forma humana gracias a la intervención de Isis. La actitud narrativa de este sacerdote de Isis tampoco está exenta de complejidad, a la que contribuye el que sólo se convierta en propagandista de su religión en el libro final [339-340], mientras que en los anteriores se complace en narrar, literalmente, todo lo que se encuentra en su camino, aparte de los increíbles sucesos que le acontecieron a él mismo.

Podríamos caracterizar así las diferencias entre el mundo ideológico de Petronio y el de Apuleyo. El autor del siglo I encuentra ridículas las creencias y las actitudes de todos, sin apostar positivamente o adherirse a ningún nuevo credo, por lo que su estética no puede prescindir ni librarse del mundo que satiriza, pues reside en una adecuada plasmación narrativa de su posición crítica hacia él. Por su parte, el

personaje principal de Apuleyo pasa por distintas creencias hasta que parece encontrar un descanso definitivo en la fe de Isis, pero no logra plasmar el resultado final de su camino en un diseño ideológico o estético coherente. Al haber apostado por un mundo nuevo, tanto ideológica como narrativamente hablando, yuxtapone creencias y relatos, estilos diversos y tonos narrativos que no prescinden de nada, siendo a un tiempo crédulo y cómico, satírico y grotesco, sádico y macabro o idealista e ingenuo. Más abierto y versátil que Petronio en los mundos que presenta o en las narraciones que incorpora, resulta, sin embargo, menos variado y más uniforme en su estilo literario. Mientras Petronio ofrece un solo mundo en muchos estilos, *El asno de oro* son muchos mundos y personas, pero un único estilo literario.

4.11. *Revalorización de Estacio*

Los espectáculos debían llenar una buena parte de las conversaciones diarias en tiempos del Imperio. Marcial utilizó para la actualidad circense y del anfiteatro la forma epigramática [277]. Podríamos decir que estuvo acertado en el género literario elegido, ágil y breve, mientras que Estacio, influido por una mezcla de retórica y poética, aplicó muchos de los lugares comunes del panegírico a la celebración de espectáculos en poemas donde la actualidad se ponía al servicio del encomio. En principio, Estacio incurría así en una falta fundamental de *decorum* poético como es la adaptación del tema al género. La razón está clara: el poeta ponía las exigencias del público por encima del tema y prefería el éxito inmediato que la improvisación le granjeaba al aplauso de las generaciones futuras.

Las *Silvas* [264-267] son ante todo poesía encomiástica dedicada a celebrar la inauguración de edificios públicos, estatuas, *villae*, etc., pertenecientes a Domiciano o sus altos

dignatarios; también aprovechan ocasiones de la vida cotidiana y oficial para tocar casi todos los subgéneros del panegírico que aparecerán codificados más tarde por el rétor Menandro. Su autor se defiende del carácter tópico y encomiástico de sus poemas aduciendo que los componía muy poco tiempo después del acontecimiento que los ocasionaba.

Sin embargo, la ocasionalidad, con lo que tiene de irrepetible, y la improvisación, que según la costumbre de la época extendía a la poesía los usos de las escuelas de declamación, comunicaba a la cansada sucesión de tópicos algo que quizás su autor no preveía, el perfume irreemplazable de lo efímero. La ocasionalidad tiene mucho de periodística y el poeta que se rinde a ella busca el éxito inmediato y momentáneo más que la adquisición para siempre. Por más que, a través de fáciles y comprensibles hipérboles, estos cronistas de lo cotidiano celebren cada cumpleaños, fiesta, entierro o pasatiempo deportivo como el suceso del siglo o el mayor espectáculo del mundo, es precisamente aquello menos destinado a durar y más perecedero, lo menos universal y lo más local, el fruto del capricho del autócrata o del magistrado de turno, lo que nos entrega un irrepetible soplo de vida que compensa las formalidades de la retórica y lo previsible de los tópicos.

Como gran parte de la épica flavia, en el renacimiento del clasicismo que sigue a la muerte de Nerón, Estacio vuelve a Virgilio. Nadie que empiece a leer la *Tebaida* [268, 269] puede ignorarlo. La maldición de Edipo, una figura de las tinieblas que pone en marcha la acción del poema, recuerda a la furia Alecto en *Eneida,* VII, 341 y ss., donde también empezaba una especie de Guerra Civil. El *concilium deorum,* provocado por las duras palabras de Edipo contra sus descendientes, muestra una querella Júpiter-Juno en la que el padre de los dioses, más dominador y cruel que el de Virgilio –la imagen de la realeza había cambiado– termina por secundar

la maldición de Edipo y promueve la guerra fratricida entre Eteocles y Polinices. Las situaciones de partida son virgilianas, pero las modificaciones son significativas, porque al final de la *Eneida* Júpiter y Juno sellan la paz entre rútulos y troyanos, mientras que aquí parece recomenzar la guerra. Por otro lado, ningún tema de Guerra Civil podía ya soslayar a Lucano. Y ningún *concilium deorum* podía tampoco dejar de pronunciarse sobre su innovación. Estacio reintroducirá a los dioses en la escena épica tras su temporal expulsión, pero su función habrá cambiado, porque las reflexiones de Lucano sobre su significado no han pasado en vano. Por eso incitan de nuevo a una guerra civil que, aparentemente alejada en cuanto a su materia de temas romanos, sin embargo tratará de temas tan atractivos políticamente como el poder compartido, la alternancia pacífica o violenta en su ejercicio, el buen y el mal príncipe, etc.

La acción del poema se traslada de los cielos a la tierra y comienza con una horrible tempestad, que sorprende en campo abierto a un viajero solitario y desprotegido, y lo obliga a refugiarse en el pórtico de un palacio desconocido de una ciudad adonde el azar le ha conducido. La tempestad, cuya idea y alguno de cuyos aspectos está en Virgilio, y cuya función inaugural es también patente, tiene un aura romántica, sobre todo por la desproporción entre los elementos desatados y la soledad del viajero. Estacio traza así la descripción del rey Adrasto: «Allí el rey Adrasto, pasado ya el umbral de la madurez e inclinándose hacia la vejez, mantenía a su gente pacíficamente, rico en antepasados y remontándose a Júpiter por una y otra rama. No contaba con el recurso del sexo mejor, pero reverdeció en la descendencia femenina, apoyado en dos hijas, sus prendas. A éste Febo le cantaba –portento que relatar espanta, de total crédito después– que, traídos por el hado, se aproximaban sus yernos, un cerdoso jabalí y un amarillento león. Dándole vueltas y más vueltas ni lo entiende el propio padre ni tú tampoco An-

fiarao, docto en el futuro: pues lo impide Apolo, su autor. La preocupación, depositándose en el fondo del corazón, enferma el ánimo del viejo» (*Tebaida* I, 391-399).

El pasaje corresponde muy de cerca a la presentación del rey Latino en la *Eneida*, VII, 45 y ss. Tras la descripción del anciano, sigue un combate nocturno entre sus futuros yernos [268] que toma por modelo el pugilato de *Eneida*, V, 420 y ss. Destaca la descripción física de los contendientes y la cualidad sombría que la noche vuelve a comunicar a la acción. La disposición del claroscuro en el primer libro de Estacio –desde los ojos sin luz de Edipo al claro día de la conciencia, desde la oscuridad del Infierno al *concilium deorum*, desde la tormenta, la llegada en la noche y el combate nocturno, hasta las numerosas luces que los servidores de Adrasto traen–, más que al barroco, cabría compararla al expresionismo cinematográfico de los años veinte.

Y otra cosa más sobre cualidades poéticas. Estacio es rey de la perífrasis alusiva de tipo mitológico en sus *Silvas:* en ellas a veces posee una rara efusividad, una manera indirecta y no prosaica de describir las cosas. Es un poeta de imágenes. Diríamos que el poeta elige detalles de un conjunto, que son significativos del todo, una especie de sinécdoque, y luego los expresa en términos poéticos indirectos, y no con prosaica minuciosidad. Estacio posee agudeza visual e imaginación para ofrecernos raras cualidades o aspectos de cosas que en la forma como él las representa son nuevas.

Estacio muestra cómo se puede estar al final de una larga tradición de tópicos y, sin embargo, seguir siendo, a ratos, un poeta original. Lo mismo sucede, por decirlo así, con el mensaje político de la épica. Las posibilidades abiertas por Virgilio, y su negación por Lucano, dejaron abierto un camino a la expresión de ideas políticas por medio de complejas imágenes poéticas, que no siempre fue desaprovechado por los poetas épicos de la época flavia.

4.12. *Quintiliano y el canon*

Hay quien supone que Tácito planteó los temas de el *Diálogo sobre los oradores* como respuesta diferente a la que había dado Quintiliano en su libro *La instrucción del orador* [287-293] recién aparecido. En una época en que la oratoria política está en decadencia, y cuando la proliferación de las declamaciones, junto con otros factores, ha determinado una evolución del género en direcciones apenas previstas en la Época Clásica, Quintiliano se plantea la formación del orador sin discutir hasta qué punto resultaba la profesión más adecuada a las condiciones políticas existentes. En general la enseñanza es conservadora y va por detrás del desarrollo social, pero al imaginarse la formación oratoria como la coronación de todo un sistema educativo [287], Quintiliano parece haber escrito un libro ligeramente desfasado para su propia época, pero que podría haber sido muy bien acogido un siglo atrás.

Conservador en política, Quintiliano nos ofrece el único canon existente en la Antigüedad de escritores griegos y latinos ordenados por géneros, géneros que responden básicamente a criterios métricos. Esta selección de los mejores escritores no la emprende llevado por su interés hacia la literatura, sino que la pone al servicio del propósito fundamental de su libro, la educación del futuro orador. Si un canon restrictivamente entendido plantea una especie de «fin de la literatura» al entronizar una serie de escritores modelo más allá de los cuales sólo hay decadencia, poner la literatura al servicio del futuro orador, como hace Quintiliano, significa, implícitamente, erigir la formación oratoria en modelo intelectual dominante. Y eso, como mínimo, resultaba cuestionable: así lo entiende Tácito al plantear la disputa entre Apro y Materno en el *Diálogo sobre los oradores* [303], donde la discusión sobre la superioridad de la oratoria o tragedia (que representa a la poesía) no se limita a las virtudes litera-

rias de ambas, sino que también incorpora los criterios que consideran la función política o la utilidad social de ambas.

A otro tema en discusión, la superioridad de la oratoria antigua o la moderna, también parece responder Quintiliano, quien erige a Cicerón en modelo indiscutible de todo futuro orador [289]. Al afirmar que el nombre de «Cicerón» ya no designa a un individuo histórico, sino que es sinónimo de elocuencia, el rétor hispano ilustra con particular precisión el mecanismo por el cual un individuo se convierte en clásico. Usando la figura retórica de la antonomasia, un solo individuo –Cicerón– se hace el representante de toda una clase, la elocuencia, pareciendo agotar y reunir en sí todas las posibilidades del arte. Sin embargo, Quintiliano también recomendaba a los futuros oradores que no limitasen su imitación a un único modelo [290], porque siempre podría haber en otros algunas virtudes oratorias que lo mejorasen en más de un aspecto. Parece que, frente a la experiencia docente, que diseminaba la perfección entre muchos o le reconocía grados, y necesitaba siempre adaptarse a las condiciones de cada alumno, se levantaba, sin embargo, en una especie de dominio ideal, el sentimiento de la perfección del clásico, un sentimiento conservador en el mejor y en el peor de los sentidos.

4.13. *Defensa del estilo moderno en oratoria*

El capítulo 19 del *Diálogo sobre los oradores* de Tácito [304] trata de Casio Severo, el primer moderno en opinión de muchos y también de Tácito, pues supo ver que «las clases y las especies de discursos deben cambiar según las épocas y los distintos tipos de auditorio». Los géneros deben someterse a la historia y con ello hacerse dependientes de los cambios de gusto de los oyentes de diversas épocas, con lo que implícitamente se niega el precepto de origen aristotélico que

postula un desarrollo interno, en dirección a un fin –*télos*– sin que circunstancias externas influyan en ese desarrollo. El cambio de Casio Severo es consciente y no se da «porque su gusto sea deficiente o por ignorancia de la literatura». A continuación Tácito plantea el tema de la influencia de la literatura y de las artes en el gusto de las generaciones posteriores. Cuando la educación retórica es mucho mayor, cuando se conocen los tratados teóricos, cuando cualquiera está familiarizado con los rudimentos del arte, ya no pueden complacer los oradores antiguos, concluye Apro. El capítulo plantea un problema de estética de la recepción al afirmar que el horizonte de expectativas oratorias del público se amplía gracias al conocimiento de la propia literatura y de las fórmulas para la creación de esa literatura, esto es, la difusión de las artes retóricas. El aristotelismo del *télos* inmanente a cada género y de la perfección representada por un orador vivo no calcula la repercusión que ejerce sobre las generaciones venideras tanto la existencia de la obra como su canonización por los críticos. Tácito (o su personaje) parece concebir perfectamente el desgaste histórico a que están sometidos los productos juzgados perfectos, así como la influencia que los críticos y sus escritos (y no sólo los literatos) ejercen sobre la educación de un nuevo gusto, más exigente cada vez. En un movimiento casi tan radical como el del propio clasicismo, con su pretensión de haber alcanzado la perfección, Apro formula la ley de hierro del relativismo total, negándose a admitir que haya valores literarios transhistóricos y afirmando que los gustos cambian según las épocas.

En consecuencia con estas ideas, el estilo moderno se caracteriza en el capítulo 20 [304] por algunos rasgos que aún hoy se encuentran en nuestros manuales de literatura latina: brevedad, brillantez poética y posibilidad de encontrar siempre en él algún pasaje digno de cita. El estilo oratorio tiene que tomar numerosos términos, giros y maneras de la poesía, debe poseer toda clase de imágenes y, sobre todo,

debe poseer la cualidad de ser memorable, esto es, repetible e imitable, sin subvalorar nunca el gusto del público. Por su gran formación literaria, el público del Imperio aguanta la poesía, la ingeniosidad y una medida mucho mayor de artificio que en épocas anteriores. Cicerón pretendía que el orador ocultara el arte; cuando los oyentes saben ya en qué consiste el arte y también que la oratoria es una actividad en buena parte artística, no sólo no lo rechazan sino que lo exigen. La prosa discursiva ciceroniana ha dejado de ser el gran modelo de literatura, porque, mientras tanto, la poesía ha alcanzado la cúspide y la difusión de la educación retórica ha modificado y refinado los gustos. Resulta imposible soslayar, por tanto, la aportación de las artes y de la poesía a la creación del estilo moderno.

4.14. *Temas satíricos*

La selección de textos de Juvenal empieza por el realismo de la sátira y su interés en las acciones y pasiones humanas y su carácter de mezcla [294]. La sátira tercera censura las incomodidades de Roma, tanto en el aspecto social como demográfico y, sobre todo, urbanístico [295-297]. Los esclavos y el dinero o, si se quiere, los libertos adinerados predominan sobre la antigua ciudadanía, reducida a la condición de clientes que solicitan la espórtula y nobles obligados a mendigar testamentos. Pero encuentran una fuerte rivalidad en gentes mucho mejor adaptadas a ese medio: los griegos, con toda una legión de nuevas profesiones, y con unas virtudes histriónicas y una rapidez de reflejos que los convierte en enemigos invencibles. Los antiguos romanos se baten en retirada y abandonan [295].

La ciudad es muy incómoda: los derrumbamientos de casas y los incendios están a la orden del día. Y los pobres los sufren mucho más que los ricos. Debido al ruido, se hace im-

posible dormir por la noche, que es cuando circulan los carros y las recuas de animales con mercancías. Por el día se hace imposible transitar por las calles, a menos que uno sea rico y sea transportado en litera: la gente presiona, empuja, golpea con todo lo que lleva, los carros pueden aplastar a cualquiera [296]. Por la noche, mejor se hace testamento antes de salir: continuamente caen de las casas objetos contundentes, hasta el punto de que, de rogar algo, se pide que caigan aguas menores o mayores, que no matan. Aguardan borrachos impertinentes, ladrones, etc.

¿Qué decir de la política? La delación y la abyección de la gente llegaba a extremos ridículos. Cae un rodaballo monstruoso en las redes de un pescador, y hay que ofrecerlo al César Domiciano, no sea que los delatores priven de él a su propietario y encima lo denuncien [298]. Pero en la corte las cosas no van mejor: es palpable la degradación de los nobles, entretenidos en emular a los artistas a cuyo frente se pone el propio Nerón [301].

Las mujeres [299] no salen mejor libradas que los maridos complacientes o los clientes: el que dispongan de su dinero les confiere libertad para casarse o divorciarse a capricho, para tomar amantes consentidos por el marido, para rivalizar con hombres en todos los terrenos: son desde gladiadoras a borrachas, lujuriosas sin fin, con hombres, mujeres o eunucos, expertas en la milicia, la oratoria, la gramática o la poesía. Caprichosas y crueles, sus ejemplos vienen de lo alto: Mesalina, o una esposa de senador que lo abandona todo por seguir a un miembro de una cuadrilla de gladiadores.

Hay otras clases de gente en la ciudad. Por ejemplo, los poetas, los historiadores, los oradores, los abogados, los gramáticos. Cada grupo sale peor parado que el anterior, sobre todo en relación con profesiones emergentes, como la de gladiador o auriga. Los esquemas son parecidos: los poetas del momento no son como los de antes, nadie los apoya, la gente

se ha vuelto avara, hasta los otrora protectores saben componer versos. Debido a ello su poesía se resiente, no pueden pensar en grandes asuntos cuando los pequeños no están aún resueltos. Todo es cuestión de dinero. Hay un evidente cambio de valores. Y en ese cambio caen la política, los principios republicanos de honradez y moralidad, la poesía al servicio del estado y de las grandes causas e, incluso, el hecho mismo de ser ciudadano, nacido en Roma, varón. Mujeres y griegos, otras religiones, otras profesiones...

La sátira nació en Lucilio y Horacio con un fuerte acento personal y con una marcada orientación moral, dedicándose a la censura de los vicios y a la persecución de las necedades humanas. Vicios, necedades de sectores concretos, o necedades concretas de gente inventada, pueden dar risa, más o menos amarga según las ocasiones, pero risa al fin y al cabo. Además, hay una especie de *purgatio morum*, de limpieza moral, que le confiere a la sátira carácter carnavalesco. El que censura debe elegir cuidadosamente su propia posición y postura, pues no se habla impunemente de los desatinos ajenos, mostrándose uno superior y a salvo. Sería un defecto insufrible, propio de muchos personajes censurados. De ahí las continuas técnicas de distanciamiento, de observaciones indirectas, de rebajamiento, de autohumillación por parte del autor de la censura. Pero si el movimiento de la sátira puede parecer filosófico, puesto que un determinado esquema intelectual de virtudes y vicios es el que la pone en movimiento, su arraigo en la vida parece ser más importante que las tesis discutidas, de manera que se va de la vida a las tesis y no de las tesis a la vida.

4.15. *Tácito*

El estilo de Tácito [303-316], por su concisión, dignidad y elevación, debe mucho a Salustio, pero entre ambos Séneca

[249-251] ha impuesto un modelo de prosa de buscada brevedad y de desequilibrio exhibicionista entre sonido y sentido, con oscuridad efectista que si bien provocó como reacción una vuelta a Cicerón, también permitió la contemplación de un ideal de brevedad polémico y agudo, más teatral e ingenioso, pero quizás menos elevado que el del aticista Salustio. Una oposición entre una oscuridad que parece natural y otra que se esfuerza en presentarse como efecto de un arte. Tácito nunca olvida que un historiador es antes que nada un narrador y no sólo un constructor de frases brillantes o ingeniosas como Séneca o Lucano; pero, adoptando el modelo de brevedad nerviosa y enérgica de Salustio, consigue el más difícil todavía de ser más breve, más artista y no menos digno que su predecesor. A la cualidad artística colaboró el estilo de la Época Postclásica, impregnado de poetismos (ya en Livio) y contagiado de la influencia de Virgilio o Lucano, como un personaje de Tácito exigía para la oratoria [304]. Además, Tácito, como todo genio, adapta el estilo al tema, consiguiendo una insuperable oscuridad siniestra no exenta de grandeza al narrar los crímenes imperiales de la corte Julio-Claudia [309]. Lo que en Suetonio [320-322] es un estilo anecdótico adornado con la puntillosidad burocrática y la neutralidad del funcionario que lo mismo registra el número de consulados y triunfos que la variedad de obscenidades de Tiberio, se hace en Tácito oscuridad alusiva que permite adivinar, gracias al énfasis, mucho más de lo que dice, y que convierte la imprecisión de las fuentes y el análisis de rumores sobre hechos inconfesables en poderoso mecanismo de amplificación, de distanciamiento y de profunda condena implícita. Hay otros autores que transmiten intrigas palaciegas: compárense las conjuraciones en torno a la figura de Alejandro Magno narradas por Quinto Curcio al estilo de Livio, pásese luego a Tácito y se verá la diferencia. Tácito, que no pierde nunca el tono de grandeza al tratar a los Julio-Claudios, proporcionó abundante inspiración a las tragedias de Racine.

4.16. *Los tipos de muerte*

La guerra, o la propia vida cívica, permite que las posibilidades de muerte sean muy variadas. Esto engendra toda una casuística al respecto que, a medida que nos internamos en la Época Imperial, da lugar tanto a morbosas disquisiciones teóricas (Séneca y los estoicos) como a considerables variaciones tipológicas. Partiendo del modelo de los gladiadores, auténticos profesionales de la muerte, capaces de convertir el morir en un arte, nos encontramos, sobre todo en las páginas de Suetonio y Tácito [309], con suicidios de personalidades, asesinatos políticos, conjuraciones contra emperadores, conspiraciones militares en diversos grados de elaboración, planes logrados o fallidos y aparatos represivos con sus siniestros jefes, que manipulan o amañan pruebas comprometedoras. Existía en Época Postclásica toda una literatura del *exitus clarorum virorum* (finales de hombres ilustres), pues se partía de la creencia de que la manera de morir, con la última frase que se pronunciaba, solía contener el sentido de toda una vida visto desde su desenlace, especie de *omen* en dirección inversa, con carácter retroactivo. La impasibilidad, el dominio y la frialdad con que se comportan ante la muerte sus actores no es menor que el dominio sobre sus emociones que poseen muchos de los asistentes al espectáculo o la premeditada minuciosidad con que se planean y ejecutan los crímenes: el arte de morir se transmite desde los gladiadores a sus verdugos de las clases dirigentes, que, bajo el régimen imperial, parecen sentirse tan inevitablemente condenados en la corte como los luchadores en la arena.

J. C. F. C. y A. M. H.

CATÁLOGO DE TEXTOS

I. ÉPOCA ARCAICA

POESÍA

Fragmentos

LIVIO ANDRONICO

1. **El mar cruel**
   Del poema épico *La Odisea*
2. **Amenazas**
   De la tragedia *Dánae*

NEVIO

3. **Heroísmo**
   Del poema épico *La Guerra Púnica*
4. **Epitafio de sí mismo**
   Epigrama a la muerte de Nevio (transmitido por Aulo Gelio, *Noches Áticas*, I, 24, 2)

15. Los bajos fondos de Roma
Gorgojo, 462-486

16. Dos ancianos abominan de sus mujeres
Las tres monedas, 48-64

17. El esclavo y los héroes míticos
Las Báquides, 925-952

18. La ironía de un parásito
Los Menecmos, 446-465

19. Equívoco
Aulularia, 731-802

20. El dios Mercurio se hace pasar por Sosias
Anfitrión, 346-386

TERENCIO

21. Enredos amorosos
El eunuco, 304-379

22. Conflicto generacional
El atormentador de sí mismo, 213-229

23. Pánfilo sorprende a su mujer
La suegra, 361-414

24. Final feliz: la libertad de un esclavo
Los hermanos, 958-978

LUCILIO

25. Sobre falsas creencias
Sátiras, XV, 480-483

26. Ficción y realidad
Sátiras, XV, 484-489

27. Los amigos persiguen el alma
Sátiras, XXVII, 716-717

28. Sobre la virtud
Sátiras, fragmento de ubicación incierta, 1326-1338

PROSA

CATÓN

29. Del discurso en favor de los rodios
Los orígenes, V, 3a-b, frag. 163-164 (Malcovati)

30. Alabanza de la agricultura frente al comercio
De los trabajos del campo, Prefacio

31. La alimentación y el vestido de los esclavos
De los trabajos del campo, 56-59

II. ÉPOCA CLÁSICA

A) *Fin de la República y Guerra Civil*

POESÍA

LUCRECIO

32. Invocación a Venus
De la naturaleza, I, 1-49

33. Dificultades para expresar el pensamiento filosófico en latín
De la naturaleza I, 136-145

34. Crítica a la religión
De la naturaleza, I, 80-101

35. La realidad está constituida de átomos y vacío
De la naturaleza, I, 418-448

36. Infinitud del universo
De la naturaleza, II, 1049-1089

37. La muerte no nos afecta
De la naturaleza, III, 830-893

38. El amor
De la naturaleza, IV, 1037-1121

39. La noción del progreso humano
De la naturaleza, V, 1105-1135

CATULO

40. Muerte del pajarito
Poesías, 3
41. Besos para Catulo
Poesías, 5
42. Renuncia de amor
Poesías, 8
43. Bienvenida a Veranio
Poesías, 9
44. Ruptura definitiva con Lesbia
Poesías, 11
45. Regreso a Sirmión
Poesías, 31
46. Devuélveme mis escritos
Poesías, 42
47. Pasión por la poesía
Poesías, 50
48. Flechazo
Poesías, 51
49. Éxtasis y locura
Poesías, 63, 39-73
50. Lamento de Ariadna
Poesías, 64, 132-201
51. Ayuda inolvidable de Alio
Poesías, 68B, 41-76
52. Amor y pasión
Poesías, 72
53. Lucha interior
Poesías, 76
54. Amor y odio
Poesías, 85

PROSA

Varrón

Cicerón

SALUSTIO

NEPOTE

94. Alcibíades
Vidas, 7, 11
95. Elogio de Catón
Vidas, 24, 3

B) *Época Augústea*

POESÍA

VIRGILIO

96. Títiro, Melibeo, el joven dios y Roma
Bucólicas, I, 1-25
97. Mundo bucólico y mundo exterior
Bucólicas, I, 59-83
98. El reino de Saturno y el Siglo de Oro de nuevo
Bucólicas, IV, 1-36
99. Justa poética entre pastores
Bucólicas, VII, 21-79
100. Labores en mal tiempo
Geórgicas, I, 252-275
101. Elogio de Italia
Geórgicas, II, 136-176
102. Elogio de la vida del labrador
Geórgicas, II, 490-530
103. Orfeo y Eurídice
Geórgicas, IV, 464-503
104. Presentación de Eneas
Eneida, I, 92-107
105. Presentación de Dido
Eneida, I, 494-519

106. Héctor se aparece a Eneas
Eneida, II, 268-297

107. Aparición de Creúsa a Eneas
Eneida, II, 771-795

108. Héleno profetiza a Eneas las pruebas que le aguardan
Eneida, III, 373-395

109. Dido reprocha a Eneas su huida
Eneida, IV, 304-330

110. Monólogo de Dido
Eneida, IV, 522-553

111. Entrada de Eneas y Sibila en el Infierno
Eneida, VI, 264-294

112. Griegos y romanos en palabras de Anquises
Eneida, VI, 847-853

113. Segundo prólogo: el rey Latino y la situación de Italia a la llegada de los troyanos
Eneida, VII, 37-58

114. Juno abre las Puertas de la Guerra
Eneida, VII, 601-622

115. Descripción de Camila
Eneida, VII, 803-817

116. El escudo de Eneas
Eneida, VIII, 608-629

117. La batalla de Accio
Eneida, VIII, 675-713

118. Turno mata a Palante
Eneida, X, 479-509

119. Últimas palabras y muerte de Mecencio
Eneida, X, 873-908

120. Júpiter y Juno hacen las paces
Eneida, XII, 791-842

Horacio

149. ¡Cómo lamento haberte dejado anoche!
Elegías, III, 18

PROPERCIO

150. Amante ante la amada dormida
Elegías, I, 3
151. Advierte a un rival de lo que le espera si logra el amor de Cintia
Elegías, I, 5
152. El amigo se va; él no puede dejar a Cintia
Elegías, I, 6
153. Cintia fue la primera, Cintia será la última
Elegías, I, 12
154. Polvo serán, mas polvo enamorado
Elegías, I, 19
155. Cambio de rumbo poético
Elegías, II, 10
156. El verdadero amor no sabe tener mesura
Elegías, II, 15
157. *Foedus amoris*
Elegías, III, 20
158. Aprende a temer el fin de tu belleza
Elegías, III, 25
159. Canto a Roma
Elegías, IV, 1, 1-28
160. Autobiografía poética
Elegías, IV, 1, 119-150

OVIDIO

161. Ovidio cantará eternamente a su amada
Amores, I, 3

162. Primera visita de Corina
Amores, I, 5
163. Todas las mujeres me gustan
Amores, II, 4
164. A la muerte del papagayo de Corina
Amores, II, 6
165. La ciudad de Roma; inventario de lugares propicios para el amor
Arte de amar, I, 61-100
166. Dido a Eneas
Heroidas, VII, 1-24, 133-140
167. Ariadna a Teseo
Heroidas, X, 43-80
168. Metamorfosis de Dafne
Metamorfosis, I, 525-567
169. Faetón conduce los caballos de su padre el Sol
Metamorfosis, II, 178-213
170. El tormento de Narciso
Metamorfosis, III, 402-436
171. Píramo y Tisbe
Metamorfosis, IV, 55-166
172. Dédalo e Ícaro
Metamorfosis, VIII, 183-235
173. El Sueño y sus hijos
Metamorfosis, XI, 592-615, 633-649
174. Combate de lápitas y centauros
Metamorfosis, XII, 234-270
175. Discurso de Ulises
Metamorfosis, XIII, 340-369
176. Canción de Polifemo a Galatea
Metamorfosis, XIII, 786-807, 821-837, 840-853
177. Autobiografía poética
Tristes, IV, 10, 1-132
178. La censura en la literatura
Tristes, II, 493-578

179. El paisaje invernal de Tomos
Tristes, III, 10
180. El culto a los muertos
Fastos II, 533-570
181. Ovidio lamenta su suerte
Pónticas, II, 7, 47-84
182. Un pasaje pseudovidiano de la *Consolación a Livia*
Consolación a Livia, 40-58

PROSA

VITRUBIO

183. El origen de los edificios y el progreso del hombre
De arquitectura, II, 1
184. De la forma de las casas según la categoría de las personas
De arquitectura, VI, 8

TITO LIVIO

185. Razones para escribir la historia de Roma
Historia de Roma, Prefacio, 1-10
186. La violación de Lucrecia
Historia de Roma, I, 58, 1-5
187. La técnica analística y la descripción de los consulados
Historia de Roma, II, 34, 1-6
188. Los galos entran en Roma
Historia de Roma, V, 41-42
189. Acogida de Aníbal en Hispania
Historia de Roma, XXI, 4
190. Asedio y destrucción de Sagunto
Historia de Roma, XXI, 7-8

191. Pánico en Roma al conocerse la derrota de Trasimeno
Historia de Roma, XXII, 7, 6-13
192. Delicias de Capua
Historia de Roma, XXIII, 18, 10-16
193. Discurso de Escipión a sus soldados insurrectos
Historia de Roma, XXVIII, 27
194. Prodigios y augurios
Historia de Roma, XLV, 16, 5-8
195. La libertad de las naciones sometidas
Historia de Roma, XLV, 18, 1-2

III. ÉPOCA POSTCLÁSICA

A) *Dinastía Julio-Claudia: de Tiberio a Nerón (14-68 d.C)*

POESÍA

MANILIO

196. El orden del universo: crítica a Lucrecio y a Epicuro
Astronómica, I, 474-494
197. La naturaleza divina del hombre
Astronómica, II, 105-116
198. Los signos del zodíaco gobiernan el cuerpo humano
Astronómica, II, 453-465
199. El destino y las estrellas
Astronómica, III, 36-60

FEDRO

200. Fedro y sus fábulas
Fábulas, I, Prólogo

201. El lobo y la grulla
Fábulas, I, 8
202. El asno que se burla del jabalí
Fábulas, I, 29
203. La hermana y el hermano
Fábulas, III, 8

PERSIO

204. Muerte de un glotón
Sátiras, III, 77-109
205. Persio y su maestro Cornuto
Sátiras, V, 19-51
206. Formas de vida diversas
Sátiras, V, 52-72

SÉNECA EL FILÓSOFO

207. Consejos de Agamenón a Pirro
Las Troyanas, 250-291
208. Catálogo de venenos y de sus lugares de procedencia
Medea, 670-739
209. Monólogo de Medea sobre la muerte de sus hijos
Medea, 893-977
210. Muerte de Hipólito
Fedra, 1000-1113
211. Sátira grotesca de la muerte del emperador y canto de Apolo a Nerón
Apocolocyntosis, 41

LUCANO

212. ***Concordia discors:*** **Julia, Pompeyo y César**
Farsalia, I, 109-157
213. Crímenes de Mario y Sila en la anterior guerra civil
Farsalia, II, 173-224
214. Respuesta de Catón a Bruto
Farsalia, II, 284-325
215. Retrato de Catón
Farsalia, II, 372-391
216. La sombra de Julia se aparece a Pompeyo
Farsalia, III, 1-35
217. Un bosque sagrado frecuentado por druidas
Farsalia, III, 399-425
218. Arenga a jóvenes condenados a morir
Farsalia, IV, 474-528
219. Sexto Pompeyo consulta a la bruja Erichto
Farsalia, VI, 592-623
220. Lamento con blasfemia sobre las consecuencias de la batalla
Farsalia, VII, 385-459
221. Muertes en África por mordedura de serpiente
Farsalia, IX, 734-814

CALPURNIO SÍCULO

222. Poema para aplacar a la amada
Bucólicas, 3, 40-99

PROSA

SÉNECA EL RÉTOR

223. Casio Severo traza las diferencias entre declamación y causa
Controversias, III, Prefacio, 11-15

VELEYO PATÉRCULO

VALERIO MÁXIMO

236. Sobre el amor conyugal entre los romanos
Hechos y dichos memorables, IV, 6, 5

237. Sobre la abstinencia y continencia de los extranjeros
Hechos y dichos memorables, IV, 3, 3

CURCIO RUFO

238. Modestia de Alejandro al tratar a las reinas vencidas
Historia de Alejandro Magno, III, 12, 15-25

239. Alejandro rechaza orgullosamente las propuestas de Darío y el consejo de Parmenión
Historia de Alejandro Magno, IV, 11, 10-15

240. Descripción de Babilonia: los pensiles; las mujeres de Babilonia
Historia de Alejandro Magno, V, 1, 24-39

241. Alejandro y la reina de las amazonas
Historia de Alejandro Magno, VI, 5, 24-32

242. Degeneración de Alejandro
Historia de Alejandro Magno, VI, 6, 1-11

SÉNECA EL FILÓSOFO

243. La felicidad
Sobre la felicidad, 3, 3-4

244. La cólera y la razón
De la cólera, I, 8

245. La libertad de los gobernantes
Sobre la clemencia, 8, 1-3

246. Un tópico consolatorio: los bienes no son duraderos
Consolación a Marcia, 10, 1-3

247. El discurso científico de Séneca: el origen del arco iris
Cuestiones naturales, I, 3, 5-7

248. Causas de los terremotos
Cuestiones naturales, VI, 25-26, 2

249. Sinceridad epistolar: coherencia entre el lenguaje y la vida
Epístolas morales a Lucilio, 75, 1-4

250. Causas de la degeneración del estilo
Epístolas morales a Lucilio, 114, 1-4

251. Defensa del estilo de Fabiano
Epístolas morales a Lucilio, 100, 1-5

Petronio

252. Presentación de los personajes: Encolpio, Ascilto y Gitón
Satiricón, 9-11

253. La cena de Trimalción
Satiricón, 36-38, 5

254. El hombre lobo
Satiricón, 61-62.

255. La viuda de Éfeso
Satiricón, 110, 6-112, 8.

256. Poema de la Guerra Civil
Satiricón, 119, 1-52

Celso

257. Por qué se engorda y se adelgaza
Los ocho libros de medicina, I, 3, 15-16

Pomponio Mela

258. Descripción de Hispania
Corografía, II, 6

COLUMELA

259. El capataz ideal
De los trabajos del campo, I, 8, 5-11

B) *Época flavia (71-96 d.C)*

POESÍA

SILIO ITÁLICO

260. Hispania y los hispanos
La Guerra Púnica, I, 220-238
261. Un terremoto en plena batalla de Trasimeno
La Guerra Púnica, V, 603-626

VALERIO FLACO

262. Emoción de los Argonautas ante la primera noche en el mar
Viaje de los Argonautas, II, 34-47
263. Medea responde a Jasón
Viaje de los Argonautas, VII, 431-510

ESTACIO

264. Epístola introductoria al libro primero de las *Silvas*
Silvas, I, Epístola introductoria
265. Conmemoración de la muerte de Lucano
Silvas, II, 7, 24-80
266. Epicedio de Priscila, elogio de su esposo y del Emperador
Silvas, V, 1, 23-100

267. El sueño
Silvas, V, 4

268. Tideo y Polinices en combate nocturno
Tebaida, I, 400-446.

269. Emboscada nocturna contra Tideo al regreso de Tebas
Tebaida, II, 527-585

Marcial

270. Sobre la lengua y la interpretación de los epigramas
Epigramas, Prólogo al libro I

271. Autocrítica
Epigramas, I, 16

272. ¿Es el poema del autor o del lector?
Epigramas, I, 38

273. Peligros de la alabanza excesiva
Epigramas, I, 64

274. Epigrama erótico
Epigramas, VI, 23

275. Filosofía de la vida
Epigramas, X, 47

276. La miseria y la virtud
Epigramas, XI, 56

277. Alabanza del Coliseo
Libro de los Espectáculos, 1

278. «Pasando el mar Leandro el animoso»
Libro de los Espectáculos, 25b

Priapeos

279. Al lector de versos priapeos
Priapeos, 1

PROSA

PLINIO EL VIEJO

FRONTINO

QUINTILIANO

C) *Los primeros Antoninos: Trajano y Adriano (98-138 d.C.)*

POESÍA

JUVENAL

PROSA

TÁCITO

303. Defensa de la poesía
Diálogo sobre los oradores, 12-13
304. El estilo de los discursos debe evolucionar
Diálogo sobre los oradores, 19-20
305. La sumisión y el silencio
Agrícola, 2-3
306. Arenga del jefe de los britanos
Agrícola, 31-32
307. Las costumbres de los germanos
Germania, 16-17
308. Visión del Imperio
Historias, I, 2-3
309. La muerte de Galba
Historias, I, 40-41
310. Origen y costumbres de los judíos
Historias, V, 2-5
311. Tiberio y Asinio Galo
Anales, I, 11-12
312. Retrato de Sejano
Anales, IV, 1
313. Libertad de expresión y censura
Anales, IV, 34-35
314. Tiberio rechaza el ofrecimiento de un templo en su honor
Anales, IV, 38
315. El incesto de Agripina y Nerón
Anales, XIV, 2
316. El incendio de Roma
Anales, XV, 38-39

PLINIO EL JOVEN

317. El estilo y la elocuencia
Epístolas, IX, 26
318. El castigo de los cristianos
Epístolas, X, 97-98
319. El emperador Trajano no es un dios
Panegírico de Trajano, 2

SUETONIO

320. La faceta literaria de Julio César
Vida de los doce Césares, I, 56
321. Nerón
Vida de los doce Césares, VI, 51-52
322. Retrato del retórico Albucio Silo
Sobre los hombres famosos, La retórica, 30

D) *Época de los Antoninos (138-192 d.C.)*

PROSA

FRONTÓN

323. El sabio y la elocuencia
Epístolas, 161, 8-9
324. Lo que es más antiguo es mejor
Epístolas, 174, 12-13
325. Consejos a Marco Aurelio
Epístolas, 31

AULO GELIO

326. **Sobre la composicion de las *Noches Áticas***
Noches Áticas, Prefacio, 1-3
327. **Del amor de un delfín por un niño**
Noches Áticas, VI, 8
328. **Pudor y literatura**
Noches Áticas, IX, 10
329. **Sobre los sentidos de *humanitas***
Noches Áticas, XIII, 17

FLORO

330. **Elogio de Roma y etapas de la formación del Imperio**
Epítome de todas las guerras, Prefacio

APULEYO

331. **Las brujas Meroe y Pantia: fantástico-macabro**
El asno de oro, I, 13
332. **El edil Pitias pisotea los peces: grotesco**
El asno de oro, I, 24-25
333. **Fotis, la esclava: erótico**
El asno de oro, II, 7
334. **La metamorfosis en asno: fantástico-maravilloso**
El asno de oro, III, 24
335. **Amor y Psyque en el palacio encantado: maravilloso**
El asno de oro, V, 2-4
336. **El asno en el molino: cómico**
El asno de oro, IX, 11
337. **La adúltera, el amante, la alcahueta y el burro**
El asno de oro, IX, 14-15

338. La señora de Corinto: obsceno
El asno de oro, X, 19-22

339. Plegaria del asno a Isis: religioso
El asno de oro, XI, 2

340. Lucio recupera la forma humana y el sacerdote interpreta su vida
El asno de oro, XI, 13-15

341. Apuleyo no es un hombre guapo ni bien peinado
Apología, 4

342. La muerte del poeta Filemón
Flórida, 16, 6-18

TRADUCTORES *

A. A. E.	Antonio Alvar Ezquerra
A. B.	Agustín Blánquez
A. D.-H. B. R.	Avelino Domínguez García-Hipólito Benjamín Riesco
A. F.	Antonio Fontán Pérez
A. G.	Aníbal González
A. L.-A. P.	Aurora López-Andrés Pociña
A. M. C.	Ana Moure Casas
A. M. H.	Antonio Moreno Hernández
A. O.	Álvaro d'Ors
A. P. M.	Ángela Palacios Martín
A. R.	Alejandra de Riquer
A. R. V.	Antonio Ramírez de Verger
A. R. V.-F. N. A.	Antonio Ramírez de Verger-Fernando Navarro Antolín
A. R. V.-J. F. V.	Antonio Ramírez de Verger-Juan Fernández Valverde
A. Z. F.	Almudena Zapata Ferrer
B. G. H.	Benjamín García Hernández
B. S. R.	Bartolomé Segura Ramos
C. C. M.	Carmen Codoñer Merino
C. G. A.	Carmen Guzmán Arias
C. L. J.	Crescente López de Juan
D. E.	Dulce Estefanía
E. M. C.	Enrique Montero Cartelle

* Criterios editoriales han determinado que, donde fuera posible, los textos traducidos se sirvieran de los fondos de autores latinos ya publicados en Alianza Editorial. Asimismo, el número total de fragmentos y la ausencia de notas a las diversas traducciones responde al deseo de la editorial de armonizar el presente volumen con la *Antología de la literatura griega* ya publicada en esta colección (BT 8232).

E. O. S.	Enrique Otón Sobrino
E. S. S.	Eustaquio Sánchez Salor
E. T.	Esperanza Torrego
E. V. F.	Eduardo Valentí Fiol
F. B.-F. N.	Francisco de Barreda-Francisco Navarro
F. C. R.	Francisco Campos Rodríguez
F. M. A.	Fernando Martín Acera
F. P. R.	Francisco Pejenaute Rubio
F. S.	Francisco Socas
F. V.	Francisco Vera
H. F. B.	Hugo Francisco Bauzá
I. R. M.	Ismael Roca Meliá
J. A. A.	Juan Antonio Ayala
J. A. C.	Jesús Aspa Cereza
J. A. E.	José Antonio Enríquez
J. A. V.	José Antonio Villar
J. C. F. C.	José Carlos Fernández Corte
J. G. C.	José Guillén Cabañero
J. G. F.	Juan Gil Fernández
J. G. V.	José González Vázquez
J. L. A.	Juan Luis Arcaz Pozo
J. L. A.-A. L. F.	Juan Luis Arcaz Pozo-Antonio López Fonseca
J. L. M.	Jesús Luque Moreno
J. L. M. A.	José Luis Moralejo Álvarez
J. L. O. D.	Jose Luis Oliver Domingo
J. M.	Julián Marías
J. M. B.	José Miguel Baños
J. M.ª G.	José María Guinot
J. M.ª R.	José María Requejo
J. R. B.	José Román Bravo
J. S.-F. G.	José Solís-Fernando Gascó
L. A. C.	Luis Alberto de Cuenca
L. R.	Lorenzo Riber
L. R. F.	Lisardo Rubio Fernández
M. A. M. C.	Manuel Antonio Marcos Casquero
M. M. M.	Mercedes Montero Montero
M. O.	Marcial Olivar
M. S. M.	Manuel Segura Moreno
P. R. S.	Pedro Rodríguez Santidrián
R. M.ª A. C.	Rosa María Agudo Cubas
R. C. T.	Rosario Cortés Tovar
R. F. B.	Rafael Fontán Barreiro
R. L.	Roger Labrousse
S. M. B.	Sebastián Mariner Bigorra
S. S. M.	Santiago Segura Munguía
T. G. R.	Tomás González Rolán
T. G. R.-P. S.	Tomás González Rolán-Pilar Saquero
V. C. L.	Vicente Cristóbal López
V. G. Y.-H. E.	Valentín García Yebra-Hipólito Escolar
V. J. H. L.	Víctor José Herrero Llorente
VV. TT.	Yolanda García López, M.ª Luisa Antón Prado, M.ª Jesús Frey Collazo, Irene Doval Reija

TEXTOS *

* La llamada que aparece entre paréntesis a continuación de las iniciales del traductor remite a la relación de versiones utilizadas en la elaboración de la presente antología que figura en las páginas 693-696.

I. ÉPOCA ARCAICA

POESÍA

FRAGMENTOS

De los primeros testimonios de la poesía latina en el siglo III *a.C. apenas se conservan algunos fragmentos que acreditan los inicios de la épica, la lírica y el drama (tragedia y comedia) en Roma. Buena muestra de cómo se verá en época clásica a los autores antiguos es el siguiente pasaje de Cicerón sobre la épica arcaica. Cicerón sostiene que los géneros literarios, como las artes plásticas, deben evolucionar hasta alcanzar su plenitud. Así Livio Andronico hace las veces de inventor de la poesía épica en latín, Ennio es el que la lleva a la perfección y Nevio representa, entre uno y otro, la fase de expansión:*

«Pero no sé si en el resto de las artes sucede lo mismo, a saber, la imposibilidad de que una cosa recién inventada sea ya perfecta. No cabe duda de que existieron poetas antes de Homero, como se desprende de las canciones que en sus poemas se cantan en los banquetes de los feacios y de los pretendientes de Penélope. Y ¿dónde están los antiguos versos nuestros,

que antaño cantaban faunos y adivinos,
cuando ni las cumbres de las Musas...
ni existía ningún apasionado por el lenguaje docto
antes de éste?...

»dice de sí mismo [Ennio], y no miente, a pesar de ensalzarse: pues así eran las cosas en verdad. Está claro que la Odisea *latina es algo parecido a algunas obras de Dédalo y que los dramas de Livio [Andronico] no son dignos de una segunda lectura. Por cierto, este Livio exhibió por primera vez su drama bajo el consulado de Gayo Claudio, hijo de Apio el Ciego, y Marco Tuditano, en el mismo año que nació Ennio, en el quinientos catorce desde la fundación de Roma, como dice el autor que nosotros seguimos. [...]*

»[...] Tu juicio es correcto, Bruto, le dije. Pero ¡ojalá se conservasen aquellos cantos que, según dejó escrito Catón en sus Orígenes, *muchos siglos antes de su época cantaba en los banquetes cada uno de los comensales con los hechos gloriosos de hombres ilustres! Con todo y con eso, la* Guerra Púnica *de ese autor a quien Ennio coloca entre los adivinos y los faunos nos deleita como si se tratase de la obra de un Mirón. Admitamos, ya que es verdad, que Ennio es más perfecto; pero si despreciara a aquél [Nevio] tanto como simula, no hubiera dejado de tratar aquella encarnizada Primera Guerra Púnica, él, que se ocupaba de todas las guerras. Pero él mismo da las razones de su proceder diciendo: "Se ocuparon otros de la guerra en versos...", y muy brillantemente por cierto, aunque lo hicieran de forma menos cuidadosa que tú. Y ésta debe ser también tu opinión, pues, o reconoces que a Nevio le tomaste muchas cosas prestadas, o, si no lo reconoces, entonces se las robaste.»* (Cicerón, *Bruto,* 71-72, 75-76, Trad. de J. C. Fernández Corte.)

LIVIO ANDRONICO

Livio Andronico (ca. *284*-ca. *204 a.C.) es considerado el primer autor literario en lengua latina y el introductor de la épica, el drama y la lírica en el mundo romano. Autor de una traducción latina de la* Odisea *de Homero, utilizada como texto escolar todavía en Época Clásica, Livio intentó romanizar la epopeya griega adoptando la forma métrica del antiguo verso saturnio y sustituyendo los nombres de los dioses griegos por otros itálicos. Entre sus obras destacan diversas versiones de tragedias y algunas comedias, basadas probablemente en originales griegos, así como varias piezas de lírica coral.*

1. El mar cruel

Nada destruye a un hombre tanto como el mar
cruel. Incluso a aquel cuyo vigor es grande
lo harán pedazos las salvajes olas.

Del poema épico *La Odisea*
(L. A. C.) (1)

2. Amenazas

¿También amenazas? Preocúpate de tus cosas mejor que de las mías.

De la tragedia *Dánae*
(M. S. M.) (2)

NEVIO

Gneo Nevio (ca. *270*-ca. *190 a.C.) cultivó la poesía épica y la dramática acentuando la dimensión romana en sus argumentos y motivos literarios. Entre sus obras, perdidas casi íntegramente, destaca un poema en verso saturnio,* La Guerra Púnica, *que introduce en la épica la historia y las leyendas romanas desde su fundación, como un antecedente de la* Eneida *virgiliana. Sus tragedias están basadas en unos casos en originales griegos y en otros se han adaptado a contenidos romanos* (fabulae praetextae), *mientras que sus comedias están apoyadas fundamentalmente en los modelos de la Comedia Nueva griega, aunque es posible que escribiera algunas de ambiente romano* (fabulae togatae).

3. Heroísmo

Prefirieron morir en sus puestos
a volver sin honor junto a sus compatriotas.

Del poema épico *La Guerra Púnica*
(L. A. C.) [1]

4. Epitafio de sí mismo

Si los inmortales pudiesen llorar a los mortales,
las divinas Camenas llorarían a Nevio, el poeta.
Desde que fue a engrosar los tesoros de Orco,
olvidaron en Roma hablar latín.

Epigrama a la muerte de Nevio
(transmitido por Aulo Gelio, *Noches Áticas*, I, 24, 2)
(L. A. C.) [1]

ENNIO

Quinto Ennio (ca. 239-169 *a.C.) representa un nuevo giro en la poesía latina al adaptar a esta lengua el hexámetro dactílico de la épica griega, frente a los autores anteriores, que habían utilizado el saturnio, un verso autóctono. Admirado por los autores clásicos, en su producción, muy amplia y variada aunque conservada fragmentariamente, sobresalen* los Anales, *un poema épico que narra desde el final de la Guerra de Troya y la fundación de Roma hasta su propia época. Sus piezas teatrales entroncan con modelos griegos, sobre todo de Eurípides, adaptados con gran libertad. Escribió también sátiras en diversos metros, pero sin incorporar invectivas o ataques personales, un género que no adquirió su forma plena hasta Lucilio.*

5. Andrómaca

ANDRÓMACA.–¿Qué protección voy a pedir o alcanzar? ¿En qué auxilio habré de confiar, en el destierro o en la huida? Huérfana estoy de muros y de ciudad. ¿Adónde iré? ¿A quién me acercaré? No tengo en casa altares patrios, que yacen destruidos y diseminados; los templos han ardido en llamas, los elevados muros están abrasados y deformados con sus trabes de abeto retorcidas.

ANDRÓMACA.–¡Oh padre, oh patria, oh morada de Príamo, santuario sagrado defendido por resonantes puertas! Yo te vi cuando estabas firme (rodeada) de suntuosidad asiática, con tus techos cincelados y artesonados y adornada en oro y marfil. Todo esto lo vi consumirse en llamas y a Príamo morir violentamente y cómo el altar de Júpiter se bañaba en sangre. ¡Oh sagrada noche, que recorres de punta a punta las concavidades del cielo con carros de dos caballos, portado-

res de estrellas! Yo os saludo, elevados templos del Orco, moradas infernales de Aqueronte, pálidos lugares de la muerte, cubiertos de tinieblas.

De la tragedia *Andrómaca*
(M. S. M.) (3)

6. Sueño de Ilia

Cuando la anciana, sobreexaltada, cogió en sus temblorosas manos una lámpara y, aterrada por el sueño, llorando, dijo lo siguiente: «Oh hija de Eurídice, a quien nuestro padre amó, mi cuerpo está en este momento sin fuerza y sin vida, pues me pareció que un varón de bello aspecto me llevaba arrastrando a través de amenos sauzales, riberas y desconocidos parajes; después, hermana mía, me parecía que en solitario y durante mucho tiempo seguía tus huellas y te buscaba y que no podía soportarlo, pues no había camino alguno que guiara mis pasos con seguridad.

»Luego me pareció que nuestro padre me decía: "Hija, antes vas a tener que soportar desgracias, pero después tu suerte resurgirá de las aguas de un río". Tras hablarme de este modo, desapareció de repente, hermana, y no se dejó ver, por más que lo deseaba en mi corazón y aunque llorosa levantaba mis manos a los amplios espacios cerúleos del cielo y lo llamaba con tiernas palabras. El sueño me ha dejado con el corazón entristecido».

Anales, I, 24
(M. S. M.) (3)

PACUVIO

Marco Pacuvio (220-130 a.C.), sobrino de Ennio, es considerado por Cicerón como uno de los más grandes trágicos latinos. Sólo se conservan algunos fragmentos de sus tragedias, muy célebres en su época, la mayoría de ellas inspiradas en originales griegos, aunque parece ser que alguna contaba con argumento romano. A pesar de que los autores satíricos Lucilio y Persio parodiaron la expresividad de su estilo, Pacuvio fue un maestro en la descripción de personajes y en la tensión de las situaciones dramáticas.

7. El dolor de Ulises

ULISES.–Paso a paso, con precaución, para que las sacudidas no aviven mi dolor.

CORO.–Parece, Ulises, aunque te vemos gravemente herido, que te muestras demasiado pusilánime tú, que has pasado tu vida entre las armas.

ULISES.–Tenedme, sujetadme ¡la herida me atormenta! Desnudadme ¡ay, desgraciado de mí, soy todo yo un tormento! Cubridme; idos todos de aquí inmediatamente; tocándome aumentáis mi dolor.

De la tragedia *El baño*
(M. S. M.) [2]

8. Elogio de la elocuencia

¡Oh tú, que conmueves las almas, reina de todo el mundo,
[Elocuencia!

De la tragedia *Hermiona*
(L. A. C.) [1]

ACCIO

*Lucio Accio (170-*ca. *86 a.C.) es el último autor relevante de tragedias representadas en esta época. Escribió más de cuarenta piezas, casi todas inspiradas en modelos griegos, y solamente dos, al parecer, con argumentos romanos* (fabulae praetextae). *Admirado entre los autores clásicos por el dinamismo y el vigor de su estilo, escribió además obras de erudición en hexámetros, entre las que destacan los* Anales, *sobre los meses y los festivales, y los* Didascálica, *sobre cuestiones histórico-literarias.*

9. La nave de los Argonautas

Se desliza la inmensa mole y ruge poderosa
desde lo más profundo del mar. Las olas rompen
en su proa y fuertes remolinos se levantan.
Se desliza veloz la nave como una nube de tormenta,
como una roca desgajada por los vientos,
como esas trombas de agua que giran
cuando la tempestad arrecia, elevándose
desde el mar hasta el éter, fantasmales.
¿Es nave o continente lo que avanza?
Tritón fue quien, volviendo del revés
con el tridente su caverna, vomitó
tan enorme masa y la dejó flotando
sobre el mar, lejos del abismo,
grande como una cordillera.

De la tragedia *Medea*
(L. A. C.) [1]

PLAUTO

Tito Macco Plauto (mediados del siglo III-ca. *184 a.C.) desarrolló su actividad como comediógrafo entre la última década del siglo* III *y las dos primeras del siglo* II *a.C. Fue posiblemente actor, y como autor teatral centró su actividad en la adaptación latina de obras griegas en verso de la llamada «Comedia Nueva» ateniense (principalmente obras de Menandro, Dífilo y Filemón), comedia de costumbres que floreció entre finales del siglo* IV *y el siglo* III *a.C. y cuya versión latina se denomina* fabula palliata.

Plauto adopta de las comedias griegas algunos recursos técnicos esenciales, tales como la trama (habitualmente una intriga o un juego amoroso, en ocasiones con simplificaciones o contaminaciones entre distintos modelos griegos); el elenco de tipos escénicos, movidos por el amor o el dinero (los jóvenes amantes, el esclavo urdidor de la intriga, el anciano, el soldado fanfarrón...); el marco de la acción, que transcurre en Grecia (lo que permitía un mayor distanciamiento y libertad para dar juego a la acción sin compromisos), o la presencia de un prólogo expositivo (que en algunas obras se sitúa en el interior de la comedia).

Sin embargo, sus obras introducen importantes modificaciones a distintos niveles que revelan el carácter creativo de

sus adaptaciones: suprime los intermedios corales, ofreciendo la acción ininterrumpidamente; acentúa el elemento musical de la comedia; inserta múltiples elementos de cuño romano a pesar del ambiente griego en que se desarrollan; y, sobre todo, potencia los procedimientos que más desarrollan la comicidad: equívocos, suplantaciones, comparaciones grotescas, la burla de determinados caracteres y la exageración de tópicos, así como la abundancia de bromas y chistes basados en juegos de palabras. Plauto hilvana de esta forma sus comedias con gran destreza literaria, sin rebajar la agilidad y tensión de los diálogos.

A estos procedimientos se une la frescura y riqueza de estilo y de lengua, que recoge, en buena medida, el latín coloquial de la época. Gracias a ello, el teatro plautino, sin demasiadas preocupaciones psicológicas ni moralizadoras, cosechó un gran éxito entre las clases populares, si bien el hecho de alejarse del refinamiento de las comedias griegas le valió la incomprensión de autores posteriores, como Horacio, quien le acusó de rebajar la elegancia de sus modelos para hacer prevalecer el tono rústico o burdo del teatro indígena.

Aunque en la Antigüedad se le atribuyeron indiscriminadamente gran cantidad de obras, se han conservado veintiuna comedias de Plauto. Estas obras volvieron a ejercer gran influencia a partir del Renacimiento y pueden considerarse un antecedente lejano de la «ópera bufa» o la moderna comedia musical.

10. Un prólogo

Ahora, espectadores, si os place, prestad atención, y que esta representación acabe bien, para vosotros, para la compañía de actores, para sus dueños y empresarios. Ahora ya, tú, pre-

gonero, haz que el público sea todo orejas. *(El heraldo hace el bando.)*

Está bien, ahora descansa. Procura que no haya sido en vano. Ahora diré por qué razón me he presentado aquí y qué es lo que quiero: que sepáis el título de esta obra. Por lo que al argumento se refiere, es de lo más breve. Os diré, pues, lo que dije que quería deciros. Esta obra en griego tiene por título *El asnero*. La escribió Demófilo y Macco la tradujo a la lengua extranjera y quiere que se llame *Asinaria*, si vosotros lo permitís. Esta comedia encierra gracia y juego. Es para hacer reír. Concededme vuestra benévola atención y que Marte os ayude ahora como otras veces.

La comedia de los asnos, Prólogo
(J. M.ª G.) (4)

11. Lamento de amor ante una puerta cerrada

FÉDROMO.–Vieja, escucha. Quiero que sepas esto: ¡estoy perdido, pobre de mí!

LEENA.–*(Bebida.)* Pues yo, por Pólux, completamente salvada. Pero, ¿por qué te da por decir que estás perdido?

FÉDROMO.–Porque no tengo a mi amada.

LEENA.–Mi pobre Fédromo, no llores, no llores, por favor. Tú procura que no pase sed y yo me encargaré de traerte aquí a tu amada.

FÉDROMO.–Y yo te juro que, si cumples tu palabra, te levantaré una estatua, pero no de oro, sino de vino. Será un monumento a tu garganta. *(La vieja entra en la casa; a* PALINURO.) ¿Habrá alguien más afortunado que yo, si ella viene a mi lado, Palinuro?

PALINURO.–Por Pólux, que un enamorado sin dinero es el mayor de los desgraciados.

FÉDROMO.–Pero ése no es mi caso; pues estoy seguro de que mi parásito va a llegar hoy con el dinero.

PALINURO.–¡Empresa arriesgada es ésa de esperar lo que no existe!

FÉDROMO.–¿Y si me acercara a la puerta y le cantara una serenata?

PALINURO.–Si te apetece, yo no te digo ni que sí ni que no, porque veo que tienes muy cambiadas las costumbres y el carácter, amo.

FÉDROMO.–*(A la puerta.)*

¡Cerrojos! ¡Oh, cerrojos! ¡Con qué placer os saludo!
Os amo, os quiero, os pido y os suplico:
sed complacientes con este enamorado, cerrojos de mi co-[razón.
Transformaos por mí en bailarines bárbaros;
saltad, os lo suplico, y dejad salir
a la que bebe toda la sangre de este amante desgraciado.
¡Pero mira cómo duermen esos malditos cerrojos,
sin apurarse lo más mínimo por complacerme!
Ya veo que nada os importa hacerme este favor...

(A PALINURO.) Pero calla, calla.

PALINURO.–Por Hércules, pero si estoy callado.

FÉDROMO.–Oigo un ruido. Por Pólux, por fin los pasadores se vuelven complacientes conmigo.

Gorgojo, 133-158
(J. R. B.) (5)

12. Un padre vende a su hija

SATURIO.–*(Vienen del foro. La hija camina despacio por detrás, disfrazada ya de persa.)* ¡Ojalá me salga bien este asunto a mí, a ti y a mi estómago y su porvenir, de tal manera que le

asegure comida a perpetuidad, que me sobre, que me salga por los ojos hasta reventar! Sígueme, hija mía, y que los dioses repartan suerte. Ya sabes cuál es el plan, lo conoces y lo comprendes: ya te he puesto al corriente de todo. Por eso te he vestido de esta guisa. Hija, hoy vas a ser vendida.

JOVEN.–Padre mío, aunque con ansia te afanas por comer de lo ajeno, ¿vas a vender a tu hija por tu estómago?

SATURIO.–*(Sorprendido.)* Lo raro sería que te vendiera por el rey Filipo o por Atalo, pero no por mí, tú que eres mía.

JOVEN.–¿Me tienes por esclava o por hija?

SATURIO.–Por Hércules, lo que más convenga a mi estómago. Yo tengo autoridad sobre ti, me parece, y no tú sobre mí.

JOVEN.–Tuya es la patria potestad. Sin embargo, aunque nuestros recursos son ínfimos, padre, es mejor vivir con decencia y pudor; que si a la pobreza se añade el deshonor, ésta se vuelve más pesada, pero la reputación más ligera.

SATURIO.–Desde luego que eres odiosa.

JOVEN–Ni lo soy ni me lo considero, cuando siendo aún joven doy sabios consejos a mi padre. Pues los enemigos no hablan de la reputación tal y como es.

SATURIO.–Si dicen, que «dizan», y si «quitrican», que «quitriquen». No le doy yo más importancia a todos los «quitriqueos» que a una mesa vacía que se me ponga delante.

JOVEN–Padre, la mala reputación de los hombres es inmortal: vive incluso cuando la crees muerta.

SATURIO.–¿Qué? ¿Pero crees que te voy a vender de verdad?

JOVEN.–No padre, pero no quiero que se me reproche.

SATURIO.–Pues te va a dar lo mismo. Esto se va a hacer a mi modo, no al tuyo.

JOVEN.–Amén.

SATURIO.–*(Enfadado.)* ¿Qué modos son ésos?

JOVEN–Reflexiona, padre: si un amo amenaza con un castigo a un esclavo suyo, entonces, aunque éste no se vaya a ejecutar, cuando agarra el látigo, mientras se quita la túni-

ca... ¡cuánta desazón lo acongoja! Yo también tiemblo ahora ante una cosa que no va a suceder.

SATURIO.–Muchacha o mujer no habrá que no sea mala si sabe más que lo que sus padres quieren.

JOVEN.–Muchacha o mujer no habrá que no sea mala si calla mientras ve que se obra con maldad.

SATURIO.–Más te vale tener cuidado.

JOVEN–Pero, ¿qué voy a hacer si no me dejas tenerlo? Yo lo que quiero es tu seguridad.

SATURIO.–¿Es que yo soy malo?

JOVEN.–Ni lo eres ni está bien que yo lo diga, pero me empeño en que no puedan decirlo otros.

SATURIO.–Que cada cual diga lo que quiera. Yo no me apeo del burro.

JOVEN.–Pero si me permitieras hacerlo a mi modo, lo harías más sabia que neciamente.

SATURIO.–A ver.

JOVEN.–Entiendo que te des un gusto a costa mía, pero no te gustaría si lo hiciera yo.

SATURIO.–¿Vas a obedecer a tu padre, sí o no?

JOVEN.–Desde luego.

SATURIO.–¿Recuerdas bien lo que te he encargado?

JOVEN.–Todo.

SATURIO.–*(Con tono aleccionador.)* ¿Y cómo fuiste raptada?

JOVEN.–Perfectamente.

SATURIO.–¿Y quiénes fueron tus padres?

JOVEN.–Clavado en la memoria. Me obligas a ser una mala mujer. Pero ten cuidado no sea que, cuando me quieras casar, esta reputación espante a los futuros novios.

SATURIO.–Calla tonta. ¿No ves las costumbres de los hombres de ahora, que fácilmente se casan con la mala reputación? Mientras haya dote, no hay defecto que valga.

El Persa, 329-387
(J. L. A.-A. L. F.) [6]

13. La amante, el capataz y el viejo verde

OLIMPIÓN.–*(A Lisidamo.)* No dirás que no he sido complaciente contigo. Lo que más deseabas en esta vida, te lo he conseguido. Hoy estará contigo tu amada, sin que tu esposa se entere.

LISIDAMO.–Calla; te juro por los dioses que me cuesta mucho trabajo controlar mis labios, para no cubrirte de besos por el favor que me has hecho, cariño mío.

CALINO.–*(Aparte.)* ¿Cómo? ¿Que lo vas a cubrir de besos? ¿Un favor? ¿Cariño tuyo? Por Hércules, para mí que éste quiere agujerearle el trasero al capataz.

OLIMPIÓN.–Entonces, ¿tú me quieres ahora un poquito?

LISIDAMO.–¿Si te quiero? Por Pólux, más que a mí mismo. ¿Puedo abrazarte?

CALINO.–*(Aparte.)* ¿Cómo? ¿«Abrazarte»?

OLIMPIÓN.–Claro que puedes.

LISIDAMO.–¡Oh, en cuanto te toco, me parece que estoy lamiendo miel!

OLIMPIÓN.–*(Rechazando a Lisidamo.)* ¡Largo de aquí, maricón! ¡Apártate de mi espalda!

CALINO.–*(Aparte.)* Por esto, por esto fue por lo que lo hizo capataz. También a mí hace tiempo, un día que había ido a buscarlo, quería darme... el cargo de mayordomo, bajo el dintel de la puerta.

Cásina, 449-462
(J. R. B.) [5]

14. El enredo de Epídico es descubierto

ACROPOLÍSTIDE.–¿Por qué me has hecho venir a la puerta, padre?

PERÍFANES.–Para que veas a tu madre, te acerques a ella, le des el saludo de bienvenida y un beso.

ACROPOLÍSTIDE.–¿Mi madre? ¿Qué madre?

PERÍFANES.–Sí, la que, sin vida, sólo busca contemplarte.

FILIPA.–*(A Perífanes.)* ¿Quién es ésa a la que dices que me dé un beso?

PERÍFANES.–Tu hija.

FILIPA.–¿Ésta?

PERÍFANES–Sí, ésta.

FILIPA.–¿Que le dé yo un beso a ésta?

PERÍFANES.–¿Por qué no, si es tu hija?

FILIPA.–Pero, hombre, tu estás loco.

PERÍFANES.–¿Yo?

FILIPA.–Sí, tú.

PERÍFANES.–¿Por qué?

FILIPA.–Porque no sé ni tengo idea de quién es ésa, ni la había visto nunca hasta ahora.

PERÍFANES.–Ya sé lo que te despista: es el cambio de ropa y de adornos... *(Laguna.)*

FILIPA.–*(Laguna)*... Es muy distinto el olor de los cachorros y el de los jabatos. Te aseguro que no sé quién es.

PERÍFANES.–¡En nombre de los dioses y de los hombres! ¿Qué es esto? ¿Estaré haciendo de lenón yo, que tengo en mi casa mujeres extrañas y que no hago más que tirar el dinero por la ventana? *(A Acropolístide.)* ¿Y tú que me llamas padre y me besas como a un padre, qué haces ahí pasmada? ¿Por qué no dices nada?

ACROPOLÍSTIDE–¿Qué quieres que diga?

PERÍFANES.–Ésta dice que no es tu madre.

ACROPOLÍSTIDE.–Que no lo sea, si no quiere. Por mucho que no quiera, yo seré la hija de mi madre. Y no es justo que la obligue a ser mi madre si no quiere.

PERÍFANES.–Entonces, ¿por qué me llamabas padre?

ACROPOLÍSTIDE.–La culpa es tuya, no mía. ¿Cómo no te voy a llamar padre, si tú me llamas hija? También a ésta, si

me llamara hija, yo la llamaría madre. Ella dice que yo no soy su hija; pues no es mi madre. Después de todo, la culpa no es mía: no hice más que repetir lo que me enseñaron. Epídico fue mi maestro.

PERÍFANES.–Estoy perdido. He volcado mi carro.

ACROPOLÍSTIDE.–¿Es que he hecho algo malo, padre?

PERÍFANES–Por Hércules, que si te vuelvo a oír llamarme padre, te mato.

ACROPOLÍSTIDE.–Pues no te lo llamo. Cuando quieras ser mi padre, sélo; cuando no quieras, no lo seas.

FILIPA.–*(A Perífanes.)* Dime: si la compraste porque creíste que era tu hija, ¿por qué señas la reconociste?

PERÍFANES.–Por ninguna.

FILIPA.–¿Y por qué creíste que era nuestra hija?

PERÍFANES–Me lo dijo mi esclavo Epídico.

FILIPA.–Y, si a tu esclavo le dio la gana de mentir, dime, ¿tú no podías reconocerla?

PERÍFANES–¿Yo? ¿Cómo?; si la vi una vez y no volví a verla.

FILIPA.–¡Pobre de mí, estoy perdida!

PERÍFANES.–No llores, mujer. Entra y ten ánimo. Yo la encontraré.

FILIPA.–Fue uno de aquí, de Atenas, el que la compró, un ático. Decían que era un joven.

PERÍFANES.–La encontraré, no llores. Tú entra en casa y vigila a esta Circe, a esta hija del Sol. Yo dejaré a un lado mis ocupaciones y me dedicaré a buscar a Epídico. Si lo encuentro, te aseguro que éste será el último día de su vida.

Epídico, 570-606
(J. R. B.) (5)

15. Los bajos fondos de Roma

EL COREGO.–¡Por Pólux, qué hábil comediante ha tenido Fédromo la habilidad de encontrar! ¿Halofanta o sicofanta? No sé qué nombre le conviene más. Me temo que no voy a poder recuperar los vestidos que le alquilé. Aunque yo no tengo nada que ver con él –se los confié al propio Fédromo–, sin embargo estaré alerta. Pero, hasta que salga fuera, os voy a indicar dónde podéis hallar a cada clase de personas para que, el que quiera encontrar a alguien, vicioso o sin vicios, honrado o granuja, no tenga que esforzarse demasiado. ¿Queréis encontrar a un perjuro? Id al comicio. ¿A un mentiroso o un fanfarrón? Id por los aledaños del templo de la Cloacina. A los maridos ricos y pródigos buscadlos al pie de la Basílica. Allí mismo estarán las viejas rameras decrépitas y los intermediarios. Los organizadores de banquetes están en el foro del pescado. En la parte más baja del foro pasean los grandes señores y los ricos; en el medio del foro, junto al canal, los muy presumidos. En la parte superior del lago están los caraduras, los chismosos y los malévolos, que con toda desfachatez y sin motivo alguno lanzan injurias contra el prójimo, pese a que es mucho lo que con toda razón puede decirse contra ellos. Por las Viejas Tiendas están los que prestan y reciben dinero a interés. Detrás del templo de Cástor está la gente de la que uno no debe fiarse a la ligera. En la calle Etrusca están las personas que comercian con su cuerpo. En el Velabro encontrarás a los panaderos, a los carniceros, a los arúspices, a los revendedores y a los que les suministran la mercancía. A los maridos ricos y pródigos en casa de Leucadia Opia. Pero la puerta acaba de chirriar. He de cerrar el pico.

Gorgojo, 462-486
(J. R. B.) (5)

16. Dos ancianos abominan de sus mujeres

CÁLICLES.–¡Oh, salud amigo y camarada! ¿Qué tal vamos, Megarónides?

MEGARÓNIDES.–¡Salud tengas tú también, Cálicles!

CÁLICLES.–¿Te encuentras bien? ¿Cómo lo has ido pasando últimamente?

MEGARÓNIDES.–Me encuentro bien, y bastante bien lo pasé.

CÁLICLES.–Y ¿qué hace tu mujer? ¿Cómo sigue?

MEGARÓNIDES.–Mejor de lo que yo quisiera.

CÁLICLES.–¡Por Hércules! Te felicito de que la tengas en buena salud y te viva.

MEGARÓNIDES.–Estoy por creer (¡Hércules me valga!) que te alegras si algo malo me ocurre.

CÁLICLES.–Yo a todos mis amigos les deseo mi propia suerte.

MEGARÓNIDES.–Y tú dime: ¿cómo sigue tu mujer?

CÁLICLES.–Es inmortal: vive y parece dispuesta a no querer abandonar este mundo.

MEGARÓNIDES.–Eso es bueno, ¡por Hércules! A los dioses ruego que le concedan la gracia de sobrevivirte.

CÁLICLES.–¡Pardiez!, con la condición de que estuviese casada contigo, eso desearía yo.

MEGARÓNIDES.–¿Quieres que nos las intercambiemos: que yo tome a tu mujer y tú a la mía? Te aseguro que no me habrías en absoluto hecho víctima de un timo.

CÁLICLES.–*(Con ironía.)* Sí, desde luego; estoy creído de que habrías sorprendido mi candor.

MEGARÓNIDES.–Te aseguro (¡por Hércules!) que no tardarías en exclamar: «¡Buena la hice!».

CÁLICLES.–Confórmate con el lote que te ha correspondido en suerte: un mal conocido vale tanto como el mejor de

los bienes. Porque si yo, ahora, tomase a una desconocida por esposa, no sabría cómo desenvolverme.

Las tres monedas, 48-64
(M. O.) (7)

17. El esclavo y los héroes míticos

CRÍSALO.–*(Sale de casa de Báquide con otras tablillas en la mano.)* Es fama que los dos Atridas hicieron una hazaña sin par, cuando por sus armas, jinetes, un ejército de escogidos guerreros y una flota de mil naves, al cabo de diez años, sometieron la patria de Príamo, Pérgamo, la fortificada por mano divina. Esto no dejó de ser un paseo en comparación del asalto que voy a dar a mi dueño sin flota y sin ejército y tan gran número de soldados. [He cogido, he sacado asaltando a su padre el oro para mi joven dueño enamorado.] Ahora, antes que venga el viejo, entonaré de buen grado, hasta que salga, un lamento fúnebre.

¡Oh Troya, oh patria, oh Pérgamo, oh Príamo! Estás perdido, anciano, que como un desgraciado vas a ser estafado en cuatrocientos filipos de oro. Pues estas tablillas selladas y contraselladas que llevo no son tablillas, sino el caballo de madera que enviaron los aqueos. Pistoclero es Epeo; de él he recibido éstas. Mnesíloco es Sinón que se ha quedado atrás *(indicando la casa de Báquide)*. Está allí, recostado no sobre la pira de Aquiles, sino en un lecho, con Báquide a su lado. Aquél antaño encendió fuego para dar la señal; éste ahora se abrasa él mismo. Yo soy Ulises, por cuyo consejo se hacen estas cosas. Además, la carta que llevo escrita es el caballo en que están encerrados los bien armados y valerosos guerreros. Hasta ahora me ha salido bien la estratagema. Y este caballo no atacará una fortaleza, sino una caja fuerte; este ca-

ballo será hoy la ruina, la destrucción y la engañifa del oro del viejo.

A este estúpido viejo nuestro le voy a poner de hecho el nombre de Ilión. El militar es Menelao, yo Agamenón y a la vez Ulises, hijo de Laertes; Mnesíloco es Paris, que causará la ruina de su hacienda patria. Éste se llevó a Elena por cuya causa ahora pongo sitio a Ilión. Pues he oído que Ulises fue entonces audaz y malicioso, tal como soy yo. He sido sorprendido en mi trampa; aquél, descubierto con disfraz de mendigo, estuvo a punto de perecer, mientras apuraba la búsqueda del fatal destino de Troya. Semejante suerte me ha tocado a mí hoy. He sido encadenado, me he liberado mediante engaños, al igual que aquél se salvó mediante engaños.

Las Báquides, 925-952
(B. G. H.)[8]

18. La ironía de un parásito

PENÍCULO.–Tengo treinta años y en todo este tiempo jamás he cometido un error peor y más funesto que hoy, al meterme como un desgraciado en medio de una asamblea. Mientras me quedo allí bostezando, se me ha escabullido Menecmo y se ha marchado, supongo, a casa de su amiga, sin querer llevarme consigo. ¡Que todos los dioses confundan al primero que inventó el reunirse en asamblea, para ocupar a hombres ya ocupados! ¿No convendría elegir para tal menester a hombres desocupados y, si no se presentan a la convocatoria, incautarse de todos sus bienes? *(Laguna.)* Hay mucha gente sin ocupación que hace una sola comida al día, que no son invitados ni invitan a comer; a éstos les convendría dedicar su tiempo a asambleas y comicios. Si esto fuera

así, yo no hubiera perdido hoy una comida que creo tenía intención de ofrecerme, como estoy seguro de estar vivo. Iré allá; todavía la esperanza de hallar algunas sobras atrae mi apetito. Pero, ¿qué veo? Menecmo con una corona sale fuera. El banquete se ha terminado; por Pólux, lo encuentro a tiempo. Observaré qué hace; después me acercaré y le hablaré.

Los Menecmos, 446-465
(B. G. H.) [8]

19. Equívoco

EUCLIÓN.–¿Quién habla ahí?

LICÓNIDES.–Soy yo, pobre de mí.

EUCLIÓN.–Más desgraciado soy yo y miserablemente perdido, que me ha caído en suerte tan gran mala desgracia.

LICÓNIDES.–Ten buen ánimo.

EUCLIÓN.–¿Pero cómo voy a poder tenerlo, por favor?

LICÓNIDES.–Porque esa desgracia que solivianta tu ánimo yo te la acarreé, y lo confieso.

EUCLIÓN.–¿Pero qué estoy oyendo?

LICÓNIDES.–La pura verdad.

EUCLIÓN.–¿Y qué mal te ha hecho que yo merezca de ti, muchacho, tan gran ultraje y que busques mi perdición y la de los míos?

LICÓNIDES.–Un dios fue el que me impulsó. Él me arrastró hacia ella.

EUCLIÓN.–¿Cómo?

LICÓNIDES.–Reconozco que he pecado y sé que soy culpable. Por eso vengo a pedirte que me perdones de buen talante.

EUCLIÓN.–Pero ¿por qué te atreviste a tocar una cosa que no era tuya?

LICÓNIDES.–¿Y qué quieres? Ha sucedido. No podemos hacer que no haya sucedido. Creo que fue cosa de los dioses, pues si no lo hubieran consentido, sé que no habría sucedido.

EUCLIÓN.–Pues yo creo que los dioses quieren que te castigue con el potro en mi casa.

LICÓNIDES.–No digas tal cosa.

EUCLIÓN.–¿Pero por qué tenías que coger una cosa mía contra mi voluntad?

LICÓNIDES.–Porque lo hice por influjo del vino y del amor.

EUCLIÓN.–Descarado. ¿Te atreves a presentarte ante mí, desvergonzado, con tales disculpas? Pues si resulta que estás en tu derecho de disculparte así, le arrancamos el oro a las mujeres a la luz del día sin tapujos y luego, si nos detienen, nos disculparemos diciendo que lo hemos hecho a impulsos del amor, borrachos. Demasiado viles el amor y el vino si se le permite actuar con impunidad a un enamorado borracho.

LICÓNIDES.–Pero yo ahora vengo a suplicar tu perdón espontáneamente por mi estupidez.

EUCLIÓN.–No me agradan los hombres que, cuando se han portado mal, tratan de disculparse. Tú sabías que no era tuya. No debiste tocarla.

LICÓNIDES.–Pues por haber osado tocarla, no me opongo a que se me obligue a quedarme con ella.

EUCLIÓN.–¿Quedarte tú con algo que es mío contra mi voluntad?

LICÓNIDES.–No te lo pido contra tu voluntad, pero pienso que debe ser mía. Y tú, Euclión, te convencerás de que debe ser mía, te lo aseguro.

EUCLIÓN.–Si no me devuelves...

LICÓNIDES.–¿Qué he de devolverte?

EUCLIÓN.–Lo que me robaste. Por Hércules que te llevo ante el pretor y presento una denuncia.

LICÓNIDES.–¿Yo te he robado algo? ¿De dónde? ¿O qué?

EUCLIÓN.–Mal te ayude Júpiter tanto cuanto tú lo ignoras todo.

LICÓNIDES.–Si no me aclaras qué andas buscando.

EUCLIÓN.–Una olla de oro, digo, te estoy reclamando, que tú acabas de confesar que me has robado.

LICÓNIDES.–Ni he dicho tal ni lo he hecho.

EUCLIÓN.–¿Que no?

LICÓNIDES.–Naturalmente. Pues yo ni sé ni he sabido nunca de ese oro ni de esa olla.

EUCLIÓN.–Dame la que robaste del bosque de Silvano. Anda, di, partiremos a partes iguales. Aunque seas un ladrón de lo mío no seré tacaño. Anda, pues, dime.

LICÓNIDES.–Tú no estás cuerdo para motejarme de ladrón. Yo pensaba, Euclión, que andabas al corriente de otra cosa que me atañe. Un asunto importante que me gustaría discutir contigo, si me das ocasión.

EUCLIÓN.–Habla con total sinceridad. ¿No me has robado el oro?

LICÓNIDES.–Sinceramente no.

EUCLIÓN.–¿Ni sabes quién me lo robó?

LICÓNIDES.–Sinceramente tampoco.

EUCLIÓN.–Pero, si te enteras de quién me lo robó, ¿me lo harás saber?

LICÓNIDES.–Lo haré.

EUCLIÓN.–¿Y no exigirás quedarte con una parte de manos de ése, ni protegerás al ladrón?

LICÓNIDES.–No.

EUCLIÓN.–¿Y si me traicionas?

LICÓNIDES.–Que el gran Júpiter me recompense como merezca.

EUCLIÓN.–Es suficiente. Anda, di lo que quieras.

LICÓNIDES.–Me conoces bien, creo, y sabes cuál es mi familia. Este vecino, Megadoro, es mi tío. Mi padre fue Antímaco y yo soy Licónides. Mi madre es Eunomia.

EUCLIÓN.–Conozco a tu familia, pero, ¿qué quieres? Eso es lo que me interesa saber.

LICÓNIDES.–Tienes una hija.

EUCLIÓN.–Sí, ahí dentro, en casa.

LICÓNIDES.–Tú la has comprometido con mi tío, creo.

EUCLIÓN.–Estás en lo cierto.

LICÓNIDES.–Él me ha ordenado que te comunique que renuncia a la boda.

EUCLIÓN.–¿Que renuncia a la boda ya todo dispuesto y con las cosas a punto? Que los dioses y diosas todos le den lo que merece. Por su causa he perdido yo hoy, infeliz de mí, tan gran cantidad de oro, ¡desgraciado!

LICÓNIDES.–Ten buen ánimo. No hables de malos agüeros. Y para que esto ahora sea para bien y se convierta en felicidad para ti y para tu hija, di conmigo: ¡Así lo quieran los dioses!».

EUCLIÓN.–¡Los dioses lo quieran!

LICÓNIDES.–También para mí sea para bien. Escucha pues. El hombre que cometió una tropelía no es tan indeseable que no se sienta arrepentido, que no pretenda purgar su pecado. Ahora te conjuro, Euclión, a que si yo cometí contra ti de manera inconsciente un atropello, o contra tu hija, que me perdones y me des a tu hija en matrimonio como exige la ley. Yo confieso que he hecho una ofensa a tu hija en las fiestas de Ceres, por culpa del vino y la pasión juvenil.

EUCLIÓN.–Ay de mí ¿Pero qué estoy oyendo?

LICÓNIDES.–¿De qué te lamentas tú, a quien yo hice que en la boda de tu hija ya fueras abuelo? Pues tu hija ya ha parido cumplido el tiempo. Echa la cuenta. Por eso renunció a la boda mi tío en beneficio mío. Anda dentro. Averígualo por ti mismo.

EUCLIÓN.–Estoy totalmente perdido. Cuántas desgracias se me van acumulando. Voy dentro para comprobar lo que hay de verdad en esto.

Aulularia, 731-802
(J. A. E.) (9)

20. El dios Mercurio se hace pasar por Sosias

MERCURIO.–¿Puedo saber dónde vas, de quién eres y a qué vienes?

SOSIAS.–Voy ahí, soy un esclavo de esa casa, ¿enterado?

MERCURIO.–Yo te voy a joder esa lengua, criminal.

SOSIAS.–Imposible, se la vigila bien y pudorosamente.

MERCURIO.–¿Te obstinas en ser gracioso? ¿Qué te trae por aquí?

SOSIAS.–Antes, dime: ¿qué haces tú ahí?

MERCURIO.–El rey Creonte sitúa siempre centinelas nocturnos.

SOSIAS.–Muy bien hecho. Protege la casa porque nosotros estábamos ausentes. Pero ya puedes irte. Comunica que han llegado los de casa.

MERCURIO.–Yo no sé de qué casa eres tú. Pero si no te largas enseguida de aquí, amigo, haré que te reciban no muy amigablemente.

SOSIAS.–Que yo vivo ahí, repito, y soy un esclavo de esta casa.

MERCURIO.–¿Pues sabes qué te digo? Yo te convertiré en un hombre de altura si no te largas de aquí.

SOSIAS.–¿De qué manera?

MERCURIO.–Serás llevado en alto, no irás por tu pie, si empuño la verga.

SOSIAS.–Pero, insisto, yo soy uno de los esclavos de esta familia.

MERCURIO.–Mira cuál va a ser tu ganancia si no te largas de aquí al momento.

SOSIAS.–¿Tú pretendes alejarme de mi casa al llegar del extranjero?

MERCURIO.–¿Es ésta tu casa?

SOSIAS.–Sí, insisto.

MERCURIO.–¿Quién es, pues, tu amo?

SOSIAS.–Anfitrión, que ahora anda al frente de las legiones tebanas, con el que está casado Alcmena.

MERCURIO.–¿Qué me dices? ¿Y cuál es tu nombre?

SOSIAS.–Los tebanos me conocen por Sosias, hijo de Davo.

MERCURIO.–¡Has venido aquí para tu desgracia con mentiras bien cosidas, con ardides bien tramados, colmo de audacia!

SOSIAS.–No. De ninguna manera. Llego aquí con una túnica bien cosida, no con mentiras.

MERCURIO.–Otra vez mientes, pues vienes caminando con tus pies, no con tu túnica.

SOSIAS.–Sí, claro.

MERCURIO.–Pues claro te voy a dar, mentiroso.

SOSIAS.–No me apetece, ¡por Pólux!, en absoluto.

MERCURIO.–Pues, ¡por Pólux!, claro que te voy a apalear sin tu consentimiento. Y este «claro» es seguro, no es discutible.

SOSIAS.–¡Por favor, un mínimo de lealtad!

MERCURIO.–¿Te atreves a asegurar que eres Sosias, que soy yo?

SOSIAS.–Estoy perdido.

MERCURIO.–Todavía no, pero anuncias el futuro. ¿De quién eres, pues?

SOSIAS.–Tuyo, pues me has ganado con tus puños. ¡Socorro, tebanos!

MERCURIO.–¿Hasta gritas, canalla? Dime, ¿a qué has venido?

SOSIAS.–Para ser golpeado por tus puños.

MERCURIO.–¿De quién eres?

SOSIAS.–Otra vez: Sosias, de Anfitrión.

MERCURIO.–Por esto recibirás más golpes, por mentiroso. Sosias soy yo, no tú.

SOSIAS.–Ojalá lo hagan los dioses, que yo sea mejor tú y que yo te abofetee.

MERCURIO.–¿Todavía farfullas?
SOSIAS.–Me callaré.
MERCURIO.–¿Quién es tu dueño?
SOSIAS.–El que tú quieras.
MERCURIO.–¿Cómo, pues? ¿Cómo te llamas ahora?
SOSIAS.–De ninguna manera, como te dé la gana.
MERCURIO.–Asegurabas que eras el Sosias de Anfitrión.
SOSIAS.–Me equivocaba. Quise decir que era socio de Anfitrión.
MERCURIO.–Sabía que no había otro esclavo Sosias más que yo en la casa. Estás loco.

Anfitrión, 346-386
(J. A. E.) [9]

TERENCIO

Publio Terencio Afro (ca. *190-159 a.C.), originario de Cartago, fue esclavo de una familia aristocrática en Roma. Allí recibió una educación esmerada y enseguida alcanzó la libertad, según cuenta la principal fuente de su vida, una biografía de Suetonio. Su actividad como comediógrafo está estrechamente vinculada con uno de los ambientes culturales más significativos del siglo II a.C., el llamado «círculo de los Escipiones», de clara vocación helenizante y atento tanto a las manifestaciones literarias como a las filosóficas. En torno a este grupo se movieron, además de Terencio, Lucilio, el historiador Polibio y el filósofo estoico Panecio. Murió, al parecer, en el retorno de un viaje a Grecia.*

Escribió seis comedias, todas ellas conservadas, pertenecientes a la denominada fabula palliata. *Se trata de adaptaciones, en la mayoría de los casos, de obras de Menandro.*

Terencio se aproxima a Plauto en la adopción del ambiente griego, el perfil de los personajes y en la elección del núcleo de la trama dramática, habitualmente una peripecia amorosa entre dos jóvenes. Sin embargo, el planteamiento literario de Terencio difiere del de Plauto a muchos niveles: Terencio se ciñe con mayor fidelidad a los originales griegos –si bien tam-

bién se sirve de la contaminación en la composición de algunas de sus obras, o no tiene inconveniente, otras veces, en transformar los monólogos de su fuente en diálogos–; elude incluir elementos propiamente romanos; evita lo estridente y grotesco y reduce el elemento cómico a una dosis más moderada, inclinándose por el retrato más detenido y profundo de los personajes; disminuye la importancia de las escenas cantadas en beneficio de las partes habladas y recitadas, y, en el estilo, recurre a un tono coloquial más refinado que el lenguaje desenfadado y directo de los personajes plautinos; asimismo, transforma también el sentido del prólogo, que deja de tener un carácter expositivo del contenido de la obra, para servir de cauce de defensa de su posición artística.

Sus obras no tuvieron gran incidencia popular, pero autores clásicos como Horacio y Cicerón las alabaron y fueron objeto de comentarios desde la época imperial. Leídas y estudiadas en la Edad Media, fueron adaptadas en clave cristiana por la poetisa Roswita en el siglo X. Su influencia se dejó sentir en gran medida en la conformación del teatro europeo moderno.

21. Enredos amorosos

PARMENÓN.–¿Por qué estás triste? ¿Por qué agitado? ¿De dónde vienes?

QUEREA.–¿Yo? Por Hércules, no sé ni de dónde vengo ni a dónde voy, tan fuera estoy de mí mismo.

PARMENÓN.–¿Cómo, por favor?

QUEREA.–Estoy enamorado.

PARMENÓN.–¿Eh?

QUEREA.–Ahora, Parmenón, has de mostrar quién eres. Recuerdas que me has prometido repetidas veces: «Querea, busca tan sólo el objeto de tu amor; entonces te daré a cono-

cer para qué valgo»; esto siempre que yo amontonaba a escondidas en tu celda toda la despensa de mi padre.

PARMENÓN.–¡Anda, tonto!

QUEREA.–Por Hércules, ya está hecho: haz ver ahora, por favor, el efecto de tus promesas, ya que realmente el asunto merece que tú apliques todas tus energías. No es una muchacha como las de aquí, que por obra de sus madres van con los hombros caídos, el pecho ceñido para ser esbeltas. Si alguna es un poco llena, dicen que es un gladiador y le reducen el alimento; aunque de buen natural, con el régimen las vuelven como juncos; y así logran que se las quiera.

PARMENÓN.–Y la tuya ¿cómo es?

QUEREA.–Una belleza original.

PARMENÓN.–¡Vaya!

QUEREA.–Un color natural, un cuerpo lleno y rebosante de vida.

PARMENÓN.–¿Su edad?

QUEREA.–¿Su edad? Dieciséis.

PARMENÓN.–La misma flor de la juventud.

QUEREA.–Ahora arréglate para entregármela por fuerza, por engaño, por súplica, no importa, con tal de lograrla.

PARMENÓN.–Pero ¿de quién es la muchacha?

QUEREA.–Por Hércules, lo ignoro.

PARMENÓN.–¿De dónde es?

QUEREA.–Lo ignoro igualmente.

PARMENÓN.–¿Dónde vive?

QUEREA.–Tampoco lo sé.

PARMENÓN.–¿Dónde la viste?

QUEREA.–En la calle.

PARMENÓN.–¿Cómo la perdiste de vista?

QUEREA.–Por eso precisamente estaba yo rabiando conmigo mismo al llegar hace un momento: ni creo yo que haya hombre alguno a quien le sean más adversas todas las buenas fortunas. ¡Qué mala suerte! Estoy perdido.

PARMENÓN.–¿Qué ha ocurrido?

QUEREA.–¿Lo preguntas? ¿Conoces a Arquidémides, pariente y compañero de mi padre?

PARMENÓN.–¿Cómo no?

QUEREA.–Mientras sigo a la muchacha, me lo encuentro en el camino.

PARMENÓN.–Un contratiempo, por Hércules.

QUEREA.–Di más bien, una desgracia; pues hay que llamar contratiempos a otros casos, Parmenón. Me consta que puedo jurar no haber visto en absoluto a este hombre en los últimos seis o siete meses, si no es hoy, cuando menos lo hubiera deseado y menos necesidad tenía de ello. *(Indignado.)* ¡Ah! ¿No hay aquí algo de prodigio? ¿Qué me dices?

PARMENÓN.–Sin la menor duda.

QUEREA.–En el acto, en cuanto me divisa, corre hacia mí, corcovado, tembloroso, con los labios caídos, lamentándose: «¡Oye! ¡Oye! A ti me dirijo, Querea», dijo. Me detuve. «¿Sabes para qué te quería?» «Dime.» «Mañana tengo un juicio.» «¿Qué más?» «Que cuides de decir a tu padre que se acuerde de venir a asistirme mañana por la mañana.» El decirme esto costó una hora. Me despido. «Bien», dijo. Lo dejo. Al mirar por aquí para ver a la muchacha ella había girado tranquilamente en esta dirección, hacia nuestra calle.

PARMENÓN.–*(Aparte.)* Milagro sería que no esté hablando de la muchacha que acaban de regalar a Tais.

QUEREA.–Cuando llego aquí, no aparecía.

PARMENÓN.–¿Llevaba sin duda compañía la muchacha?

QUEREA.–Sí: un parásito con una sierva.

PARMENÓN.–*(Aparte.)* La misma. Basta. *(A Querea.)* Déjala: asunto concluido.

QUEREA.–No estás en lo que digo.

PARMENÓN.–Por cierto que lo estoy.

QUEREA.–¿Sabes quién es ella? Dímelo: o ¿la has visto?

PARMENÓN.–La vi, la conozco, sé a dónde la llevaron.

QUEREA.–¡Ay! Querido Parmenón, ¿la conoces? [PARMENÓN.–La conozco. QUEREA.–] ¿Y sabes dónde está?

PARMENÓN.–Aquí la han traído, a casa de la ramera Tais; y a ella se la han regalado.

QUEREA.–¿Quién tan poderoso como para hacer regalo tan considerable?

PARMENÓN.–Trasón, el soldado, el rival de Fedria.

QUEREA.–Difícil papel el de mi hermano, por lo que dices.

PARMENÓN.–Con mayor razón lo afirmarías si conocieras el regalo que ofrece frente a este otro regalo.

QUEREA.–¿Cuál es? Dímelo, por Hércules.

PARMENÓN.–Un eunuco.

QUEREA.–¿El feo que ayer compró aquel viejo de sexo dudoso?

PARMENÓN.–El mismo.

QUEREA.–Pobre hombre, le darán, sin duda, con la puerta en las narices, a él y a su regalo. Pero no sabía yo que esa Tais fuera nuestra vecina.

PARMENÓN.–No hace mucho que lo es.

QUEREA.–¡Maldito yo! ¡No haberla visto todavía nunca! ¡Oye! Dime: ¿es tan guapa como cuentan?

PARMENÓN.–Desde luego.

QUEREA.–Pero ¿nada comparable a la mía?

PARMENÓN.–Es otra cosa.

QUEREA.–Te lo suplico, por Hércules, arréglate para que la logre.

PARMENÓN.–Me cuidaré de ello, haré lo posible, te ayudaré. *(Hace ademán de retirarse.)* ¿Algo más?

QUEREA.–¿Adónde te vas?

PARMENÓN.–A casa, para llevar a Tais esos esclavos *(el eunuco y la esclava)*, como me lo ordenó tu hermano.

QUEREA.–¡Feliz el eunuco ese a quien introducen en tal casa!

PARMENÓN.–¿Por qué eso?

QUEREA.–¿Lo preguntas? Siempre estará viendo en casa como compañera de esclavitud a esta suprema hermosura,

le hablará, vivirá con ella bajo el mismo techo; a veces comerá con ella y, dado el caso, dormirá a su lado.

PARMENÓN.–¿Y si tú mismo fueras ahora ese feliz mortal?

QUEREA.–¿Cómo, Parmenón? Contéstame.

PARMENÓN.–Podrías vestir tú su ropa.

QUEREA.–¿Su ropa? ¿Y luego?

PARMENÓN.–Te llevo en su lugar.

QUEREA.–Entendido.

PARMENÓN.–Diré que eres él.

QUEREA.–Ya comprendo.

PARMENÓN.–Serías tú quien gozarías de aquellas ventajas que le atribuías a él hace un momento: comerías en su mesa, estarías a su lado, la rozarías, jugarías con ella, dormirías cerca, pues ninguna de esas mujeres te conoce ni sabe quién eres. Además, por tu aspecto y tu edad fácilmente pasarás por un eunuco.

QUEREA.–Magníficas palabras: nunca vi dar mejor consejo. Vamos, entremos dentro ahora mismo; vísteme; llévame de aquí y preséntame allá lo antes posible. *(Empujando a Parmenón.)*

PARMENÓN.–¿Qué haces? ¡Si te gastaba una broma!

QUEREA.–¡Cuentos! *(Y sigue empujando violentamente a Parmenón.)*

PARMENÓN.–¡Estoy perdido, buena la hice, pobre de mí! ¿Adónde me arrastras? ¡Que me haces caer! Te lo digo en serio; déjame.

QUEREA.–¡Adelante!

El eunuco, 304-379
(L. R. F.) (10)

22. Conflicto generacional

CLITIFÓN.–¡Qué jueces más injustos son siempre los padres para la gente joven! Les parece razonable que seamos viejos desde que nacemos y que no compartamos los gustos propios de la juventud. Gobiernan según su capricho, su capricho actual, no el de antaño. Si yo llego algún día a tener un hijo, éste hallará ciertamente en mí un padre comprensivo; podrá confesarme sus locuras y contar con mi indulgencia. No seré como mi padre, que se vale del ejemplo ajeno para darme sus lecciones de moral. ¡Pobre de mí! Cuando ha bebido algo más de la cuenta, ¡qué hazañas me cuenta (de su pasado)! Y ahora me dice: «Saca partido de la experiencia ajena para tu propio provecho». ¡Listo! No sabe, desde luego, que ahora, para mí, está contando cuentos a un sordo. Más mella me hacen las palabras de mi amada: «Dame...» y «tráeme...». A esto no sé qué contestar y no hay persona más desgraciada que yo. Pues mi amigo Clinia, aunque también tiene bastante con sus preocupaciones, al menos ama a una mujer bien educada y digna, que desconoce el oficio de la mala vida. La mía es dominante, exigente, fastuosa, no repara en gastos, una princesa; lo que yo le ofrezco es un «Bien»; pues no me atrevo a decirle que no tengo nada. Hace poco que descubrí esta plaga, y mi padre todavía no está enterado.

El atormentador de sí mismo, 213-229
(L. R. F.) (11)

23. Pánfilo sorprende a su mujer

PÁNFILO.–No acierto con ninguna expresión adecuada a mi caso, para empezar a contar lo que inopinadamente me ocurre: en parte lo he visto con mis propios ojos, en parte lo he

oído con mis oídos, y así, más muerto que vivo, me lancé cuanto antes a la calle. Hace un instante, cuando, angustiado, me precipité hacia el interior, esperaba ver a mi esposa aquejada de cualquier enfermedad que no fuera la que comprobé. ¡Ay de mí! Cuando las sirvientas me vieron llegar, todas a una y en el acto dan un grito de alegría: «¡Ha llegado!». Eso, al advertir mi repentina presencia; pero, acto seguido, me di cuenta de que todas cambiaban de expresión, por el momento tan inoportuno en que la suerte las había sorprendido con mi llegada. Una de ellas se adelantó entonces precipitadamente anunciándome; yo corro tras ella por el camino más corto con ansias de ver a mi mujer. En cuanto llegué a su aposento, ¡pobre de mí!, al instante reconocí la enfermedad que padecía; pues ni las circunstancias daban ya lugar a disimulos ni ella podía dejar de quejarse en los términos que requería el caso. Al verla, «¡oh infamia!», dije, y, en el acto, salí de allí llorando, hondamente afectado por la increíble y brutal realidad. Su madre me sigue: cuando yo traspasaba ya el umbral, cae a mis rodillas, la pobre, llorando; me dio lástima. Desde luego, la verdad es, en mi opinión, que, según nos van las cosas, así somos todos: altaneros o humildes. Empezó por pronunciarme el siguiente discurso: «¡Oh querido Pánfilo! Ya ves el motivo que le hizo salir de tu casa. Un día, de soltera, se vio forzada por no sé qué miserable. Ahora se ha refugiado aquí para que ni tú ni nadie os enterarais del parto». Pero, cuando recuerdo sus súplicas, no puedo, ¡ay de mí!, retener las lágrimas. «Sea cual fuere –dijo– la imprevisible Fortuna que hoy te ha traído entre nosotros, por ella te suplicamos las dos que, si te parece justo, si te parece lícito, su contratiempo permanezca, en lo que de ti dependa, oculto y secreto a los ojos de todos. Si algún día, querido Pánfilo, has comprobado el cariño que te tiene, ahora te pide en compensación ese favor que nada te cuesta. En cuanto a llevártela de nuevo como esposa, haz lo que más te convenga; eres el único en saber que está de parto y que no está emba-

razada de ti; al parecer, después, por dos meses, compartió tu lecho; y ahora se cumple el séptimo mes de su matrimonio contigo. Los hechos confirman lo que tú ya sabes. Ahora, si es posible, Pánfilo, lo que ante todo deseo y trato de conseguir es que se produzca el parto sin que se entere su padre ni nadie; pero, si no es posible hacerlo pasar inadvertido, diré que se trata de un aborto; sé que a nadie se le ocurrirá sospechar otra cosa, y, como es natural, se creerá que es un hijo legítimo de tu matrimonio. Lo expondremos enseguida; para ti no hay en ello el menor perjuicio, y, en cambio, habrás disimulado el odioso agravio infligido a esta desgraciada.» Se lo he prometido y estoy resuelto a mantener en este punto la palabra que he dado. En cuanto a traerla nuevamente conmigo, eso no lo considero en ningún modo conveniente, y no lo haré a pesar de lo mucho que sobre mí pesan el cariño y la convivencia con ella. Me saltan las lágrimas cuando pienso qué vida me espera en adelante, y qué soledad. ¡Oh Fortuna! Desde luego, nunca nos eres favorable a perpetuidad. Pero ya me sirvió de experiencia sobre el particular aquel primer amor que entonces supe dejar discretamente de lado; procuraré hacer otro tanto ahora con éste.

Aquí está Parmenón con los esclavos; es preciso que de ningún modo presencie este acontecimiento; pues hace tiempo le confié a solas mi secreto de que en la primera temporada de casado me había abstenido de mi mujer; temo que, si la oye aquí quejarse una y otra vez, comprenda que Filomena está de parto; he de mandarlo a donde sea, mientras Filomena da a luz.

La suegra, 361-414
(L. R. F.) (12)

24. Final feliz: la libertad de un esclavo

SIRO.–*(Saliendo de la casa de Mición.)* Ya está hecho lo que has mandado, Demea.

DEMEA.–Eres una joya. Por Pólux, estimo, al menos en mi opinión, que es justo conceder la libertad a Siro.

MICIÓN.–¿La libertad a éste? ¿Por qué causa?

DEMEA.–Por muchas.

SIRO.–¡Oh, Demea nuestro, por Pólux que eres un hombre de bien! Yo os he cuidado a esos dos hijos vuestros desde la infancia con esmero: les he enseñado, guiado, aconsejado siempre todo lo que pude.

DEMEA.–Es cosa obvia. Y especialmente esto: comer bien a crédito, llevarse meretrices, preparar comilonas durante el día: ocupaciones tales no son propias de un hombre vulgar.

SIRO.–¡Qué cabeza graciosa!

DEMEA.–Además, él fue el ayudante en la compra de esta citarista, él se encargó de hacerlo: justo es recompensarlo; los otros esclavos se harán mejores. En fin, Esquino quiere que así se haga.

MICIÓN.–¿Tú quieres que se haga?

ESQUINO.–Lo deseo.

MICIÓN.–Puesto que así lo queréis, Siro, ea, acércate a mí: sé libre.

SIRO.–Muchas gracias. Os lo agradezco a todos, y muy particularmente a ti, Demea.

DEMEA.–Me alegro.

ESQUINO.–Y yo.

SIRO.–Lo creo. ¡Ojalá esta alegría se me haga eterna, para que pueda ver a mi esposa Frigia libre, juntamente conmigo!

DEMEA.–Una mujer magnífica, de verdad.

SIRO.–Y por cierto, ha sido la primera en darle hoy el pecho a tu nieto, el hijo de éste.

DEMEA.–Por Hércules, hablando cabalmente, si fue la primera en dárselo, no hay duda de que es justo manumitirla.

MICIÓN.–¿Por esa causa?

DEMEA.–Por ésa. Finalmente, toma de mi dinero lo que ella vale.

SIRO.–¡Que los dioses todos te cumplan siempre todos tus deseos, Demea!

Los hermanos, 958-978
(A. L.-A. P.) (13)

LUCILIO

Gayo Lucilio (ca. *168-102 a.C.), originario de la región de Campania, es considerado, junto con Ennio, el creador de la sátira, un género literario propiamente romano que el autor que presentamos contribuyó a caracterizar formalmente mediante el empleo preferente del hexámetro dactílico y un tono directo y agresivo de invectiva contra personajes y costumbres de su tiempo.*

De elevada posición social, Lucilio fue miembro del círculo literario de Escipión Emiliano, donde recibió una decisiva influencia de la literatura y la filosofía popular griegas, en un momento en el que el régimen republicano aún ofrecía un amplio margen de libertas, *una circunstancia que, junto a la independencia económica de Lucilio, le permitió a éste exponer sus opiniones a través de la literatura con una gran dosis de sinceridad, una cualidad que luego admiraron Horacio, Persio o Juvenal.*

Como escritor se dedicó exclusivamente a las sátiras, de las que escribió treinta libros, dando cabida en ellos a una gran variedad de temas: episodios personales o de sus amigos, viajes, crítica de la corrupción de individuos y costumbres o ataques contra la escritura de los poetas épicos y trágicos. Pero de

su obra se han conservado sólo fragmentos, muy abundantes (más de mil trescientos) pero en general breves e incompletos.

Lucilio sirvió de referencia fundamental para los escritores satíricos posteriores, Persio, Juvenal y, sobre todo, Horacio, que sin embargo prefirió evitar el ataque personal tan característico de Lucilio.

25. Sobre falsas creencias

Se creen los hombres que muchos portentos forjados en versos
de Homero son monstruos de veras; entre ellos está Polifemo
primero, el Cíclope, que llega a doscientos pies; y su vara
mayor es que el más encumbrado madero de un barco de
[carga.

Sátiras, XV, 480-483
(A. M. H.)

26. Ficción y realidad

A seres horrendos y lamias que faunos y Numas Pompilio
crearon, a éstos se teme y todo aquí se confía.
Igual que los niños se creen que viven todos los bronces
y son como humanos, así se figuran que estos ensueños
ficticios se tornan verdad, y que hay corazón en los bronces.
Apaño de artistas, mas nada de cierto, todo fingido.

Sátiras, XV, 484-489
(A. M. H.)

27. Los amigos persiguen el alma

No se achanta el cocinero ante una cola abultada con tal que
resulte jugosa; así, los amigos persiguen el alma,
los gorrones, en cambio, andan en busca de hacienda y
[riquezas.

Sátiras, XXVII, 716-717
(A. M. H.)

28. Sobre la virtud

Virtud es, Albino, poder apreciar en su justa medida
al ser con quien convivimos así como a cuanto nos nutre;
virtud es saber lo que tiene un cierto valor para el hombre;
virtud es saber lo que a él le es lícito, útil y digno,
qué es benigno o perverso, inútil, horrible o abyecto;
virtud es saber el fin y la forma de dar con las cosas;
virtud es poder valorar en su precio apropiado los bienes;
virtud es dejar al honor lo debido en su justa medida,
ser enemigo y rival de varones y hábitos viles,
y ser guardián, a su vez, de varones y hábitos nobles,
apreciarlos, y ser complaciente y vivir como amigo con ellos,
tener en estima, ante todo, el bien de la patria primero,
los bienes paternos después, y por último ahora los nuestros.

Sátiras, fragmento de ubicación incierta, 1326-1338
(A. M. H.)

PROSA

CATÓN

Marco Porcio Catón (234-149 a.C.), «el Censor», desplegó una densa actividad militar, pública y política, llegando a cónsul en el 195 y a censor en el 184, cargos en los que sobresalió por su defensa de una moral estricta basada en la austeridad y en las costumbres tradicionales romanas, rechazando los intentos de helenización de la cultura romana llevados a cabo por el círculo de los Escipiones.

A Catón debemos las primeras manifestaciones de la prosa literaria latina, en el siglo II *a.C. Escribió obras de muy distinta naturaleza, entre las que hay que destacar* Los orígenes, *obra fundadora de la historiografía en lengua latina y de la que sólo se conservan algunos fragmentos, al igual que de sus* Discursos, *de los que en tiempos de Cicerón eran conocidos más de 150, algunos de los cuales fueron incluidos, al parecer, en* Los orígenes. *Se conserva, en cambio, buena parte de un tratado técnico de agricultura escrito hacia el 154, y de gran importancia por tratarse de la primera obra en prosa conservada en latín de cierta extensión. Su estilo, tildado frecuentemente de árido y primitivo, aunque el propio Cicerón estimaba su talla como orador, es un extraordinario exponente de las posibilidades que ofrecía la prosa arcaica, destinada a unos fi-*

nes utilitarios antes que estéticos, con una gran abundancia de recursos expresivos que, en el caso de la oratoria, contribuían a reforzar una puesta en escena (actio) *más vehemente mediante el gesto o la entonación. Se inspira en su célebre máxima «Aténte al tema: las palabras vendrán por sí solas»* (rem tene: uerba sequentur). *Existe una colección de «Sentencias de Catón»* (Dicta Catonis), *datadas en el siglo* III *d.C. y de gran difusión en la Edad Media.*

29. Del discurso en favor de los rodios

Sé que a menudo el espíritu de muchos hombres se enardece en medio de circunstancias propicias, beneficiosas y felices, y que su orgullo y su insolencia crecen y se multiplican. Lo que ahora me provoca una gran inquietud es el hecho de que, en vista de que este asunto ha transcurrido tan provechosamente, en la deliberación no suceda nada desfavorable que desbarate nuestra prosperidad, o bien que esta euforia no sobrevenga con excesiva intemperancia. Las circunstancias adversas a menudo aleccionan y enseñan qué hay que hacer; las propicias, a causa de la euforia, suelen inducir a desviarse de una deliberación y un juicio cabal. Por ello, tanto más encarecidamente digo y recomiendo que semejante asunto se aplace algunos días, hasta que recobremos nuestro propio control después de tan gran regocijo.

Y yo, por mi parte, creo que los rodios no querían que nosotros combatiéramos de la forma en que lo hicimos, ni que el rey Perseo fuera derrotado. Pero no sólo no lo quisieron los rodios, sino que creo que tampoco lo querían muchos pueblos y muchas naciones, y no sé si hubo una parte de ellos que no quiso que esto sucediera no a causa de nuestra afrenta, sino por temor, en efecto, a quedar sometidos a la

esclavitud bajo nuestra única autoridad en caso de que no hubiera ningún dirigente al que respetásemos e hiciésemos todo lo que nos apeteciera. Creo que se han situado en esta posición por mor de su libertad. Sin embargo, los rodios nunca han apoyado oficialmente a Perseo. Pensad en qué medida nosotros, entre nosotros mismos, actuamos más precavidamente en privado. En efecto, cada uno de nosotros, en caso de sospechar que alguien ha perpetrado cualquier acción en contra de su propiedad, se esfuerza con todo su empeño para que no se haga nada en contra de ella; los rodios, por su parte, esto lo han padecido.

Los orígenes, V, 3a-b, frag. 163-164 (Malcovati)
(A. M. H.)

30. Alabanza de la agricultura frente al comercio

Alguna vez es mejor buscar el beneficio en el comercio, si no comportase tanto riesgo, e igualmente dedicarse al préstamo, si es que fuera tan honorable. Nuestros antepasados así lo consideraron y así lo dispusieron en sus leyes: que el ladrón sea condenado a pagar el doble y el usurero el cuádruple; a partir de ello se puede apreciar hasta qué punto consideraron más dañino al ciudadano dedicado a la usura que al ladrón. Pero cuando elogiaban al hombre de bien, lo elogiaban en estos términos: «buen agricultor» y «buen labrador»; se consideraba que quien era así ensalzado recibía el mayor elogio. Al comerciante, por su parte, lo tengo por decidido y esforzado en la búsqueda del beneficio, pero está, como he dicho antes, expuesto a riesgos y a calamidades. Es de entre los agricultores de donde surgen los hombres más vigorosos y los soldados más valerosos, y se alcanza la ganancia más legítima y más segura y la que menos celos suscita, y los que en

menor medida urden el mal son los que están dedicados a este menester.

De los trabajos del campo, Prefacio
(A. M. H.)

31. La alimentación y el vestido de los esclavos

Cuánto alimento se debe dar a los esclavos

Ración de los esclavos: los que trabajan en el campo, que reciban cuatro modios de trigo en invierno y cuatro modios y medio en verano; el administrador, su mujer, el vigilante y el pastor, tres modios; los esclavos encadenados, cuatro libras de pan en invierno, y cinco cuando empiezan a cultivar la viña hasta que comienza a haber higos; después, que vuelvan a las cuatro libras.

Cuánto vino se debe dar a los esclavos

Vino para los esclavos: una vez hecha la vendimia, que beban aguapié durante tres meses; durante el cuarto mes recibirán una hemina por día, es decir, dos congios y medio al mes; el quinto, el sexto, el séptimo y el octavo mes, un sextario por día, es decir, cinco congios mensuales; el noveno, décimo y undécimo mes, tres heminas diarias, es decir, un ánfora al mes. Además, en las fiestas saturnales y en las compitales, cada hombre recibirá un congio. Ésta es la cantidad de vino por cada hombre al año: [...] Los esclavos encadenados, que reciban en proporción a lo que trabajen; no resulta desmesurado que éstos beban diez cuadrantales al año.

Cuánto debe acompañar al alimento de los esclavos

El acompañamiento de la comida de los esclavos. Almacénese la mayor cantidad posible de aceitunas caídas; a continuación almacénense aceitunas en sazón, de donde pueda extraerse una reducida cantidad de aceite; adminístrense, para que perduren el mayor tiempo posible. Cuando se hayan tomado las aceitunas, hay que darles garo y vinagre. Que se les dé aceite, un sextario al mes a cada uno; de sal, es bastante un modio por cabeza al año.

La indumentaria de los esclavos

La indumentaria de los esclavos: que reciban una túnica de tres pies y medio de largo y una saya cada dos años. Cada vez que se le dé a uno una túnica o una saya, que se recoja en primer lugar la ropa vieja de donde hacer los zurcidos. Se les debe dar unas galochas resistentes cada dos años.

De los trabajos del campo, 56-59
(A. M. H.)

II. ÉPOCA CLÁSICA

A) FIN DE LA REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL

POESÍA

LUCRECIO

Tito Lucrecio Caro (ca. *96*-ca. *55 a.C.) es el autor del mayor poema filosófico-didáctico de la Antigüedad,* De la naturaleza de las cosas, *la primera exposición filosófica de envergadura redactada en latín y fuente primordial para el conocimiento de la doctrina epicúrea. No se tienen datos fidedignos sobre la vida del poeta, salvo algunos detalles probablemente deformados en la Antigüedad Tardía. De la correspondencia de Cicerón con su hermano Quinto se deduce que en el año 54 a.C. ambos habrían leído al menos parte del poema, quedando vivamente impresionados.*

La obra de Lucrecio refleja un estadio antiguo de integración entre poesía y filosofía que la tradición posterior ha tendido a deslindar en modalidades de escritura diferentes. El poema, escrito en hexámetros dactílicos, se articula en seis libros y está dedicado a un aristócrata, C. Memmio, mecenas de los poetas Cinna y Catulo. Aunque algunos detalles inducen a pensar que el poema no está completamente pulido, su configuración actual parece muy cercana a la definitiva y hoy parece más que dudoso que Cicerón fuera su editor.

El propósito de la obra es mostrar las bases de la filosofía de Epicuro, tomada en gran medida de Leucipo y Demócrito, en

particular de sus fundamentos físicos, según los cuales la realidad está constituida de átomos y no está sometida a intervención divina alguna. El alma es asimismo material y mortal y el hombre debe liberarse del temor a la muerte. Desde esta perspectiva se exploran múltiples vertientes: la conformación del universo, el movimiento de los átomos, el amor, los procesos biológicos y psicológicos, el origen de la civilización, e incluso la moral, defendiendo la teoría de que el placer es el bien supremo.

Al tiempo, la obra de Lucrecio está llena de logros poéticos, de imágenes brillantes, con un tono moderadamente arcaizante, en lo que constituye el primer intento de elaboración de un discurso filosófico latino, sentando las bases para superar la aparente pobreza en que se encontraba esta lengua. Lucrecio no expresa en general las densas nociones epicúreas a través de préstamos o mediante la acuñación de nuevas palabras, como intentó después Cicerón, sino que se sirve fundamentalmente de los vocablos ya existentes en latín, contribuyendo a dotarlos de una carga semántica mucho más rica para el futuro.

32. Invocación a Venus

Madre de los Enéadas, deleite de hombres y dioses, alma Venus, que, bajo los signos que en el cielo se deslizan, hinchas de vida el mar portador de naves y las fructíferas tierras; pues gracias a ti toda especie viviente es concebida y surge a contemplar la luz del sol: ante ti, diosa, y a tu advenimiento huyen los vientos, huyen las nubes del cielo, la industriosa tierra te extiende una muelle alfombra de flores, las llanuras del mar te sonríen y un plácido resplandor se difunde por el cielo. Pues en cuanto la primavera descubre su faz y cobra vigor el favonio, soltando su soplo fecundo,

te saludan primero, oh divina, las aves del aire y anuncian tu llegada, turbados sus pechos por tu poder; después, fieras y rebaños retozan por los lozanos pastos y cruzan los rápidos ríos: así, prendidos de tu hechizo, te siguen todos afanosos por donde quieras guiarlos. En fin, por mares y montes y arrebatados torrentes, por las frondosas moradas de las aves y las verdeantes llanuras, hundiendo en todos los pechos el blando aguijón del amor, los haces afanosos de propagar las generaciones, cada uno en su especie. Y puesto que tú sola gobiernas la Naturaleza, y sin ti nada emerge a las divinas riberas de la luz, y no hay sin ti en el mundo ni amor ni alegría, quisiera me fueras compañera en escribir el poema que, sobre la Naturaleza, me propongo componer para nuestro Memmio, a quien tú, diosa, quisiste realzar en todo tiempo, agraciándolo con todos los méritos. Razón de más, oh divina, para que concedas un eterno encanto a mis versos. Haz que entre tanto los feroces trabajos de la guerra se aquieten, adormecidos, por mar y por tierra. Pues sólo tú puedes regalar a los mortales con una paz tranquila, porque los feroces trabajos de la guerra los rige Marte, señor de las armas, quien suele abandonarse a tu regazo, rendido por eterna y amorosa herida, y, reclinando así su bien torneada cerviz, levanta hacia ti la vista y apacienta de amor sus ávidos ojos, sin saciarse jamás, y queda tendido, suspenso su aliento de tus labios. Mientras reposa así sobre tu cuerpo augusto, oh divina, inclínate hacia él y derrama de tus labios dulces voces pidiéndole, oh gloriosa, plácida paz para los romanos. Pues en un tiempo de inquietud para la patria, ni yo puedo ponerme a la tarea con ánimo sereno, ni puede el ilustre retoño de los Memmios faltar, en circunstancias tales, a la salud común. Pues es necesario que todo el Ser divino goce por sí mismo de una vida eterna con la paz más profunda, separado de nuestras cosas, retirado muy lejos; porque, exento de todo dolor, exento de peligros, fuerte por sus propios recursos,

sin necesitar de nosotros, ni se deja captar por beneficios ni conoce la ira.

De la naturaleza, I, 1-49
(E. V. F.) [14]

33. Dificultades para expresar el pensamiento filosófico en latín

Es difícil, no se me oculta, ilustrar en versos latinos los obscuros descubrimientos de los griegos, máxime porque en muchos casos hay que echar mano de nuevos vocablos, por la pobreza de la lengua y la novedad de los temas; pero, con todo, tus merecimientos y el esperado deleite de tu dulce amistad me animan a soportar cualquier fatiga y me inducen a pasar en vela las noches serenas, buscando con qué palabras y versos pueda por fin inundar tu mente de una brillante luz, con la que puedas escudriñar hasta el fondo las cosas más ocultas.

De la naturaleza, I, 136-145
(E. V. F.) [14]

34. Crítica a la religión

Un temor me acomete aquí: no vayas a creer que te inicias en los principios de una ciencia impía y que entras por un camino sacrílego. Al contrario, las más veces es ella, la religión, que ha engendrado crímenes e impiedades. Así en Áulide, los caudillos elegidos de los dánaos, flor de los héroes, torpemente mancillaron con la sangre de Ifianasa el altar de la

Virgen de las Encrucijadas. Cuando las ínfulas que ceñían sus virginales trenzas cayeron en partes iguales por ambas mejillas, cuando advirtió de pie junto al ara a su padre afligido, y los sacerdotes a su lado ocultando el hierro, y los ciudadanos deshechos en llanto a su vista, muda de terror caía de hinojos en tierra. ¡Mísera! No le valía en este momento fatal el haber sido la primera en dar al rey el nombre de padre. Asida por manos de hombres, temblorosa, al ara fue conducida, no para salir escoltada al claro son del Himeneo, una vez cumplido el rito solemne, sino para caer, pura, impuramente, en la misma edad núbil, lastimosa víctima inmolada por su padre, a fin de asegurar a la flota partida feliz y propicia. ¡A tantos crímenes pudo inducir la religión!

De la naturaleza, I, 80-101
(E. V. F.) (14)

35. La realidad está constituida de átomos y vacío

Siguiendo adelante con la trama de mi discurso, la Naturaleza entera, en cuanto existe por sí misma, consiste en dos substancias: los cuerpos y el vacío en que éstos están situados y se mueven de un lado a otro. Que el cuerpo existe de por sí, lo declara el testimonio de los sentidos, a todos común; si la fe basada en ellos no vale como primer criterio inatacable, en los puntos obscuros nos faltará un principio al que pueda apelar la razón para alcanzar la certeza. Por otra parte, si no existiera el lugar y el espacio que llamamos vacío, los cuerpos no podrían asentarse en ningún sitio, ni moverse en direcciones distintas; es lo que poco antes te he demostrado.

Aparte de estas dos, no hay otra substancia a la que puedas llamar totalmente inmaterial y a la par distinta del vacío,

que sea como un tercer modo de existir. Pues todo cuanto existe debe ser algo real por sí mismo, de tamaño mayor o menor, con tal que lo tenga; y si es de cualidad tangible, por leve y exiguo que sea, irá a engrosar el número de los cuerpos y completará su total. Y si es impalpable, y por ningún lado puede impedir la penetración de otro cuerpo, será evidentemente lo que llamamos espacio vacío.

Además, todo lo que existe por sí mismo, o ejercerá una acción o sufrirá la que sobre él ejerza otro cuerpo; o será tal que en él puedan existir y producirse otras cosas; pero nada es capaz de acción y pasión si carece de cuerpo, y nada puede ofrecer espacio fuera del vacío, o sea, la extensión vacante. En consecuencia, además del vacío y los cuerpos, no queda en la Naturaleza ninguna tercera substancia que exista por sí, capaz de ponerse jamás al alcance de nuestros sentidos o de ser aprehendida por el razonamiento.

De la naturaleza, I, 418-448
(E. V. F.) (14)

36. Infinitud del universo

En primer lugar, no hay para nosotros límite en el universo en ninguna dirección, ni a derecha ni a izquierda, ni arriba ni abajo; te lo demostré, la realidad misma lo proclama, y lo hace claro la naturaleza del abismo. Hemos de considerar, pues, de todo punto inverosímil que, si el espacio es infinito en todos sentidos y los átomos en número innúmero revolotean de mil maneras en el universo sin fondo, poseídos de eterno movimiento, sólo haya sido creado un cielo y un orbe de la tierra, y que fuera de ellos toda la materia esté inactiva. Sobre todo, siendo este mundo una creación natural: los mismos átomos, chocando entre sí espontáneamente y al

azar, después de haberse unido de mil maneras en encuentros casuales, vanos y estériles, acertaron por fin algunos a agregarse de modo que dieran para siempre origen a estos grandes cuerpos, tierra, mar, cielo y raza de seres vivientes. Por lo cual, una vez más, fuerza es reconocer que hay en otras partes otras combinaciones de materia semejantes a este mundo que el éter ciñe con ávido abrazo.

Además, cuando hay materia disponible en abundancia, espacio a discreción y no hay obstáculo ni razón que se oponga, deben, no hay duda, iniciarse procesos y formarse cosas. Pues bien, si tan grande es el caudal de átomos que no alcanzaría a contarlos la vida entera de los seres vivientes, y persiste en ellos la misma propiedad natural de juntar en cualquier sitio los elementos, del mismo modo que los agregó en nuestro mundo, necesario es reconocer que en otras partes deben existir otros orbes de tierras, con diversas razas humanas y especies salvajes.

Se añade a esto que en el universo ningún ser es singular, ninguno nace único y crece solo, antes todos pertenecen a alguna familia, y son muchos los de una misma especie. Fíjate ante todo en los animales: verás cómo así han sido creados la especie de las bestias monteses, el humano linaje y, en fin, las mudas greyes escamosas y todas las formas de aves volantes. Por tanto, y de acuerdo con el mismo principio, debe admitirse que la tierra y el sol, la luna, el mar y los demás seres no son únicos, sino que existen en número infinito; pues el mojón de la vida, hondamente hincado, les aguarda, y su cuerpo ha tenido nacimiento, exactamente igual que todas las especies cuyos ejemplares vemos en tal abundancia.

De la naturaleza, II, 1049-1089
(E. V. F.) (14)

37. La muerte no nos afecta

Nada es, pues, la muerte y en nada nos afecta, ya que entendemos ser mortal la substancia del alma. Y así como en el pasado ningún dolor sentimos cuando los cartagineses acudieron en son de guerra por todos lados, y pavoroso estrépito de guerra sacudió el mundo, erizado de horror, bajo las altas bóvedas del éter, y suspensos se preguntaban los hombres bajo el dominio de cuál de los dos les tocaría a todos caer, en tierra y en mar; así, cuando ya no existamos, consumado el divorcio del cuerpo y del alma, cuya trabazón forma nuestra individualidad, nada podrá sin duda acaecernos, ya que no existiremos, ni mover nuestros sentidos, nada, aunque la tierra se confunda con el mar y el mar con el cielo. Y aunque algo sientan espíritu y alma una vez arrancados de nuestro cuerpo, nada nos importa; pues nosotros, como individuos, existimos por el enlace y unión de cuerpo y de alma. Ni aunque después de la muerte recogiera el tiempo nuestra materia y la ensamblara de nuevo tal como está ahora dispuesta, y nos fuera dado contemplar otra vez la luz de la vida, nada tampoco nos importaría este suceso, habiéndose roto una vez la continuidad de nuestra conciencia.

Tampoco ahora en nada nos atañe lo que anteriormente fuimos, y ninguna congoja nos produce nuestro ser anterior. Pues si consideras la inmensidad del tiempo pasado y cuán varios son los movimientos de la materia, vendrás fácilmente a creer que estos mismos elementos de los que ahora constamos, estuvieron muchas veces en el pasado dispuestos en el mismo orden que ahora; sin embargo, nuestra mente no alcanza a rememorar este estado; pues hubo en el intervalo una pausa en nuestra vida y todos los movimientos se extraviaron, perdiendo su vinculación con los sentidos. Pues si alguien debe sufrir en el futuro miseria y dolor, necesario es que exista él, en persona, entonces, para que pueda alcanzarle la desdicha. Como la muerte suprime esta posibilidad e

impide existir al sujeto a quien puedan caber tales infortunios, podemos de ello deducir que nada hay que temer en la muerte, que quien no existe no puede caer en desdicha, y que no importa que uno haya o no nacido en algún tiempo, cuando la muerte inmortal le ha robado la vida mortal.

Así, cuando veas a un hombre lamentarse de su destino, por haber de pudrirse en el sepulcro después de la muerte, o desaparecer en las llamas o entre las mandíbulas de las fieras, puedes pensar que algo falso suena en su voz y que un oculto aguijón se esconde en su pecho, por más que afirme no creer que subsista el sentir después de la muerte. Pues, creo yo, no da lo que promete ni dice sus razones: incapaz de arrancarse de la vida y de cortar sus raíces, hace, sin saberlo, que una parte de sí le sobreviva. En efecto, cuando en vida se imagina que su cadáver ha de ser desgarrado por las aves y las fieras, se compadece de sí mismo. Porque no se ve distinto de aquél, ni se retira bastante de su cuerpo caído, y se figura que él es todavía este cuerpo y, sin moverse de su lado, le presta su propio sentimiento. Por esto se indigna de haber sido creado mortal y no ve que en la muerte real no existirá otro «él mismo» que pueda vivir para llorar su propia muerte y quedarse de pie junto a su propio cuerpo yacente, sufriendo de verlo desgarrado y quemado. Pues si en la muerte es un mal servir de pasto a las fieras, no encuentro que sea menos amargo que te pongan en la pira y te tuesten las ardientes llamas, o que te envuelvan en miel y te ahoguen, o extendido sobre un frío mármol te dejen helar, o te oprima y aplaste el peso de la tierra que te echan encima.

De la naturaleza, III, 830-893
(E. V. F.) (14)

38. El amor

Se excita en nosotros aquel semen de que antes hablamos, tan pronto la edad viril robustece los miembros. Pues cada ser es conmovido por una causa distinta, y al semen de un hombre sólo le excita la influencia de una persona humana. Expulsado apenas de las partes donde tiene su sede, el semen se retira del resto del cuerpo y, atravesando miembros y órganos, concéntrase en una determinada región de los nervios y excita al momento las partes genitales del cuerpo. Irritadas éstas, se hinchan de semen, y surge el anhelo de expulsarlo contra el objeto del violento deseo, y el cuerpo busca aquel cuerpo que ha herido el alma de amor.

Pues, por lo general, el herido cae del lado de la herida, y la sangre brota en dirección al lugar de donde el golpe nos vino, y si el enemigo está cerca, el rojo chorro le alcanza. Así, el que es herido por los dardos de Venus, tanto si los dispara un mancebo de miembros mujeriles como una mujer que respira amor por todo su cuerpo, tiende hacia aquel que lo hiere, se afana en unirse con él y descargarle en el cuerpo el humor que emana del suyo; pues el mudo deseo le presagia placer.

Esto es Venus para nosotros; de aquí Amor tomó su nombre; así Venus empieza a destilar en nuestro corazón aquella gota de dulzura, a la que sigue el cuidado glacial. Pues aunque el ser amado esté ausente, a mano están sus imágenes, y su dulce nombre resuena en nuestros oídos. Pero conviene huir de tales imágenes, evitar lo que da pábulo al amor y volver la mente a otras ideas: descargar el humor acumulado contra un cuerpo cualquiera, antes que retenerlo y guardarlo para un único amor, y procurando así cuitas e inevitable dolor. Pues la llaga se aviva y se hace crónica si la alimentas, y la locura crece de día en día y se agrava la pena, si no borras la primera herida con nuevos golpes y no la curas de antemano, mientras es reciente, con el trato de Venus vagabunda, o no puedes desviar tu espíritu hacia otros objetos.

Mas no se priva de los frutos de Venus el que evita el amor, antes elige los placeres que están libres de pena. Pues no hay duda que el goce es más puro para el sano que para el aquejado de pasión. En el momento mismo de la posesión el ardor de los amantes fluctúa incierto y sin rumbo, dudando si gozar primero con las manos o los ojos. Apretujan el objeto de su deseo, infligen dolor a su cuerpo, a veces imprimen los dientes contra los labios amados y los lastiman a fuerza de besos; porque no es puro su placer y un secreto aguijón les instiga a hacer sufrir aquello mismo, sea lo que fuere, de donde surgen estos gérmenes de furor. Pero en el acto amoroso, Venus suspende suavemente el tormento, y la blandura del goce que con él se mezcla refrena los mordiscos. Pues hay la esperanza de que el cuerpo que encendió el fuego de la pasión sea también capaz de extinguir su llama. Pero la Naturaleza protesta, objetando que ocurre todo lo contrario; y éste es el solo caso en que, cuanto más tenemos, más se enciende el corazón en deseo furioso. Pues comida y bebida son absorbidos dentro del cuerpo, y como pueden ocupar en él lugares fijos, se hace fácil saciar el deseo de agua y de pan. Pero de la cara de un hombre y de una bella tez nada penetra en nosotros que podamos gozar, fuera de tenues imágenes, que la mísera esperanza trata a menudo de arrebatar del aire.

Como un sediento que, en sueños, anhela beber y no encuentra agua para apagar el ardor de su cuerpo; corre tras los simulacros de fuentes y en vano se afana y sufre sed en mitad del turbulento río en el que intenta beber; así en el amor Venus engaña con imágenes a los amantes; ni sus ojos se sacian de contemplar el cuerpo querido, ni sus manos pueden arrancar nada de los tiernos miembros, que recorren inciertos en errabundas caricias. Finalmente, cuando, enlazados los miembros, gozan de la flor de la edad y el cuerpo presiente el placer que se acerca y Venus se aplica a sembrar el campo de la mujer, entonces se aprietan con avi-

dez, unen las bocas, el uno respira el aliento del otro, los dientes contra sus labios; todo en vano, pues nada pueden arrancar de allí, ni penetrar en el cuerpo y fundirlo con el suyo; pues esto dirías que pretenden hacer, y que tal es su porfía. Con tal pasión están presos en los lazos de Venus, mientras se disuelven sus miembros por la violencia del goce.

Por fin, cuando el deseo concentrado en los nervios ha encontrado salida, hácese una breve pausa en su violenta pasión. Vuelve luego la misma locura y el mismo frenesí, y porfíen en conseguir el objeto de sus ansias, ni pueden descubrir artificio que venza su mal; así, en profundo desconcierto, sucumben a su llaga secreta.

De la naturaleza, IV, 1037-1121
(E. V. F.) [15]

39. La noción del progreso humano

Y así, gracias al fuego y a nuevos inventos, los que sobresalían en ingenio y prudencia mostraban día tras día cómo podía mejorarse su vida anterior. Los reyes empezaron a fundar ciudades y a emplazar ciudadelas que les sirvieran de defensa y refugio; y procedieron después al reparto de ganados y tierras, según la belleza, fuerzas y talento de cada uno; pues mucho valía la belleza, y la fuerza tenía un gran prestigio. Se introdujo después la propiedad y se descubrió el oro, que fácilmente arrebató a la hermosura y la fuerza el honor de que gozaban; pues, por lo común, los más valientes y hermosos de cuerpo van a engrosar el séquito del más rico. Que si los hombres se rigieran por la verdadera doctrina, la mayor riqueza del hombre está en vivir parcamente, con ánimo sereno; pues de lo poco jamás hay penuria.

Pero los hombres quisieron hacerse ilustres y poderosos, para asentar su fortuna en una sólida base y poder vivir plácidamente en la opulencia; todo en vano, pues en la contienda para escalar la cima del honor llenaron de peligros el camino; y aún, si llegan a encumbrarse, la envidia los derriba de un golpe, como un rayo, y los precipita ignominiosamente en el Tártaro espantoso; pues la envidia, como el rayo, abrasa con preferencia las cumbres y todo lo que se eleva por sobre lo demás; de modo que es mucho mejor obedecer tranquilamente que ambicionar el imperio y la posesión de un trono. Por tanto, déjales que se agoten y suden sangre en sus vanos forcejeos por el angosto camino de la ambición; pues sólo gustan por el paladar ajeno y se dirigen más por lo que oyen decir que por su propia experiencia; y así sucede hoy como sucedió antes y sucederá en el futuro.

De la naturaleza, V, 1105-1135
(E. V. F.) (15)

CATULO

Gayo Valerio Catulo (ca. 84-ca. 54 *a.C.), nació en Verona, en el norte de Italia, de una familia perteneciente a la aristocracia municipal. Estudió en Roma y, tras regresar a Verona a la muerte de su hermano, viajó a Asia Menor formando parte del estado mayor del pretor Memmio. Estuvo relacionado con Clodia, esposa de Metelo y hermana del turbulento tribuno Cayo Clodio, de la antigua y patricia familia de los Claudios. Según testimonios antiguos, esta Clodia, de la que Cicerón deja un inmisericorde retrato en su* Defensa de Celio, *debió de ser la Lesbia inmortalizada por el poeta en su obra. Conviene, sin embargo, guardar las debidas distancias entre lo pintado y lo vivo: el propio Catulo recomienda al poeta ser atrevido y picante en sus versos, pero decente en su vida.*

Autor del primer libro conservado de poesía lírica latina, enriquece la cultura occidental con un nuevo concepto de relación amorosa en la que un ciudadano romano rompe el decoro que se espera de su elevada prosapia, sobrellevando incluso pasivamente las infidelidades de la amada y trasladando a la antaño ocasional y pasajera pasión por una mujer cualquiera los sentimientos de lealtad y reciprocidad en

que se apoyaba la vida social romana y el sentido de perdurabilidad y eternidad de un matrimonio. Catulo es el poeta de lo momentáneo, capaz de convertir en poesía cualquier situación cotidiana, trasladando a sus versos la vida social de la época, tratando a sus protagonistas con ternura o sarcasmo, con delicadeza o brutalidad, con refinada ironía o evidente rudeza. Dotado de una gran técnica poética que sabe ocultar con mucha habilidad, disfraza el arte con la máscara de la verdad vital, aspecto que valora por encima de todo nuestra época, pero que no fue el más apreciado por sus contemporáneos, quienes imitaron sobre todo sus excelencias como poeta, la ductilidad de sus variados registros y el haber puesto la poesía romana a una altura desde la que su propio quehacer resultó a la vez más fácil y más difícil.

40. Muerte del pajarito

¡Llorad vosotros, Venus y Cupidos
y todos los hombres sensibles!
Ha muerto el pajarito de mi amada,
el pajarito, delicia de mi amada,
a quien quería más que a sus propios ojos:
era dulce como la miel, conocía a su
dueña como una hija a su madre
y no se separaba de su regazo,
sino que, saltando de aquí para allá,
solamente a su dueña piaba.
Ahora va por un camino tenebroso
hacia un lugar de donde nadie regresa.
¡Enhoramala vosotras, malditas tinieblas
del Orco, que devoráis todas las cosas bellas:
me habéis robado a mi bello pajarito!
¡Qué desgracia, que ahora por tu culpa,

pobre pajarito, los ojos de mi amada
están rojos e hinchados de llorar!

Poesías, 3
(A. R. V.) [16]

41. Besos para Catulo

Vivamos, querida Lesbia, y amémonos,
y las habladurías de los viejos puritanos
nos importen todas un bledo.
Los soles pueden salir y ponerse;
nosotros, tan pronto acabe nuestra efímera vida,
tendremos que vivir una noche sin fin.
Dame mil besos, después cien,
luego otros mil, luego otros cien,
después hasta dos mil, después otra vez cien;
luego, cuando lleguemos a muchos miles,
perderemos la cuenta para ignorarla
y para que ningún malvado pueda dañarnos,
cuando se entere del total de nuestros besos.

Poesías, 5
(A. R. V.) [16]

42. Renuncia de amor

Desgraciado Catulo, deja de hacer tonterías,
y lo que ves perdido, dalo por perdido.
Brillaron una vez para ti soles luminosos,
cuando ibas a donde te llevaba tu amada,
querida por ti como no lo será ninguna.

Entonces se sucedían escenas divertidas,
que tú buscabas y tu amada no rehusaba.
Brillaron de verdad para ti soles luminosos.
Ahora ella ya no quiere; tú, no seas débil, tampoco,
ni sigas sus pasos ni vivas desgraciado,
sino endurece tu corazón y mantente firme.
¡Adiós, amor! Ya Catulo se mantiene firme:
ya no te cortejará ni te buscará contra tu voluntad.
Pero tú lo sentirás, cuando nadie te corteje.
¡Malvada, ay de ti! ¡Qué vida te espera!
¿Quién se te acercará ahora? ¿Quién te verá hermosa?
¿De quién te enamorarás? ¿De quién se dirá que eres?
¿A quién besarás? ¿Los labios de quién morderás?
Pero tú, Catulo, resuelto, mantente firme.

Poesías, 8
(A. R. V.) (16)

43. Bienvenida a Veranio

Veranio, que de todos mis amigos
vales para mí más que trescientos mil,
¿has vuelto de verdad a tu patria y a tu hogar,
junto a tus queridos hermanos y tu anciana madre?
Sí, has vuelto. ¡Qué agradable noticia!
Te veré sano y salvo y te oiré hablar sobre
los sucesos, los parajes y los pueblos de España
en tu acostumbrado estilo; y, apoyado sobre tus hombros,
podré besar tus ojos y tu dulce boca.
De cuantos hombres haya más afortunados,
¿quién es más feliz y afortunado que yo?

Poesías, 9
(A. R. V.) (16)

44. Ruptura definitiva con Lesbia

Furio y Aurelio, acompañantes de Catulo,
bien penetre en la lejana India,
donde la costa es batida por las aguas orientales
que resuenan a lo lejos,
bien en Hircania o en la afeminada Arabia,
o entre los Sagas o entre los flecheros Partos
o en las aguas que colorea el Nilo
de siete bocas,

bien atraviese los altos Alpes
para admirar los trofeos del poderoso César
o el Rhin a su paso por la Galia o los terribles
y lejanos británicos,

vosotros, dispuestos a afrontar tales aventuras
y lo que disponga la voluntad de los dioses,
comunicad a mi amada este breve y
no agradable mensaje:

que viva y lo pase bien con sus amantes,
esos trescientos que estrecha a la vez en sus brazos,
sin amar de verdad a ninguno, pero rompiendo por igual
los ijares de todos,

y que no busque, como antes, mi amor
que por su culpa ha muerto como una flor
al borde de un prado, cuando el arado
la troncha al pasar.

Poesías, 11
(A. R. V.) (16)

45. Regreso a Sirmión

Sirmión, joya de penínsulas e islas,
bañada por los dos Neptunos
con lagos cristalinos y ancho mar,
¡con qué placer y alegría vuelvo a verte,
cuando me parece mentira haber dejado atrás
las llanuras de Bitinia y volver a verte sano y salvo!
¿Hay mayor felicidad que estar libre de preocupaciones,
cuando el alma deja su carga y, fatigados
de un largo viaje, llegamos a nuestro hogar
y descansamos en nuestro añorado lecho?
Este único placer compensa todas las fatigas.
¡Salud, querida Sirmión, alégrate con tu dueño!
¡Alegraos también vosotras, aguas cristalinas del lago,
y reíd cuantas risas haya en casa!

Poesías, 31
(A. R. V.) (16)

46. Devuélveme mis escritos

¡Acudid, endecasílabos, todos,
de todas partes, acudid todos!
Una desvergonzada puta me toma por loco
y dice que no me devolverá mis
escritos, si no os parece mal.
Persigámosla y exijamos que los devuelva.

¿Preguntáis quién es? Aquella que veis
contonearse indecentemente y reírse como
un pesado payaso con boca de galgo.
Acosadla y exigidle que los devuelva:

«¡Puta asquerosa, devuelve los escritos,
devuelve, asquerosa puta, los escritos!»

¿Te importa un bledo? ¡Mierda, puta barata
o algo todavía peor que eso!
Pero no creamos que esto es suficiente.
Gritad otra vez más fuerte:
«¡Puta asquerosa, devuelve los escritos,
devuelve, asquerosa puta, los escritos!»

Pero nada conseguimos, nada la inmuta.
Habrá que cambiar de modos y maneras,
a ver si podéis conseguir algo más,
para, si no otra cosa, sacar los colores
a la cara dura de esa perra:
«¡Proba y pudorosa señorita, devuelve los escritos!»

Poesías, 42
(A. R. V) (16)

47. Pasión por la poesía

Ayer, Licinio, sin nada que hacer
nos divertimos mucho en tu escritorio,
como era de esperar entre gente refinada.
Cada uno de nosotros se divertía componiendo
versitos, unas veces en un ritmo, otras en otro,
improvisando por turno entre bromas y vino.
Me marché de allí tan excitado, Licinio,
con tu finura y tu elegancia,
que ni la comida, desgraciado de mí, me gustaba,
ni el sueño cubría mis ojos con su quietud,
sino que, atacado por una locura, daba vueltas

por toda la cama deseando ver la luz,
para hablar contigo y estar juntos.
Pero, cuando mis miembros, agotados de cansancio,
reposaban casi muertos en el lecho,
compuse, querido amigo, este poema en tu honor,
para que entendieras mi sufrimiento.
Ahora, no te atrevas a despreciar,
te ruego, mis súplicas, niña de mis ojos,
no sea que Némesis te exija un castigo.
Es una diosa temible: guárdate de ofenderla.

Poesías, 50
(A. R. V.) [16]

48. Flechazo

Aquél me parece igual a un Dios,
aquél, si es posible, superior a los dioses,
quien sentado frente a ti sin cesar te
    contempla y oye

tu dulce sonrisa: ello trastorna, desgraciado
de mí, todos mis sentidos: en cuanto te
miro, Lesbia, mi garganta queda
sin voz,

mi lengua se paraliza, sutil llama
recorre mis miembros, los dos oídos me
zumban con su propio tintineo y una doble noche
cubre mis ojos

El ocio, Catulo, no te conviene,
con el ocio te apasionas y excitas demasiado:

el ocio arruinó antes a reyes y
ciudades florecientes.

Poesías, 51
(A. R. V.)[16]

49. Éxtasis y locura

Pero cuando el Sol, de rostro dorado y ojos brillantes,
recorrió el blanco firmamento, la sólida tierra y el fiero mar,
y expulsó las sombras de la noche con sus frescos corceles,
raudo huyó entonces el Sueño de la despierta Atis,
acogiéndolo la diosa Pasitea en su palpitante seno.
Así, tras breve descanso y libre de su furiosa locura,
en cuanto Atis repasó en su interior lo sucedido
y con mente clara vio qué le faltaba y dónde estaba,
regresó de nuevo al mar con el alma confundida.
Allí, al contemplar el ancho mar con lágrimas en los ojos,
con profunda tristeza dirigió a su patria estas sentidas quejas:

Lamento de Atis

«Oh patria que me engendraste, oh patria que me diste el ser,
a quien yo, desgraciado, abandoné, como el esclavo fugitivo
abandona a su dueño, y dirigí mis pasos a los bosques del
[Ida
para vivir en la nieve y las heladas guaridas de las fieras
y penetrar rabiosa en todos sus escondrijos,
¿dónde y en qué lugar, patria mía, puedo encontrarte?
Mis pupilas ansían dirigir la vista a ti,
mientras por breve tiempo mi alma esté libre de una locura
[salvaje.

¿Voy a ser arrastrado a estos bosques lejos de mi hogar?
¿Voy a estar lejos de mi patria, mis posesiones, mis amigos y [mis padres?
¿Voy a estar lejos del foro, la palestra, el estadio y los gimna- [sios?
¡Ay, pobre, pobre alma mía, quejarte debes una y otra vez!
Pues ¿por cuántas formas de ser yo no he pasado?
Yo jovencito, yo adolescente, yo efebo, yo mozo,
yo he sido el orgullo del gimnasio, yo era el ídolo de la arena:
concurridas estaban mis puertas, calientes mis umbrales,
coronado estaba mi hogar de guirnaldas de flores,
cuando a la salida del sol abandonaba la alcoba.
¿Yo ahora voy a ser sacerdotisa de los dioses y esclava de [Cibeles?
¿Yo voy a ser Ménade, yo la mitad de mi ser, yo un estéril [varón?
¿Yo he de vivir en las regiones del verde Ida, cubiertas de fría [nieve?
¿Yo voy a pasar mi vida en las altas cumbres de Frigia,
donde habita la salvaje cierva, donde vaga el fiero jabalí?
Ahora, ahora me pesa lo que hice, ahora, ahora me arrepiento.»

Poesías, 63, 39-73
(A. R. V.) (16)

50. Lamento de Ariadna

«¿Así, pérfido, a mí alejada de los altares patrios,
pérfido Teseo, me has abandonado en una playa desierta?
¿Así te marchas olvidando el numen de los dioses y,
¡ay, sin memoria!, llevas a tu patria sacrílegos perjurios?
¿Nada pudo doblegar la decisión de tu cruel mente?
¿No tuviste presente ninguna compasión,

con la que tu pecho salvaje se apiadara de mí?
Pero no fueron ésas las promesas que me hiciste en otro [tiempo
con palabras lisonjeras, no era ésa la esperanza que me [ordenabas
abrigar en mi desgracia, sino una feliz unión y un matrimonio
soñado, promesas vanas que los vientos etéreos se llevan.
No confíe ya ninguna mujer en los juramentos de los hom- [bres,
ninguna espere que los hombres cumplan sus palabras;
pues mientras su ánimo espera deseoso conseguir algo,
no temen jurar, no escatiman promesas;
pero en cuanto han satisfecho la pasión de sus deseos,
ya no les importan sus palabras, nada los perjurios.
Yo al menos te salvé, cuando te debatías en un torbellino de
muerte y tomé la decisión de perder a mi hermano antes que
abandonarte, mentiroso, en el momento decisivo.
A cambio, seré entregada a fieras y alimañas para ser pasto
de ellas, y, muerta, no seré sepultada con tierra encima.
¿Qué leona te parió al pie de roca solitaria,
qué mar te engendró y te escupió de sus espumantes olas,
qué Sirte, qué Escila rapaz, qué monstruosa Caribdis,
a ti que por la dulce vida tal recompensa me das?
Si no te agradaba nuestro matrimonio,
porque temías las órdenes de tu anciano padre,
pudiste al menos llevarme a vuestro palacio,
donde yo te hubiera servido de esclava con cariño,
acariciando tus blancos pies con agua cristalina
o extendiendo sobre tu lecho una colcha de púrpura.
Pero ¿a qué, desquiciada por mi desgracia, voy a lanzar [inútiles
lamentos al viento ignorante, que, sin sentidos,
no puede oír ni responder a mis palabras?
Aquél, en cambio, ya navega en medio de las aguas
y ningún mortal aparece en esta playa desierta.
Así, la cruel fortuna se ensaña demasiado con mi agonía

y niega incluso oídos a mis lamentos.
¡Omnipotente Júpiter, ójala nunca naves atenienses
hubieran tocado las playas de Creta
ni, trayendo abominable tributo al indomable toro,
hubiera atracado en Creta el pérfido navegante,
ni ese malvado, que ocultaba sus crueles planes bajo dulce
[apariencia,
hubiera encontrado descanso como huésped en mi casa!
¿Adónde, pues, iré? ¿Qué esperanza, perdida, podré abrigar?
¿Me dirigiré a los montes del Ida? La amenazadora llanura
del mar me lo impide con sus profundos abismos.
¿Esperaré acaso el auxilio de mi padre, a quien yo abandoné
por seguir a un joven manchado con la sangre de mi
[hermano?
¿O encontraré consuelo en el amor de un esposo fiel?
Peor ¿no es quien huye curvando los flexibles remos en el
[abismo?
Además, es una isla solitaria sin techo alguno,
ni se ve salida a las aguas del mar que me rodean.
No hay modo de huir, no hay esperanza alguna: todo
[enmudece,
desierto está todo y todo apunta a la muerte.
Sin embargo, no se apagarán mis ojos con la muerte,
ni se retirarán los sentidos de mi cuerpo agotado
sin haber reclamado a los dioses justo castigo a la traición
y sin apelar en mi última hora a la lealtad de los dioses.
Por lo cual, Euménides que castigáis las acciones de los
[hombres
con pena vengadora y cuyas frentes, coronadas de cabellos
de serpiente, reflejan la cólera que despiden sus corazones,
venid aquí, venid y escuchad mis lamentos,
que, ¡ay desgraciada!, me veo obligada a proferir desde lo
[hondo
de mi ser, yo, sin recursos, abrasada y ciega de loca pasión.
Y puesto que son verdades las que nacen de lo profundo
[de mi ser,
no permitáis vosotras que mi luto en nada se convierta,

sino que, de la misma manera que abandonada me dejó [Teseo,
de tal forma, diosas, se cubra de luto a él y a los suyos.»

Poesías, 64, 132-201
(A. R. V.) (16)

51. Ayuda inolvidable de Alio

Agradecimiento

No puedo callar, Musas, la ayuda que Alio
me ofreció servicios que me prestó,
no sea que el paso del tiempo y el olvido de los siglos
cubran estos favores suyos con ciega noche:
os lo diré a vosotros y vosotros decidlo después a muchos
miles y haced que este papel se haga viejo hablando,
para que viva en mis versos incluso después de la muerte
y, muerto, sea cada vez más conocido,
y la araña que teje su delicada tela en lo alto
no haga su trabajo en el olvidado nombre de Alio.
Pues conocéis los sufrimientos que me causó la doble
Amatusia y de qué manera me abrasó,
cuando yo ardía tanto como la roca Trinacria
y la fuente de Malis en las Termópilas del Eta,
y mis pobres ojos estaban siempre húmedos de llanto
continuo y mis mejillas empapadas de sentidas lágrimas.

Símiles: el río y la brisa del mar

Como un cristalino río que en la cima de una alta montaña
brota de rocas cubiertas de musgo

y, tras precipitarse corriendo hacia un valle en pendiente,
fluye por caminos muy frecuentados,
alivio agradecido para el viajero lleno de sudor,
cuando el caluroso estío abre los campos requemados;
y como a los marineros perdidos en medio de negro vendaval
llega una corriente favorable que sopla suave
en respuesta a sus plegarias a Cástor y Pólux:
tal fue la ayuda que me ofreció Alio.
Él me abrió sin límites un campo antes cerrado
y me dio una dueña y una casa,
donde poder compartir nuestro amor;
allí mi radiante diosa entró con delicado
pie y detuvo en el gastado umbral su brillante planta
apoyada en la crujiente sandalia,

Símil: Laodamía y Protesilao

como en otro tiempo, ardiendo de amor por su esposo,
llegó Laodamía a la casa de Protesilao,
en vano empezada, cuando todavía el sacrificio de una víctima
no había pacificado con su sangre a los señores del cielo.

Poesías, 68B, 41-76
(A. R. V.) [16]

52. Amor y pasión

Me decías en otro tiempo, Lesbia, que sólo conocías
a Catulo, y que ni a Júpiter anteponías a mí.
Entonces te quise no sólo como el hombre corriente a su
querida, sino como un padre a sus hijos y yernos.
Ahora te conozco; por tanto, aunque me abrasa una pasión
mayor, vales y significas mucho menos para mí.

¿Cómo es posible?, me dices. Porque una infidelidad así
obliga al amante a desear más, pero a querer menos.

Poesías, 72
(A. R. V.)[16]

53. Lucha interior

Si el hombre encuentra algún placer al recordar las buenas
acciones del pasado, cuando cree haber cumplido sus
[obligaciones,
y no haber violado la sagrada lealtad ni en pacto alguno
haber tomado en vano el numen de los dioses para enga-
[ñar a los
hombres, muchas alegrías te están reservadas, Catulo, para
el resto de tu vida de ese amor no correspondido.
Pues todo el bien que los hombres pueden hacer o decir,
tú lo has hecho y dicho.
Todo ha terminado por confiar en un corazón que no ha
correspondido. ¿Por qué, pues, atormentarte más?
¿Por qué no cobras valor y te repones tú mismo
y dejas de ser desgraciado oponiéndote a los dioses?
Difícil es romper de pronto con un amor duradero,
es difícil, pero debes lograrlo como sea.
Es la única esperanza de salvación, es la única victoria que
debes conseguir; hazlo, tanto si puedes como si no.
¡Oh dioses, si de vosotros es la misericordia, o si alguna vez
habéis prestado una última ayuda en el umbral de la
[muerte,
contemplad mi desgracia y, si he llevado una vida
irreprochable, arrancadme esta peste y perdición,
que, infiltrándose en lo profundo de mi ser como una parálisis,
ha expulsado todas las alegrías de mi corazón!

Ya no pretendo que ella corresponda a mi cariño
o que, ¡imposible!, desee ser pudorosa:
sólo aspiro a curarme y a expulsar esta horrible enfermedad.
¡Oh dioses, concededme esta gracia a cambio de mi [piedad!

Poesías, 76
(A. R. V.) (16)

54. Amor y odio

Odio y amo. ¿Por qué es así, me preguntas?
No lo sé, pero siento que es así y me atormento.

Poesías, 85
(A. R. V.) (16)

55. Indiferencia

No me preocupa demasiado, César, querer agradarte,
ni saber si eres blanco o negro.

Poesías, 93
(A. R. V.) (16)

56. Pacto de amor

Me prometes, vida mía, que este amor
nuestro será feliz y eterno entre nosotros.

¡Dioses poderosos, haced que sus promesas sean verdaderas
y que sus palabras sean sinceras y de corazón,
para que podamos mantener durante toda la vida
este pacto eterno de sagrada relación!

Poesías, 109
(A. R. V.) [16]

57. A Nasón

Eres mucho hombre, Nasón, pero no es mucho hombre quien
te acompaña: Nasón, tú eres mucho... maricón.

Poesías, 112
(A. R. V.) [16]

58. Adulterio fecundo

En el primer consulado de Pompeyo, Cina, dos disfrutaban
de Micila: ahora en su segundo consulado
continúan los dos, pero cada uno de ellos se ha multiplicado
por mil. ¡Fecunda semilla de adulterio!

Poesías, 113
(A. R. V.) [16]

PROSA

VARRÓN

Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.), de origen sabino, combinó una intensa actividad política con una prolífica producción intelectual y literaria. Seguidor de Pompeyo, fue oficial suyo en Hispania durante la Guerra Civil para reconciliarse después con César y dirigir, probablemente, el proyecto de una biblioteca pública en Roma. Proscrito por Marco Antonio, consiguió escapar y consagró sus últimos años a la escritura.

Prototipo del romano pragmático y a la vez intelectual ávido de saber, con una visión en cierto modo historicista de la civilización romana, Varrón es autor de una amplísima y variada producción, que alberga obras de historia, filosofía, sátiras menipeas, costumbres, educación y diversos escritos científicos y técnicos, cuyo influjo fue decisivo en la integración de la cultura griega en el mundo latino.

La mayoría de sus más de setenta obras y seiscientos libros se ha perdido casi íntegramente. Sólo se han conservado seis libros de un tratado de gramática latina dedicado a Cicerón, Sobre la lengua latina *–un inestimable testimonio de las formas de entender el lenguaje en la Antigüedad, y en la que Varrón se muestra moderadamente partidario del principio lingüístico de la analogía–, y tres libros de* Los trabajos del

campo, *concebidos en forma de diálogo, así como un volumen importante de fragmentos de las* Sátiras menipeas.

Sus ideas sobre la literatura arcaica han condicionado, en buena medida, las visiones posteriores y algunas de las sistematizaciones varronianas, como la de las siete artes liberales, tuvieron gran peso en la concepción del saber y su enseñanza en la Edad Media.

59. Un ejemplo de investigación etimológica: etimologías del Sol y de la Luna

El *Sol* se llama así bien sea porque los sabinos le dan semejante nombre o bien porque es el único *(solus)* que resplandece, hasta el punto de que la luz del día *(dies)* proviene de este dios *(deus)*. El nombre de la *Luna* se debe a que es la única que brilla *(lucet)* durante la noche. Por eso en el Palatino se le da el nombre de *Noctiluca*, pues el templo que allí tiene se ilumina de noche *(noctu lucet)*. Hay quienes la denominan *Diana*, de igual manera que al Sol le dan el nombre de *Apolo*. El de Apolo es un nombre griego; el otro es latino. Debido a que la Luna realiza su desplazamiento en profundidad y en sentido latitudinal al mismo tiempo, se la ha denominado *Diviana*. Por este motivo el *Epicarmo* de Ennio la llama también *Proserpina*, porque suele permanecer bajo la tierra. El nombre de Prosérpina se debe a que, lo mismo que una serpiente *(serpens)*, se desplaza extensamente ora a derecha ora a izquierda. *Serpere* (reptar) y *proserpere* (avanzar reptando) expresaban la misma idea, como lo hace Plauto cuando escribe:

Semejante a la bestia que avanza reptando [proserpens].

Parece ser, asimismo, que los latinos la denominaron *Iuno Lucina*, bien sea porque –como dicen los físicos– es también

una tierra y resplandece *(lucet)*, bien sea porque desde la fase lunar *(ab luce)* en que un ser ha sido concebido, hasta aquella otra frase *(ad eam lucem)* en que ese ser viene a la vida *(in lucem)* la Luna lo protege, hasta que, cumplidos los meses, lo saca a la luz *(in lucem)*. El nombre de *Iuno Lucina* ha sido acuñado sobre *iuvare* (proteger) y *lux* (luz). Por eso lo invocan las parturientas, pues la Luna es la patrona de los nacimientos, porque regula los meses. Que las mujeres de antaño tenían esta creencia se pone de manifiesto por el hecho de que es a esta diosa a la que en especial consagraron sus cejas. Y es que se deben particularmente poner bajo la protección de Juno Lucina porque es a través de los ojos por donde se recibe la luz que los dioses nos conceden.

Sobre la lengua latina, V, 68-69
(M. A. M. C.) [17]

60. Finalidad del discurso

Todo discurso debe tener como meta la utilidad, a la que llega cuando es claro y breve, cualidades que exigimos porque el orador obscuro y extenso resulta odioso: que logre decir las cosas claras, para que se le entienda, y que las diga de manera breve, para que se le entienda antes. La costumbre oratoria es la que hace claro un discurso; la discreción lo que lo hace breve: ambas cosas pueden lograrse sin recurrir a la analogía, por lo que no tenemos ninguna necesidad de ella. Aunque la analogía enseñe si debe decirse *clava Herculi* o *clava Herculis* (la maza de Hércules), dado que ambos giros son de uso corriente, no hay por qué descalificar a ninguno de ellos, porque ambos son igualmente breves y claros.

Sobre la lengua latina, VIII, 26
(M. A. M. C.) [17]

61. Las edades de la humanidad

«Por tanto, afirmé, en vista de que es una necesidad de la naturaleza que los hombres y los animales hayan existido siempre, ya sea, en efecto, que exista un principio generador de los seres vivos, como creyeron Tales de Mileto y Zenón de Citio, o por el contrario que no haya principio alguno de éstos, como estimaron Pitágoras de Samos y Aristóteles de Estagira, es preciso que se haya descendido paulatinamente desde la época más primigenia de la vida humana hasta el momento actual, como escribe Dicearco, y que el estadio más primigenio haya sido el estadio natural, cuando los hombres vivían de los bienes que la tierra virgen producía espontáneamente; y que de esta forma de vida se descendió a una segunda, la vida pastoril, y, del mismo modo que, al arrancar la bellota, el madroño y las moras de los árboles y arbustos silvestres y sin cultivar, recogían las frutas para su consumo, así también de entre los animales, a causa de su utilidad, capturaban en estado salvaje a los que podían, los encerraban y los domesticaban. Entre ellos se cree, no sin razón, que en primer lugar fueron domeñadas las ovejas tanto por su utilidad como por su mansedumbre. Éstas, en efecto, son dóciles en grado extremo y absolutamente idóneas para la vida de los hombres. En efecto, para la alimentación, proporcionaron leche y queso, y, para el cuerpo, vestido y pieles. Finalmente, en un tercer estadio, pasaron de la vida pastoril al cultivo del campo, forma de vida en la que conservaron muchas cosas de los dos estadios anteriores, y allí donde habían descendido, avanzaron mucho hasta llegar a nosotros.»

Los trabajos del campo, II, 1, 3-5
(A. M. H.)

62. De la borrachera

Nada se bebe con más alborozo que el vino:
éste encontraron para alivio de cuitas;
éste es el dulce germen del regocijo;
éste es el fermento que ampara los festines.

¿Qué borrachín, que se dedica a apurar la copa, huele en toda su vida el vino puro?

¿No ves que los dioses mismos, si alguna vez desean probar el vino, descienden hasta los templos de los hombres y sirven el alcohol al mismo Baco con un cazo?

No tapes las cubas de vino. Añádele un ciato del caldo al vaso de tu mujercita.

Sátiras menipeas, frags. 111, 113-115
(A. M. H.)

CICERÓN

Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) es la figura mejor conocida de la Antigüedad Clásica gracias a su colección de más de novecientas cartas, parcialmente redescubiertas por Petrarca a mediados del siglo XVI. *Nacido fuera de Roma, fue el primero de su familia en alcanzar el consulado, y tuvo que enfrentarse a la conjuración de un aristócrata de rancio abolengo como Catilina (año 63), lo que dio lugar a sus célebres* Catilinarias. *Tras una efímera gloria, se vio conducido al destierro por obra de su enemigo Clodio y, aunque regresó a Roma enseguida, jamás volvió a gozar de la influencia política anterior. Durante la Guerra Civil tuvo una actuación poco brillante, compensada, tras la muerte de César, por su enfrentamiento con Marco Antonio, que dio lugar a sus* Filípicas, *y por su valerosa muerte. Comprometido en su vida pública con una imagen de Roma y su pasado que cada vez se avenía menos con las realidades de la época, fue capaz de comprender, paulatinamente y de manera no siempre consciente, que su verdadera aportación quedaba lejos de los avatares políticos cotidianos. Si en sus* Cartas *contribuye más que nadie en la Antigüedad a la comprensión del individuo privado, a medida que las circunstancias políticas lo*

retiran de la vida pública, los moldes culturales del pensamiento griego lo van guiando en su reflexión acerca de los que habían sido los impulsos profundos que movieron su acción: su actividad oratoria, fruto de la cual conservamos cincuenta y ocho discursos, se compara, en sus libros de retórica (Bruto, Sobre el orador), *con las aportaciones de los oradores antiguos y contemporáneos, y se mide con la imagen del ideal de orador* (El orador). *Su vacilante conducta política y su experiencia como hombre de estado se proyectan y elevan a alturas platónicas en sus tratados* Sobre la República *y* Sobre las leyes. *Su insaciable curiosidad intelectual y su patriotismo lo conducen a la confrontación con la cultura griega y a la conquista para Roma de aquellos géneros en prosa, los de la filosofía, de los que aún carecía, ocupándose de cuestiones candentes en la época, tanto de filosofía moral (las relaciones entre el individuo y la sociedad, o la naturaleza del bien supremo, mostrándose decididamente en contra del epicureísmo) como de filosofía de la religión (el estatuto de los dioses, el problema del destino y la inmortalidad del alma) y de epistemología. Si el éxito no coronó su tarea en lo que a la profundidad del pensamiento se refiere, sí lo hizo, y con creces, en el plano del estilo, convirtiéndose para los venideros el nombre de Cicerón en sinónimo de elocuencia. César, con su capacidad de hombre de estado, expresó mejor que nadie los logros de Cicerón: «Tiene más mérito extender las fronteras del espíritu romano que las del Imperio».*

63. Definición de los tres estilos

A continuación hay que definir el carácter propio y la fórmula de cada estilo. Es una tarea grande y difícil, como ya hemos dicho con frecuencia; pero fue al embarcarnos en este tema, cuando debimos considerar lo que íbamos a ha-

cer; ahora, no nos queda sino ofrecer las velas al viento, nos lleve a donde nos lleve.

Estilo tenue. Adornos

En primer lugar, hemos de definir el estilo que para algunos es el único llamado ático. Es un estilo sencillo, bajo cuyo modelo es el lenguaje normal, pero más cercano en realidad a la elocuencia de lo que normalmente se cree. Por eso, quienes lo escuchan, aunque sean incapaces de decir una palabra, creen, sin embargo, que ellos pueden hablar de esa misma forma. Efectivamente, la precisión de este estilo parece ciertamente imitable, al menos cuando uno lo juzga, pero en absoluto lo es cuando uno lo pone en práctica. Y es que, aunque no tiene mucho vigor, debe, sin embargo, tener cierta savia, de manera que, aunque no tenga mucha fuerza, sí tiene, por así decir, una buena salud.

Está, pues, eximido, en primer lugar, de, por así decir, los lazos del ritmo. Hay, en efecto, como sabes, cierto ritmo oratorio, sobre el cual trataremos después, que debe observar el orador en cierta forma, pero en otro tipo de estilo; en éste, ha de ser radicalmente desechado. Ha de ser un estilo con cierta libertad, pero no con desorden, de manera que dé la impresión de que avanza libremente, pero no de que va de un lado para otro sin ley. No debe preocuparse tampoco de encajar entre sí de algún modo las palabras. Y es que el llamado hiato, producto de unión de vocales, supone cierta relajación y ella indica una no desagradable despreocupación de una persona que mira más por el contenido que por la forma [...].

El estilo medio

Hay otro género de estilo algo más abundante y un poco más vigoroso que el estilo tenue, del que acabamos de hablar,

pero más bajo que el estilo elevado, del cual ya hablaremos. En este tipo hay muy poco de nervio, pero mucho de placidez. Es, en efecto, un estilo más lleno que aquel estilo sencillo, pero más bajo que el estilo florido y abundante. A este estilo le van bien todas las figuras retóricas y es en este tipo de estilo donde hay más placidez. En él brillaron muchos oradores griegos, pero, a mi juicio, sobresalió por encima de los demás Demetrio Falereo, cuyo estilo no sólo discurre con calma y placidez, sino que está también iluminado por esas casi estrellas que son las metáforas y los tropos [...].

El estilo elevado

El tercer tipo de estilo es el amplio, abundante, grave, adornado, en el que se encuentra sin duda la mayor fuerza. Éste es, en efecto, el estilo cuya elegancia y abundancia de palabra han admirado las gentes hasta tal punto que, debido a él, éstas han permitido a la elocuencia tener gran poder en las ciudades, pero a esa elocuencia que marcha en carro majestuoso y sonoro, a esa elocuencia que aceptaban todos que admiraban todos y que desconfiaban de poder ellos alcanzar. A esta elocuencia corresponde conducir los corazones, a ella corresponde moverlos en todos los sentidos; ella penetra en nuestros sentidos unas veces por la fuerza, otras insensiblemente; graba unas opiniones, arranca las ya grabadas.

Pero hay una gran diferencia entre este estilo oratorio y los anteriores. El que en aquel estilo sencillo y agudo ha llegado a hablar con habilidad y agudeza sin pensar en metas más altas, si ha conseguido la perfección, aunque sólo sea en ello, es un gran orador, pero no el más grande; y no resbalará y, una vez que se asiente, no caerá. En cuanto al orador intermedio, al que he llamado medio y moderado, si tiene suficientemente claro qué es lo suyo, no debe temer los dudosos e inciertos avatares de la palabra; aunque no tenga un gran

éxito, cosa que ocurre con frecuencia, sin embargo tampoco correrá nunca peligro, ya que de poca altura puede caer. Pero en lo que se refiere a ese que ponemos en primer lugar, el orador grave, impetuoso, ardoroso, ya haya nacido sólo para este estilo, ya se haya ejercitado sólo en él, ya se haya entregado sólo a él, si no modera su abundancia mezclándola con los otros dos estilos, es totalmente despreciable. Efectivamente, el orador sencillo, puesto que habla con agudeza y astucia, es ya sabio; el mediano es agradable; pero el elevado, si no es algo más, a duras penas suele ser considerado como un hombre sano. En efecto, el que no es capaz de decir nada con tranquilidad, nada con suavidad, nada introduciendo clasificaciones, definiciones y distinciones, nada con encanto –teniendo en cuenta que las cosas han de ser tratadas de esa forma unas veces en su totalidad, otras sólo en algunas de sus partes–, si se pone a calentar el tema sin haber preparado antes los oídos del auditorio, dará la impresión de ser un loco en medio de personas sensatas y de, por así decir, andar borracho tambaleándose en medio de sobrios.

El orador, 75-77, 91-92, 97-99
(E. S. S.) (18)

64. Carta a Luceyo sobre cómo escribir acerca de su consulado

A pesar de todo, mientras escribía esto era perfectamente consciente del trabajo que tenías encima, entre las cosas a que te habías comprometido y las que tenías ya en marcha. Pero como veía que casi habías terminado la historia de la Guerra Civil y de la Guerra Itálica, y me habías dicho que ibas a empezar el resto, no quise quedar en falta conmigo mismo por no llamarte la atención sobre si preferías entrelazar la

narración de mi consulado con la de los demás temas, o separar la conjuración interna de las guerras contra enemigos públicos o exteriores, siguiendo el modelo de muchos historiadores griegos, que segregaron del cuerpo de la narración de sus historias totales algunas guerras, como por ejemplo Calístenes la Guerra Focea, Timeo la de Pirro y Polibio la de Numancia. En realidad, por lo que toca a mi fama no veo que haya mucha diferencia, pero por mi impaciencia tengo algún interés en no aguardar a que llegues hasta este punto y en que te ocupes inmediatamente de todo aquel asunto y las circunstancias que lo rodeaban; al mismo tiempo, si todo tu pensamiento se concentra en un único argumento y en un único personaje, ya puedo imaginar cuánto va a ganar en amplitud y en prestancia.

También soy consciente de lo grande que es mi descaro, primero por echar sobre tus hombros una carga tan pesada (que con tus ocupaciones actuales podrías negarte a aceptar), y también, en segundo lugar, por pedirte que escribas de mí elogiosamente. ¿Qué ocurriría si mis acciones no te parecieran como para ser tan elogiadas? Pero, en fin, al que ha cruzado la barrera del impudor, le conviene ser ya total y absolutamente descarado. Así que te pido claramente y con toda insistencia que realces mi actuación incluso más de lo que quizás crees que merece, y que al hacerlo dejes a un lado las leyes de la historia, y que esa simpatía por la cual escribiste tan finamente en cierto proemio que no podrías dejarte influir más de lo que el Placer influyó en el Hércules de Jenofonte, pues bien, esa simpatía, si aboga por mi causa ante ti con insistencia, te pido que no la rechaces, y que le regales a nuestra amistad incluso un poco más de lo que concede la verdad.

Si logro persuadirte de que aceptes la tarea, estoy íntimamente convencido de que el tema será apropiado a tus recursos y a tu inventiva. Pues me parece que desde el principio de la conjuración hasta mi regreso del exilio se puede confec-

cionar un escrito de extensión media, en el cual podrás exhibir tu conocimiento de los cambios políticos, tanto al explicar las causas de las resoluciones como al sugerir los remedios contra los males que las provocan; al mismo tiempo censurarás lo que consideres digno de reproche o aplaudirás lo que te gusta con una explicación razonada. Además, si te decides a hablar con la claridad e independencia que acostumbras, censurarás los perjurios, las asechanzas y las traiciones de que fui objeto. Sin duda de ninguna clase las cosas que me han ocurrido te proporcionarán muy variado material de escritura no exento de un cierto deleite, y su lectura se apoderará muy vivamente del ánimo de la gente si eres tú el que lo escribe. En efecto, no hay nada que contribuya tanto al agrado del lector como la variedad de circunstancias y las alternativas de la fortuna. Estas cosas, aunque no fueran muy deseables cuando las pasamos, sin embargo resultarán buenas al leerlas. Pues es verdad que el recuerdo sin inquietud del dolor pasado da placer; y en cuanto a los demás, a los que las han pasado sin sufrir ningún daño, mientras contemplan sin ningún dolor las desgracias ajenas el propio hecho de entregarse a la misericordia les resulta agradable... Es verdad que la sucesión cronológica de los anales por sí misma nos atrae sólo medianamente, como si se tratara de una enumeración de fechas del calendario; por el contrario, las peligrosas y cambiantes vicisitudes de un hombre extraordinario con frecuencia despiertan admiración y suscitan el interés, la alegría, la pesadumbre, la esperanza y el miedo; si encima concluyen con un desenlace sorprendente, el espíritu rebosa con el agradable deleite de la lectura.

A sus amigos, V, 12, 2-5
(J. C. F. C.)

65. Sobre la historia

QUINTO.–Te entiendo, hermano mío. Sostienes que las leyes que deben observarse en la historia no son aplicables a la poesía.

MARCO.–Eso es; pues en la primera el único criterio es la verdad, mientras que en la segunda se tiende principalmente al deleite. Pero reconozco que tanto en Heródoto –el padre de la historia– como en Teopompo se encuentra un número incalculable de fábulas [...].

ÁTICO.–Desde hace tiempo hay gente que te pide, o más bien te exige, la composición de una obra histórica; pues piensa que si te dedicaras a ello podrías conseguir que, aun en este género, superemos también a los griegos. Y hablando en mi propio nombre te diré que debes encargarte de esta tarea no sólo en obsequio de los que aprecian tus libros, sino en beneficio de la patria misma: para que su salvador sea al mismo tiempo el relator de sus glorias. Observo y observaste a menudo en mi presencia que la historia no está representada en nuestra literatura. Pero estás muy bien preparado para cultivarla, puesto que, según tu misma opinión, se trata de un género esencialmente oratorio. Por eso te pedimos que te pongas al trabajo y consagres el tiempo necesario a una actividad que ha sido ignorada o descuidada por los nuestros.

Sobre las leyes, I, 1, 5-2, 6
(R. L.) (19)

66. Virtudes de la poesía

Yo reconozco haberme entregado a tales estudios. Que se avergüencen otros, si se hundieron en las letras de modo que ningún fruto supieron aportar desde ellas a la utilidad co-

mún ni sacarlo a la vista o ponerlo a la luz; en cuanto a mí, ¿de qué debería avergonzarme, jueces, si llevo muchos años viviendo de tal manera que jamás el ocio me arrastró ni el placer me apartó ni, en fin, el sueño me hizo llegar tarde para atender a las circunstancias o a los intereses de nadie?

[...] Por eso, ¿quién podría censurarme o quién tendría razón para incomodarse conmigo si el tiempo que a los demás se les concede para sus negocios o para celebrar los días festivos con los juegos, o para otras diversiones o precisamente para el descanso del espíritu o del cuerpo, o cuanto aplican a banquetes prolongados o, en fin, a las mesas de juego o a la pelota, ese tiempo yo me lo tomo para cultivar estos estudios?...

[...] Pero llenos están todos los libros, llenas las palabras de los sabios, lleno el pasado de ejemplos; cosas todas que se encontrarían cubiertas de sombras si no se acercara a ellas la luz de las letras. Qué cantidad de figuras de hombres valerosos nos dejaron esculpidas los escritores griegos y latinos no sólo para que las contempláramos, sino también para que las imitáramos. Éstas yo las tenía siempre delante cuando servía en algún cargo público y, al ejercitar el pensamiento en estos hombres destacados formaba mi espíritu y mi mente.

[...] Pero aunque no se demostrara que la poesía proporciona un beneficio tan grande como el que he dicho, y aunque de estos estudios se persiguiera sólo el deleite, me parece, sin embargo, que consideraríais esta relajación del espíritu muy humana y muy noble. Pues las demás no valen para todas las circunstancias ni para todas las edades, ni para todos los lugares, mientras que estos estudios nutren la adolescencia, deleitan la vejez, embellecen la prosperidad, proporcionan cobijo y solaz en la adversidad, son un placer en casa, no dañan fuera, duermen con nosotros, viajan al extranjero, nos acompañan al campo...

[...] Hemos oído a los hombres más excelsos y más sabios que el estudio de las demás profesiones se encierra en un

cuerpo de conocimiento y de principios y en su exposición sistemática, pero que poeta sólo se es por nacimiento, se estimula por el poder de la mente y se deja inspirar por una especie de soplo divino. Por esa razón, con pleno derecho nuestro gran Ennio llama «sacrosantos» a los poetas, porque parece como si nos hubieran sido encomendados por una especie de regalo y don de los dioses. Sea entonces sacrosanto entre vosotros, jueces plenos de sensibilidad, este título de poeta, al que nunca jamás la barbarie ultrajó. Los peñascos y los desiertos responden a su voz, con frecuencia bestias espantosas se dejan influir por su canto y se detienen; nosotros, instruidos en los mejores saberes, ¿no nos vamos a emocionar por la voz del poeta?

En defensa del poeta Archia, 12, 13, 16, 18
(J. C. F. C.)

67. El nombre de «filósofo»

Siguiendo el ejemplo de éstos, después todos los que ponían su interés en el estudio de la naturaleza eran considerados sabios y así se les llamaba, y este nombre perduró hasta la época de Pitágoras. Según puede leerse en los escritos de Heraclides Póntico, discípulo de Platón y hombre muy instruido, cuentan que Pitágoras llegó a Fliunte y que allí conversó con Leonte, príncipe de los fliasios, razonando sobre diversas cuestiones con gran conocimiento y brillantez. Leonte, sintiendo gran admiración por su ingenio y su elocuencia, le preguntó cuál era la clase de saber a la que se dedicaba más; respondió él que como saber él no dominaba ninguno, pero que era filósofo. Dicen que Leonte, intrigado por una denominación que no conocía, le preguntó quiénes eran los filósofos y qué diferencia había entre ellos y los de-

más hombres. Pitágoras habría respondido que la vida humana le parecía semejante a aquel mercado que se celebraba con motivo del gran espectáculo de los juegos con asistencia de toda Grecia. Pues allí con sus cuerpos bien entrenados unos intentaban alcanzar la gloria y la corona de laurel, a otros les impulsaba el interés de comprar o vender ventajosamente, y había en fin cierto tipo de gente, quizás incluso la más señorial, que no buscaba ni el aplauso ni la ganancia, sino que había acudido simplemente para ver y contemplaban con suma atención qué era lo que pasaba y de qué forma. Que nosotros del mismo modo, como personas que acuden a un mercado muy concurrido desde otra ciudad, llegábamos a esta vida desde otra vida y desde otro ser para servir los unos a la gloria y los otros al dinero; y que eran muy pocos los que, considerando que todas las demás cosas no valían nada, se dedicaban al estudio de la naturaleza. A éstos él los llamaba amantes de la sabiduría, pues esto es lo que significa el nombre de «filósofos». Y que mientras que en los juegos lo más señorial era dedicarse a contemplar sin adquirir nada para sí, en la vida la contemplación y el conocimiento de la naturaleza estaban muy por encima de todos los demás saberes.

Tusculanas, V, 3, 8-9
(J. C. F. C.)

68. El filósofo estoico

Yo, Catón, no puedo atacar tu decisión por el elevadísimo respeto que mi espíritu tributa a tu virtud, pero tal vez pueda pulir algunas cosas y hacerles ligeras correcciones. «No cometes muchas faltas», dijo el maestro de edad avanzada a un militar destacadísimo, «pero son faltas; puedo corregir-

te». Yo en cambio a ti, no; estaría más próximo a la verdad si dijera que tú no tienes faltas, y que no hay ninguna cosa en la que parezca que debas corregirte; quizás debes rectificar ligeramente. Es verdad que la naturaleza misma te ha hecho grande y sobresaliente por tu honradez, responsabilidad, templanza, altura de miras, justicia y en fin por todas las virtudes. A esto ha contribuido también una filosofía ni dada al término medio ni amable, sino, en mi opinión, algo más severa y más dura de lo que la verdad o la naturaleza permiten. Y puesto que este discurso no se pronuncia ante un auditorio poco instruido o ante una reunión de campesinos, disertaré con un poco más de libertad acerca de los estudios de humanismo que tanto yo como vosotros practicamos y amamos. Debéis saber, jueces, que todas estas cualidades de Marco Catón que nos parecen divinas y excepcionales son suyas propias; las que en ocasiones echamos de menos, no son defectos naturales suyos, sino que son responsabilidad del maestro. Hubo en efecto un hombre de gran talento, Zenón, los seguidores de cuya doctrina se llaman estoicos. Sus pensamientos y preceptos son más o menos así: «Que el sabio nunca se deja llevar por sus simpatías, ni perdona nunca las faltas de nadie; que nadie es compasivo, salvo el necio y el superficial; que no es propio de hombres dejarse convencer ni aplacarse; que sólo los sabios, aunque sean contrahechos, son hermosos, aunque sean mendigos, son ricos, aunque sean esclavos, son reyes; nosotros, en cambio, los que no somos sabios, dicen que somos fugitivos, exiliados, extranjeros, locos, en fin; que todas las faltas tienen igual importancia; que todo delito es crimen nefando, que no menos falta quien retorció el pescuezo a un gallo, cuando no era necesario, que el que estranguló a su padre; que el sabio no arriesga conjeturas, de nada se arrepiente, en nada se equivoca, jamás cambia de parecer». Estos pensamientos, un hombre de facultades tan superiores como Marco Catón, fortalecido por autoridades de enorme sabiduría, los ha adoptado, pero no

para su intelecto, como hace la mayor parte de la gente, sino para vivir conforme a ellos. Si los publicanos piden algo, que la amistad no influya en concedérselo; si se presentan como suplicantes gentes pobres que han sufrido alguna desgracia, serás un criminal, un inmoral, si haces algo en su favor llevado por la misericordia. Si alguien confiesa su falta y pide comprensión para sus fallos: «no es moral perdonar un delito». «Pero es un desliz leve.» «Todas las faltas son iguales.»

En defensa de Murena, 61-62
(J. C. F. C.)

69. Los epicúreos

De entre las escuelas filosóficas que quedan, la que tomó a su cargo la defensa del placer, por más que a alguien le parezca verdadera, sin embargo está muy lejos de aquel hombre que andamos buscando y que pretendemos que sea el impulsor de los proyectos comunes, el primero en el gobierno del estado y el más destacado por su pensamiento y por su oratoria ante el senado, las asambleas populares y los tribunales. A pesar de esto, de nuestra boca no saldrá ningún ataque contra esa filosofía. Pues no la vamos a sacar de los lugares que desea ocupar; pero que siga descansando en sus jardines, donde le gusta, donde con suave y elegante despreocupación intenta apartarnos de la tribuna de oradores, de los tribunales y del senado, quizás con razón, sobre todo dados los tiempos que corren en política. Pero ahora no estoy investigando qué doctrina filosófica es la que más se acerca a la verdad, sino la que está más próxima al orador. Por esa razón, dejemos en paz a estos filósofos y no les ataquemos (es verdad que son hombres de bien y, ya que así les parece a ellos, dichosos): limitémonos únicamente a recomendarles

que, por más que sea verdad, mantengan en silencio, como si de un misterio se tratara, ese pensamiento por el que niegan que el andar mezclados en política sea cosa de sabios. Pues si lograran convencernos de ello a nosotros y a los mejores ciudadanos, no podrían seguir disfrutando de la situación que más apetecen, la ociosidad.

Sobre el orador, III, 63-64
(J. C. F. C.)

70. Célebre *narratio* del homicidio de Clodio

Clodio, entre tanto, al enterarse –pues no era difícil de saber– de que Milón tenía que hacer el viaje oficial obligado de cada año a Lanuvio (trece días antes de las calendas de febrero) para proclamar al flamen de la ciudad (Mitón era entonces dictador de Lanuvio), partió de Roma, de improviso, el día de antes para, de este modo, preparar una emboscada a Milón delante de una propiedad suya, tal como quedó de manifiesto por lo sucedido. Y, además, partió tan rápidamente que abandonó una agitada asamblea popular que se celebró aquel mismo día y en la que se echó de menos su furiosa pasión, una asamblea que nunca habría abandonado si no hubiese sido su intención aprovechar el lugar y la ocasión para perpetrar el crimen.

Por su parte, Milón, después de haber permanecido en el senado aquel día hasta que se levantó la sesión, acudió a su casa, se cambió de ropa y de calzado y se entretuvo un poco mientras su mujer –como suele suceder– se arreglaba; después se puso en camino a una hora en la que ya Clodio –si realmente su intención era volver a Roma en aquel día– habría podido regresar. Clodio salió a su encuentro expedito, a caballo, sin coche, sin impedimenta alguna, sin la compañía

habitual de esclavos griegos y sin su mujer –cosa rarísima–, mientras que este agresor, Milón, puesto que había preparado el viaje para cometer un asesinato, viajaba en un coche, con su mujer, cubierto con una capa de viajero y con un gran acompañamiento, embarazoso, femenino y delicado, compuesto de sirvientes y jóvenes esclavas.

El encuentro con Clodio se produjo delante de una finca de éste, a las cuatro y media de la tarde poco más o menos; al momento, un grupo numeroso, desde una posición elevada, lanzó un ataque contra él con armas arrojadizas; los que iban al frente mataron al cochero. A su vez, como Milón, despojándose de su capa de viaje, hubiese saltado del coche y se defendiera con ánimo decidido, los que estaban con Clodio, desenvainando sus espadas, volvieron rápidamente, unos al coche para atacar por la espalda a Milón, mientras otros, por creer que ya había sido muerto, comenzaron a golpear a sus esclavos que estaban situados en la parte posterior del cortejo. Los que de entre éstos fueron de espíritu fiel y decidido para con su dueño, unos murieron y otros, viendo que se luchaba junto al coche, al impedírseles socorrer a su señor, al oír del propio Clodio que Milón había sido muerto y creyendo en la verdad del hecho, dichos esclavos de Milón (pues voy a hablar claramente no para eludir la acusación sino tal como sucedió), sin que su amo se lo mandase, lo supiese o estuviese presente, hicieron lo que cada uno hubiese deseado que hiciesen sus esclavos en una situación como aquélla.

En defensa de T. Anio Milón, 27-29
(J. M. B.) [20]

71. Ejemplo de *narratio* que forma parte de una argumentación

Puesto que he hablado del tipo de guerra, ahora hablaré un poco de su importancia. Se puede decir, en efecto, que esta guerra es de tal clase que nos vemos obligados a emprenderla, pero no es tan grande como para que tengamos que temerla. Hay que procurar especialmente no descuidar la adopción minuciosa de una serie de medidas. Y para que todos entiendan que yo a Lucio Lúculo le tributo todas las alabanzas que se le deben como guerrero valiente, político prudente y general sobresaliente, afirmo que a su llegada Mitrídates tenía bajo su mando tropas muy numerosas, muy bien equipadas y entrenadas, y que la ciudad de Cícico, la más ilustre y nuestra mejor aliada en Asia, había sufrido sitio e intensos ataques dirigidos por el rey en persona con muchas tropas; que Lucio Lúculo, con su valor, tenacidad y estrategia, la liberó de los grandes peligros del asedio. Que por este mismo general fue vencida y hundida una gran armada que, inflamada de entusiasmo y de odio, volaba hacia Italia conducida por los jefes del partido sertoriano; que además destruyó gran cantidad de tropas enemigas en muchos combates y que abrió el Ponto, cuyo acceso hasta entonces le había estado prohibido al pueblo romano, a nuestras legiones; que Sínope y Amiso, ciudades residencia del rey, adornadas y repletas de bienes de todas clases, y otras muchas ciudades del Ponto y de Capadocia, fueron casi en el mismo instante avistadas y capturadas por él; que el rey, despojado del reino de su padre y de sus antepasados, tuvo que dirigirse suplicante a otros reyes y a otras naciones, y que todo esto se hizo salvando las vidas de los aliados del pueblo romano y sin interrumpir el cobro de tributos. Creo que esto es suficiente como alabanza pública, ciudadanos, pero lo hago también para que veáis que ninguno de los que se oponen a esta ley y a

esta causa ha alabado desde este lugar a Lucio Lúculo tanto como yo.

Sobre los poderes de Gneo Pompeyo, 20-21
(J. C. F. C.)

72. Descripción de las malas relaciones matrimoniales entre sus hermanos

Me voy a referir ahora a tu versillo cruzado al final de tu carta, en el que me aconsejas sobre tu hermana. El asunto está así: tan pronto como llegué a Arpino y mi hermano se reunió conmigo, lo primero de todo tuvimos una larga conversación sobre ti. Yo entonces abordé lo que tú y yo habíamos hablado en Túsculo sobre tu hermana. Nunca he visto a nadie tan suave y tan bien dispuesto hacia tu hermana como a él en aquellos momentos, hasta el punto de que, incluso si hubiera habido alguna ofensa, no apareció en la conversación. Así pasó ese día. Al siguiente salimos de Arpino. Un festival obligó a Quinto a detenerse en Arcano, mientras yo me quedé en Aquino, pero comimos juntos en Arcano. Tú conoces esa propiedad. Cuando llegamos, Quinto dijo con mucha amabilidad: «Pomponia, invita a las mujeres, y yo haré venir a los hombres». Según me pareció, no pudo haber nada más gentil que sus palabras, su intención o su expresión. Pero ella respondió ante nosotros: «Yo aquí soy un huésped». Yo creo que lo dijo porque Estacio había sido enviado por delante de antemano para que se nos preparara la comida. Entonces me dijo Quinto: «Ya ves, esto es lo que tengo que sufrir todos los días». Tú me dirás, qué era todo esto. Algo grave, que me conmovió hasta a mí mismo, porque ella respondió con palabras y gestos en una forma absurda y áspera. Disimulé mi impresión. Todos, excepto ella, nos senta-

mos a la mesa, pero Quinto le envió algo de comida que ella rechazó. ¿Qué más? Me pareció que mi hermano no podía mostrarse más suave y ella terriblemente áspera; y paso por alto muchas cosas que me molestaron a mí mucho más que al mismo Quinto. Yo de allí me fui a Aquino. Quinto se quedó en Arcano y vino al día siguiente por la mañana y me contó que ella no había querido dormir con él, y que cuando se estaba yendo, estaba igual que cuando yo la había dejado. ¿Qué más quieres? No me importa si le dices a ella misma que, en mi opinión, ese día se comportó sin ninguna educación.

Quizá te he dicho más de lo necesario sobre esto para que veas qué parte tienes tú que tomar en los consejos que le des. Lo único que te queda por hacer es que antes de que te vayas cumplas con mis encargos, que me cuentes todo, que expulses a Pomptino, que me informes cuando te hayas ido y que te convenzas de que no hay nadie a quien yo aprecie más que a ti y que nada me causa un placer tan grande. Me despedí con mucho cariño del buen amigo A. Torcuato en Menturnas; me gustaría que le dijeras que lo menciono en esta carta.

A Ático, V, 1, 3-5
(J. A. A.) (21)

73. Juventud y libertinaje

Según unos, el placer es el único fin de la actividad del sabio, e incluso hombres de cultura no han retrocedido ante esta torpe forma de hablar; otros creyeron que al placer debe ir unido el sentido de la dignidad, con lo que, gracias al arte de la palabra, han juntado dos nociones particularmente incompatibles. Los que aceptaron el trabajo como único camino que lleva derecho a la gloria, se han quedado ya casi solos en las escuelas. La misma naturaleza ha creado, en nuestro

beneficio, multitud de atractivos con los que la virtud, adormecida, llegaría a veces a condescender; ella ha mostrado a los jóvenes muchos caminos resbaladizos en los que apenas podrían moverse y avanzar sin que resbalaran y cayeran, y ha dado una enorme variedad de cosas agradables, capaces de seducir no sólo a los jóvenes sino también a los hombres maduros.

Por eso, si por casualidad me encontráis a un hombre cuyos ojos desdeñan la belleza del mundo, que no se siente cautivado ni por el olor, ni por el tacto, ni por el sabor, que cierra sus oídos a toda clase de armonías, este hombre será tenido quizás por mí y por unos pocos como un favorito de los dioses; la mayoría lo tendrán por una víctima de su cólera.

Dejemos, pues, ese camino desierto e inculto, invadido ya por el boscaje y por la maleza. Condescendamos un poco con la edad; tengan los jóvenes una mayor libertad; no cerremos todas las puertas al placer. No lleve siempre las de ganar la severa y rígida razón. Triunfen alguna vez la pasión y el placer sobre la razón; con tal de que en esto se guarde aquella justa medida: velen los jóvenes por su propia honestidad, no priven de ella a los demás, no derrochen su patrimonio, no se dejen arruinar por la usura, no atenten contra la casa y la fama de otro, no deshonren a los virtuosos, no mancillen a los honrados, no difamen a las gentes honorables, a nadie aterren con su violencia, no participen en las intrigas, absténganse del crimen; mas cuando, al fin, hayan cedido a los placeres, dando algún tiempo a las diversiones propias de la edad y a esas frívolas pasiones de la adolescencia, vuélvanse algún día al cuidado de los negocios domésticos, de los forenses y de los públicos de modo que parezca que esas diversiones que antes no habían llegado a comprender bien, las han dejado ya por pura saciedad y las han despreciado a fuerza de vivirlas.

En defensa de M. Celio, 41-42
(J. A. C.) (22)

74. Sobre el castigo de los conjurados

Veo, hasta ahora, dos pareceres: uno de Decio Silano, quien opina que quienes han intentado demoler todo esto han de ser condenados a muerte; otro es el de Cayo César, quien, aunque repudia la pena de muerte, propugna todos los otros suplicios en su máximo rigor. Uno y otro, tanto por principio de autoridad como por la gravedad de los hechos, se mantienen dentro de una severidad inexorable. El uno cree que quienes a todos nosotros, que quienes al pueblo romano han intentado privar de la vida, arrasar el Imperio y sepultar el nombre de Roma, no deben ni un instante más disfrutar de la vida ni de este aire que respiramos, y recuerda que este castigo se ha empleado con frecuencia en esta República contra los ciudadanos desalmados. El otro entiende que la muerte no ha sido establecida por los dioses inmortales como castigo, sino como exigencia de la naturaleza o como reposo de fatigas y miserias; por eso nunca los sabios la afrontan afligidos, los fuertes muchas veces jubilosos. Pero la cárcel, y ésta de por vida, sí fue inventada como castigo singular de crímenes nefandos. Propone César que se les distribuya entre los municipios; esto parece ilegal si se intenta obligarles, difícil si se les suplica. Decrétese, no obstante, si place. Por mi parte, yo lo acepto y espero encontrar quienes no crean decoroso recusar lo que por el bien común estatuyáis. Propone además severos castigos contra los habitantes de los municipios en el caso de que alguno quebrase sus cadenas; los rodea de una vigilancia terrible, digna del crimen de hombres incorregibles; determina que nadie pueda apelar ni al senado ni al pueblo para aliviar su condena; les arrebata, también, la esperanza, único consuelo del hombre en la desventura; ordena además la confiscación de sus bienes; sólo la vida les deja a tales malvados, vida que si les quitara libertaríales de una vez de muchos dolores del alma y cuerpo y de todas las penas debidas a su crimen. Y

así, para infundir en esta vida a los malos un cierto espanto, quisieron los antiguos que en los infiernos hubiera suplicios prescritos para los impíos, pues evidentemente entendían que, si éstos se suprimían, la muerte en sí no tenía por qué ser temida.

Catilinarias, IV, 4
(F. C. R.)[23]

75. El bien supremo, según Catón

Sé muy bien, es cierto, que ha habido variedad de opiniones entre los filósofos, entre aquellos, quiero decir, que ponían en el alma el supremo bien, que yo suelo llamar último bien. Aunque algunos han seguido esta doctrina falseándola, sin embargo, los prefiero no sólo a aquellos tres que excluyeron la virtud del supremo bien, al colocar entre los supremos bienes el placer, la carencia de dolor o los instintos primarios de la naturaleza, sino también a los otros tres que creyeron que la virtud estaría manca sin algún aditamento y, por eso, le añadieron cada uno de ellos una de las tres cosas que mencioné anteriormente; a todos éstos son para mí superiores los que de cualquier modo pusieron el bien supremo en el alma y en la virtud. Pero son totalmente disparatados los que afirmaron que vivir con la ciencia era el bien supremo, y quienes dijeron que no existe ninguna diferencia entre las cosas y que, por tanto, el sabio será feliz si en ninguna circunstancia prefiere una cosa a otra; y, asimismo, los que, como se dice de algunos académicos, sostuvieron que el bien final y el supremo deber del sabio es resistir a las apariencias y suspender enérgicamente sus sentimientos. A cada uno de éstos se les puede responder con abundancia de argumentos. ¿Y qué mayor evidencia que la de que, si no hu-

biera modo de elegir entre las cosas que son contra la naturaleza y las que están de acuerdo con ella, se destruiría totalmente la prudencia, esa virtud tan buscada y alabada? Descartadas, pues, las opiniones que he expuesto y las que pueda haber semejantes a éstas, lo que queda es que el supremo bien consiste en vivir fundándose en el conocimiento de las cosas que suceden por naturaleza, eligiendo las que están conforme con la naturaleza y rechazando las que son contrarias a ella; es decir, vivir en armonía y de acuerdo con la naturaleza.

Del supremo bien y del supremo mal, III, 30-31
(V. J. H.) (24)

76. El fundamento de la sociedad

La sociedad y la unión de los hombres se guardará perfectamente, si aplicamos nuestra generosidad a las personas a quienes tratamos con mayor intimidad. Pero conviene volver más profundamente sobre los principios naturales de la sociedad humana. El primer principio es el que pertenece a todo el género humano, es la razón y el habla, los cuales, enseñando, aprendiendo, comunicando, discutiendo, juzgando, hermanan entre sí a los hombres y los unen en una sociedad natural. Y no hay cosa que nos separe tanto de la naturaleza de los animales, en los que decimos que existe muchas veces la fortaleza, como en los caballos, en los leones; pero jamás decimos que haya en ellos justicia, equidad y bondad porque están privados de la razón y del habla.

Y esta sociedad de los hombres entre sí, de todos juntamente con todos, tiene una extensión amplísima. En ella deben ser comunes todos los bienes que produjo la naturaleza para uso común de los hombres, de forma que las co-

sas que están atribuidas a los particulares por las leyes o por el derecho civil, sean disfrutadas por éstos tal y como ordenan las leyes, y sobre las demás rija la orientación que marca el proverbio griego «que entre los amigos todo es común». Comunes a todos los hombres son los bienes que pueden reducirse a los que concreta Ennio en un ejemplo y puede aplicarse a muchos:

El hombre que gentilmente enseña el camino a quien va [errado
hace como si le encendiera una luz de su propia luz.
No deja por ello de iluminarle igualmente por haberle
encendido su luz al otro.

Con un solo ejemplo nos enseña que cuanto podamos comunicar sin detrimento propio debemos darlo aunque sea a un desconocido.

Las cosas comunes son de este orden: no impedir a nadie que se aproveche del agua corriente; dejar que enciendan fuego de nuestro hogar si lo desean; dar buen consejo a quien lo necesite, cosas éstas útiles a quien las recibe, y no cuestan nada a quien las otorga. Hay que poner en práctica estos preceptos y aportar siempre algo al bien común. Pero, dado que las facultades de los particulares son limitadas y el número de los necesitados es infinito, esta liberalidad, que se extiende a todos, debe restringirse dentro del límite indicado por Ennio con las palabras: «no deja por ello de iluminarle igualmente», de forma que quede la posibilidad de ser generosos con los nuestros.

Sobre los deberes, I, 16
(J. G. C.) [25]

77. La transmigración de las almas: el sueño de Escipión

«[...] En efecto, los hombres miden corrientemente el año por el giro solar, es decir, el de un solo astro, pero, en realidad, sólo se puede hablar de año verdaderamente completo cuando todos los astros han vuelto al punto de donde partieron a la vez, y hayan vuelto a componer tras largos intervalos la misma configuración del cielo entero, tiempo en el que no me atrevería a decir cuántos siglos humanos pueden comprenderse, pues como en otro tiempo vieron los hombres que había desaparecido y se había extinguido el Sol al entrar el alma de Rómulo en estos mismos templos en que estamos, siempre que el Sol se haya eclipsado en el mismo punto y hora, entonces tened por completo el año, con todas las constelaciones y estrellas colocadas de nuevo en su punto de partida; pero de este año sabed que no ha transcurrido aún la vigésima parte.

»Por lo cual, si llegaras a perder la esperanza de volver a este lugar en el que encuentran su plenitud los hombres grandes y eminentes, ¿de qué valdría, después de todo, esa fama humana que apenas puede llenar la mínima parte de un año? Así, si quieres mirar arriba y ver esta sede y mansión eterna, no confíes en lo que dice el vulgo, ni pongas la esperanza de tus acciones en los premios humanos; debe la misma virtud con sus atractivos conducirte a la verdadera gloria. Allá los otros con lo que digan de ti, pues han de hablar, porque todo lo que digan quedará circunscrito también por este pequeño espacio de las regiones que ves, ya que jamás fue perenne la fama de nadie, pues desaparece con la muerte de los hombres y se extingue con el olvido de la posteridad.»

Después de haber hablado de él así, dije yo: «Ahora yo, Africano, puesto que está abierto lo que llamaríamos acceso del Cielo a los beneméritos de la patria, aunque no os hice deshonor siguiendo desde joven las huellas de mi padre y tuyas, voy a esforzarme con mucha mayor diligencia a la vista

de tan gran premio». Dijo Africano: «Esfuérzate, y ten por cierto que sólo es mortal este cuerpo que tienes, y que no eres tú el que muestra esta forma visible, sino que cada uno es lo que es su mente y no la figura que puede señalarse con el dedo. Has de saber que eres un ser divino, puesto que es dios el que existe, piensa, recuerda, actúa providencialmente, el que rige, gobierna y mueve ese cuerpo que de él depende, lo mismo que el dios principal lo hace con este mundo, y del mismo modo que aquel mismo dios eterno mueve un mundo que es, en parte, mortal, así también el alma sempiterna mueve un cuerpo caduco.

»Porque lo que siempre se mueve es eterno, en tanto que lo que transmite a otro el movimiento, siendo él mismo movido desde fuera, necesariamente deja de vivir cuando termina aquel movimiento: sólo lo que se mueve a sí mismo, como no se separa de sí mismo, nunca deja tampoco de moverse, y es, además, la fuente de todo lo demás que se mueve, el principio del movimiento; y lo que es principio no tiene origen, pues todo procede del principio y él no puede nacer de otra cosa alguna, pues no sería principio si fuera engendrado por otro; si nunca nace, tampoco puede morir jamás, y si el principio se extingue, no puede renacer de otro, ni podrá crear nada por sí mismo, ya que necesariamente todo procede de un principio. Así, pues, el principio del movimiento lo es porque se mueve a sí mismo, y eso no puede nacer ni morir, o sería necesario que el cielo entero se derrumbe y toda la naturaleza se pare, sin poder encontrar principio alguno por el que ser movido.

»Siendo evidente así que es eterno lo que se mueve a sí mismo, ¿quién puede negar que esta naturaleza es la atribuida a las almas? Ahora bien: todo lo que es impulsado desde fuera carece de alma, y lo que tiene alma es excitado por un movimiento propio interior. Ésta es la naturaleza y esencia del alma, y si es única entre todas las cosas que ella mueve por sí misma, es cierto que no tiene nacimiento y es eterna.

»Ejercita tú el alma en lo mejor, y es lo mejor los desvelos por la salvación de la patria, movida y adiestrada por los cuales, el alma volará más velozmente a ésta su sede y propia mansión; y lo hará con mayor ligereza, si, encerrada en el cuerpo, se eleva más alto, y, contemplando lo exterior, se abstrae lo más posible del cuerpo. En cambio, las almas de los que se dieron a los placeres corporales haciéndose como servidores de éstos, violando el derecho divino y humano por el impulso de los instintos dóciles a los placeres, andarán vagando alrededor de la misma Tierra, cuando se liberen de sus cuerpos, y no podrán regresar a este lugar sino tras muchos siglos de tormento».

El Africano se marchó, y yo me desperté del sueño.

Sobre la República, VI, 22-29
(A. O.) [26]

QUINTO TULIO CICERÓN

Quinto Tulio Cicerón (102-43 a.C.) fue el hermano menor del famoso orador. De la estrecha relación entre ambos surgen las únicas obras que conservamos del primero. Luchó con César en las Galias y Britania y se enfrentó a éste en la Guerra Civil. Ocupó distintos cargos públicos, edil en el 65 a.C., pretor en el 62 y gobernador de Asia entre el 61 y 69. Fruto, posiblemente, de su experiencia en el primer cargo es un Breviario *del año 64, que recoge una colección de consejos dirigidos a su hermano, aspirante al consulado del año 63, en torno a las circunstancias que envuelven la campaña electoral y a la postura y estrategia que debe seguir en ella. Además, hay cuatro cartas suyas, de menor importancia, que se recogen en el corpus de las epístolas de Cicerón a sus amigos (XVI, 8, 16, 26, 27) y es, a su vez, el destinatario de dos libros de cartas de éste.*

78. Las clientelas en Roma y sus clases

Y ya que he mencionado el séquito, cabe decir que también has de preocuparte de este asunto, de manera que a diario dispongas de un acompañamiento de toda categoría, clase social y edad, pues, precisamente de la afluencia del séquito se podrá deducir con qué fuerzas y con qué medios vas a contar en el Campo de Marte. Hay tres clases de componentes: los que van a saludarte a tu casa, los que te acompañan al foro y los que te siguen a todas partes.

En el caso de los primeros, que son los más numerosos y que, según ahora se estila, se dedican a ir a saludar a más de un candidato, tienes que hacer ver que incluso esta mínima cortesía hacia ti te complace mucho. A los que vayan a tu casa dales a entender que valoras su gesto (demuéstralo ante sus amigos para que se lo cuenten, díselo repetidas veces a ellos mismos); en efecto, a menudo sucede que, cuando estos hombres van a visitar a varios candidatos y comprueban que hay uno que valora en gran medida estas muestras de cortesía, entonces se vuelcan en él, abandonan a los otros y, poco a poco, los que eran partidarios de todos pasan a serlo de uno solo; de fingirse votantes de un candidato pasan a serlo en firme. Pon también especial cuidado en lo siguiente: si oyeras decir o te dieras cuenta de que uno que se ha comprometido contigo te está haciendo, por así decirlo, el doble juego, procura hacer ver que ni has oído ni sabes nada del asunto; si alguien, creyéndose sospechoso, quiere justificarse ante ti, sostendrás que nunca has dudado de sus intenciones ni crees tener motivo para hacerlo; en realidad, quien supone que no se está satisfecho de él en modo alguno puede ser tu amigo. De todas maneras, conviene conocer los propósitos de todos para saber qué grado de confianza se puede depositar en cada uno de ellos.

Los que te acompañan al foro te rinden mayor cortesía

que los que te van a saludar, por lo tanto demuestra y da a entender que eso es más de tu agrado y, en la medida de lo posible, ve al foro a unas horas determinadas: llegar cada día al foro rodeado de un séquito numeroso otorga una gran reputación y un gran prestigio al candidato.

La tercera clase la constituye el grupo de los que siguen al candidato a todas partes. Procura que cuantos lo hacen voluntariamente se den cuenta de que te consideras para siempre obligado con ellos por tal muestra de delicadeza; en cambio, a los que están en deuda contigo, exígeles claramente este servicio, si por su edad y ocupaciones pueden hacerlo, y, si hay algunos que no van a poder acompañarte en persona, que encomienden la tarea a sus parientes. Considero muy necesario y muy conveniente que vayas siempre rodeado de una gran multitud, y, además, te otorgará gran fama y prestigio que estén a tu lado aquellos a los que has defendido y los que, por mediación tuya, se han salvado resultando absueltos en un proceso; puesto que, gracias a ti y sin ningún gasto por su parte, unos conservan lo que poseían, otros el honor, otros la vida y todos sus bienes, y como no se les va a presentar otra ocasión de demostrarte su agradecimiento, pídeles claramente que te recompensen ahora con este deber de cortesía.

Breviario de campaña electoral, 34-38
(A. R.) [27]

CÉSAR

Gayo Julio César (100-44 a.C.) es una de las figuras del siglo I a.C. más destacadas en todos los órdenes, sobre todo en los planos político, militar y literario. Descendiente de una familia patricia y sobrino de Mario, ascendió hasta los cargos más elevados y sentó las bases para la reforma y transformación de la antigua República en el Imperio, interviniendo de forma decisiva en la expansión militar de Roma en zonas como la Galia, Germania y la cuenca del Mediterráneo. Su victoria sobre Pompeyo en la Guerra Civil (49-45 a.C.) le permitió concentrar el poder en su persona, pero una conspiración alentada por Casio y Bruto terminó con su vida. Fruto de su actividad como estadista son múltiples iniciativas y reformas en economía, en legislación (ampliando la ciudadanía romana a algunas provincias), en la arquitectura de Roma y en la aplicación de un nuevo sistema de calendario.

Orador brillante, su producción literaria abarcaba obras tan variadas como discursos, cartas, un tratado –Sobre la analogía–, *poesías, e incluso se le ha atribuido un drama perdido,* Edipo, o *un escrito sobre astronomía,* Sobre las estrellas, *pero sólo se conservan dos relatos contemporáneos sobre sus propias campañas que acreditan su calidad como escritor:*

la Guerra de las Galias, *que César escribió en siete libros, centrados en los acontecimientos ocurridos entre los años 58 al 52, procediendo por años, y la* Guerra Civil, *que contempla los sucesos entre el año 49 y el 48, hasta la muerte de Pompeyo, pero su elaboración está incompleta, interrumpida probablemente por su asesinato.*

Ambas obras responden en última instancia a un deseo de justificación de su actividad política y militar en beneficio de Roma, con la peculiaridad de estar redactadas en tercera persona, aunque César fuera su principal testigo y protagonista, provocando un hermoso y elaborado juego literario de distanciamiento entre el personaje real y biográfico y la instancia narrativa de las obras. El dinamismo, la concisión y la elegancia de su estilo, la claridad y depuración de su sintaxis y un vocabulario claro y esencial han servido para que su prosa sea considerada como uno de los principales modelos de la latinidad clásica.

Estas dos obras fueron completadas por algunos escritos de otros autores, de menor calidad literaria: un oficial y confidente suyo, Aulo Hircio, redactó el libro octavo de la Guerra de las Galias *y, quizá, una continuación de la* Guerra Civil (Guerra de Alejandría); *existe asimismo una* Guerra de África *y una* Guerra de Hispania, *de autores desconocidos, miembros, probablemente, de su propio entorno.*

79. Arenga de César a sus tropas

Conocidas estas cosas, César arenga a sus soldados: pasa revista a las ofensas contra él de sus enemigos desde tiempo inmemorial, por los cuales se queja de que haya sido descarriado y corrompido por envidia y emulación de su gloria; cuyo honor y dignidad siempre él secundó y de los que fue baluarte; lamenta que se haya dado pie en la República a un

nuevo procedimiento, que se censurara y reprimiera con las armas el veto tribunicio que se había restablecido en años anteriores. Que Sila, privado el poder tribunicio de todas sus prerrogativas, había respetado, sin embargo, su libre capacidad de veto; que Pompeyo, que parecía haber restablecido el rango tribunicio perdido, le había arrebatado incluso las atribuciones que antes tenía; que cuantas veces se había decretado «Cuiden los magistrados de que la ciudad no sufra daño alguno» (llamada y senadoconsulto con los que es convocado a las armas el pueblo romano), se había hecho con ocasión de leyes muy perniciosas, contra la violencia de los tribunos, con motivo de secciones populares, la ocupación enemiga de los templos y de los lugares estratégicos (y estos ejemplos de años pasados, hace ver que fueron motivo de castigo con los descalabros de Saturnino y de los Gracos); nada de lo cual había sucedido en este momento, ni aun se había tramado; no se había promulgado ley alguna, ni se había entrado en negociaciones con el pueblo, ni había tenido lugar ninguna secesión. Les exhorta a que «defiendan de sus enemigos la buena fama y la dignidad de aquel general a cuyas órdenes durante nueve años habían servido, con éxito, a la República, habían conseguido innumerables victorias y habían pacificado toda la Galia y la Germania». Vitorean los soldados de la legión XIII, que estaban presentes (pues al comienzo del desorden la había hecho venir, las restantes no habían llegado aún); que ellos estaban dispuestos a vengar las ofensas a su general y a los tribunos de la plebe.

Guerra Civil, I, 7
(J. A. E.) (28)

80. La magnanimidad de César

César había concebido la esperanza de poder rematar el asunto sin lucha y sin heridas de los suyos; al haber dejado al enemigo sin posibilidades de aprovisionamiento. «¿Por qué todavía, en un segundo combate, perder a algunos de los suyos?; ¿por qué consentir que cayeran heridos soldados que le habían servido noblemente?; en último extremo, ¿por qué tentar la suerte especialmente cuando no corresponde menos al general vencer con su capacidad técnica que con las armas?; se sentía además compasivo con los conciudadanos, que se daba cuenta que iban a caer en gran número; prefería conseguir el triunfo a salvo e incólumes ellos.» Esta decisión de César no era aprobada por la mayoría; los soldados hablaban entre sí sin tapujos: «que puesto que se dejaba escapar una tan clara ocasión de victoria, ellos no estarían dispuestos a luchar cuando César lo pretendiera». Él se mantiene firme en su punto de vista, y se aparta un tanto del lugar para que amengüe el miedo de los enemigos. Petreyo y Afranio, al presentársele la ocasión, se refugian en el campamento. César, situadas guarniciones en los montes y cortados todos los caminos hacia el Ebro, fortifica su campamento lo más cerca que puede del campamento enemigo.

Guerra Civil, I, 72
(J. A. E.) [28]

81. Alardes tácticos

Ambos derrochaban esfuerzos por ocupar las posiciones; César con el ánimo de mantener a Pompeyo entre unos límites lo más estrechos posible; Pompeyo dispuesto a dominar

el mayor número posible de colinas en el más amplio perímetro; y tenían lugar numerosos combates por esa razón. Entre ellos, como la legión novena de César hubiera ocupado determinada posición y hubiera comenzado a fortificarla, Pompeyo ocupó un altozano próximo y opuesto a ésta; y comenzó a entorpecer el trabajo de los nuestros; y como por uno de sus lados tuviera un acceso casi llano, primero colocados en torno los flecheros y los honderos, luego lanzado un gran contingente de infantería ligera, y acercadas las máquinas de guerra, impedía los trabajos de fortificación; pues no resultaba fácil para los nuestros luchar y trabajar en la fortificación a un mismo tiempo. César, al ver a los suyos acosados por todos los lados, decidió retirarse y abandonar la posición. Había una salida en cuesta y ellos hostigaban con mayor empeño esta salida, y no permitían volver a los nuestros; porque se les veía que abandonaban la posición víctimas del miedo. Se cuenta que en ese momento Pompeyo dijo a los suyos, vanagloriándose: «que si las legiones de César se retiraban de allí sin grave daño, adonde habían llegado temerariamente, él no se enfadaría por ser considerado un general sin ninguna experiencia».

César, temiendo por la retirada de los suyos, ordenó hacer avanzar los crates al extremo del altozano frente al enemigo, y colocarlos de frente; ordenó abrir al lado de ellos un foso de anchura mediana y obstaculizar el lugar por todas partes lo más posible. Y en posiciones apropiadas situó honderos, para que protegieran la retirada de los nuestros. Llevadas a término estas cosas, ordenó a la legión retirarse. Con esto, los pompeyanos comenzaron a hostigar y amenazar a los nuestros más audazmente y con mayor insolencia y trataron de derribar los crates, colocados como fortificación para saltar el foso. Al advertirlo César, temiendo que pareciera no que eran rescatados, sino que eran rechazados, y se recibiera mayor descalabro, arengando a los suyos desde casi el centro del campo de operaciones por medio de Antonio, que man-

daba aquella legión, ordenó tocar a rebato y atacar al enemigo. Los soldados de la legión novena, recobrados de improviso, arrojaron sus dardos y se lanzaron a la carrera cuesta arriba contra los soldados de Pompeyo, desde una posición más baja, y les forzaron a lanzarse a la huida; para la retirada de los cuales fue de una gran dificultad la alineación de los crates, la oposición de las pértigas y el trazado de los fosos. Pero los nuestros, que consideraban suficiente bajar sin pérdidas, muertos muchos enemigos, se retiraron tranquilamente, con sólo cinco bajas de los suyos, y un poco más acá de ese lugar, ocupando otros montículos, terminaron las fortificaciones.

Era una táctica de guerra nueva e inusual, tanto con un número tal de fortines, y tan gran espacio, y tan grandes obras de fortificación, y tan variado tipo de cerco, cuanto además por el resto de las cosas. Pues cualquiera que intente cercar a otro lo hace o habiendo atacado al enemigo abatido y debilitado, o vencido en combate, o víctima de cualquier otro contratiempo, siendo ellos superiores en número de soldados y de caballería; y la causa del asedio es habitual que sea casi únicamente ésta, impedir el avituallamiento al enemigo. Pero a la sazón César, con inferior número de soldados, mantenía a raya a unas tropas enteras e incólumes; al sobreabundar ellos en toda clase de cosas; pues llegaba a diario un gran número de naves de todas partes, que traían abastecimiento; y no podía soplar el viento en dirección ninguna, sin que desde alguna parte tuvieran una navegación próspera. Pero él, agotadas todas las provisiones a lo largo y a lo ancho, se encontraba en una situación crítica. Pero, sin embargo, los soldados lo soportaban con extraordinaria paciencia, pues recordaban que tras haber soportado eso mismo en Hispania el año anterior, habían dado remate a una guerra de envergadura a fuerza de tesón y esfuerzo. Recordaban que en Alesia habían sufrido gran escasez de víveres, una mucho mayor incluso en Avarico, y que habían resulta-

do vencedores de pueblos extraordinariamente esforzados. No hacían ascos a la cebada ni a las legumbres, cuando se las daban; y el ganado lanar, del que había gran abundancia procedente del Epiro, lo tenían en gran estima.

Guerra Civil, III, 45-47
(J. A. E.)[28]

82. Una derrota de César ante Pompeyo

Pero la fortuna, que tiene un gran poder, tanto en el resto de las cosas como especialmente en la guerra, en pocos segundos da al traste, provocando grandes cambios de situación; tal como entonces aconteció. Pues las fortificaciones que se extendían, como antes quedó señalado, desde el campamento hasta el río, las cohortes del ala izquierda de César, por desconocimiento del terreno las fueron siguiendo, al buscar las puertas y pensar que era la línea de fortificación del campamento. Pero al darse cuenta de que estaban unidas al río, directamente saltaron sobre estas fortificaciones, sin defensa alguna, y toda nuestra caballería siguió a las cohortes.

Entre tanto Pompeyo, transcurrido este bastante largo lapso de tiempo y comunicada la situación, llevó en ayuda de los suyos a la legión quinta, retirándola de las obras; y al mismo tiempo su caballería se acercaba a la nuestra, y se veía por parte de los nuestros que ocupaban el campamento, el ejército desplegado; y todo cambió de improviso. La legión pompeyana, animada con la esperanza de una rápida ayuda, se esforzaba en resistir desde la puerta decumana y atacaba a los nuestros tomando la iniciativa. La caballería de César, por subir por un camino estrecho por entre los terraplenes temiendo por su retirada, inició un conato de huida. El ala derecha, que estaba separada de la izquierda, advertido el

pánico de la caballería, para no verse oprimida dentro de las fortificaciones se retiraba por aquella parte por donde había entrado, pero la mayoría de ellos, para no alcanzar los desfiladeros, se precipitaban en el foso desde una valla de diez pies; y muertos los primeros, el resto encontraba la salvación y la salida por encima de los cuerpos de aquéllos. Los soldados del ala izquierda, al ver desde la empalizada que Pompeyo estaba allí y los suyos huían, temiendo verse encerrados en los desfiladeros, al tener dentro y fuera al enemigo, buscaban la retirada para sí por el mismo sitio por donde habían venido; y rebosaba todo de alboroto, temor, espantada, a tal extremo que al coger en su mano César las banderas de los que huían y ordenarles detenerse, unos, saltando de los caballos, continuaban su carrera; otros, por miedo, incluso abandonaban las banderas, y nadie en absoluto se detenía.

A estos tan grandes males los aliviaban, evitando que todo el ejército fuera destruido, el que Pompeyo (creo que temiendo una emboscada, porque esto acontecía contra la esperanza del que había visto huir poco antes a los suyos del campamento) durante un tiempo no se atrevía a acercarse a las fortificaciones; y su caballería, ocupadas por los soldados de César las puertas y los desfiladeros, era tarda en la persecución. Así, cosas nimias tuvieron transcendencia suma para una y otra parte. Pues las fortificaciones prolongadas desde el campamento hasta el río, asaltados ya los campamentos de Pompeyo, frustraron la casi ya conseguida victoria de César. Y esa misma circunstancia proporcionó la salvación a los nuestros, retardando la rapidez de los perseguidores.

En los dos combates de un solo día César echó de menos novecientos soldados de infantería e ilustres caballeros romanos, Rufo, Fundanio... Tuticano Galo, hijo de senador; Gayo Felfinate, de Plasencia; Aulo Granio, de Puteolos; Marco Sacrativiro, de Capua; cinco tribunos y treinta y dos centuriones. Pero la mayor parte de ellos murió en los fosos, o

en las fortificaciones, en las orillas del río, arrollados por el miedo y la estampida de los suyos, y sin herida alguna; se perdieron treinta y dos banderas. Pompeyo en esa batalla recibió el título de Imperator. Consiguió este título y consintió luego en ser así saludado; pero ni solía anteponérselo en sus cartas, ni en las fasces hizo aparecer los emblemas laureados. Pero Labieno, al solicitar de él que ordenara que le fueran entregados los prisioneros, hechos salir fuera, para simple ostentación, como se dejaba ver, para que hubiera una más fiel confianza en un desertor, llamándolos camaradas, interrogándolos en tono ofensivo «si solían los soldados veteranos huir», a la vista de todos los mató.

Con estas cosas creció tanto la confianza y el ánimo de los pompeyanos, que ya no pensaban en la orientación de la guerra, sino que les parecía haber ya logrado la victoria. No pensaban que fueran las causas el poco número de nuestros soldados, las condiciones de desnivel del terreno, los desfiladeros, ocupados antes los campamentos, y el doble miedo dentro y fuera de las fortificaciones, el corte en dos del ejército, al incapacitar a cada una de las partes para llevar ayuda a la otra; no añadían a esto que no se había luchado en un encarnizado ataque, llevado a efecto tácticamente, o en combate en regla; que se habían causado mayores daños ellos a sí mismos con su aglomeración en los pasos angostos, que los que habían recibido del enemigo. Finalmente no se recordaban los azares corrientes de la guerra, qué causas tan menudas (como una falsa sospecha, o un repentino terror, o un escrúpulo religioso contrario) habían causado gravísimos daños; cuántas veces, o por culpa del general o por defecto del tribuno, había ocurrido un grave tropiezo; pero como si hubieran logrado la victoria a fuerza de valor, y no pudiera producirse cambio alguno de situación, por el orbe de la tierra popularizaban con cartas y noticias la victoria de aquel día.

Guerra Civil, III, 68-72

(J. A. E.) [28]

83. Encuentro entre Ariovisto y César

Entre el campamento de Ariovisto y el de César había una gran llanura y en ella, casi a igual distancia de uno y otro, un túmulo de tierra bastante grande. Allí acudieron a la entrevista, como habían convenido. César colocó a doscientos pasos de aquel altozano la legión montada. También los jinetes de Ariovisto se detuvieron a igual distancia. Pidió Ariovisto que la conferencia se celebrase a caballo y que cada uno llevase a ella consigo diez hombres. Luego que allí llegaron, comenzó a hablar César recordándole sus beneficios y los del senado: el haber recibido de éste los títulos de rey y de amigo, acompañados de espléndidos regalos, lo cual a pocos les había cabido en suerte y sólo en premio de grandes servicios solía concederse, mientras que él había conseguido estas distinciones sin tener merecimientos ni motivos que le hicieran acreedor a ellas, sólo por favor y liberalidad de César y del senado. Manifestóle también cuán antiguas y justas causas de amistad mediaban entre los romanos y los heduos, qué decretos del senado, cuántas veces y en qué términos tan honoríficos se habían promulgado en favor de ellos; cómo siempre los heduos habían tenido la primacía de toda la Galia, aun antes de haber solicitado nuestra amistad. Que la costumbre del pueblo romano era que sus aliados y amigos, lejos de sufrir menoscabo alguno, crecieran en estimación, dignidad y prestigio.

¿Cómo, pues, se iba a tolerar que los despojasen de lo que tenían al hacerse amigos del pueblo romano? A continuación le pidió lo mismo que ya le había participado por sus emisarios: que no hiciera guerra ni a los heduos ni a sus aliados; que les devolviera los rehenes; que, si no podía hacer

volver a sus tierras a parte de los germanos, por lo menos no permitiera que pasasen otros el Rhin.

Ariovisto contestó a las proposiciones de César con pocas palabras, gastando muchas en pregonar sus propios méritos: no había pasado él el Rhin por su iniciativa, sino a ruego y súplicas de los galos; ni había dejado su patria y sus allegados sin la esperanza de grandes premios; si tenía tierras en la Galia, era porque aquéllos se las habían concedido, y los rehenes se los habían entregado libremente; el derecho de guerra le autorizaba a cobrar los tributos que los vencedores solían imponer a los vencidos. No había hecho él la guerra a los galos, sino los galos a él; todos los pueblos de la Galia habían ido a combatirle y se habían aunado contra él; pero todas aquellas tropas habían sido derrotadas y vencidas por él en una sola batalla. Si querían probar fortuna otra vez, él estaba dispuesto a luchar de nuevo; mas, si querían conservar la paz, era injusto que le negaran el tributo que hasta entonces habían pagado de buena gana. La amistad del pueblo romano debía redundar en honra y provecho suyo, no en su perjuicio, y con esta esperanza la había él solicitado. Pero, si por culpa del pueblo romano se menguaban sus tributos y perdía sus vasallos, renunciaría a aquella amistad tan gustoso como la había pedido. Si pasaba a la Galia gran número de germanos, lo hacía para asegurarse él, no para invadir la Galia; prueba de esto era que, de no haber sido llamado, no habría venido, y que la guerra que había hecho no había sido ofensiva, sino defensiva. Él había llegado a la Galia antes que el pueblo romano. Nunca, hasta entonces, el ejército romano había traspasado las fronteras de la Provincia. ¿Qué pretendía al meterse en sus posesiones? Esta parte de la Galia era provincia suya, como aquélla lo era nuestra. Así como él no tenía derecho a invadir nuestras fronteras, tampoco lo teníamos nosotros para turbarle en el ejercicio del suyo. Y, en cuanto a lo que decía César sobre el título de hermanos concedido a los heduos, no era él tan bárbaro ni tan ignorante

de lo que pasaba, para no saber que los heduos no habían ayudado a los romanos en la reciente guerra con los alóbroges ni habían recibido ayuda del pueblo romano en las luchas que contra él y contra los secuanos habían sostenido. Esto le hacía sospechar que César, so capa de amistad, mantenía su ejército en la Galia con el fin de atacarle. Por consiguiente, si no se retiraba, sacando el ejército de aquellas regiones, no le consideraría como amigo, sino como enemigo. Y, si llegara a matarlo, complacería a muchos nobles señores del pueblo romano (esto lo sabía él por los emisarios que ellos mismos le habían enviado), conquistando con su muerte el favor y la amistad de todos ellos. Mas, si se retiraba César y le dejaba libre la posesión de la Galia, se lo remuneraría con un gran premio y se pondría a su disposición para llevar a cabo todas las guerras que quisiera hacer, sin que le costaran ningún trabajo ni se expusiera a ningún peligro.

Alegó César muchas razones por las cuales no podía renunciar a su empresa: que no era costumbre suya ni del pueblo romano abandonar a unos aliados que tan bien se habían portado, y que no creía que la Galia fuese más de Ariovisto que del pueblo romano. Que Q. Fabio Máximo había derrotado en la guerra a los arvernos y rutenos, a los cuales había indultado el pueblo romano, sin reducirlos a provincia ni imponerles tributo. Que, si había que atender a la mayor antigüedad, el dominio del pueblo romano en la Galia era justísimo, y si había que atenerse al juicio del senado, debía ser libre la Galia, pues, a pesar de haber sido vencida en guerra, aquél había querido que se gobernase por sus leyes.

Guerra de las Galias, I, 43-45
(V. G. Y.-H. E.) (29)

84. César se decide a cruzar el Rhin

Concluida la guerra con los germanos, determinó César pasar el Rhin, por muchas razones; entre las cuales fue la de más peso que, viendo que los germanos se resolvían fácilmente a pasar a la Galia, quiso que también ellos temieran por su propio país, al comprender que el ejército del pueblo romano tenía fuerza y valor para pasar el Rhin. A esto se añadía que aquella parte de la caballería de los usipetes y tencteros que, según dije arriba, había pasado el Mosa para hacer botín y provisión de trigo y no había intervenido en la batalla, después de la huida de los suyos, se había refugiado al otro lado del Rhin en el territorio de los sugambros, uniéndose con éstos. Habiéndoles enviado César mensajeros a pedir que le entregasen aquellos que habían hecho la guerra contra él y contra la Galia, respondieron: que el imperio del pueblo romano terminaba en el Rhin; si no le parecía justo que los germanos pasaran a la Galia contra su voluntad, ¿por qué pretendía tener dominio o jurisdicción al otro lado del río? Por su parte los ubios, que eran los únicos entre los transrenanos que habían enviado emisarios a César, pactando alianza con él y entregándole rehenes, le pedían con grandes instancias que los socorriera, pues se veían gravemente molestados por los suevos; o que, si las ocupaciones del gobierno le impedían hacerlo, por lo menos pasara el ejército al otro lado del Rhin: esto les bastaría de momento como socorro y les daría esperanza para el futuro. Tan grande era el renombre y prestigio de su ejército, incluso ante los demás remotos pueblos germanos, después de derrotar a Ariovisto y conseguir esta reciente victoria, que podían estar seguros en la fama y amistad del pueblo romano. Prometían gran número de naves para transportar el ejército. El procedimiento que siguió en la construcción del puente fue éste. Hacía unir, con una separación de dos pies, dos maderos de pie y medio de grueso, ligeramente aguzados por abajo y medidos con arreglo a la profundidad del río. Metidos

éstos y encajados con máquinas dentro del río, clavábalos con mazas, no perpendicularmente, a manera de postes, sino inclinados oblicuamente, en la dirección de la corriente del río: frente a éstos, unidos del mismo modo y a una distancia de cuarenta pies más abajo, fijaba otros dos, opuestos al ímpetu de la corriente. Unos y otros eran sujetados en su extremidad, por ambas partes, con dos clavijas, después de encajar vigas de dos pies de grueso en la separación que quedaba entre aquellos maderos; separados así y ligados en dirección opuesta, era tan grande la solidez de la construcción, basada en su misma naturaleza, que, cuanto mayor fuera el ímpetu del río, tanto más estrechamente se adherían unas partes a otras. Se trababan entre sí con madera echada encima a lo largo y se cubrían con travesaños y zarzos; de igual modo se plantaban postes oblicuamente, por la parte inferior del río, para que, puestos a modo de ariete y unidos con toda la obra, sostuvieran el ímpetu de la corriente, y asimismo otros de la parte de arriba del puente, a mediana distancia, para que, si los bárbaros enviaban troncos o naves con el fin de deshacer la obra, con estas defensas, disminuyese la violencia de los choques y no pudiesen perjudicar al puente.

Guerra de las Galias, IV, 16-17
(V. G. Y.-H. E.) (29)

85. Batalla naval con los britanos

Pero los bárbaros, conociendo el designio de los romanos, enviando delante la caballería y los carros armados, de los cuales suelen hacer gran uso en las batallas, y siguiendo detrás con las demás tropas, impedían a los nuestros el desembarco. La dificultad era grandísima, porque las naves, a cau-

sa de su gran tamaño, no podían fondear sino mar adentro, y los soldados, en parajes desconocidos, con las manos embarazadas y abrumados por el gran peso de las armas, al mismo tiempo tenían que saltar de las naves, mantenerse entre las olas y luchar con los enemigos, mientras que éstos desde tierra seca o con sólo meterse un poco en el agua, completamente desembarazados y conociendo palmo a palmo el terreno, disparaban audazmente y espoleaban sus caballos avezados al mar. Acobardados los nuestros por todo esto y totalmente desconocedores de este género de lucha, no mostraban el ánimo y brío que solían en los combates de tierra.

Advirtiéndolo César, ordenó que las naves largas, cuyo aspecto era más extraño para los bárbaros y su ligereza más apta para maniobrar, se apartaran un poco de las de carga y, a fuerza de remos, se situaran al costado descubierto de los enemigos y, desde allí, con hondas, flechas y ballestas, atacaran y alejaran al enemigo; medida ésta de gran provecho para los nuestros. Pues los bárbaros, aterrados por el aspecto de las naves y por el movimiento de los remos y por aquellas máquinas de guerra nunca vistas, pararon y retrocedieron un poco. Entonces, como vacilasen nuestros soldados, sobre todo ante la profundidad del mar, el que llevaba el águila de la décima legión, invocando a los dioses para que la empresa resultase feliz a la legión, dijo: «Soldados, saltad al agua, si no queréis entregar el águila a los enemigos; yo, ciertamente, he de cumplir mi deber con la república y con el general». Habiendo dicho esto a grandes voces, se arrojó de la nave y comenzó a avanzar con el águila hacia los enemigos. Entonces los nuestros, animándose unos a otros a impedir tal deshonra, saltaron todos de la nave. Cuando vieron esto los de las naves próximas, los siguieron y se aproximaron a los enemigos.

Se luchó por ambas partes con denuedo. Pero los nuestros, al no poder mantener las filas ni hacer pie con seguri-

dad ni seguir las enseñas, y habiéndose agregado unos de una nave y otros de otra a las primeras enseñas que encontraban, andaban en gran desorden; en cambio los enemigos, que conocían todos los vados, tan pronto como desde la costa veían algunos aislados que salían de la nave, espoleando los caballos, los atacaban en medio de su embarazo, rodeando muchos a pocos, mientras otros disparaban contra el grueso de los nuestros por el lado descubierto. Habiéndolo advertido César, mandó llenar de soldados los esquifes de las naves largas y asimismo las barcas exploradoras y, a los que veía apurados, les enviaba socorro. Los nuestros, tan pronto como pisaron en seco, seguidos de todos los suyos, arremetieron contra los enemigos y los pusieron en fuga; y, si no los persiguieron más lejos, fue porque la caballería había podido mantener el rumbo ni alcanzar la isla. Esto fue lo único que faltó a César para su antigua fortuna.

Los enemigos, perdida la batalla, tan pronto como se recobraron de la huida, enviaron emisarios de paz a César, prometiendo que darían rehenes y harían lo que él ordenase. Junto con estos emisarios vino Comio el arrebate, que, según dije arriba, había sido enviado antes por César a Bretaña. Habiendo éste desembarcado, al ir a comunicarles las órdenes de César, lo habían apresado y puesto en cadenas; entonces, después de la batalla, lo soltaron y, al pedir la paz, echaron la culpa de aquel atentado al populacho y pidieron que se lo perdonase teniendo en cuenta su ignorancia. César, echándoles en cara el que después de haberle pedido la paz espontáneamente, enviándole emisarios al continente, le hubiesen hecho guerra sin motivo alguno, dijo que perdonaba su yerro y les exigió rehenes; parte de éstos, se los entregaron al punto; otra parte, que habían mandado traer de más lejos, dijeron que la darían pocos días después. Mientras tanto, ordenaron a los suyos que regresaran a los campos, y de todas partes comenzaron a acudir los jefes, recomendando sus personas y pueblos a César.

Guerra de las Galias, IV, 24-27
(V. G. Y.-H. E.) [29]

86. Costumbres de los germanos

Los germanos tienen costumbres muy diferentes. Pues ni tienen druidas que presidan el culto, ni son dados a sacrificios. No consideran como dioses sino a los que ven y cuyo favor sienten palpablemente: al Sol, a Vulcano y a la Luna; de los demás ni siquiera tienen noticia. Toda su vida la pasan en cacerías y ejercicios militares; desde pequeños se acostumbran al trabajo y a las fatigas. Los que más tiempo permanecen castos son los que más prestigio alcanzan entre los suyos: con esto piensan que se acrecienta la estatura, que aumentan las fuerzas y se robustecen los músculos. El conocer mujer antes de los veinte años lo consideran sumamente vergonzoso: y esto no es posible ocultarlo, porque se bañan promiscuamente en los ríos y se visten de pieles o pequeñas zamarras, dejando desnuda gran parte del cuerpo.

No se dedican a la agricultura, y la mayor parte de su alimento consiste en leche, queso y carne. Ni tiene nadie campos deslindados ni términos propios, sino que los magistrados y principales distribuyen cada año a las familias y grupos afines que viven juntos la extensión de terreno y en el lugar que les parece, y, al año siguiente, los obligan a cambiarse a otro sitio. Para esto alegan muchas razones: el evitar que, atraídos por la vida sedentaria, cambien la afición a la guerra por la agricultura; que se esfuercen en agrandar sus terrenos y los más poderosos echen a los más débiles de sus posesiones; que edifiquen con excesivo cuidado, para evitar los fríos y calores; que nazca la codicia de dinero, semillero

de discordias y disensiones; el mantener contenta a la plebe, ya que cualquiera puede considerarse tan rico como los más poderosos.

La mayor gloria para los pueblos consiste en estar rodeados de soledades vastísimas, asolados todos los contornos. Consideran prueba de su valor que los vecinos abandonen sus tierras expulsados por ellos y que nadie se atreva a vivir en las cercanías: al mismo tiempo les parece que así estarán más seguros y sin temor de repentinas incursiones. Cuando un pueblo entra en guerra, ya sea defensiva u ofensiva, eligen magistrados que la dirijan, y les dan poder de vida y muerte. En tiempo de paz no tienen ningún magistrado común, sino que los principales de cada región y distrito administran justicia a los suyos y fallan los pleitos. Los robos hechos fuera del territorio del propio pueblo no llevan consigo ningún desdoro, y aseguran que sirven para ejercitar a la juventud y desterrar el ocio. Tan pronto como alguno de los principales se ofrece en la asamblea como jefe, invitando a los que quieran seguirle, se levantan todos aquellos que aprueban la empresa y la persona, y le prometen su ayuda, siendo aplaudidos por la multitud; si algunos de éstos no le siguen, son considerados como desertores y traidores y, en adelante, se les niega el crédito en todo. No les parece lícito violar el vínculo de hospedaje; a quienes por cualquier motivo van a sus tierras, los protegen de todo atropello, los consideran sagrados y todos les abren sus puertas y les ofrecen alimento.

Guerra de las Galias, VI, 21-23
(V. G. Y.-H. E.) (29)

SALUSTIO

Gayo Salustio Crispo (86-ca. 35 a.C.), sabino de nacimiento, estuvo ligado políticamente al partido popular; excluido del senado con el pretexto de inmoralidad, militó en la Guerra Civil en el bando cesariano y fue procónsul de la provincia de África, donde adquirió grandes riquezas que le permitieron retirarse de la vida activa.

Escribió sus obras principales, Conjuración de Catilina, Guerra de Yugurta *e* Historias *(apenas cuatro discursos y fragmentos) durante los diez últimos años de su vida; antes se había dado a conocer como publicista en sus dos* Cartas a César *(que hoy se tiende a considerar auténticas) y en su* Invectiva contra Cicerón, *de más dudosa autoría.*

Su militancia en las filas populares lo llevó a seleccionar momentos especialmente importantes de la historia del último siglo de la República y relativamente limitados en el tiempo, que le sirvieron para poner de manifiesto los defectos de la aristocracia, responsable, en su opinión, del colapso de las estructuras políticas y morales del Estado. Así fue el iniciador (para nosotros) de un nuevo género de las letras romanas, el de la monografía histórica, construida alrededor de personajes de gran vigor político y de profunda inmoralidad, como

Yugurta y Catilina, que armonizaban perfectamente con su visión pesimista de la historia de Roma.

Su censura de los vicios del presente lo condujo voluntariamente a una prosa arcaizante y enérgica, cuyos modelos hay que buscar en Catón y en Tucídides. Moralista, conceptuoso y profundo, con reflexiones imperecederas sobre el conflicto entre la moralidad y el poder, en algunos momentos hereda la tensión de su modelo griego por su búsqueda de la brevedad y la concisión, que se transforma en una incomparable economía de expresión y una immortalis velocitas *a la hora de exponer lo esencial de una acción. Variado, entretenido siempre, con un profundo sentido de lo narrativamente interesante, Salustio, a pesar de contar en su tiempo con numerosísimos detractores, tuvo, entre otros, el mérito inestimable de inspirar la prosa de Tácito.*

87. Sobre la escritura de la historia

Pero de entre las distintas actividades que se ejercen con el espíritu, una de las más útiles es la narración de los acontecimientos pasados. Considero que es mejor no ponderar su importancia, pues ya muchos lo han hecho y además para que nadie piense que al alabar mi ocupación lo que hago es ensalzarme a mí mismo por vanidad. De todos modos, creo que habrá quienes, por haber decidido yo vivir alejado de la política, den sin más el nombre de indolencia a este trabajo mío tan grande y tan útil, y serán, sin lugar a dudas, esos que opinan que la actividad mayor es dedicarse a hacer cumplidos a la plebe, congraciándose con ella a base de convites. Pero si esos mismos reparasen en qué tiempos conseguí las magistraturas, qué varones insignes no pudieron alcanzarlas, y, en cambio, qué clase de hombres ha llegado a entrar en el Senado, reconocerán, sin duda, que yo he cambiado de criterio por razones bien fun-

dadas y no por pereza, y que de este ocio mío resultará mayor beneficio para la República que de la actividad de otros.

Guerra de Yugurta, 4, 1-4
(M. M. M.) (30)

88. Yugurta ataca a traición la casa de su hermano

En la primera reunión que, como acabo de referir, tuvieron los príncipes, se decidió, en vista de las divergencias, que se repartiesen los tesoros y se estableciesen los límites de los respectivos reinos. Se fijó una fecha para ambas cosas, pero primero para distribuir el dinero. Los príncipes, entre tanto, se retiraron cada uno por su lado a lugares cercanos a los tesoros. Por casualidad Hiempsal se alojaba en la ciudad de Tírmida, en casa de un individuo que siendo lictor principal de Yugurta siempre había sido objeto del afecto y de la estima de éste.

Yugurta colma de promesas a aquel hombre que se le presentaba por azar como agente de sus planes y le insta a que vaya a su casa con la excusa de visitarla y prepare unas copias de las llaves, pues las originales se entregaban a Hiempsal, añadiendo que, por lo demás, cuando la oportunidad lo aconseje, él mismo se presentará con un nutrido grupo de gente. El númida cumple rápidamente las órdenes y, tal como se le había indicado, introduce de noche a los soldados de Yugurta. Éstos, una vez que irrumpen en la casa, buscan al rey cada uno por un lado, dan muerte a los que están dormidos y a los que corren a hacerles frente, escudriñan los rincones más apartados, fuerzan las cerraduras y lo confunden todo con el estrépito y el desorden, cuando en esto descubren a Hiempsal, tratando de esconderse en la choza de una esclava donde, aterrado y desconocedor del lugar, se ha-

bía refugiado desde un principio. Los númidas llevan su cabeza a Yugurta tal como se les había mandado.

Guerra de Yugurta, 12
(M. M. M.) (30)

89. Optimates y populares

Por demás, los conflictos del partido popular y del de la nobleza y también todas las intrigas subsiguientes, se hicieron habituales en Roma pocos años antes, a raíz de la tranquilidad y de la abundancia, cosas que los mortales consideran prioritarias. Pues antes de la destrucción de Cartago, el pueblo y el Senado romano dirigían, de común acuerdo, la República apacible y prudentemente y no había entre los ciudadanos lucha por los honores, o por el poder; el miedo al enemigo mantenía a la ciudad en la práctica del bien. Pero cuando aquel temor desapareció de sus mentes, se apoderaron de ellos el desenfreno y la soberbia, vicios que son inherentes a la prosperidad. Así la calma que habían ansiado tanto en las situaciones adversas, una vez conseguida, les resultó más dura y más cruel que la adversidad misma. Pues la nobleza empezó a poner al servicio de sus pasiones su grandeza y lo mismo hizo el pueblo con su libertad; buscaban sólo su provecho individual, se llevaban a la fuerza lo que les venía bien, robaban. De este modo, los dos bandos trataban de apropiárselo todo y la República, que estaba en medio, quedó hecha jirones. Por lo demás, la nobleza tenía más poder por la propensión de los de su clase a asociarse, en cambio la fuerza de la plebe, que era más numerosa, quedaba debilitada al estar desunida y dispersa. El capricho de unos pocos nobles lo manejaba todo tanto en la guerra como en la paz y en poder de ellos estaba el erario, las pro-

vincias, las magistraturas, los honores y los triunfos. El pueblo se sentía oprimido por el servicio militar y la indigencia, el botín de guerra se lo repartían los generales con unos pocos. Entre tanto, los padres o los hijitos de los soldados, cuando tenían la desgracia de ser vecinos de uno más poderoso, eran expulsados de sus moradas. Así de la mano del poder había irrumpido la avaricia sin límite ni freno, lo contaminaba y lo arrasaba todo, no tenía miramientos ni respeto por nada, hasta que produjo su propia ruina. Pues tan pronto como aparecieron entre la nobleza hombres que anteponían la verdadera gloria al poder injusto, la ciudad empezó a agitarse y surgieron las discordias civiles como un cataclismo.

Guerra de Yugurta, 41
(M. M. M.) [30]

90. Combate en el desierto africano

Yugurta, por su parte, al ver que la retaguardia de Metelo había rebasado sus primeras líneas, ocupa con unos dos mil soldados de infantería la parte del monte por donde Metelo había bajado para que así, en el caso de que sus adversarios se retirasen, no les sirviese de refugio y más tarde de puesto defensivo. A continuación, dada la señal, arremete repentinamente contra el enemigo. Los númidas, unos hacen estragos en nuestra retaguardia, otros acometen por la derecha y por la izquierda, vienen al ataque y hostigan sin tregua, por todas partes provocan el desorden en las filas de los romanos. Éstos, incluso los que habían hecho frente al enemigo con el ánimo más firme, sintiéndose como un juguete en aquel combate tan anormal, eran heridos de lejos y en cambio no tenían posibilidad de herir a su vez ni de trabar combate cuerpo a cuerpo; los jinetes, aleccionados previamente por

Yugurta, cuando un escuadrón romano se lanzaba a perseguirlos, se retiraban pero no en apretado pelotón ni hacia el mismo sitio sino cada cual por su lado y lo más separados posible. De esta manera, como eran superiores en número, si no lograban hacer desistir al enemigo de perseguirlos, lo envolvían por la espalda o por los flancos, una vez dispersados; pero si la colina les resultaba más cómoda para la huida que la llanura, los caballos de los númidas, perfectamente acostumbrados a ir por allí, escapaban sin dificultad por entre la maleza mientras que a los nuestros les detenían las dificultades de aquel terreno que les era desconocido.

Por lo demás, el aspecto de la lucha en su conjunto era confuso, incierto, horrible y lastimoso: separados de los suyos, unos retrocedían mientras otros perseguían; nadie tenía en cuenta las enseñas ni la formación; cada uno resistía y rechazaba al enemigo allí donde le había sorprendido el peligro: armas defensivas y ofensivas, caballos y hombres, los enemigos y los nuestros todos estaban revueltos; nada se hacía siguiendo un plan ni la orden recibida, el azar lo gobernaba todo.

Guerra de Yugurta, 50, 3-51, 1
(M. M. M.) [30]

91. Retrato de Catilina y de sus amigos

Lucio Catilina, nacido de familia noble, fue de gran fortaleza de alma y cuerpo, pero de carácter malo y depravado. A éste, desde la adolescencia, le resultaron gratas las guerras civiles, las matanzas, las rapiñas, las discordias ciudadanas y en ellas tuvo ocupada su juventud. Su cuerpo era capaz de soportar las privaciones, el frío, el insomnio más allá de lo creíble para cualquiera. Su espíritu era temerario, pérfido, veleido-

so, simulador y disimulador de lo que apetecía, ávido de lo ajeno, despilfarrador de lo propio, fogoso en las pasiones; mucha su elocuencia, su saber menguado. Su espíritu insaciable siempre deseaba cosas desmedidas, increíbles, fuera de su alcance. A este hombre, después de la dictadura de Sila le había asaltado un deseo irreprimible de hacerse dueño del Estado y no tenía escrúpulos sobre los medios con los que lo conseguiría con tal de procurarse el poder. Su ánimo feroz se agitaba más y más cada día por la disminución de su hacienda y por la conciencia de sus crímenes, incrementadas una y otra con aquellas artes que antes he señalado. Le incitaban además las costumbres corrompidas de la ciudad echadas a perder por dos males pésimos y opuestos entre sí: el libertinaje y la avaricia.

[...] En ciudad tan grande y corrompida, Catilina aglutinaba en torno a sí, cosa bien fácil, un tropel de hombres disolutos y criminales a modo de escolta. Efectivamente, todos los desvergonzados, los adúlteros, los libertinos que habían arruinado la fortuna paterna en el juego, los festines o las orgías, los que habían contraído grandes deudas para redimirse de la infamia o el crimen, también los parricidas y sacrílegos de todas partes, los convictos en juicio o los temerosos de él por sus delitos, además aquellos a quienes la mano y la lengua nutría en el perjurio y la sangre de sus conciudadanos, y por último todos aquellos a los que atormentaba la infamia, la pobreza y el remordimiento, ésos eran los amigos y los íntimos de Catilina. Pero si alguno, aún libre de culpa, llegaba a ser su amigo, con el trato diario y con los halagos, fácilmente se hacía igual y semejante a los demás. Deseaba sobre todo la intimidad con los jóvenes cuyas almas moldeables y vacilantes eran seducidas con engaños sin dificultad. Pues según la pasión que devoraba a cada uno de acuerdo con su edad, a unos les proporcionaba mujeres, a otros les compraba perros o caballos, en resumen, no le importaban los gastos ni su dignidad con tal de

tenerlos sumisos y fieles. Sé que hubo quienes creyeron que la juventud que frecuentaba la casa de Catilina guardaba su honestidad poco virtuosamente, pero este rumor se basaba en otras cosas más que en lo que nadie pudiese haber comprobado.

Conjuración de Catilina, 5; 14
(M. M. M.) [30]

92. Juramento de los conjurados

Hubo en aquellos tiempos quienes dijeron que Catilina, después del discurso, al obligar al juramento a los cómplices de su crimen, había hecho circular en copas sangre humana mezclada con vino. Que al haberlas probado todos después del juramento, tal como suele hacerse en los sacrificios solemnes, él reveló su plan y dijo que lo había hecho para que fuesen más leales entre sí, siendo conocedor cada uno del crimen del otro. Algunos pensaban que estos y otros desatinos eran infundios de los que creían atenuar el odio que se levantó después contra Cicerón por la atrocidad del crimen de los que habían sido condenados. Para mí está poco probado un hecho de tal magnitud.

En esta conjuración intervino Quinto Curio, nacido de familia distinguida pero cubierto de ignominia y de crímenes, a quien los censores habían expulsado del Senado a causa de su conducta escandalosa. Este hombre tenía no menor vanidad que audacia y no se cuidaba de callar lo que había oído, ni de ocultar sus propios crímenes, ni en lo que decía o hacía. Tenía desde hacía tiempo relaciones deshonestas con Fulvia, mujer noble. Al resultarle él menos grato porque a causa de su penuria, no podía ser tan espléndido, de repente ufanándose empezó a prometerle mares y montañas y a ve-

ces a amenazarle con la espada si no se le mantenía sumisa, y finalmente a maltratarla con más brutalidad de la acostumbrada. Pero Fulvia, cuando se enteró del motivo de la insolencia de Curio, no mantuvo en secreto tal peligro para la República sino que, omitiendo su fuente de información, contó a diversas personas fielmente lo que había oído sobre la conjuración de Catilina. Esto fue sobre todo lo que impulsó las voluntades de los hombres a encomendar el consulado a Marco Tulio Cicerón. Pues antes la mayoría de los nobles ardía de envidia y creían que el consulado quedaría contaminado si lo alcanzaba un hombre nuevo, por muy distinguido que fuera. Pero cuando llegó el peligro se dejaron a un lado la envidia y la soberbia.

Conjuración de Catilina, 22-23, 4
(M. M. M.) (30)

93. Un personaje femenino

Entre ellas estaba Sempronia, que había acometido con frecuencia muchas empresas de audacia varonil. Esta mujer tuvo mucha suerte en lo que respecta al linaje, la belleza y también al marido y los hijos. Era experta en letras griegas y latinas, en cantar y bailar con más perfección de lo que es recomendable para una mujer decente, y en muchas otras cosas que son instrumento de la lujuria. Siempre valoró todo más que su honra o su pudor; no era posible discernir si miraba menos por su dinero o por su fama. Su pasión era tan abrasadora que con más frecuencia buscaba a los hombres que era requerida por ellos. Esta mujer con anterioridad, en múltiples ocasiones, había traicionado su palabra, había negado con perjurio sus deudas, había sido cómplice de crímenes y había terminado enfangada en la lujuria y la miseria. A

pesar de todo tenía unas cualidades notables: era capaz de componer versos, promover situaciones divertidas y hacer gala de una conversación modosa, delicada o procaz; tenía sin lugar a dudas mucha simpatía y mucho encanto.

Conjuración de Catilina, 25
(M. M. M.) [30]

NEPOTE

Cornelio Nepote (ca. *100*-ca. *25 a.C.), natural de la Galia Cisalpina, llegó pronto a Roma, donde gozó de la amistad de Varrón, Cicerón y Catulo, entre otros. Al margen, al parecer, de la vida política, su producción literaria constaba de poemas de amor, libros de anécdotas y de curiosidades y, sobre todo, obras históricas y biográficas, como tres libros de* Crónicas *y una serie de* Vidas de hombres famosos. *Salvo esta última, de la que se conserva una parte significativa (el libro sobre generales extranjeros), y una* Vida de Catón *y otra dedicada a Ático, el resto se ha perdido casi en su integridad. Las* Vidas, *inspiradas, en buena medida, en los retratos de Varrón, contraponen la biografía de distintas personalidades romanas con otras no romanas, primordialmente griegas, sin excesiva preocupación por la exactitud histórica. Minusvalorado a menudo por la tradición, su obra, conocida hoy muy precariamente, proporcionó documentación valiosa a autores como Plinio el Viejo, Valerio Máximo y Gelio.*

94. Alcibíades

Aunque muchos escribieron de él desprestigiándole, tres historiadores de gran peso le colmaron de elogios: Tucídides, de la misma edad que él; Teopompo, un poco más joven, y Timeo; estos dos, por cierto muy dados a la maledicencia, sólo en alabarle a él, y no sé por qué, estuvieron de acuerdo.

Pues, cuanto he dejado dicho antes, también ellos lo proclamaron de él, e incluso añadieron más: que a pesar de haber nacido en Atenas, ciudad plagada de hombres ilustres, él superó a todos los atenienses en nobleza y dignidad de vida; cuando, tras su destierro, llegó a Tebas, se adaptó de tal modo a las costumbres de los tebanos que nadie pudo ni siquiera igualarle en el trabajo y en el ejercicio físico (en Beocia sus habitantes cuidan más la fortaleza física que la agudeza de ingenio); hallándose en Lacedemonia, en donde la mayor de las virtudes consistía en la capacidad de sufrimiento, vivió con tal severidad y frugalidad que llegó a superar a todos los lacedemonios en su sobriedad en el vestir y comer; vino a Tracia, tierra de hombres dados a la bebida y a la vida libertina, y también los superó en estas cosas; llegó a Persia, donde lo más alabado era saber cazar y vivir con gran lujo, y consiguió imitar tan perfectamente este género de vida, que incluso los mismos persas le admiraban en este sentido. Y así consiguió, dondequiera que viviese, ocupar el primer puesto y gozar de la máxima simpatía.

Vidas, 7, 11
(M. S. M.) (31)

95. Elogio de Catón

Desplegó una actividad sin igual en todas las facetas de la vida: fue un hábil labrador, político experimentado, un profundo conocedor del derecho, un gran general, un orador encomiable y aficionadísimo a la literatura. Entregado, aunque ya en su vejez, al estudio de las letras, progresó en él tanto, que difícilmente podía encontrarse nada, referente bien a Grecia o a Roma, que él ignorara. Ya desde su juventud escribió discursos. En su vejez se dedicó a escribir historias, de las que compuso siete libros: el primero narra la historia de los reyes de Roma, el segundo y el tercero el origen de todos los pueblos itálicos: de ahí parece que designó a su obra con el nombre de *Orígenes*. En el cuarto trata de la primera guerra púnica y en el quinto de la segunda. Todo se narra de una manera sucinta. El resto de las guerras las historió de igual modo hasta los tiempos de la pretura de Servio Galba, que fue el que saqueó la Lusitania; pero en todas estas guerras se abstuvo de dar los nombres de los generales, sino que narró los hechos sin dar nombre alguno.

En estos mismos libros de sus historias contó cuanto sucedió y cuanto creyó digno de admiración tanto en Italia como en España; demostró en toda su obra una gran capacidad de trabajo y gran esmero, pero no una gran cultura.

Vidas, 24, 3
(M. S. M.) (31)

B) ÉPOCA AUGÚSTEA

POESÍA

VIRGILIO

Virgilio (70-19 a.C.) es, sin discusión, el gran poeta de Roma. Así fue reconocido ya en vida por sus contemporáneos, así lo consagró la tradición escolar posterior y así se reitera en la actualidad. T. S. Eliot lo considera el clásico por excelencia. Surge en el momento de mayor madurez de la literatura romana, cuando acaba de producir su mayor clásico en prosa, Cicerón, y en un pueblo que tiene que exponer sus logros literarios ante el exigente espejo de una cultura más evolucionada como es la griega. Además vive en un periodo histórico decisivo, el que supone el paso de la República al Imperio, cuando Roma está a punto de acabar consigo misma en el inmenso baño de sangre que supusieron las guerras civiles.

Virgilio, que además de poeta siempre fue un pensador, parte de ideas estéticas exigentes en lo técnico, pero poco comprometidas con la comunidad de ciudadanos, y de una visión más bien epicúrea del mundo, en la que el tráfago político cotidiano tiene menos cabida que lo humano general. Sin embargo, ya en sus Bucólicas, *para algunos un monumento al escapismo poético, se va implicando en la historia contemporánea, confirmando esta evolución en las* Geórgicas, *donde muestra un pensamiento y una estética más solidarios y me-*

nos individualistas, a propósito de un tema como el del cultivo de la tierra, que podría haber admitido un tratamiento más técnico y neutral. Con la Eneida *alcanza la cumbre de su madurez como poeta.*

La épica antigua, griega o romana, tenía que definirse con respecto a Homero, y toda la poesía de la época de Virgilio, respecto de Augusto y su régimen. A diferencia de todos los demás que practicaban las maneras homéricas en material distinto (historia contemporánea romana, con dioses oráculos, sueños, tempestades, catálogos, combates singulares, etc.), Virgilio no rehuyó el material homérico (idénticos héroes, la misma leyenda troyana, infinidad de versos y de temas trasladados a versos latinos) con propósitos distintos, entender la historia contemporánea reciente y las guerras civiles. Sin embargo, a través del material extraño –el viaje y la misión de Eneas–, la historia reciente adquiere profundidad mítica, las imágenes épicas tradicionales se adaptan a un sentido para el que no estaban pensadas, y de esta manera Virgilio dice mucho más que Homero con material casi idéntico, revitalizando una forma muerta, y habla en favor del nuevo régimen menos clara e inequívocamente de lo que Augusto hubiera querido, gracias a las palabras, comparaciones y personajes homéricos.

96. Títiro, Melibeo, el joven dios y Roma

MELIBEO.–Tú, Títiro, acostado al amparo del haya anchurosa, ensayas un son de musas del bosque en tu flauta ligera. Nosotros abandonamos los territorios, los dulces labrados de la patria; nosotros huimos de la patria. Tú, Títiro, tranquilamente a la sombra, enseñas a las selvas a repetir el nombre de la hermosa Amarílide.

TÍTIRO.–¡Ay, Melibeo! Un dios nos procuró esta ociosidad; pues que un dios será siempre para mí aquél. Muchas

veces empapará su altar un tierno cordero de mis apriscos. Él me facilitó que mis vacas vagasen por ahí, como ves, y que yo tocase a mi antojo el caramillo rústico.

MELIBEO.–No es que lo vea mal, sino que estoy admirado: ¡tan grande es el jaleo que hay por todas partes en el campo! Mira: enfermo, yo mismo careo adelante las cabras; y a ésta, Títiro, apenas la arrastro. Pues hace un momento, aquí, entre los espesos avellanos, tuvo unos mellizos (esperanza, ¡ay!, del rebaño) y los dejó en la roca pelada. Recuerdo que muchas veces (¡si no estuviesen tan embotados mis cascos!) me predecían este mal las encinas alcanzadas por el rayo. Pero, en fin, dime, Títiro, qué dios es ése.

TÍTIRO.–La ciudad que llaman Roma creí yo, Melibeo, tonto de mí, que era semejante a esta nuestra, adonde los pastores acostumbramos tantas veces a llevar las tiernas crías de las ovejas. Del mismo modo entendía que los cachorros son semejantes a los perros y los cabritos a sus madres; del mismo modo solía comparar lo grande con lo chico. Pero esta ciudad ha levantado la cabeza entre las otras tanto como los cipreses suelen entre las mimbreras flexibles.

Bucólicas, I, 1-25
(B. S. R.) (32)

97. Mundo bucólico y mundo exterior

TÍTIRO.–Seguro que antes pacerán en el cielo los ciervos ligeros y los mares dejarán al desnudo a los peces en la playa; antes, recorriendo recíprocamente sus territorios, beberá desterrado el parto del Arar o la Germania del Tigris, antes de que su cara se esfume en mi corazón.

MELIBEO.–¡Ay! Nosotros, en cambio, nos iremos de aquí, los unos al África sedienta; los otros llegaremos a la Escitia y el Oaxes, que arrastra greda, o hasta los britanos, completamente apartados del mundo entero. Ay, ¿veré alguna vez, después de tan largo tiempo, la heredad de mis padres y el cumbrero cubierto de pasto de mi pobre choza, pasmado entonces de mi reino, unas pocas espigas? ¿Un soldado bruto va a poseer estos barbechos tan labrados? ¿Un bárbaro, estos trigales? Ay, ¡adónde ha llevado la discordia a los desgraciados compatriotas! ¡Para ellos hemos sembrado los campos! ¡Injerta ahora perales, Melibeo, pon las viñas en hilera! Id, cabrillas mías, ganado en otro tiempo feliz, andando. Ya no os veré más, tendido en una gruta verde, triscar a lo lejos en la peña cubierta de zarzas. No cantaré ninguna canción; apacentándoos yo no vais a ramonear, cabrillas, del codeso florido y los sauces amargos.

TÍTIRO.–A pesar de todo, podías descansar aquí esta noche sobre las hojas verdes. Tengo manzanas dulces, castañas mollares y cantidad de leche cuajada. Y ya humean a lo lejos los techos de los cortijos y se va alargando la sombra que cae de los altos montes.

Bucólicas, I, 59-83
(B. S. R) (32)

98. El reino de Saturno y el Siglo de Oro de nuevo

Musas de Sicilia, cantemos algo más grande. No a todos gustan los vergeles y los tamarindos humildes. Si cantamos a las selvas, sean las selvas dignas de un cónsul.

Ya ha llegado la última edad que anunció la profecía de Cumas. La gran hilera de los siglos empieza de nuevo. Ya vuelve también la virgen, el reino de Saturno vuelve. Ya se nos envía

una nueva raza del alto cielo. Únicamente, a ese niño que nace, con quien terminará por fin la edad de hierro y surgirá la edad de oro para todo el mundo, tú, casta Lucina, ampáralo: ya reina tu Apolo. Justamente en tu consulado, el tuyo, Polión, llegará tal gloria del tiempo y empezarán a marchar los grandes meses. Bajo tu guía, si alguna huella de nuestro pasado queda, se borrará, librando a las tierras de su miedo eterno. Él tendrá la vida de los dioses y verá a los héroes mezclados entre los dioses, y él, a su vez, será visto por ellos. Y gobernará el orbe pacificado por las virtudes de su padre.

Ahora bien, como primeros regalillos, niño, la tierra sin ninguna labranza derramará por doquier para ti hiedras errantes, así como bácar, y colocasias enredadas con cardos risueños. Las cabras volverán a casa solas con las ubres hinchadas de leche, y las vacas no temerán a los grandes leones; por sí sola la cuna derramará para ti blandas flores. Morirá también la serpiente; la hierba que engaña con el veneno morirá también; por todas partes nacerá el amomo asirio.

Mas así que puedas leer las glorias de los héroes y las gestas de tu padre, y saber qué es el valor, poco a poco irá amarilleando el campo con la blanda espiga, de los zarzales bravíos colgará el racimo rojizo y las duras encinas destilarán el rocío de la miel.

Sin embargo, subsistirán unas pocas huellas del yerro primitivo, que manden tentar a Tetis con los barcos, ceñir plazas con murallas, hender surcos en la tierra. Habrá entonces un segundo Tifís y una segunda Argó que transporte a los héroes elegidos; habrá también otras guerras segundas y otra vez se enviará a Troya un gran Aquiles.

Bucólicas, IV, 1-36
(B. S. R.) (32)

99. Justa poética entre pastores

CORIDÓN.–Ninfas del Libetro, mis amores, o bien regaladme una canción igual a la de mi Codro (éste hace en verso cosas muy cercanas a Febo), o bien, si no podemos todos, aquí, del pino sagrado colgará mi flauta sonora.

TIRSIS.–Pastores de Arcadia, adornad con hiedra al poeta que nace, para que le reviente de envidia el bazo a Codro. O si le alaba más de lo debido, ceñid su frente de bácar, no sea que su mala lengua dañe al poeta que va a ser.

CORIDÓN.–Esta cabeza de jabalí hirsuto te ofrenda, Delia, el pequeño Mitón, y los cuernos arbóreos de un ciervo de larga vida. Si este deporte se me asegura, te alzarás de pie en estatua de mármol liso, con tus pantorrillas enfundadas en un coturno de púrpura.

TIRSIS.–Una jarra de leche y estas hogazas es lo que puedes esperar cada año, Príapo: eres guarda de un jardín de pobre. De momento, de acuerdo con mi situación, te he figurado en mármol; ahora que si una camada acrecienta el rebaño has de ser de oro.

CORIDÓN.–Galatea, la de Nereo, más dulce para mí que el tomillo del Hibla, más blanca que los cisnes, más hermosa que la hiedra blanca, así que los toros regresen de pastar a los pesebres, si sientes algún cuidado de tu Coridón, vente.

TIRSIS.–Ah, pues yo, así te parezca más amargo que las plantas sardas, más áspero que el acebo, más vil que el alga echada fuera, si este día no es ya para mí más largo que un año entero. Id a casa, que habéis pastado, si tenéis alguna vergüenza, iros, novillos.

CORIDÓN.–Fuentes musgosas, hierba más blanda que el sueño y madroño verde que os cubre con rala sombra, guardad al ganado del calor: ya llega el verano tórrido, ya se hinchan las yemas en el sarmiento correoso.

TIRSIS.–Aquí hay un hogar y teas resinosas; aquí, fuego abundante siempre, y pilares ennegrecidos por el continuo

hollín. Aquí nos preocupamos tanto del frío como el lobo del número de ovejas o los ríos crecidos de su ribera.

CORIDÓN.–Enebros y castaños erizados se alzan; tiradas están por todas partes las frutas, cada una bajo su árbol. Ahora todo sonríe; más si el bello Alexis se va de estos montes, hasta los ríos verías secos.

TIRSIS.–El campo está seco; la hierba muere de sed por el aire viciado. Líbero ha negado la sombra de los pámpanos a los collados: con la llegada de mi Fílide todo el bosque reverdecerá y Júpiter descenderá con lluvia abundante y alegre.

CORIDÓN.–El álamo es gratísimo al Alcida, la vid a Baco; el mirto a la hermosa Venus, y el laurel que es lo suyo, a Febo. Fílide quiere avellanos: mientras Fílide los quiera, ni el mirto ni el laurel de Febo vencerán a los avellanos.

TIRSIS.–El fresno es el más hermoso de las selvas, el pino de los jardines, el álamo de los arroyos, el abeto de las montañas altas. Pero si vinieras a verme más a menudo, Lícides bello, cedería ante ti el fresno en las selvas, el pino en los jardines.

MELIBEO.–De esto me acuerdo, y que Tirsis vencido porfiaba en vano. Desde entonces Coridón es Coridón para nosotros.

Bucólicas, VII, 21-79
(B. S. R.) [32]

100. Labores en mal tiempo

De aquí, a pesar de lo dudoso del cielo, podemos conocer por anticipado el tiempo; de aquí, la época de las mieses y la estación de la siembra; cuándo conviene batir con los remos el mar traicionero, cuándo botar las escuadras apare-

jadas o derribar el pino en los bosques a su tiempo. Y no espiamos en vano las salidas y las puestas de los astros y el año dividido uniformemente en cuatro estaciones distintas.

Si la lluvia fría en ocasiones contiene al agricultor, cabe preparar muchas cosas que luego, con el cielo sereno, tendría que hacer aprisa. El labrador pone en el yunque el diente duro de la reja embotada, fabrica tinajas con el tronco de los árboles, o forja marcas para el ganado o etiquetas para los montones de cereales. Otros aguzan estacas y bieldos de dos dientes y preparan lazos de Ameria para la vid flexible. O bien se teje fácilmente un canasto con varas de brezo; o bien, tostad al fuego el trigo, o bien machacadlo con piedras. Y es que las leyes divinas y humanas permiten ejercer algunas ocupaciones los días de fiesta también: ningún precepto religioso prohíbe guiar de lo alto acequias, poner una cerca al sembrado, ingeniar trampas para los pájaros, quemar las zarzas y bañar en un río saludable el rebaño de ovejas. Muchas veces el arriero carga con aceite o frutas baratas las costillas del lento pollino, y al volver acarrea de la ciudad una piedra molar o una masa de pez negra.

Geórgicas, I, 252-275
(B. S. R.) (32)

101. Elogio de Italia

Pero ni las selvas de los medos, tierra riquísima, ni el hermoso Ganges o el Hermo, enturbiado por el oro, pueden rivalizar en alabanzas con Italia; ni Bactros ni los indos ni la Pancaya toda, engrasada con sus arenas llenas de incienso. Esta tierra no la han arado toros que echan fuego por las narices para sembrar los dientes del dragón descomunal ni la ha eri-

zado una cosecha de guerreros con sus cascos y sus lanzas espesas, sino que la han cubierto trigales granados y el Másico, el vino de Baco. Olivares y ganados felices la pueblan. De aquí parte erguido por la llanura el caballo de guerra; de aquí, blancos rebaños y el toro, la víctima más grandiosa, bañados en tu sagrada corriente, Clitumno, guiaron los triunfos romanos a los templos de los dioses. Aquí reina una primavera eterna y un verano en meses que no son los propios. Dos veces quedan preñadas las ovejas, dos veces da su cosecha de fruta el árbol. Faltan en cambio las tigres rabiosas, la semilla cruel de los leones y el acónito que sorprende a los desgraciados que lo cogen. No hay serpientes escamosas que arrastren sus descomunales sinuosidades por la tierra ni que se enrosquen en espiral con una longitud tan grande. Añade tantas ciudades extraordinarias y el esfuerzo de obras realizadas, tantas fortalezas erigidas con los brazos en peñascales abruptos y los ríos que se deslizan al pie de las murallas antiguas. ¿Tengo que nombrar los mares que nos bañan, el Superior y el Inferior? ¿O nuestros grandes lagos: tú, Lario, el más grande, y tú, Benaco, que te hinchas con el oleaje y el bramido de un mar? ¿O tengo que nombrar los puertos, el dique adosado al Lucrino, y cómo el mar se embravece con enorme fragor por donde el agua Julia resuena de lejos con la resaca y la marea del Tirreno penetra hasta las aguas del Averno? Esta tierra, asimismo, ha mostrado en sus venas ríos de plata y minas de cobre, y ha fluido en chorros de oro. Esta tierra ha dado una raza aguerrida de hombres, los marsos, la juventud sabelia, el ligur, avezado a la vida dura, y los volscos, armados de chuzos; ha dado los Decios, los Marios y los grandes Camilos, los Escipiones, endurecidos en la guerra, y a ti, César, el más grande, que ahora, vencedor ya en las riberas lejanas de Asia, apartas de las colinas de Roma al indo cobarde. Yo te saludo, tierra de Saturno, gran madre de cereales, gran madre de hombres: en tu honor la he emprendido con cosas de antiguo fuste y arte, atre-

viéndome a abrir las fuentes sagradas, y canto por las ciudades de Roma el poema ascreo.

Geórgicas, II, 136-176
(B. S. R.) (32)

102. Elogio de la vida del labrador

¡Dichoso también aquel que conoce a los dioses del campo, Pan y el viejo Sileno y las ninfas, sus hermanas! A él no le conmueven las fasces populares ni la púrpura de los reyes o la discordia que arrastra a los hermanos desleales ni el daco que desciende por el Danubio alzado en conspiración, ni los asuntos de Roma, ni los reinos llamados a perecer. Éste no sufre con la compasión por el pobre ni con la envidia del que tiene. Echa mano de los frutos que las ramas o los propios campos le ofrecen benévola y voluntariamente, y no conoce las leyes de hierro, la locura del foro ni los archivos públicos.

Otros atosigan con remos los mares ciegos y se abalanzan sobre las espadas; se meten en los umbrales y las cortes de los reyes. Éste lleva a la perdición a una ciudad y a sus desgraciados penates, con tal de beber en rubíes y dormir en púrpura de Sarra; otro esconde riquezas y duerme sobre el oro que ha enterrado. Éste se queda estupefacto en los *Rostras;* a aquél, boquiabierto, le sobrecogió el aplauso de los bancos, el doble aplauso de la plebe y de los padres. Disfrutan manchándose con la sangre de los hermanos y cambian con el destierro sus casas y dulces umbrales, y buscan una patria ubicada bajo otro sol. El labrador separa la tierra con el arado corvo: de ahí le viene el trabajo del año, de ahí sustenta a su patria y a sus nietos, de ahí, sus manadas de bueyes y los novillos que le rinden. No hay descanso en tanto

que el año no sobreabunda en frutos o crías del ganado o manojos de trigo, y la cosecha sobrecarga los surcos y excede a los graneros. Ha llegado el invierno: la baya sicionia es triturada en las prensas; los cerdos regresan satisfechos de bellotas; las selvas dan madroños. El otoño deja caer sus productos variados, y en lo alto, entre peñascos soleados, la vid madura suavemente. Entre tanto sus dulces hijos se cuelgan de él para besarle, su casa honrada guarda el pudor; las vacas llevan colgando sus ubres con la leche y en la hierba lozana los cabritos cebados pelean entre ellos enfrentando los cuernos. Él, por su parte, celebra los días de fiesta y, tumbado en la hierba donde está el fuego en el medio y los compañeros ponen la corona a la cratera, te invoca a ti, Leneo, con sus libaciones, y reta a los caporales del ganado a tirar con el dardo veloz a un olmo y les hace desnudar sus cuerpos endurecidos para la competición agreste.

Geórgicas, II, 490-530
(B. S. R.) (32)

103. Orfeo y Eurídice

Orfeo, buscando el consuelo de su amor desgraciado en la cóncava lira, te cantaba a ti, dulce esposa, a solas en la playa solitaria, a ti te cantaba, cuando llegaba el día, a ti, cuando el día se marchaba.

También penetró en las fauces del Ténaro, la boca profunda de Dite, y en el bosque neblinoso de sombrío terror; llegó hasta los manas y su rey escalofriante, hasta los corazones que no saben ablandarse ante las súplicas humanas. Sin embargo, movidas por tu canto, de los profundos aposentos del Erebo, iban las sombras sutiles y los espectros de los seres privados de la luz, tan numerosos como los miles de aves que

se meten en las hojas cuando Véspero o la lluvia del invierno los echa de los montes: madres, varones, cuerpos de héroes magnánimos que acabaron la vida, niños y niñas sin casar, y jóvenes puestos en las piras ante los ojos de sus padres. A su alrededor, el barrizal negro y las cañas horribles del Cocito, y una laguna odiosa de agua casi inmóvil los cerca, y la Estige, dividida en nueve círculos, los aprisiona. Incluso quedaron atónitas las propias mansiones de la Muerte, la parte más recóndita del Tártaro, y las Euménides que cogen sus cabellos con culebras azulencas. Cérbero contuvo abiertas sus tres bocas y la rueda de Ixión se paró con el viento.

Y ya, volviendo sobre sus pasos, había superado todos los imprevistos, y Eurídice, a la que había recuperado, llegaba a las auras de arriba, siguiéndolos detrás (pues Prosérpina le había puesto esta condición), cuando cogió al imprudente enamorado un acceso súbito de locura, perdonable ciertamente, si los manes supiesen perdonar. Se detuvo, y ya al borde mismo de la luz, sin acordarse, ay, y sin poderse contener, se volvió para mirar a su querida Eurídice. En ese instante, todo su esfuerzo se perdió, quedó roto el pacto del cruel tirano y por tres veces se oyó un fragor en las marismas del Averno. Ella gritó: «¿Qué locura, qué locura tan grande me ha perdido, desgraciada de mí, y te ha perdido, Orfeo? He aquí que por segunda vez los hados crueles me hacen volver y el sueño cierra mis ojos embriagados. Y ahora, adiós. Me llevan envuelta en la vasta noche, y tiendo hacia ti, sin ser tuya, ay, mis manos impotentes». Dijo, y de repente escapó de su vista, alejándose como el humo se une a las brisas sutiles, y no lo vio más, mientras él agarraba en vano las sombras y quería decirle muchas cosas. Y el barquero del Orco no le permitió atravesar más la laguna que se interponía.

Geórgicas, IV, 464-503
(B. S. R.) [32]

104. Presentación de Eneas

Se aflojan de pronto de frío las fuerzas de Eneas,
gime y lanzando hacia el cielo ambas palmas
dice: «Tres veces y cuatro veces, ay, bienaventurados
cuantos hallaron la muerte bajo las altas murallas de Troya,
a la vista de sus padres. ¡Oh el más valiente de los dánaos,
Tidida! ¡Y no haber podido yo caer de Ilión en los campos
a tus manos y que hubieras librado con tu diestra esta alma
[mía
donde fue abatido el fiero Héctor por la lanza del Eácida,
donde el gran Sarpedón, donde el Simunte arrastra
en sus aguas tanto yelmo y escudo y tantos cuerpos esforza-
[dos!».
Cuando así se quejaba un estridente golpe del Aquilón
sacude de frente la vela y lanza las olas a las estrellas.
Se quiebran los remos, se vuelve la proa y ofrece
el costado a las olas, viene después enorme un monte de
[agua;
unos quedan suspendidos en lo alto de la ola; a estos otros se
[les abre el mar
y les deja ver la tierra entre las olas en agitado remolino de
[arena.

Eneida, I, 92-107
(R. F. B.) (33)

105. Presentación de Dido

Mientras contempla todo esto el dardanio Eneas maravillado,
mientras se queda absorto atento sólo a lo que ve,
la reina hacia el templo, la bellísima Dido,
se encamina con numeroso séquito de jóvenes.

Cual en las riberas del Eurotas o en las laderas del Cinto
Diana dirige a sus coros de Oréadas que la siguen a miles
y se agolpan a un lado y a otro; ella la aljaba
lleva al hombro y sobresale de todas las diosas al caminar
(se agita de gozo el pecho callado de Latona):
así estaba Dido, así de alegre caminaba
entre todos apresurando las obras de su futuro reino.
Y a las puertas de la diosa, bajo la bóveda del templo
se sentó sobre alto sitial rodeada de sus armas.
Impartía justicia y leyes a los hombres y la tarea de las obras
distribuía en partes iguales o dejaba a la suerte,
cuando de pronto Eneas ve llegar entre gran concurso
de gente a Anteo y a Sergesto y al valiente Cloanto
y a algunos otros teucros a quienes negro tornado
había dispersado por el mar, lanzándolos a otras orillas.
Pasmado se quedó y a la vez Acates se conmueve
de alegría y de miedo; ardían ansiosos por estrechar
sus diestras, mas la dudosa situación turba sus corazones.
Se contienen y escondidos en el hueco de la nube observan
cuál ha sido la suerte de sus hombres, dónde han dejado las
[naves,
a qué vienen; pues llegaban escogidos de toda la flota
a pedir favor y se dirigían al templo gritando.

Eneida, I, 494-519
(R. F. B.) (33)

106. Héctor se aparece a Eneas

Era el tiempo en que llega el descanso primero a los hombres
cansados y se nos mete dentro, gratísimo regalo de los dioses.
En sueños, atiende, se me apareció tristísimo Héctor
ante mis ojos, derramando un llanto sin fin,

como cuando fue arrebatado por las bigas y negro
del polvo cruento y atravesados por una correa
sus pies tumefactos. ¡Ay de mí y cómo estaba!
¡Qué distinto del Héctor aquel que volvió revestido
de los despojos de Aquiles o que lanzaba los fuegos frigios
a las naves de los dánaos! En desorden la barba
y el cabello encostrado de sangre... y aquellas heridas,
que muchas recibió rodeando de la patria los muros. Entre
[mis propias lágrimas
me veía llamando al héroe y expresarle estos tristes lamentos:
«¡Oh luz de Dardanaia, de los teucros la más firme esperanza!
¿Qué ha podido retenerte? ¿De qué riberas vienes,
Héctor ansiado? ¡Cómo te vemos, después de tantas muertes
de los tuyos, agotados por tantas fatigas de los hombres
y de nuestra ciudad! ¿Qué indigna causa tu rostro
sereno manchó? ¿Por qué esas heridas estoy contemplando?».
Nada repuso él a mis vanas preguntas, nada repuso
pero sacando un grave gemido de lo hondo del pecho,
«Ay, ¡huye, hijo de la diosa! –dijo–, líbrate de estas llamas.
Está el enemigo en los muros; Troya se derrumba desde lo
[más alto.
Bastante hemos dado a la patria y a Príamo. Si con tu diestra
[pudieras
salvar a Pérgamo, ya por la mía habría sido salvada.
Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus Penates.
Tómalos; compañeros de tu suerte, surca el mar
y levanta para ellos unas dignas murallas».
Dice así y saca del interior del templo las cintas
con sus manos, y Vesta poderosa, y el fuego eterno.

Eneida, II, 268-297
(R. F. B.) (33)

107. Aparición de Creúsa a Eneas

Buscando y corriendo sin parar entre los edificios,
se presentó ante mis ojos la sombra de la misma Creúsa,
su figura infeliz, una imagen mayor que la que tenía.
Me quedé parado, se erizó mi cabello y la voz se clavó en mi garganta.
Entonces habló así y con estas palabras me liberó de cuidado:
«¿Por qué te empeñas en entregarte a un dolor insano,
oh dulce esposo mío? No ocurren estas cosas sin que medie
la voluntad divina; ni te ha sido dado el llevar a Creúsa contigo,
ni así lo consiente el que reina en el Olimpo soberano.
Te espera un largo exilio y arar la vasta llanura del mar,
y llegarás a la tierra de Hesperia donde el lidio Tíber
fluye con suave corriente entre los fértiles campos de los hombres.
allí te irán bien las cosas y tendrás un reino y una esposa
real; guarda las lágrimas por tu querida Creúsa.
No veré yo la patria orgullosa de los mirmidones
o de los dólopes, ni marcharé a servir a las matronas griegas,
nuera que soy de la divina Venus y Dardánida;
me deja en estos lugares la gran madre de los dioses.
Adiós ahora, y guarda el amor de nuestro común hijo».
Luego que dijo esto, me abandonó llorando y queriendo
hablar aún mucho, y desapareció hacia las auras sutiles.
Tres veces intenté poner mis brazos en torno a su cuello,
tres veces huyó de mis manos su imagen en vano abrazada,
como el viento ligera y en todo semejante al sueño fugitivo.
Así por fin, consumida la noche, vuelvo con mis compañeros.

Eneida, II, 771-795
(R. F. B.)[33]

108. Héleno profetiza a Eneas las pruebas que le aguardan

[...] y anuncia luego de su divina boca el sacerdote:
«Hijo de la diosa (pues es evidente que tú navegas
con auspicios mayores; así echa a suertes el rey de los dioses
los hados y agita los cambios y este orden resulta),
poco de mucho te voy a aclarar con mis palabras, para que
recorras mares hospitalarios y arribes [más seguro
al puerto ausonio; pues saber el resto lo prohíben
las Parcas a Héleno y hablar me impide Juno Saturnia.
De Italia primero, aunque tú ya piensas, ignorante,
que está cerca y te dispones a entrar en puertos vecinos,
lejos te separa un largo y difícil camino por largas tierras.
Antes debes hincar tu remo en la ola trinacria
y recorrer con tus naves la llanura del mar ausonio
y los lagos del infierno y la isla de la eea Circe,
antes de que puedas fundar tu ciudad en una tierra segura.
Te diré las señales, tú tenlas guardadas en tu memoria:
cuando, angustiado, junto a las aguas de un río escondido
encuentres bajo las encinas de la orilla una enorme cerda
blanca echada en el suelo, recién parida de treinta
cabezas, con las blancas crías en torno a sus ubres,
éste será el lugar de tu ciudad, éste el seguro descanso a tus
[fatigas.
Y que no te espanten los mordiscos que darás a las mesas:
los hados encontrarán el camino y Apolo llegará si le invocas.

Eneida, III, 373-395
(R. F. B.) (33)

109. Dido reprocha a Eneas su huida

«¿Es que creías, pérfido, poder ocultar
tan gran crimen y marcharte en silencio de mi tierra?
¿Ni nuestro amor ni la diestra que un día te entregué
ni Dido que se ha de llevar horrible muerte te retienen?
¿Por qué, si no, preparas tu flota en invierno
y te apresuras a navegar por alta mar entre los Aquilones,
cruel? ¿Es que si no tierras extrañas y hogares
desconocidos buscases y en pie siguiera la antigua Troya,
habrías de ir a Troya en tus naves por un mar tempestuoso?
¿Es de mí de quien huyes? Por estas lágrimas mías y por tu [diestra
(que no me he dejado, desgraciada de mí, otro recurso),
por nuestra boda, por el emprendido himeneo,
si algo bueno merecí de tu parte, o algo de la mía
te resultó dulce, ten piedad de una casa que se derrumba,
te lo ruego, y abandona esa idea, si hay aún lugar para las [súplicas.
Por tu culpa los pueblos de Libia y los reyes de los númidas
me odian, en contra tengo a los tirios; también por tu culpa
perdí mi pudor y con lo que sola caminaba a las estrellas,
mi fama primera. ¿A quién me abandonas moribunda, mi [huésped
(que sólo esto te queda de tu antiguo nombre de esposo)?
¿Qué puedo esperar? ¿Tal vez que arrase mis murallas mi [hermano
Pigmalión o que prisionera me lleve el getulo Yarbas?
Si al menos hubiera recibido de ti algún retoño
antes de tu huida, si algún pequeño Eneas
me jugase en el patio, que te llevase de algún modo en su rostro,
no me vería entonces de esta manera atrapada y abandonada.»

Eneida, IV, 304-330
(R. F. B.) (33)

110. Monólogo de Dido

La noche era, y gozaban del plácido sopor los cuerpos
fatigados por las tierras, y habían callado los bosques y las [feroces
llanuras, cuando giran los astros en mitad de su caída,
cuando enmudece todo campo, los ganados y las pintadas [aves,
cuanto los líquidos lagos y cuanto los campos erizados
de zarzas habita, entregado al sueño bajo la noche callada.
Mas no la fenicia de infeliz corazón, en ningún momento
se abandona al sueño o acoge en sus ojos o en su pecho
a la noche: se le doblan las penas y alzándose de nuevo
amor la mortifica y fluctúa en gran tormenta de ira.
Así vuelve a insistir y así da vueltas consigo en su corazón:
«¿Qué hago, ay! ¿He de servir de burla a mis antiguos
pretendientes? ¿Buscaré matrimonio suplicante entre los [númidas,
a quienes ya tantas veces desdeñé como maridos?
¿He de seguir si no a las naves de Ilión y las orgullosas
órdenes de los teucros? ¿Tal vez por la ayuda con la que les [salvé
aún permanece en su memoria el agradecimiento por mi [acción?
Mas aun si así lo quiero, ¿quién lo permitirá y odiosa
me acogerá en las naves soberbias? ¿Acaso no lo sabes, pobre [de ti,
y no conoces aún los perjurios del pueblo de Laomedonte?
¿Qué, entonces? ¿Acompañaré sola en su huida a los victo-[riosos marinos
y con los tirios y todo el apretado grupo de los míos
me dejaré llevar lanzando de nuevo a las aguas a cuantos a la [fuerza
arranqué de la ciudad sidonia y ordenaré dar velas al viento?
No, no. Muere, te lo has ganado, y aleja tu sufrir con la espada.

Tú vencida por mis lágrimas, tú, hermana mía, mi locura
cargas la primera de desgracias y me ofreces al enemigo.
No he podido pasar mi vida sin bodas y sin culpa,
como las fieras salvajes, sin probar cuitas tales;
no he mantenido la palabra dada a las cenizas de Siqueo».
Lamentos tan grandes rompía ella en su pecho.

Eneida, IV, 522-553
(R. F. B.)[33]

111. Entrada de Eneas y Sibila en el Infierno

Dioses a quienes cumple el gobierno de las almas y sombras [calladas
y Caos y Flegetonte, mudos lugares de la inmensa noche:
pueda yo repetir lo que sé, pueda por vuestro numen
abrir secretos sepultados en la calígine del fondo de la tierra.
Iban oscuros por las sombras bajo la noche solitaria
y por las moradas vacías de Dite y los reinos inanes:
como el camino bajo una luz maligna que se adentra en los [bosques
con una luna incierta, cuando ocultó Júpiter el cielo
con sombra y a las cosas robó su color la negra noche.
Ante el mismo vestíbulo y en las bocas primeras del Orco
el Luto y las Cuitas de la venganza su cubil instalaron,
y habitan los pálidos Morbos y la Senectud triste,
y el Miedo y Hambre mala consejera y la Pobreza torpe,
figuras terribles a la vista, y la Muerte y la Fatiga;
el Sopor además, pariente de la Muerte, y los malos Gozos
de la mente y, en el umbral de enfrente, la Guerra mortal
y los tálamos de hierro de las Euménides y la Discordia en- [furecida
enlazado su cabello de víboras con cintas ensangrentadas.

En medio extiende sus ramas y los brazos añosos
un olmo tupido, ingente, donde se dice que habitan
los Sueños vanos, agazapados bajo sus hojas.
Y muchas visiones además de variadas fieras,
los Centauros tienen sus establos en esta puerta y las Escilas
[biformes
y Briareo el de cien brazos y de Lerna el horrísono
monstruo, y la Quimera armada de llamas,
Gorgonas y Harpías y la figura de la sombra de tres cuerpos.
Empuña entonces Eneas su espada presa de un miedo
repentino y ofrece su agudo filo a los que llegan,
y, si su docta compañera no le mostrase las tenues vidas
sin cuerpo que vuelan fantasmas de una imagen hueca,
se lanzaría y en vano azotaría a las sombras con su espada.

Eneida, VI, 264-294
(R. F. B.) (33)

112. Griegos y romanos en palabras de Anquises

Labrarán otros con más gracia bronces animados
(no lo dudo), sacarán rostros vivos del mármol,
dirán mejor sus discursos, y los caminos del cielo
trazarán con su compás y describirán el orto de los astros:
tú, romano, piensa en gobernar bajo tu poder a los pueblos
(éstas serán tus artes), y a la paz ponerle normas,
perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios.

Eneida, VI, 847-853
(R. F. B.) (33)

113. Segundo prólogo: el rey Latino y la situación de Italia a la llegada de los troyanos

Ahora, ea, Erato. He de contar qué reyes, qué tiempos,
cuál era en el Lacio antiguo el estado de las cosas,
cuando un ejército extranjero llevó su flota
a las costas ausonias, y cantaré el origen de la lucha primera.
Tú, diosa, ilumina tú al vate. He de decir guerras horribles,
he de decir ejércitos formados y reyes que el valor condujo a [la muerte
y las tropas tirrenas y toda entera sometida a las armas
Hesperia. Se alza ante mí una serie mayor de sucesos,
emprendo una obra aún más grande.
Reinaba el rey Latino,
ya anciano, en larga paz sobre campos y tranquilas ciudades.
Que era éste nacido de Fauno y la Ninfa laurente Marica
sabemos; Pico fue el padre de Fauno y a ti, Saturno,
por padre te tiene éste: eres tú el origen remoto de esta sangre.
No tenía hijo Latino por sino de los dioses ni le quedaba
de varones prole alguna, que había perdido en el surgir de la [primera juventud.
Sola guardaba su casa y posesiones tan grandes una hija,
madura ya para varón, ya con los años de casar cumplidos.
Muchos la pretendían del gran Lacio y de Ausonia
entera; la pretendía el más bello que todos los otros,
Turno, poderoso de abuelo y bisabuelo, a quien la regia es- [posa
animaba con ansia sorprendente a unírsele por yerno;
mas portentos divinos lo impiden con terrores diversos.

Eneida, VII, 37-58
(R. F. B.) (33)

114. Juno abre las Puertas de la Guerra

Esta costumbre había en Lacio de Hesperia, que siempre las
[ciudades
albanas guardaron por sagrada, y hoy la mayor de todas,
Roma, la guarda, cuando citan a Marte al inicio del combate
y la guerra lacrimosa deciden llevar a los getas,
los hircanos o los árabes, o marchar sobre el Indo
y seguir a la Aurora y arrebatar los estandartes a los partos.
Son dos las Puertas de la Guerra (con este nombre las lla-
sagradas por el culto y el terror del fiero Marte; [man),
cien tirantes de bronce las cierran y postes eternos
de hierro, y no falta a la entrada Jano guardián.
Cuando es definitiva la decisión de combatir en los padres,
el cónsul en persona, con la trábea quirinal y el ceñidor
gabino revestido, abre sus hojas chirriantes,
en persona convoca a la guerra; le sigue después la juventud
y con ronco asenso soplan sus cuernos de bronce. [entera
Por eso también así se ordenaba a Latino según la costumbre
la guerra declarar a los Enéadas y abrir las tristes puertas.
Se abstuvo el padre de su contagio y rehuyó sin mirar
el ingrato ministerio y se escondió en ciegas sombras.
Entonces la reina de los dioses bajando del cielo con su
empuja las tardas hojas y la hija de Saturno [mano
rompe, girando el gozne, los herrados postes de la Guerra.

Eneida, VII, 601-622
(R. F. B.) (33)

115. Descripción de Camila

A éstos se añadió Camila, del pueblo de los volscos,
con una columna de jinetes y huestes florecientes de bronce,
guerrera, no como la que acostumbró sus manos de mujer
a la rueca y los castillos de Minerva, sino joven hecha a sufrir
duros combates y a ganar con el correr de sus pies a los [vientos.
Ella volaría sobre las crestas de un sembrado
sin tocarlas, ni rozaría en su carrera las tiernas espigas;
o en medio del mar suspendida sobre las olas hinchadas
se abriría camino sin que las aguas tocasen sus plantas veloces.
A ella la contempla la juventud entera saliendo de casas
y campos, y no la pierden de vista al pasar las madres,
con la boca abierta de asombro ante el regio adorno de púr- [pura
que cubre sus hombros suaves o la fíbula de oro
que trenza su cabello, de cómo lleva ella misma su aljaba
licia o el mirto pastoril rematado en punta.

Eneida, VII, 803-817
(R. F. B.) (33)

116. El escudo de Eneas

Mas Venus, la blanquísima diosa, se presenta entre nubes
etéreas llevando sus dones; y cuando vio a su hijo solitario
a lo lejos en un apartado valle junto a las frescas aguas,
se le apareció y le habló con estas palabras:
«Aquí tienes la ayuda prometida del arte
de mi esposo. No dudes ya, hijo, en entrar en combate
contra los orgullosos laurentes y el fiero Turno».
Dijo, y buscó Citerea los abrazos del hijo
y enfrente colocó las armas brillantes bajo una encina.

Él, satisfecho con los presentes de la diosa y por honor tan
no podía saciarse de mirar todo con sus ojos, [grande,
y se asombra, y entre brazos y manos da vueltas
al yelmo terrible con su penacho y que llamas vomita,
y a la espada portadora de muerte y la rígida loriga de bronce;
color de sangre, inmensa, cual la nube cerúlea cuando
se enciende con los rayos del sol y brilla a lo lejos.
Después las bruñidas grebas de electro y oro refinado,
y la lanza, y la trama indescriptible del escudo.
Aquí las hazañas ítalas y las gestas triunfales de los romanos,
conocedor de vaticinios y no ignorante de la edad por llegar,
había representado el señor del fuego; aquí toda la raza de la
estirpe de Ascanio y las guerras libradas por orden. [futura

Eneida, VIII, 608-629
(R. F. B.) (33)

117. La batalla de Accio

En el centro escuadras de bronce, las guerras de Accio,
aparecían, y toda Leucate podía ver hirviendo
con Marte en formación y las olas refulgiendo en oro.
A este lado César Augusto guiando a los ítalos al combate
con los padres y el pueblo, y los Penates y los grandes dioses,
en pie en lo alto de la popa, al que llamas gemelas le arrojan
las espléndidas sienes y el astro de su padre brilla en su cabeza.
En otra parte Agripa, con los vientos y los dioses de su lado
guiando altivo la flota; soberbia insignia de la guerra,
las sienes rostradas le relucen con la corona naval.
Al otro lado, con tropa variopinta de bárbaros, Antonio,
vencedor sobre los pueblos de la Aurora y el rojo litoral,
Egipto y las fuerzas de Oriente y la lejana Bactra
arrastra consigo, y le sigue (¡sacrilegio!) la esposa egipcia.

Todos se enfrentaron a la vez y espumas echó todo el mar
sacudido por el refluir de los remos y los rostros tridentes.
A alta mar se dirigen; creerías que las Cícladas flotaban
arrancadas por el piélago o que altos montes con montes
[chocaban,
en popas almenadas de mole tan grande se esfuerzan los
[hombres.
Llama de estopa con la mano y hierro volador con las flechas
arrojan, y enrojecen los campos de Neptuno con la nueva
[matanza.
La reina en el centro convoca a sus tropas con el patrio sistro
y aún no ve a su espalda las dos serpientes.
Y monstruosos dioses multiformes y el ladrador Anubis
empuñan sus dardos contra Neptuno y Venus
y contra Minerva. En medio del fragor Marte se enfurece
en hierro cincelado, y las tristes Furias desde el cielo,
y avanza la Discordia gozosa con el manto desgarrado
acompañada de Belona con su flagelo de sangre.
Apolo Accíaco, viendo esto, tensaba su arco
desde lo alto; con tal terror todo Egipto y los indos,
toda la Arabia, todos los sabeos sus espaldas volvían.
A la misma reina se veía, invocando a los vientos,
las velas desplegar y largar y largar amarras.
La había representado el señor del fuego pálida entre los
[muertos
por la futura muerte, sacudida por las olas y el Yápige;
al Nilo, enfrente, afligido con su enorme cuerpo
y abriendo su seno y llamando con todo el vestido
a los vencidos a su regazo azul y a sus aguas latebrosas.

Eneida, VIII, 675-713
(R. F. B.) [33]

118. Turno mata a Palante

Turno a su vez la madera que acaba en punta de hierro
blande largo tiempo y contra Palante la arroja y así exclama:
«¡Mira si mi arma no es más penetrante!».
Había dicho, y el escudo, tantas capas de hierro y de bronce
al que tantas veces da vuelta una piel de toro,
la punta lo traspasa por el centro con golpe vibrante
y perfora la defensa de la loriga y el pecho enorme.
Arranca Palante en vano el arma caliente de la herida:
por el mismo camino salen la sangre y la vida.
Cayó sobre la herida (sobre él resonaron sus armas)
y besa al morir con boca ensangrentada la tierra enemiga.
Turno alzándose sobre él:
«Acordaos, arcadios –dice–, de mis palabras y llevadlas
a Evandro: le devuelvo a Palante según ha merecido.
Sea cual sea el honor de un túmulo, sea cual sea el consuelo
[de un sepulcro,
se lo concedo. No le va a costar poco de Eneas
la hospitalidad». Y así que hubo hablado aplastó con el pie
izquierdo al muerto robándole del cinturón el peso enorme
con el crimen grabado: el grupo de jóvenes asesinados
a la vez en la noche de bodas horriblemente y los lechos de
[sangre,
que había trabajado en mucho oro el Eurítida Clono;
con este despojo pasea Turno en triunfo, gozoso por tenerlo.
¡Corazón de los hombres que ignora el destino y la suerte
[futura
y respetar soberbio la medida en la ocasión favorable!
Día vendrá en que el gran Turno deseará haber cobrado
un buen rescate por la vida de Palante y odiará estos despojos
y esta hora. Mas sus compañeros entre lágrimas y muchos
[gemidos
se llevan en gran número a Palante sobre su escudo.
¡Ay, tú, que volverás gloria grande y dolor a tu padre!

Este día primero te metió en la guerra y este mismo te saca,
y dejas sin embargo de rútulos montones inmensos.

Eneida, X, 479-509
(R. F. B.)[33]

119. Últimas palabras y muerte de Mecencio

Y entonces con gran grito a Eneas gritó por tres veces.
Eneas le reconoció al punto y alegre suplica:
«¡Así lo quiera el padre de los dioses, así el alto Apolo!
¡Empieza de una vez a pelear!».
Sólo esto dijo y sale al encuentro del asta enemiga.
Y el otro: «¿Crees asustarme cuando a mi hijo me has robado,
más que cruel? Éste era el único camino para perderme:
ni a la muerte tememos ni respetamos a ninguno de los dioses.
Déjalo, pues vengo a morir y te traigo primero
estos presentes». Dijo y disparó su dardo contra el enemigo;
luego le lanza otro y otro más que van volando
en gran giro, pero aguanta firme el escudo de oro.
Tres vueltas cabalgó a su alrededor hacia la izquierda
lanzando dardos con la mano, tres veces gira sobre sí el [héroe de Troya
aguantando en su cubierta de bronce un bosque inmenso.
Luego de resistir largo tiempo, de arrancar cansado
tantas puntas y apurado por sostener un desigual combate,
tras planear muchas cosas en su pecho salta por fin y entre
las cavas sienes del caballo guerrero clava su lanza.
Se alza sobre sus patas el cuadrúpedo y con los cascos
sacude el aire, y cayendo sobre el jinete derribado
lo traba y se le viene encima de cabeza con una pata rota.
Con sus gritos alcanzan el cielo latinos y troyanos.
Vuela Eneas hacia allí y desenvaina la espada

y, desde arriba: «¿Dónde está ahora el agrio Mecencio
y la fiereza aquella de tu corazón?». Por respuesta el etrusco,
cuando mirando al cielo se bebió las auras y recobró el sentido:
«Amargo enemigo, ¿por qué me gritas y amenazas de muerte?
No hay delito en matarme, ni así llegué al combate,
ni mi Lauso me hizo este pacto contigo.
Sólo esto te pido, si algo puede pedir el enemigo derrotado:
que permitas que la tierra cubra mi cuerpo. Sé que acechan
odios amargos de los míos: aléjame de ese furor, te ruego,
y entrégame, compañero de mi hijo, al sepulcro».
Así habla, y a sabiendas recibe la espada en su garganta
y vierte la vida sobre las armas entre olas de sangre.

Eneida, X, 873-908
(R. F. B.) (33)

120. Júpiter y Juno hacen las paces

Entre tanto a Juno el rey del todopoderoso Olimpo,
como de una rubia nube seguía el combate, le dice:
«¿Cuál será ya el final, esposa mía? ¿Qué es lo que queda ya?
Sabes bien, y así lo reconoces, que al cielo se debe Eneas
como dios tutelar de la patria, y que a las estrellas lo han de [alzar los hados.
¿Qué estás tramando o con qué esperanza te agarras a las [nubes heladas?
¿Fue justo mancillar a un dios con herida mortal?
¿Y la espada (pues qué podría Yuturna sin ti),
entregársela a Turno y acrecentar la fuerza del vencido?
Déjalo ya por fin y pliégate a mis ruegos,
que no te devore en silencio un dolor tan grande ni me lle- [guen
de tu dulce boca con tanta frecuencia amargos reproches.

Hemos llegado al final. Has podido sacudir a los troyanos
por tierra y por mar, encender una guerra nefanda,
destrozar una casa y cubrir de luto un himeneo:
que vayas más allá, te lo prohíbo». Así comenzó Júpiter;
así le contestó la diosa Saturnia con la mirada baja:
«Porque sabía bien que era ésa tu voluntad, gran Júpiter,
he abandonado muy a mi pesar a Turno y sus tierras;
y no me verías tú ahora, sola en mi sede del aire
aguantando lo que debo y lo que no: estaría junto a las filas
revestida de Lamas y arrastraría a los teucros a acerbos com-
[bates.
Persuadí (lo confieso) de que ayudase a su pobre hermano
a Yuturna y vi bien que por su vida intentase empresas ma-
[yores,
aunque no, sin embargo, que el arco tensara y las flechas;
lo juro por las fuentes implacables del río estigio,
el solo temor religioso que se asignó a los dioses del cielo.
Y ahora me aparto en verdad y abandono los odiados com-
[bates.
Sólo esto, que no está fijado por ley alguna del destino,
te pido por el Lacio, por la grandeza de los tuyos:
puesto que ya preparan la paz con felices (así sea)
matrimonios, puesto que ya firman leyes y pactos,
no permitas que cambien los naturales del Lacio
su antiguo nombre o se hagan troyanos y se les llame teucros,
o que cambien su lengua esos hombres o alteren de vestir su
[forma.
Que sea el Lacio, que por los siglos sean los reyes albanos,
sea por el valor de los ítalos poderosa la estirpe romana.
Sucumbió, y deja que así sea, Troya junto con su nombre».
Sonriéndole, el autor de los hombres y de las cosas:
«Eres la hermana de Jove y el segundo vástago de Saturno.
Agitas en tu pecho olas tan grandes de enojo...
Pero, ea, deja ese furor que en vano concebiste:
te concedo lo que quieres y me rindo, vencido y satisfecho.

Conservarán los ausonios su lengua y las costumbres de su
y como es será su nombre; mezclados sólo de sangre, [patria
los teucros se les agregarán. Costumbres y ritos sagrados
les daré y a todos haré latinos con una sola lengua.
La estirpe que de aquí nacerá, mezclada con la sangre auso-
verás que supera en piedad a los hombres y a los dioses [nia,
y ningún pueblo te rendirá culto como ellos».
Asintió a esto Juno y, satisfecha, cambió sus deseos;
en ese momento abandona el cielo y deja la nube.

Eneida, XII, 791-842
(R. F. B.) (33)

HORACIO

Poseemos muchos datos acerca de la vida de Horacio (65-8 a.C.) y de su carrera poética, no sólo porque los biógrafos antiguos o los comentaristas se hayan ocupado de él, sino porque supo convertirlos en material poético. De condición social humilde, hijo de liberto, recibió una educación esmerada gracias a los desvelos de su padre y pudo figurar en la elite intelectual y política de Roma en el momento de su máxima expansión: este dato, para otros triunfalista, se transforma en su obra en un motivo de humildad, de falta de vanidad y de sentido del límite, dándonos una de las claves de la vida y de la estética horacianas. A diferencia de Catulo o Propercio, Horacio tiene una presencia mucho más real en su obra y sin embargo su individualismo es mucho menor. Ello es debido a que, aunque sean él mismo y sus cosas propias el objeto de contemplación, en lo visto no hay nada exclusivo suyo, sino que su yo poético aparece rodeado de circunstancias, sean caracterológicas, amistosas o políticas, que lo hacen comprensible para todos. Horacio es un maestro en hablar de sí mismo de manera significativa, uno de esos raros egocéntricos que nunca aburren.

Sus cualidades poéticas afloran en toda su obra: en las Sátiras, *de tono crítico y conversacional; en las* Epístolas, *más re-*

flexivas y moralizantes, y, sobre todo, en su poesía lírica, Epodos *(en su origen poesía de maldición, en versos yámbicos) y* Odas *(exquisitos poemas, en versos y estrofas a la manera eolia), donde exhibe un refinado sentido de la forma. No se trata sólo de que lo dicho y la forma de decirlo, en verso conciso, donde cada palabra encaja con virtuosismo en una posición jamás inerte, sean inseparables, sino sobre todo de la riqueza de movimientos a lo largo del poema, de esas sutiles transiciones entre estrofas por medio de ricas imágenes o de breves enunciados abstractos, llenos de sentido, que dan paso a finales inesperados y epigramáticos o a los anticlímax suaves y prolongados. Horacio es equilibrio en movimiento, tan rico en tonos variados y en matices delicados, con un humor tan fino y una ironía tan certera, que al tiempo que se ha mostrado inimitable en su forma, ha estimulado siempre la creatividad de los mejores ingenios de la lírica de todos los tiempos.*

121. A Mecenas

Irás en bajeles liburnos entre los elevados baluartes de las naves, amigo, dispuesto a afrontar con tu propio riesgo, oh Mecenas, todos los peligros de César.

¿Qué haremos nosotros, para quienes la vida es grata si tú estás a salvo, y penosa en caso contrario? ¿Buscaremos quizá, como has aconsejado, un sosiego, amargo si no es a tu lado, o soportaremos esta prueba con el espíritu con que deben soportarla los varones recios? La soportaremos, y te seguiremos con ánimo valiente ya sea a través de las cumbres de los Alpes y el Cáucaso inhospitalario, ya sea hasta el golfo más extremo de Occidente.

¿Preguntas cómo puedo ayudar a tu tarea con mi esfuerzo, calmoso y enfermizo como soy? Acompañándote, habré de tener menos miedo; mayor es el miedo que se apodera de

los que están lejos: igual que el pájaro, posado cerca de sus polluelos implumes, teme más la llegada de la serpiente si los abandona que si se queda a su lado, no pudiendo, sin embargo, prestarles más ayuda, aunque estuviera con ellos.

De buen grado serviré en esta guerra y en cualquier otra, esperando alcanzar tu favor, no para que aumente el número de mis bueyes que, uncidos, tiran de los arados, ni para que mi ganado se traslade antes de la estación calurosa de los pastos de Calabria a los de Lucania, ni para que mi quinta, resplandeciente de blancura, alcance las murallas circeas de Túsculo, alzada sobre un monte. Harto y sobradamente me ha enriquecido tu benevolencia; no pienso acumular riquezas para esconderlas bajo tierra como el avariento Cremes, o para dilapidarlas cual heredero de túnica desceñida.

Épodos, 1
(V. C. L.) [34]

122. *Beatus ille...*

«Dichoso aquel que, lejos de ocupaciones, como la primitiva raza de los mortales, labra los campos heredados de su padre con sus propios bueyes, libre de toda usura, y no se despierta, como el soldado, al oír la sanguinaria trompeta de guerra, ni se asusta ante las iras del mar, manteniéndose lejos del foro y de los umbrales soberbios de los ciudadanos poderosos.

Así pues, ora enlaza los altos álamos con el crecido sarmiento de las vides, ora contempla en un valle apartado sus rebaños errantes de mugientes vacas, y amputando con la podadera las ramas estériles, injerta otras más fructíferas, o guarda las mieles exprimidas en ánforas limpias, o esquila las ovejas de inestables patas.

O bien, cuando Otoño ha levantado por los campos su cabeza engalanada de frutos maduros, ¡cómo goza recolectando las peras injertadas y vendimiando la uva que compite con la púrpura, para ofrendarte a ti, Príapo, y a ti, padre Silvano, protector de los linderos!

Agrádale tumbarse unas veces bajo añosa encina, otras sobre el tupido césped; corren entretanto las aguas por los arroyos profundos, los pájaros dejan oír sus quejas en los bosques y murmuran las fuentes con el ruido de sus linfas al manar, invitando con ello al blando sueño.

Y cuando la estación invernal de Júpiter tonante apresta lluvias y nieves, ya acosa por un sitio y por otro con sus muchas perras a los fieros jabalíes hacia las trampas que les cierren el paso, ya tiende con una vara lisa sus redes poco espesas, engaño para los tordos glotones, y captura con lazo la tímida liebre y la grulla viajera, trofeos que le llenan de alegría.

¿Quién, entre tales deleites, no se olvida de las cuitas desdichadas que el amor conlleva?...»

Épodos, 2, 1-38
(V. C. L.) (34)

123. Jurar en vano

Era de noche y la luna brillaba en el cielo sereno entre los astros menores, cuando tú, dispuesta a ofender la divinidad de los dioses soberanos, jurabas sobre mis palabras, pegándote a mí con tus brazos enredadizos más apretadamente que se adhiere la yedra a la encina enhiesta, que, mientras el lobo fuera enemigo del rebaño y Orión, funesto para los nautas, hiciera encresparse el mar en invierno, y mientras la brisa agitara los cabellos intonsos de Apolo, este amor sería recíproco.

¡Ah, Neera, cuánto sufrirás por mi orgullo varonil!, pues si en Flaco hay algo de varón, no aguantará que tú dediques una tras otra tus noches a otro, prefiriéndole a él, y, en su rabia, buscará un amor que le corresponda; su porfía no cejará ante tu hermosura ofendida una sola vez, si es que el resentimiento ha penetrado en él con verdadero fundamento.

Y tú, quienquiera seas el que más feliz que yo y ufanándote de mi desgracia paseas, ¡ojalá seas rico en ganado y en extensión de tierras!, ¡fluya para ti el Pactolo, no encierren para ti secreto alguno los arcanos del resucitado Pitágoras, y superes en galanía a Nireo! ¡Ay!, ¡ay!, llorarás cuando veas tus amores trasladados a otro. Entonces yo, a mi vez, me reiré de ti.

Épodos, 15
(V. C. L.) [34]

124. A Sestio

Dilúyese el riguroso invierno con el retorno plácido de la primavera y del Favonio; las máquinas arrastran las quillas secas; y ya ni el ganado se goza con los establos, ni el labrador con el fuego, ni blanquean los prados cubiertos de canas escarchas; ya la Citerea Venus guía los coros a la luz de la luna y las Gracias hermosas, unidas a las Ninfas, golpean alternativamente el suelo con su pie; en tanto, el ardiente Vulcano va a inspeccionar las fraguas laboriosas de los Cíclopes.

Ahora es el momento de coronar la cabeza esplendente con verde mirto o con la flor que producen las esponjadas glebas; ahora también es momento de hacer sacrificios a Fauno en los bosques umbríos, ya lo reclame de cordera o lo prefiera de cabrito.

La pálida Muerte golpea con pie igualitario las cabañas de los pobres y las torres de los ricos. ¡Oh Sestio afortunado! La breve suma de la vida nos prohíbe poner cimientos a una esperanza larga. Enseguida la noche, los Manes de la leyenda y la enjuta morada de Plutón te harán su víctima; tan pronto como hayas partido hacia allí, no sortearás con los dados la realeza en el vino, ni admirarás al tierno Lícidas, por quien los jóvenes todos se enardecen hoy y por quien mañana las muchachas se encandilarán.

Odas, I, 4
(V. C. L.) (34)

125. A Pirra

¿Qué esbelto muchacho en alfombra de rosas, ungido todo con líquidos perfumes, te abraza, Pirra, al cobijo de amena gruta?, ¿para quién te sueltas la rubia cabellera, sencilla en tus ornatos?

¡Ay!, ¡cuántas veces llorará las promesas quebrantadas y la mudanza de los dioses, y, desacostumbrado a ello, contemplará estupefacto los mares encrespados por negros vientos, él, que goza crédulo ahora de tu momento dorado, que espera encontrarte disponible siempre, complaciente siempre, sin acordarse de la brisa falaz!

¡Desgraciados aquellos ante quienes resplandeces sin que te hayan conocido!

En cuanto a mí, la pared del templo testimonia en una tabla votiva que he dejado colgadas mis vestiduras mojadas como ofrenda al dios que gobierna en el mar.

Odas, I, 5
(V. C. L.) (34)

126. A Taliarco

Ves cómo el Soracte se yergue blanco por una profunda capa de nieve, y no pueden ya los bosques sostener el peso que les agobia, y los ríos se han inmovilizado por efecto del hielo penetrante.

Disipa el frío echando leños en abundancia sobre el hogar y saca, oh Taliarco, con más generosidad aún, un vino de cuatro años de un ánfora sabina de dos asas. Deja lo demás al cuidado de los dioses; tan pronto como ellos han puesto calma en los vientos que combatían sobre la encrespada llanura del mar, dejan de agitarse los cipreses y los vetustos olmos.

Huye de preguntarme qué va a ser del mañana, y ten como ganancia el día, cualquiera sea, que la Fortuna te dé; no desprecies, tú que eres joven, los dulces amores y los bailes en corro, en tanto que la tarda vejez se mantiene lejos de tu vigor.

Ahora debes frecuentar, a la hora prevista, la palestra y las plazas públicas, donde se escuchan callados susurros a la caída de la tarde; ahora, la placentera risa que delata a tu amiga, escondida en un recóndito rincón, y la prenda arrancada a sus brazos o a su dedo, que apenas ofrece resistencia.

Odas, I, 9
V. C. L.) (34)

127. *Carpe diem*

Tú no preguntes –¡pecado saberlo!– qué fin a mí, cuál a ti dieron los dioses, Leucónoe, ni las babilonias cábalas consultes.

¡Cuánto mejor soportar lo que venga, ya si muchos inviernos nos ha concedido Júpiter o si es el último este que ahora deja sin fuerzas al mar Tirreno batiéndolo contra los escollos que se le enfrentan!

Sé sabia, filtra el vino y, siendo breve la vida, corta la esperanza larga. Mientras estamos hablando, habrá escapado envidiosa la edad: aprovecha el día, fiando lo menos posible en el que ha de venir.

Odas, I, 11
(V. C. L.) [34]

128. A Lidia

Los jóvenes osados no golpean tan frecuentemente con toques continuos tus ventanas cerradas, ni te roban el sueño; y la puerta, que antaño muy complaciente movía los goznes, gusta ahora del umbral; escuchas menos y menos ya aquello de «¿Duermes, Lidia, mientras yo, que soy tuyo, me consumo a lo largo de las noches?».

Llegará el tiempo en que tú, vieja casquivana, llorarás el desprecio de los libertinos en un callejón solitario, mientras el viento de Tracia aumenta su furia al ocultarse la luna, cuando el amor ardiente y la pasión, que suele enloquecer a las madres de los potros, muestre su crudeza en torno a tu hígado llagado, y te quejarás de que la ufana juventud se goce más con la hiedra verde y el oscuro mirto, y de que consagre las ramas secas al Hebro, compañero del invierno.

Odas, I, 25
(V. C. L.) [34]

129. Al poeta Tibulo

Albio, no te angusties más de la cuenta recordando a la cruel Glícera ni cantes incesantemente patéticas elegías, porque, roto vuestro compromiso, uno más joven que tú te haya adelantado en su favor.

A Licóride, famosa por su estrecha frente, la abrasa el amor de Ciro; Ciro, en cambio, se inclina por la áspera Fóloe; pero antes se juntarán las cabras con los lobos de Apulia que Fóloe caiga en las redes de ese desvergonzado libertino. Tal es el parecer de Venus, a quien place, con juego cruel, poner bajo yugo de bronce formas y espíritus dispares. Incluso a mí, aunque una Venus mejor me pretendía, retúvome con plácida cadena la liberta Mírtale, más iracunda que las olas del Adriático, que socava los golfos calabreses.

Odas, I, 33
(V. C. L.) (34)

130. *Aurea mediocritas*

Más rectamente vivirás, Licinio, si dejas de navegar siempre por alta mar y evitas acercarte demasiado al litoral peligroso, al tiempo que, con cautela, sientes horror ante las borrascas.

El que elige la dorada medianía, carece, bien protegido, de la sordidez de una casa vieja; carece, en su sobriedad, de un palacio que cause envidia.

Los vientos zarandean con más frecuencia el pino alto, y las torres elevadas caen con más grave derrumbamiento, hiriendo los rayos los picos más altos de las montañas.

El pecho bien preparado aguarda una suerte distinta en las situaciones desfavorables, la teme en las propicias.

Júpiter trae los desapacibles inviernos, él mismo se los lleva. Si ahora te va mal, no será así también en el futuro; de vez en cuando provoca Apolo con su cítara a la musa silenciosa y no siempre tiende su arco.

En los momentos difíciles muéstrate animoso y fuerte; mas también aprende a replegar las velas hinchadas por un viento demasiado favorable.

Odas, II, 10
(V. C. L.) (34)

131. A Mecenas, negándose a cantar

No quieras que acomode a los ritmos suaves de mi cítara los prolongados combates ante la fiera Numancia, ni al duro Aníbal, ni el mar sículo, enrojecido por la sangre púnica, ni a los crueles Lápitas y a Hileo, desmedido en el uso del vino, ni a los hijos de la Tierra, domeñados por la mano de Hércules, ante cuyo peligro se estremeció el refulgente palacio del viejo Saturno.

Además, tú narrarás mejor, ¡oh Mecenas!, en historias en prosa las guerras de César y los cuellos de los reyes amenazadores conducidos por las calles.

En cuanto a mí, la Musa ha querido que cantara dulces canciones a Licimnia, tu dueña; ha querido que cantara sus ojos que irradien resplandores, y su corazón totalmente fiel a vuestros recíprocos amores; ella, a quien no hizo desmerecer ni el acercar su pie a los corros, ni el competir en la chanza, ni el dar sus brazos en diversión a las doncellas hermosas en el día festivo de la ilustre Diana.

¿Acaso querrías cambiar tú lo que poseyó el rico Aquemenes, o las riquezas migdonias de la fecunda Frigia, o las opulentas mansiones de los árabes, por un cabello de Licimnia,

cuando hurta su cuello a tus ardientes besos, y los niega con afable desdén, aunque de su robo se alegre más ella que quien se los pide, o se adelanta a veces a robarlos?

Odas, II, 12
(V. C. L.) [34]

132. A los romanos

Tú, romano, expiarás inmerecidamente los delitos de tus mayores, hasta que hayas reconstruido los templos, las moradas ruinosas de los dioses y sus imágenes ensuciadas por el negro humo.

Conservas el imperio por conducirte humildemente ante los dioses: de aquí todo principio, hacia aquí debes guiar el fin. Los dioses, por haber sido despreciados, ocasionaron muchas desgracias a la enlutada Hesperia. Ya por dos veces Moneses y la tropa de Pácoro desbarataron nuestros ataques, emprendidos bajo auspicios desfavorables, y se afanan de haber añadido nuestros despojos a sus delgados collares. El dacio y el etíope casi arrasaron la ciudad, entregada a las revueltas, éste temible por su flota, más ducho aquél disparando flechas. Unas generaciones fecundas en culpa mancillaron primeramente sus nupcias, y luego su linaje y sus casas: de esta fuente emanó el desastre y recayó sobre la patria y el pueblo.

La doncella casadera se goza en aprender las danzas de Jonia y se recompone con artificios; ya incluso ahora, desde su más tierna infancia, planea amores impúdicos. Más tarde busca amantes más jóvenes entre los que acompañan a su marido cuando bebe, y no elige a uno para darle furtivamente placeres prohibidos lejos de las lucernas, sino que, a

una orden dada, se pone en pie delante de todos, no sin el consentimiento de su marido, tanto si la llama un mercader, como si es el capitán de una nave hispana, comprador adinerado de sus desvergüenzas.

No de padres tales había nacido la juventud que tiñó el mar con sangre púnica y dio muerte a Pirro, al grandioso Antíoco y el cruel Aníbal; sino la prole varonil de soldados nacidos en el campo, avezada a remover la gleba con azadones sabelios y a llevar troncos cortados a una orden de su severa madre, cuando el sol trasladaba la sombra de los montes y retiraba el yugo de los cansados bueyes trayéndoles el tiempo de descanso lejos del carro.

¿Qué no ha erosionado el corrosivo día? La generación de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos engendró a nosotros, más perversos aún, quienes habremos de procrear con el paso del tiempo una prole más viciosa todavía.

Odas, III, 6
(V. C. L.) (34)

133. A la fuente de Bandusia

¡Oh fuente de Bandusia, más transparente que el vidrio, digna del dulce vino y también de las flores!, mañana tendrás la oblación de un cabrito, al que su frente abultada, con los cuernos que ya le apuntan, al amor y a los combates lo destina –aunque en vano, pues manchará con su sangre escarlata tus aguas heladas, retoño de grey lasciva.

A ti la hora implacable de la bochornosa Canícula no sabe tocarte; tú ofreces el frescor placentero a los toros, fatigados del arado, y al ganado errante.

Serás contada tú también entre las fuentes famosas, si yo canto a la encina que se asienta sobre las huecas rocas de las que brotan tus linfas murmuradoras.

Odas, III, 13
(V. C. L.) (34)

134. Un monumento más perenne que el bronce

He levantado un monumento más perenne que el bronce y más alto que la regia construcción de las pirámides, que ni la lluvia voraz, ni el Aquilón desenfrenado podrán derruir, ni la innumerable sucesión de años y la fuga de las generaciones.

No moriré por completo y mucha parte de mí se librará de Libitina; yo creceré sin cesar renovado por el elogio de la posteridad, mientras al Capitolio ascienda el pontífice acompañado de la silenciosa vestal.

De mí se dirá, por donde resuena el violento Aufido y por donde Dauno, pobre en agua, reinó sobre tribus campesinas, que, llegando a ser influyente, aunque de origen humilde, trasladé el primero la canción eólica a los ritmos de Italia.

Acepta el honor que mis méritos te han procurado y ciñe propicia mi cabellera, Melpómene, con laurel de Delfos.

Odas, III, 30
(V. C. L.) (34)

135. No se puede imitar a Píndaro

El que se afana en imitar a Píndaro, Julo, se vale de alas de cera, dedálico invento, para acabar dando nombres al mar cristalino.

Descendiendo del monte como un río, al que las lluvias acrecieron por encima de sus riberas de siempre, hierve Píndaro, e inmenso se precipita con voz profunda, digno de ser premiado con laurel apolinar, tanto si en ditirambos atrevidos profiere palabras nuevas, como si se deja llevar por ritmos libres de ley; si canta a los dioses y a los reyes, sangre de los dioses, por quienes sucumbieron con merecida muerte los Centauros y sucumbió la llama de la terrible Quimera; o si elogia a aquellos a quienes la palma elea les hace regresar a su casa alzados hasta el cielo, ya púgil o caballo, y les obsequia con un regalo más valioso que cien estatuas; o si se lamenta por el joven arrebatado a su llorosa prometida, y sus fuerzas y valor y costumbres brillantes como el oro las pone por las estrellas y al negro Orco se lo sustrae.

Mucha brisa sostiene el cisne dirceo, Antonio, siempre que se eleva a las altas regiones de las nubes; yo en cambio, al modo y manera de la abeja del Matino, libando industriosamente dulces tomillos cabe la espesura del bosque y las riberas del húmedo Tíbur, compongo laboriosos versos en mi pequeñez.

Tú, poeta de plectro más elevado, cantarás a César, cuando engalanado con el follaje merecido, arrastre a los fieros sigambros por la pendiente sagrada; nada mayor o mejor que él dieron a la tierra los hados y los dioses propicios, ni lo darán, aunque los tiempos vuelvan a la antigua edad de oro. Cantarás también los días de júbilo y el divertimiento público de la ciudad, a causa del regreso por fin logrado del valiente Augusto, y el foro vacío de litigios.

Entonces, si proclamo algo digno de ser oído, una buena parte de mi voz se añadirá al griterío, y cantaré: «¡Oh sol her-

moso, oh digno de loa!», feliz por haber recuperado a César. Y, mientras avanzas, diremos tres veces: «¡hurra, Victoria!», y no una sola vez «¡hurra, Victoria!» la ciudad entera, y ofreceremos incienso a los dioses benévolos.

A ti diez toros y otras tantas vacas te purificarán, a mí un joven becerro que crece, lejos de su madre, en la abundancia de los prados, destinado a mis ofrendas, imitando con su frente los curvados resplandores de la luna que se asoma por tercera vez, en donde, níveo de ver, lleva una mancha, siendo rojizo en el resto de su cuerpo.

Odas, IV, 2
(V. C. L.) (34)

136. El poder de la poesía

Daría de buen grado a mis camaradas páteras y vistosos bronces, Censorino; daríales trípodes, premio a la fortaleza entre los griegos, y tú no te llevarías los peores de esos regalos en caso de que yo fuera rico en las obras de arte que produjeron Parrasio o Escopas –hábil éste con la piedra, aquél con colores líquidos para representar ora un hombre, ora un dios–. Pero no tengo yo tal riqueza, y tampoco tu hacienda o tu gusto personal necesitan de tales suntuosidades. Te recreas con los versos; versos sí podemos regalarte y decir el valor de nuestro regalo.

Ni los mármoles grabados con inscripciones públicas, merced a los cuales los valerosos caudillos recobran aliento y vida después de la muerte, ni la rápida escapada de Aníbal y sus amenazas rechazadas y vueltas hacia atrás, ni los incendios de la impía Cartago, debidos a aquel que, por su victoria sobre África, regresó de allí enriquecido con un título, reflejan los honores con tanta claridad como las Piérides de

Calabria; y, si los papeles silenciaran tus buenas acciones, no tendrías recompensa. ¿Qué sería del hijo de Ilia y de Marte si el silencio envidioso hubiera puesto una barrera a los méritos de Rómulo? A Éaco, arrancado a las aguas estigias, su virtud, el favor que despierta y la lengua de poetas poderosos lo inmortalizan en las islas afortunadas. La Musa impide que muera el varón digno de alabanza, y lo premia con el cielo. Así el infatigable Hércules participa en los deseados banquetes de Júpiter; los Tindáridas, resplandeciente constelación, sacan las zarandeadas barcas de la profundidad de las olas; adornadas sus sienes con verde pámpano, Líber conduce los deseos a su feliz cumplimiento.

Odas, IV, 8
(V. C. L.) [34]

137. Poesía satírica: un pesado

Iba yo a la ventura, por la Vía Sacra, como es costumbre mía, pensando en no sé qué bagatelas y todo en ellas embebecido. Corriendo viene hacia mí un hombre, a quien sólo de nombre conocía, y tomándome de la mano: «¿Cómo estás, mi más dulce amigo?». «Bien, como ves, y deseando siempre complacerte.» Y como me fuera siguiendo, me anticipo a pedirle: «¿Quieres algo?». Y él: «Ya debieras haberme conocido; soy un intelectual». Y yo: «En tanto más te estimo». Buscando, pobre de mí, escaparme de él, ora me daba prisa, ora me paraba; luego decía a mi esclavo alguna cosa al oído; y el sudor ya me corría hasta más abajo de los talones: «Bien haya, oh Bolano, tu mal genio», decíame a mí mismo, mientras él iba garlando cuanto le venía en boca y hacía el elogio de las calles y de la ciudad. Y como yo nada le respondiera, me dice él: «Pobre de ti; yo mucho rato ha que veo que tienes

gran gana de irte; pero será en vano; te tengo y no te dejaré. ¿Adónde vas ahora?». «No hay necesidad que eches rodeos por mí; quiero ir a visitar a un cierto amigo que tú no conoces; está malo en cama allá de la otra parte del Tíber, cerca de los huertos de César.» «Yo no tengo qué hacer, y no soy perezoso, te seguiré hasta allá.»

Bajé mis orejas, como jumento mal resignado cuando le ponen encima una carga demasiado pesada. Y él comienza: «Si me conozco a mí mismo, seré tan buen amigo tuyo como Visco o como Vicario, porque ¿quién puede escribir más versos o más prestamente que yo? ¿Y quién mover los miembros en la danza con tanta gentileza y donaire? Y el mismo Hermógenes puede tener envidia de lo que yo canto». Ahora me tocaba a mí: «¿Tienes madre, tienes parientes que hayan menester de tu salud?». «No tengo a nadie. A todos los enterré.» «¡Dichosos ellos!» Sólo quedo yo por enterrar. Acaba también conmigo; pues tiene que cumplirse aquel hado mío que, siendo yo niño, me pronosticó una vieja de Sabina, luego de haber dado vueltas a la urna fatal: «A este niño, ni los crueles venenos, ni la enemiga espada, ni el dolor de costado, ni la tisis, ni la tardía gota, sino que será un charlatán quien lo acabará; si fuere cuerdo, se guardará de habladores luego que fuere crecido en edad».

Habíamos llegado al templo de Vesta, y ya era pasada una cuarta parte del día, y, por azar, tenía él que comparecer a cierto emplazamiento, y si no lo hiciera perdía el pleito. «Si eres amigo mío –díjome–, aquí espérame un poco.» «Mala muerte muera si puedo tenerme en mis pies y si sé pizca de derecho civil; demás de que tengo prisa de ir adonde sabes.» «Dudoso estoy –dice–, de lo que haré; si perderte a ti o al pleito.» «¡Déjame a mí, por vida mía!» Él respondióme: «¡No lo haré!». Y comienza a adelantárseme. Y como el porfiar es cosa dura, ando a la zaga de mi vencedor. Y en tal punto: «Y Mecenas, ¿cómo está contigo? –dice anudando la conversación–. Son bien pocos los hombres como él y de mente tan

sana. Ninguno con más seso que él usó de la fortuna. Tendrías en mí un grande coadjutor que se contentaría con las segundas partes, si quisieras hacerme amigo de este hombre. Así me muera si no los retiraba a todos». «No llevamos allí dentro la vida que tú piensas; no hay casa más honrada que aquélla, ni más ajena de estos males; ningún estorbo me hace el uno porque sea más rico, ni el otro porque sea más docto; cada uno tiene su lugar.» «Cosa grande es lo que me cuentas que apenas se puede creer.» «Pues así pasa, como yo te lo digo.» «Con lo que me dijiste me has encendido en mayor deseo de estar más cerca de él.» «Basta que tú quieras; con tus méritos lo conseguirás; Mecenas no es inexpugnable ni tiene difícil el primer acceso.» «No me faltaré; cohecharé sus esclavos con presentes; si hoy me desecharen, no por esto cejaré; buscaré ocasiones, haréme encontradizo por las calles; le acompañaré hasta su casa. Nada sin grave trabajo dio la vida a los mortales.»

Mientras estas cosas decía, he aquí a Fusco Aristio, mi grande amigo, y que muy bien conocía a este moledor. Nos detenemos. «¿De dónde venís y adónde vas?», me pide él; y él a su vez me responde. Comienzo a tirarle del vestido y a apretarle con la mano los brazos, insensibles, meneando la cabeza y guiñándole el ojo, para que me librase de aquella molienda. Él hace como que no entiende, disimula y ríe; y a mí la bilis me abrasa el hígado. «Por cierto que me dijiste que tenías que decirme no sé qué cosas en secreto.» «Harto lo sé yo; pero lo dejaré para mejor tiempo; hoy es luna nueva y es sábado, ¿quieres ofender a los judíos circuncisos?» «No soy supersticioso», le dije. «Pues yo sí, y no puedo hacer más; soy uno de los muchos que hay; me perdonarás; te lo diré otro día.»

¡Que un sol tan negro haya hoy amanecido para mí! Se escapa el redomado, y me deja a mí debajo de la cuchilla. Venturosamente vino al encuentro su contrario, y comienza a decir a voz en grito: «¿En dónde te escondías, embustero?».

«¿Y quieres serme testigo?», me dice. Yo le ofrezco la oreja. Él se lo lleva a rastras al juzgado. Clamor y voces del uno y del otro; gente que acude. Así me libró Apolo.

Sátiras, I, 9
(L. R.)[35]

138. A Aristio Fusco: del campo y la ciudad

Un enamorado del campo saluda a Fusco, enamorado de la ciudad. «Desemejantes sólo en esto, puesto que en todas las demás cosas somos como nacidos de un vientre; y son fraternales nuestros pechos, que lo que el uno niega, niega el otro; y como las viejas palomas de la fábula, ambos a dos y al mismo tiempo, hacemos señales de anuencia. Tú guardas el nido, y yo del campo deleitoso alabo las corrientes aguas, y los riscos musgosos, y los bosques sagrados. ¿Qué más quieres? Desde que abandoné todo lo que vosotros, a fuerza de alabanzas, levantáis hasta el cielo, yo vivo y reino. A guisa del esclavo que huyó de sacerdote, rehúso las libaciones; pan he de menester, que es mejor que las tortas enmeladas. Si es que conviene vivir conforme a la Naturaleza, si para construir una casa es preciso antes escoger el solar espacioso, ¿conociste, por ventura, sitio mejor que el campo venturoso? ¿Hay algún otro donde más tibios sean los inviernos? ¿En donde el aire más suave mitigue la rabia del Can y la ira desaforada del León, cuando, feroz, dio acogida al Sol, lanzando sus agudos dardos? ¿Hay otra parte donde el cuidado envidioso quiebre menos el sueño? La hierba en flor, ¿huele más mal o resplandece menos que las calzadas hechas de menudos guijarros de la Libia? ¿Es más pura y limpia el agua que corre por los caños de plomo que la que bulle y tiembla con un fresco ruido por el río, pendiente? Y, en efecto, ahora siém-

brase un bosque entre columnas de variado mármol, y es alabada la casa que contempla campos espaciosos. Expulsa a la Naturaleza a golpes de horca; ella, porfiada, retornará, e indomable, sin que tú lo sientas, destruirá los hábitos desdeñosos.»

Aquel que no tenga discernimiento asaz agudo para distinguir la púrpura sidonia de aquel tinte rojo de Aquino con que se empapa la lana, no recibirá daño más cierto ni que más se le adentra en lo más hondo que el que no acertó a discernir lo verdadero de lo falso. Al que las cosas prósperas deleitan más de lo justo, una vez trocadas, causarle han tormento mayor. Si admirases alguna cosa, habrás de dejarla forzado, a tu pesar. Huye de las grandezas; pues debajo de un pobre techo bien puedes llevar una vida mejor que los reyes y que los privados de los reyes.

Un ciervo, más valiente en la pelea, expulsaba a un caballo de unos pastos que les eran comunes, hasta tanto que el caballo, reconociéndose por menor en la larga contienda, imploró el socorro del hombre, y se dejó enfrenar y subir. Mas después que con una violenta acometida se deshizo del enemigo con victoria, no consiguió sacudir al jinete de sus lomos ni el freno de su boca. Así el que, por temor de la pobreza, se priva de la libertad, más valiosa que el oro, trae sobre sí vergonzosamente a un dueño y estará sujeto a perpetua servidumbre, porque no supo compasarse con poco. Quien no se acomodare a su estado, hará como el calzado, que si es sobradamente baldío, hace caer a quien lo lleva; y si fuere demasiado estrecho, le escuece y le lastima. Sabiamente vivirás, Aristio, si te contentares con tu suerte. Si alguna vez te pareciere que yo voy allegando más de lo que basta, y que no me tomo reposo en recoger, no has de dejarme sin represión. El dinero allegado sirve a su dueño o tiraniza a su dueño, pero me parece a mí que es más merecedor de seguir la retorcida soga que de guiarla. Estas máximas escribía yo para ti, detrás de las mohosas ruinas del templo de Vacuna;

contento de todo, fuera de que tú no estuvieses conmigo allá, orilla de mí.

Epístolas, I, 10
(L. R.) [35]

139. Que Asina haga honor a su nombre

Como muchas veces y con porfía obstinada y grande te pedí, Vinio, cuando partías, entregaras a Augusto, si estuviere bueno, si alegre y finalmente te los pidiera, los libros sellados que te confié; no sea que por exceso de celo por mí, y embajador demasiado diligente, incurras en culpa y concites su odio contra ellos por tu oficiosidad sobrada. Si acaso la carga de mi escritura te pareciere pesada, en demasía, arrójala por el suelo antes que rempujar la albarda allá donde te mandé que la trajeses, no sea que seas motivo de risa con tu cognombre paterno de Asina y objeto de chacota y de escarnio.

Sacarás todas tus fuerzas por cuestas, por ríos y por tremedales. Y luego que superados todos los riesgos de tu empresa, hubieres llegado al término del viaje, no quites el ojo de tu fardo, ni lo lleves debajo del brazo, así como el rústico lleva asobarcado su cordero, o como la borracha de Pirria lleva los ovillos de la lana hurtada o como lleva el convidado gañán las abarcas con el sombrero.

Y no te pares a contar al vulgo cómo sudaste a cuestas con mis versos, que tal vez detendrán los ojos y los oídos de César. Muchos avisos te doy; cúmplelos todos. Ve y tengas salud y guarda que no tropieces y estropees todos mis encargos.

Epístolas, I, 13
(L. R.) [35]

140. Los poetas antiguos no son mejores

Ennio, el sabio y el fuerte, o, como dicen los críticos, el segundo Homero, no cura mucho de promesas ni de sueños pitagóricos. Y Nevio, cual si fuera recién muerto, ¿no queda en las manos y en la memoria de todos? ¡Tan sagrado es cualquier poema viejo! Discútese cuál es mejor que el otro, Accio o Pacuvio: a Pacuvio se le da fama de viejo sabihondo, y a Accio, de elevado. Y afírmase asimismo que la toga de Afranio hubiese sentado a Menandro mejor: que Plauto va su camino, acelerado y ágil, al ritmo y al trote de Epicarmo de Sicilia: y que si Cecilio le vence en gravedad, Terencio le puja en maestría.

A éstos aprende de memoria, a éstos admira la omnipotente Roma, y para verlos se apiña y se amontona en el teatro, y desde los trasnochados tiempos de Livio Andronico hasta el día de hoy, les otorga la primacía y los tiene por sus poetas más grandes.

El vulgo juzga rectamente a veces; pero también a veces se engaña. Si cuando en tal grado admira y encarece a los viejos poetas, hasta el punto que ningún otro le parezca comparable o superior, entonces yerra. Pero cuando cree que a trechos dicen cosas sobradamente arcaicas, o usan vocablos desabridos en exceso o faltos de aliño y compostura, entonces cree lo que yo, y acierta y juega con el ecuánime criterio de Júpiter.

No es que yo me ensañe con ellos, ni que piense que hay que dar al fuego los poemas de Livio: recuerdo aún cómo me los dictaba, cuando yo era muchacho, Orbilio, que siempre hacía resonar su férula. Pero admírome de que haya a quien parezcan limados y hermosos y no muy lejos de la perfección; en ello, si acaso de trecho en trecho hay alguna lumbre o algún primor; o uno que otro verso fluye más suave, no bastan para hacer bueno todo el poema. Indígname que una obra sea repudiada, no porque esté groseramente versifica-

da y sin gracia alguna, sino porque es nueva; y que se pida para los antiguos, sólo porque lo son, no indulgencia, sino premio y gloria.

Epístolas, II, 1, 50-78
(L. R.) [35]

141. No basta con que el poema sea hermoso

No es bastante que los poemas sean hermosos; deben ser encantadores y llevar el ánimo del oyente donde quieran. Del mismo modo que los rostros humanos ríen con los que ríen, así también asisten a los que lloran; si quieres que yo llore, antes debes dolerte tú mismo; entonces, Télefo o Peleo, tus infortunios me harán daño; si dices mal el papel encomendado, me adormeceré o reiré. Palabras tristes convienen a un rostro apesadumbrado, llenas de amenazas si airado, alegres si divertido, serias si adusto. En efecto, inicialmente la naturaleza nos modela internamente en todos los aspectos de la fortuna; nos recrea o nos impulsa a la ira, o nos abate hasta la tierra con onerosa pesadumbre o nos aflige; luego expresa los movimientos de nuestra alma valiéndose de las palabras; si lo dicho es disonante de la fortuna del hablante, jinetes e infantes romanos estallarán en carcajadas. Habrá gran diferencia si había un dios o un héroe, o un longevo anciano o un hombre fogoso aún en su juventud floreciente, o una señora de alta cuna o una diligente nodriza, o un mercader viajero o un labrador de un campillo verdeante, o uno de la Cólquide o de Asiria, o un tebano o un argivo.

Arte Poética, 99-118
(A. G.) [36]

TIBULO

A pesar de conservarse una breve biografía, poco es lo que sabemos de la vida de Albio Tibulo (ca. 50 a.C.-ca. 19-17 a.C.): que era caballero, que acompañó a Mesala a la guerra y que murió joven. Su obra propia se nos ha conservado en dos libros de elegías, un género que tuvo como precursor a Cornelio Galo en el mismo siglo I a.C.; otros poetas del círculo de Tibulo, como un Lígdamo cuya identidad realmente se desconoce y una mujer llamada Sulpicia, autora de seis deliciosos poemas, ocupan la mayor parte del tercer libro del llamado Corpus Tibullianum.

Caracterizado de «fino y elegante» por Quintiliano, Tibulo es autor de poemas personales de una cierta extensión, que tocan cada uno buena parte de los temas típicos de la elegía: aversión por la guerra, elogio de la vida tranquila, predilección por lo bucólico y el cultivo de la vida sencilla en compañía de la amada, rechazo del comercio, los viajes, la guerra, el afán de poseer, el rico amante que consigue el amor con su dinero frente al pobre poeta que sólo ofrece sus versos, etc. Sus transiciones de un tema a otro, delicadas y sutiles, recuerdan en sus mejores momentos el movimiento de las sátiras de Horacio, que admiraba a este poeta sencillo y humilde tanto como poco parecía apreciar a Propercio.

El mundo amoroso de Tibulo es más amplio y menos limitado que el de su gran oponente elegíaco, sin limitarse exclusivamente a una única amada ni sólo al sexo femenino. Cuando comparten los mismos temas, discrepan de manera significativa en su tratamiento. El verso de Tibulo tiene claridad, sencillez y precisión, lo mismo que la marcha general de la elegía, que anda sin sobresaltos y sin transiciones abruptas de pensamiento ni oscuridades motivadas por la densidad de sentidos o por la erudición mitológica, de la que prescinde por completo. Si Propercio es oscuro, barroco o romántico, Tibulo representa la transparencia y el estilo llano, siendo el clásico de una poesía que por su temática no podía serlo.

142. Que otros se hagan ricos; yo prefiero una vida tranquila

Amontone otro para sí riquezas de brillante oro y posea muchas yugadas de suelo cultivado; que a ése su afán cotidiano le traiga el miedo cuando esté cerca el enemigo y que los sones de la trompeta de Marte le quiten el sueño. A mí lléveme mi pobreza por una vida ociosa mientras brille mi hogar con acostumbrado fuego.

Yo mismo, labrador, plantaré las tiernas vides en el momento adecuado y los crecidos frutos con diestra mano. Y no me abandone la esperanza, sino que me proporcione siempre montones de frutos y pingües mostos en el repleto lagar. Pues siento veneración si un tronco solitario en el campo o una vieja piedra en la encrucijada tienen floridas guirnaldas, y cualquier fruto que me ofrece el nuevo año es colocado como ofrenda a los pies del dios agrícola.

Rubia Ceres, toma para ti una corona de espigas arrancada de mi terruño para que cuelgue ante las puertas de tu templo y que Príapo, el rojo guardián, se alce en los huertos

cargados de frutas para espantar a las aves con su cruel hoz. Vosotros también, custodios de un campo feliz en otro tiempo y ahora pobre, tenéis vuestros regalos, dioses Lares. Entonces una ternera inmolada purificaba innumerables terneros; ahora, en cambio, una cordera es la modesta víctima de un exiguo campo. Una cordera os será sacrificada para que alrededor de ella la juventud campesina grite: «¡Ea, dadnos trigo y buen vino!».

¡Ojalá pudiera vivir ahora mismo contento con poco y no estar entregado siempre a largos viajes, sino evitar a la sombra de un árbol, junto a un río, de corriente agua, la calurosa salida del Can!

Entre tanto, sin embargo, no me avergonzaría haber cogido el azadón o azuzar con el aguijón a los tardos bueyes. Ni me daría pesar llevar en el regazo, de regreso a casa, una cordera o una cría de cabra abandonada por olvido de su madre. Pero vosotros, ladrones y lobos, respetad mi mermado ganado: las presas deben tomarse de un rebaño más grande. Aquí todos los años suelo purificar a mi pastor y rociar con leche a la bondadosa Pales. ¡Sedme propicios, dioses, y no despreciéis las ofrendas de una mesa pobre ni de unas sencillas vasijas de barro! En otro tiempo, el antiguo campesino hizo para sí los vasos de barro y los modeló de blanda arcilla.

No busco yo las riquezas de mis padres ni los beneficios que la mies almacenada trajo a mi antiguo antepasado. Un pequeño campo es suficiente, suficiente es descansar en el lecho y, si es posible, dar solaz al cuerpo en el tálamo de siempre. ¡Qué agradable es escuchar acostado los fieros vientos y estrecharse a la amada contra su apacible regazo o, cuando el Austro invernal derrama heladas aguas, seguir dormido recogido al calor del fuego! Que me toque esto; sea con justicia rico el que puede hacer frente al furor del mar y a las aciagas lluvias.

¡Oh, que se acabe cuanto oro y piedras preciosas existan antes que ninguna muchacha llore a causa de nuestra parti-

da! A ti, Mesala, te honra el batallar por tierra y mar para que tu casa exhiba el botín enemigo; a mí me retienen atado las cadenas de una hermosa muchacha y, como un portero, permanezco sentado ante sus crueles puertas. No busco ser alabado, Delia mía; mientras esté contigo, pido ser llamado cobarde y vago.

¡Ojalá te vea, cuando me llegue la hora suprema, y pueda tocarte, al morir, con mano temblorosa! Me llorarás, Delia, cuando sea colocado en la pira dispuesta a las llamas y me darás besos mezclados con desconsoladoras lágrimas. Llorarás: no están tus entrañas sujetas con duro hierro ni una piedra se aloja en tu tierno corazón. Ningún joven ni muchacha será capaz de volver a casa de aquel funeral con los ojos secos. Tú no ofendas a mis Manes, pero perdona a tus sueltos cabellos y perdona, Delia, a tus tiernas mejillas.

Entre tanto, mientras los hados lo permitan, unamos nuestro amor; ya vendrá la Muerte, cubierta su cabeza de tinieblas, ya se colará de pronto la edad inerte, y no convendrá amar ni decir halagos con la cabeza cana. Ahora hay que gozar de la ligera Venus, mientras no avergüenza romper puertas y agrada provocar trifulcas. Aquí yo soy buen general y soldado: vosotros, estandartes y trompetas, marchaos lejos, llevad las heridas a los hombres de ambición, llevadles también riquezas. Yo, tranquilo con mi precisa ganancia, despreciaré la opulencia y despreciaré el hambre.

Elegías, I, 1
(J. L. A.)[37]

143. Consejos de Príapo al amante e imposibilidad de seguirlos

«¡Que así te proteja, Príapo, una techumbre umbrosa para que ni el sol ni la nieve hieran tu cabeza! ¿Qué astucia tuya cautivó a los hermosos? No te reluce la barba ni tienes cuidado el cabello y desnudo soportas los fríos de la bruma invernal; desnudo también los secos meses del Can estival.»

Así dije yo; entonces, el hijo campesino de Baco, dios armado de curva hoz, me respondió: «¡Oh!, evita dar crédito al tierno griterío de muchachos, pues siempre tienen un motivo de justo amor. Éste agrada porque retiene un caballo con ajustadas riendas, éste empuja el agua tranquila con su pecho de nieve, éste te cautiva porque posee una valiente osadía; mas a aquél, un pudor virginal se alza ante sus tiernas mejillas.

»Pero que no te venza el desánimo si al principio alguno llegara a negarse: poco a poco someterá su cuello bajo el yugo. Un largo tiempo enseñó a los leones a obedecer al hombre; un largo tiempo socavó las rocas con la ligera agua; el año hace madurar las uvas en los valles soleados; el año trae los astros luminosos en el momento preciso. Y no temas jurar: los perjurios de Venus los vientos se los llevan vanos por la tierra y la superficie del mar.

»¡Muchas gracias a Júpiter! El padre mismo impidió que prosperara lo que un inconveniente amor había jurado ardorosamente. Por sus flechas Dictina te permite que consientas impunemente, y Minerva por sus cabellos.

»Pero si vas a ser perezoso, te equivocarás: pasará la edad. ¡Cuán deprisa, sin lentitud, se presenta el día y vuelve a marcharse! ¡Cuán deprisa la tierra pierde su color de púrpura! ¡Cuán deprisa el alto álamo su hermoso follaje! ¡Cómo yace tendido, cuando le han llegado los hados de la débil vejez, el caballo que partió en primera posición de la meta elia! Yo he visto a un joven, al verse agobiado por edad más adusta, la-

mentándose de haber dejado pasar los días en vano. ¡Crueles dioses!: los hados no dieron ningún plazo a la hermosura. Sólo para Baco y Febo es eterna la juventud, pues les sienta bien a uno y otro dios la intonsa cabellera.

»Tú, cualquier cosa que le apetezca intentar a tu muchacho, concédesela: la mayoría de las cosas las vence el amor con un regalo. Y no te niegues a acompañarlo aunque se prepare un largo viaje y el Can abrase los campos de ardiente sed; aunque el arco que trae la lluvia, cubriendo el cielo como de herrumbre, barrunte el agua venidera. Y si quiere ir en barco a través de las azuladas olas, impulsa tú mismo con el remo su barquichuelo por el mar. Y no te avergüence haber soportado duras tareas o haber encallecido tus manos desacostumbradas al trabajo. Si quiere cercar los profundos valles con trampas, mientras le agradas, no se nieguen tus hombros a llevar las redes. Si desea las armas, intentarás entrenarlo con tacto; a menudo le ofrecerás el costado descubierto para que él te venza. Entonces será condescendiente contigo, entonces se te permitirá robarle preciados besos: se opondrá, pero con todo te dará los justos. Al principio te dará sólo los que le robes, luego él mismo te los ofrecerá cuando se lo pidas; después incluso querrá abrazarse a tu cuello.

»¡Ay, ahora, desgraciadamente, mezquinas artes traen estos tiempos!: ya hasta el tierno muchacho se ha acostumbrado a querer regalos. Pero tú, el primero que enseñaste a poner en venta el amor, quienquiera que seas, que una desdichada piedra aprisione tus huesos. ¡Muchachos, amad a las Piérides y a los doctos poetas y que los regalos de oro no superen a las Piérides! Gracias a un poema, de púrpura es el cabello de Niso; si no existieran poemas, el marfil no habría brillado en el hombro de Pélope. A quien canten las Musas, vivirá, mientras la tierra fuerza, mientras el cielo estrellas, mientras el río, agua tengan. Pero el que no escucha a las Musas, el que pone precio a su amor, ése que siga el carro de

Ope la del Ida, que en su errar recorra trescientas ciudades y corte su vil miembro al son de los cantos frigios. La propia Venus quiere que haya lugar para la ternura: a las quejas suplicantes, a los desdichados llantos ella mostrará su favor.»

Estas palabras hizo salir el dios de su boca para que se las cantara a Ticio, pero su mujer impide que Ticio las recuerde. Que él obedezca a la suya: vosotros, a quienes un despabilado muchacho tiene en danza con su perversa arte, celebradme como maestro. Cada cual tiene su gloria: a mí que me consulten los amantes que serán despreciados, para todos está abierta mi puerta. Llegará el tiempo en que una incondicional turba de jóvenes me transporte, ya viejo, llevando los preceptos de Venus.

¡Ay, ay, con qué lánguido amor me atormenta Márato! Fracasan mis artes y fracasan mis engaños. Ten compasión, muchacho, te lo ruego, para que no me convierta en burda habladuría cuando se rían de mis vanas enseñanzas.

Elegías, I, 4
(J. L. A.) (37)

144. Esclavitud amorosa

Era arrogante y decía que soportaría bien la separación, pero ahora lejos de mí se encuentra la jactancia del que es decidido. Pues voy de un lado a otro como la rápida peonza, lanzada por una cuerda, da vueltas por un suelo plano, a la que un niño inquieto hace girar con experta maña. Quema al fiero y atorméntalo, para que no le quepa decir ninguna osadía después de esto: pon freno a las horribles palabras. Pero ten compasión; te lo ruego por los pactos de un lecho furtivo, por el amor y por tu cabeza que se recostó a mi lado.

Yo soy aquel de quien se dice que, como yacieras consumida por cruel enfermedad, te salvaste gracias a mis súplicas. Yo mismo, al haberlo predicho una vieja con su mágico ensalmo, purifiqué en derredor tuyo con azufre puro; yo mismo tuve el cuidado de que no pudieran dañarte las crueles pesadillas conjurándolas tres veces con harina sagrada; yo mismo, con un tocado de hilo y con la túnica suelta, hice los nueve votos de Trivia en el silencio de la noche. Todo lo cumplí: ahora otro goza de tu amor y, afortunado, saca él provecho de mis plegarias.

Por mi parte, insensato, me prometía una vida feliz si te salvabas, pero iba contra la voluntad de un dios: «cultivaré los campos y mi Delia me acompañará como guardiana de los frutos mientras la era trilla las mieses al calor del sol»; o «guardará para mí uvas en cubas llenas y claros mostos pisados por rápido pie; el parlotero esclavo tendrá la costumbre de contar el ganado, tendrá la costumbre de jugar en el regazo de su querida ama. Ella sabrá ofrecer al dios agrícola uva por las vides, espigas por la cosecha, un banquete por el ganado; que ella dirija a todos, estén a su cargo todas las ocupaciones, pero que a mí me baste no ser nada en toda la casa. Aquí vendrá mi Mesala, para quien Delia cogerá los dulces frutos de árboles seleccionados y, sin cesar, se afanará en atender sólo a este hombre; para él preparará y, ella misma como criada, le servirá la comida».

Estas cosas me imaginaba, deseos que ahora el Euro y el Noto esparcen por los perfumados armenios. A menudo intenté quitarme de encima las preocupaciones con vino, pero el dolor había matado todo el alcohol en lágrimas. A menudo tuve en mis brazos otra mujer, pero, cuando ya me disponía a gozar de ella, Venus me recordó a mi amada y me abandonó. Entonces, apartándose de mí, la mujer me llamó embrujado, se avergüenza y va diciendo que la mía conoce lo que no se puede decir. Pero esto no lo consigue con encantamientos: mi amada me embruja con su rostro, con sus tier-

nos brazos y con su rubia cabellera. Tal como aquella vez Tetis, la cerúlea nereida, fue transportada por un pez enfrenado hasta el hemonio Peleo.

Esto es la fuente de mis males: que tiene un amante rico y una astuta alcahueta llegó para mi perdición. Que coma ella sanguinolentas comidas y con su boca manchada de sangre beba amargos brebajes con mucha hiel. A su alrededor pululen las ánimas lamentando su suerte y desde los tejados grazne sin cesar un búho siniestro. Que enloquecida por acuciante hambre busque hierbas en los sepulcros y huesos abandonados por crueles lobos; que corra con las ingles desnudas y ulule por la ciudad; después, que una rabiosa jauría de perros la expulse de los caminos.

Sucederá: el dios da indicios, los númenes están con el que ama y Venus se enfurece al verse abandonada por injusta ley. Pero tú, abandona cuanto antes los consejos de la astuta ladrona, pues con regalos se vence todo amor. El pobre siempre estará contigo; el pobre te acompañará el primero y permanecerá clavado a tu tierno costado; el pobre, fiel compañero, te dará la mano en un apretado tumulto de gente y te mostrará el camino; el pobre te llevará a escondidas hasta los amigos ocultos y él mismo desatará las sandalias de tu pie de nieve.

¡Ay, canto en vano! La puerta no parece ceder vencida por mis palabras, sino que hay que golpearla con las manos llenas. Pero tú, que ahora eres el preferido, teme mi suerte: la inestable Fortuna gira en el rápido círculo de su rueda. No en vano ahora mismo alguien está parado en su umbral e inquieto mira de acá para allá y se esconde; simula pasar de largo ante la casa, después vuelve de inmediato; también solo, ante las mismas puertas, escupe continuamente. Desconozco qué trama un furtivo amor. Te pido que lo aproveches, mientras se pueda; tu barca navega en agua escurridiza.

Elegías, I, 5
(J. L. A.) (37)

(Pequeñas elegías de Sulpicia)

145. Por fin llegó el amor

Por fin llegó el amor, el que se me reprocha haber ocultado a mi pudor tanto como no habérselo desvelado a nadie. Convencida por mis Camenas, Citerea me trajo a aquél y le dejó caer en mi pecho. Venus cumplió sus promesas: que narre mis goces si alguien dice no haber tenido los suyos. No quisiera yo enviar nada en tablillas selladas para que nadie lo lea antes que el mío, pero me agrada haber pecado, me molesta fingir un rostro de cara a la galería: que de mí se diga que he sido digna de un digno.

Elegías, III, 13
(J. L. A) [(37)]

146. Triste se presenta el cumpleaños

Se acerca un odioso cumpleaños que, triste, habrá de celebrarse en un campo fastidioso y sin Cerinto. ¿Qué hay más dulce que la ciudad? ¿Acaso es apropiada para una muchacha una villa y un helado río en el campo Aretino? Descansa ya, Mesala, afanado en exceso por mí. ¡Ay de tus prematuras partidas, cruel pariente! Llegada a este punto, abandono mi espíritu y mis sentidos, mientras no me dejes estar a mi antojo.

Elegías, III, 14
(J. L. A.) [(37)]

147. Cumpleaños alegre

¿Sabes que se ha suspendido el triste viaje por decisión de tu muchacha? Ya puede quedarse en Roma para su cumpleaños. Que sea celebrado por todos nosotros aquel día de cumpleaños que ahora llega a ti por un azar sin tú esperarlo.

Elegías, III, 15
(J. L. A.) (37)

148. No voy a dar un mal paso

Resulta curioso que te creas, tan seguro ya de mí, que no me voy a dejar llevar de repente por mi inexperiencia. Que te sea preferible la obsesión por la toga y una prostituta cargada con un canastillo antes que Sulpicia, la hija de Servio. Se preocupan por mí aquellos para quienes el principal motivo de preocupación es que no caiga en lecho desconocido.

Elegías, III, 16
(J. L. A.) (37)

149. ¡Cómo lamento haberte dejado anoche!

Ojalá no te sea otra vez, luz de mis ojos, una febril preocupación como me parece habértelo sido hace unos pocos días. Si, necia, he cometido alguna falta a lo largo de toda mi juventud, de ésa confieso no haber sentido más vergüenza que el haberte dejado solo la noche pasada queriendo ocultar mi pasión.

Elegías, III, 18
(J. L. A.) (37)

PROPERCIO

*La vida de Propercio (*ca. *50 a.C.-*ca. *15 a.C.) aparece influida por circunstancias semejantes a las de Virgilio, como las confiscaciones de tierras y el enfrentamiento en Italia entre Augusto y Antonio. También es captado para el círculo de Mecenas y refleja en su poesía la tensión entre un modo de vida privado y las exigencias que el nuevo régimen imponía sobre las elites poéticas.*

En sus cuatro libros de elegías, aparecidos al tiempo que las de Tibulo, las Odas *de Horacio o la* Eneida, *nos es dado observar una evolución típica de los poetas augústeos. Siguiendo la senda de Catulo, impone a la elegía en su primer libro tan fuertes restricciones temáticas que sólo cantará al amor, a una única amada y su esclavitud hacia ella. Las fluctuaciones y sutilezas, las cimas y los abismos de la pasión amorosa, las exaltaciones y los celos, la fuerza y la riqueza de sentimientos que se revelan en ese* Monobiblos *dedicado a Cintia lo convierten en uno de los libros más intensos y brillantes de poesía amorosa que se han producido jamás.*

Después, el mundo de Propercio se amplía. Enamorado antes que poeta en sus comienzos, según confesión propia, descubre progresivamente que la poesía perdura en el tiempo,

que el amor y la belleza son efímeros y que cuando se acaba el amante sobrevive el canto: está así disponible para volver su mirada hacia Roma, para observar objetivamente su grandeza y también el significado social, y ya no meramente personal, del amor.

El yo de Propercio, como el de Catulo, está por todas partes. Y también la enorme tensión amorosa y poética de sus versos, llenos de ingenio y erudición, difíciles y oscuros, abruptos, propensos a transiciones inesperadas, siempre excesivos, en los que la forma tiende a la brevedad y el pensamiento a la expansión. Propercio, dado a lo sombrío, con un cierto espíritu morboso y romántico, deja casi siempre, como Lucano, sensación de agobio.

150. Amante ante la amada dormida

Tal como quedó tendida, al alejarse la nave de Teseo,
  languideciente, la Gnosia, en las desiertas playas,
y tal como en su primer sueño la cefia Andrómeda
  se tendió libre ya de las duras rocas,
y no menos cansada la bacante tras sus continuas danzas
  se abandonó desfallecida en el herboso Apídano,
así me pareció Cintia respirar suave reposo
  apoyando su cabeza en vacilantes manos
cuando yo arrastraba mis pasos ebrios por el abundante Baco
  y los criados agitaban las teas en la tarda noche.
Aún no perdidos todos mis sentidos, intento acercármele
  apoyándome suavemente en su oprimido lecho;
y aunque arrebatado por doble ardor me impulsaban
  de aquí Amor, de allí Líber, dioses crueles ambos,
a acariciar su cuerpo colocando suavemente mi brazo bajo ella,
  y a dar besos y luchas con dispuesta mano,

sin embargo no osaba turbar el reposo de mi amada
temiendo los enojos de su probada crueldad;
no obstante, así me adherí fijo con atentos ojuelos,
como Argos a los ignotos cuernos de la hija de Ínaco.
Ora sacaba de mi frente coronitas de flores
y las ponía, Cintia, sobre tus sienes,
ora gozaba en arreglar tus despeinados cabellos,
ora daba a tus huecas manos furtivas manzanas
y prodigaba todos los dones a tu sueño ingrato,
dones que a menudo caían desde tu inclinado pecho.
Y cuantas veces suspiraste con raro movimiento,
crédulo me pasmé por el augurio vano,
como si los sueños te brindaran extraños temores
de alguien que te obligaba, sin tú quererlo, a ser suya;
hasta que la luna, recorriendo diversas ventanas,
luna indiscreta con sus tardas luces,
abrió con suaves rayos tus ojitos cerrados.
Así habla apoyando el codo en el muelle lecho:
«Al fin, ¿devolviéndote a mi lecho, el desprecio
de otra te expulsó de sus cerradas puertas?
¿Una vez que gastaste las largas horas de una noche mía,
exhausto llegas a mí, ay, cuando las estrellas han comple-
[tado su camino?
¡Ojalá, malvado, pases tales noches tal como
mandas que yo, desdichada, tenga siempre!
Pues poco ha engañaba al sueño con el hilo purpúreo
y de nuevo, cansada, con el canto de la lira órfica,
mientras levemente abandonada lamentaba conmigo
tus demoras, a menudo prolongadas en un amor extraño;
hasta que el Sopor me venció cansada con sus placenteras alas:
esa última preocupación tuvieron mis lágrimas».

Elegías, I, 3
(H. F. B.) (38)

151. Advierte a un rival de lo que le espera si logra el amor de Cintia

Envidioso, ¡reprime de una vez tus palabras molestas
y déjanos ir juntos por el camino en el que estamos!
¿Qué pretendes para ti, demente? ¿Sentir mis locuras?
Infeliz, te apresuras a conocer males extremos
y a llevar tus pasos, miserable, por ignotos fuegos
y a beber todos los venenos tesalios.
Ella no es comparable con jóvenes inconstantes:
para ti ella no sabrá enojarse suavemente.
Mas si acaso no es contraria a tus ruegos,
¡cuántos miles de inquietudes te causará!
No tendrás sueños, aquélla no abandonará tus ojuelos,
ella, sola, atrapa a los hombres feroces de ánimo.
¡Ah!, cuántas veces, despreciado, correrás a mis umbrales
mientras se te escapen, con sollozo, palabras arrogantes
y tembloroso brotará el horror de tus tristes llantos
y el temor marcará una nota deforme en tu rostro.
Y cuando desees quejarte, huirán de ti todas las palabras
y, mísero, ¡no podrás conocer quién eres ni dónde estás!
Entonces aprenderás a soportar la cruel servidumbre de mi amada
y qué es salir de la casa, rechazado;
ni te admirarás tantas veces de nuestra palidez
ni de por qué sea nada en todo mi cuerpo.
Tu linaje no podrá socorrerte cuando ames,
Amor no sabe ceder a antiguas imágenes.
Porque si hubieras mostrado pequeños vestigios de tu culpa
¡de tan alto nombre, cuán pronto serás un rumor!
Entonces, cuando me ruegues, no podré consolarte,
pues no tengo ningún remedio para mi desgracia;
sino que, igualmente desdichados por un mismo amor, seremos obligados
a llorar mutuas penas, uno en el regazo del otro.

Por eso, deja, Galo, de indagar de qué es capaz mi Cintia:
ella, cuando es llamada, no viene impunemente.

Elegías, I, 5
(H. F. B.) (38)

152. El amigo se va; él no puede dejar a Cintia

No temo ahora conocer contigo el mar de Adria,
Tulo, ni conducir las velas por la sal egea,
pues contigo podría ascender a los montes rifeos
e ir más allá de las casas memnonias;
mas me retienen las palabras de mi amada que se abraza a mí,
y graves ruegos a menudo con color mudado.
Durante noches enteras me revela sus fuegos
y, abandonada, se queja de que no existen los dioses;
ella me asegura que ya no es mía, amenaza,
como suele una amiga triste a su hombre ingrato.
Ya no puedo resistir una hora más a estas quejas:
¡ah! ¡que perezca, si alguno puede amar en calma!
¿O vale tanto para mí conocer la docta Atenas
y contemplar las riquezas antiguas de Asia,
como para que una vez botada la popa, Cintia me grite
injurias y se arañe el rostro con furiosas manos
y pida al viento contrario los besos que le son debidos,
y que no existe nada más duro que un hombre infiel?
Intenta tú superar las segures merecidas por tu tío
y llevar viejas leyes a olvidados aliados.
Tu vida, pues, nunca se entregó de lleno al amor
y su preocupación fue siempre la de las armas patrias,
¡Que jamás ese niño te brinde mis fatigas
y todas las cosas conocidas por mis lágrimas!

Déjame a mí, a quien la fortuna quiso siempre que yaciera
  y que entregue esta alma a la indolencia extrema.
Muchos perecieron con agrado en un largo amor,
  en el número de los cuales la tierra también me cubra.
No nací ni para la gloria, ni diestro en armas:
  los hados quieren que yo padezca esta milicia.
Pero tú, ya por donde se tiende la muelle Jonia,
  ya por donde el agua del Pactolo tiñe las lidias praderas,
ya recorras las tierras con los pies, ya los mares con los remos,
  tendrás parte pues del aceptado imperio:
entonces, si tienes un momento como para acordarte de mí
  conocerás que yo vivo bajo dura estrella.

Elegías, I, 6
(H. F. B.) (38)

153. Cintia fue la primera, Cintia sera la última

¿Por qué no dejas de acusarme de pereza
  y de que Roma, tentadora, me demora?
Ella está alejada tantas millas de mi lecho,
  cuantas Hípanis dista del Erídano véneto;
ni Cintia me alimenta con su abrazo los acostumbrados [amores,
  ni su voz suena dulce en nuestro oído.
Antes le era grato; en aquel tiempo a nadie le tocó
  poder amar con tal fidelidad.
Fuimos motivo de envidia; ¿no me habrá abrumado algún [dios?
  ¿O la hierba nos separa, recogida en cimas prometeicas?
Ya no soy el que era: un largo camino muda a las enamoradas.
  ¡Cuán grande amor huyó en poco tiempo!
Ahora, por vez primera, solitario, soy obligado a conocer las [largas noches
  y a que sea, yo mismo, a mis oídos, molesto.

Feliz quien pudo llorar junto a su amada presente:
mucho goza Amor en las lágrimas derramadas;
o si, despreciado, pudo cambiar sus amores,
también hay gozos en la cambiada esclavitud.
A mí no me es posible amar a otra o desistir de ésta;
Cintia fue mi primer amor, Cintia será el último.

Elegías, I, 6
(H. F. B.) (38)

154. Polvo serán, mas polvo enamorado

Ahora no temo, Cintia mía, a los tristes Manes,
ni demoro los tributos debidos a la extrema hoguera;
mas que mi funeral, acaso, esté privado de tu amor,
este temor es más duro que las mismas exequias.
No tan suavemente el niño Amor se adhirió a nuestros ojos
como para que mis cenizas, habiéndose olvidado de tu
[amor, queden libres.
Allá, en las ciegas comarcas, el héroe Filácida no pudo per-
sin la memoria de su agradable cónyuge, [manecer
y deseoso de tocar con falsas manos los gozos,
el tesalio venía como sombra a su antigua morada.
Allá, sea lo que fuere, siempre seré llamado tu espectro:
un amor grande cruza inclusive las riberas del hado.
Hasta allí pueden ir en coro las hermosas heroínas
que el despojo dardanio dio a los héroes argivos;
ninguna de ellas, Cintia, será para mí más grata que tu forma,
(así lo permita la justa Tierra),
y aunque los hados te reserven una larga vejez,
caros serán, con todo, tus huesos a mis lágrimas.
¡Que tú, mientras vivas, puedas sentir estas cosas por mi ce-
[niza!
La muerte, entonces, en modo alguno me sería amarga.

¡Cuánto temo, Cintia, que despreciada mi tumba,
Amor, injusto, te aparte de mi ceniza
y te obligue, forzada, a enjugar las lágrimas que caigan!
Una muchacha fiel es doblegada por continuas amenazas.
Por eso, mientras nos sea permitido, juntos gocemos como [amantes:
un amor nunca es demasiado largo.

Elegías, I, 19
(H. F. B.) (38)

155. Cambio de rumbo poético

Es tiempo de recorrer el Helicón con otros coros,
y de dar campo al caballo hemonio.
Ya no me alegra celebrar escuadrones valientes en batalla
y cantar el romano campamento de mi guía.
Mas si me faltaran las fuerzas, mi gloria estará, por cierto,
en mi osadía; en los grandes propósitos, basta sólo con [haberlos deseado.
La juventud cante los amores; la edad madura, las guerras:
cantaré luchas ya que las he cantado sobre mi amada.
Ahora quiero avanzar más solemne y con la frente arrugada,
ahora mi Musa me enseña otra cítara.
Elévate de lo humilde, alma mía; tomad ya fuerza, oh poemas;
hoy, Piérides, de magna boca será la obra.
Ya el Éufrates niega que el jinete parto mire tras sus espaldas
y se duele de haber retenido a los Crasos;
hasta la India, Augusto ofrece el cuello de tu triunfo,
y la morada de la Arabia, intacta, tiembla ante ti,
y si alguna tierra se sustrae en las costas más extremas,
¡que aquélla, conquistada, sienta al fin tus manos!
Yo seguiré tus ejércitos; cantando tus campañas, seré magno
como vate. ¡Que los hados me conserven ese día!

Mas cuando a las grandes estatuas no es posible tocar la ca-
la corona se deposita ante sus ínfimos pies; [beza,
así nosotros ahora, sin fuerzas como para ascender al car-
[men de gloria,
en humildes ritos ofrendamos pobres inciensos.
Mis canciones aún no han conocido las fuentes ascreas,
mas hace poco Amor las bañó en la corriente del Permeso.

Elegías, II, 10
(H. F. B.) (38)

156. El verdadero amor no sabe tener mesura

¡Oh, feliz de mí! ¡Oh noche para mí resplandeciente!
Y ¡oh tálamo, dichoso a causa de mis placeres!
¡Cuántas palabras nos contamos a la luz de la lámpara
y cuánta lucha hubo cuando fue quitada la luz!
Ya luchaba conmigo con sus pechos desnudos,
ya se demoraba cubriéndose con la túnica.
Ella abrió con su boca mis ojos que se cerraban de sueño
y dijo: «¿Así yaces, perezoso?».
¡Qué variados abrazos cambiaron nuestros brazos! ¡Y cuánto
se demoraron mis besos en tus labios!
No sirve arruinar el acto del amor haciéndolo a ciegas;
por si no lo sabes, en el amor los ojos son los guías.
El mismo Paris, se cuenta, se rindió por la espartana desnuda
cuando ésta se erguía del lecho de Menelao;
se dice también que, sin ropas, Endimión cautivó a la her-
y que yació con la diosa desnuda. [mana de Febo
Pero si persistiendo en tu ánimo te acuestas vestida,
una vez desgarrado tu ropaje, tendrás que soportar mis
[manos:

inclusive más, pues si la pasión me lleva más lejos,
mostrarás a la madre los brazos golpeados.
Los pechos caídos aún no te impiden jugar:
que de eso alguna se cuide si le avergüenza haber dado a [luz.
Mientras nos lo permitan los hados, saciemos los ojos con [amor:
ya una larga noche viene para ti y el día no ha de volver.
¡Y ojalá que, adheridos de este modo, quieras que nos enca- [denemos
de manera que ningún día nunca nos separe!
Te sirvan de ejemplo las palomas enlazadas en el amor,
el macho y la hembra en total connubio.
Se equivoca aquel que busca la extinción de un loco amor;
el verdadero amor no conoce límite alguno.
Antes burlará la tierra con falso fruto a quienes aran
y más rápidamente el Sol agitará sus negros caballos
y los ríos comenzarán a llevar aguas a su naciente
y el pez estará árido en seco abismo,
que pueda referir a otra mis angustias;
seré de ésta mientras viva; de ésta, muerto.
Mas si quisiera concederme tales noches consigo,
inclusive un año de vida me sería largo;
si ésta me concediera muchas, en ellas me haría inmortal:
en una sola noche, cualquiera puede ser un dios.
Si todos ambicionaran correr semejante vida
y yacer con los miembros pesados a causa del mucho vino,
no existiría el hierro cruel, ni la nave de guerra,
ni el mar de Accio agitaría nuestros huesos,
ni Roma, tantas veces conmovida entorno por sus propios [triunfos,
estaría cansada, en señal de duelo, de soltar sus cabellos.
Estas cosas, por cierto, podrán alabar con razón quienes nos [sigan:
nuestros combates no dañaron a ninguna deidad.
¡Tú, ahora, mientras haya luz, no dejes el fruto de la vida!
Aunque dieras todos los besos, darías pocos.

Y así se han desprendido de las marchitas corolas los pétalos
que, esparcidos por todas partes, ves nadar en las copas,
así a nosotros que amantes hoy aguardamos lo más grande,
quizá el día de mañana pondrá fin a nuestras vidas.

Elegías, II, 15
(H. F. B.) (38)

157. *Foedus amoris*

¿Crees que puede aún de tu belleza acordarse
quien viste de tu lecho salir con velas al viento?
¡Cruel quien pudo a su niña cambiar por dinero!
¿Tanto valía África entera para hacerte llorar?
Mas tú, necia, en dioses, tú en vacías palabras confías:
quizás él frota su pecho con un amor diferente.
Tienes belleza inmensa, tienes arte de Palas la casta,
y fama radiante de un sabio abuelo te alumbra,
una casa feliz, si tuvieras un amigo leal.
Yo te seré leal: ¡corre, niña, a mi lecho!
Tú también, que haces aún más los fuegos del estío crecer,
Febo, acorta el camino de la luz que obliga a esperar.
¡Mi noche primera se acerca! ¡Dure esta noche primera!,
espera, Luna, un poco más en mi lecho primero.
¡Cuántas horas sin fin pasarán, conversando nosotros,
hasta que Venus a sus dulces armas nos eche!
Antes habrá de hacerse un pacto y sellar juramentos
y la ley en este nuevo amor he de escribir.
Amor en persona tales garantías con su sello refuerza:
testigo es la corona labrada de la diosa estelar.
Pues, cuando no se afirma el lecho con pacto ninguno,
carece de dioses que la venguen la noche en vigilia,

y a quienes unió, luego la lascivia sus cadenas desata:
sujeten nuestra lealtad los augurios primeros.
Y así, quien quiebre los pactos en altares sellados
y manche los sacros esponsales con tálamo nuevo,
padezca los dolores que en el amor acostumbran
y ofrezca su cabeza al rumor charlatán;
y, al llorar a su dueña, no se le abran las ventanas de noche:
ame siempre, mas del fruto del amor siempre carezca.

Elegías, III, 20
(A. A. E.) (39)

158. Aprende a temer el fin de tu belleza

Ya era motivo de risa en los banquetes una vez servida la
y quien quisiera podía ser burlón a costa mía. [mesa,
Durante cinco años pude servirte con fidelidad:
muchas veces, mordiéndote las uñas, lamentarás mi cons-
[tancia.
No me conmueven tus lágrimas: he estado cautivo por esa
siempre, Cintia, sueles llorar por insidias. [estratagema;
Lloraré al alejarme de ti, mas tu afrenta puede más que el
Tú no permites que el yugo marche bien parejo. [llanto.
Adiós, ya, umbrales que lloraron por mis palabras,
y adiós puerta que, empero, no fue rota por mi furiosa
[mano.
En cuanto a ti, ¡que la grave edad te acose con sus años se-
y una arruga siniestra alcance a tu hermosura! [cretos
¡Que entonces quieras arrancar de raíz los blancos cabellos,
mientras el espejo, ay, te revele las arrugas,
y, marginada, sufras a tu vez los soberbios desdenes
y hecha una vieja, lamentes las cosas que hiciste!

Mi verso te canta estas maldiciones:
aprende a temer el ocaso de tu hermosura.

Elegías, III, 25
(H. F. B.) (38)

159. Canto a Roma

Todo esto que ves, extranjero, donde está la esplendorosa
antes del frigio Eneas fue colina y pastizales; [Roma,
y donde se elevan los santuarios palatinos en honor de Febo
por la victoria naval, allí reposaron las fugitivas vacas de
[Evandro.
Para dioses de arcilla se elevaron estos dorados santuarios
y no se avergonzaron de que se les levantara una choza
Júpiter Tarpeyo tronaba desde la desnuda roca, [sin arte;
y el Tíber era poco conocido para nuestros bueyes.
Donde se erige sobre gradas esa casa de Remo, en otro tiempo
una sola morada eran los grandiosos reinos de los dos
[hermanos.
La Curia, que hoy resplandece sublime por las togas de los
[senadores,
albergaba a padres vestidos de piel, corazones sencillos.
La trompa convocaba a asamblea a los primitivos romanos:
el senado a menudo eran unos cien en la pradera.
Del hueco teatro no colgaban pabellones sinuosos,
ni las tribunas olían solemnes azafranes.
Nadie se preocupaba por buscar dioses extranjeros,
porque la multitud se estremecía temblorosa con el patrio
y, quemando heno, celebraba las anuales Palilias, [rito,
así como ahora se renuevan los sacrificios mutilando un
Vesta, sencilla, gozaba con coronados asnitos, [caballo.
y magras vacas llevaban ofrendas humildes.

Cebados puercos purificaban las estrechas encrucijadas
y el pastor, al son de sus flautas, ofrendaba las entrañas de [una oveja.
Un labrador, vestido con una piel, blandía un azote de cerdas
de donde proceden los ritos del licencioso Fabio Lupero.
Y el rudo soldado no deslumbraba con las armas odiosas:
desnudos trababan combates con una estaca endurecida [al fuego.

Elegías, IV, 1, 1-28
(H. F. B.) [38]

160. Autobiografía poética

Hasta aquí, las historias: ahora explicaré tus estrellas;
comienza tú a compadecerte con nuevas lágrimas.
La antigua Umbría te engendró en casa ilustre
¿miento?, ¿o estoy rozando los límites de tu patria?,
por donde la neblinosa Mevania humedece con rocío el fon- [do de un valle
y el lago umbro se entibia con aguas estivales,
y la muralla de Asís, que elevándose, surge en su vértice,
muralla aquella más famosa por tu ingenio.
Y recogiste los huesos de tu padre no en la edad en que deben
ser recogidos y tú mismo te viste forzado a humildes lares:
pues aun cuando muchos novillos araban tus campos,
una triste pértiga te arrebató tus cuidados bienes.
Más tarde, cuando la bula de oro te fue quitada de tu joven [cuello,
y ante los dioses maternos vestiste la toga de ciudadano,
entonces Apolo te inspiró algunas cosas con su canto
y te prohibió pronunciar palabras en el Foro insano.

¡Mas tú, compón elegías, género seductor: ahí está tu cam-
[pamento!,
de modo que la restante multitud escriba con tu ejemplo.
Sufrirás la servidumbre de Venus bajo blandas armas
y serás un enemigo útil para los niños de Venus.
Pues cualquier victoria que con esfuerzo hayas alcanzado
una niña burlará tus palmas,
y aunque quisieras sacudir el gancho bien fijado en tu men-
de nada te servirá: el anzuelo te sujetará de la boca. [tón,
Verás la noche y el día, según el arbitrio de aquélla:
ninguna lágrima caerá de tus ojos, si ella no la desea.
En nada te ayudarán ni mil centinelas, ni sellar las puertas:
a la que está dispuesta a engañar, le basta una grieta.
Ahora, aunque tu nave luche en medio del oleaje,
o vayas como enemigo inerme a los armados,
o la tierra, temblando, abra un abismo en tus entrañas,
teme la espalda siniestra del Cangrejo de ocho patas.

Elegías, IV, 1, 119-150
(H. F. B.) (38)

OVIDIO

*La vida de Ovidio (43 a.C.-*ca. *17 d.C.), bien conocida gracias a su obra poética, coincide casi exactamente con el reinado de Augusto, y tiene dos fases claramente marcadas: la anterior a su exilio, en la que llegó a ser el más famoso poeta vivo, y la posterior, en la que desde las márgenes del Imperio, al borde del mar Negro, convirtió su fracaso y su desgracia, como antes había hecho con sus éxitos, en poesía de una gran calidad.*

Dotado como nadie para la poesía y en posesión de una enorme cultura y erudición, Ovidio comenzó a publicar su obra cuando todos los grandes géneros poéticos, tanto los públicos (épica, tragedia, lírica) como los privados (elegía, sátira), habían avanzado su culminación, por lo que su obra debe ser contemplada como el arte de la inteligente variación a partir de modelos de formidable grandeza.

Llevó a su fin el mundo de la elegía erótica explotando a fondo las situaciones amorosas reales (Amores) *o el rico repertorio mítico de mujeres abandonadas o con enamorado ausente* (Heroidas), *hasta conferir forma sistemática a sus conocimientos sobre el amor en su* Arte de Amar, *donde la forma de tratado didáctico empleada para enseñanzas útiles contrasta con un contenido frívolo y poco estimado como era el amoroso.*

Los Fastos *y las* Metamorfosis *suponen su asalto a la gran poesía. Tras la síntesis épica de Virgilio, las* Metamorfosis, *que a su manera aúnan también historia y mito, representan un poema policéntrico y cuidado, de una asombrosa variedad temática y de tonos, una síntesis de casi todos los géneros ensayados antes, en el que la unidad se concibe más a la manera de Calímaco que a la de Aristóteles.*

La poesía del exilio, Tristes *y* Pónticas, *refleja un cambio de la elegía alegre a la elegía triste y una exploración de campos hasta entonces no tratados, siendo en cierto modo los primeros libros de poesía postaugústeos por la ambigüedad alambicada de los elogios hacia el poder y por el aprovechamiento de acontecimientos públicos de la ciudad de Roma (triunfos, inauguraciones, desfiles, etc.) como pretexto para poemas.*

Poeta entre dos mundos, el de Roma y el del exilio, y entre dos épocas, el último poeta clásico y el primero de la Edad de Plata, los logros poéticos de Ovidio son asombrosos, marcando, en una medida igual o superior a la de Virgilio, el desarrollo de toda la poesía latina posterior. Aunque se le achaca con frecuencia que le faltó un gran tema y una concentración disciplinada de sus inagotables dotes poéticas para ser el más grande, pese a haberse empeñado en tantos y tan diversos asuntos, su verso muestra siempre tal claridad y limpieza que todo lo que tocaba lo volvía clásico.

161. Ovidio cantará eternamente a su amada

Justa es mi súplica: que la niña que ha poco me ha hecho su
presa o me quiera o me dé razones para quererla yo siempre.
¡Ay, he pedido demasiado! ¡Que sólo se deje querer!
¡La de Citera habrá oído mis muchas súplicas!

¡Acepta a quien podría ser tu esclavo largos años,
acepta a quien sabe amar con leal fidelidad!

Si no me avalan nombres ilustres de antiguos antepasados,
si el autor de mi sangre es de la clase ecuestre,
si mi campo no se renueva con arados infinitos
y si mis padres, los dos, moderan frugalmente sus gastos,
en cambio, Febo, sus nueve acompañantes y el descubridor
de la vid están de mi lado, y el Amor que a ti me entrega
y mi fidelidad que no cede ante nadie, y mi conducta sin ta-
y mi desnuda sencillez y un pudor ruboroso. [cha,
No me gustan las mujeres a miles, no soy volatinero del
[amor
¡tú, si existe la fidelidad, serás mi constante preocupación!
Los años que me concedan los hilos de las Hermanas contigo
me toque vivirlos y pueda morir de doliente contigo!
Ofrécete tú a mí como materia fértil de mis versos:
saldrán versos dignos de tu causa!
Por un poema tiene renombre Ío aterrada por sus cuernos
y aquella a la que un adúltero engañó en forma de ave de
y la que, llevada sobre el mar en toro simulado, [río
sujetó curvos cuernos con su mano de doncella.

También yo seré cantado igualmente por el mundo entero
y siempre mi nombre estará unido al tuyo.

Amores, I, 3
(A. R. V.) [40]

162. Primera visita de Corina

Hacía calor y el día había cumplido la mitad de su tiempo:
puse mis miembros para aliviarlos en medio de la cama.
Una hoja de la ventana estaba abierta, la otra cerrada,
casi como suele ser la luz en el bosque,

como luce el crepúsculo al huir Febo o como cuando
la noche se va y sin embargo no ha nacido aún el día.
Ésa es la luz que hay que ofrecer a las jóvenes vergonzosas,
por donde su tímido pudor espere hallar refugio.
He aquí que llegó Corina tapada con su túnica desceñida,
cubriendo su blanco cuello con guedejas divididas,
como se cuenta iba la hermosa Semíramis al tálamo
y Lais, la amada por muchos hombres.
Le arranqué la túnica: no molestaba mucho de fina que era,
pero sin embargo ella luchaba por cubrirse con la túnica,
y como luchaba como la que no quisiera vencer,
vencida quedó sin dificultad por su propia traición.

Cuando se quedó de pie sin velos ante mis ojos,
no hubo en todo su cuerpo defecto en parte alguna.
¡Qué hombros, qué brazos vi y toqué!
¡La forma de sus pechos, qué adecuada fue para estrecharlos!
¡Qué fino su vientre bajo un pecho perfecto!
¡Qué grandes y hermosas caderas! ¡Qué muslos de joven!
¿A qué detenerme en cada parte? Nada vi que no fuera
elogiable y desnuda la estreché contra mi cuerpo.

El resto, ¿quién no lo sabe? Relajados descansamos los dos:
¡que lleguen para mí muchas siestas así!

Amores, I, 5
(A. R. V.) [40]

163. Todas las mujeres me gustan

No me atrevería yo a defender mis defectuosas costumbres
ni a mover armas en defensa de mis vicios.
Lo admito, si de algo sirve reconocer las faltas:
ahora, tras reconocerlas, vuelvo insensato a mis delitos.

Odio, pero no puedo en mis deseos no ser lo que odio:
¡ay, qué duro es soportar lo que deseas quitarte de encima!
No tengo, en efecto, fuerzas ni ley para regirme a mí mismo:
soy llevado como popa arrastrada por rauda corriente.

No es una belleza concreta la que pueda excitar mi amor:
existen cien razones para estar yo siempre enamorado.
Si una bajó sus ojos ruborosos a tierra,
me abraso y ese pudor es para mí una emboscada;
si otra es provocativa, cautivo quedo porque no es sosa
y me da esperanzas de menearse bien en mullido lecho.
Si pareces huraña y émula de las sabinas puritanas,
pienso que quieres, pero que en el fondo estás disimulando;
si eres culta, me agradas dotada de esas extraordinarias
cualidades; si inexperta, me agradas por tu sencillez.
Está la que dice que los versos de Calímaco son rústicos al [lado
de los míos: a la que agrado, al instante ésa me agrada;
está también la que me critica a mí, poeta, y mis versos:
desearía tener debajo los muslos de la detractora.
Camina delicadamente: cautiva con su meneo; otra es dura:
pero podrá ser más delicada al contacto con un hombre.
A ésta porque canta dulcemente y modula con gran soltura
la voz, quisiera darle besos robados mientras canta;
ésta recorre las quejumbrosas cuerdas con el hábil pulgar:
¿quién no se enamoraría de manos tan sabias?
Aquélla agrada con sus gestos, mueve rítmicamente los [brazos
y contonea su delicada cintura con sensual destreza:
por no hablar de mí, a quien cualquier cosa altera,
¡pon allí a Hipólito y será Príapo!
Tú, porque eres tan alta, igualas a las antiguas heroínas
y puedes ocupar tendida toda la cama;
otra es manejable por su pequeñez; las dos me pierden:
la grande y la chica se avienen a mis deseos.

No está arreglada: me imagino lo que ganaría arreglándose;
está acicalada: ella misma exhibe sus propios encantos.
La mujer blanca me cautivará, me cautivará la rubia:
también es agradable Venus en el color oscuro.
Si cuelgan oscuros cabellos de un cuello de nieve...,
Leda era el centro de las miradas por su negra cabellera;
si amarillean..., agradó Aurora por su cabello azafranado:
mi amor se acomoda a todas las leyendas.
La joven me atrae, me seduce la madura:
aquélla es superior por su físico, ésta es la que sale.

En fin, a las jóvenes que cualquiera aprueba por toda Roma,
de todas ellas mi amor es candidato.

Amores, II, 4
(A. R. V.) (40)

164. A la muerte del papagayo de Corina

El papagayo, el ave imitadora de la India del oriente,
ha muerto: ¡acudid, aves, en tropel a las exequias!
¡Id, pájaros piadosos, golpeaos con las alas el pecho
y marcad vuestras tiernas mejillas con dura uña!
En vez de tristes cabellos se arranquen plumas erizadas
y en vez de la larga trompeta resuenen vuestros cantos.
Sobre el crimen que lamentas, Filomela, del tirano de Ísmaro,
ese lamento se ha cumplido en sus años debidos
Desvíate al desgraciado funeral de un ave no común:
Itis es un motivo grande, pero antiguo, de tu dolor.
Todas las que mantenéis el rumbo en el aire claro
–pero tú más que otras, tórtola–, lamentaos.
Plena concordia tuvisteis en toda vuestra vida
y hasta el final permaneció una lealtad larga y constante.

Lo que fue el joven focense para el argólico Orestes,
eso era, mientras pudo, la tórtola para ti, papagayo.

Sin embargo, ¿para qué esa lealtad, para qué la belleza de tu
exótico color, para qué una voz habilidosa en imitar soni-
[dos,
para qué sirve haber gustado a mi niña, cuando se te regaló?
¡Desgraciada, gloria de las aves, bien muerta estás!
Tú podías con tus plumas oscurecer las frágiles esmeraldas
y tu pico era purpúreo teñido de rojo azafrán.
No hubo en la tierra ave más imitadora de voces:
¡qué bien repetías palabras con sonidos entrecortados!
Te arrebató la envidia: tú no causabas fieras guerras,
sino que eras hablador y amante de la plácida paz;
te llenabas con nada y por amor a la charla
no podías dejar libre tu pico para muchos alimentos.
La nuez era tu alimento, la adormidera te traía el sueño
y la sed te la quitaba un sorbo de agua clara.
Mira, las codornices viven en medio de sus luchas
y tal vez por eso llegan con frecuencia a viejas.
Vive el buitre voraz y el milano que traza giros
por el aire y el grajo que anuncia el agua de lluvia;
vive también la odiada por la guerrera Minerva, la corneja,
la que sin duda difícilmente morirá antes de nueve siglos.
¡Ha muerto aquella locuaz imagen de la voz humana,
el papagayo, un regalo traído desde el confín del mundo!
Las cosas mejores suelen ser arrebatadas las primeras
por manos avaras, las peores completan su propia cuenta.
Tersites vio los tristes funerales del Filácida
y en vida de sus hermanos Héctor era ya ceniza.

¿A qué contar los piadosos deseos de mi tímida niña por ti,
deseos arrastrados por el proceloso Noto a través del mar?
Llegó el séptimo día, el que no iba a ver al siguiente,
y ya estaba la Parca con la rueca vacía.

Y con todo no se paralizaron tus palabras en paladar pere-
gritó con su lengua al morir «¡adiós, Corina!». [zoso:

Bajo la colina del Elisio florece un bosque de negras encinas
y la tierra húmeda reverdece de grama perenne.
Si algún crédito hay en lo incierto, aquel lugar, dicen, es de las
aves piadosas, del que se excluye a las aves funestas.
Allí pacen a lo ancho los ingenuos cisnes
y el fénix de larga vida, siempre la misma ave;
despliega sus plumas la misma ave de Juno
y besos da la tierna paloma a su macho apasionado.
El papagayo recibido en esa sede nemorosa atrae
hacia sus palabras a estas aves piadosas.
Sus huesos cubre un túmulo, un túmulo grande para su [cuerpo
donde una piedra exigua recoge un poema igual a ella:
SE DEDUCE DEL SEPULCRO MISMO QUE AGRADABA A MI [DUEÑA,
TUVE UN PICO MÁS ADIESTRADO PARA HABLAR QUE EL [DE UN AVE.

Amores, II, 6
(A. R. V.)[40]

165. La ciudad de Roma: inventario de lugares propicios para el amor

Si sientes debilidad por las que tienen pocos años y están todavía creciendo, vendrá ante tus ojos una muchacha de verdad. Si deseas una joven, mil jóvenes te gustarán: te ves obligado a no saber la que es de tu agrado. Si te gusta tal vez la edad madura y más sabia, también, créeme, tendrás este

ejército más lleno. Tú sólo pasa el rato tranquilamente a la sombra del pórtico de Pompeyo, cuando el sol se aproxima a la espalda del león de Hércules, o donde la madre ha acercado sus regalos a los regalos de su hijo, suntuosa obra por el mármol venido de fuera. No evites tampoco el pórtico, salpicado de antiguos cuadros, que tiene por nombre el de Livia, su fundadora, y en donde las Bélides se atrevieron a tramar la muerte de sus desdichados primos y el fiero padre se yergue espada en mano. Y que no se te pase por alto Adonis, llorado por Venus, ni los ritos del séptimo día celebrados por el judío sirio, ni evites el templo menfítico de la ternera cubierta de lino (ella hace ser a muchas lo que fue ella misma para Júpiter). También los foros (¿quién podría creerlo?) vienen bien al amor y a menudo su llama ha sido encontrada entre el ruido del foro. Por donde la Apíade, sita al lado del templo de Venus hecho de mármol, hiende los aires con las aguas que surte, en aquel lugar muchas veces el jurista es sorprendido por Amor y él, que se cuidó de otros, no se cuida de sí; en aquel lugar muchas veces le faltan palabras al orador, un caso nuevo se le presenta y ha de actuar en su propio proceso. Venus se ríe de él desde su templo que está al lado; quien hasta hace poco era patrón, ahora desea ser un cliente.

Pero tu caza está sobre todo en los curvos teatros: estos lugares son los más fructíferos para tus deseos. Allí encontrarás algo para amar, algo con lo que puedas divertirte, algo que tocar una sola vez y algo que quieras tener para siempre. Como va y viene incansable la hormiga a través de larga fila cuando lleva en su boca portadora de grano el alimento acostumbrado o como las abejas, tras haber encontrado los sotos deseados y olorosos pastizales, revolotean por entre las flores y las frondes del tomillo, así la mujer se precipita con sus mejores galas a los concurridos juegos: muchas veces su abundancia ha retardado mi elección. Vienen para contemplar, pero vienen también para

que las vean a ellas; aquel lugar conlleva el quebranto del casto pudor.

Arte de amar, I, 61-100
(J. L. A.)[41]

166. Dido a Eneas

Como canta el blanco cisne, cuando la muerte lo llama, tendido sobre las húmedas hierbas en la ribera del Meandro, así te hablo yo, y no porque abrigue esperanzas de conmoverte con mis súplicas.

Contra la voluntad divina he dado comienzo a esta carta. Pero, puesto que para mi desgracia he perdido ya mi buena fama y la honestidad de mi cuerpo y de mi alma, de poca importancia es perder también unas palabras.

Tienes decidido, a pesar de todo, irte y dejar a la desdichada Dido, y los vientos se llevarán al mismo tiempo tus velas y tu promesa. Tienes decidido, Eneas, desatar amarras a las naves a la vez que te desatas tú de tu compromiso, y buscar los reinos ítalos, que no sabes dónde están. Y nada te importa la naciente Cartago ni las murallas que van alzándose ni el sumo poder entregado a tu cetro. Escapas de lo que está hecho, persigues lo que está por hacer. Otra es la tierra que debes buscar a través del orbe, otra es la tierra que buscabas. Mas, aunque encuentres esa tierra, ¿quién te la ofrecerá para que la poseas?, ¿quién dará sus campos a unos desconocidos para que se queden con ellos? Otro amor te está esperando y otra Dido a la que engañar de nuevo, otra palabra tienes que dar.

¿Cuándo llegará el tiempo en que fundes una ciudad como Cartago y veas a tu gente desde la altura de un alcázar? [...]

Quizás incluso, malvado, abandones a una Dido embarazada y en mi cuerpo se esconda encerrada una parte de ti. La desdichada criatura seguirá el destino de su madre y serás culpable de la muerte de alguien que aún no ha nacido; el hermano de Julo morirá junto con su madre y un único castigo arrastrará a dos que están unidos entre sí.

Heroidas, VII, 1-24; 133-140
(V. C. L.) (42)

167. Ariadna a Teseo

Pero ya te habías arrancado a mis ojos. Entonces, por fin, lloré, pues antes el dolor había paralizado mis ojos delicados. ¿Qué mejor podían hacer mis ojos sino llorar por mí, después que habían dejado de ver tus velas? Y deambulaba sola con los cabellos sueltos, como una bacante impulsada por el dios ogigio, o bien me sentaba, yerta, sobre una piedra, mirando al mar, y era yo tan piedra como la piedra misma sobre la que me sentaba. Una y otra vez vuelvo al lecho que nos había acogido a los dos, pero que no iba a mostrarnos nunca acogidos en él, y en vez de tocarte a ti, toco lo único que puedo, tus huellas y el colchón que tus miembros habían calentado. Me tumbo y sobre el lecho, que chorreaba de las lágrimas que yo había vertido, exclamo: «¡Dos estuvimos encima de ti, haz que volvamos los dos! Vinimos aquí juntos, ¿por qué no nos vamos juntos de aquí? ¡Lecho traidor!, ¿dónde está la mayor parte de mí?».

¿Qué haré? ¿Adónde me dirigiré yo sola? No está habitada la isla. No veo rastros de hombres ni de labor de bueyes. Por todas partes el mar rodea la tierra. Marineros por ningún sitio. Ninguna nave dispuesta a cruzar las dudosas aguas. Supón que se me ofrecen compañeros, vientos y una nave, ¿cuál será mi

meta? Me está prohibido acercarme a la tierra de mi padre. Aunque me deslice felizmente en una nave a través de los mares en calma, aunque Éolo modere los vientos, seré una desterrada. ¡No te volveré a ver, Creta, repartida en cien ciudades, tierra que conoció Júpiter cuando era niño! Pues a mi padre y a mi tierra, que mi justo padre gobierna, nombres para mí queridos, los he traicionado con mi mala acción; fue entonces, cuando te di a ti los hilos que, como guía, dirigieron tus pasos para que no murieras, una vez vencedor, en el laberinto lleno de curvas. Entonces tú me decías: «Por estos mismos peligros te juro que serás mía, mientras viva uno y otro de nosotros dos». Vivimos, Teseo, si es que al menos estás vivo tú; y no soy tuya yo, mujer que ha sido sepultada por la traición de su perjuro marido. ¡Haberme matado también a mí, malvado, con la misma clava con que mataste a mi hermano! La promesa que me habías hecho hubiera quedado solventada con mi muerte.

Ahora yo no sólo pienso en lo que he de padecer sino en todo lo que puede padecer una mujer abandonada.

Heroidas, X, 43-80
(V. C. L.) [42]

168. Metamorfosis de Dafne

Apolo se disponía a seguir hablando cuando huye en teme-
[rosa
carrera la hija de Peneo y lo dejó con la palabra en la boca;
y aun entonces le pareció bonita: el viento desnudaba
su cuerpo, soplos contrarios agitaban el vestido en su direc-
[ción
y una ligera brisa hacía retroceder su cabello en movimiento:
la huida aumentaba su belleza. Pero el joven dios no aguanta
más desperdiciar sus requiebros y, tal como le aconsejaba

el mismo Amor, sigue sus huellas a paso desbocado.
Como el galgo que ha visto a una liebre en campo abierto,
y con las patas busca aquél su presa, ésta su salvación
(el uno, a punto de cogerla, espera cobrarla inmediatamente
y olisquea las huellas con su hocico extendido;
la otra duda si ha sido capturada, se escapa de las mismas
[fauces
y deja atrás el hocico que ya la tocaba): así el dios y la donce-
el uno es rápido por la esperanza, la otra por el temor. [lla,
Con todo, quien persigue, ayudado por las alas del amor
es más rápido, no da tregua, acosa la espalda de la fugitiva
echa su aliento sobre los cabellos derramados por el cuello.
Agotadas sus fuerzas, palideció ella y vencida por el esfuerzo
de la rápida huida dijo mirando a las aguas del Peneo:
«¡Ayúdame, padre, si los ríos sois divinidades, echa a perder,
cambiándola, esta figura con la que he gustado demasia-
[do!».
Apenas acabó su plegaria, un pesado sopor invade sus
una delgada corteza ciñe su tierno pecho, [miembros:
sus cabellos crecen como hojas, sus brazos como ramas,
sus pies ha poco tan veloces se adhieren en raíces perezosas,
en lugar del rostro está la copa: sólo la belleza queda en ella.
Aun así la ama Febo y colocando su diestra en el tronco
siente todavía temblar su pecho debajo de la nueva corteza
y abrazando con sus brazos las ramas como si fueran miem-
[bros
da besos a la madera: esquiva sin embargo los besos la ma-
A ésta el dios le dijo: «Ya que no puedes ser mi esposa, [dera.
al menos serás mi árbol; siempre te tendrá mi cabellera,
te tendrá mi cítara, laurel, y te tendrá mi aljaba.
Tú acompañarás a los caudillos latinos, cuando voces ale-
canten el triunfo y visiten el Capitolio largos desfiles. [gres
Ante las puertas de Augusto tú misma te erguirás, guardiana
fidelísima de sus jambas, y protegerás la encina en medio;
y como mi cabeza es juvenil con sus cabellos sin cortar,

lleva tú también siempre el honor perpetuo de la fronda».
Acabó de hablar Peán; asintió el laurel con sus ramas recién
formadas y la copa parecía que se movía como una cabeza.

Metamorfosis, I, 525-567
(A. R. V.-F. N. A.) (43)

169. Faetón conduce los caballos de su padre el Sol

Pero cuando desde lo más alto del cielo el desdichado Faetón
avistó las tierras que se extendían muy al fondo, palideció,
las rodillas le temblaron presas de repentino temor,
y entre tan gran luz aparecieron tinieblas en sus ojos. Ya que-
[rría
no haber tocado jamás los caballos de su padre; ya se arre-
[piente
de haber comprobado su origen y triunfado en sus súplicas;
ya desea que se le llame hijo de Mérope, mientras es arras-
[trado
como la nave impelida por el impetuoso Bóreas, cuyo piloto
ha soltado el inútil timón, abandonándola a dioses y plega-
¿Qué hacer? Mucho cielo ha quedado a su espalda, [rias.
ante los ojos mucho más. Mide mentalmente ambos trechos;
y tan pronto mira al ocaso, que el destino no le permitirá
alcanzar, como vuelve la mirada hacia el orto;
sin saber qué hacer, queda paralizado y ni suelta las riendas,
ni es capaz de retenerlas, ni conoce los nombres de los ca-
[ballos.
Espantado, ve además, diseminados por el tachonado cielo,
toda suerte de prodigios e imágenes de fieras gigantescas.
Hay un lugar donde curva sus brazos en doble arco
el Escorpión y con la cola y las pinzas dobladas en ambos
[lados

extiende sus miembros en el espacio de dos signos. Cuando
el muchacho lo vio, empapado en el sudor de su negro ve-
[neno
y amenazando herirle con su corvo aguijón, enloquecido
por un helado terror, suelta las riendas. Cuando éstas,
abandonadas, tocaron las grupas, los caballos se salen de la
[ruta
y, desbocados, galopan por los aires de una región descono-
[cida,
y por donde les lleva su impulso, se precipitan desenfrenados;
en el alto firmamento arremeten contra las estrellas fijas,
arrastran el carro por parajes impracticables, y tan pronto
se encaminan a las alturas, como por taludes y declives
se dirigen a las proximidades de la tierra. Se maravilla
la Luna de que los caballos de su hermano galopen por debajo
de los suyos; las abrasadas nubes se evaporan. La tierra,
en especial las zonas más elevadas, es pasto de las llamas,
y se resquebraja y agrieta, y privada de su humedad se seca.
Los pastos blanquean, en tanto el árbol arde con sus hojas,
y la mies, reseca, proporciona combustible para su propia
[ruina.

Metamorfosis, II, 178-213
(A. R. V.-F. N. A.) (43)

170. El tormento de Narciso

Así éste la había burlado, así antes a otras nacidas
en las aguas o en los montes, así la compañía masculina.
Entonces uno de los despreciados, levantando las manos al
[cielo,

«Así ame él, ojalá; así no consiga al objeto de sus deseos»,
dijo, y asintió la Ramnusia a la justa súplica.
Había una fuente nada cenagosa, de claras y plateadas aguas,
que ni los pastores ni las cabras que pastan en el monte
habían tocado, ni otro ganado alguno, y que ningún pájaro
ni fiera había enturbiado, ni rama caída de un árbol.
Crecía alrededor la hierba, alimentada por la humedad cer-
[cana,
y una espesura que jamás permitirá que aquel paraje se enti-
[bie con el sol.
Aquí vino a tumbarse el zagal, fatigado por la pasión de la
[caza
y el calor, buscando tanto la belleza del lugar como la fuente.
Y mientras ansía calmar la sed, nació otra sed; y mientras
bebe, cautivado por el reflejo de la belleza que está viendo,
ama una esperanza sin cuerpo; cree que es cuerpo lo que es
[agua.
Se extasía ante sí mismo y sin moverse ni mudar el semblante
permanece rígido como una estatua tallada en mármol de
[Paros.
Apoyado en tierra contempla sus ojos, estrellas gemelas,
sus cabellos, dignos de Baco y dignos de Apolo,
sus mejillas lampiñas, su cuello de marfil, la gracia
de su boca, y el rubor mezclado con nívea blancura,
y admira todo aquello que le hace admirable.
Se desea a sí mismo sin saberlo, elogiando se elogia,
cortejando se corteja, y a la vez que enciende, arde.
¡Cuántas veces dio vanos besos a la fuente engañadora!
¡Cuántas veces sumergió sus brazos para agarrar el cuello
que veía en medio de las aguas y no consiguió cogerse en ellas!
No sabe qué es lo que ve, pero lo que ve le quema,
y la misma ilusión que engaña sus ojos, los excita. Crédulo,
¿para qué intentas en vano atrapar fugitivas imágenes?
Lo que buscas, no existe; lo que amas, apártate y lo perderás.
Esa sombra que estás viendo es el reflejo de tu imagen.

No tiene entidad propia; contigo vino y contigo permanece;
y contigo se alejaría, si tú pudieras alejarte.

Metamorfosis, III, 402-436
(A. R. V.-F. N. A.)[43]

171. Píramo y Tisbe

Píramo y Tisbe, el uno el joven más bello de todos,
la otra más hermosa de las jóvenes de Oriente,
vivían en casas contiguas, donde Semíramis, se cuenta,
había rodeado de murallas de adobe su alta ciudad.
La vecindad les hizo conocerse y dar los primeros pasos;
con el tiempo creció el amor, y se habrían unido
en legítimo matrimonio, pero se opusieron sus padres;
pero, y a eso no se pudieron oponer, los dos ardían por igual
en sus corazones cautivos. Nadie lo sabía, por gestos y señas
hablaban, y cuanto más se oculta, más hervía el fuego oculto.
Una pared medianera de ambas casas tenía una pequeña [grieta
que se había producido hacía tiempo cuando se construía.
Nadie había reparado en este defecto en muchos siglos, pero
(¿de qué no se da cuenta el amor?) vosotros, enamorados, [fuisteis
los primeros en verlo, abristeis un camino para la voz y por [allí
solían atravesar seguros en leve murmullo vuestros requie- [bros.
Con frecuencia, cuando Tisbe estaba a un lado y Píramo al [otro
y habían notado mutuamente la respiración de sus bocas,
decían: «¿Por qué te interpones entre dos enamorados,
pared envidiosa? ¿Qué te costaba permitirnos unir por entero

nuestros cuerpos o, si eso es demasiado, abrirte por lo menos
para besarnos? Pero no somos desagradecidos, reconoce- [mos que
te debemos que nuestras palabras hayan llegado a oídos [amigos».
Después de hablar así en vano desde sitios diferentes,
al anochecer se dijeron «adiós» y cada uno en su parte
dio besos que no llegaron al otro lado.
La aurora siguiente había apartado los fuegos de la noche
y el sol había secado con sus rayos las hierbas cubiertas de [rocío:
se reunieron en el lugar acostumbrado. Entonces, tras lanzar
muchos lamentos en voz baja, deciden engañar en el silencio
de la noche a sus guardianes e intentar salir por la puerta
y, fuera ya de sus hogares, abandonar también los edificios
de la ciudad; y, para no perderse yendo por anchos campos,
reunirse junto al sepulcro de Nino y ocultarse a la sombra
de un árbol. Allí había un árbol cuajado de níveos frutos,
un alto moral, que lindaba con una gélida fuente.
Aprueban el plan; la luz del día, que les pareció lenta en ale- [jarse,
se precipitó en las aguas y de las aguas emergió la noche.
Astuta en las tinieblas, Tisbe hace girar el quicio de la puerta,
sale, engaña a los suyos, con la cara cubierta
llega a la tumba y se sienta bajo el árbol acordado.
El amor la hacía atrevida. He aquí que llega una leona
con el hocico espumeante y manchado de la matanza reciente
de unos bueyes, para aliviar su sed en el agua de la vecina [fuente.
La babilonia Tisbe la vio de lejos bajo los rayos de la luna
y huyó con pasos asustados a una oscura cueva,
y en su huida dejó un velo caído a su espalda.
Cuando la cruel leona aplacó la sed con agua abundante,
de regreso al bosque se topó casualmente con el tenue velo
sin Tisbe y lo despedazó con su boca ensangrentada.

Más tarde salió Píramo, vio en el espeso polvo las huellas
seguras de una fiera y se puso pálido en todo su rostro;
pero cuando encontró también la prenda teñida de sangre,
«Una sola noche», dijo, «perderá a dos enamorados;
de los dos, ella merecía una vida más larga;
mi alma es culpable. Yo a ti, desgraciada, te he perdido,
yo que te invité a venir de noche a lugares llenos de miedo
y no llegué antes aquí. Despedazad mi cuerpo
y devorad mis vísceras criminales con fieros mordiscos,
leones, quienquiera que seáis los que habitáis bajo esta roca.
Pero es un cobarde quien desea la muerte». Levanta el velo
de Tisbe, lo lleva consigo a la sombra del árbol acordado
y tras derramar lágrimas y dar besos a la conocida prenda,
dice: «Recibe ahora también la bebida de mi sangre».
Y la espada que llevaba a la cintura la clavó en sus ijares
y sin tardanza se la arrancó, moribundo, de la caliente herida,
y quedó tendido boca arriba en el suelo: la sangre salió
despedida hacia arriba, como cuando en un plomo defec- [tuoso
se abre una hendidura y sale un largo chorro por un agujero
estrecho y estridente rasgando el aire con sus golpes.
Los frutos del árbol con las salpicaduras de sangre
se vuelven de apariencia oscura y la raíz humedecida de [sangre
matiza a las moras que cuelgan de color de púrpura.
Mira, sin estar todavía repuesta del miedo, para no defraudar
a su amor, vuelve, busca al joven con los ojos y el corazón,
deseando contarle el peligro tan grande que ha evitado;
pero, aunque reconoce el lugar y la forma del árbol que ha [visto,
el color del fruto la hace dudar: no sabe si es éste.
Mientras duda, ve temblorosa unos miembros palpitar
en el suelo ensangrentado, retrocedió y con la cara más pálida
que el boj quedó horrorizada como la llanura del mar
que tiembla cuando una leve brisa roza por su superficie.
Pero después que se detuvo y reconoció a su amor,

se golpeó sus brazos sin merecerlo entre grandes lamentos,
se arrancó el cabello, abrazó el cuerpo amado,
llenó de lágrimas sus heridas, mezcló el llanto
con su sangre y clavando sus besos en el rostro helado
gritó: «Píramo, ¿qué desgracia te ha arrebatado de mí?
¡Píramo, responde! Tu Tisbe, querido mío, te llama
por tu nombre; escúchame y levanta tu cabeza yacente».
Al nombre de Tisbe Píramo levantó los ojos ya pesados
por la muerte, la miró y los volvió a cerrar. Cuando Tisbe
reconoció su prenda y vio la vaina de marfil sin la espada,
exclamó: «Tu propia mano y el amor te han perdido,
desgraciado. Tengo yo también una mano fuerte para esto
solo, también tengo amor: éste me dará fuerzas para herirme.
Te seguiré muerto y se dirá que soy causa y compañera
de tu muerte; y tú, que sólo con la muerte, ¡ay!, te pudieron
arrancar de mí, ni con la muerte podrán arrancarte de mí.
Con todo las palabras de los dos os pedirán esto,
padres míos y de aquel desgraciadísimos,
que a quienes unió un fiel amor, a quienes la última hora,
no veáis mal que sean sepultados en la misma tumba.
Y tú, árbol que con tus ramas cubres ahora el cuerpo desgra-
de uno solo y pronto cubrirás el de dos, conserva [ciado
las señales de la muerte y ten siempre frutos negros
y apropiados para el luto en memoria de nuestra doble san-
Dijo y con la punta de la espada debajo de su pecho, [gre».
cayó sobre el hierro todavía tibio por la muerte anterior.
Y las súplicas llegaron a los dioses y llegaron a los padres:
pues el color del fruto, cuando está, es negro
y lo que queda de sus piras descansa en una sola urna.

Metamorfosis, IV, 55-166
(A. R. V.-F. N. A.) [43]

172. Dédalo e Ícaro

Entre tanto Dédalo aborrece Creta y el prolongado destierro,
siente nostalgia de su país natal, pero se encuentra
cercado por el mar. «Aunque me cierre el paso por tierra
y por mar, el cielo al menos está abierto; iré por ahí.
Podrá poseerlo todo Minos, pero el aire no lo posee.»
Dijo, y se aplica a un arte hasta entonces desconocido
y trastorna la naturaleza. Dispone plumas en hilera,
empezando por la más pequeña y siguiendo de menor a
[mayor,
de suerte que parecen que crecen en pendiente; así es como
un día fue surgiendo la rústica zampoña con cañas de avena
desiguales. Sujeta luego con hilo las plumas centrales y con
[cera
las laterales; así ensambladas, les da una pequeña curvatura
para imitar a las aves de verdad. Con él estaba un niño,
Ícaro; sin saber que estaba palpando su propio peligro,
con rostro risueño, tan pronto intentaba atrapar las plumas
que se llevaba una brisa pasajera, como ablandaba la rubia
[cera
con el pulgar y con su juego estorbaba el admirable trabajo
de su padre. Cuando hubo dado el último retoque a su obra,
el artesano balanceó su propio cuerpo con ambas alas
y agitándolas se suspendió en el aire; aleccionó también
a su hijo diciéndole: «Te advierto, Ícaro, que debes volar
a media altura, para evitar que las olas recarguen tus alas
si vas demasiado bajo, y que el calor las queme si demasiado
[alto;
vuela entre mar y cielo. Te aconsejo que no mires al Boyero
ni a la Hélice ni tampoco a la espada desnuda de Orión;
¡vuela detrás de mí!». Mientras le da instrucciones de cómo
debe volar, le acomoda las extrañas alas sobre los hombros.
Durante la operación y las advertencias se humedecieron
las mejillas del anciano y temblaron sus manos de padre; dio

a su hijo besos que no volvería a dar, y elevándose con sus alas
vuela delante, inquieto por su acompañante, como el ave que
desde el encumbrado nido ha lanzado a los aires a su polluelo,
y le alienta a seguirle y le instruye en el pernicioso arte
y agita él mismo sus alas y se vuelve a mirar las de su hijo.
Algún pescador cuando capturaba peces con temblorosa [caña,
algún pastor apoyado en su báculo, o algún labrador en la [esteva,
los vio y se quedaron atónitos, y creyeron que eran dioses,
puesto que podían surcar los cielos. Y ya tenían a su izquierda
Samos la isla de Juno (Delos y Paros habían quedado atrás),
y a la derecha a Lebinto y a Calimna rica en miel,
cuando el muchacho empezó a recrearse en su atrevido vuelo,
abandonó a su guía, y, arrastrado por sus ansias de cielo,
remontó el vuelo. La proximidad del abrasador sol
ablanda la aromática cera que sujetaba las plumas.
La cera se ha derretido; agita Ícaro sus brazos desnudos,
y, desprovisto de alas, no puede asirse en el aire,
y aquella boca que gritaba el nombre de su padre es engullida
por las azuladas aguas, que de él tomaron nombre.
Su desdichado padre, que no lo era ya, gritó: «Ícaro,
Ícaro, ¿dónde estás? ¿En qué lugar debo buscarte?».
«Ícaro» gritaba; divisó las plumas sobre las olas
y maldijo su inventiva; depositó el cuerpo en un sepulcro,
y aquella tierra fue llamada con el nombre del sepultado.

Metamorfosis, VIII, 183-235
(A. R. V.-F. N. A.)[43]

173. El Sueño y sus hijos

Cerca del país de los Cimerios hay una caverna muy pro-
[funda,
un monte hueco, la morada y santuario del perezoso Sueño;
allí jamás puede Febo, ni al amanecer, ni al mediodía,
ni en su ocaso, penetrar con sus rayos; la tierra exhala
neblinas y tinieblas, y hay siempre una débil luz crepuscular.
Allí el ave madrugadora, coronada de cresta, no llama
a la aurora con su quiquiriquí, ni con sus ladridos rompen
el silencio los perros guardianes ni el ganso, más sagaz que
los perros; ni fieras ni reses ni ramas movidas por la brisa
ni el griterío de lenguas humanas producen ruido.
Reina una muda quietud. Sin embargo, de las entrañas
de una roca brota un arroyo del río del Olvido; sus aguas
se deslizan rumorosas por un lecho de fragorosos guijarros,
invitando al sueño. A la entrada de la caverna florecen
fecundas adormideras y numerosas plantas; de sus jugos
liba la Noche el narcótico que luego esparce con el rocío
por las tenebrosas tierras. Tampoco rechina la puerta al girar
el quicio; ninguna hay en toda la mansión, ningún guardián
en el umbral; sí se alza en el centro de la gruta un lecho
de ébano y plumas, monocolor y cubierto de negras colchas.
Allí descansa el dios en persona, entregado a la holganza.
Esparcidos a su alrededor e imitando diferentes figuras
están tendidos tantos vanos sueños como espigas tiene una
hojas un bosque, y granos de arena una playa. [...] [mies,

El padre Sueño, de entre la turbamulta de sus mil hijos,
despierta entonces a un hábil imitador de formas, a Morfeo.
No hay otro capaz de reproducir con mayor destreza que él
los andares, las facciones y el timbre de voz de cada hombre,
y hasta sus ropas y palabras más comunes. Pero él sólo sabe
imitar a los hombres; otro hay que se convierte en fiera,
en ave, en serpiente de alargado cuerpo; a éste lo llaman

Ícelo los celestiales, Fobétor el vulgo de los mortales.
Hay incluso un tercero, dotado de una habilidad diferente,
Fántaso; en tierra, en piedra, en agua, en árbol,
y en cuantas cosas carecen de vida, se transforma y disfraza.
Suele éste mostrarse de noche a reyes y caudillos; otros
deambulan entre las masas del pueblo llano. A éstos los pasó
de largo el anciano, y de entre todos los hermanos el Sueño
elige a uno, a Morfeo, para que ejecute el encargo de la hija
de Taumante; y entregándose de nuevo a la muelle holganza,
recostó la cabeza, hundiéndola en lo profundo de su lecho.

Metamorfosis, XI, 592-615; 633-649
(A. R. V.-F. N. A.) [43]

174. Combate de lápitas y centauros

[...] Por azar,
había allí cerca una antigua crátera con altos relieves;
la levanta el hijo de Egeo, irguiéndose más enorme de lo que
de por sí era, y la lanza contra el rostro de su adversario.
Éste, vomitando por la herida y por su boca borbotones de
[sangre,
sesos y vino, de espaldas sobre la arena empapada, patalea.
Se enardecen con la muerte de su hermano los centauros,
y, a porfía, todos a una gritan: «¡A las armas!».
El vino les daba ánimos, y en los prolegómenos de la batalla
vuelan como proyectiles copas, frágiles jarros y torneados
[calderos,
objetos apropiados antes para el festín, ahora para la guerra
[y la matanza.

Ámico, el hijo de Ofión, fue el primero que sin escrúpulos

despojó de sus ofrendas el santuario y el primero que de la [capilla
cogió un candelabro repleto de brillantes antorchas,
y levantándolo bien alto, como quien se dispone a romper
con el hacha sacrificial la blanca cerviz de un toro,
lo estrelló contra la frente del lápita Celadonte,
dejándole un amasijo de huesos en un rostro irreconocible.
Los ojos se le salieron de sus órbitas, y, rotos los huesos
de la cara, la nariz se le hundió e incrustó en el paladar.
A Ámico, arrancando una pata de una mesa de arce, lo de- [rribó
en tierra, con el mentón caído sobre el pecho, Pélates de Pela,
y mientras escupía dientes mezclados con negra sangre,
con un segundo golpe lo envió a las sombras del Tártaro.

Tras acercarse al altar humeante, Grineo le echa una mirada
asesina y dice: «¿Por qué no hacer uso de esto?», y levantó
el descomunal altar junto con sus fuegos y lo arrojó
en medio de la formación de los lápitas, abatiendo a dos,
a Bróteas y a Orío. La madre de Orío era Mícale, de quien
se sabía que con sus conjuros muchas veces había hecho
descender los cuernos de la luna, pese a su resistencia.
«¡No saldrás impune, con sólo que pueda contar con un [arma!»
había dicho Exadio, y toma por arma unas cuernas de ciervo
que estaban como exvoto en la copa de un pino.
La doble asta traspasa las órbitas de Grineo y le arranca
los ojos, uno de los cuales queda clavado a los cuernos, el [otro
rueda por la barba y queda colgando de la sangre coagulada.

Metamorfosis XII, 234-270
(A. R. V.-F. N. A.) (43)

175. Discurso de Ulises

¿Dónde está el valiente Áyax? ¿Dónde las bravuconadas
del gran hombre? ¿Por qué tienes miedo ahora? ¿Por qué [Ulises
se atreve a cruzar las centinelas, a confiarse a la noche, a pe- [netrar
por entre fieras espadas no ya dentro de los muros de Troya,
sino hasta lo más alto de la ciudadela, a arrebatar de su capilla
a la diosa y a traérsela luego cruzando el campo enemigo?
Y si no hubiera hecho yo todo eso, en vano el vástago de [Telamón
hubiera portado en su siniestra los cueros de siete toros.
Aquella noche alcancé yo la victoria sobre Troya; vencí
a Pérgamo entonces, cuando logré que pudiese ser vencida.
Deja de señalarme con la mirada y con murmullos a mi amigo
el Tidida; tiene él su parte de gloria en esto. Tampoco tú,
cuando embrazabas tu escudo para defender la escuadra [aliada,
estabas solo; te acompañaban muchos hombres, a mí uno [solo.
Y éste, si no supiera que la bravura es inferior a la sagacidad,
y que el premio no está reservado a la diestra invicta,
también él lo reclamaría; y lo pediría el Áyax más comedido
y el belicoso Eurípilo y el hijo del ilustre Andremon,
y no menos lo pedirían Idomeneo y Meriones, nacidos
en la misma patria, y hasta el hermano del Atrida mayor;
pues son valientes y no inferiores a ti en la pelea,
pero ¡han cedido a mi talento! Tú tienes una diestra buena
para la batalla, pero una mente que precisa de mi dirección;
tú empleas tu fuerza a ciegas, yo tengo visión del futuro;
tú sabes luchar, pero la hora del combate la elige
el Atrida conmigo; tú eres útil sólo con tu cuerpo,
yo con mi talento; y cuanto el capitán de un barco aventaja
al remero, cuanto supera el general al soldado, otro tanto

te sobrepaso. De igual modo en el cuerpo humano el corazón tiene más importancia que el brazo; en él está todo el vigor.

Metamorfosis, XIII, 340-369
(A. R. V.-F. N. A.) [43]

176. Canción de Polifemo a Galatea

[...] Escondida yo en una gruta, descansaba
en el regazo de mi Acis, cuando con mis oídos capté
a lo lejos estas palabras, que anoté tras escucharlas:

«¡Galatea, más blanca que la hoja del aleño nevado,
más florida que los prados, más esbelta que el alto aliso,
más reluciente que el cristal, más juguetona que el cabritillo,
más pulida que las conchas desgastadas por las continuas [olas,
más agradable que el sol en invierno y la sombra en verano,
más noble que las manzanas, más vistosa que el alto plátano,
más brillante que el hielo, más dulce que la uva madura,
más suave que las plumas del cisne y la leche cuajada
y, si no me huyeras, más hermosa que un jardín regado:
pero la misma Galatea es más cruel que los novillos indó- [mitos,
más dura que una añosa encina, más falaz que las olas,
más flexible que las ramas del sauce y las blancas vides,
más inamovible que estas rocas, más violenta que un río,
más soberbia que el admirado pavo real, más cruel que el [fuego,
más áspera que los abrojos, más enfurecida que una osa [parida,
más sorda que los mares, más implacable que un hidro pi- [sado,

y, lo que especialmente yo quisiera poder quitarte, más huino ya que un cieno acosado por sonoros ladridos, [diza
sino incluso que el viento y la voladora brisa. [...]

Todo este ganado es mío; muchas cabezas vagan también
por los valles, a muchas oculta el bosque, muchas están reco-
[gidas
en las cuevas, y, si acaso preguntas, no podría decirte cuán-
[tas hay.
¡De pobre es contar el ganado! Sobre su calidad no me cree-
tú misma en persona puedes observar cómo apenas [rías:
sus patas pueden soportar sus rebosantes ubres.
Hay también, ganado menor, corderos en tibios rediles,
hay también, de igual edad, cabritos en otros rediles.
Siempre dispongo de leche blanca como la nieve: de ella
[conservo
parte para beberla y otra la endurece el líquido cuajo.
Y no sólo tendrás placeres asequibles y regalos vulgares,
gamos, liebres, cabras, una collera de palomas
y un nido arrancado de la copa de un árbol:
encontré dos oseznos de una peluda osa en la cima
de las montañas, para que puedan jugar contigo,
tan iguales entre sí que apenas podrías diferenciarlos;
los encontré y dije: «los guardaré para mi dueña». [...]

Al menos yo me conozco, me he visto hace poco en el reflejo
de las líquidas aguas y me agradó mi físico al verme.
Mira mi corpulencia: no es mayor que este cuerpo
Júpiter en el cielo (pues vosotros soléis contar que reina
no sé qué Júpiter), abundante cabellera cuelga
sobre mi torvo rostro y, como un bosque, sombrea mis
[hombros,
y no consideres feo el que mi cuerpo está muy densamente
erizado de rígidas cerdas: feo es el árbol sin hojas,
feo el caballo si una crin no cubre su amarilla cerviz;

plumas cubren a las aves, la propia lana embellece a las [ovejas:
la barba y las hirsutas cerdas adornan el cuerpo de los va- [rones.
Tengo un solo ojo en el centro de la frente, pero semejante
a un enorme escudo. ¿Y qué? ¿No ve todo esto el gran Sol
desde el cielo? Y el Sol tiene un único disco.

Metamorfosis, XIII, 786-807; 821-837; 840-853
(A. R. V.-F. N. A.) (43)

177. Autobiografía poética

Escúchame, posteridad, para que sepas quién fui yo, aquel célebre cantor de los tiernos amores, al que estás leyendo.

Mi patria es Sulmona, muy rica en aguas frescas y que dista noventa millas de Roma. Allí nací yo, concretamente (para que conozcas la fecha) cuando ambos cónsules cayeron víctimas de un mismo sino. Por si esto vale algo, soy un viejo heredero del orden ecuestre desde mis bisabuelos y no he sido nombrado caballero recientemente por un don de la fortuna. Ni fui el primogénito, sino que nací cuando ya lo había hecho un hermano mío, que había nacido dos meses antes. El mismo día fue testigo del nacimiento de los dos y un solo día era festejado con la ofrenda de dos pasteles: ese día es, de los cinco festivos dedicados a la armígera Minerva, el primero que suele ensangrentarse con la lucha.

Nuestra formación comenzó ya desde nuestra primera infancia y, por interés de mi padre, fuimos a Roma a seguir las lecciones de maestros insignes por sus conocimientos. Mi hermano, nacido para los esforzados combates del locuaz Foro, se sentía atraído desde tierna edad hacia el arte de la elocuencia. A mí, sin embargo, ya desde niño me gustaban

los misterios celestes y la Musa me arrastraba en secreto hacia su trabajo. A menudo me dijo mi padre: «¿Por qué intentas un estudio sin provecho? El propio Meónida no legó fortuna alguna». Me habían convencido sus palabras y, abandonando por completo el Helicón, intentaba escribir palabras desprovistas de ritmo. Espontáneamente, el poema tomaba su ritmo apropiado y todo aquello que intentaba escribir era verso.

Entre tanto, transcurriendo los años con paso tácito, mi hermano y yo tomamos la toga viril y sobre nuestros hombros vestimos la púrpura con laticlavo y permanecen las aficiones que antes teníamos. Ya había alcanzado mi hermano los veinte años de edad, cuando murió y comencé a sentirme privado de una parte de mí mismo.

Obtuve también los primeros honores de la juventud y durante un cierto tiempo fui uno de los triunviros. Me faltaba el Senado, pero reduje la anchura de mi púrpura: esa carga era superior a mis fuerzas; ni mi cuerpo aguantaba, ni mi espíritu estaba preparado para ese trabajo, y yo huía de la tentadora ambición; además, las hermanas Aonias me invitaban a buscar distracciones tranquilas, siempre preferidas por mi gusto.

Traté y apoyé a los poetas de aquella época y en todos los hombres inspirados que tenía delante yo creía ver dioses. Macro, algo mayor que yo, me leyó con frecuencia sus poemas sobre los pájaros, sobre las serpientes peligrosas y sobre las hierbas benéficas. Frecuentemente también Propercio acostumbró a recitarme sus poemas amorosos debido a la amistad que nos unía. Póntico, célebre por sus versos heroicos, y Baso, por sus yambos, fueron amables miembros de mi convivencia; el melodioso Horacio cautivó mis oídos, mientras entonaba cultos poemas con la lira ausonia. A Virgilio lo conocí sólo de vista y a Tibulo no le dio el avaro destino tiempo de ser mi amigo. Éste fue tu sucesor, Galo, y Propercio el suyo, y de éstos yo mismo fui el cuarto en el orden

temporal. Y así como yo honré a los poetas que eran mayores que yo, lo mismo hicieron conmigo los que eran menores y mi Talía no tardó en ser conocida. La primera vez que leí en público mis poemas de juventud, apenas si había rasurado mi barba una o dos veces. Había inspirado mi ingenio poético aquella a la que canté por toda la ciudad y llamé con el falso nombre de Corina. En verdad, escribí muchos versos, pero todos aquellos que me parecieron malos, los arrojé al fuego para que los enmendara. Incluso entonces, cuando iba a partir para el exilio, quemé algunos versos que habrían gustado, indignado con mi afición y con mis poemas.

Mi corazón era tierno, vulnerable a los dardos de Cupido y al que podía conmover cualquier pequeño motivo. Con todo, a pesar de ser así y encenderme con el menor fuego, no circuló ninguna habladuría a cuenta mía. Siendo casi un niño, se me dio una esposa ni digna ni útil, que estuvo desposada conmigo por poco tiempo. Le sucedió otra que, aunque irreprochable, no había de durar tampoco mucho tiempo en mi lecho. La última, que ha permanecido conmigo hasta los últimos años, ha soportado ser la esposa de un marido exiliado. Mi hija, madre por dos veces en su primera juventud, aunque no de un solo marido, me hizo abuelo. Ya mi padre había cumplido su destino, habiendo añadido nueve lustros a otros nueve. No de otro modo lo lloré que como lo hubiera hecho él si me hubiera perdido a mí. Poco después tributé las honras fúnebres a mi madre. ¡Dichosos los dos y sepultados a tiempo, ya que murieron antes del día de mi castigo! ¡Dichoso también yo, puesto que soy desgraciado ahora que ellos no viven y porque no tuvieron que lamentarse por mi causa! Con todo, si algo más que los nombres queda de los muertos y una tenue sombra huye de las piras ya levantadas, si hasta vosotras, sombras de mis padres, ha llegado alguna noticia sobre mí y mis delitos se evocan en el foro estigio, sabed, os lo suplico (pues no me es lícito engañaros) que el motivo del exilio que se me ha impuesto es un

error, no un delito. ¡Esto es bastante para los Manes! A vosotros me vuelvo, espíritus solícitos, que indagáis los actos de mi vida.

Ya, pasados los mejores años, me había llegado la canicie y se había mezclado con mis antiguos cabellos. Desde mi nacimiento, el caballero vencedor, coronado con el olivo de Pisa, había obtenido por diez veces el premio, cuando la ira del Príncipe ofendido me ordena dirigirme a Tomos, situado en la ribera occidental del Mar Euxino. El motivo de mi perdición, bastante conocido por todos, no debe ser testimoniado por mí. ¿Para qué me voy a referir a la injusticia de mis amigos y a la perfidia de mis sevidores? He tenido que soportar muchas cosas más duras que el propio destierro. Mi espíritu se indignó de someterse a esas vejaciones y, sirviéndose de sus propias fuerzas, se mantuvo invicto, y olvidándome de mí mismo y de una vida vivida tranquilamente, empuñé armas extrañas impuestas por las circunstancias y tuve que arrostrar tantas desgracias por tierra y por mar como estrellas hay entre el polo visible y el invisible. Por fin, tras largo errar, alcancé las costas sármatas, vecinas de los aljabados getas. Aquí, aunque las armas de los pueblos vecinos resuenan a mi alrededor, trato de aliviar como puedo mi triste destino con la poesía, y aunque no hay aquí nadie a cuyos oídos pueda recitársela, sin embargo, de este modo voy pasando y engañando el tiempo.

Así pues, si yo continúo con vida, si resisto las duras penalidades y no me embarga el hastío hacia una vida angustiada, es gracias a ti, Musa. Pues tú me ofreces consuelo, tú vienes como descanso y remedio de mis preocupaciones; tú eres mi guía y mi compañera; tú me apartas del Histro y me proporcionas un puesto en medio del Helicón. Tú (cosa rara) me has dado en vida un nombre ilustre, que la fama suele dar después de la muerte. Ni la envidia, que suele denigrar todo lo contemporáneo, ha mordido ninguna de mis obras con su inicuo diente. Pues, aunque nuestra época ha

producido grandes poetas, la fama no fue maligna con mi ingenio, y, a pesar de que yo pongo a muchos por delante de mí, no soy considerado inferior a ellos y soy muy leído en todo el mundo. Y si los presagios de los vates tienen algo de verdad, desde el momento en que muera no seré, tierra, tuyo en adelante. Sea que yo haya obtenido este renombre por tu favor o por mi poesía, es de justicia, amable lector, que te dé las gracias.

Tristes, IV, 10, 1-132
(J. G. V.) [44]

178. La censura en la literatura

Seducido por estos ejemplos, compuse versos jocosos, pero un triste castigo ha venido tras mis bromas poéticas. En fin, no encuentro a uno solo de entre tantos escritores al que haya llevado a la ruina su Musa: el único que encuentro soy yo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese escrito mimos que divierten con obscenidades, que contienen siempre el delito del amor prohibido, en los que con frecuencia aparece el amante elegante y la astuta casada engaña a su necio marido? Esto lo contemplan jóvenes doncellas, matronas, hombres y niños, y asiste a ellos una gran parte del Senado. Y no siendo suficiente manchar los oídos con palabras indecentes, los ojos están habituados a soportar muchas cosas vergonzosas: cuando el amante consigue burlar al marido mediante algún nuevo procedimiento, se le aplaude y se le concede la palma en medio de estrepitosas aclamaciones. Y cuanto menos moral es el teatro, tanto más lucrativo es para el poeta y tanto más caras compra el pretor piezas tan escandalosas. Examina los costes de tus juegos, Augusto, y podrás

ver que te han costado mucho la gran cantidad de celebraciones de este tipo. Tú los contemplaste y tú has ofrecido los espectáculos con frecuencia (¡hasta tal punto tu generosa majestad está presente en todas partes!) y con tus propios ojos, de los que se beneficia el mundo entero, has contemplado condescendiente adulterios sobre la escena. Si está permitido escribir mimos que representan escenas indecentes, el tema tratado por mí merecía un menor castigo. ¿O acaso sus escenarios hacen que este tipo de escritos sea inmune y la libertad de los mimos se la deben a la escena? También mis poemas han sido danzados con frecuencia en público y a veces también atrajeron tu atención.

Pues, así como en nuestras casas brillan las imágenes de los antepasados pintadas por la mano de un artista, de la misma manera se puede encontrar en algún lugar una tablilla que represente algunas posturas y figuras amorosas; y así como el hijo de Telamón está en una representación sedente expresando la cólera en su rostro y una madre cruel lleva el crimen en sus ojos, así también aparece Venus empapada de agua enjugando con los dedos sus húmedos cabellos y cubierta aún con las aguas maternas. Otros hacen sonar las guerras llenas de armas cruentas, y unos celebran las hazañas de tu familia y otros las tuyas propias. A mí, sin embargo, la avara naturaleza me ha encerrado en un reducido espacio y ha dado a mi inspiración unas fuerzas demasiado exiguas. Y, sin embargo, el afortunado autor de tu *Eneida* llevó «al héroe y sus armas» a un lecho tirio, y ninguna otra parte de toda la obra se lee más que el pasaje de la unión de ese amor ilegítimo. Y este mismo autor había cantado antes, durante su juventud, al modo bucólico los amores de Fílide y de la tierna Amarílide.

Yo también, hace tiempo, cometí la falta de escribir un poema por el estilo: y un delito que no era nuevo paga un castigo inusitado; y, sin embargo, yo había publicado esos versos cuando, sin haber dejado nunca de ser caballero, des-

filaba tantas veces ante ti, siendo tú censor. De esta manera, los escritos de juventud que, por mi falta de prudencia, nunca pensé que me pudieran perjudicar, lo han hecho ahora en mi vejez. Tarde ha recaído el castigo sobre mi viejo librito y la pena está lejos del tiempo del delito que la mereció.

No vayas a creer, sin embargo, que toda mi obra es de poco vuelo: a veces he dado a mi nave grandes velas. He compuesto seis *Fastos* en otros tantos libros, y cada volumen acaba con su mes, y esta obra, escrita poco ha en tu nombre, César, y dedicada a ti, se ha visto interrumpida por mi destino. He dedicado también al trágico coturno una obra sobre reyes y tiene la expresión que corresponde al grave coturno. Y he narrado también, aunque le falta la última mano a mi obra, las metamorfosis de muchos cuerpos. ¡Ojalá apartes un poco la cólera de tu ánimo y en un rato libre hagas que te lean de esta última obra unas pocas páginas, aquellas en las que, comenzando desde el principio del mundo, he desarrollado mi obra hasta tu época, César! Podrás comprobar cuánto me has inspirado tú mismo y con cuánto entusiasmo te canto a ti y a los tuyos.

Nunca ofendí a nadie con poemas satíricos y mis versos no revelan los delitos de nadie. Yo, inocente poeta, he huido de las gracias salpicadas de hiel; ni una siquiera de mis letras está rociada de gracia venenosa. Y, sin embargo, seré el único, entre tantos miles de ciudadanos y habiendo escrito tanto, al que mi Calíope perjudique. Deduzco, pues, que ningún ciudadano romano se alegra de mis males sino que, por el contrario, muchos se han afligido por ellos; y no puedo creer que alguien me haya insultado en mi postración, si es que mi inocencia ha merecido algún reconocimiento.

¡Ojalá que por estas y otras consideraciones pueda ablandarse tu divina voluntad, oh padre, cuidado y salud de tu patria! No es volver a Ausonia lo que pido, sino que tal vez un día, cuando hayas cedido por la larga duración de mi castigo, me concedas un exilio más seguro y un poco más tran-

quilo, para que mi castigo sea proporcionado al delito cometido.

Tristes, II, 493-578
(J. G. V.)[44]

179. El paisaje invernal de Tomos

Si alguien se acuerda aún por ahí del exiliado Nasón y mi nombre sobrevive sin mí en Roma, que sepa que yo, postergado bajo estrellas que nunca tocan al mar, vivo en medio de la barbarie. Me rodean los sármatas, pueblo salvaje, los besos y los getas, nombres ¡cuán indignos de mi inspiración!

No obstante, mientras que la brisa es tibia, nos protege el Histro que discurre por medio: éste, mientras fluye líquido, aleja los ataques con sus aguas. Pero cuando el triste invierno ha mostrado su horrible rostro y la tierra se ha tornado blanca a causa del marmóreo hielo, mientras el Bóreas y la nieve se aprestan a habitar bajo la Osa, se ve entonces a estos pueblos oprimidos por el polo que hace temblar. La nieve cubre la tierra y, para que, una vez caída, ni el Sol ni las lluvias puedan derretirla, Bóreas la endurece y la hace eterna. Así pues, cuando la primera aún no se ha derretido, cae otra y en muchos lugares suele durar dos años, y es tanta la fuerza del Aquilón desencadenado que derriba altas torres y se lleva por delante tejados arrancándolos. Con pieles y calzones cosidos por abajo evitan los perjudiciales fríos, y de todo su cuerpo lo único que queda visible es el rostro. A veces, sus cabellos, al sacudírselos, suenan por el hielo que pende de ellos y la barba brilla resplandeciente a causa del hielo que tiene incrustado; el vino fuera de la jarra se mantiene congelado conservando la forma de ésta y no lo beben a sorbos sino que se reparte a trozos. ¿Qué diré acerca de cómo los

nos encadenados por el frío se congelan y cómo se extraen del lago las frágiles aguas? El mismo Histro, no más estrecho que el río productor de papiro y que se mezcla con el ancho mar por numerosas desembocaduras, se hiela al endurecer los vientos su cerúlea corriente y con sus aguas cubiertas serpea hacia el mar. Por donde antes habían pasado embarcaciones, se va ahora a pie y el casco del caballo golpea las aguas congeladas por el frío; y por esos nuevos puentes, bajo los cuales se deslizan las aguas, los bueyes sármatas tiran de bárbaras carretas.

Seguramente, apenas se me creerá, pero, cuando no hay recompensa alguna para el engaño, el que da testimonio debe encontrar crédito. He visto el ingente Ponto congelarse por el hielo y una cubierta resbaladiza oprimía las inmóviles aguas. Y no me bastó con haberlo visto: pisé el mar endurecido y la superficie marítima estuvo bajo el pie sin llegar a humedecerlo. Si tú, Leandro, hubieras tenido en otro tiempo un estrecho así, tu muerte no sería el crimen de un brazo de mar. Así, ni los pardeados delfines pueden levantarse por los aires: a los que lo intentan, los detiene el duro invierno; y aunque el Bóreas resuene agitando sus alas, no habrá ola alguna en el abismo aprisionado; las naves, bloqueadas por el hielo, se mantendrán sobre la marmórea superficie y el remo no podrá ya hendir las rígidas aguas. He visto que los peces sujetos se hallaban inmóviles en el hielo, aunque parte de ellos estaban aún vivos.

Así pues, cuando la violencia salvaje del crecido Bóreas congela las aguas marinas o las del río desbordado, al instante allanado el Histro por los secos Aquilones, el bárbaro enemigo se pasea en veloz caballo; este enemigo, terrible por sus caballos y por sus flechas que vuelan a bastante distancia, devasta extensamente la región vecina. Unos huyen y, al no haber nadie que proteja los campos, los bienes sin custodia son presa del pillaje: pequeñas recolecciones del campo, ganado y chirriantes carretas y todos aquellos bienes que

suelen poseer los pobres indígenas. Otros son llevados cautivos con los brazos atados detrás de la espalda y volviendo en vano los ojos hacia sus campos y sus hogares; otros caen lastimosamente traspasados por arponadas saetas, pues un veneno tiñe el volátil hierro. Todo aquello que no pueden llevar consigo o arrastrar lo destruyen y la llama enemiga quema las inocentes chozas.

Incluso en tiempo de paz tiemblan por miedo a la guerra y nadie surca la tierra hundiendo en ella la reja. Este lugar, o ve al enemigo, o le teme cuando no lo ve; la tierra, abandonada en un duro barbecho, descansa improductiva. El dulce racimo no se esconde aquí bajo la sombra de los pámpanos ni el hirviente mosto colma los profundos lagares. Este país no da frutos, y Aconcio no tendría aquí donde escribir las palabras que había de leer su amada. Se pueden ver los campos desnudos sin fronda y sin árboles: ¡lugares, ay, que no debe visitar un hombre feliz!

Pues bien, a pesar de la gran extensión que tiene el inmenso orbe, no se ha encontrado otra tierra sino ésta para mi castigo.

Tristes, III, 10
(J. G. V.)[44]

180. El culto a los muertos

Es un testimonio de respeto el tratar de aplacar en sus sepulturas a las almas de los antepasados y llevarles modestas ofrendas a las tumbas que se les han levantado. Los Manes exigen pequeñas cosas: la piedad les resulta más grata que los ricos presentes. La profunda Estigia no posee dioses ávidos. Una teja velada por las coronas votivas, unas semillas desparramadas, unos pocos granos de sal, dones de Ceres

empapados en vino, y algunas violetas esparcidas: que una vasija dejada en medio del camino contenga estos presentes. No prohíbo ofrendas mayores; pero con las mencionadas puede aplacarse la sombra de los muertos. Después de levantar el hogar para el sacrificio, añadid las plegarias y las fórmulas apropiadas. Esta costumbre, justo Latino, la trajo a tus tierras Eneas, el más acabado modelo de piedad. Él solía presentar solemnes ofrendas al Genio de su padre. De aquí aprendió el pueblo estos piadosos rituales. Pero en pasados tiempos, estando los romanos entregados a largas guerras con belicosos ejércitos, olvidaron la celebración de los Días de los Difuntos. Este olvido no quedó impune: después de semejante presagio, Roma –según dicen– sufrió el calor de las hogueras fúnebres encendidas en los suburbios. Cuentan –aunque yo me resisto a creerlo– que nuestros antepasados salieron de sus tumbas y comenzaron a gemir en medio del silencio de la noche; y afirman que a través de las calles de la ciudad y por los extensos campos anduvieron ululando los espíritus sin forma, una muchedumbre de fantasmas. Después de estos portentos, vuelven a rendirse a las tumbas los honores de los que se les había privado, y los fúnebres prodigios finalizaron.

Mientras duran estas fiestas, vosotras, jóvenes, permaneced aún sin marido: que la nupcial antorcha de pino espere la llegada de los días puros; y que a ti, a quien tu madre, ansiosa por casarte, considera ya madura para el matrimonio, la curvada punta de la lanceta no peine tu virginal cabellera. Oh Himeneo, guarda tus antorchas! ¡Llévatelas lejos de estos fuegos sombríos! Son otras las antorchas que las tristes sepulturas utilizan. Que también los dioses de los templos se oculten en ellos tras las puertas cerradas. Los altares estén desprovistos de incienso, y los hogares permanezcan sin fuego. Estos días las etéreas almas y los cuerpos que han recibido sepultura andan errantes; estos días las sombras de los muertos toman los alimentos que se les han ofrendado.

No obstante, estas fiestas no duran más días del mes que cuantos son los pies que miden nuestros versos. A este día lo denominaron Feralia porque se les lleva a los difuntos los honores debidos. Éste es el último día para aplacar a los Manes.

Fastos, II, 535-570
(M. A. M. C.)[45]

181. Ovidio lamenta su suerte

Muchos buscaron la gloria en las artes liberales: yo, ¡desgraciado de mí!, me perdí a mí mismo por mis propias dotes. Mi vida anterior carece de defectos y ha sido vivida sin tacha: sin embargo, ningún auxilio me ha prestado en mis desgracias. Con frecuencia, una falta grave se perdona por las súplicas de los amigos: todos los que tenían alguna influencia permanecieron mudos en mi favor. Ayuda a algunos el estar presentes en circunstancias difíciles: una gran tempestad hundió mi vida estando ausente. ¿Quién no ha de temer la cólera, incluso silenciosa, del César? A mi castigo se añadieron duras palabras. Dependiendo de la época, el exilio puede resultar más suave: arrojado al mar, sufrí la amenaza de Arturo y de las Pléyades. A veces, las embarcaciones suelen experimentar un invierno tranquilo: las olas no fueron tan crueles con la nave de Ítaca. La fiel lealtad de mis compañeros podría aliviar mis males: una pérfida multitud se ha enriquecido con mis despojos. El lugar puede hacer el destierro más suave: no hay debajo de los dos Polos otra tierra más desolada que ésta. De algo sirve estar cerca de las fronteras patrias: a mí me tiene el extremo de la tierra, el fin del mundo. Tu laurel, oh César, garantiza la paz incluso a los desterrados: las tierras del Ponto están sometidas a un enemigo limítrofe. Es agradable pasar el tiempo cultivando los cam-

pos: el bárbaro enemigo no permite que se are la tierra. Con un buen clima se reconforta el cuerpo y el espíritu: las costas sármatas están heladas por el continuo frío. Hay en el agua dulce un placer que no produce envidia: se bebe aquí un agua estancada mezclada con sal marina.

Todo me falta. Sin embargo, mi ánimo lo vence todo y hace también que mi cuerpo tenga fuerzas. Para sostener la carga, has de apoyarla en toda la cabeza y si, por el contrario, dejas que tus músculos se relajen, te caerás. También la esperanza de poder ablandar con el tiempo la cólera del Príncipe me hace vivir y no desfallecer. Y no pequeños consuelos me dais vosotros, que sois pocos en número, pero cuya fidelidad en medio de mis desgracias es admirable. Continúa comportándote así, te lo ruego, y no abandones mi nave en el mar, y conserva a la vez mi persona y tu juicio.

Pónticas, II, 7, 47-84
(J. G. V.) (44)

182. Un pasaje pseudovidiano de la *Consolación a Livia*

Suelta, Livia, tus cabellos que no lo merecen. ¿De qué te valen ahora tus virtuosas costumbres y haber pasado toda una vida con recato y haber complacido tanto a un esposo tan ilustre? ¿De qué te valió tu pudor engastado entre tan gran cúmulo de virtudes, hasta el punto de ser el más modesto de tus méritos? ¿De qué te valió haber tenido un alma íntegra, aun en contra de las costumbres de la época, y haber erguido la cabeza por encima de los vicios y no haber causado mal a nadie, incluso teniendo la oportunidad de hacerlo, y que nadie te haya temido por tu fuerza, y no se hayan insinuado tus influencias ni por el Foro ni por el Campo Marcio y haberlas limitado a tu casa menos de lo permitido?

Es cierto que la arbitrariedad de la Fortuna se enseñorea en medio de estas costumbres y aquí también se ha apoyado en su azarosa rueda. También aquí se hace sentir y, en su maldad, para no dejar nada sin hostigar, se ensaña y por doquier dispensa en provecho suyo una injusta justicia. En verdad que si sólo Livia hubiese quedado exenta de duelo, los dominios de la Fortuna serían más pequeños. ¿Qué hubiera ocurrido si Livia no se hubiera comportado en toda circunstancia de manera que su propia dicha no hubiese suscitado la envidia?

Consolación a Livia, 40-58
(T. G. R.-P. S.) (46

PROSA

VITRUBIO

Vitrubio, cuya cronología precisa y nombre completo no se conocen con seguridad, fue un arquitecto e ingeniero que sirvió como oficial a Julio César y a Augusto en el siglo I a.C. Escribió un tratado De arquitectura *en diez libros en los que trata sobre la planificación de ciudades y la construcción de edificios públicos y privados, basándose tanto en su propia experiencia como en arquitectos griegos anteriores y en la práctica de la arquitectura helenística. La obra, exponente de la literatura técnica de la Época Clásica, tiene un valor inestimable al ser la única de esta materia que se ha conservado de la Antigüedad. Su influencia, tanto en las técnicas de edificación como en otros escritos sobre arquitectura, volvió a hacerse notar en el Renacimiento, ejerciendo un importante influjo en autores como Juan Bautista Alberti, Bramante, Paladio o Miguel Ángel.*

183. El origen de los edificios y el progreso del hombre

En los primeros tiempos, los humanos pasaban la vida como las fieras salvajes, nacían en bosques, cuevas y selvas y se alimentaban de frutos silvestres. En un momento dado, en un lugar donde espesos bosques eran agitados por las tormentas y los vientos continuos, con la fricción de unas ramas con otras provocaron el fuego; asustados por sus intensas llamas, los que vivían en sus aledaños, emprendieron la huida. Después, al calmarse la situación, acercándose más y más, constataron que la comodidad y las ventajas eran muchas junto al calor templado del fuego; acarreando más leña y manteniendo el fuego vivo invitaban a otras tribus y, con señas, les hacían ver las ventajas que lograrían con el fuego. En este tipo de reuniones o encuentros, como emitían sonidos muy confusos e incomprensibles, fijaron unos términos provocados por su trato cotidiano. Con el fin de actuar lo mejor posible, comenzaron a hablar entre ellos designando con nombres los distintos objetos más útiles y, por casualidad, surgieron las primeras conversaciones entre ellos. Por tanto, habían surgido las asambleas y la convivencia, precisamente por el descubrimiento del fuego. Las primeras comunidades de humanos se agruparon en un mismo lugar en un número elevado, y dotados por la naturaleza de un gran privilegio respecto al resto de animales, como es el que caminaran erectos y no inclinados hacia adelante, observaron las maravillas del universo y de los cuerpos celestes, e igualmente manipularon los objetos que querían con toda facilidad con sus manos y sus dedos y, así, unos construyeron techumbres con follaje, en aquellas primitivas agrupaciones humanas; otros excavaron cuevas al pie de la montaña, e incluso otros, fijándose en los nidos construidos por las golondrinas, imitándolos, prepararon habitáculos donde guarecerse, con barro y con ramitas. Al observar unos las chozas de otros y al ir aportando diversas novedades, fruto de sus

reflexiones, cada vez iban construyendo mejor sus chozas o cabañas. Mas al tener los humanos una enorme capacidad natural imitativa que aprende con facilidad, día a día mostraban unos a otros sus logros, satisfechos de sus propios descubrimientos, y, de esta forma, cultivando su ingenio en las posibles disputas o debates, lograron construir cada día con más gusto y sensatez. En un primer momento, levantaron paredes entrelazando pequeñas ramas con barro y con la ayuda de puntales en forma de horquilla colocados en vertical. Otros levantaban las paredes, después de secar terrones de tierra arcillosa, uniéndolos y asegurándolos con maderos atravesados que por la parte superior cubrían con cañas y follaje, con el fin de protegerse de las lluvias y de los fuertes calores. Posteriormente, las techumbres, incapaces de soportar las borrascas de las tempestades invernales, fueron sustituidas por techos de doble pendiente, y así, cubriendo con barro las techumbres inclinadas, consiguieron que se deslizaran las aguas de lluvias.

Siendo consecuentes con lo que acabamos de describir, podemos concluir que así fueron las costumbres en un principio, en sus orígenes, pues hasta el presente se sigue todavía construyendo así, con tales materiales, en naciones extranjeras como Galia, España, Lusitania y Aquitania, donde utilizan para techar tablillas de roble o bien paja. Entre los habitantes de la Cólquide, en el Ponto, debido a sus abundantes y espesos bosques, colocan árboles de igual tamaño tendiéndolos en tierra a derecha e izquierda, dejando entre ellos un espacio equivalente a su altura y en las partes extremas fijan otros árboles transversales, que rodean el espacio central de la vivienda. Posteriormente, uniéndolos y asegurándolos con maderos atravesados alternativamente, por los cuatro lados forman los ángulos o esquinas y así levantan las paredes en perpendicular, e incluso unas torres muy elevadas; los huecos que quedan, por no ajustar bien los maderos, los cubren con barro. Cortando los extremos de las vigas

transversales en las techumbres, consiguen que se vaya reduciendo gradualmente su distancia, paso a paso, y así desde las cuatro partes levantan, en la parte central, unas pirámides que cubren con follaje y barro; construyen los techos abovedados de las torres, siguiendo el uso de los pueblos extranjeros. Los Frigios, que habitan en zonas llanas, debido a que no hay arbolado en abundancia, como carecen de madera, eligen unas colinas naturales en las que excavan fosas en su parte central, van perforando unos caminos o pasos con los que amplifican su extensión todo lo que les permite la naturaleza del lugar.

De arquitectura, II, 1
(J. L. O. D.) (47)

184. De la forma de las casas según la categoría de las personas

Una vez que hemos fijado la orientación más adecuada, debe ponerse toda la atención en los edificios privados, en las distintas normas que deben observarse para ubicar las habitaciones particulares y exclusivas de la familia y, por otra parte, las estancias que vayan a ser comunes también para las visitas. En las habitaciones privadas, exclusivamente se permite la entrada a los invitados, no a todo el mundo, como son los dormitorios, triclinios, salas de baño y otras habitaciones que tienen una finalidad similar. Se llaman estancias comunes a las que tiene acceso, por derecho propio, cualquier persona del pueblo e incluso sin ser invitada, como son los vestíbulos, los atrios, los peristilos y demás estancias cuyo uso y finalidad son similares. Por tanto, quien posea un escaso patrimonio no precisa de vestíbulos suntuosos, ni de recibidores, ni de atrios magníficos, ya que son

ellos los que se ven obligados a visitar a otras personas y nadie acude a visitarlos. Los que viven de los productos del campo deben disponer sus establos y sus tiendas en los vestíbulos, y en el interior de la vivienda se situarán las bodegas, graneros y despensas, cuya finalidad es guardar los productos, más que ofrecer un aspecto elegante. Los prestamistas y arrendadores dispondrán de casas más cómodas, más amplias y protegidas frente a posibles manejos ocultos. Los abogados e intelectuales habitarán casas más elegantes y espaciosas, con el fin de celebrar sus reuniones cómodamente; los ciudadanos nobles y quienes ostentan la responsabilidad de atender a los ciudadanos por ejercer cargos políticos o magistraturas, deben disponer de vestíbulos regios, atrios distinguidos, peristilos con gran capacidad, jardines y paseos adecuadamente amplios, en consonancia con el prestigio y la dignidad de sus moradores; y además bibliotecas y basílicas que guarden una digna correlación con la magnificencia de los edificios públicos, dado que en sus propios domicilios se celebran reuniones de carácter público, juicios y pruebas de carácter privado, con cierta frecuencia.

Si los edificios se adecuan al estamento social de sus inquilinos, tal como ha quedado descrito en el libro primero al tratar sobre el tema del «decoro», no habrá nada que censurar, pues cada elemento guardará y ofrecerá un proporcionado y apropiado objetivo. Tales explicaciones son válidas para las construcciones urbanas y también para las rústicas, exceptuando que en la ciudad los atrios normalmente están contiguos a las puertas de acceso y en el campo los peristilos, que imitan los usos y modas urbanos, se encuentran en primer término; a continuación, los atrios con pórticos pavimentados alrededor, orientados siempre hacia los gimnasios y hacia los paseos.

De arquitectura, VI, 8
(J. L. O. D.) (47)

TITO LIVIO

Tito Livio (64 a.C.-17 d.C.), originario de Padua, es el autor de una extensa Historia de Roma *a la que consagró su madurez y que abarca desde su fundación en el 753 a.C hasta el 9 a.C., momento de la muerte de Druso. Se desconocen casi todos los datos de su vida, que debió de transcurrir entre Padua y Roma, si bien no pueden descartarse estancias en otros lugares, como Grecia, a juzgar por su conocimiento del griego.*

La Historia de Roma *está articulada como un relato lineal y orgánico de* historia perpetua *que tiene en su base los esquemas de la antigua analística, pero revisada por Livio para conformar un discurso literario en el cual se conjugan dos elementos: una concepción de la historia basada en la pretensión de veracidad de lo que se cuenta y una elaboración artística apoyada en la elocuencia y en la retórica, en aras de una dramatización efectiva de los hechos combinando magistralmente los elementos narrativos con las descripciones, los retratos y los discursos, y evitando la tosquedad expresiva de la historiografía primitiva.*

Entre sus fuentes destacan, junto a los primeros analistas, las obras de Celio Antípatro y del historiador griego Polibio, y posiblemente Salustio, Posidonio, Julio César y Augusto, si

bien no siempre son tratadas con un método crítico, ya que, en ocasiones, Livio parece estar más preocupado por la forma de contar los hechos que por el contenido de los mismos. Pero la Historia de Roma, *además de sus pretensiones literarias, refleja un intento de revitalización de la historia romana exaltando las antiguas virtudes republicanas, la sencillez, la austeridad y la moderación, a la vez que censura la decadencia moral y el lujo posterior, por lo que contribuye a crear, junto con la* Eneida *de Virgilio, las condiciones intelectuales para la reorganización del Imperio por Augusto.*

La obra se componía originariamente de ciento cuarenta y dos libros agrupados en décadas o péntadas, de los que se conservan treinta y cinco libros (1-10 y 21-45), así como sumarios y fragmentos del resto. Según Séneca, escribió también unos Diálogos *que no se conservan.*

185. Razones para escribir la historia de Roma

¿Haré cosa que valga la pena si narro la historia del pueblo romano desde el principio de la ciudad? Ni estoy seguro ni, aunque lo estuviera, osaría proclamarlo. Veo, en efecto, que es asunto tan viejo como conocido, ya que continuamente aparecen nuevos historiadores que creen que van a aportar alguna precisión más en el orden de los hechos o a superar con su arte literaria la rudeza arcaica. Pero en cualquier caso, será una satisfacción haber contribuido yo también en la medida de mis fuerzas a la memoria del primer pueblo del mundo. Y si entre tal muchedumbre de historiadores queda oscurecida mi fama, la calidad y grandeza de los que eclipsen mi nombre me servirá de consuelo. La tarea es, además, de un inmenso empeño, pues el Estado romano se remonta a más de setecientos años y desde muy modestos principios ha crecido hasta sufrir bajo el peso de su propia grandeza.

Bien sé, por otra parte, que los orígenes mismos y los tiempos inmediatos a ellos han de gustar poco a la mayoría de los lectores, presurosos por llegar a esta época moderna en que las fuerzas de un pueblo, ya de antiguo poderoso, se destruyen a sí mismas. Pero, como recompensa adicional de mi esfuerzo, pretendo yo apartarme de la contemplación de las desgracias que durante tantos años ha visto nuestra generación: por lo menos mientras con toda mi alma evoco aquellos tiempos primitivos, libre de cualquier inquietud que, aun sin desviarlo de la verdad, podría turbar el ánimo de un escritor.

Los hechos anteriores a la fundación de la ciudad o a la idea de fundarla, más bien embellecidos con leyendas poéticas que apoyados en auténticos documentos históricos, no me propongo sostenerlos ni rechazarlos. Se otorga a la antigüedad la licencia de ennoblecer los primeros tiempos de las ciudades mezclando lo humano con lo divino. Y si a cualquier pueblo hay que permitirle santificar sus orígenes y atribuirlos a iniciativa de los dioses, es tal la gloria militar del pueblo romano, que cuando presenta como padre suyo y padre de su fundador precisamente a Marte, las otras naciones lo han de tolerar con la misma serenidad con que toleran su imperio. Pero estos relatos y otros semejantes a ellos, comoquiera que se los considere o juzgue, no los someteré a riguroso escrutinio. Otros son los asuntos en que deberían prestarme más atención todos y cada uno de los lectores: cuál fue el concepto de la vida y cuáles las normas de conducta; con qué héroes y por qué medios, políticos y militares, alcanzó vida y prosperidad el imperio. Y que al relajarse después, paulatinamente, la disciplina social, sigan con atención, primero una especie de quiebra en la moral, y cómo en seguida se hundió más y más y, por fin, empezó a desplomarse, hasta que se ha llegado a los tiempos de ahora en que no podemos sufrir ni nuestros males ni sus remedios. Lo más saludable y fructí-

fero en el estudio de la historia es que se contemplan lecciones de todo tipo expuestas a la luz de una brillante obra literaria. De ella se pueden sacar para uno o para su propio Estado modelos que imitar, de ella también experiencias que evitar por sus desastrosos principios o sus desastrosas consecuencias.

Historia de Roma, Prefacio, 1-10
(A. F.) [48]

186. La violación de Lucrecia

Al cabo de unos días, Sexto Tarquinio, sin saberlo Colatino y con un solo acompañante, fue a Colacia. Afablemente recibido allí por personas que ignoraban su plan, después de cenar fue conducido al dormitorio de los huéspedes. Ardiendo de amor, cuando parecía que reinaba la tranquilidad y estaban todos dormidos, entró con la espada desenvainada donde dormía Lucrecia y, apretando con la mano izquierda el pecho de la mujer, dijo: «Calla, Lucrecia; soy Sexto Tarquinio; tengo una espada en la mano; morirás si dejas escapar una palabra». Espantada al despertar, no veía ninguna ayuda y una muerte casi inminente; Tarquinio confesaba su amor, suplicaba, mezclaba amenazas con los ruegos, presionaba en todos los sentidos el ánimo de la mujer. Cuando la vio obstinada y que ni siquiera la doblegaba el temor a la muerte, añade a este miedo el de la deshonra: dijo que pondría al lado de ella muerta un esclavo desnudo degollado, para que se dijera que la habían matado en un vil adulterio. Ante este terror, fue vencido su obstinado pudor por una pasión aparentemente victoriosa. Cuando partió de allí Tarquinio, lleno de arrogancia por haber arrancado el honor de la mujer, Lucrecia, abrumada de tristeza por esta desgracia,

mandó un mismo mensaje a Roma a su padre y a Ardea a su esposo: que vinieran con un amigo de confianza cada uno; que era preciso lo hicieran y pronto; que había ocurrido algo atroz.

Historia de Roma, I, 58, 1-5
(A. F.) (48)

187. La técnica analística y la descripción de los consulados

El siguiente consulado fue el de T. Geganio y P. Minucio. Ese año en el exterior ninguna guerra turbaba la paz general y en el interior se había sanado la discordia; pero otra desgracia mucho más grave invadió la ciudad: primero la escasez de grano por no haberse cultivado los campos durante la secesión de la plebe, y después el hambre, como suele ocurrir en una ciudad sitiada. La situación habría conducido a la muerte de los esclavos sobre todo y de la plebe, si los cónsules no hubieran provisto a ella despachando en todas direcciones misiones para comprar trigo, no sólo a Etruria, siguiendo por la derecha la costa desde Ostia, y por la izquierda por mar bordeando el espacio volsco hasta Cumas, sino también buscándolo en Sicilia: hasta tal punto la hostilidad de los pueblos vecinos obligaba a depender de ayudas lejanas. Cuando se compró el trigo en Cumas, el tirano Aristodemo retuvo las naves en compensación de la fortuna de los Tarquinios de la que era heredero; en el territorio Volsco y Pontino ni siquiera pudo comprarse, incluso los mismos que iban por trigo sufrieron la amenaza de un ataque de la población; desde el país de los etruscos llegó trigo por el Tíber: con él se sustentó a la plebe. En medio de estas dificultades de abastecimiento habría molestado a los romanos una guerra inoportuna, si una grave epidemia no hubiera invadido

al pueblo volsco en el momento en que movilizaba sus fuerzas. Mientras el ánimo de los enemigos estaba acobardado por esta desgracia, los romanos con objeto de que algún temor los mantuviera quietos cuando la enfermedad hubiera remitido, por una parte aumentaron el número de colonos de Vélitra y por otra enviaron a la zona montañosa una nueva colonia, Norba, que fuera una ciudadela alzada en el territorio Pontino.

Historia de Roma, II, 34, 1-6
(A. F.) (48)

188. Los galos entran en Roma

En Roma, entre tanto, dispuesto ya todo, a tenor de la situación, para la defensa de la ciudadela, la multitud de ancianos, vueltos a sus casas, estaban a la espera de la llegada del enemigo en actitud resuelta a morir. Los que habían desempeñado magistraturas curules, con el objeto de morir con los distintivos de su antigua grandeza, de sus cargos y sus méritos, vestidos con la indumentaria más solemne, la de los que conducen el carro sagrado o de los que triunfan, se sentaron en medio de sus casas en sus sillas de marfil. Hay quien sostiene que, repitiendo la fórmula que iba pronunciando delante el pontífice máximo Marco Folio, se ofrecieron a morir por la patria y los ciudadanos de Roma. Los galos, debido a que con una noche de por medio sus ánimos habían remitido en su ardor por pelear y debido a que nunca se habían batido en un combate incierto, y además tomaban la ciudad sin tener que asaltarla a la fuerza, entraron en la ciudad al día siguiente sin ira, sin enardecimiento, por la puerta Colina, abierta, llegando hasta el foro, volviendo sus miradas en torno hacia los templos de los dioses y hacia la ciudadela, que era la única que presentaba aspecto bélico. A continua-

ción, dejando un pequeño destacamento, no fuese a ser que desde la ciudadela o el Capitolio se produjese algún ataque una vez dispersados, se pierden en busca de botín por las calles vacías de gente; unos corren en tropel hacia los edificios más próximos; otros se dirigen a los alejados, considerándolos por esa razón intactos y repletos de botín; asustados, luego, por la misma soledad, de nuevo, temiendo que una trampa enemiga los cazase dispersos, volvían agrupados hacia el foro y las zonas cercanas al mismo. Al encontrar allí atrancadas las casas de los plebeyos y abiertos de par en par los atrios de los nobles, sentían casi mayor recelo en internarse en las casas abiertas que en las cerradas: hasta ese extremo sólo con respeto miraban a los hombres sentados en los vestíbulos de sus casas, muy parecidos a los dioses no sólo por su vestimenta y su porte de una majestuosidad más que humana, sino también por la dignidad que emanaba de su rostro y de la serenidad de su semblante. Al quedarse parados ante ellos como si fueran estatuas, dicen que Marco Papirio, uno de ellos, golpeó en la cabeza con su bastón de marfil a un galo que le acariciaba la barba, larga como entonces la llevaba todo el mundo, y provocó su cólera, dando comienzo por él la matanza; los demás fueron pasados a cuchillo sobre sus asientos; después de la muerte de los notables ya no se perdona a ningún ser viviente, las casas son objeto de pillaje y, una vez vaciadas, se les prende fuego.

Ahora bien, o no todos los galos tenían deseos de destruir la ciudad, o sus jefes habían decidido, por una parte, que se hiciesen bien visibles algunos incendios con el fin de asustar por si se podía empujar a los sitiados a rendirse por cariño hacia sus hogares, y por otra, que no se quemasen todas las casas, para mantener lo que quedase en pie de la ciudad como prenda para doblegar la actitud del enemigo: durante el primer día no se extendió el fuego por todas partes y ampliamente como cuando es tomada una ciudad. Los romanos, que desde la ciudadela veían la ciudad llena de enemi-

gos corriendo sin rumbo por todas las calles, como primero en un sitio y luego en otro se originaba algún nuevo desastre, no eran capaces de razonar debidamente, es más, ni siquiera podían controlar lo suficiente sus oídos y sus ojos. Hacia cualquier punto adonde los gritos del enemigo, los llantos de las mujeres y los niños, el crepitar de las llamas y el estruendo de los edificios al derrumbarse atraían su atención, volvían sus espíritus llenos de pavor, su rostro, sus ojos, como si la Fortuna los hubiese puesto de espectadores de la ruina de su patria y no quedasen para defender ninguno de sus bienes, a excepción de sus cueros; eran más dignos de lástima que cualesquiera otros que hayan sido nunca sitiados, porque sufrían el asedio aislado de su patria, viendo todo lo suyo en poder del enemigo. La noche que sucedió a aquel día transcurrido en medio de tanto horror no fue más tranquila; tras ella vino luego un amanecer agitado, y no había instante en que no se produjese el espectáculo de algún desastre, distinto cada vez. Sin embargo, abrumados bajo el peso de tantos males, no se doblegó ni un ápice su resuelta actitud, y aun viéndolo todo arrasado por las llamas y los derrumbamientos, a pesar de lo desasistida que estaba y lo reducida que era la colina que ocupaban, la defendieron con valentía como reducto de su libertad. Y al irse repitiendo día tras día los mismos hechos, como si se habituaran a la desgracia sus ánimos, se fueron insensibilizando al sentimiento por sus bienes, y ponían sus miras únicamente en las armas y el hierro que empuñaban como único reducto de su esperanza.

Historia de Roma, V, 41-42
(J. A. V.) (49)

189. Acogida de Aníbal en Hispania

Enviado Aníbal a España, se ganó desde el momento mismo de su llegada las simpatías de todo el ejército; los veteranos pensaban que se les había devuelto a Amílcar en su juventud: veían en Aníbal la misma expresión en el rostro, la misma viveza en los ojos, su misma fisonomía y sus mismos rasgos de la cara. Pero pronto consiguió que el parecido con su padre fuera lo de menos para ganarse el apoyo de todos. Nunca hubo una misma forma de ser tan apropiada para cuestiones tan diferentes: la obediencia y el mando. De ahí que no era fácil distinguir si lo querían más Asdrúbal o el ejército, pues ni el general prefería dar el mando a ningún otro en acciones arriesgadas y peligrosas ni los soldados confiaban y se exponían más con otro jefe. Tenía una enorme osadía para arrostrar los peligros y una enorme sangre fría ya dentro de ellos. Ninguna acción podía cansar su cuerpo o doblegar su espíritu. Soportaba igualmente el calor y el frío; comía y bebía por necesidad física, no por placer; no distinguía las horas de sueño y de vigilia entre el día o la noche, sino que sólo dedicaba al descanso el tiempo que le sobraba de sus actividades; y para descansar no tenía necesidad de una buena cama ni del silencio: muchos lo vieron a menudo tendido en el suelo y cubierto con el capote militar entre los centinelas y garitas de los soldados. Su vestimenta no se diferenciaba de sus compañeros, pero sí llamaban la atención sus armas y sus caballos. Era con gran diferencia el primero tanto de jinetes como de infantes; iba en cabeza al combate, pero era el último en retirarse una vez iniciado el mismo. Estas cualidades admirables de este hombre quedaban igualadas por enormes defectos: crueldad inhumana, perfidia más que púnica, ningún respeto por la verdad, ninguno por lo sagrado, ningún temor de Dios, ninguna consideración por los juramentos, ningún escrúpulo religioso. Con esta suma de cualidades y defectos sirvió durante tres

años a las órdenes del general Asdrúbal sin omitir nada que un gran futuro caudillo debiera ver y llevar a la práctica.

Historia de Roma, XXI, 4
(A. R. V.-J. F. V.) (50)

190. Asedio y destrucción de Sagunto

Mientras los romanos deliberaban y preparaban tales acciones, Sagunto sufría un fuerte asedio. Esta ciudad era con gran diferencia la más rica al sur del Ebro, situada a casi mil pasos del mar. Eran oriundos, se dice, de la isla de Zante y con ellos estaban mezclados incluso algunos del linaje de los rútulos de Ardea. De todas formas, en breve tiempo consiguieron una gran prosperidad tanto por el comercio marítimo y terrestre como por el aumento demográfico y por la integridad de su conducta, pues cultivaron una lealtad propia de aliados hasta su destrucción.

Aníbal entró en su territorio, devastó completamente la comarca y se dirigió hacia la ciudad por tres frentes. Un ángulo de la muralla daba a un valle más llano y abierto que los demás lugares de los alrededores. Contra ese punto decidió llevar los manteletes, pues con su protección se podría acercar el ariete hasta las murallas. Pero, aunque el lugar, lejos de la muralla, favorecía bastante el movimiento de los manteletes, sin embargo se fracasaba estrepitosamente, cuando se pasaba a la puesta en práctica de la operación. Una gran torre se alzaba amenazadora, la muralla había sido fortificada, como era de esperar en un lugar peligroso, con una altura superior al resto, y jóvenes escogidos ofrecían más resistencia precisamente donde amenazaba un peligro y miedo mayores. Al principio rechazaron al enemigo con proyectiles y no dejaron ningún lugar sin peligro para los trabajos de asedio; después ya no sólo blandían sus dardos delante de las

murallas y la torre, sino que tenían arrojo incluso para hacer incursiones contra los puestos de guardia y obras de los enemigos; y en estas escaramuzas tumultuosas caían casi igual número de saguntinos que de cartagineses. Y como quiera que Aníbal, por acercarse un tanto imprudentemente al pie de la muralla, cayera gravemente herido por una lanza en la parte anterior del muslo, se produjo a su alrededor tal desbandada y confusión que faltó poco para que se abandonaran las obras y los manteletes.

Después se pasó más a un bloqueo que a un asalto durante unos pocos días, mientras se curaba la herida del general. Durante este tiempo hubo tregua en los combates, pero no se dejó de trabajar en las obras de ingeniería militar. De ahí que la guerra se reanudara con más encarnizamiento y se empezara a llevar los manteletes y mover el ariete por varios puntos, pese a que las maniobras se hacían difíciles en algunos lugares. Los cartagineses estaban sobrados de hombres –se tiene bastante certeza de que habían reunido hasta ciento cincuenta mil hombres en armas–, mientras los ciudadanos de Sagunto, que habían comenzado a distribuirse por muchos puntos con el fin de hacer frente y defender todo, no daban abasto. De modo que los arietes golpeaban ya las murallas y se habían derruido muchos puntos de ellas; uno de ellos con sus continuos derrumbamientos había dejado sin protección la ciudad, e inmediatamente después se habían derrumbado tres torres con la parte de muralla que había entre ellas en medio de un enorme estrépito. Los cartagineses creyeron que la ciudad estaba tomada por aquella brecha, por donde ambos bandos se lanzaron a la lucha, como si la muralla hubiera estado cubriendo por igual a unos y a otros. Nada se parecía a las escaramuzas tumultuarias, como las que se suelen entablar en los asedios de ciudades cuando uno de los bandos aprovecha la ocasión, sino que se habían apostado ejércitos regulares, igual que en campo abierto, entre las ruinas de la muralla y los edificios de la ciudad si-

…dos a poca distancia. La esperanza levantaba la moral a un bando, la desesperación al otro, pues los cartagineses creían que la ciudad estaba a punto de ser tomada a poco que se esforzaran, en tanto que los saguntinos oponían sus cuerpos en defensa de su patria desnuda de murallas sin retroceder un solo paso, para que el enemigo no ocupara la posición dejada por ellos. De modo que, cuanto más encarnizada y estrechamente luchaban ambos bandos, mayor número de heridos caían sin que se malgastara ningún dardo en el espacio que quedaba entre las armas y los cuerpos. Los saguntinos tenían un dardo arrojadizo llamado *falárica;* el asta era de madera de abeto y redonda excepto en el extremo por donde sobresalía el hierro; a esta parte, cuadrada como en el *pilum,* la envolvían con estopa que untaban de pez; el hierro, de otra parte, tenía una longitud de tres pies de largo, de manera que era capaz de atravesar un cuerpo con su armadura. Pero, aunque se quedara clavada en el escudo sin atravesar el cuerpo, lo que infundía un gran miedo era el hecho de que obligaba a abandonar las armas y dejaba al soldado indefenso para los golpes subsiguientes, puesto que el arma se lanzaba encendida por el centro transportando un fuego que se multiplicaba por el efecto mismo del movimiento.

Historia de Roma, XXI, 7-8
(A. R. V.-J. F. V.) (50)

192. Pánico en Roma al conocerse la derrota de Trasimeno

En Roma al primer anuncio de aquella derrota se produjo en el foro una aglomeración de gente en medio de un gran miedo y alboroto. Las matronas vagaban por las calles preguntando a quienes encontraban sobre el anuncio de la derrota

y sobre la suerte del ejército. Y como la muchedumbre se volviera hacia el comicio y la curia a modo de una asamblea numerosa para convocar a los magistrados, por fin no mucho antes de la puesta del sol el pretor M. Pomponio dijo: «Hemos sido derrotados en una gran batalla». Y pese a que de él no se escuchó ninguna otra noticia, sin embargo volvían a sus casas llenos de rumores que se transmitían de unos a otros, como que el cónsul había caído con gran parte de sus tropas; que sobrevivían unos pocos que o andaban esparcidos en su huida por todas las partes de Etruria o habían sido hechos prisioneros por el enemigo. Las desgracias del ejército vencido habían llenado de angustia, según el alcance de aquéllas, a quienes tenían parientes sirviendo a las órdenes del cónsul Gayo Flaminio, pues ignoraban la suerte corrida por cada uno de los suyos; nadie tenía suficientemente claro si tener miedo o abrigar esperanzas. Al día siguiente y algunos después se apostó junto a las puertas una muchedumbre casi de más mujeres que de hombres aguardando a alguno de los suyos o noticias de ellos; rodeaban a quienes encontraban agobiándolos con preguntas, sin que pudieran apartarlas, especialmente los conocidos, hasta no haberse enterado de todo el detalle. Poco después se podía observar las expresiones diferentes de los rostros de quienes se marchaban, según se les anunciara a cada cual noticias alegres o tristes, así como a los que rodeaban a quienes regresaban a casa para felicitarles o consolarles. Las mujeres eran quienes de forma especial expresaban alegría o luto. Una, cuentan, que se encontró de repente a su hijo en la misma puerta y expiró en sus brazos; otra, a quien se le había anunciado falsamente la muerte de su hijo, cuando estaba sentada en casa embargada por la tristeza, cayó exánime de la alegría al ver el regreso de su hijo.

Historia de Roma, XXII, 7, 6-13
(A. R. V.-J. F. V.)

192. Delicias de Capua

Durante la mayor parte del invierno mantuvo allí en barracones a su ejército, que se había fortalecido más de una vez y durante largo tiempo frente a todas las desgracias humanas, pero que no había tenido contacto ni estaba habituado a las comodidades. Y en consecuencia, el exceso de éstas y la desmesura de los deleites echaron a perder a quienes no había vencido el rigor de ninguna calamidad, y tanto más a fondo en cuanto que, por su falta de costumbre, con más ansias se regodearon en ellos. En efecto, el sueño, el vino, los manjares, las prostitutas, los baños y la ociosidad –que a fuerza de repetirse se hacían cada día más atractivos– relajaron de tal modo sus cuerpos y sus mentes que en adelante más le sirvieron de defensa sus victorias anteriores que sus fuerzas reales, y entre los entendidos en cosas de las guerras se consideraba que este error de su general era mayor que el hecho de no haber conducido a su ejército directamente a Roma desde el campo de batalla de Cannas; pues aquella falta de decisión pudo parecer que sólo retrasaba la victoria, mientras que esta equivocación le restaba fuerzas para vencer. Y por tanto, lo cierto es que, como si hubiera salido de Capua con un ejército distinto, nunca más volvió a tener su primitiva disciplina. Pues no sólo la mayoría salió de allí amancebada con las prostitutas, sino que, tan pronto como empezaron a alojarse en tiendas y llegaron las marchas y demás trabajos militares, les faltaban fuerzas como si fueran reclutas, y luego, durante todo el tiempo del campamento de verano, una gran parte abandonaba sus unidades sin permiso y los desertores no tenían más escondite que Capua.

Historia de Roma, XXIII, 18, 10-16
(A. R. V.-J. F. V.) (50)

193. Discurso de Escipión a sus soldados insurrectos

Entonces, cuando el heraldo pidió silencio, comenzó a hablar así: «Jamás pensé que me faltarían las palabras para dirigirme a mis tropas, no porque me haya ejercitado más en palabras que en obras, sino porque criado casi desde mi niñez en un campamento estaba acostumbrado al talante militar; entre vosotros no hay consejos ni palabras que me orienten sobre cómo os debo hablar a vosotros a los que ni siquiera sé con qué nombre llamaros: ¿ciudadanos, los que os separasteis de vuestra patria?, ¿acaso soldados, quienes rechazasteis la autoridad militar y los auspicios y rompisteis los vínculos sagrados?, ¿enemigos? Reconozco los cuerpos, rostros, ropas y el aspecto de los conciudadanos, veo los comportamientos, las palabras, los proyectos y el talante de enemigos. ¿Qué queríais o esperabais vosotros distinto de lo que querían y esperaban los ilergetes y lacetanos? Ellos, sin embargo, siguieron a los jefes de su locura, Indíbil y Mandonio, varones de estirpe real; vosotros entregasteis los auspicios y el mando a Umbro Atrio y Caleno Albio. Negad vosotros que todos estabais implicados o que participasteis en los hechos, soldados; de buen grado creeré de ellos que fue locura y sinrazón de unos pocos; y se ha consumado lo que, si se hubiera extendido por todo el ejército, no se hubiera podido expiar sino con grandes castigos. A mi pesar toco esta especie de heridas, pero sin ser tocadas y vueltas a tocar no pueden curarse. Ciertamente, una vez expulsados los cartagineses de Hispania, creía que no había hombre ni lugar alguno en toda la provincia, donde mi vida fuera odiosa; de tal manera me había comportado no sólo con los aliados, sino también con los enemigos; en mi campamento –¡qué gran error!– el rumor de mi muerte no sólo fue admitido, sino también esperado. No es que yo quiera que el crimen sea compartido por todos; sin duda alguna si creyera que todo mi ejército desea mi muerte, aquí inmediatamente ante vuestros ojos moriría, no

me merecería la pena una vida odiosa para mis conciudadanos y soldados. Pero toda multitud, de igual manera que la mar, es inmutable por sí misma, los vientos y las brisas la agitan; de igual manera la calma o las tempestades se producen entre vosotros; tanto la causa como la ocasión de toda locura está en los instigadores, perdéis el juicio por contagio. Todavía hoy no me parece que sepáis hasta dónde habéis llegado en vuestra insania, qué crimen habéis cometido contra mí, cuál contra la patria, familiares e hijos vuestros, cuál contra los dioses testigos de vuestro juramento, cuál contra los auspicios, bajo los cuales militáis, cuál contra la tradición militar y la disciplina de los antepasados, a qué os habéis atrevido contra la venerabilidad del mando supremo. Voy a guardar silencio sobre mí –con ligereza más que con avidez creísteis la noticia; a fin de cuentas soy de tal manera que no es de extrañar que el ejército se canse de mi mando–. Pero, ¿qué os había hecho la patria, a la que traicionabais al asociar vuestros proyectos con los de Indíbil y Mandonio?, ¿qué, el pueblo romano, cuando concedisteis a particulares el mando arrebatado a los tribunos elegidos por sufragio popular, cuando no satisfechos con esto, como si los hubierais puesto en lugar de los tribunos; entregasteis las fasces de vuestro general a aquellos que nunca tuvieron un siervo al que mandar, vosotros, el ejército romano? Albio y Atrio se aposentaron en el pretorio; a su lado sonó la trompeta; se les pidió la consigna; se sentaron en el tribunal de Publio Escipión; el lictor estuvo a su lado; pasaron por el espacio abierto para ellos; las fasces junto con las segures fueron por delante. Pensáis que las lluvias de piedras y los rayos del cielo y que los animales alumbren fetos extraños son portentos; un portento es vuestra conducta, que no pueda expiarse sin víctimas, súplicas y con la sangre de aquellos que a tan gran crimen se atrevieron.

Historia de Roma, XXVIII, 27
(J. S.-F. G.)[51]

194. Prodigios y augurios

Después se pidió el parecer del Senado acerca de los prodigios de que se había tenido noticia. El templo de los dioses Penates de la Velia había sido alcanzado por un rayo, al igual que dos puertas y un tramo considerable de la muralla en la ciudad de Minervio. En Anagnia había llovido tierra, y en Lanuvio se había visto un cometa en el cielo; y en Calacia, en terreno público, el ciudadano romano Marco Valerio anunciaba que había manado sangre de su hogar durante tres días y dos noches. A causa, sobre todo, de este prodigio se ordenó a los decénviros que consultaran los Libros, y prescribieron al pueblo un día de rogativas e hicieron un sacrificio de cincuenta cabras en el foro. También por los demás prodigios hubo otro día de rogativas en todos los santuarios, se hizo un sacrificio de víctimas adultas y se purificó la ciudad. Asimismo, en lo concerniente a los honores debidos a los dioses inmortales, el Senado decretó que por haber sido vencidos los enemigos en guerra y por estar los reyes Perseo y Gencio con Macedonia y el Ilírico en poder del pueblo romano, los pretores Quinto Casio y Manio Juvencio se ocupasen de que se presentaran en todos los santuarios unas ofrendas como las que se habían ofrecido durante el consulado de Apio Claudio y Marco Sempronio por haber sido definitivamente derrotado el rey Antíoco.

Historia de Roma, XLV, 16, 5-8
(J. A. V.)

195. La libertad de las naciones sometidas

Ante todo se quería que los macedonios y los ilirios fuesen libres, para dejar patente a todas las naciones que las armas del pueblo romano no llevaban la esclavitud a los que eran libres, sino, bien al contrario, la libertad a los que estaban esclavizados; de esta forma, los pueblos que gozaban de libertad se convencerían de que esta libertad estaría asegurada a perpetuidad bajo la tutela del pueblo romano, y los que vivían bajo el poder de los reyes estarían convencidos de que de momento iban a tener unos reyes menos duros y más justos por respeto al pueblo romano y, además, si en algún momento había una guerra entre sus reyes y el pueblo romano, el desenlace de la misma les traería a los romanos la victoria y a ellos la libertad.

Historia de Roma, XLV, 18, 1-2
(J. A. V) [52]

III. ÉPOCA POSTCLÁSICA

A) DINASTÍA JULIO-CLAUDIA: DE TIBERIO A NERÓN (14-68 d.C.)

POESÍA

MANILIO

Marco Manilio, que desarrolló su actividad literaria a comienzos del siglo I d.C., es el principal representante, junto con Germánico, traductor de los Fenómenos *de Arato, de la poesía didáctica de esa época, caracterizada por un marcado interés por la astrología. Manilio es el autor de un poema en hexámetros titulado* Astronómica *dedicado al emperador Tiberio y compuesto entre el 6 y el 14 d.C. Escrito en cinco libros y conservado posiblemente de forma incompleta, el poema está enraizado en la tradición astrológica alejandrina, y en él Manilio expone su concepción del universo y del hombre, basada en la confluencia entre la observación, las doctrinas astronómicas orientales y helenísticas y los planteamientos estoicos inspirados fundamentalmente en Posidonio. Con un estilo fluido y consistente, Manilio conforma un discurso poético rico en imágenes en torno a la escatología que envuelve la creencia en los astros, postulando la existencia de una «razón» armonizadora del cosmos y del hombre.*

196. El orden del universo: crítica a Lucrecio y a Epicuro

Y con el fin de que puedas reconocer mejor las luminosas constelaciones, éstas no han sufrido variación ni en ocasos ni en ortos, sino que surge cada una sin falta en su día correspondiente, y guarda con regularidad los momentos de su salida y crepúsculo. Y nada hay más admirable en tan ingente masa como semejante ordenación y el hecho de que todas las constelaciones obedecen según leyes inviolables. Por ningún lado la abundancia de estrellas las trastorna, ni por parte alguna se desplaza ninguna vagando en un radio mayor o menor, o con una secuencia alterada. ¿Hay algo tan abigarrado en su aspecto, tan seguro en su destino?

Y no me parece que haya otro argumento tan contundente en virtud del cual resulte evidente que el universo se mueve merced a un poder divino, y que es dios mismo, y que no se ha vertebrado al dictado del azar, como quiso hacer creer el primero que pretendió levantar los muros del universo con átomos minúsculos y disolverlos en los mismos; a partir de los átomos, según él, se forman los mares, las tierras, las estrellas del cielo y el éter, creando unos mundos de inmensos confines y disolviendo otros, y vuelve todo a sus fundamentos y cambian las formas de las cosas. ¿Quién podría creerse que tan ingentes masas de cuerpos surgen sin mediación divina, a partir de elementos mínimos, y que el universo se ha creado por un ciego acuerdo? Si el azar nos hubiera otorgado esto, el mismo azar lo gobernaría.

Astronómica, I, 474-494
(A. M. H.)

197. La naturaleza divina del hombre

¿Quién, después de esto, podría dudar en vincular con el cielo al hombre, al cual, <en su ansia de que las tierras asciendan a las estrellas>, la naturaleza le otorgó, como un formidable don, la capacidad de hablar, una inteligencia desarrollada y un espíritu alado dentro del cual sólo desciende finalmente dios, habita en él y él mismo se reconoce? [...]

¿Quién podría conocer el cielo, si no es por un don del mismo, y encontrar a dios, sino quien es él mismo parte de los dioses?

Astronómica, II, 105-116
(A. M. H.)

198. Los signos del zodíaco gobiernan el cuerpo humano

Entérate de que las partes del hombre están distribuidas entre los signos y que a sus propios mandatos están sometidos los miembros sobre los que aquéllos ejercen fuerzas específicas respecto del conjunto del cuerpo. A Aries, adalid de todos los signos, le corresponde la cabeza; a Tauro le tocan los hermosísimos cuellos; a Géminis, los brazos unidos a los hombros en equitativo reparto; el pecho está sujeto al poder de Cáncer; de Leo es el reino de los costados y la espalda; el bajo vientre cae dentro del lote propio de Virgo; Libra gobierna las nalgas, y Escorpio disfruta de las ingles; a Centauro se entregan los muslos; Capricornio rige ambas rodillas; las piernas son la jurisdicción del fluyente Acuario, y Piscis reclama sus derechos sobre los pies.

Astronómica, II, 453-465
(A. M. H.)

199. El destino y las estrellas

Ven aquí, quienquiera que seas, tú que puedes escuchar y ver mis proyectos, y atiende a las palabras verdaderas; presta atención; y no busques versos melifluos; la materia misma, colmada con servir para la enseñanza, no se aviene al adorno. Y si se mencionan términos en lengua extranjera, será culpa de la doctrina y no del poeta: no todos pueden verterse, y se expresan mejor con el vocablo originario.

Ahora, pues, fíjate con profunda atención en un aspecto de sumo interés, que, una vez explicado, puede proporcionarte preciosos servicios y abrirte sendas seguras en el arte de ver el destino, siempre que quede bien arraigado en una inteligencia despierta.

La naturaleza, fundamento y guarda de todo lo que se mantiene oculto (en vista de que ha creado tan enormes moles a lo largo de los muros del universo y ha rodeado a la tierra, mientras ésta se mantiene suspendida en el centro, con sus estrellas que se esparcen por todas partes alrededor, y ha engarzado los distintos miembros a un único cuerpo mediante leyes inmutables y ha ordenado al aire, a la tierra, al fuego y al agua que se alimenten recíprocamente, para que la armonía guíe a tantos elementos en conflicto y se mantenga estable el universo, ensamblado merced a un vínculo recíproco), en aras de que nada quede fuera de una ordenación suprema, y lo que formaba parte del universo sea regido por el mismo universo, hizo también que los destinos y las vidas de los hombres dependan de las estrellas, para que asuman la vertiente más elevada de los esfuerzos del hombre, el resplandor de la gloria y la fama, y se desplacen sin extinguirse nunca.

Astronómica, III, 36-6[illegible]
(A. M. H.)

FEDRO

Cayo Julio Fedro (ca. 15 a.C.-ca. 55 d.C.) *fue un esclavo de origen tracio llevado a Roma, donde vivió como liberto de Augusto. Fedro implantó en el mundo latino un nuevo género literario, la fábula, que, aunque había tenido antecedentes en Ennio y Horacio, recibió una caracterización formal más precisa en sus cinco libros de* Fábulas esópicas.

Estas piezas, basadas en gran medida en las del griego Esopo, están escritas en senarios yámbicos, verso usual de las partes habladas de la comedia, con un estilo coloquial y sencillo, habitual en las expresiones de la filosofía popular helenística. En las fábulas se narra concisamente una historia o cuento, protagonizado generalmente por animales y, en menor medida, por personas, incluso por el propio Fedro, con una moraleja o consejo final, lo que revela su propósito didáctico y al mismo tiempo de entretenimiento. El tono oscila entre el divertimento ligero, la gravedad y la sátira, que en ocasiones esconde un trasfondo de crítica a las injusticias o a la política mediante alusiones veladas, lo que le valió, al parecer, algún castigo por parte de personalidades como Sejano, en época de Tiberio. Sus fábulas influyeron en las de Aviano (siglo V*) y en general en la Edad Media, transmitiéndose alguna versión en prosa de las mismas.*

200. Fedro y sus fábulas

La materia que Esopo ideó como su creador, yo la he perfeccionado en versos senarios. El propósito del librito es doble: por una parte, mover a la risa y, por otra, guiar con su consejo la vida del prudente.

Pero si alguien quiere censurar el hecho de que hablen los árboles y no sólo las fieras, tenga presente que nosotros bromeamos con fábulas inventadas.

Fábulas, I, Prólogo
(A. Z. F.) (53)

201. El lobo y la grulla

Quien desea de los malvados la recompensa de un servicio, comete dos faltas: primero, porque ayuda a los indignos; después, porque ya no puede apartarse impunemente de ellos.

Cuando un hueso, al ser tragado, se había quedado clavado en la garganta de un lobo, vencido por el gran dolor, comenzó a seducir a todos con un premio para que le extrajeran aquel mal. Finalmente, el juramento persuadió a una grulla y, confiando la longitud de su cuello a la garganta, realizó la peligrosa operación al lobo. Cuando le reclamaba la prometida recompensa por ello, él dijo:

–Eres una ingrata tú, que has sacado sana y salva la cabeza de mi boca y pides recompensa.

Fábulas, I, 8
(A. Z. F.) (53)

202. El asno que se burla del jabalí

Generalmente los necios, mientras tratan de conseguir una leve risa, zahieren a los otros con grave ultraje y provocan contra ellos mismos un nocivo peligro.

Cuando un asno se encontró de frente a un jabalí, le dijo: «Hola hermano». Él, enfadándose, rechazó la cortesía y le preguntó por qué quería mentir de esa manera. El asno, dejando colgar su pene, replicó: «Aunque niegues que soy semejante a ti, la verdad es que esto es semejante a tu hocico». El jabalí, aunque quería embestirle vigorosamente, reprimió su cólera y replicó: «La venganza me es fácil, pero no quiero ensuciarme con sangre cobarde».

Fábulas, I, 29
(A. Z. F.) (53)

203. La hermana y el hermano

Considérate aconsejado a menudo por esta lección.

Uno tenía una hija feísima y también un hijo notable por su hermoso rostro. Éstos, cuando se colocó un espejo en la silla de su madre, jugando como niños, se vieron por casualidad. Él se vanagloria de su hermosura, ella se irrita y no aguanta las bromas de su jactancioso hermano, tomándolo –¿por qué?– todo como un ultraje. Así pues, para hacerle, a su vez, daño, corre ante su padre y con gran envidia acusa al hijo de que, siendo hombre, ha tocado una cosa de mujeres. Aquél, abrazando a uno y otro y distribuyéndoles a ambos su dulce amor, les dijo

–Quiero que uséis el espejo todos los días: tú para que no vayas a perder tu belleza con los males de la perversidad; tú para que venzas ese rostro con las buenas costumbres.

Fábulas, III, 8
(A. Z. F.) (53)

PERSIO

Pese a haber muerto joven y a haber dejado una obra poco extensa –seis sátiras en hexámetros y un prólogo en coliambos que en total no alcanzan setecientos versos–, se conocen algunas cosas de la vida de Persio (34-62 d.C.) gracias a una biografía antigua. Procedía de Volterra, antigua ciudad etrusca, era de la clase de los caballeros y frecuentó los medios estoicos de cuya doctrina estaba imbuido. Murió a los veintiocho años siendo casi estrictamente coetáneo de Lucano, quien sentía gran admiración por él. Sorprende un tanto esta devoción que Persio despertaba en Lucano y otros autores un poco posteriores, como Quintiliano y Marcial: el suyo es uno de esos casos en que valoraciones antiguas y modernas no coinciden exactamente porque, aparte otras consideraciones, actualmente poseemos algo de lo que carecían sus contemporáneos, la obra de Juvenal, que sí despierta nuestra admiración sin reservas.

La oscuridad de Persio es proverbial, sobre todo en su sátira primera. Contribuyen a ella un estilo entrecortado (el propio de la época, piénsese en Séneca), casi comprimido, con ideas apenas expresadas, complicidades continuas con el lector, saltos de interlocutor permanentes y exceso de alusividad, social y literaria, que nos transporta desde el texto tanto en direc-

...n a una actualidad que nos resulta ajena como hacia otros textos. Sus temas, los propios de la sátira (hipocresía, ambición y otros vicios), tampoco son muy atractivos. Pero tiene buenos momentos, en los que sabe sacar un partido único a su don para la concisión y la alusión. Entonces se muestra rico y vigoroso, capaz de dar a entender mucho más de lo que dice, insuperable en la selección de detalles relevantes, con un raro humor, el del grotesco frío. Persio es enfático en el sentido antiguo, con elocuencia dirigida hacia dentro, hacia el exceso de sentido, y no en la acepción moderna, donde el énfasis necesita un excesivo subrayado tonal, el chorro de energía que caracteriza a su inevitable polo opuesto, Juvenal.

204. Muerte de un glotón

Aquí uno de la casta apestosa de los centuriones podría decir: «Con lo que sé tengo bastante, no pretendo ser un Argesilas ni uno de esos Solones atormentados con la cabeza gacha y los ojos clavados en tierra cuando consigo mismos mastican murmullos y rabiosos silencios y sopesan las palabras en su labio alargado meditando las quimeras de un viejo enfermo: que de la nada nada nace, que a la nada nada puede volver. ¿Es ésta la causa de tu palidez? ¿Puede alguien dejar de comer por esto?». La gente ríe estas gracias y una juventud muy musculosa ríe y ríe nerviosamente a carcajadas arrugando la nariz.

«Examíname, no sé por qué se me agita el pecho y me sale un aliento pesado de la garganta enferma; examíname, por favor»; al que le dice esto el médico le manda reposo; pero a la tercera noche, cuando ve que la sangre le corre acompasadamente en las venas, va a pedir a casa de un amigo más pudiente dulce Sorrentino para el baño con una garrafita de sed moderada. «Huy, amigo, tu estás pálido.» «No

es nada.» «De todas formas, mírate eso sea lo que sea: poco a poco se te está poniendo la piel amarillenta.» «Ya, pero tu palidez es peor; no me hagas de tutor. Ya hace tiempo que lo enterré; me quedas tú.» «Sigue..., me callaré.» E hinchado de tanto comer y con el vientre blanco se baña, mientras su garganta eructa con dificultad gases sulfurosos. Pero, ya bebiendo, se le presenta un temblor y le sacude de las manos el vino caliente y enseña los dientes que le castañetean y de los labios colgantes le caen grasientos bocados. A continuación, la trompeta, los cirios y finalmente el pobrecillo, feliz, bien dispuesto en el catafalco y untado con pegajosos amomos, extiende sus calcañales rígidos hacia la puerta. Y romanos recientes, de ayer, con la cabeza cubierta cargan con él.

–Tómame el pulso, desgraciado, y ponme la diestra en el pecho; ni rastro de fiebre aquí. Tócame las puntas de los pies y de las manos; no están frías.

Sátiras, III, 77-109
(R. C. T.) (54)

205. Persio y su maestro Cornuto

Desde luego no intento que se me hinchen de futilidades enlutadas páginas capaces de darle peso al humo. Estamos hablando en privado. A ti, por exhortación de la Camena, te doy mi corazón para que lo examines y es un placer mostrarte, Cornuto, dulce amigo, qué parte tan grande de mi alma te pertenece. Golpea con cuidado de distinguir lo que suena a sólido del estucado de un lenguaje florido. Para esto yo también me atrevería a pedir cien gargantas, para expresar con voz pura hasta qué punto te llevo clavado en lo más hondo de mi pecho y para que las palabras revelen todo lo que, inexpresable, se esconde en la intimidad de mi alma.

Tan pronto como a mí, atemorizado, dejó de custodiarme la púrpura y la bulla quedó colgada en ofrenda a los Lares de ceñida toga, cuando unos colegas complacientes y los pliegues de mi toga blanca recién estrechada me permitieron pasear impunemente los ojos por toda la Subura, y cuando el camino se bifurca y el errabundeo, ignorante de la vida, lleva a los espíritus asustados a encrucijadas con muchos ramales, me sometí a tu guía. Tú acogiste mis años delicados en tu seno socrático, Cornuto. Entonces la regla aplicada con hábil disimulo enderezó las costumbres torcidas y el espíritu bajo la presión de la razón se esforzó por dejarse vencer y bajo tu pulgar tomó una apariencia artística. Pues recuerdo que contigo pasaba largos días y contigo me tomaba las primeras horas de la noche para la cena. Juntos, a la par, trazábamos un plan único de trabajo y de descanso, y nos relajábamos ante una mesa modesta. De esto no tengas la menor duda: por una alianza firme se acompasan nuestros días y dependen de una sola estrella. O bien la Parca, que nunca engaña, sopesa nuestros días en Balanza equilibrada o bien la hora destinada a los enlaces felices divide entre los Gemelos nuestros hados concordes y con Júpiter a nuestro favor quebramos juntos el rigor de Saturno. No sé qué astro pero hay uno que me une armoniosamente a ti.

Sátiras, V, 19-51
(R. C. T.) (54)

206. Formas de vida diversas

Mil son las clases de hombres y de muchos colores sus formas de vida. Cada uno tiene su propio deseo y no todos viven con idénticas aspiraciones. Uno cambia bajo el sol del Este mercancías italianas por pimienta rugosa y granos de

comino que hacen palidecer, otro prefiere, ya saciado, hincharse con los efluvios del sueño, el otro se entrega con pasión al deporte, a éste lo arruinan los dados, aquél se disipa en el amor; pero cuando la quiragra pedregosa ha convertido sus dedos quebrantados en ramales de encina vieja, entonces se lamentan de que sus días hayan pasado enrarecidos y entre luz de ciénaga; y ya tarde deploran haber dejado de lado la vida. En cambio tu placer está en palidecer sobre tus estudios nocturnos; pues, cultivador de los jóvenes, les siembra con la simiente de Cleantes las orejas bien purgadas. Venid a buscar aquí, jóvenes y viejos, una meta definida para el alma y un viático para las miserias de la vejez.

«Eso ya se hará mañana.»

Y que mañana digas lo mismo, ¿eh?

–¿Y qué? ¡Concedes un día como si fuera una gran cosa!, ¿no?

Sí, pero cuando llega otro día ya tenemos gastado el «mañana» de ayer; y mira, otro «mañana» nos quitará los próximos años y siempre habrá otro un poco más allá. Pues, aunque la llanta gire justo a tu lado y bajo la misma lanza, en vano la perseguirás, porque eres la rueda trasera y corres en el segundo eje.

Sátiras, V, 52-72
(R. C. T.) [54]

SÉNECA EL FILÓSOFO *

Lucio Anneo Séneca (ca. *4 a.C.-65 d.C.), segundo hijo de Séneca el Rétor, procedía, como éste, de la Bética, de la antigua Córdoba. De familia bien acomodada, se formó en retórica y filosofía en Roma, donde desarrolló una relevante carrera política sujeta a múltiples avatares en función de sus relaciones con los emperadores Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón; de este último llegó a ser preceptor y consejero político, aunque fue luego apartado del poder y conminado a suicidarse, al ser acusado de participar en una conjura contra el emperador.*

La valoración del papel político que desempeñó Séneca dista mucho de poder ser ecuánime, tanto por el desacuerdo entre los autores antiguos que nos informan al respecto (Tácito, Suetonio, Dión Casio) como por la distancia, al menos aparente, entre su práctica política y las ideas, de ascendencia eminentemente estoica, que sostiene en sus escritos. La actitud de Séneca y su posible complicidad durante un periodo del sangriento reinado de Nerón han condicionado, en ocasiones, la ponderación de su extensa obra literaria, que es una de las más ricas en géneros y en formas de toda la Antigüedad.

* Sobre su obra en prosa, cf. pp. 504-516.

Su producción abarca un abundante y variado repertorio de obras en verso y en prosa. De sus composiciones en verso destaca una colección de tragedias, inspiradas en originales griegos (sobre todo Eurípides) y concebidas probablemente para la lectura y recitación privada más que para la representación pública. Con Séneca vemos renacer el género trágico con una apasionante vitalidad literaria tras un largo silencio. En efecto, las obras del cordobés son las únicas tragedias completas que se han conservado después de las grandes composiciones griegas del siglo V *(Esquilo, Sófocles y Eurípides), ya que apenas se conocen algunos fragmentos de las piezas trágicas latinas de Época Arcaica, desde Livio Andronico a Accio, sin que podamos determinar la influencia real de éstas sobre el teatro de Séneca.*

Sus tragedias se nutren ciertamente de los modelos griegos en cuanto a la forma literaria, los temas y los argumentos, si bien el largo lapso transcurrido y el nuevo contexto sociocultural de la Roma imperial han transformado muchos de los elementos antiguos. Séneca se distancia a menudo de los argumentos griegos, recibe sus propias influencias literarias –sobre todo de Virgilio, Horacio y Ovidio–, participa de un estilo más exuberante y ampuloso y moldea sus obras desde una visión del mundo esencialmente estoica, planteando las relaciones entre el hombre y el destino, la libertad y la responsabilidad, desde una posición muy alejada –y en cierto modo contrapuesta– a la de los trágicos griegos.

Al mismo tiempo Séneca refleja un cierto gusto de la época por exacerbar el impacto emocional de la literatura, hasta el punto de mostrar predilección por el patetismo y las escenas de horror, lo que le lleva a admitir, por ejemplo, la inserción de escenas de muerte en las tragedias, frente a la costumbre griega de evitarlas.

En un tono completamente distinto se sitúa una obra breve, la Apocolocyntosis del divino Claudio, *una parodia satírica y burlesca sobre la muerte del emperador, con una mezcla de verso y prosa, en la línea de la sátira menipea.*

207. Consejos de Agamenón a Pirro

AGAMENÓN.–Vicio de juventud es no poder gobernar los impulsos: a otros los arrastra esta fogosidad de la primera edad; a Pirro la fogosidad de su padre.

Yo ya aguanté una vez sin inmutarme los terribles arrebatos y las amenazas del altanero nieto de Baco: cuanto más poderoso seas, tanto más paciente debes mostrarte.

¿Por qué tratas de rociar con una cruel matanza las nobles sombras de un ilustre jefe? Esto es lo primero que hay que conocer: qué es lo que debe hacer el vencedor y soportar el vencido.

El poder basado en la violencia nadie ha conseguido retenerlo mucho tiempo; el moderado, perdura, y cuanto más alto ha destacado y elevado la fortuna los poderes humanos, tanto más conviene que se contenga el que goza de esa felicidad y que tiemble ante la inseguridad del azar, temeroso de unos dioses demasiado favorables. Que los grandes poderes se derrumban en un momento lo tengo bien aprendido.

¿Nos hincha Troya en exceso de orgullo y de arrogancia? Nos levantamos ahora los dánaos en este sitio desde donde ella cayó.

Lo confieso, alguna vez, soberbio y sin control en mi poder de rey, me he encumbrado a mí mismo más alto de la cuenta; pero quebrantó aquellos arrebatos un motivo que a otros hubiese podido alentárselos: el favor de la Fortuna.

Tú, Príamo, me haces a mí soberbio, tú, temeroso. ¿Voy yo a pensar que los cetros son otra cosa que un título recubierto de vano esplendor y que una melena que luce con una falsa diadema?

El azar arrastrará consigo todo esto en un momento y probablemente sin necesidad de mil naves y diez años: no a todos amenaza tan lentamente la Fortuna.

Desde luego, lo confesaré (permítaseme decir esto sin ánimo de ofenderte, tierra argiva), yo quise que los frigios

fuesen abatidos y vencidos. Ojalá hubiese yo impedido que fuesen arruinados y arrasados. Pero el gobierno de unas riendas no son capaces de soportarlo ni la ira, ni el ardor de un enemigo, ni una victoria puesta en manos de la noche.

Todo aquello que a cualquiera ha podido parecerle indigno e inhumano, lo hicieron el rencor y las tinieblas, en medio de las cuales la cólera se excita a sí misma, y la espada afortunada, que una vez que se ha manchado de sangre enloquece de pasión.

Cuanto puede sobrevivir a la destrucción de Troya, que se mantenga: ya se le han aplicado castigos suficientes y más que suficientes. Pero que una muchacha de la familia real perezca y sea dada en ofrenda a una tumba y riegue unas cenizas y a la atroz fechoría de un asesinato le llamen una boda, eso no lo consentiré yo.

Las Troyanas, 250-291
(J. L. M.) (55)

208. Catálogo de venenos y de sus lugares de procedencia

NODRIZA.–Pavor siente mi alma, horror; una gran catástrofe se avecina. Es espantoso cómo crece su angustia y se inflama a sí misma y recobra la violencia de antaño. Yo la he visto delirar muchas veces y arrastrar hacia sí el cielo arremetiendo contra los dioses: más grande que ésas, más grande es la monstruosidad que prepara Medea.

En efecto, en cuanto con paso enloquecido se marchó y llegó a su funesto retiro, desplegó todos sus recursos y todo aquello que incluso ella misma durante mucho tiempo había temido, lo saca a la luz y despliega un tropel de maleficios, cosas arcanas, secretas, ocultas y tocando con su mano iz-

quierda el lúgubre altar invoca a cuantas calamidades cría la arena de la ardiente Libia, a las que entre sus nieves perpetuas aprisiona el Tauro congelado por el frío de la Osa, y a todo tipo de monstruos.

Arrastrada por los mágicos sortilegios, la escamosa turba deja sus escondrijos y se hace presente: aquí una feroz serpiente arrastra un cuerpo inmenso y saca una lengua de tres puntas y busca a quien poder alcanzar y darle muerte; al oír el hechizo se paraliza y repliega su cuerpo, que se hincha al amontonarse los nudos, y lo enrosca: «Pequeños son –dice– los males y sin fuerza el dardo que la tierra produce en sus entrañas; al cielo voy a pedir yo los venenos. Ya, ya es tiempo de urdir algo que quede por encima de un vulgar maleficio.

»Hasta aquí descienda el famoso reptil que se estira a modo de un enorme torrente, cuyos inmensos nudos sienten las dos fieras, la mayor y la menor (la mayor, propicia a los pelasgos; a los sidonios, la menor) y que Ofiuco afloje por fin sus manos y deje derramarse el veneno. Que acuda a mis encantamientos Pitón, que se atrevió a acosar a los dioses gemelos y vuelvan también Hidra con todas sus serpientes, que eran cortadas por la mano de Hércules y renacían de su propia muerte. Tú, también, deja a los colcos y ven, serpiente siempre en vela, a la que adormecieron por vez primera mis sortilegios».

Después que hubo invocado a todo el linaje de las serpientes, reúne en un montón los maleficios de funestas hierbas: cuantas produce el Erix de inaccesibles peñascos, las que da en sus cumbres cubiertas de perpetuas heladas el Cáucaso, regado con la sangre de Prometeo y aquellas con que suelen untar sus flechas los ricos árabes y el medo belicoso con la aljaba o los veloces partos. O los jugos que bajo un cielo helado recogen las nobles suevas en los bosques hercinios]. Todo cuanto cría la tierra en la primavera, cuando se hacen los nidos, o cuando el riguroso invierno echó al

suelo la hermosura de los bosques y lo encadenó todo con gélidas nevadas, y cuantas hierbas de flor mortífera crecen y aquellas cuyas raíces exprimidas dan un jugo que produce la muerte; todo eso lo manosea: aquellos venenos se los ofreció el Atos hemonio; éstos, el imponente Pindo; aquella planta perdió su tierna cabellera en las cumbres del Pangeo al golpe de una sangrienta hoz; a éstas las alimentó el Tigris, al estrechar su profundo cauce; a aquéllas, el Danubio; a éstas, el Hidaspes, que corre cargado de perlas con sus aguas tibias por áridos parajes, y el Betis, que dio nombre a sus tierras y que bate los mares de Hesperia con lánguida corriente.

Esta planta sufrió la herida de la hoz cuando Febo prepara el día; el retoño de aquélla fue cercenado a altas horas de la noche; en cambio, el fruto de esta otra lo cortó una uña encantada.

Toma las mortíferas hierbas y exprime la ponzoña de las serpientes y les mezcla también aves siniestras y el corazón de un lúgubre búho y vísceras de ronca lechuza extraídas aún viva.

Todas estas cosas la urdidora de crímenes las va poniendo cada una en su sitio: unas poseen la arrebatadora violencia de las llamas, otras la helada rigidez de un frío entorpecedor.

Añade a los venenos fórmulas no menos temibles que ellos.

Escuchad, se la oye con paso enloquecido y recitando fórmulas mágicas.

El universo se estremece en cuanto empieza a hablar.

Medea, 670-739
(J. L. M.) (55)

209. Monólogo de Medea sobre la muerte de sus hijos

MEDEA.–¿Alejarme yo? Si hubiese huido antes, volvería para esto. Estoy gozando del espectáculo de unas bodas inauditas... ¿Por qué pierdes aliento, alma mía? Prosigue el éxito de tu impulso. Esa parte de tu venganza de que ya estás gozando, ¿qué significa? Amor sientes aún, insensata, si te es suficiente dejar viudo a Jasón. Busca un tipo de castigo inusitado y prepárate a ti misma en este sentido: que se aparte a un lado todo lo sagrado, sea expulsado lejos el pudor; leve es la venganza que llevan a cabo unas manos puras. Entrégate a la ira y despierta tu languidez y apura por completo con toda la fuerza los viejos ímpetus desde lo más hondo de tu pecho.

Que todo a lo que has llegado hasta ahora sea considerado benevolencia. ¡Manos a la obra! Yo haré que sepan qué insignificantes y qué del montón fueron los crímenes que yo he cometido por él. Éstos han sido un entrenamiento para mi dolor: ¿a qué cosa grande podían atreverse unas manos inexpertas?, ¿a qué, los violentos arrebatos de una muchacha? Ahora soy Medea: mis dotes naturales han ido creciendo con los males. Me alegro, sí, me alegro de haberle arrancado a mi hermano la cabeza, me alegro de haber despedazado sus miembros y de haber despojado a mi padre de su bien guardada reliquia, me alegro de haber armado a unas hijas para perdición de un anciano.

Busca un objeto, dolor: para cualquier fechoría podrás contar con una diestra nada inexperta. ¿Adónde, pues, te lanzas, ira, o qué tipo de armas preparas contra el enemigo? Algo atroz ha decidido mi alma en su interior y aún no se atreve a confesárselo a sí misma.

En mi necedad me he dado demasiada prisa: ¡ojalá tuviera mi enemigo algunos hijos de mi rival!... Cuanto tú tienes de él Creúsa lo ha parido.

He decidido esta forma de castigo y lo he decidido con razón: el crimen extremo hay que prepararlo haciendo acopio

de valor: hijos, antaño míos, pagad vosotros el castigo por los crímenes de vuestros padres.

El horror ha empezado a sacudir mi corazón, mis miembros están rígidos de escalofrío, y mi pecho se ha puesto a temblar. Se ha apartado la ira y vuelve la madre en su plenitud, echando fuera a la esposa. ¿Derramar yo la sangre de mis propios hijos y de mi propia prole? Piénsalo mejor, ¡ay!, insensata locura, ese crimen inaudito y esa espantosa impiedad, ¡lejos de mí también! ¿Qué delito van a expiar los desgraciados? El delito es tener a Jasón por padre y, delito aún mayor, a Medea por madre... Que sucumban, no son míos; que perezcan, míos son. Libres están de delito y de culpa, son inocentes: lo confieso. También lo fue mi hermano. ¿Por qué vacilas, alma mía? ¿Por qué riegan mi rostro las lágrimas y, envuelta en contradicciones, ora me lleva en un sentido la ira, ora en otro el amor? Una doble marea me arrastra en mi indecisión: como cuando los vientos impetuosos entablan una guerra cruel y de uno y otro lado se levanta la mar en olas que entrechocan y el piélago hierve agitado, no de otro modo es el oleaje de mi corazón. La ira ahuyenta al cariño y el cariño a la ira. Cede al cariño, resentimiento.

Criaturas queridas, único consuelo de mi atormentado hogar, venid aquí y echaos sobre mí en estrecho abrazo. Que os tenga a salvo vuestro padre, con tal de que también vuestra madre os tenga... Pero apremia el destierro y la huida. Ahora mismo me los arrebatarán arrancándomelos del regazo entre llantos y gemidos. ¡Oh, qué crimen!... Que perezcan para su padre: para su madre ya han perecido.

De nuevo se acrecienta mi resentimiento y me hierve el odio; la Erinis de otros tiempos vuelve a buscar mi mano contra mi voluntad. Ira, por donde tú me llevas, yo te sigo.

¡Ojalá hubiese salido de mi vientre la prole de la orgullosa hija de Tántalo y hubiese yo parido dos veces siete hijos. Estéril he sido para la venganza: dos he parido, lo bastante para mi hermano y para mi padre.

¿Adónde va esa turba de Furias desmandada? ¿A quién busca o hacia dónde prepara el ataque de sus llamas o contra quién esgrime sus ensangrentadas antorchas ese infernal ejército? Un enorme reptil silba retorciéndose al sacudir el látigo. ¿Contra quién viene Magera con su terrible tizón?

¿De quién es esa sombra que avanza vacilante con los miembros dispersos? Es mi hermano, reclama venganza. Yo se la voy a ofrecer, y completa.

Clava en mis ojos tu antorcha, destrózame, abrásame; aquí está mi pecho descubierto ante las Furias.

Que se alejen de mí, hermano, las diosas vengadoras y que se vayan tranquilas a la profundidad de los Manes, ordénaselo. Déjame a mí por mi cuenta y sírvete, hermano mío, de esta mano que ha empuñado la espada... *(Mata a uno de sus hijos.)* Con esta víctima aplacamos a tus Manes...

¿Qué nos trae ese repentino tropel? Acuden a las armas y me buscan para darme muerte. Subiré a lo alto del tejado de mi casa, ahora que ya está empezada la matanza. *(Al hijo superviviente.)* Ven tú en mi compañía. *(Al cadáver del otro hijo.)* Me llevaré también de aquí tu cuerpo conmigo.

Ahora, manos a la obra, alma mía. Tu valor no debe perderse quedando oculto; prueba ante el pueblo el poder de tu mano.

Medea, 893-977
(J. L. M.)[55]

211. Muerte de Hipólito

MENSAJERO.–Cuando en su huida abandonó la ciudad con aire hostil, desplegando con paso acelerado una veloz carrera, unce a toda prisa unos corceles a su elevado carro y les sujeta las bocas bien domadas con apretados frenos. Luego, después de haber hablado muchas cosas él solo y

haber abominado del suelo de su patria, llama repetidamente a su padre y, aflojando las riendas, sacude con coraje las correas.

Cuando, de pronto, tronó el inmenso mar desde el abismo y se alzó hasta los astros. No sopla ningún viento sobre las aguas saladas; en el cielo, que estaba sereno, no hubo estruendo por ninguna parte; y la placidez del piélago es agitada por una tempestad no compartida.

No alborota el Austro con tanta fuerza el estrecho siciliano, ni se alza tan alto el mar en el golfo, enfurecido al dominar el Coro, cuando las olas hacen estremecerse a los acantilados y la blanca espuma hiere lo más alto del Léucate.

Se alza imponente el mar formando una inmensa colina y el piélago, monstruosamente hinchado, se precipita contra las tierras.

Y no se organiza esa catástrofe tan grande contra las embarcaciones; a las tierras amenaza. El oleaje rueda hacia adelante sin ligereza en su carrera. Las olas transportan pesadamente no sé qué carga en su seno. ¿Qué tierra muestra su nueva cabeza a los astros? ¿Está surgiendo una nueva Cíclada? Quedaron ocultas las rocas de Epidauro, célebres por la divinidad, y los escollos de Estirón, célebres por el crimen, y la tierra a la que apresan dos mares.

Mientras, atónitos, los buscamos, he aquí que el mar entero empezó a mugir y por doquier todos los escollos responden con rugidos.

La cima de aquella ola gigante lanza una lluvia de agua salada, produce espuma y vomita alternativamente las aguas, semejante a la descomunal ballena que va por las profundas aguas del Océano volviendo a echar las olas por su boca.

Se encrespó, al chocar, la montaña de aguas y se deshizo y lanzó sobre las costas una calamidad mayor que la que se temía. El mar se precipitó contra las tierras siguiendo al monstruo que de él había salido.

El temblor agita mi boca... ¡Qué aspecto, el de aquel enorme cuerpo! Un toro, levantando en el aire su cuello azulado, erguía un alto penacho en su verdosa frente; estaban tiesas sus orejas velludas; en sus órbitas un color variado; tanto el que hubiera tenido el jefe de una salvaje manada, como el que un ser nacido bajo las olas: por lo primero, sus ojos vomitan llamas; por lo segundo, relucen de forma distinta con un rasgo azulado. Su exuberante morro levanta unos músculos fornidos y sus anchas narices braman cuando se abren resoplando, el pecho y las papadas verdean con un musgo pegajoso, sus grandes costados están esparcidos de alga rojiza.

Luego, tras el espaldar, termina su figura en forma monstruosa y la bestia descomunal, llena de escamas, arrastra una inmensa cola.

Tal en los mares alejados la ballena absorbe o destroza los veloces navíos.

Se estremecieron las tierras. Huye atónito el ganado por doquier a través de los campos y el pastor no se acuerda de seguir a sus propios novillos. Desde la selva toda clase de fieras salen huyendo hacia acá y hacia allá. Todos los cazadores, horrorizados, se quedan lívidos por aquel miedo escalofriante.

Sólo Hipólito, que no conoce el miedo, contiene los caballos tirando de los frenos y, despavoridos, trata de animarlos con sus gritos que les son conocidos.

Hay un camino elevado que va hacia los labrantíos por un desfiladero del monte, bordeando el mar que queda allá abajo.

Aquí se estimula a sí misma aquella mole y prepara su cólera. Cuando hubo cobrado ánimos y, ejercitándose, ensayó lo bastante su ataque, sale disparada en frenética carrera, rozando apenas la superficie de la tierra en su vertiginoso desplazamiento, y se detuvo con torva mirada ante el tembloroso carro.

Por su parte, tu hijo, levantándose amenazador, con aire altanero, no se inmuta y grita fuertemente con voz atronadora: «No quebranta mis ánimos este vano terror, pues conozco, por herencia de mi padre, la tarea de vencer a los toros».

Al punto, sin obedecer a los frenos, los caballos arrastraron el carro y, saliéndose ya fuera del camino, prosiguen su carrera, por doquier los condujo delirantes su enloquecido pavor, y se lanzan a través de los escollos.

Y él, como el piloto en un mar enfurecido, retiene la embarcación de modo que no choque de costado y con habilidad va engañando a la ola, no de otro modo lleva el timón de los desenfrenados caballos.

Sujeta unas veces sus bocas frenándolas con los bocados bien apretados; otras veces castiga sus lomos blandiendo repetidamente el látigo.

Le sigue, sin apartarse de su lado, aquel acompañante, ora corriendo a su misma velocidad; ora, en cambio, saliéndole al encuentro, se le ponía por delante, provocando el terror por todas partes.

No pudo huir más allá, pues con toda su mole acometió de frente, encrespado, aquel monstruo cornudo salido del mar.

Y entonces los corceles, fuera de sí por el pavor, no obedecen las órdenes y luchan por escapar al yugo y, encabritándose sobre sus patas traseras, tiran la carga a tierra.

Al caer de cabeza, quedando tendido de bruces, enredó su cuerpo en un apretado lazo y cuanto más lucha, tanto más aprieta los nudos corredizos.

Advirtieron las bestias lo que habían hecho..., y, al pesar poco el carro y no haber quien lo gobernara, se precipitan por donde el temor las fue impulsando.

De igual manera, a través de los aires, al no reconocer como suya la carga e indignándose de que se hubiese confiado el día a un falso Sol, el carro echó a Faetón de aquella parte del cielo por donde andaba extraviado.

Ensangrienta extensamente los campos y se estrella su cabeza rebotando contra los escollos: los espinos le arrancan los cabellos y la dura piedra hace estragos en su bello rostro y, entre múltiples heridas, perece su infausta hermosura.

Las veloces ruedas revuelcan los miembros moribundos y, por fin, mientras era arrastrado, un tronco con una estaca a medio quemar, lo retiene por en medio de las ingles con su punta erguida. Y un poco se detuvo el carro al quedar clavado su señor. Quedaron inmovilizados los caballos con el golpe..., y, a una, rompen su tardanza y desgarran a su dueño.

Luego, ya casi sin vida, lo despedazan los matorrales, las erizadas zarzas con sus punzantes espinos, no hubo tronco que no se llevara una parte de aquel cuerpo.

Errantes por los campos, como fúnebre tropa, van los criados a través de aquellos lugares por donde Hipólito hecho pedazos va marcando un largo sendero de manchas de sangre y, tristes, los perros rastrean los miembros del dueño.

Hasta ahora la diligente labor de los dolientes no ha podido completar su cuerpo. ¿Es esto la gloria de su hermosura?

El que hace poco, ilustre partícipe y heredero seguro del poder de su padre, brilló como las estrellas, ése está siendo ahora recogido por acá y por allá para la hoguera de la hora postrera y tratan de recomponerlo para el funeral.

Fedra, 1000-1113
(J. L. M.)[56]

211. Sátira grotesca de la muerte del emperador y canto de Apolo a Nerón

Así dice, y devanando el hilo con su inmundo huso
quebró el curso de vida de su Real Necedad.
Pero Láquesis, enguirnaldada la cabellera, acicalado su pelo,

coronando con el laurel pierio su cabello y su frente,
de un níveo vellón toma blancos torzales
para hilarlos con mano propicia, los cuales, bajo sus dedos,
adquieren un color nuevo. Pásmanse las hermanas ante los
Tórnase la lana vil en metal precioso, [copos.
y una edad de oro desciende del hermoso hilo.
Y no tienen pausa. Bienhadados vellones hilan,
y se complacen cogiéndolos a manos llenas. Son agradables
[los copos.
La labor de por sí se acelera y sin ningún esfuerzo
del tornátil huso descienden los muelles estambres.
Vencidos están los años de Titono, vencidos también los de
[Néstor.
Febo está presente, las alivia con su canto y se alegra del futu-
y, gozoso, ora mueve su plectro, ora les tiende los ovillos. [ro;
Tiénelas embebecidas con su canto y engaña su esfuerzo.
Y mientras se extasían con la cítara y las melodías de su her-
sus manos tejieron más de lo debido [mano
y su labor bendita sobrepasa el hado concedido a los hom-
[bres. «Nada quitéis, Parcas
–dice Febo–. Que venza el tiempo de vida mortal
quien a mí en rostro asemeja, en mí asemeja en gracia
y no me es inferior ni en canto ni en voz. Siglos dichosos
dará a los hombres exhaustos y romperá el silencio de las le-
Como Lucifer, cuando ahuyenta a los astros en derrota, [yes.
o como Héspero, cuando surge al retorno de las estrellas,
o como el sol, cuando la rosada aurora, disueltas las tinie-
trae el día, contempla radiante el universo [blas,
y aguija su tronco fuera de la barrera,
tal se presenta César, tal verá Roma a Nerón.
Del fulgor suave resplandece su nítido
rostro y su cuello hermoso orlado de cabellos.»

Apocolocyntosis, 4,1
(J. G. F.) (57)

LUCANO

Marco Anneo Lucano (39-65 d.C.), nacido en la antigua Córdoba reunía todas las condiciones para triunfar: gran inteligencia natural, buena familia, excelente educación y magníficas relaciones políticas y sociales. Así le resultó fácil granjearse la amistad de un César literato como Nerón, pero también ser objeto de su envidia e incurrir en su enemistad. Complicado en la conjuración de Pisón, murió joven, a los veintiséis años, al mismo tiempo que otros dos genios de la literatura latina, como su tío Séneca y Petronio.

Poeta precoz, compuso numerosos poemas antes de poner mano a su única obra conservada, la Farsalia, *el segundo gran poema épico latino después de la* Eneida. *Un anti Virgilio en todos los sentidos, Lucano infringió casi todos los principios que habían supuesto la canonización de su gran antecesor: su epopeya no será histórico-mitológica, sino únicamente histórica; su objeto no será evitar la gran guerra civil para fomentar la reconciliación entre vencedores y vencidos sino narrarla en toda su crueldad para ponerse del lado de los vencidos, dando plena voz a lo que Virgilio había narrado en sordina. Correspondientemente, del poema no se sigue la gran gloria de Roma con el apoyo complaciente de un orden divino*

de origen estoico, sino unos dioses ausentes del mundo, el dominio de la fortuna y el triunfo de la peor causa. Demasiado insoportable para el régimen imperial, que descendía precisamente del vencedor de esa guerra.

Los medios poéticos de Lucano están en consonancia con su novedad temática: el poeta se despoja de la imparcialidad épica, siente simpatía e interpela a sus héroes, los vencidos, y censura a los villanos, entre los que destaca César. Ducho en el arte de la retórica y de las declamaciones, con tendencia al patetismo y a lo hiperbólico, con escenas de lo más cruel y truculento de la literatura latina, el poeta tiene la virtud de amar sus propios vicios más aún que Ovidio y de no hacer nada por refrenar sus barrocas exageraciones en su búsqueda constante de lo ingenioso y lo sorprendente. El conjunto es desequilibrado y las partes de una gran brillantez y fuerza: en la suma pueden más las últimas. Si hay un «barroco fúnebre» en latín, éste es el de Lucano.

212. *Concordia discors:* Julia, Pompeyo y César

El reino se escinde a espada, y la fortuna del pueblo poderoso, la que señorea el mar, las tierras, el orbe entero, no pudo dar acogida a dos. Pues las prendas de la alianza familiar y las teas funerarias de siniestro agüero se las llevó a los Manes Julia, arrebatada por la cruel mano de las Parcas: que si los hados te hubiesen concedido una más larga estancia en esta vida, sólo tú habrías podido detener, de un lado, a tu esposo y, del otro, a tu padre y enlazar sus manos armadas haciéndoles arrojar la espada, tal como las Sabinas, interponiéndose, juntaron a yernos con suegros. Con tu muerte se hizo añicos la palabra empeñada, y quedó al alcance de los caudillos el promover la guerra. Estímulos les dio su coraje emulador: tú, Magno, temes

que sus gestas recientes ofusquen tus antiguos triunfos y que el laurel de la victoria sobre los piratas se incline ante la derrota de los galos; a ti te empujan la continuidad y la práctica del esfuerzo, y tu estrella, que no se resigna a un segundo puesto. Y ya ni César puede soportar un superior, ni Pompeyo un igual. Quién empuñó con mayor justicia las armas no es lícito saberlo; uno y otro se amparan en grandes jueces: la causa vencedora plugo a los dioses; la vencida, a Catón.

Además, no se enfrentaron en igualdad de condiciones. El uno, en edad declinante hacia la vejez y menos aguerrido tras su prolongado uso de la toga, con la paz había desaprendido ya su práctica de general y, ganoso de fama, había empezado a hacer muchas concesiones a la gente, a dejarse llevar por entero por las corrientes populares y a recrearse con los aplausos en su teatro, a no reponer nuevas fuerzas y a confiar sobremanera en su buena estrella de antaño. Yérguese, sombra de un gran nombre, cual en medio de fértil campiña la encina majestuosa sostiene los trofeos de una antigua nación y las sagradas ofrendas de los caudillos, pero que, ya sin raíces firmes que la sujeten, sigue fija por su propio peso; extendiendo desde su tronco por los aires sus ramas desnudas, da sombra con el follaje y aunque se balancee, amenazando caerse al primer embate del Euro, mientras tantos árboles de firme consistencia se elevan en derredor, sin embargo, sólo a ella se la venera. En cambio, en César no sólo había renombre y fama de general, sino una bravura incapaz de contenerse y una única vergüenza: vencer sin combate. Fogoso e indómito, doquiera le llamaran la ilusión o la ira, metía mano y jamás tenía miramientos en ensuciar la espada; espoleaba sus éxitos, acuciaba la protección de la divinidad, removiendo todo lo que se le pusiera por delante en su carrera hacia las alturas, gozándose en abrirse camino con la destrucción, al modo que el rayo atraído por los vientos a través de las nubes, con el

ruido del éter sacudido y en medio del fragor del mundo, centellea, rasga el cielo y aterra a las gentes asustadas hiriéndoles los ojos con su llama en zigzag: descarga sobre lugares que, con ello, quedarán delimitados y sin que ninguna materia pueda estorbar su marcha, produce en amplia extensión gran catástrofe al caer y grande también al remontarse, reconcentrando otra vez las llamas que esparciera.

Farsalia, I, 109-157
(S. M. B.)[58]

213. Crímenes de Mario y Sila en la anterior guerra civil

¿A qué voy a evocar la sangre ofrecida para aplacar a los Manes de Cátulo? A lo mejor sin que sus sombras desearan aquellas funestas exequias, Mario satisfizo como víctima una expiación nefanda a su tumba insaciada: vimos sus carnes desgarradas y las heridas que alcanzaban a todos sus miembros y, cómo aun lastimado todo su cuerpo, nada mortal de necesidad se le infirió: atroz estilo de nefanda crueldad, demorar la muerte del que la está sufriendo. Cayeron arrancadas sus manos, su lengua cortada palpita y percute el vacío aire con vibración sin sonido. Uno le amputa las orejas, otro las alas de su aguileña nariz, aquél desprende los globos de sus cóncavas órbitas y saca en último lugar los ojos que han contemplado los restantes miembros. Apenas habrá algún crédito para semejante crimen: que una sola persona fuera capaz de tantos tormentos. De este modo se confunden por el peso los miembros aplastados bajo la masa ingente de unas ruinas, y no más deformados llegan a las costas los cadáveres de los que perecieron en alta mar. ¿De qué les sirvió echar a perder su tarea y, por vil, desfigurar el

rostro de Mario? Para que Sila se recreara con este crimen, al mostrarle la carnicería, habría hecho falta que aquél hubiera sido reconocible.

Fortuna, en Preneste, vio a todos sus colonos a la vez pasados a espada: un pueblo pereciendo en lo que tarda la muerte de una persona. Cayó entonces la flor de Italia, única juventud que quedaba en el Lacio, y manchó los setos de la desventurada Roma. Sucumbir a una muerte cruel tantos hombres a la vez en la plenitud de sus fuerzas a menudo ha sido efecto del hambre, de la furia del mar, de una súbita ruina, de una contaminación de la tierra o el aire o de un desastre en la guerra; jamás, de un castigo. Con dificultad movieron sus manos los vencedores entre las columnas de gente apelotonada y los montones exangües tras dárseles muerte; apenas llegan a desplomarse una vez consumada la ejecución, y se deslizan con la nuca tambaleante; pero a otros los oprime el enorme hacinamiento y los cadáveres llevan a término parte de la matanza: pesados troncos degollados aplastan cuerpos aún vivos.

Impertérrito, Sila ocupa su elevado tribunal, espectador despreocupado de tamaño crimen: no le amedrentó el haber hecho morir a tantos millares de desventurados. El cauce tirreno recibió apelotonados todos los cadáveres de la matanza silana. Cayeron los primeros en la corriente; los últimos, ya sobre otros cuerpos. Encallaron contra ellos los navíos; y, cortada por el cruento dique, la corriente de agua que ya había pasado continuó hasta el mar, pero la avenida siguiente se detuvo ante la mole. Ya la presión del profundo charco de sangre se había abierto camino, e inundando toda la llanura y arrojándose en torrente impetuoso contra las ondas del Tíber, ayudó a las aguas detenidas, y ya ni el cauce ni las riberas contienen al río, que devolvió los cadáveres a la llanura. Al fin, saliendo a duras penas a las aguas tirrenas, dividió la azulada llanura del mar con su torrente de sangre. ¿Y por estas gestas mereció Sila ser llamado salvador del universo,

afortunado; por ellas levantarse un monumento funerario en medio del Campo de Marte? Nos aguarda padecer otra vez tales sufrimientos, pasaremos por tales fases de la guerra, tal resultado tendrán las luchas civiles.

Farsalia, II, 173-224
(S. M. B.)[58]

214. Respuesta de Catón a Bruto

Así se expresa, mas Catón le replicó del fondo de su corazón con estas venerables palabras: «Reconozco, Bruto, que las guerras civiles son el colmo de la impiedad, pero allí donde los hados la arrastran, la virtud seguirá tranquila; los dioses cargarán con la acusación de haberme hecho culpable también a mí. ¿Quién querrá contemplar a los astros y al mundo derrumbándose, libre él de temor? ¿Quién, cruzarse de brazos mientras se desploma el éter excelso y resbala la tierra con el peso del mundo que la acompaña en su caída? Pueblos desconocidos irán en pos de la furia itálica y reyes de allende los mares y de otro hemisferio se incorporarán a los frentes romanos, ¿y yo solo viviré en el sosiego? Apartad lejos de aquí, ¡oh dioses!, esta locura de que Roma, capaz de conmover con su desastre a los dacios y getas, caiga estando yo impávido. Como el dolor natural obliga al padre a quien la muerte ha arrebatado a sus hijos a prolongar ante la tumba el largo funeral, y le consuela llevar las manos a las pavesas ennegrecidas y, elevado ya el montón de la pira, sostener por sí mismo las oscuras antorchas, así yo no me apartaré sin antes abrazarte exánime, Roma; y andaré en pos de tu nombre, Libertad, y de una vana sombra. Sea así: los dioses implacables apuren hasta el borde la expiación romana, sin que escatimemos a la guerra la sangre de nadie. ¡Ah!, ¡ojalá los dio-

ses del cielo y del Erebo dieran por lícito exponer esta cabeza mía concentrando en ella todos los castigos! Catervas enemigas aplastaron a Decio, que se había ofrecido en expiación: atraviésenme a mí los ejércitos hermanos, acométame con sus dardos la bárbara horda del Rhin, reciba yo, en medio, expuesto a todas las lanzas, las heridas de la campaña entera. Redima esta sangre mía a los pueblos, sáldese con mi muerte cuanto han merecido pagar las costumbres romanas. ¿Por qué perecen pueblos dispuestos al yugo, por qué los que aceptan aguantar crueles tiranías? Atacadme a mí solo con la espada, a mí que en vano defiendo leyes y derechos baldíos. Esta garganta, ésta dará la paz y el fin de sus desgracias a los pueblos itálicos; muerto yo, quien quiera reinar no tendrá necesidad de guerra. ¿Cómo no seguir las enseñas del estado y a Pompeyo como general? Cierto que, de sonreírle la fortuna, está bien claro que también él se promete el dominio de todo el mundo: por tanto, venza teniéndome a mí en sus fincas para que no piense que ha vencido en su propio provecho». Tal dice, y despierta el agudo aguijón de la cólera excitando el ardor juvenil de Bruto a un aprecio desmesurado de la guerra civil.

Farsalia, II, 284-325
(S. M. B.) (58)

215. Retrato de Catón

Catón no se quitó de su semblante venerable la repulsiva melena y opuso cara severa a los regocijos (no bien había visto que se empuñaban las mortíferas armas había dejado que las canas, sin cortar, cayeran por su frente estirada y que le creciera, adusta, la barba en las mejillas: precisamente sólo a él, libre de pasiones y de odios, le cabe expresar el duelo

por el género humano); y no probó a continuar los vínculos del primer enlace: su fortaleza resistió incluso a un amor que era justo. Ésta era la conducta, ésta la actitud inalterable del severo Catón: guardar la mesura, contenerse en el límite, dejarse guiar por la Naturaleza, poner la vida al servicio de la patria y creerse nacido no para sí mismo, sino para el mundo entero. Para él aplacar el hambre ya es un banquete; ponerse a cubierto de la intemperie, un gran palacio; llevar sobre sus miembros la velluda toga al modo del ciudadano romano, un traje de gala; el único objetivo de Venus, éste: la descendencia; en bien de la Ciudad es padre, y en bien de la Ciudad, marido. Adorador de la justicia, observante de una honestidad rígida, bueno en interés de todos: en ninguna acción de Catón se deslizó ni tomó parte un placer egoísta.

Farsalia, II, 372-391
(S. M. B.) [58]

216. La sombra de Julia se aparece a Pompeyo

A medida que el Austro, volcándose sobre las velas que le rehuían, fue empujando la flota, y las naves hendían ya la alta mar, todos los navegantes miraban hacia las olas del Jónico: sólo el Magno no desvió sus ojos de la tierra itálica, mientras distingue los puertos de la patria, las costas que jamás volverán a impresionar su mirada, las cumbres cubiertas de nubes y las montañas que se van desvaneciendo imprecisas. Luego, los fatigados miembros del caudillo sucumbieron a un sueño enervante; entonces le dio una espeluznante pesadilla: le pareció ver que Julia sacaba su cabeza afligida a través de una hendidura de la tierra y se erguía cual Furia en el sepulcro en llamas. «Expulsada de los Campos Elíseos, morada de los justos –le dijo–, me veo arrastrada, desde que hay guerra

civil, a las tinieblas de la Estigia entre las sombras de los malvados. Yo misma vi a las Euménides tomando las lámparas para hacerlas añicos con vuestras armas; está preparando barcas sin número el batelero del fuliginoso Aqueronte; se ensancha el Tártaro para copiosos tormentos; las Parcas apenas dan abasto a la tarea, aun apresurando su diestra las tres hermanas a la vez: tantos hilos como van cortando las dejan rendidas. Siendo yo tu esposa, encabezaste, Magno, espléndidos triunfos; tu buena estrella cambió con el tálamo: Cornelia, condenada por el destino a arrojar perpetuamente al desastre a sus poderosos maridos, se te desposó cual manceba, todavía en rescoldo mi hoguera. Ande ella enhorabuena pegada a tus enseñas, a lo largo de campañas y de navegaciones, con tal que a mí me quepa interrumpir tus sueños nada tranquilos y no quede ningún tiempo libre para vuestro amor, antes te ocupe César los días y Julia las noches. No me han borrado tu recuerdo, esposo, los olvidos de la orilla del Leteo, y los reyes de las sombras me han autorizado a ir tras de ti. Me presentaré entre las filas cuando estés combatiendo. Por obra de mis sombras y de mis Manes jamás te será permitido, Magno, dejar de ser su yerno. En vano tratas de cortar con la espada aquellos tus lazos: la guerra civil volverá a hacerte mío». Dicho esto, retiróse su sombra, deslizándose entre el abrazo del asustado esposo.

Farsalia, III, 1-35
(S. M. B.) (58)

217. Un bosque sagrado frecuentado por druidas

Había un bosque sagrado, jamás violado desde largo tiempo, que ceñía con sus ramas entrelazadas un ambiente oscuro y gélidas umbrías, impenetrables al sol en su profundi-

dad. No lo ocupan los Panes ni los Silvanos y Ninfas, señores de las selvas, sino santuarios de unos dioses, bárbaros en su culto: aras dispuestas para crueles altares y árboles purificados todos con sangre humana. Si merece crédito la Antigüedad, admiradora de los celestes, las aves temen posarse en aquellas ramas y las alimañas yacer en aquellas guaridas, y tampoco se abate sobre aquellas foscas el viento ni los rayos despedidos por opacos nubarrones: un horror peculiar inspiran aquellos árboles, cuyo follaje no se ofrece a la caricia de brisa ninguna. Brota, además, agua abundantísima de fuentes obscuras, y las tétricas imágenes de los dioses carecen de arte y se elevan, deformes, de los troncos talados. Ya la sola corrupción y la palidez de la madera podrida produce estupor: así sienten el temor no de unas divinidades acreditadas por unas representaciones difundidas: ¡tanto contribuye a aumentar el terror no conocer a los dioses que hay que temer! Ya la fama hablaba de que a menudo mugían con terremotos las cóncavas cavernas; de tejos tumbados que se levantaban de nuevo, de marañas que brillaban en llamas sin consumirse, y de dragones que se deslizaban enroscados a los troncos. No lo visitan a menudo las gentes con un culto sobre el terreno, sino que se lo han reservado a los dioses. Bien esté Febo en su cenit, bien domine el cielo la noche opaca, el sacerdote mismo teme penetrar y le espanta encontrarse con el señor del bosque.

Farsalia, III, 399-425
(S. M. B.)[58]

218. Arenga a jóvenes condenados a morir

Entonces Vulteyo, a su cohorte consternada y atemorizada ante los futuros destinos le levantó el ánimo con estas magnánimas palabras: «Muchachos, libres no más que por una

breve noche, en este corto tiempo meditad sobre vuestra crítica situación. A nadie le queda poco trecho de vida si en él tiene tiempo de procurarse la muerte; y no es menor timbre de gloria en el tránsito, mozos, correr al encuentro del hado ya cercano. Siendo para todos incierto el tiempo de vida que queda, igual mérito tiene el renunciar a años que se confíe vivir, como cortar el que ya sería el momento de la luz última, con tal que se procure el desenlace con la propia mano: a nadie se le fuerza a querer morir. No se nos abre ningún camino para huir; de todas partes conciudadanos nuestros están apostados al acecho de nuestras gargantas: pero resolvemos a morir, y ya se ha terminado todo temor. Lo que es inevitable, deséalo. Con todo, no nos tocará caer en medio de la ciega nube de los combates ni cuando, entremezcladas las formaciones, sus propios dardos las envuelven en tinieblas. Cuando los cadáveres se amontonan en el campo de batalla, toda muerte se desdibuja en la masa, el valor se desperdicia desapercibido: en cambio, a nosotros los dioses nos han colocado en un puente a la vista de nuestros camaradas y del enemigo; proporcionarán testigos las aguas, los proporcionarán las tierras, los suministrará la isla desde la cima de sus peñascos y ambos bandos nos contemplarán desde riberas distintas. Con nuestros hados preparas, Fortuna, no sé qué acontecimiento magno y memorable. Todos los dechados que la fidelidad y la disciplina militar han exhibido a través de los tiempos, los habrían superado nuestros guerreros. Pues ya sabemos que arrojarse por ti, César, sobre las propias espadas es poco; pero no nos quedan, bloqueados, mayores prendas que dar de tan grande afección. Mucho ha amputado de nuestra gloria la suerte envidiosa al no estar mediados con nuestros ancianos y con nuestros hijos. Que el enemigo se entere de que hay hombres indómitos, que sienta temor ante unos temperamentos exaltados y prontos a la muerte y aún celebre que no hayan encallado más balsas. Intentarán solicitarnos con pactos y procurarán sobornar-

nos con el cebo de una vida deshonrada. ¡Ah, ojalá, para que alcance más fama esta muerte excepcional, nos prometan el indulto y nos insistan en que confiemos en que nos harán gracia de la vida, a fin de que, cuando con un cálido hierro atravesemos nuestras entrañas, no piensen que lo hemos hecho por desesperación! A fuerza de derroche de valor hemos de hacernos merecedores de que César, aun habiendo perdido a unos pocos entre tantos millares, llame a esto pérdida y desastre. Aunque los hados me procuren una retirada y me permitan escapar, no quisiera yo esquivar lo que me amenaza. He tirado ya mi vida, camaradas, y todo yo me siento aguijoneado por el estímulo de la muerte inmediata: es un frenesí. Sólo a quienes ya alcanza la cercanía del destino les es dado conocer (y los dioses lo ocultan a quienes han de vivir, para que continúen viviendo) que morir es una felicidad». Así su ardor levantó el ánimo a todos los impulsivos mozos. Mientras que, antes de las palabras de su jefe, todos miraban las estrellas del cielo con los ojos humedecidos y se atemorizaban con el giro del timón de la Osa, ellos mismos, después que las exhortaciones de aquél penetraron en sus ánimos esforzados, desearon que llegara el día. Y en aquella estación no era lento el eje en dar la vuelta a los astros hacia el mar; pues el sol estaba en las constelaciones de Leda, próximo ya Cáncer, que es cuando su luz está más alta; la breve noche, a la sazón, gravitaba sobre las flechas de Tesalia.

Farsalia, IV, 474-528
(S. M. B.) [58]

219. Sexto Pompeyo consulta a la bruja Erichto

«... Te ruego que se me permita conocer el definitivo final que la fortuna de la guerra depara. No soy el último número de la masa romana yo, futuro dueño del mundo, o heredero

de una catástrofe tamaña. Mi corazón, angustiado por las dudas, teme, y en cambio está dispuesto a soportar los miedos que sean ciertos: priva a los azares del derecho de abatirse sobre mí repentinos y ciegos. O doblega a las divinidades o –dejando en paz a los dioses– arranca la verdad a los muertos. Abre las moradas elíseas y, llamando a la Muerte misma, oblígala a confesarme contra cuáles de nosotros se dirige. No es tarea modesta: digno incluso de ti es indagar a dónde se inclinará el dado de un desenlace tan importante.» Se alegra la impía tesalia de ver difundidos los títulos de su fama y le dice en respuesta: «Si empujaras destinos menos importantes, sería fácil, muchacho, congraciarte a los dioses, aun contra su voluntad, para las acciones que quisieras. Se le concede a nuestro arte, cuando los astros con sus rayos han acelerado la muerte de una persona, intercalar aplazamientos; y, aunque el firmamento entero haya hecho de ella ya un anciano, con nuestras hierbas cortamos en medio de sus años. En cambio, como la serie de las causas proviene de los comienzos originarios conjuntamente y, si se quiere cambiar algo, los hados todos padecen y al alcance de un solo golpe se halla la humanidad entera, entonces –la turba de las tesalias lo confesamos– la Fortuna puede más. Ahora, si te contentas con prever los acontecimientos, accesos fáciles y numerosos se nos abrirán hacia la verdad: tierra, éter, caos, y mares, y llanuras y peñas de Ródope nos hablarán. Pero lo fácil, habiendo tanta abundancia de mortandad reciente, será levantar un cuerpo de las llanuras de Ematia, de modo que la boca del cadáver recién muerto y aún tibio resuene con voz plena, en lugar de que, abrasados ya sus miembros por el sol, fúnebre sombra chille algo ininteligible a nuestos oídos».

Farsalia, VI, 592-623
(S. M. B.) [58]

220. Lamento con blasfemia sobre las consecuencias de la batalla

Así, de un lado y otro se lanzan adelante con igualado impulso de cólera: a unos incita el miedo a la tiranía, a otros, la ilusión por ella. Estas diestras harán que todo lo que desarrolla la novena edad esté libre de hierro. Este Marte aplastará a las gentes futuras y se llevará a los pueblos de la generación venidera, arrebatándoles el día de su nacimiento. Entonces toda la comunidad latina no será más que un recuerdo; apenas unas ruinas cubiertas de polvo podrán señalar la ubicación de Gabi, Veyos y Cora, los lares de Alba y los penates de Laurento; campo despoblado, que no habitará sino en las noches obligatorias un senador mal de su grado y quejoso de que Numa lo dispusiera. No los consumió el tiempo voraz ni fue destruyendo en ruinas los recuerdos del pasado; en tantas ciudades vacías estamos contemplando el crimen de la guerra civil. ¡A qué ha quedado reducida la multitud del género humano! Las gentes que nacemos en todo el mundo no nos bastamos para llenar de personas las poblaciones y los campos: una sola ciudad da cabida a todos. Las mieses de Hesperia las cultiva un labrador encadenado, se aguanta cuarteada la casa con sus techos ancestrales, pronta a desplomarse sin pillar a nadie debajo, y hemos llevado a Roma, populosa no ciertamente por sus ciudadanos sino atestada de la hez del mundo, a tal grado de desastre, que en una concentración tan grande ya no es posible hacer una guerra civil. Farsalia es la causa de tamaño mal. Quédense atrás los nombres fatales de Cannas y Alia, tanto tiempo condenada en los fastos romanos. Roma ha marcado las fechas de males más leves; en cambio, ha querido ignorar este día. ¡Ay, destinos funestos! Las pérdidas por la contaminación del aire pestífero, las epidemias contagiosas, el hambre feroz, las ciudades presas de incendios, los temblores que llevarán a la ruina las murallas colmadas de gente, podrían haberlas en-

jugado los hombres que la Fortuna arrastró de todas partes a una muerte desventurada, mientras despliega, en el momento de arrebatarlos, los dones que acumuló en tan largo tiempo y alinea en la llanura a pueblos y generales, para mostrarte con ellos, en tu ruina, Roma, cuán grande eras al caer. La que poseyó el orbe en mayor extensión ¿pasó más aprisa por la serie afortunada de los hados? Toda guerra te sometió gentes; todos los años el Titán te vio adelantar en ambos ejes. No mucho trecho de la tierra oriental faltaba para que discurriera para ti la noche, para ti el día entero, para ti el éter, y las estrellas en su curso vieran romanas todas las partes. Mas echó tus hados para atrás el funesto día de Ematia, descompensador de todos aquellos años. Con esta jornada cruenta se consiguió que la India no tema las fasces latinas y que un cónsul no reduzca a unas murallas a los dahas impidiéndoles su nomadismo y no apriete, ceñida la ropa, el arado sarmático; que Partia continúe debiéndote el pago de un cruel castigo; que, huyendo de la nefanda guerra civil, la libertad se haya marchado –y para jamás volver– más allá del Tigris y del Rhin y, tantas veces buscada por nosotros jugándonos el cuello, anda errante a modo de cualidad germánica y escítica, y ya no vuelve la mirada hacia Ausonia, ¡ojalá no la hubieran conocido jamás nuestros pueblos! Desde los tiempos en que Rómulo llenó tus murallas, fundadas con el vuelo del buitre a la izquierda, de los infames recogidos a su bosque, ¡haber sido esclava, Roma, hasta las ruinas de Tesalia! De los Brutos me quejo, Fortuna. ¿A qué haber pasado siglos al amparo de leyes o años que toman el nombre del de unos cónsules? Felices los árabes y medos y el territorio oriental, a los que los hados han tenido bajo perpetuos tiranos. De los pueblos que soportan la realeza, la suerte peor es la nuestra, porque serle esclavos nos avergüenza. Para nosotros no existen divinidades en absoluto: dado que los siglos son arrebatados por un azar ciego, mentimos al decir que reina Júpiter. ¿Asistirá desde lo alto

del cielo al espectáculo de la mortandad de Tesalia, teniendo los rayos en sus manos? A buen seguro que él mismo alcanzará con sus llamas a Foloe, él mismo alcanzará el Eta, el bosque de Ródope –que no lo merece– y los pinos del Mimante, y, en cambio, ¿será Casio más bien el que hiera esa cabeza? Envió a Tiestes las estrellas y condenó a Argos a una noche repentina: ¿y concederá, en cambio, la luz del día a Tesalia, que esgrime tantas espadas análogas, de hermanos y de padres? Las cosas de los mortales no están al cuidado de ningún dios. Con todo, de esta catástrofe tenemos una venganza, la mayor que a las divinidades les es lícito pagar a las tierras: a consecuencia de las guerras civiles habrá dioses equiparados a los celestes, Roma adornará a unos muertos con fulgores, destellos y astros y en los templos de los dioses jurará por unas sombras.

Farsalia, VII, 385-459
(S. M. B.) [58]

221. Muertes en África por mordedura de serpiente

Entre estas plagas Catón recorre el árido trayecto con su dura tropa, testigo de tantas fatalidades lastimosas de los suyos y de muertes insólitas por una insignificante herida. Mordióle a Aulo –un joven portaestandarte de sangre tirrena– volviendo atrás la cabeza, una dípsada que había pisado. Apenas notó dolor ni la sensación de la mordedura, su aspecto mismo no presentaba ningún livor de muerte y la herida no amenazaba riesgo alguno. Mas he aquí que el veneno se le va infiltrando insensiblemente, y una calentura devoradora le penetra hasta los tuétanos y le abrasa las vísceras en ardiente infección. La intoxicación fue consumiendo todo el humor difundido en torno a los órganos vitales y empezó a

quemarle la lengua en el reseco paladar; no hubo sudor que pasara hacia los miembros agotados, y el caudal de lágrimas rehúye sus ojos. Ni el honor del mando que ostentaba ni la autoridad del consternado Catón retuvieron a aquel hombre abrasado de que osara arrojar sus enseñas y buscara furioso por toda la extensión de la campiña las aguas que exigía el veneno sediento en su pecho. Se habría abrasado él aun arrojado en el Tanais, en el Ródano o en el Po, y aun sorbiendo el Nilo desbordado por las llanuras. Contribuyó Libia a su muerte, y la dípsada cobró menor fama en su fatalidad, por haber cooperado con ella aquellas tierras requemadas. Escudriña las venas de una arena reseca del todo, vuélvese luego hasta las Sirtes y acoge las olas en su boca: el agua marina llega a gustarle, pero no le basta. Y no se da cuenta de la índole de su destino y de que la muerte se la causa el veneno, sino que se figura que es la sed; hasta el punto de que pasó por abrirse las hinchadas venas y llenarse de sangre la boca.

Ordenó Catón levantar a rebato las enseñas: a ninguno se le dio ocasión de percatarse de si la sed podía llevar a tales extremos. Pero ante sus ojos estaba otra muerte más lastimosa que la de aquél: un insignificante sepe se clavó en la pierna del desventurado Sabelo: aunque se resistía con su ganchudo diente, se la arrancó con la mano, y con el pilo la hincó en las arenas. Es una serpiente pequeña de tamaño, pero que posee una capacidad de muerte cruel como ninguna otra. Pues, en torno a las inmediaciones de la herida, se va desgarrando la piel y desaparece, dejando al descubierto los pálidos huesos, y luego, en un amplio hueco, una pura llaga viva. Los miembros nadan en pus, las pantorrillas se han disuelto, las corvas estaban sin tegumento ninguno, incluso toda la carne de los muslos queda licuefacta y las ingles gotean en negra podre. Se ha rasgado la membrana que ciñe el vientre, y fluyen las entrañas, pero no se desparrama por el suelo cuan largo debe a tenor de la integridad de su cuerpo, sino que el veneno consume sus miembros, la muerte se los

reduce todos a una mínima cantidad de ponzoña. La índole profanadora de este mal desvela toda la anatomía del hombre: las conexiones de los nervios, la contextura de los pulmones, la cavidad pectoral y todo lo que se encierra en las fibras vitales queda al descubierto con la muerte. Derrítense los hombros y los robustos brazos; cuello y cabeza se deslíen: no más deprisa la nieve baja fundida por el cálido Austro, ni la cera correrá hacia donde le da el sol. Digo poco con mentar que el cuerpo destiló consumido por el pus: consumir puede también la llama, mas ¿qué hoguera ha sido capaz de aniquilar los huesos? También éstos ahora desaparecen y, en pos de sus inconsistentes meollos, no dejan que queden huellas ningunas de la rápida muerte. Entre las plagas cinífeas, te corresponde la palma de la nocividad: todas quitan la vida; sola tú, el cadáver.

Pero he aquí que se presenta el tipo opuesto a la muerte por disolución. Un ardiente préster picó a Nasidio, cultivador de la campiña mársica. Un ígneo rubor le enciende la cara, y tensa su piel hasta desfigurar su fisonomía una hinchazón que confunde todos sus rasgos; una podre ya mayor que el cuerpo entero y que rebasa las medidas humanas se le insufla por todos los miembros bajo la extensa acción del veneno; su aspecto de persona desaparece, completamente engullido por el abultado cuerpo y la coraza no resiste la hipertrofia de su distendido pecho. No con tanta furia rebosa del caldeado cobre el cúmulo de agua hirviente, ni las velas se curvan en tan grandes concavidades a impulsos del Coro. Los miembros hinchados ya no caben en su globo informe ni en su tronco de confusa masa. No atreviéndose ellos a entregar a la hoguera un cadáver que no tocan los picos de las aves y que no iba a ser pasto de las fieras impunemente, huyeron de él mientras aumentaba su volumen todavía sin mesura.

Pero las plagas de Libia les deparan espectáculos aún más extraordinarios. Un áspero hemórroo ha marcado sus dien-

es en Tulo, un joven magnánimo y admirador de Catón. Y, al modo que suele la aspersión del azafrán coricio derramarse a la vez de todo el cuerpo de las estatuas, así todos sus miembros a una despidieron un virus escarlata a manera de sangre. Sangre eran las lágrimas; y chorros cruentos manan de cualesquiera agujeros por donde escapan los humores; rebosa la boca y las dilatadas narices; el sudor es colorado; y de todos los miembros brota a plenas venas; el cuerpo entero es a modo de una herida.

Farsalia, IX, 734-814
(S. M. B.) (58)

CALPURNIO SÍCULO

Tito Calpurnio Sículo, que vivió en el siglo I, es el autor de siete poemas bucólicos, datados aproximadamente entre el 50 y 60 d.C. Estas piezas están escritas bajo un profundo influjo de las composiciones pastoriles anteriores, en especial las de Teócrito, Virgilio, Tibulo y Ovidio. Cada poema se articula en forma de diálogo entre pastores que reaparecen en distintas piezas, con inclusiones frecuentes de extensos monólogos. Temáticamente, se distinguen en estas obras dos grandes grupos: las que desarrollan argumentos propios del mundo pastoril y poético (elementos idílicos, certámenes poéticos y canto alternante, alusiones a las amadas, enseñanzas del anciano al joven pastor) y, de otra parte, los panegíricos con el claro propósito de ensalzar y adular al emperador, con alusiones a Nerón, grupo de poemas que ocupa el comienzo, el centro y el final de las Bucólicas.

222. Poema para aplacar a la amada

LÍCIDAS.–Hace tiempo que pienso en un poema con que aplacar a Filis. Tal vez pueda ablandarse al oír mi canto: suele también ella exaltar hasta los astros mis Camenas.

JOLAS.–Venga, di, pues voy a grabar tus palabras en la corteza de un cerezo y, cortándola, le llevaré tus versos en rojizo libro.

LÍCIDAS.–«A ti, Filis, estas súplicas, a ti Lícidas, pálido ya, te envío estos cantos que en la noche amarga entona el desgraciado, mientras llora y, sin poder dormir, arruina sus ojos. No languidece tanto el tordo tras la recogida de la aceituna ni la liebre cuando el vendimiador ha rebuscado las últimas uvas, como consumido vago yo, Lícidas, sin Filis, mi dueña. Sin ti, ¡ay, desgraciado de mí!, las azucenas me parecen negras, las fuentes no tienen sabor y los vinos se avinagran al beberlos. Mas si tú vienes, blancas se harán las azucenas, tendrán sabor las fuentes y los vinos serán dulces al beberlos.

»Yo soy aquel Lícidas con cuyo canto tú solías llamarte feliz, a quien tantas veces diste dulces besos sin dudar en interrumpir sus cantos a medio terminar, buscando sus labios mientras se deslizaban por la siringe. ¡Ay, dolor! ¿Y después de esto te ha gustado la seca voz de Mopso, sus torpes versos y los estridentes pitidos de su caña? ¿Tras qué clase de hombre vas? ¿De qué clase de persona huyes, Filis? Soy más hermoso que él, dicen, y esto mismo solías tú jurarme. También soy más rico. ¡Que compita él en apacentar tantos cabritos como toros míos se cuentan al atardecer! ¿A qué contarte lo que ya conoces? Tú sabes, maravillosa Filis, a qué gran cantidad de novillas se ordeña en mis colodras y cuántas tienen a sus crías colgando de sus ubres. Pero sin ti en mi casa no se teje encella alguna de grácil sauce ni ha vuelto a cuajarse la trémula leche.

»Y si todavía ahora, Filis, temes mis duros azotes, hete aquí mis manos. Puedes atarlas a la espalda con trenzados

mimbres, puedes hacerlo así y, además, con flexible sarmiento, como una noche Títiro ató los perversos brazos de Mopso, colgándolo como ladrón en medio del aprisco. Tómalas, no lo dudes, ambas manos han merecido castigo. Sin embargo, con éstas, con estas mismas manos muchas veces envié a tu regazo palomas, y otras, una tímida liebre sustraída a su madre; gracias a mí tenías los lirios primeros y las primeras rosas; apenas la abeja acababa de libar la flor, tú te ceñías de guirnaldas. Mas, tal vez, se jacta ante ti de áureos regalos ese mentiroso que, dicen, va recogiendo el funesto altramuz al morir la noche y suple el pan con legumbres cocidas, que se considera ya feliz y afortunado cuando muele vil cebada en molino de mano.

»Y si un vergonzoso amor se interpone –no lo quiera el cielo– en mis súplicas a ti, colgaré en mi infortunio un lazo de aquella carrasca que violó primero nuestro amor. Sin embargo, antes se grabarán estos versos en el maldito árbol: "No os fiéis, pastores, de las jóvenes casquivanas; a Filis la posee Mopso, a Lícidas lo posee el fin de todos".»

Ea, ahora, Jolas, si quieres ayudarme en mi desgracia, lleva y aplaca a Filis con este armonioso canto. Yo me mantendré lejos, tras el punzante carrizo, u oculto más cerca, al pie del seto del huerto cercano.

JOLAS.–Iré, y ella vendrá si no me engañan mis presentimientos; pues me ha dado un presagio mi leal Títiro viniendo por la derecha, helo ahí, y no con las manos vacías, con la becerra encontrada.

Bucólicas, 3, 40-99
(J. A. C. R.) [59]

PROSA

SÉNECA EL RÉTOR

Séneca el Rétor (ca. 55 *a.C.*-ca. *40 d.C.), padre de Séneca el Filósofo y abuelo de Lucano, ofreció a sus hijos, y con ellos a la posteridad, una de las obras más singulares que la Antigüedad nos ha dejado. Los diez libros de* Controversias *más siete* Suasorias *son una antología de discursos pronunciados por los declamadores más elocuentes de la época, en un momento en que la oratoria se retiró desde la inclemencia del foro a la sombra de las escuelas. ¿Cuál fue el procedimiento para compilarlos? La memoria. El viejo Séneca reunió para sus hijos los discursos que había oído en su juventud en virtud de su extraordinaria memoria, indicio preciosísimo de que la cultura antigua era fundamentalmente oral, de que la oralidad se apoyaba sobre todo en un cultivo incesante de la memoria, y de que la Retórica incluía la memoria, con los mismos títulos que la* inventio, dispositio *y* elocutio, *entre las cualidades del orador.*

Además de este alarde, el material seleccionado es de una gran riqueza. No poseemos discursos de oradores famosos con posterioridad a la muerte de Cicerón, por lo que Asinio Polión, por ejemplo, nos es conocido gracias a esta selección. Tampoco sabríamos cómo eran esos sustitutos de los discursos

de verdad que empezaron a proliferar en el Imperio por las nuevas circunstancias políticas que impedían la libertad de palabra: de este modo, Porcio Latrón, el maestro de Ovidio, y otros rétores famosos, están aquí representados. Por otro lado, el libro es un documento valiosísimo para seguir la evolución de la prosa latina entre la República y los primeros decenios de la era imperial, con su abandono de la influencia de Cicerón y el advenimiento del nuevo gusto, del gusto moderno, del que serán genuinos representantes Séneca hijo y Lucano. Finalmente, el libro también es indicio de un cambio en la imaginación colectiva: al perder la prosa la sanción práctica de los tribunales y al encontrar un sustituto en la aprobación meramente estética del público, que la consideraba sólo por su belleza, el nuevo orador inventa, retuerce, mixtifica, exhibe su ingenio y, al tiempo que, según muchos clasicistas, corrompe un gusto viril y vigoroso, aumenta también hasta el infinito las posibilidades expresivas de la lengua. Éste es el libro que Séneca, ya viejo, regaló a sus hijos para contribuir a su educación.

223. Casio Severo traza las diferencias entre declamación y causa

¿Te admiras de que la misma persona no se muestre tan bueno en las declamaciones como en los pleitos, o de que otro no declame igual de bien las *suasorias* que las *controversias*? Pompeyo Silón, mientras expone sentado, es un hombre elocuente y culto, y sería considerado buen orador si tras el exordio se despreocupara de la gente. Pero es tan malo declamando que me parece que tomé una buena decisión cuando le dije: «No te levantes nunca». La elocuencia es una materia inmensa, muy variada, y hasta ahora no ha hecho concesiones, de manera que nadie ha logrado abarcarla en

toda su extensión. Bastante afortunado es el que haya logrado entrar en algún aspecto parcial de ella.

Sin embargo, creo que puedo darte mi opinión personal sobre el asunto: acostumbro a fijarme no en el público, sino en los jueces, y a contestarme no a mí mismo, sino al adversario; evito tanto lo superfluo como lo que me perjudica. Pero en una declamación, ¿qué cosa hay que no sea superflua, cuando la propia declamación lo es? Te confesaré mis sentimientos: cuando hablo en el foro, estoy ejerciendo una actividad; mientras que cuando declamo en la escuela, para tomar prestada a Censorino una hermosa expresión sobre aquellos que presentaban sus candidaturas en los municipios como si optaran al consulado, creo estar luchando en sueños. Pues son cosas totalmente distintas: una cosa es botear, y otra hacer sombra. Siempre se ha considerado que la escuela de declamación es como el entrenamiento de un gladiador, mientras que un pleito es como el anfiteatro; por eso al que va a hablar al foro por primera vez se le llama recluta. Vamos, saca estos declamadores al Senado, o al foro: cambiarán ellos al cambiar de sitio. Como los cuerpos acostumbrados a un lugar cerrado o protegido por la penumbra no pueden aguantar la plena luz del día, ni saben soportar el sol ni la lluvia, y apenas se callan; pues acostumbran a ser elocuentes a su arbitrio. Es imposible descubrir al orador en esos ejercicios para niños. ¿Cómo podrías comprobar el arte del timonel en un estanque? Me excusaría ante ti con mayor riqueza de argumentos, en la idea de que no estaba dotado para esta actividad, si no supiera que a Asinio Polión, Messala Corvino y Pasieno, que ahora ocupa la primera posición, se les consideraba peores oradores que a Cestio o Latrón. ¿Quién crees que tiene la culpa de esto, el que habla o los oyentes? No es que aquéllos hablen peor, sino que éstos tienen el gusto pervertido: los que van a las escuelas son casi niños o jóvenes; y ellos prefieren a Cestio, su profesor, antes que a estos hombres elocuentísimos que acabo de mencio-

nar; pero es que lo preferirían incluso por delante de Cicerón, si no temieran ser apedreados por ello. Sin embargo, es imposible que sea de otra manera: pues aprenden las declamaciones de Cestio, mientras que de Cicerón sólo leen aquellos discursos contra los que Cestio ha escrito una réplica.

Controversias, III, Prefacio 11-15
(J. C. F. C.)

224. Un hombre azotado por su hijo en palacio

Quien pegare a su padre, que se le corten las manos.

Un tirano hizo venir a la ciudadela a un padre con sus dos hijos; ordenó a los jóvenes que pegaran a su padre. Uno de ellos se arrojó por el precipicio, el otro le azotó. Después llegó a hacerse amigo del tirano. Habiendo matado al tirano, recibió la recompensa. Se exige que se le corten las manos. El padre lo defiende.

Controversias, IX, 4
(J. C. F. C.)

225. Varios declamadores deliberan sobre si Cicerón debe solicitar el perdón a Antonio

Latrón dividió así la suasoria: aunque puedas conseguir de Antonio la vida, no vale la pena pedírsela. En segundo lugar: no puedes conseguirla. En la primera parte expuso que era vergonzoso para cualquier romano, y más todavía para Cicerón, rogar por su vida. En este lugar incluyó ejemplos de hombres que habían buscado la muerte voluntariamente.

Después: que la vida no iba a serle valiosa y más grave que la muerte si se le privaba de la libertad. Aquí describió la amargura inmensa de la esclavitud futura. Después: que el favor no le daba garantías de que se mantendría siempre. Habiendo dicho: «algo habrá que moleste a Antonio, alguna acción, alguna palabra, un silencio, un gesto», añadió esta reflexión: «disgustarás».

Albucio dividió el discurso de otro modo; la primera parte era que Cicerón debía morir, aunque nadie lo declarara proscrito. Aquí venía un áspero ataque contra los malos tiempos que corrían. Después: que él debía morir de buen grado, dado que se veía obligado a morir a la fuerza. Que había poderosos motivos para el odio; y que la causa más importante de la proscripción era el propio Cicerón. Y fue el único de los declamadores que se atrevió a decir que Antonio no era el único que lo odiaba. En este lugar intercaló aquel pensamiento: «si a alguno de los triunviros no le resultas odioso, al menos le eres molesto», y aquella otra frase, que fue muy recordada: «ruega, Cicerón, ruégale a uno solo, para ser esclavo de tres».

Cestio dividió así: morir es útil para ti, honorable, una necesidad, para que termines tu vida libre y con la dignidad intacta. Aquí dijo aquella atrevida frase: «para que te pongan al lado de Catón, que no quiso ser esclavo ni siquiera cuando Antonio aún no era dueño». Marcelo expresó este pensamiento sobre Catón aún mejor: «¿Tanto ha cambiado la fortuna del pueblo romano y todo lo demás para que haya que preguntarse si es mejor vivir con Antonio o morir con Catón?». Pero volvamos a la división de Cestio. Dijo que morir le era útil también para no padecer tormentos físicos; que no iba a morir de una manera rápida, si caía en manos de Antonio. En esta parte, mientras describía las injurias, los azotes y tormentos contra Cicerón, pronunció esta celebrada frase: «Por Hércules, Cicerón, cuando llegues junto a Antonio, lo que le pedirás será la muerte».

Vario Gémino dividió así: «Si ahora mismo hubiera que hacer únicamente una de estas dos cosas, o morir o rogar por tu vida, te aconsejaría que murieras antes de rogar»; y abarcó todos los argumentos que habían sido avanzados por los demás. Pero añadió un tercero: le aconsejó la huida. Que en un sitio estaba Marco Bruto, en otro Cayo Casio, más allá Sexto Pompeyo. Y añadió aquella frase que Casio Severo admiraba sobremanera: «¿Por qué desfallecemos? También la República tiene sus propios triunviros». Después también pasó revista a todas las regiones adonde podía dirigirse: dijo que Sicilia había sido rescatada por él de la esclavitud, que Cilicia había sido muy bien administrada en su proconsulado, que le eran familiares por sus estudios Acaya y Asia, que el reino de Deyotaro le estaba muy obligado por los favores que le había hecho, que también Egipto conservaba en el recuerdo estos favores y estaba arrepentido de su perfidia. Pero sobre todo le animó a que fuera a Asia y a Macedonia, a los campamentos de Bruto y de Casio. Así pues, Casio Severo decía que los demás habían declamado, mientras que Vario Gémino le había dado un consejo real como la vida misma.

Suasorias, VI, 8-11
(J. C. F. C.)

VELEYO PATÉRCULO

La Historia Romana *de Veleyo Patérculo (20 a.C.-post 29-30 d.C.) nos ha llegado en dos libros en deficiente estado de conservación; el primero de ellos alcanza hasta el año 146 a.C., mientras que el segundo, en sus ciento treinta y dos capítulos, se detiene con especial atención en la historia contemporánea del autor, sobre todo en el principado de Tiberio.*

Varios rasgos concurren en la historia de Tiberio que la hacen interesante: es el primer libro de historia postaugústea y es el único relato contemporáneo que se conserva de la época de los dos primeros emperadores, lo que, entre otras cosas, permite contraponerlo al relato de Tácito. Si por el carácter resumido de su relato parece anticipar tendencias que dominarán en la historiografía posterior, también presenta un rasgo muy característico de la época imperial: la adulación hacia la figura de Tiberio, que, sin embargo, tiene cierta explicación porque el autor militó en Germania bajo su mando.

Destaca Veleyo por su capacidad para elegir anécdotas y frases características que son narrativamente notables, esto es, un tanto paradójicas, y que sirven tanto para caracterizar un personaje como para resumir el sentido de una situación. Asimismo posee una cierta aptitud para componer epitafios

de personajes, bien sea extensos, como el de Cicerón, bien breves. Son notables sus digresiones sobre literatura, con un tímido intento de comprender el desarrollo de los géneros no sólo desde la Poética sino también en un marco cronológico, relacionando la literatura con la historia general. En Veleyo apuntan ya muchas de las tendencias de la prosa imperial, como la brevedad sentenciosa, una cierta oscuridad brillante y el sentido de lo exótico: en ese sentido su visión de Germania es un precedente del Tácito de la Vida de Agrícola *y de la* Germania.

226. ¿Por qué los príncipes de los ingenios coinciden en la misma época y en el mismo género?

Sí. ¿Quién puede admirarse más de la cuenta de que los ingenios que más sobresalen en cada actividad coincidan a la vez en la perfección formal y en idéntico y muy reducido lapso de tiempo? Y de la manera en que animales de diversas especies, encerrados todos juntos en una jaula o en cualquier otro cercado, no dejan de separarse por ello de los extraños congregándose los de cada clase en un grupo, así los ingenios con capacidad para realizar las obras ilustres de cualquier tipo se separaron por sí mismos de los demás coincidiendo sus éxitos en las mismas épocas. Una sola época que no abarcaba un espacio de muchos años dio brillo a la tragedia gracias a unos hombres de inspiración divina, Esquilo, Sófocles y Eurípides. [...]

Por eso me pregunto con frecuencia por las causas de que grupos de personas de ingenio similar se hayan retirado cada uno a su siglo y se hayan concentrado en iguales aficiones y profesiones, y apenas hallo algunas que me parezcan verdaderas, sino tan sólo verosímiles, entre las que se encuentran las siguientes. El genio se alimenta con la competi-

ción, y unas veces la envidia y otras la admiración avivan la llama de la imitación, y, por razones naturales, lo que se ha intentado con el mayor empeño llega a ocupar un lugar muy alto, siendo difícil demorarse en la perfección, por lo que, naturalmente, lo que no puede avanzar, retrocede. Y, como al principio nos enardecemos para alcanzar a los que juzgamos los primeros, así, cuando perdemos las esperanzas de poder sobrepasarlos o igualarlos, el empeño envejece al mismo tiempo que la esperanza, y lo que no puede conseguirse deja de seguirse, y abandonando la materia como si fuera terreno ya ocupado se busca otra nueva, y dando de lado aquello en lo que no podemos destacar buscamos algo en lo que alcanzar brillo, y se sigue de ello que el cambio frecuente y apresurado es el máximo impedimento para la obra perfecta.

Historia Romana, I, 16, 2-3; I, 17, 4-7
(J. C. F. C.)

227. Primer triunvirato

Bajo su consulado, él [César], Pompeyo y Craso concluyeron una alianza para la dominación que, si para la ciudad y para el mundo fue un desastre, no lo fue menos para ellos mismos, cada uno en distintas circunstancias. La motivación de Pompeyo para adoptar esta decisión era su deseo de que se ratificaran de una vez, con César en el consulado, sus disposiciones en las provincias de ultramar, a las que muchos, como hemos dicho arriba, ponían objeciones; por parte de César, porque se daba cuenta de que, cediendo ante la gloria de Pompeyo, aumentaría la suya, al tiempo que robustecería sus fuerzas desviando hacia él la impopularidad de la tiranía compartida; Craso, viendo que no podría con-

quistar la primacía él solo, para ejercerla con la colaboración de la autoridad moral de Pompeyo y la efectiva de César. César y Pompeyo también anudaron vínculos de parentesco porque éste tomó por esposa a Julia, hija de César. En este consulado César presentó una ley para que el territorio de Capua se distribuyera entre la plebe, siendo Pompeyo el portavoz de la iniciativa: así pues, alrededor de veinte mil ciudadanos fueron establecidos allí y se le devolvió a Capua la condición legal de ciudad, ciento cincuenta y dos años después de que, por su actuación en la Segunda Guerra Púnica, hubiera sido reducida por los romanos a una simple prefectura. Bíbulo, colega de César, queriendo más que pudiendo impedir su actividad como cónsul, se encerró en su casa durante la mayor parte del año: así, queriendo acrecentar la impopularidad de su colega, acrecentó su poder. Entonces le fueron asignadas las Galias a César para un quinquenio.

Historia Romana, II, 44, 1-4
(J. C. F. C.)

228. Elogio de Cicerón y maldición de Antonio

A continuación, Antonio, y no menos Lépido, de los que hemos escrito antes que habían sido declarados oficialmente enemigos públicos, cuando ambos hubieran preferido oír las injusticias de que habían sido víctimas antes que las que habían merecido sufrir, se dejaron llevar por la locura y, con la oposición de César, pero en vano, al ser uno contra dos, se restableció el mal del que Sila dio ejemplo, la proscripción. Nada fue tan indigno en aquella época como el que César se viera forzado a declarar proscrito a alguien o el que Cicerón fuera proscrito por alguien. Fue cortada por el crimen de Antonio la voz del pueblo, sin nadie que abogara por la vida

de aquel que durante tantos años había defendido la salud colectiva de la ciudad y la individual de muchos ciudadanos. Nada lograste, sin embargo, Antonio (pues la indignación, estallándome en el corazón y en el pecho, me arrastra a desbordar las limitaciones de la obra proyectada), nada, te repito, conseguiste asignando una paga por silenciar una boca divina y por cortar una cabeza ilustrísima y estimulando con macabra recompensa el asesinato del antaño salvador del estado y extraordinario cónsul. Pues le quitaste a Cicerón días de preocupaciones y una edad anciana y una vida más miserable teniéndote a ti de príncipe que la muerte bajo tu triunvirato; mas la fama y la gloria por sus hechos y dichos no sólo no se la quitaste, sino que la has hecho crecer. Vive y vivirá en la memoria de los siglos venideros, y mientras permanezca esta fábrica del universo, que, sea el azar, la providencia o quienquiera que la alzara, él fue casi el único de los romanos en contemplar con su inteligencia, abarcar con su espíritu e iluminar con su elocuencia, tendrá como compañera de su perdurar la fama de Cicerón y toda la posteridad admirará sus escritos contra ti, maldecirá tus actos contra él, y antes dejará el universo la raza de los hombres que el espíritu de éste.

Historia Romana, II, 66
(J. C. F. C.)

229. Las bondades del régimen de Augusto

La afluencia de personas de toda edad y condición social y la favorable acogida que dispensaron a César a su regreso a Italia y a Roma, así como la grandiosidad de sus triunfos y de sus espectáculos, no podrían expresarse de manera adecuada en una obra del tamaño habitual y menos todavía en una tan reducida. En fin, todo cuanto pueden pedir los

hombres a los dioses, o cuanto pueden proporcionar los dioses a los hombres, cuanto el deseo puede concebir o la felicidad puede colmar, lo hizo efectivo Augusto, tras su regreso a Roma, en bien del estado, del pueblo romano y del mundo entero. Las guerras civiles, tras veinte años, quedaron acabadas, las exteriores enterradas, la paz se vio de nuevo establecida, la furia de las armas por todas partes quedó calmada, le fue devuelta a la ley su vigencia, a los tribunales el acatamiento, el Senado recobró su majestad y el poder de los magistrados se redujo a sus antiguos cauces; únicamente fueron añadidos dos pretores al número de ocho. Tras restaurar la primitiva y venerable forma de estado, retornó a los campos el cultivo, a las ceremonias santas la veneración, a los ciudadanos la seguridad y a todos la posesión incuestionable de sus propiedades; se enmendaron las leyes oportunamente, se votaron otras en pro del bien común; el Senado se eligió sin dureza, pero no sin seriedad. Los primeros ciudadanos, los que celebraban triunfos y desempeñaban las más altas magistraturas, se vieron seducidos por las incitaciones del príncipe al embellecimiento de la ciudad. El consulado, que César a menudo rechazaba con gran empeño, solamente logró interrumpirlo después del undécimo consecutivo: pues rechazaba la dictadura con la misma constancia que obstinación ponía el pueblo en ofrecérsela. Las guerras realizadas bajo su mando supremo, la pacificación del mundo debida a sus victorias, el número de sus realizaciones en el extranjero y en Italia fatigan al cronista, que podría emplear todos los años de su vida únicamente en esa obra: nosotros, recordando nuestro compromiso, hemos puesto ante los ojos y el pensamiento una visión global de su principado.

Historia Romana, II, 89
(J. C. F. C.)

230. Hazañas en Germania

¡Los dioses me valgan, qué volumen requerirían las hazañas que realizamos el verano siguiente bajo el mando de Tiberio César! Germania entera fue recorrida por nuestro ejército, fueron vencidas naciones casi desconocidas hasta de nombre, las tribus de los caucos reconocieron nuestra soberanía: todos sus jóvenes, infinitos en número, de estatura formidable, protegidos por la situación de sus territorios, rindieron las armas junto con sus generales, rodeados por las columnas de nuestros soldados que exhibían armas refulgentes, y se prosternaron ante la tribuna del general. Se derrotó a los longobardos, una tribu aún más feroz que los habitualmente fieros germanos. Y en fin, lo que nunca habían concebido ni las esperanzas más optimistas, y menos aún se había intentado en la práctica, el ejército romano fue conducido con sus estandartes hasta el miliario número cuatrocientos desde el Rhin hasta el río Elba, que discurre por los territorios de los semnones y los hermanduros. Y en ese lugar, por las asombrosas buena fortuna y planificación del general y también por la observación de las circunstancias favorables, la armada, que había hecho su navegación siguiendo la costa del Océano, se introdujo en el Elba desde un mar no nombrado ni explorado antes, y después de vencer a numerosísimas tribus, con toda clase de aprovisionamientos, se reunió con el ejército y con César.

Historia Romana, II, 106
(J. C. F. C)

231. Un viejo germano pide ver a Tiberio

No me reprimo de intercalar, en medio de hazañas de tal magnitud, este relato, valga lo que valga. Habíamos ocupado la ribera más próxima del río antedicho con nuestro campamento, mientras que la opuesta refulgía con el brillo de las armas de la juventud enemiga, que al menor movimiento o ante cualquier intento de nuestras naves huía inmediatamente, cuando uno de los bárbaros, de edad ya madura, de estatura aventajada y hombre respetable, a juzgar por sus atavíos, se embarcó en un tronco de árbol ahuecado, que en ellos es tradicional, y gobernando él solo esta clase de embarcación, avanzó hasta el centro del río y pidió que se le permitiera sin daño desembarcar en la ribera que ocupaba nuestro ejército y ver a César. Se le dio el permiso que pedía. A continuación varó su barca en la orilla y, tras contemplar en silencio a César, dijo: «Nuestra juventud está loca: venera como divino vuestro poder cuando no estáis, y ahora que estáis, teme vuestras armas en vez de confiar en vuestra protección. Pero yo, gracias a tu favor y a tu permiso, César, hoy he visto a los dioses de los que antes sólo había oído hablar, y jamás en mi vida he deseado ni he pasado un día más feliz». Y, habiendo conseguido tocar su mano, se volvió a la barquichuela, y sin quitar su mirada de César, atracó en la ribera que ocupaban los suyos.

Historia Romana, II, 107
(J. C. F. C.)

VALERIO MÁXIMO

Valerio Máximo, de cuya vida se saben escasos datos, es el autor de una obra recopilatoria en nueve libros, Hechos y dichos memorables, *compuestos después de la muerte de Sejano y antes de la de Tiberio, en el año 37 d.C. Forman una enciclopedia ordenada temáticamente de ejemplos que, procedentes de la obra de historiadores y eruditos anteriores, se disponen de esta manera para ser utilizados sobre todo por los oradores y sus aprendices.*

Todos los capítulos se hallan divididos en dos secciones, la de ejemplos romanos y la de extranjeros, participando así de esa tendencia a la universalidad y al cosmopolitismo que se observa en otras obras de época imperial. El «memorable» es una forma narrativa de breve extensión que podemos comparar de un lado a la fábula y de otro a la novela breve, y que encierra a veces en menos de una página la narración de algo notable, esto es, dotado de estructura y apto para el recuerdo, por su carácter ingenioso o paradójico y también por su utilidad. Lo dicho o acontecido suele relacionarse con un personaje históricamente conocido, lo que, junto a su estructura o temática facilita también el recuerdo.

La prosa de Valerio Máximo es ampulosa y su estilo retóri-

co, por lo que parece que, además de ofrecer material a otros, también pretendió lucirse él mismo en la forma de presentarlo. Si no siempre consiguió esto último, lo primero sí lo logró: la Edad de Plata apreciaba las manifestaciones excepcionales de cualquier ámbito, y los ejemplos que aquí se ofrecen son memorables por ser el colmo de una actitud o de una conducta, por lo que constituyen una especie de antología, sea de la continencia, el valor, el ingenio, o la resistencia humana, que ha dejado huellas en numerosos autores posteriores.

232. Sobre la eutanasia

En mi opinión, esta costumbre de los marselleses no tuvo su origen en la Galia, sino que procede de Grecia. Yo mismo pude observar que se practicaba en la isla de Ceos cuando, camino de Asia en el séquito de Sexto Pompeyo, entré en la ciudad de Julis. Ocurrió entonces que una dama de lo más distinguida, pero muy entrada en años, después de exponer a sus conciudadanos los motivos que la impulsaban a renunciar a la vida, decidió envenenarse; y pensaba que su muerte resultaría más gloriosa, si tenía lugar en presencia de Pompeyo. Este hombre, adornado de todas las buenas cualidades y de reconocida humanidad, no tuvo el valor de negarse a los ruegos de la anciana. Fue, pues, a su encuentro y, después de haber intentado en vano durante mucho tiempo disuadirla de su propósito por medio de las más elocuentes palabras que manaban de su boca como de una fuente purísima de oratoria, decidió permitirle que cumpliera su designio. La mujer, que tenía más de noventa años, pero se hallaba en plenas facultades corporales y anímicas, se recostó sobre su lecho que parecía mejor ataviado que de costumbre y, apoyándose sobre uno de sus codos, le dijo a Pompeyo: «Sin duda alguna, Sexto Pompeyo, te darán las gracias más bien

los dioses que abandono que aquellos a los que me dirijo, porque no desdeñaste ni exhortarme a vivir ni verme morir. Pero yo que he visto siempre cómo la fortuna me sonreía, para no verme obligada a ver su cara triste por el deseo de vivir, quiero cambiar lo que me queda de vida por una muerte feliz, ya que dejo tras mí dos hijas y un nutrido grupo de nietos». En seguida exhortó a sus hijas a vivir en paz y concordia, les distribuyó su patrimonio, confió a su hija mayor los objetos sagrados y la obligación de mantener viva su memoria, tomó con mano firme la copa que contenía el veneno, hizo libaciones en honor de Mercurio, para que la condujera por fáciles caminos a la parte mejor de los infiernos, y bebió con avidez el mortal brebaje. A continuación iba describiendo sucesivamente las partes de su cuerpo por las que se extendía el frío de la muerte y, cuando se dio cuenta de que éste se iba apoderando de sus entrañas y de su corazón, suplicó a sus hijas que cumplieran con ella el último deber de cerrarle los ojos. Por lo que a nosotros se refiere, aunque estábamos atónitos ante un espectáculo tan novedoso, nos abandonó dejándonos con los ojos bañados en lágrimas.

Hechos y dichos memorables, II, 6, 8
(F. M. A.)[60]

233. Sobre el triunfo

Añadiré a lo dicho la siguiente particularidad. Era costumbre que, en la víspera de la celebración del triunfo, el general victorioso invitara a los cónsules a cenar; mas luego les rogaba que se abstuvieran de acudir para evitar que, en el día de su triunfo, participaran en un mismo festín personas con más categoría y poder que él.

Pero en el caso de una guerra civil, aunque alguno hubiera llevado a cabo empresas brillantes y útiles a la República,

no se le concedía el título de *imperator,* ni se decretaban acciones de gracias, ni se celebraban ovaciones a grandes triunfos, porque estas victorias eran consideradas tan necesarias como luctuosas, ya que siempre se consiguen a costa de sangre romana y no extranjera. Y no fue sin dolor como Nasica dio muerte a Tiberio Graco y las funestas facciones de Opimo a su hermano Cayo. Quinto Cátulo, después de haber exterminado a su colega Marco Lépido con todas sus sediciosas tropas, volvió sin dejar que se reflejara en su rostro más que una moderada alegría. Cayo Antonio, el vencedor de Catilina, hizo que las espadas quedaran limpias de sangre, antes de llevarlas al campamento. Lucio Cina y Cayo Mario habían vertido y bebido con avidez la sangre de sus conciudadanos, pero no se dirigieron rápidamente a los templos y a los altares de los dioses para darles gracias. Finalmente, Lucio Sila, que puso fin a muchísimas guerras civiles y mostró en sus victorias tanto orgullo y tanta crueldad, cuando, después de consumar y consolidar su poder, celebró el triunfo, hizo que fueran llevadas en el cortejo las imágenes de muchas ciudades de Grecia y de Asia, pero no se vio una sola de las ciudades romanas.

Me causa pena y dolor recordar las desgracias de la República una y otra vez. Ni el Senado concedió el triunfo a nadie, ni nadie deseó que se lo otorgasen cuando la mayor parte de los ciudadanos derramaba lágrimas. Por lo demás, con prontitud se extienden las manos hacia la encina cuando hay que conceder una corona por haber salvado a los ciudadanos, corona con la que están adornadas las jambas de la casa de los césares como símbolo glorioso de un perpetuo triunfo.

Hechos y dichos memorable, II, 8, 6-7
(F. M. A.)[60]

234. Valor de un soldado romano en la batalla de Cannas

La misma época nos ofrece la conocida hazaña de aquel soldado que, en la batalla de Cannas en la que Aníbal más bien machacó a las tropas romanas que doblegó su valentía, porque tenía sus manos inutilizadas para sostener las armas a causa de sus heridas, se abrazó al cuello de un númida que intentaba despojarlo de sus armas, desfiguró su rostro rompiéndole la nariz y las orejas y expiró después de haberse vengado cumplidamente con sus mordiscos. Si dejamos a un lado el fatal desenlace de la lucha, ¡cuán más esforzado fue el que recibió la muerte que el que la causó!, porque el cartaginés, aun siendo el vencedor, se vio obligado a servir de consuelo al moribundo, mientras que el romano, incluso en el mismo momento de morir, se manifestó como vengador de su propia vida.

Hechos y dichos memorables, III, 2, 11
(F. M. A.)[60]

235. La confianza en sí mismos de los romanos

Los arrestos temperamentales de Livio Salinátor también han de ser objeto de eterna memoria. Después de haber derrotado a Asdrúbal y al ejército cartaginés en Umbría, le fue anunciado que los galos y los ligures, desperdigados y errantes de un lado para otro, se hallaban lejos de sus compañeros sin jefes y sin banderas y podrían ser presa fácil incluso para un pequeño destacamento de soldados; pero él contestó: «Es preciso perdonarles, para que nuestros enemigos tengan mensajeros que les lleven la noticia de tan gran desastre».

Hechos y dichos memorables, III, 7, 4
(F. M. A.)[60]

236. Sobre el amor conyugal entre los romanos

Todos los siglos, oh Porcia, hija de Marco Catón, admirarán debidamente tus castísimos sentimientos amorosos. Cuando te enteraste de que tu esposo, Bruto, había sido vencido y muerto en la batalla de Filipos, porque no se te proporcionó un puñal te tragaste unos carbones encendidos. De este modo imitaste, siendo una mujer, la muerte viril de tu padre. Yo no sabría decir si tú le superaste, porque él acabó sus días con una clase de muerte ya conocida; tú, en cambio, de una manera que no tenía antecedentes.

Hechos y dichos memorables, IV, 6, 5
(F. M. A.) (60)

237. Sobre la abstinencia y continencia de los extranjeros

Se nos ha transmitido que Jenócrates se distinguió por abstenerse de los placeres durante su ancianidad. El relato que sigue será una no pequeña prueba de este juicio. Durante una orgía nocturna, Friné, célebre cortesana ateniense, al verle embriagado, fue a echarse a su lado. Ésta había apostado con algunos jóvenes que lograría vencer la temperancia del filósofo. Jenócrates no la rechazó con gestos ni con palabras, sino que le permitió que permaneciera echada en su regazo hasta que ella quiso, pero no le concedió el éxito que esperaba. Este ejemplo de abstención es propio de un alma llena de sabiduría, pero también muy harto gracioso el comentario de la prostituta. En efecto, a los jóvenes que se reían de que ella, tan hermosa y tan elegante, no hubiera podido seducir el corazón de un anciano borracho y le reclamaban el precio de la apuesta, les respondió: «Yo he apostado acerca de un hombre, no acerca de una estatua». ¿Se

podría demostrar la continencia de Jenócrates con más verdad y propiedad que como la expresó aquella meretriz?

Friné con su hermosura no fue capaz en modo alguno de atentar contra su incorruptible continencia, pero ¿qué diremos del rey Alejandro? ¿Acaso él llegó a conmoverlo con sus riquezas? Se podría pensar que también con él Jenócrates se comportó como una estatua y que realmente fue tentado con la misma fortuna. En efecto, el rey le había enviado unos legados suyos para que le entregaran algunos talentos. El filósofo los recibió en el recinto de la Academia y en el ambiente modesto en que solía vivir, y les ofreció un parco refrigerio. Al día siguiente ellos le preguntaron a quién quería que se le entregaran los talentos. Entonces el filósofo respondió: «Qué, ¿no entendisteis por la cena de ayer que yo no los necesito?». El rey quiso de esta manera comprar la amistad del filósofo, pero el filósofo no quiso vendérsela al rey.

Hechos y dichos memorables, IV, 3, 3
(F. M. A.) (60)

CURCIO RUFO

Nada se sabe a ciencia cierta de la época en que la Historia de Alejandro Magno *de Quinto Curcio Rufo fue escrita y tampoco se conocen noticias seguras acerca de su autor, cuya vida transcurrió posiblemente en el siglo I d.C. o acaso en el siglo II d.C. El tema no romano es en buena parte el responsable de ello: se trata de la primera –y única– obra latina que conocemos dedicada íntegramente a la vida de Alejandro Magno, que daría origen a numerosos desarrollos novelescos y legendarios durante la Edad Media.*

El relato, unos diez libros a los que faltan los dos primeros y algunas partes de otros, presenta rasgos evidentes de la época imperial, como la dedicación a temas exóticos que, aun conservando interés en sí mismos por las numerosas e interesantes descripciones de ciudades, ríos, montañas, países y costumbres desconocidas, no dejan de aludir oblicuamente a realidades de la corte de los emperadores. En este apartado incluimos la figura de Alejandro, progresivamente convertido en un déspota, y el ambiente intrigante y conspirativo que le rodea.

Desde el punto de vista estilístico, la prosa de Curcio es de una notable corrección y clasicismo, más en la línea de Livio

y su lactea ubertas, *que en la de Salustio, Séneca o Tácito. Dotada de gran plasticidad y sutileza, llena de episodios interesantes y de discursos ingeniosos y brillantes, si carece acaso del vigor de los grandes prosistas que se ocupaban de temas patrióticos, posee en cambio el encanto de los novelistas como Petronio y Apuleyo, con la ventaja añadida sobre éstos de poseer un estilo más fluido, fácil y llano. Auténtica novela histórica en latín, la lectura de Curcio resulta verdaderamente grata, por lo que sorprende la relativamente escasa atención que se le ha prestado.*

238. Modestia de Alejandro al tratar a las reinas vencidas

Terminadas las ceremonias fúnebres, Alejandro envió por delante unos mensajeros para que anunciaran su llegada a las prisioneras y, tras impedir que le acompañara su numerosa comitiva, entró en la tienda en compañía de Hefestión. Éste, criado a su lado y confidente de todos sus secretos, era con mucho el más querido del rey entre todos sus amigos; a la hora de dar un consejo también era el que más derecho tenía a darlo, pero lo ejercía de tal manera que daba la impresión de que era el rey más bien el que se lo otorgaba que no que él se lo arrogara por propia iniciativa; aunque era de la misma edad que Alejandro, le sobrepasaba, sin embargo, en estatura. Y así pues, las reinas, creyendo que el rey era Hefestión, le hicieron las reverencias acostumbradas en su corte, y ante la indicación, por parte de algunos eunucos prisioneros, de quién era Alejandro, Sisigambis se arrojó a los pies de éste, aduciendo como excusa el ser aquella la primera vez que veía al rey. Éste, ayudándola a levantarse, le dijo: «Madre, no te has equivocado: también éste es Alejandro».

Si Alejandro se hubiera sabido mantener en este dominio de sí mismo hasta el final de su vida, yo ciertamente creería que había sido más feliz que lo que parecía serlo cuando imitó el triunfo del Padre Líber tras vencer a todos los pueblos, desde el Helesponto hasta el Océano. Así, a no dudarlo, habría vencido a la soberbia y a la cólera, males invencibles; se habría abstenido de dar muerte a sus amigos en medio de los banquetes y no se habría atrevido a ejecutar, sin celebración de juicio, a hombres sobresalientes por sus hechos de armas y que habían sido sus compañeros a la hora de someter tantos pueblos. Pero la Fortuna todavía no había embriagado su espíritu y así, cuando ella comenzaba a sonreírle, la sobrellevó con tanta moderación y prudencia, mientras que al final no pudo sobrellevar su grandeza.

En aquella ocasión se comportó de tal manera que superó a todos los reyes que le habían precedido en dominio de sí mismo y en clemencia. A las princesas, de una belleza extraordinaria, las respetó tan religiosamente como si fueran hijas de su mismo padre; y a la esposa de Darío, que se llevaba la palma de la hermosura entre todas las mujeres de su tiempo, hasta tal punto no le infligió violencia alguna que puso extremo cuidado en que nadie abusara de la prisionera. Mandó que les fuera devuelto a las mujeres todo su ajuar y de la magnificencia de su antigua fortuna nada echaron de menos a no ser la serenidad y el sosiego. Por todo ello, Sisigambis dijo: «¡Oh, rey!, tú mereces que en nuestras plegarias pidamos para ti lo que en otro tiempo pedíamos para nuestro Darío; y, por lo que veo, eres digno de ello, ya que has superado a un rey tan grande no sólo en la buena Fortuna sino también en la equidad. Tú me llamas en verdad "madre" y "reina", pero yo me confieso tu esclava y lo mismo puedo alzarme hasta la cima de mi pasada fortuna que someterme al yugo presente: sólo a ti te toca decidir si del poder que tienes sobre nosotras

quieres que quede testimonio de clemencia más bien que de crueldad».

Historia de Alejandro Magno, III, 12, 15-25
(F. P. R.) [61]

239. Alejandro rechaza orgullosamente las propuestas de Darío y el consejo de Parmenión

Alejandro hizo salir de su tienda a los legados y preguntó a los miembros del Consejo cuál era su parecer. Durante un largo rato nadie se atrevió a exponer su opinión, al no haberse manifestado la voluntad del rey en un sentido o en otro. Finalmente, Parmenión dijo que ya con anterioridad había aconsejado el devolver los cautivos de Damasco a trueque de un rescate ya que se podía obtener una gran cantidad de dinero a cambio de prisioneros que, al ser muchos, tenían paralizados a un gran contingente de soldados aguerridos. Y en las presentes circunstancias su decidida opinión era que se cambiaran por 30.000 talentos de oro una anciana y dos niñas que en realidad no constituían más que un estorbo en el camino y en la marcha del ejército: Alejandro podía adueñarse de un reino suntuoso mediante un simple tratado, sin disparar una flecha, y ningún otro había poseído, entre el Istro y el Éufrates, unas tierras separadas por un intervalo tan enorme de inmensos espacios. Por otra parte, que volviera sus miradas hacia Macedonia más bien que dirigirlas hacia Bactras y la India.

Aquellas palabras no agradaron al rey y así, en cuanto Parmenión terminó de hablar, dijo: «Yo también preferiría el dinero a la gloria si fuera Parmenión. Como Alejandro que soy, en las presentes circunstancias la pobreza me trae sin cuidado y no he echado en el olvido que soy un rey y no un merca-

chifle. Nada tengo que pueda vender y de lo que no hay duda es que no pongo a la venta mi destino. Si os parece bien que se devuelvan los prisioneros, ganaremos más gloria entregándolos como obsequio que vendiéndolos por dinero».

Historia de Alejandro Magno, IV, 11, 10-15
(F. P. R.)[61]

240. Descripción de Babilonia: los pensiles; las mujeres de Babilonia

Al día siguiente inspeccionó todo el ajuar y toda la fortuna de Darío. Pero lo que atrajo las miradas –y no sin razón– no sólo del rey sino también de todos sus acompañantes fue la belleza y la antigüedad de la ciudad misma, fundada por Semíramis y no, como es creencia general, por Belo, del que se muestra todavía el palacio. Su muralla, levantada con ladrillo cocido embreado con alquitrán, presenta un espacio de 32 pies de ancho: se dice que las cuadrigas pueden encontrarse de frente sin correr el menor riesgo. La altura de la misma es de 50 codos y las torres sobresalen por encima de las murallas 10 pies cada una. El perímetro de toda la construcción es de 368 estadios: la tradición informa de que en la construcción de cada estadio se invirtió un día de trabajo. Los edificios no están adosados a la muralla sino que están separados de ella casi por una yugada de espacio libre. La ciudad no está toda ella cubierta de edificios –sólo 80 estadios estaban habitados– ni éstos presentan una formación compacta, me imagino que porque les parecía más seguro diseminar los edificios por diversos lugares. Los otros espacios los siembran y los dedican al cultivo con el fin de, ante un ataque del exterior, poder abastecerse los sitiados con los productos de su misma ciudad.

Babilonia se halla dividida en dos por el Éufrates, cuyo caudal se encuentra contenido por unos enormes diques. Estas ingentes construcciones están rodeadas de grandes cavernas excavadas en profundidad para acoger las crecidas del río: cuando sus aguas se desbordan arrastrarían consigo los edificios si no existieran estas grutas y cisternas para recibirlas. Están construidas con ladrillos y toda la obra está embreada con alquitrán. Las dos partes de la ciudad están unidas por un puente de piedra sobre el río. También este puente se cuenta entre las maravillas de Oriente, ya que el Éufrates arrastra en su cauce un gran espesor de limo y cuando se saca éste desde el fondo para colocar los cimientos con dificultad se encuentra un suelo lo suficientemente firme como para sostener la construcción. Así pues, la arena, acumulada constantemente y apelmazada en los sillares sobre los que se asienta el puente, detiene la corriente del río que, al encontrarse retenido, se lanza con más ímpetu que si se deslizara con su corriente libre de obstáculos.

La ciudad tiene también una ciudadela con un perímetro de 20 estadios. Los cimientos de las torres están hundidos en tierra en una profundidad de 30 pies y la cima de la fortificación alcanza una altura de 80. Sobre la ciudadela se encuentran los jardines colgantes –prodigio divulgado por las fábulas de los griegos–, en rasante con la altura máxima de las murallas, amenos por la sombra y elevación de sus numerosos árboles. Los pilares que sostienen toda la obra son de piedra. Sobre los pilares se extiende un lecho profundo de sillares capaz de contener la tierra que echan sobre él y el agua con que riegan esa tierra. Estas construcciones sustentan unos árboles tan robustos que sus troncos llegan a tener un grosor de ocho codos, alcanzan una altura de 50 pies y pueden dar fruto como si se cultivaran sobre la propia tierra. Y aunque el paso del tiempo deteriora, con un desgaste paulatino, no sólo las obras hechas por mano de hombre sino incluso las mismas obras de la naturaleza, esta construcción,

que se ve oprimida por las raíces de tantos árboles y mantiene el peso de un bosque tan grande, permanece sin el menor deterioro. Está sostenida por unos muros de 20 pies de anchura, colocados a 11 pies de distancia unos de otros, de manera que, contemplados de lejos, dan la impresión de bosques alzados sobre sus propios montes. Se cuenta que esta construcción fue obra de un rey de Siria, ascendido al trono de Babilonia, y que la hizo por el amor que sentía hacia su esposa: ésta, añorando en aquellos parajes de llanura los bosques y las selvas, movió a su esposo a imitar la amenidad de la naturaleza con una obra de este tipo.

Alejandro se detuvo en esta ciudad más tiempo que en ningún otro lugar y ningún otro sitio infligió más daño a la disciplina militar. Nada más corrompido que las costumbres de Babilonia y nada más dispuesto para excitar las pasiones desordenadas. Tanto los padres como los maridos consienten que sus hijas y esposas se prostituyan con los forasteros con tal de que el deshonor les reporte algún beneficio. En toda Persia los reyes y cortesanos tienen gran afición a los «juegos de festín» y los babilonios sienten una inclinación extrema por el vino y lo que la embriaguez lleva consigo. Las mujeres, que toman parte en estos banquetes, al principio mantienen un comportamiento recatado. Después comienzan a despojarse de las vestiduras que cubren la parte superior del cuerpo y poco a poco profanan el pudor, quitándose también –sea dicho con el debido respeto a nuestros oyentes– las prendas que cubren las partes inferiores. Y este deshonor no es propio sólo de las cortesanas sino incluso de las matronas y de sus esposos entre quienes el menosprecio hacia la exhibición del cuerpo de sus mujeres es considerado como un rasgo de afabilidad.

En medio de tales orgías aquel famoso ejército, dominador del Asia, se estuvo hartando durante treinta y cuatro días y con toda seguridad se habría mostrado demasiado débil cara a los peligros que se aproximaban, si enfrente hubie-

ha tenido a un auténtico enemigo, aunque, al renovarse sus formaciones con nuevos incrementos de tropas, el daño se deja sentir menos.

Historia de Alejandro Magno, V, 1, 24-39
(F. P. R.)[61]

241. Alejandro y la reina de las amazonas

Como hemos dicho más arriba, fronterizo con la Hircania se encontraba el pueblo de las amazonas, que habitaban junto al río Termodonte las llanuras de Temiscira. Su reina era Talestris, cuyo poder se extendía sobre toda la región comprendida entre el monte Cáucaso y el río Fasis. La reina, ardiendo en deseos de ver al rey, dejó atrás las fronteras de su reino y, al llegar a las proximidades de Alejandro, envió por delante una delegación para informarle de la llegada de una reina que ansiaba llegar a su presencia y conocerlo. Otorgado al instante el permiso para acercarse, Talestris hizo detenerse a su comitiva y avanzó acompañada de 300 mujeres. En cuanto llegó a presencia del rey, echó pie a tierra, llevando un par de lanzas en su mano derecha. El vestido no cubre todo el cuerpo de las amazonas, pues la parte izquierda del pecho la llevan al aire, mientras el resto lo mantienen tapado, y los pliegues de su vestido, recogidos con un nudo, no descienden por debajo de las rodillas. El pecho izquierdo lo conservan intacto con el fin de poder amamantar a los hijos de sexo femenino, mientras que el derecho lo queman a fin de tensar con más facilidad el arco y blandir mejor las armas arrojadizas. Talestris, imperturbable, tenía fijos sus ojos en el rey, recorriendo con su mirada su porte exterior, que no estaba a la altura de la fama de sus hazañas: y es que entre todos los bárbaros la veneración va ligada a la majestad corporal y consideran que sólo son capaces de grandes empresas

aquellos a los que la naturaleza se dignó dotar de un aspecto impresionante. Ante la pregunta de si quería hacer alguna petición, la reina, sin el menor titubeo, contestó que había venido a tener hijos con el rey, digna como era de que el mismo rey obtuviera de ella herederos del reino; si era hija la conservaría consigo, si hijo, se lo entregaría a su padre. Alejandro le preguntó si quería guerrear a su lado, pero ella, pretextando que había dejado su reino sin nadie que lo protegiera, perseveraba en su petición de que no la dejara marchar frustrada en su esperanza. La pasión amorosa de la mujer era más fogosa que la del rey y le movió a detenerse unos cuantos días: trece fueron dedicados a satisfacer el deseo de la reina. Pasados éstos, Talestris volvió a su reino y Alejandro a la Partia.

Historia de Alejandro Magno, VI, 5, 24-32
(F. P. R.) (61

242. Degeneración de Alejandro

Allí dio rienda suelta abiertamente a sus pasiones, convirtiendo la continencia y la moderación, que son bienes excelsos en medio de la más sobresaliente de las fortunas, en soberbia y lascivia. Las costumbres de su patria, la disciplina de los reyes macedonios, sabiamente moderada, así como su aspecto exterior igual al de simples particulares, le parecían poco en relación con su grandeza y se dio a emular la dignidad de la monarquía persa, semejante en su poder al poder divino. A los vencedores de tantos pueblos deseaba verlos prosternados a sus pies, dispuestos a venerarlo, irlos acostumbrando a menesteres serviles y considerarlos como esclavos. En consecuencia, ciñó su cabeza con una diadema de púrpura bordada en blanco (como una que había tenido Darío) y adoptó la indumentaria persa sin ningún respeto por

el presagio de trocar los emblemas del vencedor por el atavío del vencido. Él, por supuesto, decía que lo que llevaba eran los despojos de los persas, pero juntamente con los despojos se había revestido de sus costumbres y la arrogancia de espíritu iba en pos de la soberbia del vestuario. Incluso las cartas, las que enviaba a Europa, las sellaba con la gema de su anillo habitual; las que enviaba a Asia con el anillo de Darío, dejando bien claro que un solo espíritu no puede seguir dos destinos. A los amigos y a los caballeros (la flor y nata del ejército) los había cubierto de vestiduras persas y, aunque mostraban un evidente desdén hacia ellas, no se atrevían a rechazarlas. Trescientas sesenta concubinas (otras tantas como había tenido Darío) llenaban las dependencias de palacio y se veían acompañadas de bandadas de eunucos, acostumbrados, ellos también, a hacer el papel de mujeres.

Esta situación, corrompida por el lujo y las costumbres extranjeras, era criticada sin tapujos por los veteranos de Filipo, gente poco hecha a los placeres, y a lo largo y a lo ancho del campamento era unánime el sentimiento y todos estaban de acuerdo en afirmar que era más lo que se había perdido con la victoria que lo que se había ganado con la guerra: se veían ya derrotados y entregados a unas costumbres ajenas y extranjeras. ¿Con qué cara volverían finalmente a sus casas, vestidos poco menos que de cautivos? Sentían vergüenza de sí mismos y su rey, convertido, de emperador de Macedonia, en sátrapa de Darío, se asemejaba más a los vencidos que a los vencedores.

Alejandro, dándose bien cuenta de que tanto sus amigos más íntimos como el ejército estaban gravemente ofendidos, intentaba recuperar sus simpatías con la generosidad de sus regalos, pero yo pienso que el salario de la esclavitud no encuentra agradecimiento en unos espíritus libres.

Historia de Alejandro Magno, VI, 6, 1-11
(F. P. R.)[61]

SÉNECA EL FILÓSOFO *

La obra en prosa de Séneca (ca. *4 a.C.-65 d.C.*) *es, ante todo, un legado literario en el que se encarnan los principales planteamientos del estoicismo medio, si bien dentro del eclecticismo propio del ambiente helenístico que caracteriza a esta época. La finalidad práctica de sus escritos, destinados a procurar un cierto perfeccionamiento moral del individuo, no impide la expresión de otras inquietudes, como la búsqueda e indagación del mundo interior, en un nuevo paso hacia el descubrimiento de lo que modernamente se ha denominado «subjetividad». Pero las ideas senequianas, según su propia doctrina, no son disociables de su expresión literaria: de ahí su pretensión de plasmar en el lenguaje sus inquietudes,* «concordet sermo cum uita» *(Ep. 75, 4). Así Séneca adopta un estilo vivaz, basado en períodos cortos, una gran concentración expresiva –a través del recurso a las máximas, por ejemplo, en sus* Epístolas*– y la ruptura del equilibrio de los miembros, frente a modelos anteriores como Cicerón, reflejando las nuevas pautas discursivas de la latinidad postclásica.*

* Sobre su obra en verso, cf. pp. 435-448.

Los *Diálogos* son una colección de tratados sobre cuestiones morales en los que el carácter dialogado se reduce, en la mayoría de los casos, a disputas con un interlocutor ficticio, con una forma narrativa muy similar a la que cabe encontrar en sus restantes obras. La mayoría de los *Diálogos*, como *Sobre la felicidad*, se articulan en forma de discurso continuo en un solo libro, salvo *De la cólera*, estructurado en tres libros. Dentro de este corpus se incluyen diversas piezas consolatorias, como la *Consolación a Marcia* y la *Consolación a Helvia*, un género cuyas pautas y normas retóricas se encuentran ya establecidas en el siglo I d.C., de modo que se articula con una estructura bastante regular que incluye el exordio, la *peroratio* y un núcleo argumental que consta de *exempla* y normas, constituyendo verdaderas composiciones retóricas de altura

Séneca es autor de otros tratados y ensayos morales algo más amplios (entre ellos *Sobre la Clemencia*), que la tradición no incluyó bajo la designación de «diálogos», a pesar de la proximidad formal con algunos de ellos. También es obra suya un extenso tratado de carácter más técnico, los siete libros de *Cuestiones Naturales*, que se centran en la exposición científico-filosófica de los fenómenos naturales y la repercusión del conocimiento de los mismos sobre la virtud.

En la colección de *Epístolas morales*, dirigidas a su amigo Lucilio entre los años 62 y 64, Séneca, en época ya madura, expone abiertamente sus opiniones sobre toda clase de cuestiones morales, literarias o cotidianas, sin la rigidez ni la formalización que exigen otras modalidades de escritura, por lo que constituyen un claro precedente del ensayo moderno tal como lo concibió Montaigne. Formalmente se trata de composiciones cercanas a los *Diálogos*, y en ellas Séneca sigue bajo la impronta estoica pero reflexiona y acoge en su pensamiento elementos cínicos y, sobre todo, epicúreos. Las cartas, como el resto de su producción filosófica, no persiguen un fin meramente especulativo, sino la mejora efectiva del individuo.

Séneca fue acusado de abusar del lucimiento y de falta de profundidad por parte de autores como Suetonio (quien lo pone en boca de Calígula) o Quintiliano, que lo juzga desde su admiración por el estilo ciceroniano. La tradición posterior, sin embargo, ha venido a demostrar que Séneca es uno de los autores latinos con más influencia en la literatura y en la filosofía occidentales.

243. La felicidad

La vida feliz es, por tanto, la que está conforme con su naturaleza; lo cual no puede suceder más que si, primero, el alma está sana y en constante posesión de su salud; en segundo lugar, si es enérgica y ardiente, magnánima y paciente, adaptable a las circunstancias, cuidadosa sin angustia de su cuerpo y de lo que le pertenece, atenta a las demás cosas que sirven para la vida, sin admirarse de ninguna; si usa de los dones de la fortuna, sin ser esclava de ellos.

Comprendes, aunque no lo añadiera, que de ello nace una constante tranquilidad y libertad, una vez alejadas las cosas que nos irritan o nos aterran; pues en lugar de los placeres y de esos goces mezquinos y frágiles, dañosos aun en el mismo desorden, nos viene una gran alegría inquebrantable y constante, y al mismo tiempo la paz y la armonía del alma, y la magnanimidad con la dulzura; pues toda ferocidad procede de debilidad.

Sobre la felicidad, 3, 3-4
(J. M.)[62]

244. La cólera y la razón

Lo mejor es desdeñar inmediatamente el primer aguijonazo de la cólera y luchar contra sus mismos gérmenes y poner el empeño en no caer nosotros en la ira. Pues si ha empezado a extraviarnos, difícil es el regreso al equilibrio, dado que nada de razón queda donde ya la pasión se ha infundido y algún derecho le ha sido otorgado por nuestra voluntad; hará del resto cuanto se le antoje, no cuanto le consientas. En los primeros umbrales, digo, el enemigo tiene que ser atajado; pues una vez que ha entrado y se ha introducido por las puertas, no acepta tope de parte de sus cautivos. En efecto, ni ha sido puesta aparte el alma ni desde fuera mira las pasiones de suerte que no les consienta avanzar más allá de donde conviene, sino que en pasión ella misma se transmuta y a causa de esto no puede aquel su vigor útil y provechoso, ahora entregado y debilitado, reavivarlo. Efectivamente, según hemos dicho, no tienen éstas separadas y distanciadas sus sedes, sino que pasión y razón son una modificación del alma para lo mejor y lo peor. ¿De qué manera, pues, invadida y abrumada por los vicios resurgirá la razón que ha sucumbido ante la cólera? ¿O cómo se librará de la confusión en la que la amalgama de lo peor ha prevalecido? –Pero algunos, afirma, se contienen en su ira–. En pocas palabras, ¿acaso como si hicieran algo o nada de lo que la ira les dicta? Si nada hacen, es manifiesto que para el logro de sus objetivos no es necesaria la ira, la cual vosotros, como si poseyera algo más poderoso que la razón, reclamabais. Finalmente, pregunto: ¿es más fuerte que la razón o más débil? Si es más fuerte, ¿cómo podrá la razón imponerle un límite, dado que a obedecer no acostumbran sino los más desvalidos? Si es más débil, sin ella por sí misma la razón se basta para los logros de sus objetivos y no requiere el concurso de lo que es más endeble. «Mas algunos aun encolerizados se frenan y dominan.» ¿En qué momento? Cuan-

do ya la ira se desvanece y por ella misma decae, no cuando está en su característica ebullición; entonces, efectivamente, es más poderosa. «¿Y qué? También y no en ocasiones aisladas durante su arrebato dejan incluso marchar incólumes e indemnes a los que odian y de hacerles daño se abstienen.» Lo hacen. ¿En qué momento? Cuando pasión ha desbancado a pasión y o el miedo o el prurito han obtenido algo. No se ha aquietado entonces por la benéfica acción de la razón, sino por el sospechoso y tarado armisticio entre las pasiones.

De la cólera, I, 8
(E. O. S.)[63]

245. La libertad de los gobernantes

Consideras grave que se prive a los reyes de la libertad de expresión, cosa que poseen los más humildes. «Eso –dices– es una servidumbre, no un poder.» ¿Cómo? ¿No te das cuenta de que ésa es una servidumbre que te honra? Distinta es la situación de quienes se mantienen ocultos entre la masa de la que no escapan, y la de quienes luchan durante mucho tiempo para poner de manifiesto sus virtudes, y sus vicios permanecen en la sombra; el rumor acoge vuestras acciones y palabras, y por eso nadie tiene que preocuparse más de qué se dice sobre él, que aquel que, haga lo que haga, va a ocupar la atención. ¡Cuántas cosas que no te son permitidas se nos permiten a nosotros gracias a ti! Puedo pasear por cualquier parte de la ciudad solo, sin temor ninguno, aunque no me siga un acompañante, no haya ninguna espada en casa ni a mi costado; tú tienes que vivir armado en medio de una paz que se te debe. No puedes alejarte de tu fortuna, te cerca y dondequiera que desciendas te sigue con

su aparato. Ésta es la servidumbre del más alto puesto: que no es posible reducir su altura. Pero esta exigencia te es común con los dioses, pues el cielo también los tiene encadenados y no les es dado descender en seguridad, en la misma medida en que a ti no te es posible hacerlo. Has sido clavado a tu propia cumbre.

Sobre la clemencia, 8, 1-3
(C. C. M.)[64]

247. Un tópico consolatorio: los bienes no son duraderos

Fuere lo que fuere, Marcia, esto que en torno nuestro desde el exterior brilla, hijos, honores, riquezas, espaciosos atrios y vestíbulos repletos de una turba de clientes excluidos, un nombre ilustre, una esposa noble o hermosa y los demás bienes que penden de una suerte incierta y mudable, son aderezos ajenos y prestados de balde; nada de eso se nos dona en propiedad. El escenario se decora con objetos prestados y que han de volver a sus dueños; de entre ellos unos se devolverán el primer día, otros el segundo, pocos se quedarán hasta el final. Así pues, no ha lugar a que nos contemplemos en lo alto como colocados entre bienes nuestros: los hemos recibido en préstamo. Es nuestro el usufructo, cuya duración regula aquel dueño soberano de su favor; nosotros debemos tener presto lo que nos ha sido dado sin plazo fijo y una vez reclamados devolverlo sin protesto: es propio de un pésimo deudor hacer escarnio público del acreedor.

Por consiguiente, a todos los nuestros, tanto a los que deseamos que por ley de vida nos sobrevivan como a los que su justísimo deseo es que nos precedan, debemos amarlos en tales términos, como que nada se nos ha prometido sobre su eternidad, más aún nada sobre su longevidad. A menudo

debe ser advertido nuestro ánimo para que ame los bienes como cosas que van a irse, más aún como cosas que ya se están yendo: cuanto te ha sido dado por la fortuna has de poseerlo como carente de garante.

Consolación a Marcia, 10, 1-3
(P. C. L.)[65]

247. El discurso científico de Séneca: el origen del arco iris

Algunos consideran que el arco iris se forma así: en la parte en que está lloviendo cada una de las gotas de lluvia que cae es un espejo independiente, por tanto, cada una de ellas devuelve la imagen del sol; después, las múltiples, mejor dicho, las innumerables imágenes, al precipitarse en su caída, se confunden; y así, el arco iris resulta de la confusión de múltiples imágenes del sol. Lo razonan así. Dicen: coloca en un día sereno mil barreños, todos tendrán una imagen del sol; distribuye una gota en cada una de varias hojas, cada una de ellas tendrá una imagen del sol. Por el contrario una charca inmensa no tendrá más que una sola imagen. ¿Por qué? Porque toda superficie lisa, limitada y circunscrita dentro de unos límites, es un espejo. Así, divide un estanque de grandes proporciones por medio de tabiques interiores, el estanque tendrá tantas imágenes del sol como charcos tenga; déjalo en toda su extensión, tal como está, te devolverá una sola imagen. No importa nada la exigüidad del agua o del charco; si está limitado, es un espejo.

Por tanto, aquel infinito número de gotas de que es portadora la lluvia al caer, son otros tantos espejos, contienen otras tantas reproducciones del sol. Para quien las mira de frente aparecen confusas y no se distingue el espacio que las

separa, debido a que la distancia impide calcularlo. Después, en lugar de cada una por separado, se hace visible una sola imagen borrosa resultado de todas. Aristóteles opina lo mismo. Dice: la mirada refleja los rayos que inciden sobre toda superficie lisa, y no hay nada más liso que el agua y el aire. Por tanto, también el aire denso refleja nuestra mirada.

Cuestiones naturales, I, 3, 5-7
(C. C. M.) (66)

249. Causas de los terremotos

Cuando una corriente de aire de considerable volumen ha ocupado totalmente un espacio hueco de la hierra, y empieza a debatirse en busca de salida, golpea con frecuencia las paredes que la aprisionan y sobre las que se asientan en ocasiones las ciudades. Estas paredes algunas veces sufren convulsiones de tal intensidad que echan por tierra los edificios colocados encima; otras veces las convulsiones alcanzan un grado que las paredes sobre las que descansa toda la techumbre del espacio hueco interior caen sobre el espacio vacío que hay debajo y ciudades enteras se precipitan en las inmensas profundidades. Si quieres creerlo, dicen que, en un tiempo, el monte Osa formaba cuerpo con el Olimpo, que después un terremoto los separó y, al escindirse, del tamaño de un solo monte se formaron dos; que entonces escapó el Peneo, que desecó los pantanos que padecía Tesalia, arrastrando consigo las aguas que, por no tener salida, se habían estancado. Al río Ladón, que corre entre Elis y Megalópolis, le abrió paso un terremoto. ¿Qué pretendo probar con esto? Que el aire se acumula bajo tierra en amplias cavernas –pues ¿de qué otro modo puedo llamar a los espacios huecos?–; si no fuese así, se verían afectadas grandes extensiones de tierra y oscilarían muchas si-

multáneamente. Ahora bien, lo acusan zonas poco extensas y nunca el movimiento alcanza doscientas millas. Por ejemplo, el que ha llenado el orbe de leyendas, no pasó de Campania. Y ¿qué decir de que cuando tembló Calcis, Tebas permaneciese en pie? ¿Y de que cuando lo sufrió Egio, Patras tan cercana conociese el terremoto sólo de oídas? La amplia convulsión que suprimió dos ciudades: Hélice y Buris, se detuvo en las cercanías de Egio. Por consiguiente está claro que los movimientos sísmicos se propagan por espacio equivalente al que ocupa en extensión el vacío existente bajo tierra.

Para probarlo podría usar del prestigio de grandes hombres que cuentan que Egipto nunca ha sufrido temblores de tierra. Y dicen que la razón de este hecho reside en que en su composición entra sólo el limo. En efecto, si se concede crédito a Homero, Paros distaba del continente el espacio que una nave a plenas velas puede recorrer en un día. Pero se fue aproximando a tierra firme. En efecto, el Nilo que fluye turbulento y arrastra en su curso mucho cieno, depositándolo continuamente sobre las tierras ya existentes, hace avanzar Egipto cada vez más allá, gracias al crecimiento anual. Por eso su suelo es fértil y limoso y no tiene intersticios, sino que adquiere solidez a medida que el limo se va secando. Su estructura era compacta y fija, pues es resultado de la aglutinación de las partes y no podía quedar ningún hueco en medio, pues al elemento sólido se sigue añadiendo siempre otro elemento líquido y blando. Pero también se mueven Egipto y Delos, isla a la que Virgilio ordenó mantenerse quieta: «Le concedió el ser habitada en reposo y despreciar los vientos». (Virgilio, *Eneida* III, 77.)

Cuestiones naturales, VI, 25-26, 2
(C. C. M.) [66]

249. Sinceridad epistolar: coherencia entre el lenguaje y la vida

Te quejas de que es poca la pulcritud de las cartas que te dirigimos. ¿Quién, de hecho, habla con pulcritud sino el que pretende hablar con afectación? Como mi conversación, si juntos estuviéramos sentados o caminando, resultaría sencilla y ágil, tales quiero que sean mis epístolas en las que nada hay de rebuscado o falso.

Si fuera posible preferiría mostrar mis sentimientos antes que expresarlos. Aun en el caso de sostener un debate, ni patearía, ni agitaría la mano, ni elevaría el tono de la voz; tales actitudes las reservaría para los oradores, satisfecho de haberte transmitido mi pensamiento sin haberlo embellecido, ni trivializado.

Esto es lo único de lo que quisiera persuadirte enteramente: que siento todo cuanto te digo y que no sólo lo siento sino que lo siento con amor. De un modo besan los hombres a la amante y de otro distinto a los hijos; con todo también en este abrazo tan puro y comedido evidencian suficientemente su cariño.

¡Por Hércules!, no pretendo que sean enjutas y áridas las conversaciones que dediquemos a temas tan elevados, porque la filosofía tampoco renuncia a las finuras del ingenio; no conviene, sin embargo, consumir mucho esfuerzo en las palabras.

Sea éste, en esencia, nuestro propósito: expresar lo que sentimos y sentir lo que expresamos; que nuestra forma de hablar concuerde con nuestra vida. Ha cumplido su promesa quien, tanto al verle como al escucharle, se muestra el mismo.

Epístolas morales a Lucilio, 75, 1-4
(I. R. M.) (67)

250. Causas de la degeneración del estilo

Preguntas por qué motivo, en determinadas épocas, ha surgido un género corrupto de elocuencia y cómo se ha producido una tendencia de los hombres de talento hacia ciertos defectos, de suerte que haya estado en auge ora una expresión ampulosa, ora amanerada y compuesta a modo de cantinela; por qué, unas veces, han gustado pensamientos audaces y paradójicos y, otras, las sentencias tajantes y ambiguas en las que había que entender más de lo que se escuchaba; por qué ha existido alguna generación que usaba sin mesura del derecho a la metáfora. La razón la hallamos en la máxima que comúnmente solemos oír y que se ha convertido entre los griegos en proverbio: tal es el estilo de los hombres cual es su vida.

En efecto, como la conducta de cada uno concuerda con sus palabras, así la forma de expresión refleja a veces las costumbres públicas, si la moralidad ciudadana ha flaqueado y se ha dado a los placeres. Constituyen una prueba de la corrupción pública la expresión afectada cuando no se manifiesta sólo en alguno que otro, sino que ha sido aprobada y acogida por todos.

No puede ser uno el carácter del intelecto y otro el del alma. Si ésta es sana, ordenada, austera, temperante, también el intelecto es sano y sobrio: cuando el alma está corrompida, también aquél queda contaminado. ¿No ves cómo si el alma languidece, los miembros se arrastran y las piernas se mueven lentamente? ¿Si está enervada, se manifiesta la molicie en el mismo andar? ¿Si es vivaz y enérgica, el paso se apresura? ¿Si se enfurece o, lo que es análogo al furor, se enoja, el movimiento corporal está alterado y uno no avanza espontáneamente, sino que se ve arrastrado? Cuánto más debes pensar que otro tanto acontece con el intelecto, que todo él está compenetrado por el alma, de ella es hechura, a ella obedece y le pide las normas de conducta.

Cómo vivía Mecenas, cómo caminaba, cuán afeminado era, cómo le gustaba ser contemplado, cómo no quería que sus defectos quedasen ocultos, es demasiado sabido para que ahora tengamos que contarlo. Pues ¿qué? ¿Su estilo no fue tan descuidado como él mismo desceñido? ¿Sus palabras no fueron tan extrañas como su compostura, su cortejo, su casa, su esposa? Hubiera sido hombre de gran talento si lo hubiera dirigido por un camino más recto, si no hubiera evitado ser entendido, si en su discurso no se hubiera desbordado. Así pues, reconocerás en él la elocuencia de un hombre ebrio, embarullada, tendente a divagar, llena de licencias.

Epístolas morales a Lucilio, 114, 1-4
(I. R. M.)[68]

251. Defensa del estilo de Fabiano

Me escribes que has leído con suma avidez los libros de Papirio Fabiano que tratan *Sobre temas políticos*, pero que no han respondido a tus expectativas; luego, olvidándote de que se trata de un filósofo, censuras su estilo. Suponte que es como dices y que disemina profusamente las palabras sin ponerlas en orden. Primeramente, este modo de escribir tiene su gracia, y el discurso que se desliza dulcemente tiene su particular decoro; pues estimo que existe mucha diferencia entre la expresión precipitada y la fluida. Añade, además, que en el extremo que voy a demostrar se da también una gran diferencia.

Fabiano me da la impresión de que no presenta un estilo desbordante, sino fluido: hasta tal punto es amplio y no desordenado, aunque proceda con cierta rapidez. Confiesa paladinamente y demuestra que no ha sido elaborado, ni pulido largo tiempo. Pero admitamos que es como tú deseas: él

trata de moldear las costumbres, no las palabras, y dirige estos escritos a las almas, no a los oídos.

Además, si le hubieses oído hablar, no te hubiera sido posible fijarte en las partes del discurso: hasta tal punto te hubiese cautivado el conjunto. Casi siempre los discursos que agradan por el ímpetu con que se pronuncian, destacan menos al consignarlos por escrito. Pero tiene, asimismo, mucha importancia atraer la atención desde el primer momento; aun cuando un examen cuidadoso vaya a encontrar detalles que reprender.

Según mi parecer, es mejor el orador que sabe arrancar tu asentimiento, que el orador que lo merece; aunque sé que el segundo es más seguro, sé que puede prometerse con más decisión la eficacia en el futuro. Un estilo elaborado no conviene al filósofo: ¿cómo, pues, será animoso y constante, cómo se pondrá a prueba quien se preocupa por las palabras?

Fabiano no era descuidado en su expresión, antes bien seguro. Por ello no encontrarás en ella nada rastrero: sus palabras son escogidas, no rebuscadas, ni dispuestas, conforme a la moda de nuestro tiempo, en contra del orden natural o con cambio de significado, sino que son brillantes, aunque las haya tomado del uso corriente. Te encontrarás ante pensamientos nobles y elevados, no condensados en una sentencia, sino desarrollados con amplitud. Apreciaremos alguna frase poco abreviada, alguna poco estructurada, alguna ajena al refinamiento de nuestros días, mas cuando hayas contemplado la obra en su conjunto, no apreciarás ninguna sutileza inútil.

Epístolas morales a Lucilio, 100, 1-5
(I. R. M.)[68]

PETRONIO

La autoría del Satiricón *es incierta y también su fecha de publicación, si bien nos inclinamos a aceptar que el Petronio que figura como su autor es el mismo cuya muerte nos describe Tácito en los* Anales, *y por tanto su vida debió de transcurrir, probablemente, en el siglo I d.C. Formaba parte del círculo de íntimos de Nerón y era un personaje tan extravagante y refinado, que su vida (y también su muerte) parecen encajar bien con el tono del libro del que supuestamente fue autor. Tampoco conocemos la forma de la obra, ni el número de libros de que constaba.*

Tantas incertidumbres sobre autor, fecha, forma y número de libros se compensan por la calidad de lo que poseemos, quizás la obra más original de la literatura latina. Su parentesco con la producción satírica romana es real, su mezcla de prosa y verso, de narración y reflexión, mimetismo y abstracción, comicidad y patetismo parecen derivarse de la llamada «sátira menipea», mientras que su relación con lo que llamamos «novela sentimental» griega también parece indudable. Sobre todo por sus héroes, una pareja de homosexuales que, persiguiendo a un amigo más joven, en vez de recorrer el mundo plano y siempre igual a sí mismo de la pareja de enamorados

de la novela griega, realiza un viaje, en compañía de un viejo poetastro, por los bajos fondos de varias ciudades de la Italia del imperio, argumento que permite engarzar narrativamente, en la medida en que nos es permitido saberlo, todo el despliegue de vicios que de manera discursiva e intelectual figuraban en la temática de la sátira. Además de esto, el autor experimenta un auténtico goce en la descripción de ambientes y personajes, con un grado de mimetismo sin igual en la ya de por sí realista y tremendista literatura romana, y un gusto por la narración como tal, que lo lleva a intercalar numerosos relatos cortos sin ningún otro propósito que no sea el de divertir. Con todo, lo más valioso de la obra está en su tono y su lenguaje. Una ironía constante, que desemboca en muchas ocasiones en lo grotesco, marca las distancias que Petronio se toma con respecto a sus personajes, verdaderos pícaros perdidos en las márgenes de la realidad social, y esa ironía utiliza como medio de expresión un lenguaje, único en latín, que se aproxima al de la lengua hablada quizás más que el de cualquier otra obra, y al mismo tiempo posee esa tensión estilizante que fija lo vulgar por su alto mimetismo y lo convierte en modelo, en virtud de su capacidad para captar lo típico. La literatura griega, casi siempre insuperable, no puede exhibir nada semejante al Satiricón.

252. Presentación de los personajes: Encolpio, Ascilto y Gitón

Como a través de la niebla pude divisar a Gitón subido en la acera de la calle y me dirigí hacia él. Al preguntarle yo si como buen hermano que era nos tenía algo preparado para comer, el muchacho, por toda respuesta, se sentó en la cama y empezó a enjugarse con el dedo sus abundantes lágrimas.

Sobresaltado yo por la actitud del hermano, le pregunté

qué le había sucedido. Él, después de mucho tiempo y a disgusto y no sin antes haberle obligado con amenazas, me dijo:

–Ese que dices tu hermano o tu compañero o lo que sea, se te adelantó a este lugar y el muy malvado ha intentado violentar mi pudor. Al gritar yo con todas mis fuerzas, él, empuñando la espada, me dijo:

–Si tú eres Lucrecia, aquí está Tarquinio.

Al oír esto lancé mis puños a los ojos de Ascilto.

–¿Qué es lo que estás diciendo –le repliqué yo–, seductor empedernido de mujeres y a quien además le huele mal el aliento?

Ascilto –con horror fingido– encrespó las manos gritando todavía con más fuerza:

–¿Es que no vas a callar, gladiador obsceno, a quien desechó por inútil la arena? ¿No te callarás, vagabundo nocturno, que no fuiste capaz de conquistar a una mujer inocente cuando pudiste hacerlo? ¿No había la misma razón cuando fui tu hermano en el bosque, que ahora que haces de muchacha en la posada?

–Te escabulliste –le contesté yo– mientras hablaba con el preceptor (Agamenón).

–¿Y qué querías que hiciera, pedazo de mostrenco, muerto como estaba de hambre? ¿O crees que me debía quedar allí oyendo sus sentencias, que es como decir la ruptura de cristales o las interpretaciones de sueños? Más desvergonzado eres tú, por Hércules, que con tal de cenar no tuviste empacho en adular a un poeta.

Así fue como ahogamos en risas una discusión bochornosa, pasando ya con más calma a otros asuntos [...].

Pero el recuerdo de la ofensa no se me iba de la memoria.

–Ascilto –le dije–, comprendo que no podemos vivir juntos. Repartamos, entonces, lo que hay en nuestros fardelillos comunes y tratemos de hacer frente a nuestra pobreza con nuestros propios medios. Ni tú ni yo somos unos ignoran-

tes. Por ello, y para no vivir a tus expensas, yo elegiré un sistema de vida diferente. De lo contrario, todos los días nos veremos enfrentados por mil razones y seremos la comidilla de toda la ciudad.

Ascilto no dijo que no a mi propuesta.

–Pero has de saber –me dijo– que hoy estamos invitados a cenar como hombres de letras. No debemos perder una noche como ésta. Mañana (ya que ése es tu deseo) trataré de buscar una casa y un nuevo hermano.

–Es perder tiempo –le dije– retardar lo que agrada [...]

Pero la verdad era que había en mí un deseo o pasión interna que me empujaba a precipitar tal separación. Hacía tiempo, en efecto, que quería deshacerme de este testigo molesto y así poder volver a la vieja intimidad de mi querido Gitón [...].

Después de haber examinado despacio todos los rincones de la ciudad, me volví a mi apartamento. Allí, por fin, pude fundirme en besos y abrazos ardentísimos con mi muchacho Gitón. Mi goce fue tan grande que temí ser envidiado. Todavía no había llegado al clímax de mi deleite cuando Ascilto se plantó furtivamente ante la puerta y haciendo saltar la cerradura con gran estrépito me descubrió jugando con el hermano.

Llenó la estancia de risas y aplausos. Luego tiró del manto que nos cubría a mi amiguito y a mí, diciendo:

–Eh, ¿qué es lo que estabas haciendo, hermano santísimo? ¿Qué? ¿Acaso no estáis compartiendo los dos una misma tienda?

Y no se paró en las palabras, sino que, sacando una correa del fardel, empezó a azotarme con ella, acompañando el acto con palabras llenas de insolencia:

–Y esto para que aprendas a dividir con tu hermano [...]

Satiricón, 9-11
(P. R. S.)[69]

253. La cena de Trimalción

No bien hubo dicho estas palabras aparecieron cuatro danzarines, quienes al son de la música retiraron la tapa superior del repositorio. Esto nos permitió ver debajo, es decir, en otro plato, pollos suculentos y ubres de puerca, y en el centro una liebre, adornada con alas para que se asemejase a Pegaso.

En los lados del repositorio pudimos ver también cuatro Marsias. De sus odrecillos escurría garo con pimienta sobre unos pescaditos que parecían nadar en un canelillo. Aplaudimos todos, siguiendo el ejemplo de la servidumbre, y a grandes carcajadas nos lanzamos a tan exquisitos manjares.

–Trincha –gritó Trimalción, no menos satisfecho del nuevo plato.

Y al punto se adelantó el trinchante, quien gesticulando al acorde de la música, fue troceando la carne. Semejaba a un gladiador que desde su carro luchara al son del órgano hidráulico.

–Trincha, trincha –repetía Trimalción con voz insistente.

Sospechando yo que alguna nueva broma se escondía en aquella tan repetida palabra, pregunté sin empacho por su significado a mi vecino.

–¿No ves –acostumbrado como estaba a esta clase de juegos–, no ves al que trincha la carne? Se llama Trincha. De forma que cuando Trimalción dice «Trincha», con la misma palabra le llama y le ordena.

Yo ya no podía comer más. Me volví entonces a mi vecino y con ánimo de sonsacarle lo más posible comencé a hacerle multitud de preguntas. Comencé a preguntarle por la mujer que iba y venía por todas partes.

–Es la mujer de Trimalción –me contestó– y se llama Fortunata. Su dinero lo cuenta por modios o celemines. ¿Y qué era ella poquísimo tiempo ha? Tu genio tutelar me perdone, pero te habrías avergonzado de recibir de su mano un peda-

zo de pan. Ahora, sin saber cómo ni por qué, está en gloria y es el oráculo para Trimalción. Si ella dice que a mediodía es de noche, él lo creerá a pie juntillas. Tan rico es que ni él mismo sabe lo que tiene. La muy zorra está en todo y salta donde menos lo piensas. Enjuta, sobria, de buenas palabras: vale lo que pesa en oro. Pero tiene tan mala lengua como urraca de almohada. Ya sabes, a quien quiere lo ama de verdad; a quien no ama, es que no lo ama. Las fincas de Trimalción sólo las cubre el vuelo del milano. Y dinero a paladas. En la estancia de su portero hay más plata que la que tiene cualquiera de nosotros. Pero ¡ayayay! No me equivocaría un pelo si jurara por Hércules que ni la décima parte de sus esclavos conoce a su patrón. Para qué seguir, hasta sería capaz de enterrar, si pudiera, a cualquiera de estos imbéciles en una hoja de ruda.

»Ni por un momento pienses que Trimalción compra nada. Todo se produce en casa: lana, limones, pimienta. Si se te antojara la leche de gallina, no dudo que la encontrarías en su casa. En resumen, que como la lana que se producía no le pareció buena, compró carneros de Taranto y los cruzó con su rebaño. Para obtener miel del Ática, mandó traer abejas de Atenas, y así, de paso, ha mejorado las nativas cruzándolas con las griegas. No ha muchos días ha escrito a la India, encargando semillas de setas. Y no tiene ninguna mula que no haya nacido de onagro. ¿Ves todos esos almohadones? Todos son de pluma púrpura. ¡Su corazón rebosa felicidad!

Satiricón, 36-38, 5
(P. R. S.) [69]

254. El hombre lobo

–Antes acostumbrabas a ser más ocurrente en la mesa –dijo Trimalción, volviéndose a Nicerote, cuando ya todos se habían augurado los mejores deseos de salud para el cuerpo y para el alma–. Ahora no acierto a saber por qué callas y no dices ni mu –prosiguió–. Ea, si quieres verme feliz, cuéntanos alguna de tus aventuras.

–Que se me vaya de la mano todo buen negocio –dijo Nicerote, visiblemente complacido por la amabilidad de su amigo– si hace rato que no reviento de alegría al verte como te estoy viendo. Divirtámonos, pues, aunque temo que estos sabihondos se van a reír de mí ¡Peor para ellos! Yo contaré mi aventura. ¿Acaso puede quitarme algo el que se ría? En realidad, mejor es hacer reír que ser objeto de risa.

Y dicho esto nos contó la siguiente historia:

–Siendo yo todavía esclavo, vivíamos en la calle estrecha, en la que hoy es casa de Gavila. Quisieron los dioses que allí comenzaran mis amores con la mujer de Terencio, el tabernero. Tendríais que haber conocido vosotros a Melisa, la tarentina, un bomboncito de mujer. Pero os juro que yo no me enamoré de ella por su cuerpo o por otro atractivo carnal. Fueron más bien sus dotes morales. Nunca me negaba lo que le pedía. Si ganaba un as, sabía yo que me daba medio. Por mi parte, yo todo lo guardaba en su bolsa y nunca me faltó nada.

»Un buen día, su compañero encontró la muerte en la finca. Enterado yo de ello, busqué por todos los medios la manera de estar a su lado, pues, como se dice, los amigos se manifiestan en las tribulaciones.

»Quiso la suerte que mi amo saliera hacia Capua para vender no sé qué trapos finos. Aproveché esta ocasión y convencí a un huésped que teníamos en casa para que me acompañara hasta el quinto miliario. Era, en efecto, un soldado fortachón como el Orco. Convinimos en salir sobre el canto

del gallo. La luna brillaba como si fuera pleno día. Cruzamos entre las tumbas. Mi hombre se deslizó entre las estelas funerarias a hacer sus necesidades mientras yo le esperaba sentado canturreando y contando las estelas. Al volverme a mirar a mi compañero después de un rato, vi cómo se desnudaba y cómo dejaba sus vestidos junto al camino. Tenía el alma en un puño y me sentí morir. Meó luego alrededor de su ropa y de repente se convirtió en lobo. Que nadie crea que estoy bromeando. Yo no mentiría ni por todo el oro del mundo.

»Como os iba diciendo, después de convertirse en lobo comenzó a aullar y huyó al bosque. Yo, desorientado al principio, no sabía dónde me encontraba; después me acerqué a coger sus vestidos. Pero se habían convertido en piedra. Si alguien puede morir de miedo, ése era yo. No obstante, empuñé la espada y repitiendo "matavitata", me abrí paso cortando las sombras a estocadas hasta llegar a la casa de campo de mi amiga.

»Entré convertido en un espectro. A punto de expirar. El sudor me caía a chorros por la entrepierna y tenía la mirada lívida. Apenas si pude recuperarme. Mi Melisa quedó asombrada al verme llegar a una hora tan avanzada.

»–Si hubieras venido un poco antes –me dijo–, al menos nos habrías podido echar una mano. Has de saber que un lobo entró en la finca y como carnicero ha degollado a todo el ganado. Pero, aunque escapó, no se salió del todo con la suya. Uno de nuestros criados le atravesó el cuello con una lanza.

»Al oír esto ya no pude pegar ojo en toda la noche. Al amanecer tomé las de Villadiego y como el tabernero desplumado de la fábula me vine a casa de nuestro Gayo. Al llegar al punto donde los vestidos se habían petrificado sólo pude ver una mancha de sangre. Cuando por fin pude llegar a casa, encontré a mi soldado tendido en su cama y gimiendo como un buey. Un médico le curaba el cuello. Comprendí entonces que era un hombre lobo.

»Desde entonces no compartiría yo con él ni un pedazo de pan, así me mataran. Que cada uno piense lo que quiera de este asunto. En cuanto a mí, que vuestros dioses tutelares me castiguen si miento.

Satiricón, 61-62
(P. R. S.)[69]

255. La viuda de Éfeso

Por lo demás, Eumolpo –abogado de los que estábamos en peligro y autor de la concordia presente– no quiso que toda nuestra alegría se ahogara en el silencio por falta de conversación. Comenzó, pues, a ironizar a costa de la frivolidad de las mujeres: se enamoran muy fácilmente y se olvidan muy pronto hasta de los hijos. Llegó a afirmar que no hay mujer tan honesta que, bajo cualquier pasión extraña, no cometa desvaríos. Y no lo digo –afirmó– recordando tragedias antiguas ni personajes célebres de siglos pasados, sino hechos que tengo en la memoria y que expondría si estábamos dispuestos a escuchar.

Así pues, puestos nuestros ojos y oídos en él, comenzó de la siguiente manera:

–Vivía en Éfeso una matrona de tan reconocida virtud que era todo un espectáculo para todas las vecinas de los alrededores. Cuando murió su marido no se contentó con acompañar su cadáver –como todo el mundo–, con el pelo suelto y golpeándose los pechos desnudos a vista del cortejo. Siguió al difunto hasta el lugar del sepulcro y tras colocar el cuerpo en un hipogeo al estilo griego, comenzó a velar el cadáver día y noche sin interrupción. Tan dispuesta estaba a morir de hambre que ni parientes ni amigos pudieron hacerla desistir de su propósito. También los magistrados tu-

vieron que retirarse después de ser rechazados por ella. Todos se condolían de un dechado tan singular de mujer que llevaba ya cinco días sin probar alimento.

»Acompañaba en su duelo a la viuda una fiel criada que unía sus lágrimas a las de la apenada y que reavivaba la lámpara mortuoria cuando languidecía. En toda la ciudad no había más que un solo tema de conversación. Y los hombres de toda condición se hacían lenguas del ejemplo más claro y auténtico de pudor y de amor.

»Por aquellos días, el gobernador de la provincia mandó crucificar a ciertos ladrones cerca de la tumba donde la matrona lloraba el cadáver de su difunto marido. La noche siguiente, un soldado que vigilaba las cruces para que nadie llevase los cuerpos a enterrar, vio una luz más resplandeciente entre los sepulcros y oyó los gemidos de la doliente. Arrastrado por el vicio de la curiosidad humana, quiso saber quién era y qué hacía. Bajó, pues, a la tumba, y al ver a aquella espléndida mujer, quedó petrificado y perplejo, cual si se tratara de un monstruo o de fantasmas abismales. Pronto, no obstante, pudo advertir lo que pasaba cuando vio el cadáver y las lágrimas y el rostro arañado de la mujer. Se trataba de una mujer que no se resignaba a no poseer a su marido. En consecuencia, el soldado trajo su pobre cena y empezó a exhortar a la afligida mujer.

»–Debes acabar con ese dolor inútil –le dijo–. Has de aliviar tu pecho de esos gemidos que no conducen a nada. Recuerda que todos tenemos el mismo fin y la misma morada.

»Y terminó recordando todo lo que se dice en esos casos para curar las almas ulceradas.

»Herida por un consuelo absurdo, la mujer se rasgaba con más vehemencia el pecho y cubría el cuerpo del difunto con los mechones de pelo que se arrancaba. No cedió el soldado, antes bien con la misma exhortación de antes trató de que la pobre mujer probara el alimento. Seducida por el aroma del vino, la primera en tender la mano desfallecida a

la cortesía del que invitaba, fue la criada. Refocilada con la comida y la bebida, ésta comenzó a socavar la resistencia de su ama.

»–¿Te servirá de algo todo esto –le increpó– si te dejas morir de hambre, si te entierras viva y si antes de que se cumpla el destino entregas tu alma inocente? ¿Crees que la ceniza y los manes aquí sepultados se acuerdan de nosotros? ¿Quieres volver a vivir? ¿Quieres disfrutar de las alegrías de la luz cuando te dé la gana y acabar con ese perjuicio de mujer? El mismo cadáver aquí presente te debe enseñar a vivir.

»A nadie disgusta oír que le invitan a comer y a vivir. Después de varios días de abstinencia, la mujer, extenuada, consintió en romper su obstinación. Y se atracó de comida tanto como su criada, que fue la primera en rendirse.

»Pero ya sabéis qué tipo de tentaciones suelen asaltar a los humanos una vez han llenado su estómago. La misma seducción que el soldado había empleado para que la matrona tomase gusto a la vida, la dirigió ahora al asalto de su pudor. Por lo demás, el joven no pareció tan feo y falto de palabra a la casta viuda. Tanto más que la criada no cesaba de recomendar su belleza y de repetir a modo de estribillo:

¿Rechazarás ahora un amor que te solicita?
¿Y no piensas en qué campos acabas de aterrizar?

»¿Para qué detenerse más? Tampoco la mujer fue capaz de mantener el ayuno en esta parte del cuerpo. Y el soldado salió victorioso al persuadirla de ambas cosas. Durmieron juntos aquella noche, que fue la de la boda, y la noche siguiente y una tercera. Es de suponer que bien cerradas las puertas del sepulcro, con el fin de que si algún conocido o desconocido se acercara al mismo, creyera que la castísima esposa había expirado sobre el cuerpo de su marido.

»Nuestro soldado estaba encantado tanto de la belleza de la mujer como del secreto de sus amores. Según sus posibili-

dades, compraba de lo mejor que había en el mercado y en cuanto anochecía lo llevaba al sepulcro.

»Sucedió, pues, que los padres de uno de los crucificados, aprovechando que la guardia estaba desasistida, descolgaron el cadáver y le rindieron los últimos honores mientras el soldado de turno se divertía. Cuando al día siguiente vio la luz sin el cadáver, temiendo el castigo que le esperaba, corrió a contárselo a la mujer.

»–No esperaré la justicia del juez –le dijo–. Yo mismo con mi espada me haré justicia por mi descuido. Sólo te pido un lugar y que el sepulcro sirva para el amigo y para el marido.

»–No quieran los dioses –le contestó la mujer, tan piadosa como honesta– que tenga que presenciar yo al mismo tiempo el funeral de los dos hombres para mí más queridos. Prefiero colgar al muerto que matar al vivo.

»Y de acuerdo con estas palabras mandó sacar del ataúd el cadáver de su marido y clavarlo en la cruz que quedaba libre. El soldado puso en práctica la idea de aquella mujer tan sagaz. Y al día siguiente, el pueblo se preguntaba maravillado cómo un muerto se habría subido a la cruz.

Satiricón, 110, 6-112, 8
(P. R. S.) (69)

256. Poema de la Guerra Civil

Ya el vencedor romano era dueño del universo entero:
tierra y mar, todo el espacio que recorren las dos luminarias.
Y no estaba satisfecho.
Sus naves –bien cargadas y batidas por las olas–
surcaban todos los mares.
Si se descubría un golfo, una región lejana
productora del rubio oro,
allí había un enemigo: los hados eran proclives a la guerra

y seguía la búsqueda del oro.
Ya no apetecían los goces sencillos
ni la plebe gustaba de los placeres de dominio común.
El soldado se hacía lenguas del bronce de Corinto.
El brillo de las piedras sacadas de la tierra
rivalizaba con la púrpura.
Númidas y Seres pregonaban aquí y allá vellocinos exóticos,
y el mismo pueblo árabe había expoliado sus campos.
Más desastres y más heridas de una paz vulnerada.
A precio de oro se va a la caza de las bestias.
Se arrancan de cuajo los espesos bosques de Hamón en
[África
para que no falte el monstruo de colmillos asesinos y pre-
[ciosos.
Un hambre extraña empuja a las naves:
es el tigre que viaja en jaula de oro
a beber la sangre humana entre los aplausos del pueblo.
¡Ay!, vergüenza me da decir y propalar destinos de perdición:
Siguiendo la moda persa, se rapta a hombres
en la flor de la juventud y se les castra con el hierro,
apartándoles así del amor.
Con ello se detiene la fuga veloz del tiempo
y se retarda el paso galopante de los años.
¡La naturaleza se busca a sí misma y no se encuentra!
A todos gustan los cinedos afeminados,
sus andares lánguidos de cuerpos sin nervio,
sus cabellos lacios,
las modas innumerables de su indumentaria
y los disfraces de una virilidad perdida.
Observad las mesas de madera de cidro traídas de los
bosques de África: recuerdan la púrpura del banquete y los
[rebaños de esclavos.
Sus vetas y taraceas despiden reflejos engañosos de oro
que sólo sirve para excitar los sentidos.
Esta madera estéril y tristemente famosa
convoca en torno a una chusma de gente ebria de vino.

El soldado errante, armas en mano,
reclama para sí todos los bienes del mundo.
La gula aguza el ingenio.
Se trae vivo a nuestras mesas
el escaro que vive en las aguas de Sicilia
y la ostra cogida a orillas del lago Lucrino
sube el precio de las cenas, y estimula el apetito
a costa del bolsillo.
Ya las aguas del Fasi echan de menos sus aves
y sus riberas silenciosas
respiran el viento que agita su desierta fronda.
No menor locura reina en el campo de Marte
y los quirites se dejan comprar
y corren a dar su voto a quien promete mejores ganancias
y donde suena el dinero.
Está en venta un pueblo y también su Senado.
El favor político tiene un precio.
Los mismos ancianos han olvidado las exigencias de la libertad.
El tesoro público se ha dilapidado.
El poder ha cambiado de mano
y se ha envilecido la más alta magistratura, comprada por el oro.
Catón es vencido, rechazado por el pueblo.
Más triste está el vencedor y se cubre de vergüenza
por haber arrebatado los fasces a Catón.
No es la derrota de un candidato.
Es el signo evidente de nuestra infamia
y de la ruina de las costumbres.
Con él cayó por tierra el poder y la gloria de Roma,
Roma, ciudad perdida: traficante y mercancía,
presa y predadora sin venganza posible.
Un doble remolino arrastra al vil populacho:
la sucia usura y las deudas como sistema.

Satiricón, 119, 1-52
(P. R. S.) [69]

CELSO

Aulo Cornelio Celso, que vivió en época del emperador Tiberio, en la primera mitad del siglo I d.C., es el autor de una obra, Artes, *de carácter enciclopédico y con una marcada finalidad práctica, que contenía nociones de distintas disciplinas técnicas, derecho, retórica, filosofía y arte militar. Pero de su magna obra sólo se conservan ocho libros* Sobre medicina. *A pesar de tratarse de un profano, Celso traza en ellos una exposición clara de las doctrinas y los tratamientos médicos de época helenística, con un estilo fluido de clara ascendencia clásica. Esta obra, olvidada en la Antigüedad tardía, fue impresa en el siglo XV y redescubierta tanto en su contenido como en su lenguaje por el Humanismo renacentista.*

257. Por qué se engorda y se adelgaza

Las circunstancias que ayudan a engordar son: el poco ejercicio y mucho reposo; el uso de unciones; el baño después de la comida; el vientre más bien estreñido; el frío poco riguroso; en invierno, el sueño completo, y no demasiado largo; la

cama blanda y el espíritu tranquilo. En cuestión de alimentos y de bebidas, las sustancias dulces y grasas; las comidas no distanciadas, y lo copiosas que el estómago pueda soportar. Hacen adelgazar las inmersiones en agua caliente, sobre todo si es salada; el baño en ayunas; el ardor del sol, o cualquier otro calor; las vigilias; las preocupaciones; el dormir insuficiente o excesivamente; la costumbre de acostarse en tierra en verano o en lecho duro en invierno; las carreras; los paseos prolongados y los ejercicios violentos; las purgas, los vómitos, las sustancias ácidas y astringentes, y, por último, la costumbre de no hacer más que una sola comida al día y la de beber en ayunas vino no muy frío.

Los ocho libros de medicina, I, 3, 15-16
(A. B.) (70)

POMPONIO MELA

Pomponio Mela (siglo I d.C.), procedente de la zona costera del sur de Hispania, es el autor de la primera descripción latina conservada de la tierra, la Corografía, *llamada también* Sobre lugares. *La obra, escrita en torno al 42 o 44 d.C., está articulada en tres libros y, tras una concisa descripción de los tres continentes conocidos, Europa, África y Asia, narra con detalle las peculiaridades de las tierras de los países que bordean el Mediterráneo en forma de periplo, es decir, siguiendo el orden de una circunnavegación costera. Junto a los datos geográficos, Mela incluye observaciones históricas y legendarias, de fenómenos naturales o rasgos de los pueblos que la habitan. Se basa en general en fuentes anteriores y, por la forma de manejar éstas y por su estilo, se ha pensado en que fuera orador de origen.*

258. Descripción de Hispania

La misma Hispania, rodeada por todas partes por el mar, a no ser por donde alcanza a las Galias, y especialmente estrecha donde es contigua a ellas, se prolonga poco a poco hacia el Mar Nuestro y hacia el Océano; cada vez más extensa llega al oeste y alcanza allí su máxima extensión y es tan rica en hombres, caballos, hierro, plomo, cobre, plata y oro y tan feraz que, si en alguna parte es pobre por la escasez de agua y distinta de ella misma, sin embargo produce lino o esparto. Está diferenciada con tres nombres, parte de ella es llamada Tarraconense, parte Bética y parte Lusitania. La Tarraconense, limitando por el lado de arriba con la Galia y por el otro lado con la Bética y Lusitania, prolonga sus costados al Mar Nuestro por donde mira al sur, al Océano por donde mira al norte. A *ellas* las divide *el río* Anas y por eso la Bética da a uno y otro mar, por el oeste al Atlántico, por el sur al Nuestro. La Lusitania está expuesta sólo al Océano pero con su costado hacia el norte, con su frente al oeste. De las ciudades del interior fueron las más importantes, en la Tarraconense, Palencia y Numancia, ahora es Cesaraugusta; en la Lusitania, Mérida; en la Bética, Astigi, Híspalis y Córdoba. Y si recorres las costas, cerca de Cervaria hay una roca que empuja al mar a los Pirineos, luego el río Ticis junto a Rode, el Clodiano, junto a Ampurias, después el monte Júpiter a cuya ladera orientada al oeste, rocas sobresalientes que se levantan como peldaños ininterrumpidamente entre pequeños trechos, llaman Escaleras de Aníbal. De aquí a Tarraco las ciudades son pequeñas: Blande, Iluro, Betulo, Barcino, Subur y Tolobi; pequeños, los ríos, el Betulo junto al monte de Júpiter, el Rubricato en la costa de Barcino y el Mayor entre Subur y Tolobi. Tarraco es la ciudad más rica de las costeras en estos litorales. El pequeño río Tulcis la baña, más allá el gran Ebro a Dertosa. Desde aquí el mar se adentra en las tierras y, extendido primeramente con gran fuerza, luego

está dividido en dos golfos por un cabo al que llaman Ferraria, el primero es llamado Sucronense, el mayor y el receptor del mar a través de una gran boca y más estrecho a medida que más se va adentrando, recibe ríos no muy grandes: el Sorobe, el Turia y el Sucro, rodeando a las ciudades diferentes pero famosísimas de Valencia y aquella Sagunto, insigne por su lealtad y por su infortunio. El siguiente golfo, el Ilicitano, contiene a Alone, Lucencia e Ilice, de donde le viene el nombre. Aquí ya las tierras se adentran más en el mar y hacen más ancha a Hispania de lo que era. Pero, desde los lugares que han sido mencionados, hasta los inicios de la Bética no se debe recordar nada excepto Cartagena, a la que fundó Asdrúbal, caudillo de los púnicos. En sus costas las ciudades son oscuras y la mención de ellas se hace sólo para seguir el orden: Urci, en el golfo que llaman Urcitano; fuera de él, Abdera, Suel, Ex, Menoba, Málaga, Saldaba, Lacipo y Barbesula. Luego el mar se hace muy estrecho y las costas de Europa y África, cercanas entre sí, conforman los montes Abila y Calpe, las Columnas de Hércules, según dijimos al principio, que se introducen ambos en el mar, pero el Calpe más y casi entero. Éste, horadado de un modo admirable, tiene abierto casi medio lado por la parte por donde mira al oeste y para los que entran allí su totalidad es casi tan accesible cuanto se abre la gruta; más allá hay un golfo y en él Carteya, en otro tiempo, Tartesos según consideran algunos, y que pueblan fenicios, procedentes de África y, de donde soy yo, Tingentera. Luego Melaria, Belo y Besipon ocupan la orilla del Estrecho hasta el cabo de Juno. Éste, prolongándose con un saliente sesgado hacia el oeste y el Océano y frente al cabo Ampelusia, que dijimos que estaba en África, pone fin a Europa por el lado de nuestros mares.

Corografía, II, 6
(C. G. A.)[71]

COLUMELA

Lucio Junio Moderato Columela (siglo I d.C.), natural de Hispania (de la actual Cádiz), granjero en Italia tras servir al ejército en Siria, es el autor de un importante tratado sobre agricultura que enlaza con la tradición de estos escritos de Catón, Varrón y Virgilio. La obra, titulada De los trabajos del campo, *está organizada en doce libros, todos en una prosa sencilla y clara, salvo el décimo, escrito en hexámetros dactílicos a imitación de las* Geórgicas *de Virgilio. De una obra anterior sobre el mismo tema,* Sobre los árboles, *sólo se conserva un libro.*

259. El capataz ideal

Sea quien sea el capataz, debe asignársele como compañera una mujer que le retenga en la hacienda y que pueda ayudarle en determinados trabajos. Debe también ordenársele que no coma con la servidumbre y, mucho menos, con un forastero; a veces, no obstante, y como testimonio de consideración, puede dignarse invitar a su mesa en día festivo a quien

vea que cumple con puntualidad y se esfuerza en las faenas. No podrá efectuar sacrificios, si no es por mandato expreso del dueño. No admitirá en las fincas adivinos o hechiceras, gente que con su vana superstición impulsan a los ignorantes a realizar gastos y, después, a cometer maldades. No podrá visitar la ciudad o los mercados, si no es para comprar o vender algo que sea de su pertenencia; pues «el capataz, como dice Catón, no debe ser andariego», ni debe traspasar los límites de la hacienda como no sea para aprender algún cultivo, y aun esto si el lugar adonde va está tan próximo que le permita no desatender sus obligaciones. No debe consentir que se hagan sendas o lindes nuevas en el campo, ni debe admitir a huésped que no sea amigo o pariente del dueño.

Junto a estas prohibiciones, se le debe exhortar al cuidado de los instrumentos de labor y de las herramientas, de las que debe guardar, reparadas y a buen recaudo, el doble de lo que el número de esclavos exige, a fin de no tener que pedir al vecino nada prestado, pues el tiempo que pierden los esclavos en ir a buscarlas tiene más valor que la herramienta en sí. Alojará y vestirá a la servidumbre con más comodidad que delicadeza, y la tendrá bien protegida del viento, el frío y la lluvia, inclemencias que se obvian con pellizas con mangas, con prendas de piezas de paño, o con sayos con capucha. Si así se hace, ningún día será tan intolerable como para no poderse ejecutar al raso alguna faena.

El capataz no sólo debe ser mañoso para las faenas agrícolas, sino que también, dentro de lo que cabe en su condición de esclavo, debe estar adornado de las virtudes del espíritu, para que ejerza su mando sin flaquezas ni crueldad, favorezca siempre, de entre los mejores, a quienes más lo merezcan, y sepa perdonar además a los menos buenos, de manera que más bien se tema su severidad que se deteste su crueldad. Esto lo podrá conseguir si emplea preferentemente su tiempo en procurar que sus subordinados no incumplan, en lugar de emplearlo en reprimir a los que incumplen

por no sentirse vigilados. Incluso para los peores esclavos, el mejor remedio consiste en darles trabajo, exigirles que lo cumplan con puntualidad, y que el capataz esté siempre encima de ellos. De este modo, cada encargado desempeñará con diligencia sus deberes, y los demás, tras la fatiga del trabajo, antes se decidirán por reposar y dormir que por divertirse.

De los trabajos del campo, I, 8, 5-11
(F. V.)[72]

B) ÉPOCA FLAVIA (71-96 d.C.)

POESÍA

SILIO ITÁLICO

Silio Itálico (26-ca. 101 d.C.), siguió las diversas etapas de su carrera política bajo los Emperadores, siendo cónsul en el año en que murió Nerón y procónsul en Asia Menor. Alejado de la vida activa, disfrutó de sus enormes riquezas retirándose a escribir a sus propiedades, en una de las cuales se encontraba la tumba de Virgilio, al que admiraba sobremanera.

Decidido a componer un poema épico, eligió la épica histórica, pero, a diferencia de Lucano, este hombre satisfecho con el régimen imperial y escaso de recursos poéticos no buscó un tema conflictivo como material de su obra, sino precisamente la Segunda Guerra Púnica. Silio se encontró así con que el tema se lo proporcionaba el mayor historiador y más entusiasta cantor de las glorias de Roma, Tito Livio, mientras que la técnica narrativa, tanto a gran escala (combates, catálogos de tierras y de tropas, mujeres guerreras, oráculos, intervenciones divinas, etc.) como en los límites del verso, se la proporcionaba su admirado Virgilio.

El poema, demasiado largo, nada menos que diecisiete libros, es escasamente memorable. Una épica histórica requiere o el entusiasmo y la fuerza de Ennio, o la sensibilidad y el ge-

nio de Virgilio, o el talante sombrío y grandioso de Lucano. Silio no poseía apenas nada de esto.

260. Hispania y los hispanos

El otro campamento lo ocupaban las cohortes hispanas, tropas auxiliares que se habían formado en Europa gracias a las victorias de su padre [Amílcar]. De este lado, los corceles de guerra llenan la llanura con sus relinchos, por el otro resuena su galope mientras arrastran, altas las cabezas, carros de guerra. Ni las ruedas echarían más chispas en los juegos eleos. Raza pródiga en donar su vida y propensa a apresurar su muerte. Pues en cuanto han pasado los años en que el vigor florece, no soporta vivir y la vejez desprecia y con sus propias manos pone fin al poder del hado. Hay en esta tierra todos los metales: el mineral de electro clarea en vetas de dos clases y una tierra áspera cría las ennegrecidas cosechas del hierro. Pero los dioses han ocultado la causa de los crímenes. El astur avariento, destrozando las profundas entrañas de la tierra, se hunde y regresa, infortunado, del mismo color que el oro. En esta parte compiten contigo, Pactolo, el Duero y el Tajo, y el que en tierra de gravios revuelve entre sus aguas arenas relucientes, trayendo a los pueblos que allí viven el olvido del infernal Leteo. No es tierra reacia al cereal ni poco acogedora para Baco, y no hay árbol que crezca más en ella que el olivo de Palas.

La Guerra Púnica, I, 220-238
(J. C. F. C.)

261. Un terremoto en plena batalla de Trasimeno

Mientras [Aníbal] así habla, lanza por su boca calientes bufidos y la ira escapa de su pecho a borbotones en súbitos arranques; como cuando el agua a la que se aplica un exceso de calor hierve y se escapa rebosante del encierro de un caldero de bronce abrasado. Entonces se lanza impetuoso al centro del combate y hostiga solamente a Flaminio, persiguiéndolo sin tregua; sin acobardarse por las palabras, aquél se enfrentaba al combate, y comenzaba Marte a aproximarse cada vez más, y uno y otro se hallaban ya unidos en combate, cuando, ¡qué horror!, un fragor repentino de las rocas, un súbito corrimiento de los montes, las altas cumbres de la cordillera que temblaban de arriba abajo; sacuden los bosques de pinos sus copas en lo alto y peñascos desprendidos se precipitan sobre las tropas que combaten. Muge la tierra en lo más hondo, retorcidas sus ciegas oquedades, y se raja en grandes simas; abismo interminable abre sus anchas fauces y descubre las sombras de la Estigia; los Manes del profundo temblaron de terror ante la luz, una visión antigua. El negro lago, elevándose a las alturas de los montes, sus aguas sacudidas de su ancestral asiento, cubrió las selvas tirrenas de una inundación desconocida. Este mismo desastre natural, esta horrible plaga, abatió por tierra y arrastró consigo al pueblo bajo y al real alcázar. Además, los ríos volvieron hacia atrás el curso subiendo a las montañas, mientras que un violento reflujo del mar sacudió las olas: dejando las montañas, los Faunos del Apenino huyeron hacia las costas.

La Guerra Púnica, V, 603-626
(J. C. F. C.)

VALERIO FLACO

La única obra que conservamos de este autor, de cuya vida, que transcurrió en la segunda mitad del siglo I d.C., sabemos poco, salvo que ostentaba un alto cargo religioso, es el Viaje de los Argonautas, *en ocho libros, de los cuales el último está incompleto. No se puede decir que el tema fuera novedoso en la literatura latina: al menos Ennio, Accio, Ovidio y Séneca se habían ocupado de la figura de Medea en sendas tragedias; por otro lado, Varrón de Atax en otras* Argonáuticas *y Ovidio en las* Heroidas *y las* Metamorfosis *dieron también tratamiento épico al viaje de la nave Argo en busca del vellocino de oro. Se le puede sumar a esto la construcción del personaje de Eneas por Virgilio a partir de rasgos de Jasón, y la del de Dido a partir de Medea, por lo que cabe preguntarse qué es lo que consiguió Valerio Flaco con su epopeya. Destaca la novedad en el tratamiento de la figura de Medea. La tragedia, sobre todo Séneca, le habrá dado al personaje un tono patético y paroxístico, mientras que Ovidio había retorizado las importantes decisiones que debía acometer. Pues bien, Valerio Flaco sabe evitar ambos escollos, poniendo el acento en una Medea tímida y virginal, en la que destacan los matices de carácter y las transiciones graduales en la toma de decisiones difíciles,*

como puede observarse en el fragmento que hemos seleccionado. El poeta viene después de una épica como la de Lucano, inclinada a lo barroco y espectacular y a la exhibición de la pasión, por lo que todo en él es más calmado e interiorizado, evitando, hasta donde es posible en esa época, los excesos de la retórica. Epopeya neoclásica que intenta recuperar el tono de Virgilio, quizás un tanto fría pero con más méritos de los que habitualmente se le reconocen.

262. Emoción de los Argonautas ante la primera noche en el mar

Ya el carro de Hiperión se echa encima de la meta del mar de Iberia y las riendas, tendidas hasta alcanzar lo alto, se aflojan en la cuesta abajo del día, cuando Tetis la anciana levantó los brazos y dispuso su regazo y sonó con estruendo el mar al ser roto por el divino Titán. La hora hacía aumentar su miedo, al ver el aspecto del cielo que giraba, las montañas y campos que de golpe eran robados a su vista y las tinieblas que se extendían densas alrededor de ellos. La calma de las cosas, el silencio del universo, los astros, la bóveda de estrellas, los cometas de cabellera suelta, todo les estremece. Como el hombre que hace un camino nocturno sin dar tregua a los ojos ni al oído al hallarse en una parte ignorada de la ruta –los campos oscuros a uno y otro lado y los árboles que aparecen de repente más grandes por las sombras hacen crecer los miedos de la noche–, no de otro modo temblaban los guerreros.

Viaje de los Argonautas, II, 34-47
(J. C. F. C.)

263. Medea responde a Jasón

Esto dice; ella, estremeciéndose, cuando ve que los labios del suplicante se han cerrado y que ahora le llega su turno de palabra, no ve, enloquecida, por dónde empezar, ni en qué orden, ni hasta dónde, queriendo ya decirlo todo en la primera frase, sin que la vergüenza y el miedo le presten las primeras palabras. Confusa, alzando finalmente con trabajo los ojos, así dice: «Por favor te lo pido, ¿por qué has venido, tesalo, hasta mis tierras? ¿Cuándo te he dado yo alguna esperanza? ¿Por qué no arrostraste tantos padecimientos contando solamente con tu valor? Con toda certeza tú serías hoy hombre muerto si yo hubiera temido abandonar la casa de mi padre, y con toda certeza a esta vida mía le aguardaba el trance cruel de la muerte. ¿Dónde está ahora Juno, dónde la doncella Tritonia, cuando en tamañas dificultades la única que te asiste soy yo, la reina de una casa extranjera? Hasta tú mismo te asombras, según creo, y ni estas selvas conocen en este momento a la hija de Aetes. Pero me doy por vencida ante tus hados; acepta suplicante ahora mis dones. Y si Pellas busca mandarte de nuevo a la muerte, y si te lanzas a nuevos peligros o nuevas ciudades, ¡ay!, no confíes en tu belleza». Había empezado ya a sacar de entre sus vestidos las hierbas del titán y los venenos perseicos, cuando se dirige de nuevo a Jasón con estas palabras: «Aun así, si todavía pones alguna esperanza en estos dioses, o si por casualidad tu propio valor puede librarte de una muerte segura, te pido una vez más, extranjero, que me dejes marchar a la casa de mi desdichado padre cuando aún soy inocente». Así decía, y al momento (pues las estrellas más rápidas ya se ponían y el Boyero empezaba a inclinarse en el borde del cielo), con gemidos y abundante llanto, como si le ofreciera la patria, al tiempo que su fama y su decoro, le ofreció al joven los remedios. Él alargó la mano y arrebató toda aquella energía. Después, cuando convertida ya en culpable el pudor ha abandonado

su rostro para no retornar jamás y la Furia la ha colmado con su proximidad, revuelve encantamientos y los vierte por los miembros y huesos del Esónida, va con siete murmullos por todo el ancho del escudo y hace la lanza del guerrero más pesada; y ya, aunque ausentes, los fuegos de los toros son más débiles. «Ahora vamos –le dice–, vuelve a coger el casco empenachado, que hace poco la fúnebre Discordia agarraba en su diestra. Lanza esto, cuando vuelvas la tierra, en medio de las mieses, y al instante la falange entera cargará enloquecida contra sus propias filas, y sobre todos mi padre se agitará admirado y tal vez clave en mí su mirada.» Después de hablar así dirigía más y más cada vez su pensamiento a alta mar y veía a los Minias desplegando las velas, y ella en tierra. Entonces, atravesada de un dolor insoportable, tomó al Esónida de la diestra y bajando la mirada, dice: «Acuérdate de mí, por favor te lo pido, y por mi parte, me acordaré de ti, te lo aseguro. Cuando de aquí te vayas, ¿puedes decirme qué parte del cielo profundo me volveré a mirar? Pero que a ti también te toque la inquietud por mi suerte, te halles donde te halles, pase el tiempo que pase; y ojalá quieras recordar quién eres ahora, y reconocer los dones que te he hecho, y no te avergüence haber sido salvado por las artes de una muchacha. ¡Pobre de mí! ¿Por qué tus ojos no vierten ninguna lágrima? ¿Disimulas que moriré en seguida por la justa cólera de mi padre? A ti te aguardan el gobierno feliz sobre tu raza, una esposa, unos hijos; a mí, morir olvidada. No me quejo y por ti hasta la vida abandonaré alegre». A estas palabras sin vacilar responde el extranjero (pues con invisibles encantos lo habían hecho cambiar y ya le había insuflado un amor semejante al que ella sentía): «¿Acaso crees al Esónida capaz de querer algo dejándote abandonada, o de soportar algún lugar sin tu compañía? Mejor que me devuelvas ante el rey; despójame de tus embrujos que no he agradecido y tómalos de nuevo. ¿Por qué he de tener ese amor a la vida? ¿Por qué desear la patria, si mi padre Esón no te

abraza también a ti la primera, y si a ti, refulgente de lejos con el oro de la piel que te pertenece, no acude gozosa a contemplarte Grecia entera donde empiezan las olas? Considera por favor estas palabras, y dales tu asentimiento, esposa mía: "Por ti, más poderosa que los dioses de arriba y los de abajo, y por estas estrellas, que se vuelven, muchacha, ante tus gestos, y por las horas de la prueba suprema que me aguarda, te hago este juramento: si alguna vez me olvidara de tu ayuda y de esta noche, si piensas que has dejado reino, casa y padres sin que yo mantenga estas promesas, que de nada me sirva el haber escapado de los toros y de los fieros hijos de la tierra, y que entonces bajo mi propio techo tus llamas y tus artes me arrebaten. Nadie pueda acudir en socorro de un ingrato, y, si hay algo más cruel, te pido que lo añadas y me dejes en medio del espanto"».

Viaje de los Argonautas, VII, 431-510
(J. C. F. C.)

ESTACIO

Hijo de un profesor de retórica que también fue poeta, Papinio Estacio (45-ca. 95 d.C.) heredó de su padre ambas habilidades y las ejerció entre su Nápoles natal y Roma, en la corte del despótico Domiciano. Como todos los poetas de la época, probó suerte en epopeyas de corte mitológico, de las que conservamos incompleta la Aquileida *y completa la* Tebaida, *pero ganó fama precisamente por los cinco libros de su obra menor, las* Silvas. *Los poemas comprendidos en estos libros muestran que la poesía había sufrido un grado de formalización y de retorización tan fuerte como las declamaciones en prosa, por lo que se valora en ella no tanto la originalidad –que se desespera de avanzar– como la capacidad de improvisación y rapidez de concepción. Y en ese sentido, Estacio se muestra insuperable, logrando en la poesía latina improvisaciones semejantes a las que ya antes habían alcanzado en la griega poetas como Archia y otros. La poesía se dedica a celebrar acontecimientos de la vida ciudadana, en los que Estacio, cediendo a la mentalidad de la época, se muestra adulador del poder imperial, a propósito de fiestas en el anfiteatro, inauguraciones de monumentos, etc., o como crónica de sucesos curiosos, donde a la ocasionalidad de la creación corresponde la*

del contenido. También se ocupa de sucesos, como cumpleaños, muertes, etc., en los que se puede echar mano de un fondo de tópicos y aplicarlos a una ocasión irrepetible. Para paliar el carácter efímero y pasadero que la ocasionalidad comunicaba a los poemas, en Estacio se da una preciosista búsqueda de la novedad en la expresión y un retorcimiento conceptuoso del contenido, al tiempo que un desenfrenado uso de la erudición mitológica, las perífrasis alusivas y otros procedimientos orientados a conferir carácter poético a un tema conocido mediante la oscuridad y dificultad del estilo. No demasiado atrayente y predecible algunas veces, Estacio poseía, sin embargo, verdadero talento poético, siendo para la Época Flavia un auténtico equivalente de Ovidio y Lucano.

264. Epístola introductoria al libro primero de las *Silvas*

Estacio a su amigo Estela, salud.

Estela, el mejor y más destacado de los jóvenes en cualquier parcela de nuestros estudios a la que quieras dedicarte, he tenido grandes dudas durante mucho tiempo sobre si publicar en un solo libro estos escritos que, en el ardor de la improvisación y con esa especie de deleite que da la prisa, me salieron uno a uno. ¿Qué falta hacía cargarlos también a ellos con la responsabilidad de una edición autorizada, cuando todavía temo por mi *Tebaida,* aunque ya no está bajo mi control? Pero leemos el *Mosquito* y aún reconocemos la *Guerra de las ranas,* y no existe uno solo entre los poetas ilustres que no haya hecho algún ensayo en un estilo más relajado antes de ponerse a sus obras de verdad. Además, ya era tarde para tenerlos guardados cuando ya los teníais en vuestras manos, por lo menos aquellos de vosotros en cuyo honor habían sido compuestos. Sin embargo, entre el resto de la gente es forzoso que no gocen de una buena parte de la

comprensión que habían tenido, al haber perdido el único mérito que poseían, el de la improvisación. Sí, porque ninguno de ellos tardó en escribirse más de dos días, y alguno incluso salió en uno solo. Aunque mucho me temo que la verdad de lo que estoy diciendo la confirmen ellos mismos demasiado bien.

Silvas, I, Epístola introductoria
(J. C. F. C.)

265. Conmemoración de la muerte de Lucano

Feliz, ¡ay, demasiado!, y afortunada tierra, que contemplas el movimiento descendente de Hiperión hasta tocar las olas del Océano y escuchas el chirrido de su carro al caer; Bética, tú que puedes competir con Atenas, fértil por la Tritonide, en el aceite que sale de tus prensas, por Lucano tienes al mundo entero en deuda contigo. Vale más esto que haber dado al mundo a Séneca o haber engendrado al encantador Galión. Levante el Betis sus aguas a los astros, cambiando su fluir, más famoso que el griego Meleto. Mantua, no te atrevas a retar al Betis.

Nacido hacía poco, ya gateaba por el suelo con el primer murmullo y dulces balbuceos cuando Calíope le recostó en su blando regazo. Entonces por vez primera dejó el largo luto y ya rehecha del dolor por la muerte de Orfeo, dijo: «Muchacho consagrado a las Musas, que pronto dejarás atrás a los poetas de más edad, no harás correr con tu lira los ríos ni agitarás las fieras ni harás andar a los fresnos de Tracia, mas las siete colinas y el Tíber del dios Marte, el docto orden ecuestre y el Senado togado atraerás con tu canto. Que otros narren la ruina nocturna de Troya, los caminos de Ulises y su lento regreso, la nave temeraria de Minerva, cami-

nos frecuentados por todos los poetas: tú, querido del Lacio, memoria de sus gentes, gritarás con más fuerza que nadie un poema romano. Y antes, todavía en tus años más tiernos, cantarás a Héctor en tus juegos, y el carro de Aquiles y el oro suplicante del poderoso Príamo, y abrirás las moradas del infierno; el ingrato Nerón y nuestro hijo Orfeo serán por ti llevados al teatro. Cantarás el fuego que un dueño criminal hizo extenderse por las cumbres de Remo. Después le darás a la casta Pola títulos y honores en brillante discurso. Luego, más ambicioso, al comienzo de la juventud, dirás con voz de trueno los campos de Filipos, blanquecinos por huesos italianos, las guerras de Farsalia, en donde el rayo del divino guía en plena batalla a Catón, comprometido con la libertad de su patria, a Pompeyo, que goza con el favor del pueblo. Tú llorarás el crimen de Canopo y le alzarás a Pompeyo un sepulcro más alto que el sangriento Faro de Alejandría. Esto lo cantarás en edad temprana, joven aún, más joven que Marón al escribir el *Mosquito*. Ante ti cederá la musa inculta del belicoso Ennio, la locura sublime del culto Lucrecio, el que llevó a los Argonautas por los mares, y aquel que cambia de figura los cuerpos. Me atreveré a decir cosas mayores: hasta la misma *Eneida* admirará tu canto dirigido a los latinos».

Silvas, II, 7, 24-80
(J. C. F. C.)

266. Epicedio de Priscila, elogio de su esposo y del Emperador

Aunque se presentara para aliviar su llanto nada menos que Orfeo, acompañado de ríos y de bosques, y aunque todas las hermanas de su madre, junto a los sacerdotes de Apolo y los de Baco, rodearan al poeta, de nada servirían todos sus can-

tos ni las cuerdas de su lira oídas por los pálidos dioses del Averno o por las cabelleras de las Euménides para calmar su llanto: tal era el luto que reinaba en su pecho anonadado. Aún ahora, la herida ya cicatrizada, huye mientras cantamos, y una lluvia de lágrimas por la esposa está a punto de caer de sus cargados ojos. ¿Es que aún le quedan a esos ojos lágrimas entrañables? ¡Qué lealtad! Se dirá que la madre del Sípilo gastó antes sus mejillas, antes le faltará a la Titónide el triste rocío o la madre de Aquiles se cansará de estrellar sus olas contra la tumba de su hijo. Ten valor, que advierte estas cosas el dios que tuerce las riendas del orbe y a la vera de Júpiter arregla los asuntos humanos y contempla la tristeza y los secretos de su querido servidor. Pues también extrae de aquí enseñanzas válidas, del hecho de que ames su sombra y honres sus restos. Éste es el más casto tipo de amor, este amor tan merecido tiene la aprobación del severo censor que es nuestro señor.

Nada tiene de extraño, porque a vosotros, fundidos en uno solo, la Concordia os ha unido largo tiempo con vínculo irrompible. Es verdad que ella antes había conocido el matrimonio y los esponsales con otro marido, pero a ti como si estuvieras unido a ella por la virginidad, te estrechaba entre sus brazos con calor que salía de lo más profundo de sus entrañas y con toda su alma; como el olmo que ama a la vid nacida al mismo tiempo que su tronco, mezcla sus ramas con las de ella, pide un otoño abundante y se alegra de verse rodeado de sus queridos racimos. Honran por sus antepasados o por el regalo de una belleza destacada a aquellas que carecen de buenas costumbres, y ricas en alabanzas engañosas, no poseen las verdaderas; tú, aunque de orígenes brillantes y afortunada por tu belleza, con muchas cosas que los maridos desean, tu más preciado honor y mayor gloria provienen de ti sola, el haber conocido un solo lecho y el llevar un único ardor en lo más hondo de tus huesos. Ese amor no lo hubiera deshonrado ni el troyano raptor de mujeres, ni los pre-

tendientes de Ítaca ni el adúltero de la esposa de su hermano que corrompió su casto matrimonio con el oro de Micenas. Si le dieras las maravillas de Babilonia, el peso de los tesoros de Libia, las riquezas de los indios, los seres o los árabes, preferiría morir incorruptible, pobre pero casta, y compensar la pérdida de la vida con su buena fama.

No era su rostro triste y tenso, ni excesivo el rigor de sus costumbres, sino franca, alegre, leal, al mismo tiempo divertida y casta. Si una amenaza de peligro la hubiera llamado a cosas mayores, habría sido capaz, por amor al marido, de enfrentarse alegre a gente armada, a los rayos del cielo o los riesgos de alta mar. Mejor que las adversidades no hubieran demostrado su preocupación por el matrimonio, o el temor solícito por su esposo. Pero, por una vía mejor, tus ruegos han conseguido el favor de los dioses hacia tu marido, mientras no das descanso a los divinos poderes noche y día, te prosternas suplicante ante todos los altares y veneras el genio benévolo de nuestro señor presente entre nosotros. Fuiste escuchada, y se presentó Fortuna con andar propicio. Pues vio por fin la tranquilidad activa del responsable joven, su lealtad intachable, su ánimo que se enfrenta a las dificultades, su vigilancia atenta, un corazón seguro y capaz de resolver grandes problemas, eso lo vio aquel que conoce todas las cualidades de sus súbditos y que se rodea por todas partes de servidores bien probados. No es nada raro; ve aquél el levante y el poniente, lo que pasa en sur y en el norte invernizo, los planes de paz y de guerra y hasta los mismos pensamientos juzga. Él es el que ha colocado sobre sus hombros, cubiertos por largos cabellos, la carga inmensa de un peso casi imposible de mover (no hay en efecto responsabilidad igual sobre tantos asuntos en la sagrada casa del César): despachar a lo largo del inmenso mundo las órdenes del caudillo romúleo, y tener con mano firme las fuerzas del Imperio y su política, qué laureles han sido ganados en el norte, donde discurre el perezoso Éufrates y en las riberas del Istro de

los nombres o los logrados por las tropas del Rhin, cuánto han reculado los límites del mundo y Tule que resuena con el ruido del agua que, tras chocar, regresa (pues todos los venablos vienen engalanados con ramas de buen augurio, ninguna lanza se señala con plumas infamantes de derrota); además debe aconsejar al Emperador, cuando asigna el mando de sus fieles tropas, sobre quién puede mandar una centuria, por más que sea caballero adscrito a la infantería, quién estar al frente de una cohorte, a quién convenga el más ilustre empleo de tribuno o quién sea más digno de dar la orden de ataque a la caballería. También es obligación suya conocer cuanto antes mil sucesos variados: si el Nilo ha inundado los campos o si Libia se ha mojado con las lluvias del Austro...

Silvas, V, 1, 23-100
(J. C. F. C.)

267. El sueño

¿Qué falta o qué delito he cometido, dulce Sueño, el más tranquilo de los dioses, para haberme privado de tus dones? Los rebaños, las aves y las fieras van callándose todos, las copas de los árboles simulan que se vencen de sueño fatigadas, las aguas de los ríos impetuosos no suenan tan ruidosas, las ondas de los mares no se ven encrespadas y en brazos de las tierras los océanos descansan. Es la séptima vez que Febe vuelve y contempla mis mejillas pálidas; las luces del Eta y de Pafos me han mirado también siete veces, y otras tantas la esposa de Titono ha pasado al lado de mi llanto y sobre mí ha dejado caer, compasiva, el helado rocío de su vara. ¿Cómo podré aguantarlo? Ni aun teniendo mil ojos, como el sagrado Argos, aquel que sólo abría la mitad en su guardia y nun-

ca le ocurría velar con todos ellos. Pero, ¡ay de mí!, si alguien ahora, oh Sueño, con una larga noche por delante no te necesitara por estar estrechando en sus brazos a una linda muchacha, ven inmediatamente desde allí: no te obligo a infundir en mis ojos el enorme poder de tus alas (a gentes más felices les dejo esa plegaria), basta con que me roces con la punta de tu varita mágica o con que pases apenas suspendidas en el aire tus plantas.

Silvas, V, 4
(J. C. F. C.)

268. Tideo y Polinices en combate nocturno

Mientras tanto he aquí que el olenio Tideo, que abandonó la antigua Calidón llevado por los hados –el horror imborrable de la sangre fraterna derramada lo agita–, bajo la noche que adormece transita por sendas impracticables y, quejándose de viento y lluvia, con la espalda cubierta de granizo, el rostro y el cabello empapados de agua, entra a guarecerse en el mismo lugar que en su mayor parte ocupaba, tendido en la fría tierra, un viajero que había llegado antes. Entonces la fortuna les inspiró a los dos furiosa sed de sangre: sin dejarles guardarse de la noche compartiendo el refugio, al principio se tantean uno a otro con palabras y amenazas; luego, cuando ya están cansados de arrojarse palabras y la ira les hierve, al punto se levantan, descubren uno y otro sus torsos e inician el combate con las manos desnudas. Era aquél de más larga zancada, de más alta estatura y de edad más intacta, pero Tideo tenía dentro una energía no inferior a sus fuerzas y, aun siendo más pequeño, un valor más grande se repartía por todos los miembros de su cuerpo. Redoblan incansables los golpes tanteando ya el rostro, ya las sienes,

iguales a una lluvia de dardos o de granizo del Ripeo, y flexionando las rodillas buscan alcanzarse el costado. Igual que en Pisa, cada cinco años, cuando vuelven las fiestas en honor de Júpiter Tonante y el polvo se calienta con el sanguinolento sudor de los hombres; pero aquí la división del graderío en bandos estimula a los tiernos muchachos y las madres, fuera, esperan los trofeos de sus hijos: en cambio éstos, animados sólo por el odio y sin ningún deseo de gloria, se atacan enardecidos, las manos como garfios quieren atravesar la cara y entrar en las cuencas de los ojos. Tal vez llevados por la ira hubieran terminado por desenvainar la espada que tenían al costado, y tú, joven tebano, habrías tenido mejor muerte por armas enemigas, siendo así llorado por tu hermano, si el rey, sobre quien se cernía la sobria vejez con sus grandes preocupaciones y un sueño cada vez más inquieto, intrigado al oír en las sombras de la noche unos gritos extraños acompañados de jadeos prolongados que salían de lo hondo del pecho, no hubiera dirigido hacia allí sus pasos. Cuando, tras haber avanzado con numerosas luces por los altos salones, descorrió los cerrojos de la puerta de enfrente, contempla un espectáculo terrible de contar, dos caras destrozadas, mejillas machacadas y empapadas de sangre: «¿Cuál es la causa de esta locura, jóvenes extranjeros (en verdad que ningún ciudadano de los míos se atrevería a llegar a una lucha así), qué enardecimiento inextinguible os llevó a quebrantar con vuestros odios el tranquilo silencio de la noche? ¿Hasta tal punto os queda estrecho el día y os es triste permitir a vuestro ánimo un breve rato de sueño y de descanso? Pero decidme en fin, ¿de dónde procedéis, adónde vais, por qué vuestra pelea? Que no sois de bajo nacimiento lo muestra ira tamaña, y señales de un linaje orgulloso brillan a las claras en medio de la sangre derramada».

Tebaida, I, 400-446
(J. C. F. C.)

269. Emboscada nocturna contra Tideo al regreso de Tebas

Había comenzado la noche a cubrir con su húmedo manto a Febo y esparcir su sombra oscura sobre la tierra. Él se aproximaba al bosque cuando vio brillar desde una eminencia escudos de guerreros y cascos coronados de penachos, por donde las ramas de los árboles son menos espesas, y el temblor de los rayos de luna sobre las broncíneas armaduras se destaca sobre un fondo de sombra. Se asombró al ver esto, pero continuó andando, sólo que ahora agarra los afilados dardos y echa mano a la empuñadura de la espada, antes encerrada en la vaina. Y pregunta el primero con voz que el terror no hace humilde: «¿De dónde sois, guerreros, por qué os ocultáis estando armados?». No hay ninguna respuesta a sus palabras, y un silencio sospechoso desmiente esperanzas de paz. He aquí que entonces la lanza agitada por el poderoso brazo de Ctonio, en cuyo mando la compañía confiaba, atraviesa volando la oscuridad del aire; pero el dios y la fortuna no asistieron al osado. No obstante, la punta se salió a través de la armadura y del pellejo ennegrecido con las cerdas del jabalí olenio, cerca del hombro izquierdo, próxima a hacerle sangre, mientras en su garganta le golpeaba sin herirle el asta de madera. Entonces se le agitaron los cabellos y la sangre se le heló en el pecho. Moviéndose agresivo de un lado para otro, mostrando su valor y un rostro pálido por la ira –no podía imaginar que contra él se moviera tanta guerra–. «¡Avanzad contra mí, salid a campo abierto. ¿Cómo tal miedo a intentarlo, a qué tanta cobardía? Uno solo, yo solo os reto al combate.» No hubo en ellos demora. Cuando ve que, al igual que las fieras acordonadas por los cazadores salen al oír el primer grito, brotan de sus innumerables escondrijos muchos más de los que había pensado, bajando los unos de lo alto, levantándose otros de las zonas bajas, y más todavía en el campo abierto, mientras el camino entero brilla con las armas, busca las crestas de la funesta Esfinge –el

único medio de salvación que ve en su aturdimiento– y, rompiéndose las manos hechas garras contra las piedras cortantes, alcanza la cima maldita y, dueño del risco, desde donde nada hay que temer por la espalda y es fácil atacar, arranca del peñasco una inmensa roca, que difícilmente los bueyes, con su cerviz en plenitud de fuerza, podrían mover del suelo y llevar a la ciudad; después, movilizando todo su vigor, la levanta, tratando de soltar aquel monstruoso peso, como levantó contra los lapitas la crátera vacía el magnánimo Folo. El asombro paraliza a la tropa al ver encima de ella cerniéndose a la muerte y al instante la arrastra la mole de aquel monte al desprenderse; cabezas, armas, brazos de guerreros, miembros quebrados mezclados con el hierro, cayeron todos en confuso acervo. Cuatro, destrozados bajo la masa inmensa de la roca, llenaban todo con sus lamentos, mientras la huida aparta a la tropa temblorosa de su anterior proyecto. Pues no eran despreciables los heridos de muerte: el fulmíneo Dorilas, cuyo valor ardiente igualaba al de los reyes; Terón, del linaje de Marte, confiado en sus ancestros, los hijos de la tierra; Halis, a nadie inferior en el manejo de un tiro de caballos, pero a la sazón infante caído sobre el terreno, y Fedimo, del linaje de Penteo, contra el que aún estabas irritado, Baco. Cuando vio que la tropa, aterrorizada por las muertes inesperadas, huía desordenada, toma en su mano los dos únicos dardos que había clavado en el monte empinado, los blande y los arroja sobre los fugitivos. Luego, tomando la iniciativa, se deja caer con un gran salto sobre terreno llano, para evitar los dardos enemigos estando desarmado, y se apodera del escudo de Terón, que había rodado lejos de su dueño caído; sintiendo revestidos su tronco y su cabeza de las armas de siempre, y poniendo delante de su pecho el escudo enemigo, se afirmó en el terreno.

Tebaida, II, 527-585
(J. C. F. C.)

MARCIAL

Marco Valerio Marcial (ca. *40*-ca. *104 d.C.), originario de Hispania (de Bílbilis, en la actual Calatayud), vivió en Roma gracias a sus protectores y a la venta de sus libros de poesía. Escribió un* Libro de Espectáculos *conmemorando la apertura del Coliseo y una extensa colección de* Epigramas, *composiciones que él aclimató al mundo latino, en forma de doce libros –el último de ellos compuesto en Hispania a su vuelta de Roma–, a los que se añadió una colección de dísticos elegíacos como libros 13 y 14.*

Los Epigramas *de Marcial son composiciones muy breves, escritas en dísticos elegíacos preferentemente, aunque también en endecasílabos, yambos, coliambos y hexámetros. Estas piezas, básicamente autónomas entre sí, formulan una idea o una ocurrencia de forma concisa y penetrante, y van normalmente dirigidas a un destinatario particular posiblemente fingido. Con un lenguaje fresco y directo y con escasas alusiones mitológicas, los* Epigramas *reflejan la influencia de la poesía latina anterior, sobre todo de Catulo, Ovidio, Propercio y Horacio, y albergan los temas más dispares: reflexiones dispersas sobre la escritura y la lectura, la sátira o el sarcasmo de ambientes o tipos hu-*

manos, bromas, la adulación del Emperador, los motivos abiertamente eróticos, o el afecto por los amigos y por la vida campestre.

270. Sobre la lengua y la interpretación de los epigramas

Espero haber mostrado en mis libritos una moderación tal que no pueda quejarse de ellos nadie que se juzgue bien, ya que bromean guardando respeto incluso a las personas de más baja condición; esta consideración les faltó a los autores antiguos hasta tal punto, que no sólo abusaron de los nombres reales sino también de los ilustres. Cómprese mi fama por menos dinero y reconózcase en mí como última cualidad el ingenio. Aléjese de la ingenuidad de mis chanzas un malintencionado intérprete y no escriba él mis epigramas. Obra pérfidamente el que es ingenioso con un libro ajeno. Me disculparía de mi franqueza licenciosa, es decir del lenguaje de mis epigramas, si yo fuese el primero en dar ejemplo: así escribe Catulo, así Marso, así Pedón, así Getúlico, así todo el que es leído. No obstante, si alguien es tan ambiciosamente rígido que ante él no se pueda hablar latín en ninguna página, puede conformarse con esta epístola, o mejor con el título. Los epigramas se escriben para las personas que suelen asistir a los juegos de Flora. Que no entre Catón en mi teatro y, si entra, que mire.

Creo que estoy en mi derecho si pongo fin a esta epístola con unos versos: conociendo el ritual grato a la festiva Flora y sus divertidos pasatiempos, y el desenfreno de la masa, ¿por qué, severo Catón, has venido al teatro? ¿No habrás venido sólo para esto, para salir?

Epigramas, Prólogo al libro I
(D. E.) (73)

271. Autocrítica

Las cosas que lees aquí, unas son buenas, algunas medianas y la mayor parte malas. No se hace de otro modo, Avito, un libro.

Epigramas, I, 16
(D. E.)[73]

272. ¿Es el poema del autor o del lector?

El librito que lees en público, Fidentino, es mío; pero cuando lo lees mal, empieza a ser tuyo.

Epigramas, I, 38
(D. E.)[73]

273. Peligros de la alabanza excesiva

Eres bonita, lo sabemos, y joven, es cierto, y rica ¿quién puede, pues, negarlo? Pero, cuando te alabas en exceso, Fábula, no eres ni rica, ni bonita, ni joven.

Epigramas, I, 64
(D. E.)[73]

274. Epigrama erótico

Ordenas, Lesbia, que mi pene esté siempre a tu disposición: créeme, una minga no es como un dedo. Aunque tú la estimules con manos acariciadoras y con palabras, tu rostro imperioso actúa en contra tuya.

Epigramas, VI, 23
(D. E.) (73)

275. Filosofía de la vida

Las cosas que hacen más feliz la vida, gratísimo Marcial, son éstas: una hacienda no conseguida con esfuerzo, sino heredada; un campo no desagradecido, un fuego permanentemente encendido; un pleito nunca, la toga en pocas ocasiones, el espíritu tranquilo; unas fuerzas de hombre libre, un cuerpo sano; una sencillez prudente, amigos de igual condición; convites fáciles, una mesa sin aparato; una noche no ebria, sino libre de cuidados; un lecho no triste y sin embargo casto; un sueño que haga breves las tinieblas; querer ser lo que eres y no preferir otra cosa; no temer el último día, ni desearlo.

Epigramas, X, 47
(D. E.) (73)

276. La miseria y la virtud

Porque alabas en exceso, estoico Queremón, la muerte ¿quieres que me asombre y admire tu grandeza de alma? Esa virtud te la proporciona un cántaro con el asa rota y un ho-

gar triste que no se caldea con ningún fuego, y una estera y una chinche y el armazón de una cama desnuda y una toga corta y la misma durante el día y la noche. ¡Oh qué gran hombre eres que puedes carecer de los posos de un vinagre rojizo y de un colchón de paja y de pan negro! Ea, que tu almohada se hinche con lana de Laconia y que una púrpura nueva rodee tu lecho y que duerma contigo el adolescente que hace un momento, cuando servía el cécubo, había atormentado a los invitados con su boca de rosa: ¡Oh cómo desearías tú vivir tres veces los años de Néstor y cómo querrías no desperdiciar un momento de un solo día! En situaciones de miseria es fácil despreciar la vida: obra valientemente el que puede vivir en la miseria.

Epigramas, XI, 56
(D. E.) [73]

277. Alabanza del Coliseo

Que silencie el prodigio de sus pirámides la bárbara Menfis, que el esfuerzo asirio no se vanaglorie de Babilonia, ni sean ensalzados por el templo de Trivia los afeminados jonios; que no dé fama a Delos el altar de múltiples cuernos, ni los carios eleven hasta los astros con alabanzas desmesuradas la tumba de Mausolo, que pende en el vacío aire. Todo esfuerzo cede ante el anfiteatro de César, la fama hablará solamente de esta obra en lugar de todas las demás.

Libro de los Espectáculos, I
(D. E.) [73]

278. «Pasando el mar Leandro el animoso»

Al ir el audaz Leandro en busca de su dulce amor y al ser sumergido ya, agotado, por las hinchadas aguas, dicen que en su desgracia habló así a las olas que lo acosaban: «Respetadme mientras me apresuro a llegar, sumergidme al volver».

Libro de los Espectáculos, 25b
(D. E.) (73)

PRIAPEOS

Colección de poemas erótico-festivos de autor o autores desconocidos en honor de Príapo, divinidad menor de carácter itifálico, y cuya cronología viene a oscilar entre la época augústea y los años posteriores a la obra de Marcial, con cuyos Epigramas *muestran estas composiciones muchas afinidades de fondo y forma, con un lenguaje directo y descarnado. La práctica de elaborar versos dedicados a Príapo en Roma se documenta ya en Catulo, Horacio y Tibulo. Esta colección de Priapeos, considerada habitualmente obra menor, recoge piezas en general de breve extensión, escritas en dísticos elegíacos, endecasílabos o coliambos, y dirigidas a Príapo o bien con el mismo dios como voz que habla, en un tono burlesco y con múltiples alusiones eróticas.*

279. Al lector de versos priapeos

Tú, que te dispones a leer las procaces chanzas de estos poemas sin pulir, desarruga ese severo ceño que iba bien al viejo Lacio. No habita en este templo la hermana de Febo,

ni Vesta; tampoco la diosa nacida de la cabeza de su padre, sino el guardián de los jardines pintado de minio, de descomunal verga, que muestra totalmente al descubierto su entrepierna. Por ello o cubre con la túnica las partes pudendas o lee estos poemas con los mismos ojos con los que las miras.

Priapeos, 1
(E. M. C.) (74)

280. ¿De qué te ríes, muchacha?

¿De qué te ríes, estúpida muchacha? No me hizo Praxiteles, ni Escopas, ni me pulió la mano de Fidias, sino que un campesino desbastó un informe leño y me dijo: «Sé Príapo». Sin embargo, tú me miras y te ríes. Sin duda te parece salada esta columna que se yergue rígida en mis ingles.

Priapeos, 10
(E. M. C.) (74)

281. Parodia del estilo retórico

En consecuencia, oh Quírites (pues ¿cuál será el límite?), o me cortáis el miembro viril que noche tras noche fatigan las vecinas siempre calientes y más salaces que los gorriones en primavera, o reventaré y os quedaréis sin Príapo. Vosotros mismos veis qué jodido, agotado, pálido y macilento estoy, yo que antes, rubicundo y vigoroso, solía atravesar aún a los ladrones más fuertes. Ahora, pobre de mí, me fallan las fuerzas y escupo peligrosos esputos entre los espasmos de la tos.

Priapeos, 26
(E. M. C.) (74)

PROSA

PLINIO EL VIEJO

Gayo Plinio Segundo (ca. *23*-ca. *79 d.C.), fue un hombre polifacético tanto en sus actividades profesionales (militar, abogado, procurador y consejero de Vespasiano y Tito) como en sus preocupaciones intelectuales, fruto de las cuales son varias obras, hoy perdidas, de historia, oratoria, gramática y de táctica de caballería.*

Reflejo sin duda del afán recopilador que impulsa a buena parte de las manifestaciones culturales de la Época Imperial son los treinta y siete libros conservados de la Historia Natural. *Esta obra ingente, destinada, en última instancia, a ensalzar la naturaleza y la cultura de Roma, representa un verdadero compendio enciclopédico del saber de su tiempo, basado en múltiples fuentes y en su experiencia personal y concebido con una finalidad no sólo de conocimiento teórico, sino de aplicación en los distintos trabajos, artes y técnicas. La* Historia Natural *aborda con cierto detenimiento disciplinas como cosmología, geografía, antropología, zoología, botánica, medicina, farmacia, metalurgia, mineralogía e historia del arte, aunque no siempre con excesivo rigor científico. En muchos casos suministra también una información muy valiosa sobre la vida y costumbres cotidianas.*

282. El Dios y los dioses

Por eso considero fruto de la debilidad humana buscar el aspecto o la forma de Dios. Cualquiera que sea Dios, si es que es un ente distinto y en cualquier parte que esté, es todo él percepción, todo él visión, todo él audición, todo él alma, todo él inteligencia, todo él el absoluto.

Desde luego, es incurrir en la mayor simpleza el creer que hay innumerables dioses (y, aún más, creerlo por los defectos de los hombres) como la Honestidad, la Concordia, la Inteligencia, la Esperanza, el Honor, la Clemencia y la Lealtad, o, como quería Demócrito, solamente dos, el Premio y el Castigo.

Los mortales, perecederos y sufridos, recordando su propia debilidad hacen esta clasificación por partes, de forma que cada cual rinde culto a todos aquellos aspectos de los que más falto está. Por eso se encuentran distintas advocaciones en los distintos pueblos y un sinfín de divinidades en ellos, incluyendo también en las genealogías a los dioses infernales, a las enfermedades e incluso a muchas pestes porque se desea aplacarlas con un miedo espantoso; también por eso se ha dedicado oficialmente un templo a la Fiebre en el Palatino, a Orbona junto al templo de los Lares e incluso un ara a la Mala Fortuna en el Esquilino, con lo que la corte celestial puede suponerse mayor incluso que la de los humanos, dado que, además, cada cual por su parte hace suyos otros tantos dioses al adoptar sus Junos y sus Genios, y hay algunos pueblos que tienen por dioses ciertos animales e incluso algunas cosas impúdicas y muchas otras que avergüenza aún más pronunciar, y juran por los alimentos podridos, por los ajos y por otras cosas de similar ralea.

Es prácticamente un delirio infantil creer en matrimonios entre los dioses y que nadie haya nacido de ellos en tanto tiempo, y que unos son eternamente viejos y canosos, otros jóvenes o niños, de color negro, alados, cojos, nacidos de un

nuevo, o que viven y mueren en días alternos. Pero supera cualquier otro descaro el imaginar adulterios entre ellos y, en consecuencia, riñas y odios, como, sobre todo, creer que haya dioses de los hurtos y los crímenes.

Dios significa para un mortal ayudar a otro mortal y éste es el camino para la gloria eterna. Por él marcharon los romanos más ilustres y por él camina ahora con paso celestial junto a sus hijos el gobernante más grande de los tiempos, Vespasiano Augusto, prestando su ayuda en las malas circunstancias. De ahí viene la costumbre antiquísima de conceder a quienes más lo merecen la gracia de figurar entre los dioses como les corresponde (y por supuesto que los nombres de los demás dioses y astros, que antes referí, proceden de los méritos de los hombres). [...]

[...] Pero los mayores consuelos para la naturaleza imperfecta del hombre son que ni siquiera Dios lo pueda todo, pues no puede darse muerte aunque quiera (que es el mayor don que concedió al hombre en tantas calamidades de la vida), ni premiar a los mortales con la eternidad, ni resucitar a los muertos, ni hacer que quien vivió no hubiera vivido, que quien obtuvo honores no los hubiera obtenido, que tampoco tenga ningún derecho sobre el pasado, salvo el del olvido, y, por estrechar nuestra relación con Dios también con argumentos más amenos, que no pueda lograr que dos por diez no sean veinte y muchas otras cosas por el estilo. Por todo se confirma indudablemente el poder de la naturaleza y que eso es lo que llamamos Dios. No habrá sido un despropósito haber discurrido por estas cuestiones tan trilladas, a causa del interrogante permanente sobre Dios.

Historia Natural, II, 14-18; 27
(A. M. C.)[75]

283. Los pintores de Roma

Pero gloria de artistas no han alcanzado más que los que pintaron cuadros. En este aspecto es digna de gran veneración la prudencia de la antigüedad. Pues en esa época, no se pintaban las paredes, que sólo iban a disfrutar sus dueños, ni las casas que habían de permanecer en un solo lugar y que no podían ser salvadas de un incendio; Protógenes se contentó con una casa pequeña en su jardincillo; en la casa de Apeles no había ninguna pintura sobre las paredes. Todavía no estaba de moda cubrir las paredes con pinturas; el arte de todos éstos estaba al servicio de las ciudades y el pintor y su obra era del común de las tierras.

Poco antes del divino Augusto se hizo célebre en Roma Arelio, y su fama habría prevalecido si no hubiera corrompido su arte con un indigno sacrilegio; con la intención de lisonjear a todas las mujeres de las que se enamoraba, pintaba diosas, pero con los rasgos de sus amantes. Y así, en su pintura pueden contarse las prostitutas a las que frecuentó. Recientemente vivió el pintor Fámulo, de estilo grave y serio pero al mismo tiempo brillante y fluido. Obra suya era una Minerva que devolvía la mirada desde cualquier ángulo que se la contemplara. Pintaba pocas horas al día, y lo hacía con suma gravedad, siempre revestido de toga, incluso cuando estaba en el andamiaje. La *Domus Aurea* fue la cárcel de su arte y ésa es la razón principal de que no queden más obras de este pintor. Después de él tuvieron importancia Cornelio Pino y Acio Prisco, que pintaron el templo del Honor y el Valor en la restauración realizada por Vespasiano Augusto. Prisco tenía un estilo muy similar al antiguo.

Historia Natural, XXXV, 118-120
(E. T.)[7]

284. Los laberintos de Egipto

Hablemos también de los laberintos, las obras más portentosas del dispendio humano, cuya existencia, en contra de lo que algunos puedan pensar, es real. Aún se conserva en Egipto, en el nomo de Heracleópolis, el primero de todos, construido, según la tradición, hace tres mil seiscientos años por el rey Petesuco o por Titoes, aunque Herodoto afirma que la totalidad del laberinto fue obra de doce reyes, el último de los cuales fue Psamético. Las causas que inspiraron su construcción no son para todos las mismas. Demoteles dice que era el palacio de Moeris; según Liceas, fue la tumba de Moeris; muchos autores afirman que se trata de un templo consagrado al Sol, siendo ésta la opinión más creíble. Lo que sí es cierto es que Dédalo lo adoptó como modelo para construir su laberinto en Creta, si bien lo redujo a una centésima parte, a pesar de lo cual, presenta rodeos, idas y venidas inextricables. No se trata ciertamente –como se representa en los mosaicos y en los juegos infantiles del Campo de Marte– de un recinto reducido que tiene varios millares de pasos de corredores, sino de un edificio con muchas puertas dispuestas para provocar despistes y volver siempre sobre los propios pasos.

Tras el laberinto de Egipto, éste de Creta fue el segundo, y el tercero el de Lemnos, el cuarto el de Italia: todos ellos cubiertos con bóveda de piedra pulida. En el de Egipto –cosa que me sorprende– la entrada y las columnas son de mármol de Paros y el resto de bloques de sienita ajustados de tal modo que ni el paso de los siglos han logrado separarlos, a pesar de la colaboración de los habitantes de Heracleópolis, los cuales se han ensañado con esta construcción que les resultaba especialmente odiosa.

No pretendo describir ahora la posición del laberinto ni sus partes. Está dividido en provincias y regiones llamadas nomos y cada una de las veintiuna vastas mansiones tiene su

nombre correspondiente; en su interior hay, además, templos a todos los dioses de Egipto; por otro lado, Némesis colocó dentro de los cuarenta habitáculos numerosas pirámides de cuarenta codos de alto y una superficie en la base de seis *arouras* cada una de ellas. Cansados ya de caminar, se llega finalmente al célebre nudo inextricable de pasillos; y todavía quedan por ver salas elevadas, a las que se accede por rampas empinadas, y bajar de los pórticos recorriendo noventa escalones. Dentro hay columnas de pórfido, imágenes de dioses, estatuas de reyes y representaciones de monstruos. El diseño de algunas mansiones es tal que, al abrir las puertas, en el interior se produce un trueno espantoso. Además, la mayor parte del recorrido se efectúa en la oscuridad. Fuera de los muros del laberinto hay otras moles arquitectónicas a las que llaman *pteron*. Existen, además, otras salas subterráneas construidas mediante la excavación de galerías.

Historia Natural, XXXVI, 84-8
(A. D.-H. B. R.)

285. Las maravillas de Roma

Convendría pasar revista también a las maravillas de nuestra ciudad, examinar los logros de ochocientos años y demostrar que también en este campo Roma ha vencido al mundo. Saltará a la vista que el número de victorias es casi tan grande como el número de construcciones maravillosas que vamos a referir. Si juntáramos todas estas maravillas y formáramos con ellas un solo montón, su volumen sería tal que nos parecería oír hablar de un mundo diferente. ¿No merecen la categoría de grandes obras el Circo Máximo construido por César durante su dictadura, que tiene tres es-

estadios de largo y uno de ancho, que con los edificios anexos ocupa cuatro yugadas y que tiene un aforo de doscientos cincuenta mil asientos? ¿No vamos a reconocer la magnificencia de la Basílica de Paulo, espléndida con sus columnas frigias, o el Foro del Divino Augusto o el Templo de la Paz del emperador Augusto Vespasiano, e incluirlas entre las obras más bellas que el mundo ha visto nunca? ¿No es igualmente una obra espléndida el tejado construido por Agripa para la casa del «recuento de votos», obra del arquitecto Valerio de Ostia, que ya antes había cubierto un teatro en Roma para los juegos de Libón?

Nos causan admiración las pirámides de los reyes, y, sin embargo, el dictador César pagó cien millones de sestercios solamente por el solar en el que iba a construir su foro. Y, si, ahora que los ánimos están dominados por la avaricia, a alguno le impresiona el pago de grandes sumas, recordemos que Clodio, aquel que fue muerto por Milón, vivió en una casa que le costó catorce millones ochocientos mil sestercios. Todo esto me resulta tan descabellado como la suntuosidad de los reyes. En este sentido considero una locura del espíritu humano que el mencionado Milón acumulara una deuda de setenta millones de sestercios. Pero los ancianos de entonces admiraban la amplia extensión del *agger*, así como las grandes obras de cimentación del Capitolio, o las cloacas, la obra más grande de todas, porque fue preciso perforar las colinas, y, como ya hemos referido anteriormente, la ciudad quedó suspendida y se podía navegar por debajo de ella. Esta obra se realizó durante el edilato de M. Agripa, después de su consulado.

Historia Natural, XXXVI, 101-104
(A. D.-H. B. R.) (77)

FRONTINO

Sexto Julio Frontino (ca. *40*-ca. *104 d.C.) ocupó importantes cargos públicos, como el de cónsul por tres veces, augur, gobernador de Britania y encargado del servicio de abastecimiento de agua en Roma por el emperador Nerva. Escribió tratados sobre estrategia militar y sobre agrimensura, del que se conservan fragmentos. Su obra principal es* Los acueductos de Roma, *un buen exponente de la prosa técnica imperial. Esta obra, escrita con un estilo sencillo y conciso, aborda los aspectos técnicos, administrativos y económicos del uso del agua y de las grandes obras hidráulicas, dentro de las pautas de la política imperial. Frontino persigue establecer una obra de referencia y consulta al respecto. Para ello se basa en estudios anteriores de hidrología y sobre todo en su propia experiencia y en la documentación de los archivos imperiales.*

286. El reparto del agua y su legislación

Vamos a indicar a continuación cuál es el ordenamiento jurídico de la conducción y salvaguardia de los acueductos; el primer aspecto trata de la limitación de los particulares dentro de la cuantía de agua que les ha sido concedida, el segundo del mantenimiento de las conducciones mismas. En relación con este tema, he descubierto, al tratar de investigar las antiguas leyes referentes a cada acueducto, que nuestros antepasados observaban ciertas prácticas diferentes de las nuestras. Entre ellos toda el agua se distribuía para usos públicos y así se ordenó por ley: «Que ninguna persona privada encauce otra agua que la que cae del depósito a tierra (tales son, en efecto, los términos de esta ley), es decir, el agua que ha rebosado del depósito, a la que nosotros llamamos excedente». Y esta misma agua no se concedía para ningún servicio que no fuese el de los baños y lavanderías; y se había fijado un impuesto que debería pagarse al tesoro público.

Esto muestra claramente cuánto más preocupados estaban nuestros antepasados por la utilidad pública que por la satisfacción privada, pues incluso el agua que obtenían los particulares correspondía también al servicio público. Con todo, se concedió una cierta cantidad a las casas de los ciudadanos más ilustres con el consentimiento de los demás.

Los acueductos de Roma, 94
(T. G. R.) (78)

QUINTILIANO

Marco Fabio Quintiliano (ca. 35-96 *d.C), de origen hispano (de la actual Calahorra), se dedicó en Roma al ejercicio de la abogacía y a la enseñanza de la retórica, gracias, por primera vez en el mundo latino, a un salario oficial, reflejo de la importancia que adquirió el arte de hablar bien en el siglo* I *d.C., una época en la que, sin embargo, la oratoria había perdido la función persuasiva que había permitido su mayor florecimiento durante el último período de la República, para desplazarse, en Época Imperial, a las escuelas de declamación.*

En su madurez redactó La instrucción del orador, *una pormenorizada exposición en doce libros de la teoría retórica y de las pautas para la educación del orador. El tratado es el más completo de la Antigüedad sobre esta materia, y en él se revisan las nociones, disciplinas y tareas propias de este arte, así como los principios estilísticos que deben adecuarse a cada discurso. Quintiliano, partidario del equilibrio ciceroniano antes que de la rudeza o la afectación, incorpora en la obra múltiples datos y apreciaciones sobre la literatura griega y latina anterior.*

Escribió también una colección de discursos, que no se ha conservado, un libro sobre la decadencia de la oratoria, en li-

nea con las ideas de Petronio y Tácito, y se le han atribuido, muy dudosamente, dos conjuntos de ejercicios oratorios llamados «declamaciones».

287. La formación ideal del orador

El primer lugar en la preparación del niño que ha alcanzado la capacidad de escribir y leer le corresponde a los gramáticos. Me refiero indistintamente al griego o al latino, aunque es preferible que el griego sea el primero: el camino es el mismo en ambos casos. Esta enseñanza, en efecto, a pesar de que se divide, en suma, en dos partes –el arte de hablar correctamente y el comentario de los poetas–, comprende en el fondo más que lo que se revela en apariencia. En efecto, la habilidad de escribir va aparejada a la de hablar, la lectura correcta antecede al comentario, y en todas estas actividades se encuentra presente el juicio crítico, al cual recurrieron ciertamente los gramáticos antiguos con tanta rigidez que no sólo se permitieron señalar con una tachadura de corrección los versos y eliminar de la obra de un autor como apócrifos los libros que les parecían atribuidos de forma espúrea, sino que a unos autores los incluyeron en una relación ordenada, mientras a otros los excluyeron completamente de la nómina.

Pero no es suficiente con haber leído a los poetas: hay que explorar toda clase de escritores, no sólo por el contenido, sino por las palabras que a menudo cobran autoridad gracias a los autores. Tampoco puede ser perfecta la enseñanza de la gramática sin la música, puesto que debe tratar de los metros y los pies; y si no entendiera la ordenación de las estrellas, no podría comprender a los poetas, los cuales, por no hablar de otros ejemplos, recurren constantemente a la aparición y al ocaso de las constelaciones para poner de manifiesto las estaciones; y no debe ignorar la filosofía, en razón

de los múltiples pasajes que en casi todos los poemas han sido extraídos de la más profunda sutileza de la filosofía natural, y sobre todo por Empédocles entre los griegos y por Varrón y Lucrecio entre los latinos, que transmitieron en sus versos los principios de la sabiduría.

Se requiere, además, de una elocuencia no pequeña con vistas a hablar con propiedad y fluidez sobre cualquiera de los temas que hemos expuesto. Por ello no se puede admitir a los que se toman esta disciplina como algo ligero y pobre. Si ésta no sirve para asentar firmemente los fundamentos del futuro orador, todo lo que se edifique encima se derrumbará: necesaria para los niños, agradable para los mayores, dulce compañera de los momentos íntimos, ésta es la única que en toda clase de estudios tiene más de esfuerzo que de ostentación.

La instrucción del orador, I, 4, 1-5
(A. M. H.)

288. Las partes de la oratoria

El sistema completo de la oratoria, como han transmitido la mayoría de los autores más sobresalientes, consta de cinco partes: la búsqueda de argumentos *(inuentio)*, la organización *(dispositio)*, el estilo *(elocutio)*, la memoria *(memoria)* y la representación *(pronuntiatio)* o puesta en escena *(actio)* –pues de ambas formas se dice–. Todo enunciado, a través del cual se expresa alguna intención, es preciso que tenga contenido, tema *(rem)* y expresión formal, palabras *(uerba)*. En caso de que sea breve y limitado a un único período, acaso no exigiría ninguna otra cosa; pero un discurso más extenso requiere mucho más. En efecto, no importa sólo qué decimos y cómo, sino también en qué lugar; hay necesidad,

por tanto, de una organización. Mas no podremos decir todo lo que demanda cada tema ni en su posición adecuada si no es con el apoyo de la memoria. Por consiguiente, ésta será a su vez la cuarta parte de la oratoria. Todo este conjunto, sin embargo, lo desvirtúa y lo echa prácticamente a perder una representación inconveniente por la voz o por el gesto; por ello, se debe asignar a la puesta en escena el quinto lugar.

La instrucción del orador, III, 3, 1-3
(A. M. H.)

289. Cicerón, prototipo del orador

Los oradores, a su vez, pueden ante todo poner en práctica una elocuencia latina equiparable a la griega. En efecto, yo podría contraponer decididamente a Cicerón con cualquiera de ellos. Y no desconozco qué gran conflicto se me presenta por más que no sea mi objetivo el compararlo ahora con Demóstenes; ni siquiera es pertinente, habida cuenta de que pienso que en primer lugar Demóstenes debe ser leído e incluso aprendido.

Considero que muchas cualidades de ambos son parejas: el juicio crítico, la organización, el método de división, de preparación y de confirmación, todas las cualidades que, en definitiva, son propias de la búsqueda de argumentos. En el estilo, en cambio, hay alguna divergencia: Demóstenes es más concentrado, y Cicerón más profuso; aquél concluye el período más concisamente, éste, de forma más expansiva; aquél siempre entabla la disputa sirviéndose de su agudeza, éste, a menudo, también con su autoridad; a aquél no se le puede quitar nada, ni nada añadir a éste; en Demóstenes hay más artificio, en Cicerón más naturalidad. Persuadimos

ciertamente gracias a las agudezas y con el patetismo, que son los dos recursos que pueden excitar más los afectos. Y tal vez la normativa de la ciudad haya privado a Demóstenes de la práctica de las peroraciones; pero a nosotros la índole diferente de la lengua latina nos ha dejado menos margen para los efectos que admiran los aticistas. En las cartas, en efecto, bien sean del uno o del otro, y en los diálogos, en los que Demóstenes no se ejercitó, no hay ninguna rivalidad. Se debe en cambio reconocer que él fue anterior y, en gran medida, hizo a Cicerón tan grande como es. Pues éste me parece que, en la medida en que se consagró a la emulación de los griegos, imitó la fuerza de Demóstenes, la riqueza de Platón y el encanto de Isócrates. Pero no sólo persiguió con su esfuerzo lo mejor que había en cada uno de ellos, sino que la muy afortunada fecundidad de su inmortal talento hizo brotar de sí mismo gran número de cualidades, por no decir todas. En efecto, no «recoge las aguas de lluvia», como dice Píndaro, sino que (Cicerón) «se desborda como si fuera un venero que rebosa», nacido gracias a un particular don de la providencia, con el fin de que la elocuencia desplegara en él todas sus posibilidades. Pues ¿quién puede enseñar con más esmero y conmover más vehementemente?, ¿a quién adornó nunca tan gran encanto? Hasta tal punto, que da la impresión de que obtiene sin violencia las mismas sentencias que en realidad arranca, y mientras que con su energía hace cambiar de opinión a un juez, sin embargo no parece que éste se vea conminado, sino que lo sigue naturalmente. Además, de todo lo que dice se desprende tan gran autoridad que da vergüenza discrepar; que no sólo hace ver la arbitrariedad de un abogado, sino la credibilidad de un testigo o de un juez; todas las cualidades de las que uno apenas podría conseguir una sola con una dedicación absoluta fluyen en él sin esfuerzo, y su elocuencia, la más hermosa que se ha escuchado, surge con una sencillez completamente afortunada.

Por ello, los hombres de su época afirmaron, no sin razón, que Cicerón reinaba en los tribunales, pero entre los que vinieron después se ha llegado a conseguir que «Cicerón» no se tenga por el nombre de un individuo sino por el de la elocuencia misma. Fijémonos en él, pues, tengámoslo por modelo; que sepa que ha progresado aquel a quien Cicerón llegue a agradar en gran medida.

La instrucción del orador, X, 1, 105-112
(A. M. H.)

290. El arte y la imitación

De estos escritores y de los demás que son merecedores de lectura se tiene que adoptar la riqueza del vocabulario, la diversidad de las figuras y el procedimiento de composición, y sobre todo la razón debe orientarse a seguir el modelo de todas las virtudes. Pues no puede dudarse de que una parte sustancial del arte se funda en la imitación. En efecto, al igual que la invención fue lo primero y principal, del mismo modo es provechoso ir tras aquello que se ha inventado felizmente. De hecho, todo planteamiento vital pasa porque nosotros mismos queremos hacer lo que apreciamos en los demás. Los niños imitan los trazos de las letras al objeto de ejercitar la escritura del mismo modo que los músicos toman como guía la voz de los maestros, los pintores las obras de los antiguos, los campesinos tienen como referencia los cultivos acreditados por la experiencia; vemos, en fin, que los comienzos de cualquier disciplina se han configurado siguiendo un modelo que se ha fijado previamente. Sin duda es preciso que nos parezcamos a los buenos o que seamos distintos a ellos. Rara vez la naturaleza hace a uno igual a otro, mientras que es frecuente que lo consiga la imitación.

Pero esto mismo, que nos procura una comprensión de todo más sencilla que la que existió para aquellos que no tuvieron nada que imitar, resulta pernicioso si no se asimila con precaución y prudencia.

Antes que nada, en efecto, la imitación no basta por sí misma, puesto que es propio de una inteligencia perezosa contentarse con lo que ha sido ideado por otros. Pues ¿qué habría sucedido en las épocas que transcurrieron sin un modelo, si los hombres hubieran creído que no tenían que hacer o pensar nada que no existiera previamente? Sin duda no se habría inventado nada. Entonces, ¿por qué es un crimen que nosotros descubramos algo que antes no existía? Si aquellos hombres rudos se dejaron guiar tan sólo por la capacidad natural de su razón para descubrir tantas cosas, ¿no nos veríamos nosotros impulsados a descubrir por esto mismo, porque sabemos a ciencia cierta que los que se pusieron a indagar son los que han descubierto algo? [...]

Así pues, yo no aconsejaría a nadie que se consagrase a un solo modelo al que imitar en todos los aspectos. Demóstenes es, con mucho, el orador más perfecto de los griegos; sin embargo, otros son en algún aspecto algo mejor (él lo es en muchísimos). Pero el autor que debe ser imitado en mayor medida no es el único que tiene que ser imitado. ¿Pues qué? ¿No basta con decir todo del mismo modo que lo dijo Cicerón? A mí me bastaría, sin duda, si fuera capaz de emularle en todas las facetas. Mas ¿en qué perjudicaría adoptar en algunos pasajes la energía de César, la dureza de Celio, el esmero de Polión o la sensatez de Calvo? Pues, al margen de lo que es propio de un hombre juicioso, es decir, apropiarse, si fuera capaz, de lo que hay mejor en cada autor, si se fija en un solo modelo en medio de una materia tan complicada, apenas reproduce una parte de él; por ello, en vista de que es casi inviable para un hombre reproducir totalmente a quien ha escogido, traigamos ante los ojos las bondades de muchos, con vistas a reunir una cosa de uno y

otra de otro, y para que adoptemos lo que convenga en cada lugar.

La instrucción del orador, X, 2, 1-5; 24-26
(A. M. H.)

291. Del modo conveniente de hablar

Tras haber alcanzado, como se expone en el libro anterior, la capacidad de escribir y de pensar y de hablar improvisadamente cuando el caso lo requiera, el paso siguiente es la preocupación por hablar convenientemente, facultad que Cicerón demuestra que es la cuarta cualidad, el estilo, y que a mi modo de ver es la más necesaria. Pues, aunque el ornato del discurso sea variado, rico y en consonancia uno con otro, si no está acomodado a los temas y a las personas, no sólo no le dará brillo, sino que incluso lo desvirtuará y transformará en su contrario el significado de las cuestiones. Entonces ¿de qué sirve que las palabras sean latinas, expresivas y elegantes, cinceladas con figuras y ritmos, si no conectan con aquello hacia lo cual queremos conducir y conformar la opinión del juez; si recurrimos a un estilo elevado de discurso en las causas de escasa entidad, a uno lacónico y sencillo en los procesos importantes, a uno alegre en los tristes, a uno moderado en los brutales, a uno amenazador en los suplicantes, a uno tranquilo en los exaltados, a uno severo y violento en los alegres? –del mismo modo que los hombres se afearían con los collares, las perlas y el vestido talar, que son aderezos femeninos, mientras que el atavío triunfal, el más majestuoso de todos los ropajes, le sentaría mal a las mujeres.

La instrucción del orador, XI, 1, 1-3
(A. M. H.)

292. De la puesta en escena del orador

La representación *(pronuntiatio)* es denominada por la mayoría «puesta en escena» *(actio)*, pero parece que adopta el primer nombre en virtud de la voz y el segundo por el ademán. En efecto, Cicerón se refiere a la puesta en escena unas veces «como si fuera una conversación», y otras como «una cierta elocuencia del cuerpo». No en balde, él mismo distingue dos partes en ella, la voz y el movimiento, que son las mismas de la representación; por ello se puede usar una u otra designación indistintamente.

La puesta en escena tiene en sí misma una admirable fuerza y eficacia en los discursos: en efecto, no importa tanto la naturaleza de las cosas que concebimos dentro de nosotros mismos como de qué forma se revelan. Pues así cada uno reacciona según lo que escucha. Por ello ningún testimonio probatorio concebido por el orador es tan sólido que no se desmorone si no se ve sustentado por la energía del que lo expone. Es inevitable que todos los afectos languidezcan, a no ser que se inflamen gracias a la voz, a la expresión del rostro o a la actitud del cuerpo casi entero. En efecto, aun después de haber hecho todo esto, nosotros estaríamos satisfechos, sin embargo, si el juez se ha prendido de nuestro ardor, pero difícilmente lo conmoveríamos si estamos despreocupados y apáticos, y él mismo no se libraría de nuestra indiferencia.

Prueba de ello son los actores del teatro, los cuales añaden tanta gracia a los mejores poetas que nos deleitan mucho más las mismas cosas cuando se oyen que cuando se leen, y atraen incluso la atención de los más infames, hasta el punto de que acuden frecuentemente a los teatros pero nunca a las bibliotecas. Pero si en cuestiones que nos consta que son ficticias y vanas la declamación tiene tal fuerza que provoca la ira, el llanto o la zozobra, ¿cuánto más eficaz no será cuando llegamos a creérnoslo? Ciertamente me atrevería a afirmar

que un discurso mediocre, si está avalado por las energías de una puesta en escena, llega a tener más influencia que uno muy bueno, pero carente de ella.

La instrucción del orador, XI, 3, 1-5
(A. M. H.)

293. El estilo aticista y el asianista

Se ha establecido también la diferencia ancestral entre los asianistas y los aticistas, en la idea de que éstos eran precisos y esenciales y aquéllos recargados y vanos, y de que en unos nada sobraba y a los otros les faltaba prudencia y mesura. Algunos, entre los que se encuentra Santra, creen que esto sucede porque a raíz del paulatino influjo de la lengua griega en las ciudades cercanas a Asia, codiciaron su elocuencia, sin tener todavía el suficiente dominio de la lengua, y por ello empezaron a referirse con rodeos a lo que podían expresar con propiedad, y después siguieron con esta práctica. En cambio a mí me parece que la distinción del discurso se ha hecho por la condición de los oradores y de los oyentes, porque los atenienses, sobrios y de buen gusto, no soportaban nada vacuo y sobrecargado, mientras que el pueblo asiático, por otra parte más envanecido y petulante, se ve enardecido por la vanagloria más inútil del estilo.

A continuación, los que trazaban esta división añadieron un tercer género, el rodio, que quieren que sea algo intermedio e híbrido entre uno y otro. En efecto, ni resultan tan escuetos como los áticos ni tan abigarrados como los asiáticos, de suerte que parece que preservan algo de su pueblo y algo de su modelo. Esquines, en efecto, que había escogido este lugar (Rodas) para su destierro, implantó allí los estudios de Atenas, los cuales, al igual que las cosechas degeneran por

cambios de la tierra o del cielo, combinaron aquel gusto ático con el extraño del lugar. Y se ha acuñado, por tanto, un estilo pesado e indolente, aunque no sin algo de fuerza, y no lo consideran similar a las fuentes cristalinas ni a los torrentes revueltos, sino a los estanques apacibles.

Nadie, pues, podría cuestionar que el mejor, con mucho, es el género de los aticistas. En éste, al igual que hay algo común entre ellos mismos, es decir, una aguda y fina capacidad de juicio, así también hay múltiples manifestaciones de su talento. Por ello creo que se confunden los que se figuran que únicamente son aticistas los sencillos, claros y efusivos, pero que se conforman con una cierta sobriedad en la elocuencia, conteniéndose siempre, sin sacar la mano del manto.

La instrucción del orador, XII, 10, 16-21
(A. M. H.)

C) LOS PRIMEROS ANTONINOS: TRAJANO Y ADRIANO (98-138 d.C.)

POESÍA

JUVENAL

De la vida de Juvenal (ca. 60-ca. 130 *d.C.) sabemos que se dedicó a la oratoria, aunque no le dio para vivir fácilmente, y que debió de sufrir destierro en Egipto por su excesiva libertad de palabra. Su obra la componen cinco libros de sátiras, dieciséis piezas, la última incompleta, que pasan de los cuatro mil hexámetros.*

Juvenal es el último cultivador de la sátira, ese género tan romano, pero más a la manera del fundador, Lucilio, que de su más maduro cultivador, Horacio. Por eso rara vez aparece en sus poemas el humorismo comprensivo y matizado del venusino o la finura y el tacto de una conversación ingeniosa sobre los defectos humanos, propios y ajenos, sino que Juvenal utiliza casi siempre el tono indignado y exaltado de un predicador implacable que fustiga a las personas de toda raza y condición social en una crónica negra, especie de reportaje sociológico sobre la vida del Alto Imperio, que lleva a una de sus más altas cumbres el espíritu sarcástico, mordaz y censorio del romano. Juvenal es un genio sombrío comparable a un Lucano, un Petronio o un Tácito. Una buena cantidad de nuestras impresiones de la Roma del Imperio (Mesalinas insaciables, gladiadores de éxito, griegos histriónicos, homosexuales

avaros, maridos complacientes, rodaballos enormes para el César o increíbles paseos nocturnos por la gran ciudad) proceden de sus aguafuertes, de una potencia y un vigor tan descomunales, que tienden a imponerse con la evidencia de los hechos mismos, haciéndonos olvidar que son el fruto de un artista con inclinaciones a lo esperpéntico. Pero todo este vigor se perdería si no fuera acompañado de una capacidad formal verdaderamente feliz que ha acuñado frases indelebles: panem et circenses, mens sana in corpore sano, propter vitam vivendi perdere causas, *etc. La obra de Juvenal gozó de amplio eco y atrajo a otros moralistas brillantes e implacables como Quevedo.*

294. ¿De qué trata la sátira?

Me sale al paso una poderosa señora que al ofrecer dulce Caleno a su marido sediento mezcla en él rubeta y cual una Lucusta mejorada enseña a sus ignorantes amigas cómo enterrar entre los rumores de la gente a maridos amoratados. Atrévete a hacer algo digno de las estrechas Giaras, si quieres ser algo. La honradez recibe alabanzas y está arrecida, al crimen se le deben jardines, palacios, mesas, plata vieja y el carnero que se encarama fuera de la copa. ¿A quién deja dormir el corruptor de una nuera avarienta, a quién esposas deshonestas y un adúltero revestido de la pretexta? Si la naturaleza falló, hace la indignación versos como puede, como los hago yo o Cluvieno.

Desde que Deucalión, al levantar las nubes el mar subió con su barco un monte y consultó los oráculos, y poco a poco con la vida se fueron calentando las piedras ablandadas y Pirra mostró niñas en cueros a los machos, cualquier cosa que hacen los hombres –deseo o temor, cólera o placer, gozos y andanzas– forma el entramado de mi libro. ¿Y cuán-

do ha habido más fecunda cosecha de vicios? ¿Cuándo abrió una boca más grande el bolsillo de la avaricia? El juego, ¿cuándo tuvo tales arrestos?

Sátiras, I, 69-89
(F. S.)[79]

295. Los griegos en Roma

«[...] Cuál es ahora la nación que les cae mejor a nuestros ricos y de quiénes sobre todo huyo, enseguida lo voy a revelar sin que me estorbe ningún reparo: no puedo soportar, quirites, una Roma griega. Aunque, ¿qué porción de esta escoria son aqueos? Ya hace tiempo que el Orontes de Siria ha desembocado en el Tíber y trajo consigo su lengua y sus costumbres, las cuerdas sesgadas junto con el flautista, además de sus típicos panderos y las muchachas que a la fuerza se prostituyen junto al Hipódromo. Id allá los aficionados a las fulanas extranjeras con sus gorros repintados: tu buen gañán, Quirino, gasta albornoz y lleva medallas colgando de su cuello engomado. Éste dejó la alta Sición, éste en cambio Amidón, éste Andro, aquél Samos, éste Trales o Alabandos para dirigirse a las Esquilias o a la colina que del mimbre toma nombre y ser allí las entrañas de las grandes casas y sus futuros señores. Ingenio rápido, osadía desenfrenada, elocuencia lista y más torrencial que la de Iseo. Declara qué cosa crees que es ése. Cualquier personalidad trae consigo ante nosotros: maestro, profesor, agrimensor, pintor, masajista, adivino, funambulista, médico, hechicero, todo lo sabe un grieguecillo hambriento: mándale subir al cielo y allá que se irá. No era en definitiva moro ni sármata ni tracio el que se puso alas, sino nacido en medio de Atenas. ¿No evitaré yo la púrpura de esta gente? ¿Firmará antes que yo y se recosta-

rá en asiento más preeminente uno transportado a Roma por los mismos vientos que las ciruelas y los higos lo son? ¿Tan poco valor tiene que nuestra niñez respirara los aires del Aventino y se alimentara con aceitunas sabinas? ¿Qué decir cuando esta gente, tan avispada a la hora de adular, se pone a alabar la elocuencia del inculto, la cara del amigo feo, y equipara el largo cuello del tullido con la cerviz de Hércules cuando mantiene lejos de la tierra a Anteo, se pasma ante una voz chillona, peor que la cual no suena ni la del marido de la gallina cuando la pisa? Estas mismas cosas se nos permite a nosotros también alabarlas, pero se les cree a ellos. ¿O es que hay mejor comediante cuando interpreta a Tais, a la esposa o a Doris la que no viste camisilla? Porque es que hablando parece propiamente una mujer, no un actor; dirías que debajo de su barriguita lo tiene todo vacío y liso y con la abertura de su pequeña raja. Y sin embargo no será allí de admirar un Antíoco ni lo será un Estratocles o un Demetrio a la par que un blando Hemo: la nación es comediante. Te ríes: con más recias carcajadas se agita; llora si ve lágrimas en el amigo, sin sentir pena; si encargas un braserillo en tiempo de frío, se pone su gabán; si dices «qué calor», se echa a sudar. No estamos por tanto a su altura: es mejor el que siempre y en cada instante del día y de la noche puede poner la cara según la cara del otro, dispuesto a chocar las manos y felicitar al amigo si eructa bien, si mea fuerte, si su escupidera dorada dejó oír un gorgoteo desde su fondo al volcarla. Además no hay nada intocable y seguro para su entrepierna, ni la señora de su casa ni la hija doncella, ni el mismo novio todavía lampiño, ni el hijo antes pudoroso [...].»

Sátiras, III, 58-11[illegible]
(F. S.)[79]

296. El ruido de las calles, la gente

«[...] Muchísimos enfermos en Roma se mueren de no dormir; pero la debilidad la produce justamente el alimento mal digerido que se pega entre ardores al estómago. Porque ¿qué piso de alquiler permite el sueño? A base de muchos recursos se duerme en la Urbe. Ahí está el origen de la enfermedad. El paso de las carretas por las estrechas esquinas de los callejones y las discusiones de una recua que se atasca quitarían el sueño a un Druso y a una vaca marina. Si acude a un compromiso, mientras abre paso la gente, viaja el rico y corre sobre las cabezas en una descomunal litera, leyendo de camino, o escribiendo o durmiendo dentro; pues produce sueño una litera con la ventana cerrada. Sin embargo llegará antes; a nosotros con nuestras prisas nos estorba la oleada delantera al tiempo que la gente que en gran tropel viene detrás nos aprieta los lomos; uno nos golpea con el codo, con un duro madero nos golpea otro; por allá éste nos aplasta un leño en la cabeza, aquél una tinaja. Gordas las pantorrillas de barro, recibo gruesos pisotones por doquier y en los dedos me planta sus tachuelas un militar.»

Sátiras, III, 232-248
(F. S.) (79)

297. Noches de la ciudad

«[...] Repara ahora en los otros peligros diversos de la noche: qué distancia hay desde los empinados aleros, desde donde una teja te golpea los sesos, cuántas veces caen de las ventanas tiestos rajados y rotos, con cuánto peso hieren y marcan los adoquines al dar en ellos. Tal vez te consideren un descuidado y uno que no echa cuenta de accidentes repentinos, si

acudes a una cena sin haber hecho testamento: porque hay tantas fatalidades, como ventanas insomnes se abren en la noche a tu paso. Así que pide y formula en tus adentros el lamentable deseo de que desde ellas sólo te derramen encima escupideras bien capaces.»

Sátiras, III, 268-277
(F. S.)[79]

298. ¿De quién es propiedad el rodaballo gigante?

Cuando ya desgarraba a un mundo agonizante el último de los Flavios y Roma era esclava de un Nerón calvo, en el Adriático un rodaballo de asombrosa largura se presentó ante la casa de Venus que se asienta en la dórica Ancona, y llenó la bahía. Porque allí atrapado no era menor que los que cubre el hielo meótico hasta que, roto por los soles, los echa hacia las bocas del Ponto impetuoso, atontados por el letargo y gordos por los prolongados fríos. El regidor de barca y liña reserva el monstruo para el pontífice supremo. Pues, ¿quién se atrevería a sacar a la venta o comprar tal pez, si hasta las costas están llenas de infinitos delatores? Los comisarios del alga litigarían con el desnudo remero y no dudarían en declarar que este pez huido ha sido alimentado largo tiempo en los criaderos del César y que por haber escapado de allí debería volver a su dueño. Si algún crédito damos a Palfurio, si alguno a Armilato, cualquier criatura llamativa y hermosa que en todo el mar se halle es propiedad del fisco, nadare donde nadare. Habrá que regalarlo entonces, para que no se pierda.

Sátiras, IV, 37-56
(F. S.)[79]

299. Vicios de las mujeres romanas: Epia y Mesalina

Epia, casada con un senador, acompañó a una cuadrilla [de gladiadores] hasta Faro y el Nilo y los muros infames de Lago, en tanto que Canopo condena las costumbres escandalosas de Roma. Sin acordarse ella de su casa, su cónyuge y su hermana, no tuvo en cuenta a su patria y abandonó la malvada a sus hijos llorosos, y, lo que te ha de extrañar más, a festivales y a Paris. Pero, pese a haber dormido de pequeñita entre las grandes riquezas y las plumas del hogar, en cunas taraceadas, no echó cuenta del mar; del buen nombre ya de antaño no echaba cuenta, pues en las blandas poltronas poco se cuidan ellas de perderlo. De modo que afrontó con ánimo resuelto las olas del Tirreno y del Jonio resonante por doquier, ¡y las de mil mares en los que tuviera que meterse! Si hay una razón para el riesgo, y además honesta, temen y el corazón aterrado se les hiela sin que sean capaces de mantenerse sobre sus plantas temblorosas. Sacan coraje para las acciones deshonestas que tienen la osadía de emprender. Si lo manda el esposo es duro embarcarse, entonces la sentina es insoportable, entonces el cielo allá arriba le da vueltas. La que sigue al amante aguanta el mareo. Aquélla vomita sobre el marido, ésta come y pasea entre los marineros por cubierta y disfruta manejando las duras maromas. Mas ¿qué belleza la encandiló, qué juventud ha cautivado a Epia? ¿Qué ha visto para soportar que la consideren la mujer de un gladiador? Su Sergio del alma ya se dispone a afeitarse el cogote y a esperar la jubilación con su brazo sajado; además tiene en la cara muchas fealdades, por ejemplo, un enorme lobanillo maltratado por el yelmo en medio de las narices y unos ojos supurando constantemente un mal ácido. ¡Pero era un gladiador! Esto los convierte en Jacintos, por esto lo prefirió ella a hijos y patria, por esto lo prefirió a hermanos y marido: la espada es lo que les gusta. Este mismo Sergio, si toma la vara, empieza ya a parecerse a Veyentón.

¿Te preocupa lo que hizo una casa particular, lo que hizo Epia? Fíjate en los rivales de los dioses, entérate de lo que tuvo que aguantar Claudio. Cuando la mujer se daba cuenta de que el esposo estaba dormido, osando vestir nocturnas capas como augusta ramera y preferir una esterilla a su alcoba del Palatino, se marchaba sin más compañía que la de una sola criada. Al punto, con una rubia peluca tapando su negra melena, se mete en un burdel al abrigo de una vieja cortina, ocupando un cuarto vacío y suyo; entonces con los pezones al aire y pintados de oro se prostituye bajo el falso letrero de una tal Licisca y deja ver, noble Británico, el vientre que te llevó; acoge lisonjera a los que llegan y les pide sus monedas. Y tirada sin parar sorbe los embates de todos ellos. Luego, cuando ya el alcahuete despacha a sus niñas, se marcha pesarosa, eso sí, habiendo cerrado el cuarto lo más tarde que puede y aún enardecida con el picor de su coño tieso, y cansada, pero todavía no harta de hombres, da de mano, y sucia, con las mejillas ennegrecidas y afeada con el humo del candil, llevaba hasta su almohada los olores del burdel.

Sátiras, VI, 82-132
(F. S.)

300. Sátira y tragedia

¿Es que, al tiempo que la sátira se calza altos coturnos, nos inventamos estas cosas y nos saltamos las lindes y las normas de nuestros predecesores, entonando con sofócleo acento un impresionante poema desconocido en los montes rútulos y en los aires del Lacio? ¡Ojalá fuéramos unos fantasiosos! Pero grita Poncia: «Lo hice, lo confieso, les puse arsénico a mis niños; esto se ha descubierto y se sabe; pero el crimen he sido yo quien lo ha cometido». «¿A los dos tú, víbora

crudelísima, en una misma cena, a los dos?» «Y a siete, si siete acaso hubieran sido.» Creamos a los trágicos todo eso que cuentan de la insidiosa colquense y de Progne, no tengo nada que objetar. También ellas arrostraban delitos monstruosos en su día, pero no por los dineros; menos extrañeza hay que mostrar ante los peores delitos, cada vez que la cólera hace culpable al sexo femenino y ellas, con la rabia que les requema los hígados, se ven arrastradas de cabeza, como las peñas arrancadas de las cumbres cuando así un monte sufre merma y sus faldas de empinada cuesta retroceden.

Yo no puedo soportar a esa que hace cuentas y con cordura comete su fechoría. Asisten al espectáculo de Alcestis que carga con el destino del marido, pero si se les permitiera hacer permuta semejante, a cambio de la muerte del esposo querrían salvar la vida de su perrita. Te cruzarás con muchas Bélidas y Erifilas por la mañana, no hay callejón que no tenga su Clitemestra. La única diferencia que hay es que la Tindárida a dos manos blandía una absurda y pretenciosa alabarda, mientras que ahora la cosa se soluciona con el delicado pulmón de una rana de zarzal: aunque también se podrá con la espada, caso de que un Atrida precavido haya probado los antídotos pónticos del rey tres veces vencido.

Sátiras, VI, 634-661
(F. S.) [79]

301. Nobles en escena y Nerón de citaredo

¿Cómo es que jamás hablamos de casos tan feos y vergonzosos sin que vengan luego otros peores? Después de malgastar tus recursos, alquilaste, Damasipo, tu voz a las tablas para interpretar un vociferante *Fantasma* de Catulo. También el impetuoso Léntulo interpretó bien el *Lauréolo*, mere-

ciendo, caso de estar yo en el jurado, que lo crucificaran de verdad. Y sin embargo no perdones sin más al pueblo llano: es más dura la cara de ese pueblo que se sienta a ver las superpayasadas de los patricios, a oír a Fabios de suelas aplastadas, y que es capaz de reírse con las bofetadas de los Mamercos. ¿Qué importa a cuánto vendan su funeral? Lo venden sin que les obligue ningún Nerón, y no dudan en venderlo durante los festivales que preside un encumbrado pretor.

Imagínate no obstante que te ves entre la espada y el escenario, ¿qué es mejor? ¿Quién le tiene tanto miedo a la muerte como para convertirse en el colega celoso de Tímele o del estúpido Corinto? No es cosa extraña sin embargo un farsante noble cuando el Príncipe hace de citarista.

¿Qué queda después sino la escuela de gladiadores? También allí tienes la deshonra de la Urbe, a un Graco luchando no con la armadura del mirmilón ni con la rodela o con la hoz invertida, pues critica tales arreos [es más, los critica y aborrece, y no se tapa la cara con un yelmo:] ahí lo tienes blandiendo el tridente después de haber desparramado en vano la red que colgaba de su diestra bamboleante, alzando su rostro descubierto ante el graderío y huyendo bien reconocible por el coso entero. Demos crédito a la túnica cuando de su escote sobresale un cordón dorado que da una vez y otra sobre el sombrero picudo. Y en consecuencia sufrió un ultraje peor que ninguna herida el perseguidor que recibió la orden de luchar contra un Graco.

Si se concediera al pueblo la posibilidad de escoger ¿quién sería tan sinvergüenza que prefiriera salvar antes a un Séneca que a un Nerón, cuyo suplicio no debió hacerse disponiendo una mona sola ni una serpiente sola ni un odre solo? Semejante fue el pecado del hijo de Agamenón, pero el móvil lo convierte en un caso diferente. Como que él se convirtió, a instigación de los dioses, en el vengador de su padre asesinado entre los platos de un banquete, pero no se man-

chó degollando a Electra o con la sangre de su cónyuge espartana, no echó veneno a ninguno de sus parientes, nunca cantó sobre la escena Orestes, ni escribió sobre tema troyano. Pues Verginio con sus ejércitos o Galba acompañado de Víndice ¿de qué crimen debieron tomar venganza de entre los que cometiera un tirano tan cruel y fiero como Nerón? Éstas son las obras, éstas las artes de un noble príncipe que disfrutaba prostituyéndose en escenarios extranjeros con canciones detestables y ganando en Grecia una corona de apio. Las imágenes de tus antepasados sostengan las condecoraciones de tu voz, quítate ante los pies de Domicio la larga túnica de Tiestes o la máscara de Antígona o Melanipa y cuelga tu cítara de un coloso de mármol.

Sátiras, VIII, 183-230
(F. S.) (79)

302. Desgracias de la vejez

«Dame larga vida; dame, Júpiter, muchos años.» Esto, únicamente esto pides con saludable aspecto o ya pálido. Pero ¡de qué males tan seguidos y enormes está llena una vejez prolongada! Repara primero de todo en ese rostro feo y repulsivo, tan diferente del que era, ese pellejo feo en el lugar de la piel, esas mejillas caídas y esas arrugas semejantes a las que, allí donde Tábraca extiende sus sotos umbríos, una mona ya madre rasca en su hocico reviejo. Muchas son las diferencias entre los jóvenes, éste es más guapo que aquél y aquél más que el otro, éste es mucho más fuerte que el de más allá. Uno y el mismo es el aspecto de los ancianos. Miembros, como la voz, temblorosos, cabeza pelada, nariz de niño, mocosa: el pobre tiene que triturar el pan con sus encías desarmadas; tan pesado para su mujer y sus hijos y

para sí mismo, que le da asco a Coso el cazador de testamentos. Ya con el paladar embotado no le sabe igual el vino y la comida; lo que es del coito ya hace mucho que ni te acuerdas o si lo intentas tu miembro con su hernia se queda lacio y chico y, aunque toda la noche lo palpen, lacio se quedará. ¿O es que la canicie de tu entrepierna debilitada puede esperar otra cosa? ¿No ves que con razón está mal vista esa libídine que sin fuerzas pretende ayuntarse? Fíjate ahora en pérdidas de otro tipo. Pues ¿qué gusto saca cuando interpreta el tañedor de cítara, aunque sea un virtuoso, un Seleuco o uno de esos que tienen por costumbre deslumbrar con túnicas doradas? ¿Qué importa en qué parte del espacioso teatro se siente quien apenas oye a los flautistas y los toques de las trompetas? Hace falta gritar para que su oreja sienta quién dice el criado que ha venido, qué hora le avisa que es. Además, la escasa sangre que le queda en su cuerpo arrecido no se calienta si no es con la fiebre, lo sitia un batallón de enfermedades de todo tipo, que si quisieras saber sus nombres, antes te nombraría yo todos los amantes que ha tenido Opia, todos los enfermos que ha matado Temisón en un solo otoño, todos los socios que ha estafado Básilo y los huérfanos que han sufrido lo mismo por parte de Hirro, a cuántos hombres saca el jugo Maura la Larga en un solo día, todos los alumnos que pone a gatas Hamilo; más pronto recorrería yo las casas de recreo que tiene ahora el que al raparla en mi juventud hacía sonar reciamente mi barba. Uno padece de las espaldas, otro del lomo, éste de acá de la rabadilla; aquél ha perdido la visión de los dos ojos y envidia a los tuertos; los labios pálidos de otro reciben la comida de mano ajena; él, que a la vista de la cena solía esbozar una sonrisa, se limita a abrir la boca como polluelo de golondrina al que se acerca volando la madre sin comer y con la boca llena. Pero es más grave que la del cuerpo todo la pérdida de una cabeza que ya no reconoce los nombres de los criados ni la cara del amigo con el que cenó la noche pasada, ni a los que engendró ni a

los que crió. Con testamento cruel, en efecto, impide que sean sus herederos, todos sus bienes pasan a Fíale; tanto vale el aliento de una boca artística que se ha prostituido durante largos años en el encierro de una hornacina.

Y aunque la mente se conserve vigorosa, tendrá con todo que sacar los entierros de sus hijos, ver la pira de la esposa amada, o la del hermano, y urnas llenas con sus hermanas. Ése es el castigo que les cae a los que viven demasiado: por culpa de las muertes sin cesar repetidas van haciéndose viejos entre muchas lamentaciones y revestidos de negro luto entre penas inacabables.

Sátiras, X, 188-245
(F. S.) [79]

TÁCITO

Publio (o tal vez Gayo) Cornelio Tácito (ca. 56-ca. 120 *d.C.*), *originario probablemente de alguna región de la Galia, desempeñó en Roma diversos cargos en la carrera senatorial, progresando bajo los distintos emperadores, hasta llegar a cónsul y a administrador de la provincia de Asia en época de Trajano.*

Tácito es uno de los grandes historiadores romanos, capaz de conjugar el relato histórico con una mirada amarga y crítica hacia la política y la cultura de su tiempo. Su obra sobresale por la densa carga ideológica y el fino análisis psicológico de los protagonistas, en los cuales Tácito sabe encarnar magistralmente un problema esencial: el de la libertad, tanto en un sentido colectivo como en la tensión del conflicto interior. Su prosa penetra en las claves del comportamiento humano con un grado de sutileza y vigor pocas veces alcanzado en toda la literatura antigua.

En los años de madurez se concentra su producción literaria, que arranca con dos breves monografías, La vida de Agrícola, *del año 98, un panegírico de su suegro y al mismo tiempo una defensa de aquellos que lograron sobrevivir al despotismo de Domiciano, y la* Germania, *obra más bien etnográfica de*

la misma época, en la que se relatan los orígenes y las costumbres públicas y privadas de los pueblos germanos, cuya sencillez, vigor y amor por la libertad se contraponen con la decadencia y la corrupción que advierte Tácito en la Roma de su tiempo.

En el Diálogo de los oradores, *fechado en torno al año 100, se exponen, en forma de diálogo ciceroniano, los motivos del decaimiento de la oratoria contemporánea frente a la brillantez del pasado, en razón de la dependencia de la oratoria de un régimen de libertades públicas y de una saturación de recursos formales como consecuencia del auge de los estudios retóricos.*

Sus obras más extensas e importantes como historiador son las Historias, *que narran el período que discurre entre el año 69 y posiblemente el 96, de la que sólo se conservan cuatro libros y parte del quinto, y los* Anales, *que cubre entre el año 14 y el 68, conservados con importantes lagunas. Estas obras, presididas por una pretensión aparente de imparcialidad, reflejan el pesimismo y la ironía de Tácito ante el problema del poder y los que lo poseen en el Imperio romano, con un estilo penetrante, dinámico y, al mismo tiempo, con una gran densidad narrativa.*

303. Defensa de la poesía

«En cuanto a los bosques y espesuras e incluso aquella vida retirada que censuraba Apro, me causan tan gran deleite que cabría enumerar entre los principales frutos de mis versos el que no los compongo en medio del estrépito, ni con el litigante sentado a la puerta, ni entre la suciedad y lágrimas de los acusados, sino que mi ánimo se retira a lugares puros y sin maldad, y disfruta en esas santas moradas. Ésta es la cuna de la literatura, éste es su santuario. Con este aspecto y

atavío se introdujo por vez primera para bien de los mortales en aquellos pechos castos y sin contaminar por vicio alguno. Así es como hablaban los oráculos. Pues la modalidad de esta elocuencia lucrativa y sanguinaria es reciente, nacida de la depravación de las costumbres y, así lo decías tú, Apro, utilizada como arma ofensiva.

»Aquel afortunado siglo, y para hablar a nuestro estilo, aquel tiempo áureo, desprovisto de oradores y acusaciones, era abundante en poetas y vates para cantar los hechos gloriosos, no para defender las acciones nefastas. Nadie tenía una mayor gloria o un puesto de privilegio más elevado que ellos; primeramente, ante los dioses, cuyas respuestas, se decía, interpretaban, y también que asistían a sus banquetes; después, ante aquellos famosos hijos de dioses y ante los reyes santos, entre los que no hemos oído nombrar a ningún causídico, sino a Orfeo y a Lino y, si quieres remontarte más lejos, al mismo Apolo. Pero si esto te parece legendario e imaginario en exceso, me concederás, Apro, que Homero obtiene entre la posteridad un puesto no menor que Demóstenes, y que la fama de Eurípides o Sófocles no se encuentra en unos límites más estrechos que la de Lisias o Hipérides. Hoy por hoy, encontrarás más detractores de la gloria de Cicerón que de la de Virgilio; y ningún libro de Asinio o Mesala es tan célebre como la *Medea* de Ovidio o el *Tiestes* de Vario.

»Tampoco temería comparar la suerte de los poetas y aquel su afortunado trato con las Musas con la vida desasosegada y tensa de los oradores. Puede que las luchas y sus propios peligros los promuevan hasta el consulado; yo prefiero el retiro tranquilo y seguro de Virgilio, situación en que no careció, sin embargo, de ascendiente a los ojos del divino Augusto ni de fama entre el pueblo de Roma. Testimonio de ello son las cartas de Augusto, testigo también el mismo pueblo, que, al escuchar unos versos de Virgilio en el teatro, se levantó como un solo hombre y, hallándose a la sazón pre-

senciando el espectáculo, le rindió homenaje, como podría hacerlo con Augusto.

»Ni tampoco, en nuestra época, Segundo Pomponio cedería a Afro Domicio en consideración social ni en la solidez de su fama. Pues ese Crispo y ese Marcelo, cuyos ejemplos me propones, ¿qué tienen de apetecible en su suerte?; ¿qué temen o se les teme; que siendo objeto de súplicas diariamente, les odian los mismos a los que favorecen; que, obligados por toda clase de adulaciones, nunca aparecen suficientemente siervos a los ojos de los que mandan ni suficientemente libres a los nuestros? ¿Qué clase de supremo poder es el suyo? El de los libertos imperiales suele estar al mismo nivel.

»En cambio a mí, alejado de las angustias, de las preocupaciones y de la obligación de hacer a diario algo contra mi voluntad, llévenme las "dulces Musas", como dice Virgilio, a aquellas moradas santas, a aquellas fuentes, donde no tenga que afrontar por más tiempo, tembloroso, el foro insensato y resbaladizo y la popularidad agotadora. No me perturbará el griterío de los que van a saludarme, ni tampoco el liberto jadeante; ni intranquilo por el futuro, tendré que otorgar testamento como garantía; ni quiero poseer más de lo que pueda dejar a quien yo quiera; y "cuando me llegue el día señalado por el destino", me gustará que mi imagen en el túmulo no sea triste ni siniestra, sino alegre y coronada de flores; y que nadie presente propuesta alguna en el Senado ni suplique al emperador para perpetuar mi memoria.»

Diálogo sobre los oradores, 12-13
(J. M.ª R.) (80)

304. El estilo de los discursos debe evolucionar

«En efecto, mientras que los arcaizantes suelen fijar como confín de la antigüedad *(laguna)* a Casio, al que declaran culpable y afirman que fue el primero en apartarse de aquel viejo y recto sendero de la elocuencia, yo sostengo que adoptó otro tipo de estilo oratorio no por falta de facultades ni por falta de cultura literaria, sino tras meditarlo concienzudamente.

»Vio, como decía hace un momento, que la forma y la presentación del discurso ha de cambiarse de acuerdo con las circunstancias históricas, que provocan la aparición de un auditorio diferente. Fácilmente soportaba aquel público de antes, por ser ignorante y rudo, la duración interminable de aquellos discursos farragosos y hacía objeto de sus alabanzas justamente al que consumiera todo un día pronunciándolo. En efecto, tenían un puesto de honor la larga preparación de los exordios, el hilo de la narración buscado desde muy atrás, el alarde de las muchas divisiones, los mil grados de las pruebas, y todos los preceptos de los aridísimos libros de Hermágoras y Apolodoro. Y si alguno parecía haber olfateado la filosofía, insertaba algún principio de ésta en su discurso y era ensalzado hasta el cielo. No es extraño: eran materias nuevas y desconocidas y muy pocos de los propios oradores sabían los preceptos de los retóricos o las sentencias de los filósofos.

»Pero a fe que, al estar ya todo esto divulgado y no quedar fácilmente en el tribunal alguien que no esté, si no muy instruido en los fundamentos de estas disciplinas, sí, por lo menos, bastante iniciado, son necesarios nuevos y escogidos caminos para la elocuencia, con los que el orador evite el hastío del auditorio; sobre todo ante esos jueces que actúan con la fuerza que les proporciona su cargo, no con arreglo a una preceptiva jurídica, y no aceptan cualquier duración del discurso, sino que la establecen ellos mismos, y no son parti-

darios de esperar al orador hasta que le plazca entrar en el meollo del asunto, sino que muchas veces lo amonestan y lo llaman al orden si se desvía a otro tema, y le dan claras muestras de que tienen prisa.

»¿Quién está hoy en día dispuesto a soportar a un orador que comienza su parlamento hablando de su poca salud? Ésos son casi siempre los exordios de Corvino. ¿Quién tendrá la suficiente calma para escuchar cinco libros contra Verres? ¿Quién soportará pacientemente aquellos inmensos volúmenes sobre excepciones y fórmulas que leemos en las defensas de Marco Tulio o de Aulo Cécina?

»En nuestros tiempos, el juez se adelanta al que está hablando y, si no queda convencido y seducido por el desarrollo de los argumentos, o por el colorido de las sentencias, o por el brillo y cuidado de las descripciones, le vuelve la espalda. También el público que asiste y el oyente que de manera casual allí se asoma, se ha acostumbrado ya a exigir alegría y belleza en el discurso y no soporta el tristón y descuidado arcaísmo, como tampoco el que alguno quisiera reproducir en escena los gestos de Roscio o de Turpión Ambivio.

»Por otra parte, los jóvenes que se están forjando en el yunque de las mismas disciplinas, que siguen a los oradores para propio provecho, no se conforman con escucharlos, sino que además pretenden llevarse a casa algo ilustre y digno de recuerdo; hacen intercambios entre ellos y muchas veces escriben a sus colonias y provincias cualquier pensamiento que brille en una hábil y breve sentencia, o cualquier pasaje que resplandezca por su forma exquisitamente poética. Pues actualmente se exige del orador un adorno poético, no manchado por el moho de Accio o Pacuvio, sino obtenido del santuario de Horacio, Virgilio y Lucano.

»En consecuencia, la actual generación de oradores se ha procurado más belleza y adorno por complacer a los oídos de tales gentes. Y no resultan menos eficaces nuestros dis-

cursos por llegar a los oídos de los jueces causándoles placer. ¿Pues qué? ¿Se puede creer que los templos actuales son menos sólidos porque no se levantan a base de ruda mampostería y tejas toscas, sino que brillan por el mármol y resplandecen con el oro?»

Diálogo sobre los oradores, 19-20
(J. M.ª R.) (80)

305. La sumisión y el silencio

Dimos, preciso es reconocerlo, grandes muestras de sumisión y, mientras que las épocas pasadas vieron qué había en el límite extremo de la libertad, a nosotros nos sucede lo mismo con la esclavitud, tras habérsenos arrebatado, gracias a los espías, hasta el trato del hablar y del escuchar. La memoria misma hubiéramos perdido, juntamente con la voz, si en nuestro poder estuviera el olvidar tanto como el callar.

Ahora renace, por fin, la vida. Aunque, con los primeros albores de esta venturosa época, Nerva César haya conseguido aunar situaciones otrora incompatibles, el Principado y la libertad, y Nerva Trajano aumenta por días la dicha de los tiempos, y la seguridad pública no se ha quedado en esperanzas y anhelos, sino que ha logrado una firme confianza en la consecución de aquéllos, sin embargo, por la naturaleza de las debilidades humanas, los remedios son más lentos que los propios males. Tal como nuestros cuerpos crecen lentamente y se extinguen con rapidez, de igual modo es más fácil reprimir los ingenios que tratar de recuperarlos. Cierto es también que la dulzura de la inactividad se va infiltrando y se acaba por amar la desidia que antes resultaba odiosa.

¿Qué decir, por otra parte, de los muchos que murieron (algunos por causas fortuitas, los de mayores inquietudes

por la crueldad del Príncipe) a lo largo de quince años, lo que supone un amplio período de la vida humana? Pocos somos los supervivientes, no ya a otros, sino, por decirlo así, a nosotros mismos, tras habérsenos arrancado tantos años de entre los mejores de nuestra vida, durante los que hemos llegado, silenciosamente, los jóvenes a la vejez y los viejos casi al término de su existencia.

Con todo, y aun con palabra tosca y ruda, no me pesará la tarea de recordar la pasada esclavitud y testimoniar la felicidad presente. Entre tanto, este libro, destinado a honrar a mi suegro Agrícola, podrá ser alabado o, al menos, excusado en aras de la profesión de amor filial que en él hago.

Agrícola, 2-3
(J. M.ª R.) (80)

306. Arenga del jefe de los britanos

«La naturaleza ha dispuesto que lo más querido para cada uno sean sus hijos y familiares; las levas nos los arrebatan para servir en otras tierras. Aun en el caso de que vuestras esposas y hermanas hayan escapado a la lujuria del enemigo, están siendo manchadas por unos falsos amigos o huéspedes. Los bienes y las fortunas están siendo arruinados por los tributos; la cosecha anual, por los aprovisionamientos; vuestros mismos cuerpos y manos, entre golpes e insultos, para hacer viables los bosques y los pantanos.

»Los esclavos, nacidos para la esclavitud, son puestos a la venta una sola vez y, además, sus amos los alimentan. Britania compra y sustenta diariamente su propia servidumbre. Y así como entre la familia el esclavo recién llegado es motivo de burla para sus compañeros, así en esta ya antigua esclavitud de todo el orbe, a nosotros, nuevos y despreciables, se

nos busca para destruirnos, pues no tenemos campos, ni minas, ni puertos, para cuya explotación fuéramos reservados. Además, el valor y el orgullo de los vasallos desagradan a sus dominadores, y el asentamiento en un lugar apartado es tanto más sospechoso cuanto más seguro. Pues bien, desvanecida la esperanza de perdón, cobrad ánimo tanto los que apreciáis la propia salvación como los que miráis antes por la gloria. Los brigantes, a las órdenes de una mujer, fueron capaces de quemar una colonia, de tomar un campamento y, si su buena estrella no los hubiera vuelto negligentes, incluso de sacudirse el yugo definitivamente. Nosotros, con las fuerzas intactas, indómitos y dispuestos a conquistar la libertad, no a merecer el arrepentimiento, mostremos ya de entrada en el primer choque qué hombres ha reservado Caledonia para defenderse.

»¿Creéis que los romanos conservan en la guerra un coraje parejo a su desenfreno en la paz? Famosos gracias a nuestras desavenencias y discordias, convierten los defectos de los enemigos en gloria para su ejército. Ejército al que, reclutado entre pueblos muy diversos, las circunstancias favorables lo mantienen unido y al que, por tanto, las adversas lo disolverán, a no ser que penséis que los galos, los germanos y (vergüenza me da decirlo) muchos de los britanos, aunque presten su sangre a la tiranía extranjera, frente a la que, en cambio, han sido por más tiempo enemigos que esclavos, estén unidos a ella por lazos de fidelidad y adhesión.»

Agrícola, 31-32
(J. M.ª R.) (80)

307. Las costumbres de los germanos

Es de sobra conocido que los pueblos germanos no habitan en ciudades; ni siquiera soportan que sus casas estén agrupadas. Dispersos y separados, viven donde les haya complacido una fuente, un campo o una arboleda.

No levantan sus aldeas como nosotros, con edificaciones juntas y apoyándose unas en otras; cada cual deja un espacio libre en torno a su casa, bien como remedio frente al peligro de incendio, bien por desconocer la técnica de la construcción. Ni existe entre ellos el uso de la mampostería o de las tejas: utilizan para todo un material tosco, sin pretensiones estéticas u ornamentales. Cubren algunos lugares con un estuco tan fino y brillante que semeja pintura y dibujos de colores.

Tienen la costumbre de abrir cuevas subterráneas y poner encima gran cantidad de estiércol: refugio para el invierno y almacén para las cosechas; este tipo de lugares suaviza el rigor de los fríos y, si alguna vez llega el enemigo, saquean lo que está al descubierto, pero lo oculto y enterrado les pasa desapercibido, o bien precisamente el tener que buscarlo impide su descubrimiento.

Su vestimenta habitual es un sayo, sujeto con una hebilla, o, en su defecto, con una púa; sin más abrigo, se pasan todos los días a cubierto, junto al fuego del hogar. Los más ricos se distinguen por su vestidura, no flotante, como la de los sármatas y partos, sino ajustada y que deja adivinar todos sus miembros. Llevan también pieles de animales, sin cuidado los ribereños, con más esmero los del interior, porque la falta de relaciones comerciales no les da otra posibilidad de atavío. Eligen animales y entremezclan las pieles que les quitan con pieles de otro que produce el Océano exterior y sus desconocidas aguas.

La indumentaria de las mujeres no difiere de la masculina excepto en que aquéllas van cubiertas más a menudo

con mantos de lino adornados con franjas de púrpura; la parte superior del vestido no termina en mangas, dejando al descubierto el antebrazo, los brazos y la parte contigua del pecho.

Germania, 16-17
(J. M.ª R.)[86]

308. Visión del imperio

Pongo mano a una historia pródiga en desgracias, llena de atroces batallas, plagada de discordia a causa de las sediciones, temible incluso en la misma paz. Cuatro príncipes perecieron por la espada, hubo tres guerras civiles, todavía más en el exterior, y la mayoría fueron mezcla de lo uno y lo otro. Prosperidad en el Oriente, adversidades en Occidente: perturbaciones en el Ilírico, inseguridad en las Galias, Britania, sometida y luego abandonada. Se levantaron contra nosotros los pueblos sármatas y suevos, y los dacios resultaron enaltecidos por los desastres que mutuamente nos causamos. Incluso casi se pusieron en movimiento las armas de los partos por el escándalo del falso Nerón. Luego, Italia se vio afligida por calamidades nuevas o repetidas al cabo de largos siglos: ciudades quemadas o sepultadas, precisamente lo más fecundo de la costa de Campania; la Urbe devastada por incendios en los que se consumieron los más antiguos santuarios, y el propio Capitolio ardió por mano de ciudadanos. Se profanaron los ritos sagrados, se vieron escandalosos adulterios. El mar se llenó de exiliados, y las peñas se mancharon con la sangre de los asesinatos. La saña fue más atroz en Roma: nobleza, riquezas, cargos declinados y desempeñados daban lugar a acusaciones, y las virtudes eran la causa más segura de la perdición. Y no resultaron

menos odiosas las recompensas de los delatores que sus crímenes; porque, habiendo logrado los unos sacerdocios y consulados como si de despojos se tratara, cargos de procuradores y poder en los círculos reservados los otros, todo lo arrastraban y subvertían en medio del odio y del terror. Los esclavos fueron corrompidos en contra de sus señores, los libertos en contra de sus patronos, y aquellos a quienes faltaba un enemigo fueron aplastados por sus amigos.

Pese a todo, no fue una época tan estéril en virtudes que no brindara también buenos ejemplos: madres que acompañaron a sus hijos huidos, esposas que siguieron a sus maridos al exilio, parientes valerosos, yernos leales, esclavos de una fidelidad tal que resistió incluso a las torturas, hombres ilustres puestos en el trance supremo, trances que se sobrellevaron con valentía, y muertes comparables a las tan alabadas de los antiguos. Aparte de las múltiples calamidades en los asuntos humanos, hubo en el cielo y en la tierra prodigios y rayos cargados de advertencias y presagios de las cosas futuras, favorables y siniestros, ambiguos e inequívocos. Y es que nunca quedó probado por más atroces desgracias del pueblo romano ni por más tajantes testimonios que los dioses no se cuidan de nuestra seguridad, y sí de nuestro castigo.

Historias, I, 2-3
(J. L. M. A.) [81]

309. La muerte de Galba

Galba se veía llevado de aquí para allá por el vario empuje de la fluctuante turba, mientras por doquier se llenaban las basílicas y templos proporcionando un lúgubre espectáculo. Y no se escuchaba voz alguna del pueblo o de la plebe, sino que

los rostros estaban atónitos y los oídos atentos a todo; no había alboroto, pero tampoco tranquilidad cual suele ser el silencio que acompaña a los grandes miedos y a las grandes iras. Sin embargo, a Otón se le anunciaba que se estaba armando a la plebe. Manda que vayan a toda prisa y que se anticipen a los peligros. Y así, unos soldados romanos, como si fueran a arrojar a Vologeses o a Pácoro de su trono ancestral de los Arsácidas, y no marcharan a degollar a su emperador inerme y anciano, tras dispersar a la plebe y pisotear al Senado, terribles con sus armas en las manos, irrumpen en el Foro al galope de sus caballos. Y ni la contemplación del Capitolio ni el respeto a los templos que sobre ellos se cernían, ni los pasados ni los futuros príncipes los disuadieron de llevar a cabo el crimen del que se convierte en vengador todo sucesor, sea éste quien sea.

Al ver de cerca a la columna armada, el abanderado de la cohorte que acompañaba a Galba –cuentan que era Atilio Vercilión–, tras arrancar la efigie de Galba la estrelló contra el suelo. A esa señal se pronunciaron en favor de Otón los ánimos de todos los militares, quedó el Foro desierto por la desbandada del pueblo, y se empuñaron las armas contra los que vacilaban. Junto al Lago de Curcio, y a causa del pánico de sus porteadores, Galba cayó de su silla y rodó por tierra. De sus últimas palabras se han dado versiones varias, según el odio o admiración que cada cual le tuviera. Unos cuentan que preguntó suplicante de qué mal se había hecho culpable, y que imploró unos pocos días para pagar el donativo; más son los que dicen que se adelantó a ofrecer su cuello a los verdugos animándoles a que le asestaran el golpe si así les parecía que lo exigía el bien del estado. A los que le mataron no les importó lo que decía. Acerca del ejecutor no hay constancia clara: algunos hablan del reenganchado Terencio, otros de Lecanio; una versión más repetida cuenta que fue Camurio, soldado de la legión XV, el que apretando contra él su espada se la hundió en el cuello. Los demás desgarraron

de manera infame sus piernas y brazos, pues su pecho estaba protegido. La mayor parte de las heridas se le hicieron por ferocidad y saña en un cuerpo ya degollado.

Historias, I, 40-41
(J. L. M. A.) (81)

310. Origen y costumbres de los judíos

Cuentan que los judíos, tras huir de la isla de Creta, se asentaron en el extremo de Libia, en la época en que Saturno abandonó su reino expulsado por Júpiter. Una prueba se obtiene de su nombre: en Creta hay un famoso monte llamado Ida, y los que junto a él habitaban, los ideos, tras haberse alargado su nombre al modo bárbaro, se llamarían judíos. Dicen algunos que, reinando Isis, la multitud que hacía rebosar Egipto se alivió marchando a las tierras vecinas bajo la guía de Jerosolimo y Judá. Muchos afirman que son de la raza de los etíopes, y que en el reinado de Cefeo el miedo y el odio los empujaron a mudar de patria. Hay quienes cuentan que unos advenedizos asirios, pueblo carente de tierras, se apoderaron de una parte de Egipto, y que luego pasaron a habitar sus propias ciudades, las tierras hebreas y la zona próxima a Siria. Dicen otros que los judíos tienen un ilustre origen: que los sólimos, pueblo celebrado en los poemas de Homero, dieron nombre con el suyo a la ciudad de Jerusalén, por ellos fundada.

La mayoría de los autores están de acuerdo en que, habiendo surgido en Egipto una epidemia que manchaba los cuerpos, el rey Bóccoris acudió pidiendo remedio al oráculo de Hammón, y que éste le ordenó purificar su reino y alejar hacia otras tierras a esa raza, en cuanto que aborrecida por los dioses; que así, después de buscado y reunido aquel pueblo fue abandonado en lugares desiertos y que, mientras los

demás se quedaron abatidos y llorando, Moisés, uno de aquellos desterrados, les aconsejó que no esperaran ayuda alguna de los dioses o los hombres, abandonados por unos y otros, y que se fiaran sólo de sí mismos, teniendo como guía celestial a aquel que fuera el primero en ayudarles a alejar las miserias que los agobiaban. Asintieron, y sin saber nada de nada emprenden el camino de la aventura. Mas nada los hacía sufrir tanto como la falta de agua; y ya se habían tendido por toda la llanura esperando su final, cuando una recua de asnos salvajes que volvía de pastar se retiró junto a una peña a la sombra de un bosque. Moisés fue tras ellos, y echando cuentas por la hierba que había en el suelo descubrió abundantes venas de agua. Esto les sirvió de alivio y, tras caminar seis días sin detenerse, al séptimo, después de expulsar a sus habitantes, se hicieron con las tierras en las que levantaron su ciudad y dedicaron su templo.

Moisés, con el fin de asegurarse a su gente para el futuro, le dio ritos nuevos y contrarios a los de los demás mortales. Allí es profano todo cuanto entre nosotros es sagrado y, a la inversa, está permitido entre ellos lo que para nosotros es abominable. En su santuario consagraron una imagen del animal por cuya guía se habían librado de su errar y de su sed, tras sacrificar un carnero, como para agraviar a Hammón. También sacrifican un buey, porque los egipcios veneran a Apis. Del cerdo se abstienen por el recuerdo de cierta calamidad, porque antaño los había manchado la sarna, a la que ese animal es propenso. De su larga hambre de tiempos pasados dan todavía testimonio con repetidos ayunos y, como símbolo de la avidez con que echaron mano del grano, el pan judío sigue sin tener levadura alguna. Dicen que les pareció oportuno descansar el séptimo día porque ése fue el que les trajo el final de sus fatigas; luego, dejándose llevar por la pereza, también consagraron a no hacer nada uno de cada siete años. Creen otros que esto lo hacen en honor de Saturno, ya porque los principios de su religión les vengan

de los ideos, de los que se cuenta que fueron desterrados junto con Saturno y que fundaron ese pueblo, ya porque de los siete astros por los que son gobernados los mortales se dice que el planeta Saturno es el de órbita más alta y el de máximo poder, y que la mayoría de los cuerpos celestes hacen su camino y su órbita según números múltiplos de siete.

Estos ritos, fuera cual fuera el modo en que se introdujeron, están respaldados por su antigüedad; el resto de sus prácticas, siniestras y vergonzosas, se han impuesto gracias a la depravación. En efecto, las peores gentes, despreciando las religiones de sus padres, amontonaban allí tributos y donativos, con lo que se engrandeció el poder de los judíos; también porque entre ellos practican una lealtad inquebrantable y una misericordia siempre pronta, y en cambio sienten un odio hostil hacia todos los demás. En los banquetes se sientan separados, y también tienen aparte sus dormitorios. Aunque son hombres muy proclives a las pasiones, se abstienen de trato carnal con las extranjeras; entre ellos nada es ilícito. Tienen prescrita la circuncisión de los genitales para reconocerse por esa diferencia. Los que se han convertido a sus costumbres siguen la misma práctica. Nada se les inculca antes que el desprecio a los dioses, el desamor a la patria y el tener a padres, hijos y hermanos por cosa sin valor. Sin embargo, se preocupan de hacer crecer su pueblo; pues también consideran sacrilegio matar a uno de los hijos no esperados. Creen que las almas de los que mueren en la batalla o en los suplicios son inmortales; de ahí su afán de engendrar y su desprecio de la muerte. Los cuerpos prefieren enterrarlos que quemarlos, siguiendo en esto la costumbre egipcia, y tienen las mismas observancias y creencias en lo referente a los infiernos, y las contrarias sobre el cielo. Los egipcios veneran por lo general a animales e imágenes por ellos fabricadas; los judíos conciben a la divinidad sólo con el pensamiento, y a una sola. Tienen por impíos a quienes fabriquen imágenes de dioses con materiales perecederos y con apa-

riencia de hombres; aquel ser supremo y eterno suyo no es imitable ni puede perecer. En consecuencia, no hay en sus ciudades estatua alguna, ni tampoco las ponen en sus templos. Esa clase de adulación no la practican con los reyes, ni rinden tal honor a los Césares. Ahora bien, como sus sacerdotes cantaban acompañándose de flautas y tamboriles, se adornaban con hiedras y en el templo se encontró una vid de oro, algunos han pensado que a quien rinden culto es al Padre Líber, dominador del Oriente, aunque las prácticas no coinciden en modo alguno; porque Líber instituyó unos ritos festivos y alegres, y los usos de los judíos son grotescos y sórdidos.

Historias, V, 2-5
(J. L. M A.)[81]

311. Tiberio y Asinio Galo

A partir de entonces las súplicas se volvieron hacia Tiberio. Y él disertaba con argumentos varios sobre la grandeza del Imperio y sobre sus propias limitaciones, afirmando que sólo la mente del divino Augusto había sido capaz de tan ardua tarea; que él, como había sido llamado por Augusto a participar en sus preocupaciones, había aprendido con la experiencia lo dura que es la tarea de gobernarlo todo y lo sometida que está a los caprichos de la fortuna. Por eso, en una ciudad que tenía tantos hombres ilustres en que apoyarse, no se debía concentrar todo el poder en uno solo; siendo más, desempeñarían con mayor facilidad las funciones de gobierno uniendo sus fuerzas. En tales palabras había más apariencia que franqueza. Incluso en los asuntos que no trataba de ocultar empleaba Tiberio, ya fuera por su manera de ser, ya por una costumbre adquirida, palabras confusas y os-

curas; y como entonces se esforzaba en mantener profundamente escondidos sus sentimientos, se veían más enredadas en la imprecisión y en la ambigüedad. Pero los senadores, que lo único que temían era dar la impresión de que le comprendían, se deshacían en lamentos, lágrimas y votos, y extendían sus manos a los dioses, a la estatua de Augusto y a las rodillas de Tiberio. Entonces ordenó traer cierto documento y leerlo en voz alta. Contenía una relación de los recursos públicos; cuántos ciudadanos y aliados estaban en armas, cuántas flotas, reinos y provincias había, los tributos e impuestos, los gastos imprescindibles y los superfluos. Todo ello lo había escrito Augusto de su puño y letra y había añadido el consejo de mantener el Imperio dentro de aquellos límites, quién sabe si por miedo o por envidia.

En ese momento, al rebajarse el Senado hasta las súplicas más humillantes, dejó caer Tiberio que, ya que no se consideraba con la altura suficiente para gobernar la república entera, aceptaría el encargo de cualquier parte que le encomendaran. Entonces Asinio Galo le dijo: «Te pregunto, César, qué parte de la república preferirías que se te encargara». Impresionado por una pregunta que no esperaba, se quedó en silencio un momento. Después, tras recobrar el ánimo, le respondió que de ninguna manera sería decoroso para su honor elegir o rechazar una parte de algo de lo que prefería ser excusado del todo. De nuevo Galo (pues había detectado el malestar en su rostro) dijo que no le había preguntado con la intención de dividir lo que no se puede separar, sino para que, con sus propias palabras, se convenciese de que uno solo era el cuerpo de la república y había de ser regido por la mente de uno solo. Añadió un elogio de Augusto y recordó a Tiberio sus propias victorias y las actividades de carácter civil que a lo largo de tantos años tan brillantemente había realizado. Tampoco con esto calmó su ira, pues le resultaba odioso ya de antes como si, al haberse casado con Vipsania, la hija de Marco Agripa, que anteriormente había sido espo-

sa de Tiberio, tuviera unas pretensiones mayores que las de un simple ciudadano y conservara la fiereza de su padre Polión Asinio.

Anales, I, 11-12
(C. L. J.)[82]

312. Retrato de Sejano

En el consulado de Gayo Asinio y Gayo Antistio, se cumplía para Tiberio ya el noveno año de tranquilidad en la república y de prosperidad en su familia (pues él incluía la muerte de Germánico entre los acontecimientos favorables), cuando de repente la fortuna comenzó a sembrar el desconcierto, y él a mostrar su crueldad y a prestar oídos a los hombres despiadados. El principio y la causa vino del prefecto de las cohortes pretorianas Elio Sejano, a cuyo poder me he referido más arriba; ahora voy a explicar su origen, su temperamento y los medios criminales por los que trató de hacerse con el poder. Nacido en Bolsena, siendo su padre el caballero romano Seyo Estrabón, en su primera juventud fue partidario de Gayo César, el nieto del divino Augusto, pero no sin que corriera el rumor de que había entregado su cuerpo por dinero a un tal Apicio, hombre rico y derrochador; más tarde, con artimañas diversas, se ganó la confianza de Tiberio hasta tal punto, que convirtió en confiado y transparente tan sólo para él a quien era oscuro para todos los demás, y eso no tanto por su inteligencia (pues después fue vencido con estas mismas artes), como por la ira de los dioses contra el Estado romano, al que, tanto cuando estuvo en la cumbre como en su caída, acarreó parecidas desgracias. Su cuerpo soportaba bien las fatigas, y su ánimo era audaz; era encubridor para consigo mismo y difamador para con los demás;

su adulación y su orgullo iban parejos. Hacia fuera una timidez estudiada, pero por dentro el ansia de lograr el poder supremo; y para ello se servía unas veces de la suntuosidad y el lujo, y con más frecuencia de la habilidad y la atención, actitudes que no resultan menos perjudiciales cuando se adoptan con la idea de hacerse con el poder.

Anales, IV, 1
(C. L. J.)[82]

313. Libertad de expresión y censura

En el consulado de Cornelio Coso y Asinio Agripa, Cremucio Cordo fue procesado bajo una acusación nueva y entonces oída por vez primera, a saber, que en unos anales que había publicado, había ensalzado a Marco Bruto y había llamado a Gayo Casio el último de los romanos. Le acusaban Satrio Secundo y Pinario Nata, clientes de Sejano. Esto era funesto para el acusado, y también el hecho de que el César escuchaba con el rostro enfurecido la defensa que Cremucio, convencido de que tenía que morir, comenzó de este modo: «Se me denuncia, senadores, por mis palabras; ¡tan inocente soy de mis actos! Pero esas palabras no van contra el príncipe ni contra el padre del príncipe, a quienes ampara la ley de lesa majestad. Se dice que he alabado a Bruto y a Casio, cuyas gestas ninguno ha mencionado sin honor, por muchos que hayan sido los que las han cantado. Tito Livio, célebre más que nadie por su elocuencia y sinceridad, ensalzó a Gneo Pompeyo con tantas alabanzas que Augusto le llamaba el Pompeyano; y eso no fue óbice para la amistad entre ellos. A Escipión, a Afranio, a este Casio y a este Bruto de quienes nos estamos ocupando, en ningún pasaje los llama ladrones y parricidas, términos con que ahora se les deno-

mina; antes bien los califica muy a menudo de hombres insignes. Los escritos de Asinio Polión transmiten un excelente recuerdo de ellos, Mesala Corvino llamaba a Casio su general, y ambos mantuvieron la posesión de sus riquezas y honores. Al libro de Marco Cicerón, en el que ensalza a Catón hasta el cielo, ¿qué otra cosa hizo el dictador César sino responder con un discurso escrito como para ser pronunciado ante los jueces? Las cartas de Antonio y los discursos de Bruto contienen muchas infamias contra Augusto, falsas, por cierto, pero de gran dureza. Se pueden leer versos de Bibáculo y de Catulo repletos de ofensas a los Césares; sin embargo, tanto el divino Julio como el divino Augusto lo soportaron y lo permitieron. No me sería fácil decir si más por prudencia o por sabiduría, ya que, si no se les hace caso, las cosas se pasan, pero si se muestra enojo, da la impresión de que se están reconociendo.

»Paso por alto a los griegos, pues entre ellos no ya la libertad, sino incluso el desenfreno quedaban sin castigo. En todo caso, si alguien se aplicaba a ello, con palabras vengaba las palabras, pero lo más libre y menos criticado era el hablar de aquellos a quienes la muerte había liberado del odio o del afecto. ¿Es que acaso al armar a Casio y Bruto y hacerles tomar posiciones en el campo de batalla en Filipos estoy incitando con arengas al pueblo a una guerra civil? ¿No será que, aunque desaparecieron hace setenta años, de la misma manera que son reconocidos por las imágenes que ni siquiera el vencedor hizo destruir, así también conservan parte de su recuerdo entre los escritores? La posteridad paga a cada uno su merecido; y no faltarán, si me cae encima una condena, quienes no sólo se acuerden de Casio y Bruto, sino también de mí». Saliendo a continuación del Senado, puso fin a su vida dejándose morir de hambre. Los senadores propusieron que sus libros fueran quemados por los ediles, pero se han conservado, ya que fueron ocultados entonces y editados después. Por eso dan más ganas de burlarse de la nece-

dad de quienes creen que con su poder presente pueden borrar también el recuerdo de las generaciones venideras. Y es que ocurre lo contrario: cuando se castiga a los hombres de talento, crece su autoridad, y ni los reyes extranjeros ni los que han empleado la misma crueldad que ellos han conseguido nada más que la deshonra para sí mismos y la gloria para los otros.

Anales, IV, 34-35
(C. L. J.) (82)

314. Tiberio rechaza el ofrecimiento de un templo en su honor

«Yo, senadores, declaro ante vosotros que soy mortal, que desempeño cometidos propios de hombres y que tengo bastante si cumplo con mi cometido de príncipe; y así deseo que me recuerden los que vengan después. Ellos honrarán suficientemente mi memoria y aún más de la cuenta, si me consideran digno de mis antepasados, preocupado por vuestros problemas, constante en los peligros, e impasible ante el descrédito, y todo eso por el bien público. Éstos serán mis templos en vuestros corazones, éstas las estatuas más hermosas y perdurables. Pues las construcciones de piedra, si la opinión de la posteridad se convierte en odio, acaban siendo despreciadas como si fueran sepulcros. Por lo tanto, suplico a los aliados, a los ciudadanos y a los dioses mismos: a estos últimos que me concedan hasta el final de mi vida una mente equilibrada y conocedora del derecho humano y divino, y a aquéllos que, cuando me haya ido, con su alabanza y buenos recuerdos mantengan vivos mis hechos y la fama de mi nombre.» Y siguió insistiendo después, incluso en conversaciones privadas, en el rechazo de tal culto a su persona, acti-

tud que unos atribuían a su modestia, muchos a su desconfianza, y algunos a su carácter degenerado; en efecto, comentaban, los hombres de más valía ambicionaban los puestos más altos; así, Hércules y Líber entre los griegos, y Quirino entre nosotros, habían sido incluidos en el número de los dioses. Mejor había actuado Augusto pretendiéndolo. Todas las demás cosas las obtienen los príncipes al momento, pero hay una que deben procurar sin descanso: dejar un buen recuerdo de sí, ya que con el menosprecio de la fama se menosprecian las virtudes.

Anales, IV, 38
(C. L. J.)[82]

315. El incesto de Agripina y Nerón

Refiere Cluvio que Agripina había llegado a tal extremo en su ardiente deseo de conservar el poder, que en pleno mediodía (pues ése era el momento en que Nerón comenzaba a calentarse con el vino y los festines), se le había ofrecido varias veces cuando estaba borracho, acicalada y dispuesta al incesto; y que, al darse cuenta los que estaban más cerca de ellos de los besos lascivos y de las caricias precursoras de tal infamia, Séneca había buscado la ayuda de otra mujer para hacer frente a aquellas seducciones femeninas y había dado entrada a la liberta Acte, para que, acongojada a un tiempo por su propio peligro y por el descrédito de Nerón, le contara que se había corrido la noticia de su incesto mientras que su madre se vanagloriaba de ello, y que los soldados no estaban dispuestos a aceptar el mando de un príncipe sacrílego. Fabio Rústico narra que no fue un capricho de Agripina sino de Nerón, y que fue desbaratado por la astucia de la citada liberta. Pero lo que dice Cluvio es lo que cuentan también los

demás historiadores, y en tal sentido se inclina la creencia general, bien sea porque se le ocurriera realmente a Agripina una monstruosidad de tal calibre, bien porque la preparación de aquella liviandad sin precedentes pareciera más creíble en una mujer que en su adolescencia se había entregado a Lépido llevada por la esperanza de alcanzar poder, y que con una pasión semejante se había rebajado a los caprichos de Palante y se había dedicado a todo tipo de infamias después de casarse con su propio tío.

Anales, XIV, 2
(C. L. J.)[82]

316. El incendio de Roma

Después se produjo un desastre, no se sabe si fortuito o achacable al príncipe (en efecto, los autores transmiten las dos interpretaciones), aunque sí más grave y más espantoso que todos los que han ocurrido en la Ciudad por la violencia de las llamas. Su comienzo tuvo lugar en la parte del Circo que está contigua a los montes Palatino y Celio; allí, nada más empezar, cobró fuerza al momento y, propagándose por la acción del viento a través de unas tiendas en las que había mercancías combustibles, se extendió por todo lo largo del Circo; y es que nada le cortaba el paso, ni casas cercadas con vallas, ni templos rodeados de muros, ni ninguna otra clase de obstáculo. El incendio, que primero se extendió violentamente por los lugares llanos y luego subió a los altos para de nuevo devastar los más bajos, se anticipaba a todos los remedios por la velocidad con que avanzaba y por hallarse tan expuesta la ciudad por culpa de la estrechez de sus calles, que doblaban de acá para allá, y por la irregularidad de sus manzanas, tal como correspondía a la Roma an-

tigua. A ello se añadían los lamentos de las mujeres despavoridas, la impotencia de los ancianos y la inexperiencia de los niños; tanto los que miraban por sí mismos como los que lo hacían por los demás, como unos transportaban a los inválidos y otros se quedaban a esperarlos, los unos con su lentitud y los otros con su precipitación lo estorbaban todo. Y muchas veces, mientras miraban a sus espaldas, quedaban cercados por los lados y por el frente; incluso, si conseguían escapar a los barrios más próximos, como también éstos estaban ya dominados por el fuego, encontraban en la misma situación unos lugares que habían creído alejados del peligro. Por último, sin saber de dónde huir ni adónde dirigirse, fueron llenando las calles y esparciéndose por los descampados. Algunos perecieron, a pesar de tener ocasión de escapar, por haber perdido todos sus bienes y hasta lo necesario para comer un día, otros por amor a los suyos y por no haberles podido rescatar. Nadie se atrevía a combatir el fuego porque muchos les impedían apagarlo con frecuentes amenazas, y también porque había otros que iban lanzando teas abiertamente y gritando que tenía un instigador, ya para dedicarse a los robos con mayor libertad, ya porque tuvieran esa orden.

Como en aquel tiempo Nerón se encontraba en Anzio, regresó a la Ciudad, pero no antes de que el fuego se acercara a la casa con la que había unido el Palacio y los Jardines de Mecenas. Sin embargo, no hubo posibilidad de atajarlo sin que el Palacio, la casa y todos sus alrededores quedaran abrasados. Pero, como consuelo para aquel pueblo disperso y fugitivo, hizo abrir el Campo de Marte, los monumentos de Agripa y hasta sus propios jardines, y construyó unos edificios provisionales que acogiesen a aquella multitud desarrapada. Se trajeron provisiones de Ostia y de los municipios vecinos y se rebajó el precio del trigo hasta tres sestercios. Todas estas medidas, aunque populares, caían en el vacío porque se había corrido el rumor de que en el mismo mo-

mento en que la Ciudad estaba en llamas él había subido a un escenario en su propia casa y había cantado la caída de Troya, comparando los males presentes con las catástrofes del pasado.

Anales, XV, 38-39
(C. L. J.) [82]

PLINIO EL JOVEN

Gayo Plinio Cecilio Segundo (ca. *61*-ca. *113 d.C.), nombre que recibió al ser adoptado por su tío Plinio el Viejo, tuvo entre sus maestros a Quintiliano y al estoico Musonio Rufo. Poseedor de una gran riqueza, compaginó su tarea al frente de diversos cargos públicos, como cónsul, augur y gobernador de Bitinia, con su actividad de abogado y escritor prolífico. Se le atribuyen dos volúmenes de poemas, hoy perdidos, y una colección de discursos, entre los cuales se encuentra el célebre panegírico a Trajano, del año 100, modelo de composición de este tipo para los siglos posteriores.*

Sin embargo, el núcleo de su producción son diez libros de cartas, un espléndido muestrario de las inquietudes y preocupaciones de un hombre acomodado en pleno apogeo del Imperio. Los nueve primeros libros recogen cartas personales cruzadas con distintos destinatarios, aproximadamente entre los años 97 y el 110, cuidadosamente seleccionadas y destinadas, en última instancia, a su publicación. En ellas se abordan los temas más variados con una estructura flexible, a modo de breves ensayos, si bien su estilo es más artificial que el de las cartas de Cicerón y menos concentrado que el de las epístolas de Séneca. El libro décimo comprende la correspondencia ofi-

cial de Bitinia, y proporciona un acervo documental inestimable sobre la administración del Imperio de las provincias. La prosa epistolar de Plinio dejó sentir su influencia en la epistolografía tardía, pagana y cristiana, como acreditan las cartas de Jerónimo y de Sidonio Apolinar (siglo v. d.C.).

317. El estilo y la elocuencia

Gayo Plinio a su amigo Luperco. Salud.

Creo haber acertado cuando he dicho de un orador de nuestro tiempo que es muy preciso y exacto, pero que carece de elevación y de fuego: «Que su único defecto es no tener ninguno». El orador debe remontarse, tomar vuelo, a veces irritarse, arrebatarse y en muchas ocasiones acercarse al precipicio. De ordinario, nada hay alto y sublime que no se encuentre cerca del abismo. El camino es más seguro por las llanuras, pero más bajo y más oscuro. Los que se arrastran no corren riesgo de caer como los que corren, pero tampoco alcanzan gloria alguna si no caen. Todo el mérito de la elocuencia, como en otras muchas artes, estriba en los escollos entre los que ha de emprender el camino. Contempla las aclamaciones que reciben nuestros bailarines de cuerda cuando parece inevitable su caída. Principalmente admiramos lo que sucede contra lo que esperábamos, a lo que se ha aventurado con fortuna; y para expresarlo todavía mejor, como los griegos, a lo que asombra y va acompañado de grandes dificultades. Por esta razón no se echa de ver tanto en la bonanza como en la tempestad la destreza del piloto. En la bonanza, entra en el puerto sin que nadie le admire, le aplauda ni le atienda; pero cuando silban las estiradas cuerdas, se doblega el mástil y gime el timón, entonces se aclama la habilidad del piloto y se le compara a los dioses marinos. ¿Por qué hablo de esta manera? Porque sospecho que has en-

contrado en mis escritos algunos pasajes que te parecen hinchados y yo los tengo por sublimes; que te parecen temerarios y a mí atrevidos; que consideras superfluos y yo los creo adecuados. Mucha diferencia hay entre que tus observaciones recaigan sobre cosas notables o defectuosas. A todos impresiona lo que tiene elevación o relieve; pero se necesita delicado discernimiento para conocer si la grandeza es verdadera o falsa, elevación regular o monstruosa. Consultando a Homero, vemos que unas veces toma el estilo elevado y otras el sencillo:

> «Tiembla la tierra, el Olimpo ruge».

Y en otro pasaje:

> «Como los torrentes que caen de las montañas,
> llenan los valles, inundan los campos».

Pero se necesita una balanza y pesas muy exactas para conocer si estas cosas son enormes e increíbles, o magníficas y divinas. Y no es que yo imagine haber dicho o poder decir nada que se le parezca; no soy tan vanidoso; pretendo demostrar que algunas veces es preciso abandonarse a la elocuencia y no encerrar en círculo demasiado pequeño los movimientos impetuosos de un genio elevado. Pero dícese que media mucha diferencia entre poetas y oradores; ¡cómo si M. Tulio hubiese sido menos atrevido! No me paro en aducir pruebas, porque no puede haber dudas en cuanto a éste; pero el mismo Demóstenes, regla y modelo del orador perfecto, ¿se modera mucho cuando dice: «¡Oh hombres pérfidos, aduladores y pestes públicas!»? Y en otro punto: «Porque yo no he fortificado esta ciudad con piedra y ladrillo». Y más adelante: «He propuesto todo esto para la defensa del Ática, y os he indicado todos los resortes que podía sugerir la prudencia». Y en otro lugar: «Por mi parte creo, y lo juro

por los dioses inmortales, que estos afortunados acontecimientos lo han embriagado». Pero ¿hay algo más atrevido que aquel arranque tan hermoso y tan largo? «Porque cruel enfermedad desuela la Grecia...» ¿Qué ha de decirse de este pasaje más corto, pero no menos atrevido? «Entonces los silbidos del soberbio Python, que os amenazaba, no me asustaron.» Lo que voy a citar tiene el mismo carácter: «Pero cuando el bandolerismo y el crimen elevan a alguno como a Filipo, el primer fracaso le derriba y le rompe». Este otro pasaje es casi igual: «Restado de la sociedad por todos los tribunales...». Y después: «Habéis encerrado en el pecho la compasión que ordinariamente se le tiene, ¿qué le digo?, la habéis ahogado por completo. No confiéis en encontrar puertos que habéis cerrado y que habéis llenado de escollos». Ya había dicho: «No veo para él ningún recurso de éstos, ningún asilo abierto: solamente descubro precipicios, simas, abismos». Y todavía no es bastante esto: «Porque no creo que nuestros antepasados estableciesen este orden en los juicios, para proporcionar medios a hombres de tal carácter, para que se mantuviesen florecientes en ellos; sino para contenerles, castigarles e impedir que alguien les imitase y tuviese deseos de lanzarse al crimen». Y además: «Si, pues, es un obrero de toda clase de maldades, si tiene tienda abierta y si trafica...». Y otros muchos parecidos, omitiendo los que Esquines llama monstruos y no palabras. Hablo contra mí cuando digo que se le ha censurado estas mismas palabras; pero considera cuán superior es el criticado a su censor, y precisamente en estos mismos pasajes porque en otros aparece su fuerza, en éstos su grandeza. ¿Evitó el mismo Esquines lo que censuró en Demóstenes? «Porque es necesario que el orador y la ley tengan el mismo lenguaje; pero cuando la ley habla de una manera y el orador de otra, debe estarse a la equidad de la ley y no a la imprudencia del orador». Y en otro punto: «En seguida explica su propósito de ocultar el robo a favor del decreto, cuando expresa que los legados de

Orea habían dado los cinco talentos, no a vosotros, sino a Galias; y para que quedéis persuadidos de que digo la verdad, prescindiendo del vano aparato de los trirremes y de toda la pompa de ese decreto, leed.» Y en otro punto: «Y no consintáis que os extravío con vanos discursos contra el prevaricador...». Y esto lo aprobaba tanto, que lo repite: «Pero manteniéndoos firmes en este punto, prescindid de todos estos malignos discursos, y estad atentos para observar cuándo se sale de la cuestión». No es más sencillo y modesto cuando dice: «Pero diariamente nos causáis nuevas heridas, y cuidáis más del éxito de vuestras arengas que del bien de la república». Enseguida alza el tono: «¿No arrojaréis de encima esta peste común de la Grecia, y no os apoderaréis de él como de un pirata que persigue a la república flotante?». Y otras cosas por este estilo. Creo vas a criticar algunos trozos de esta carta, de la misma manera que has criticado la obra que trato de defender; es decir, que no aprobarás lo de «timón que gime; piloto comparado a los dioses del mar», porque observo que al defender lo que te ha desagradado, he recaído. Pero trátalo todo como quieras con tal de que, desde ahora, me concedas un día en que podamos tratar de viva voz la cuestión de los críticos antiguos y modernos; porque tú harás que sea menos temerario o yo te haré más atrevido. Adiós.

Epístolas, IX, 26
(F. B.-F. N.) (83)

318. El castigo de los cristianos

Gayo Plinio al emperador Trajano. Salud.

Cosa solemne es para mí, señor, exponerte todas mis dudas; porque ¿quién puede decidirme o instruirme mejor? Nunca he asistido al proceso o sentencia de ningún cristia-

no. Así es que ignoro sobre qué recae la información que se hace contra ellos, y hasta dónde puede llevarse el castigo. Vacilo mucho acerca de la diferencia de edades. ¿Deben ser castigados todos, sin distinción de jóvenes y ancianos? ¿Debe perdonarse al que se arrepiente? ¿O es inútil renunciar al cristianismo una vez abrazado? ¿Es el nombre sólo lo que se castiga en ellos? ¿Qué crímenes hay unidos a este nombre? He aquí las reglas que he seguido en las acusaciones presentadas ante mí contra los cristianos. A los que lo han confesado, les he interrogado por segunda y tercera vez, y les he amenazado con el suplicio, y a él les he enviado si han persistido. Porque, fuera lo que quisiera lo que confesasen, he creído que debía castigarse su desobediencia e invencible obstinación. Otros hay dominados por la misma locura, que he reservado para enviarlos a Roma, porque son ciudadanos romanos. Habiéndose propagado poco ha, este delito, como sucede ordinariamente, se ha presentado bajo diferentes aspectos. Hanme entregado una Memoria sin nombre de autor, en la que se acusa de ser cristianas diferentes personas que niegan serlo y haberlo sido nunca. En presencia mía y según los términos que les he dictado, han invocado a los dioses y ofrecido incienso y vino a tu imagen, que había hecho llevar expresamente con las estatuas de nuestras divinidades, y hasta han lanzado imprecaciones contra Cristo, a lo que, según dicen, no es posible obligar jamás a los que son verdaderamente cristianos. He creído pues, que debía absolverlos. Otros, delatados por un denunciador, han declarado primeramente que eran cristianos, y en seguida que lo habían sido, pero que habían dejado de serlo, unos, hacía ya más de tres años, y otros desde más remoto, y algunos desde veinte años atrás. Todos éstos han adorado tu imagen y las estatuas de los dioses y lanzado maldiciones contra Cristo. Decían que todo su error o falta se limitaba a estos puntos: que en determinado día se reunían antes de salir el sol y cantaban sucesivamente himnos en honor de Cristo, como si

fuese Dios; que se obligaban bajo juramento, no para crímenes, sino a no cometer robo ni adulterio; a no faltar a la promesa, a no negar el depósito: que después de esto, acostumbraban separarse, y que después se reunían para comer en común manjares inocentes; que habían dejado de hacerlo después de mi edicto, por el cual, según tus órdenes, prohibí toda clase de reuniones. Esto me ha hecho considerar tanto más necesario arrancar la verdad por la fuerza de los tormentos a dos esclavas, cuanto que decían estaban enteradas de los misterios del culto; pero solamente he encontrado una deplorable superstición llevada hasta el exceso; y por esta razón lo he suspendido todo para pedirte órdenes. El asunto me parece digno de tus reflexiones, por la multitud de los que se han puesto en peligro; porque diariamente se verán envueltas en estas acusaciones multitud de personas de toda edad, clase y sexo. Este mal contagioso no solamente ha infestado las ciudades, sino también las aldeas y los campos. Creo, sin embargo, que puede ponerse remedio y detenerlo. Lo cierto es que los templos, que estaban desiertos, son frecuentados y que comienzan de nuevo los sacrificios que se olvidaban. Por todas partes se venden víctimas, que antes tenían pocos compradores; comprendiéndose por esto a cuántos se les puede separar de su extravío si se perdona a los arrepentidos.

Trajano a Plinio. Salud.

Has hecho, querido Segundo, lo que debías hacer en las causas que te han presentado de los cristianos; porque no es posible establecer regla fija en esa clase de asuntos. No deben hacerse pesquisas; si se les acusa y quedan convictos, se les debe castigar. Sin embargo, si el acusado niega que es cristiano y lo demuestra con su conducta, es decir, invocando a los dioses, es necesario perdonarle por su arrepentimiento, cualquiera que sea la sospecha que pesase sobre él. Por lo demás, por ninguna clase de delito deben recibirse denuncias

anónimas, porque esto daría pernicioso ejemplo, muy contrario a nuestra época.

Epístolas, X, 97-98
(F. B.-F. N.)[83]

319. El emperador Trajano no es un dios

En efecto, no sólo un cónsul, sino todos los ciudadanos creo que deben esforzarse por no hablar del nuestro como podrían hablar de cualquier otro príncipe. Por tanto, apártense y desaparezcan aquellas frases que arrancaba el temor; no hablemos como hacíamos en otro tiempo, que ya no sufrimos lo de entonces; y pues ya no murmuramos como antes, tampoco repitamos los mismos elogios públicos al príncipe de antes. Que pueda notarse en nuestros discursos el cambio de los tiempos y que el mismo estilo de la acción de gracias dé a entender para quién y cuándo se hicieron. Jamás le halaguemos como dios, jamás como deidad, pues no tratamos ya de un tirano, sino de un ciudadano, no ya de un amo, sino de un padre. Y lo que más le ennoblece y exalta es que él mismo se considera uno más entre nosotros, y se acuerda tanto de que es un hombre como de que está para gobernar a los hombres. Percatémonos, pues, de nuestra buena suerte, acreditemos merecerla haciendo uso de ella, y recapacitemos si hemos de añadir más homenaje a los príncipes que se alegran de la esclavitud de los ciudadanos que a los que se alegran con su libertad. El pueblo romano respeta todavía las diferencias entre sus príncipes, y así como hace poco aclamaba a otro por su belleza, aclama ahora a éste por su gran fortaleza, y con el mismo clamor que alababa las posturas y la voz de otro, alaba de éste la piedad, la frugalidad y la mansedumbre.

Panegírico de Trajano, 2
(A. O.)[84]

SUETONIO

Gayo Suetonio Tranquilo (ca. *70*-ca. *150 d.C.) es, junto con Plutarco, el principal biógrafo de la Época Imperial. Amigo y protegido de Plinio el Joven, llegó a ocuparse, en época de Trajano, de la secretaría de la cancillería y de su correspondencia, gracias a lo cual tuvo acceso a los principales fondos documentales del Imperio, de gran utilidad para la redacción, al menos en parte, de sus* Vidas de los doce Césares, *que recoge doce biografías desde Julio César a Domiciano. Cada biografía está escrita con un estilo claro y sencillo y sigue una estructura fija, desde la familia y el nacimiento hasta la muerte y el testamento del personaje, acumulando muchos datos e informaciones sobre el aspecto físico, carácter o aficiones, de acuerdo con las distintas fuentes a su alcance. De otra obra,* Sobre los hombres famosos, *se conservan las vidas de los gramáticos y los rétores. Suetonio sirvió de referencia para la escritura de biografías en la Edad Media y el Renacimiento.*

320. La faceta literaria de Julio César

Al menos en su juventud, parece haber seguido el tipo de elocuencia de César Estrabón, de quien reprodujo incluso al pie de la letra en su *divinatio* algunos pasajes tomados del discurso que se titula *En defensa de los sardos.* Por otra parte, se dice que declamaba con voz clara y con ademanes y gestos vehementes, pero no sin encanto. Dejó varios discursos, entre los cuales hay algunos que se le atribuyen sin fundamento. Augusto considera con razón que el llamado *En defensa de Quinto Metelo* fue recogido por taquígrafos, que reproducían mal las palabras del orador, más que publicado por él mismo; de hecho, en algunos ejemplares encuentro que ni siquiera aparece bajo el nombre de *En defensa de Metelo,* sino *El que escribió para Metelo,* siendo así que este discurso lo pronunció César en persona, justificándose a sí mismo y a Metelo contra las acusaciones de sus comunes detractores. También el titulado *A los soldados en Hispania* se resiste el mismo Augusto a considerarlo suyo, a pesar de que circulan dos: uno que se supone pronunciado antes del primer combate, y otro antes del último, del que Asinio Polión dice que César no tuvo ni siquiera tiempo de arengar a sus soldados por la súbita incursión de los enemigos.

Dejó también unos *Comentarios* de sus campañas de la guerra de las Galias y de la guerra civil contra Pompeyo, pues de las guerras de Alejandría, de África y de Hispania el autor no es seguro: unos las atribuyen a Opio y otros a Hircio, que al menos completó también el último e inacabado libro de la guerra de las Galias. Acerca de estos comentarios de César, Cicerón habla así en el mismo *Bruto:* «Escribió unos comentarios que merecen sin duda la mayor aprobación: son escuetos, directos y llenos de encanto, desprovistos de todo adorno de estilo, como un cuerpo al que se ha quitado su ropaje; pero mientras que con ellos quiso dejar preparado a los demás un material en que pudieran basarse

quienes quisieran escribir la historia, dio quizá gusto a los ineptos, que querrán adornarlo con falsos ornamentos literarios, pero a los hombres sensatos les ha quitado ciertamente la voluntad de escribir». Hircio hace de estos mismos comentarios el siguiente elogio: «Han merecido tan unánime aprobación, que parece que han quitado a los escritores la facultad de escribir más que dársela. Nuestra admiración en este asunto es, sin embargo, mayor que la de los demás: los otros, en efecto, conocen cuánta bondad y corrección hay en su estilo; nosotros, además, sabemos con qué facilidad y rapidez los escribió». Asinio Polión considera que han sido compuestos con poco cuidado y poco respeto a la verdad, porque César, según él, las más de las veces ha dado a la ligera crédito a las acciones realizadas por otros y, en cuanto a la suyas, las ha expuesto faltando a la verdad, sea intencionadamente, sea también por falta de memoria, y opina que tenía la intención de rehacerlos y corregirlos. Dejó también dos libros *Sobre la analogía,* otros dos *Anticatones* y, además, un poema titulado *El viaje.* Compuso la primera de estas obras al atravesar los Alpes, cuando volvía de la Galia Citerior a reunirse con su ejército después de haber celebrado sus audiencias; la siguiente, por el tiempo de la batalla de Munda; la última, durante los veintitrés días que duró su trayecto de Roma a la Hispania Ulterior. Se conservan también sus cartas al Senado, que parece haber sido el primero en componer en páginas y a la manera de un cuaderno de notas, mientras que antes los cónsules y generales sólo las enviaban escritas a todo lo largo del folio. También se conservan las dirigidas a Cicerón, así como las que escribía a sus familiares sobre asuntos domésticos, en las que, si quería transmitir algún mensaje más confidencial, lo escribía cifrado, es decir, colocando de tal manera el orden de las letras que no podía obtenerse ninguna palabra: si alguien quiere descifrar estas palabras y obtener su sentido, debe cambiar la cuarta letra del alfabeto, es decir la D, por la A, y así sucesi-

vamente. Se citan asimismo algunos escritos de su niñez y de su primera juventud, como, por ejemplo, el titulado *Alabanzas de Hércules*, la tragedia *Edipo* y una *Colección de sentencias*, pero Augusto prohibió que todas estas obritas se pusieran a disposición del público por medio de una carta, de suma brevedad y sencillez, dirigida a Pompeyo Marco, a quien había encargado la organización de las bibliotecas.

Vida de los doce Césares, I, 56
(R. M.ª A. C.) (85)

321. Nerón

Era aproximadamente de mediana estatura; tenía el cuerpo cubierto de manchas y exhalaba mal olor; su cabello tiraba a rubio, su rostro era más hermoso que atractivo, y sus ojos, azules y algo miopes; tenía el cuello grueso, el vientre abultado, las piernas muy delgadas, y gozaba de una salud excelente, pues a pesar del absoluto desenfreno en que vivía, en catorce años sólo cayó enfermo tres veces, y aun así sin tener que renunciar al vino ni a sus restantes hábitos; mostraba tan poco decoro en su arreglo personal y en su forma de vestir, que, además de llevar siempre la cabellera escalonada, en su viaje a Acaya se la dejó crecer incluso por detrás de la cabeza, y con mucha frecuencia aparecía en público vestido con una bata, un pañuelo anudado al cuello, sin cinturón y descalzo.

Durante su niñez abordó casi todos los estudios liberales; pero su madre le apartó de la filosofía, advirtiéndole que era perniciosa para una persona destinada a ser emperador, y su preceptor Séneca del conocimiento de los antiguos oradores, para conservar por más tiempo su admiración. Así pues, sintiendo una especial inclinación hacia la poesía, compuso

versos por placer y sin esfuerzo, y no publicó bajo su nombre los de otros, como algunos piensan. Han llegado a mis manos unas tablillas y papeles que contenían algunos conocidísimos versos suyos, escritos de su puño y letra; saltaba a la vista que no habían sido copiados ni tomados al dictado, sino que eran claramente obra de una persona que medita y crea: tantas tachaduras, añadidos y correcciones presentaban. Sintió también una gran afición por la cultura y la escultura.

Vida de los doce Césares, VI, 51-52
(R. M.ª A. C.)[86]

322. Retrato del retórico Albucio Silo

Gayo Albucio Silo era de Novara. Mientras desempeñaba el cargo de edil en esta ciudad, en el transcurso de un juicio, lo arrojaron del tribunal, arrastrándolo por los pies los mismos contra los que estaba declamando. Indignado, corrió a las puertas de la ciudad, y de allí a Roma. Se le recibió en casa del orador Planco que tenía la costumbre, cuando iba a declamar, de buscar a alguien que hablara antes de él. Albucio asumió este papel, y lo ejecutó con tanto acierto que Planco enmudeció, y no se atrevió a entrar en competición. Famoso por esto, fundó su propio auditorio; acostumbraba a empezar sentado los debates previstos, pero la excitación le hacía levantarse y acabarlos en pie. El estilo de sus declamaciones variaba mucho: a veces era suntuoso y lleno de adornos, conciso y pedestre cuando no llegaba al vocabulario callejero. También tomó parte en pleitos, pocos y sólo los muy importantes, con el único objeto de hacer la *peroratio.* Más tarde abandonó el Foro, en parte por vergüenza y en parte por miedo: pues en una causa ante los centunviros ofreció a su

adversario, al que acusaba de haber obrado impíamente con sus padres, el derecho al juramento, pero con este lenguaje figurado: «Jura por los restos de tu padre y de tu madre que yacen insepultos», y otras cosas por el estilo; éste aceptó la condición, y al no objetar nada los jueces, acabó su intervención muy humillado. Otra vez, en el caso de la matanza de Milán, cuando estaba defendiendo al acusado ante el procónsul Lucio Pisón, tanto se enfadó al reprimir los «lictores» las excesivas manifestaciones de adhesión que, después de lamentar la situación de Italia porque había vuelto a su antiguo estado de provincia, invocó a Marco Bruto, cuya estatua estaba a la vista, como autor y protector de las leyes y la libertad. A raíz de esto poco faltó para que recibiera un castigo. Ya viejo, volvió a Novara a causa de un tumor; allí reunió al pueblo, y en un largo discurso a modo de arenga explicó las causas por las que decidía abandonar la vida; después se dejó morir de hambre.

Sobre los hombres famosos, La retórica, 30
(VV. TT.) [87]

D) ÉPOCA DE LOS ANTONINOS (138-192 d.C.)

PROSA

FRONTÓN

Marco Cornelio Frontón (ca. *100*-ca. *176 d.C.*), *de origen africano, fue el más influyente orador de su tiempo, hasta el punto de que, al parecer, se le encargó de la educación de Marco Aurelio, emperador posteriormente.*

Frontón es considerado como el impulsor de una corriente arcaizante del siglo II *d.C. que rechaza el clasicismo anterior y propone como modelo de lengua y estilo a los autores anteriores a Cicerón y Salustio, en especial Plauto, Accio, Ennio, Lucrecio, e incluso Catón entre los oradores. De su producción se han perdido los discursos, muy elogiados en la época, pero se ha conservado parcialmente una colección de cartas en las que se refleja su amistad con Marco Aurelio y se contienen referencias variadas a acontecimientos inmediatos, reflexiones sobre el estilo y la literatura y sobre la historia, instrucciones diversas o ejercicios retóricos.*

323. El sabio y la elocuencia

¿Quién duda de que el sabio se distingue del necio sobre todo por su juicio y selección de las cosas y por su opinión sobre ellas?, de manera que si hubiese una opción y elección de las riquezas y de la pobreza, aunque unas y otras carezcan de la malicia y también de la virtud, sin embargo, la elección no estaría libre de gloria y de culpa, pues es deber propio del sabio elegir rectamente y no posponer o anteponer algo de forma errónea.

Si me preguntas si yo deseo vivamente la salud física, sin duda diría que no, si fuese un filósofo; en efecto, no se permite al sabio el desear vivamente o apetecer nada que sea algo casual o que desee en vano, ni deseará cosa alguna que vea que está en manos de la fortuna. A pesar de ello, si fuese necesario elegir una cosa u otra, yo elegiría más bien la rapidez de Aquiles que la debilidad de Filoctetes.

Así pues, en la elocuencia ha de observarse una cosa similar, es decir, no has de desearla con demasiado afán ni tomarla con excesivo empeño; eso sí, en caso de tener que elegir, prefiere con mucho la elocuencia a no saber hablar.

Epístolas, 161, 8-9
(A. P. M.)[88]

324. Lo que es más antiguo es mejor

Es decir, por todos los medios, siempre que sea posible, haz que tu lenguaje sea normal, rebusca alguna palabra, no inventada por ti, pues eso sin duda resulta absurdo, sino usada con más armonía, con más coherencia, o por ser más conveniente.

«Tan gran respeto y atención tuvieron nuestros antepasados por el pueblo itálico», dice Salustio, «Antiquitas» es una

palabra de uso común, pero nunca utilizada en este sentido, ni tan correctamente lograda. En efecto, como se dice vulgarmente, lo que es más antiguo es mejor. De ahí que, como consecuencia, esa expresión haya sido derivada por Salustio; y puesto que resulta menos claro un término por ser menos usado, lo ha interpretado unido a la palabra que le sigue, «respeto y atención» *[Laguna]*. De esta forma *[Laguna]*.

En boca del pueblo común se ha extendido, hasta nuestros días, ese tipo de palabra. Accio, Plauto, Salustio, las utilizan con relativa frecuencia, incluso alguna vez las usa Tulio...

Epístolas, 174, 12-13
(A. P. M.)[88]

325. Consejos a Marco Aurelio

A mi señor:

En cuanto a que crees tú que yo había conciliado el sueño, he estado en vela toda la noche, reflexionando conmigo mismo si, tal vez por un excesivo amor a ti, he juzgado con demasiada indulgencia y tolerancia cualquier falta tuya; la verdad es que tú deberías ser más regular y haber progresado más en elocuencia, pero lo cierto es que tu ingenio vacila, bien sea por desidia o tal vez por falta de interés.

Dándoles vueltas con preocupación a estas cosas conmigo mismo, llegaba a la conclusión de que tú habías progresado mucho más de lo que es normal a tu edad, teniendo en cuenta la que es, mucho más de lo que corresponde al tiempo que tú has dedicado a estos estudios, mucho más de lo que yo pensaba, aun cuando a ti esperase cosas sin medida.

Pero lo que me viene a la mente, justo a medianoche, es el tipo de proposición que estás escribiendo, nada menos una del género epidíctico, nada más difícil que ésa. ¿Por qué?, porque, aunque son prácticamente tres los tipos de *proposi-*

ciones, demostrativo, deliberativo y judicial, los otros dos son mucho más fáciles, mucho más variados, más inestables o vulgares; en cambio, el *demostrativo,* se encuentra en un lugar difícil.

Finalmente, así como hay tres, a modo de fórmulas, del discurso, *llano, medio* y *elevado,* junto al género demostrativo no hay lugar alguno para el *estilo llano,* que es, por otra parte, mucho más necesario para el judicial.

Todo *en el género demostrativo* debe decirse *de forma grandiosa,* por todas partes ha de adornarse, por todas partes han de utilizarse elementos decorativos; pocos, en cambio, para *el tipo medio.*

Sin duda alguna, recuerdas tú las muchas lecturas a las que hasta ahora te has dedicado, comedias, atelanas, oradores arcaicos, de los cuales, sólo unos pocos, o nadie, excepto Catón y Graco, templan su tuba.

La verdad es que todos emiten un mugido o, si se quiere, chillan. Porque, ¿qué hizo Ennio, a quien tú has leído? ¿De qué te sirvieron las tragedias para componer versos en tono sublime?

La mayoría de las veces, efectivamente, los versos ayudan a componer un discurso, pero ayuda más un discurso a componer versos.

Ahora, recientemente, has comenzado a leer discursos pomposamente adornados. No pretendas poder imitarlos en seguida. Más bien, como te he dicho, apliquémonos, esforcémonos. Conmigo como respaldo, como garantía, como responsable, rápidamente te colocarás en la cima de la elocuencia. Los dioses lo harán.

Adiós, mi señor, «y ten esperanza y buen ánimo y confío en el tiempo y en la experiencia». Saluda a tu señora madre.

Epístolas, 31
(A. P. M.)[85]

AULO GELIO

Aulo Gelio (ca. *130*-ca. *180 d.C.), formado en Roma y Atenas, es el autor de una colección de piezas a modo de breves ensayos titulada* Noches áticas *y recogida en veinte libros, de los que se ha conservado la mayor parte. Su estilo es ligeramente arcaísta y presenta gran diversidad formal, combinando principalmente la exposición didáctica y el diálogo. Gelio recoge un amplio bagaje de datos y opiniones, así como sus propias reflexiones y conocimientos sobre los más diversos ámbitos del saber, entre los que destacan sus comentarios sobre la lengua y la literatura precedente, con vistas posiblemente a la instrucción de sus hijos, apoyado en una gran erudición –no siempre profunda– y aparato de citas, lo que ha permitido la transmisión de un valioso arsenal de juicios y pasajes literarios anteriores.*

326. Sobre la composición de las *Noches áticas*

(Laguna)... otras más agradables pueden encontrarse con vistas a que mis hijos tengan un entretenimiento semejante, en el momento en que su espíritu pueda distenderse y rela-

jarse tras haberse tomado un respiro en sus ocupaciones. Hemos respetado el orden fortuito de los datos, un orden que habíamos ido conformando previamente al seleccionar el material. Pues cada vez que caía en mis manos un libro cualquiera, griego o latino, o escuchaba algo digno de recordar, apuntaba sin orden ni distingo lo que me apetecía, de la naturaleza que fuera, y lo guardaba para sostén de mi memoria como si fuera una especie de almacén literario, al objeto de que, cuando se diera la necesidad de recurrir a un acontecimiento o a una palabra que por casualidad hubiera olvidado de repente y no tuviera a mano los libros de los que había tomado los datos, me fuera fácil encontrarlo y tomarlo de allí.

Por lo tanto, en estas anotaciones también se produce la misma disparidad de materias que hubo en las notas originales que había elaborado breve, desordenada y confusamente, a partir de distintos conocimientos y lecturas. Pero en vista de que empezamos a entretenernos y a elaborar estas reflexiones, según he dicho, durante las interminables noches de invierno en el campo del Ática, por ello, las hemos titulado *Noches áticas,* sin pretender imitar en nada los adornos de los títulos que muchos otros escritores en una y otra lengua han adoptado para libros en este mismo género.

Noches áticas, Prefacio, 1-3
(A. M. H.)

327. Del amor de un delfín por un niño

Que los delfines son apasionados y proclives al amor lo acreditan narraciones antiguas y relatos recientes. En efecto, durante la época de los Césares, en el mar de Pozzuoli, según dejó escrito Apión, y algunos siglos antes cerca de Naupacto, como transmitió Teofrasto, hubo conocimiento y cons-

tancia de amantes muy ardientes entre los delfines. Sin embargo, éstos no se entregaron al amor de seres de su especie, sino que se apasionaron, de forma asombrosa y propiamente humana, por niños de hermoso aspecto que habían atisbado por azar en barcas o en las orillas de las playas.

He anotado las palabras del sabio Apión, tomadas del libro quinto de sus *Egipcíacas*, en las cuales narra las relaciones, las travesuras, los paseos y las carreras de un delfín enamorado y de un niño que no lo despreciaba, y afirma que él mismo y otros muchos habían llegado a ver todo esto: «Yo mismo he observado, cerca de Dicearquia, a un delfín poseído de pasión por un niño que se llamaba Jacinto. Oía su voz y, excitándose su ánimo y replegando hacia dentro sus aletas para evitar hacer daño al cuerpo deseado, se dejaba montar como un caballo y recorría hasta doscientos estadios. Roma y toda Italia acudía para ver a un pez guiado por las riendas de Afrodita». A esto añade un acontecimiento no menos digno de admiración: «A continuación –dice–, el mismo niño, objeto del amor del delfín, sufrió una enfermedad y falleció. Y el amante, después de nadar una y otra vez hasta la playa acostumbrada y no hallar nunca al niño, que solía aguardar su encuentro en el litoral, se consumió de tristeza, murió y varado en la orilla fue encontrado por los que conocían la peripecia, y se le enterró en la misma sepultura de su querido muchacho».

Noches áticas, VI, 8
(A. M. H.)

328. Pudor y literatura

El poeta Anniano y muchos que con él andan consagrados a la misma musa citaban entre grandes y reiterados elogios esos versos de Virgilio en los cuales envolvió con una metá-

fora pudorosa a Vulcano y a Venus mientras yacían juntos y entrelazados en unión conyugal, acto que debe permanecer oculto conforme a la ley de la naturaleza, aunque se traslucía y se dejaba ver. En efecto: Virgilio lo escribió de esta manera:

Tras decir estas palabras,
en ansiados abrazos la envolvió
y, echado en el regazo de la esposa,
buscó apacible sueño entre sus miembros

[*Eneida*, VIII, 404-406].

Entendían que era menos embarazoso, a la hora de resolver una circunstancia de esta índole, utilizar una o dos palabras que aludan a ella con una indicación breve y sutil, al igual que Homero dijo: «el cinturón virginal», «los derechos del tálamo» y «las labores amorosas». Pero entendían que ningún otro había hablado de esta venerable confidencia de la unión casta con tantas y tan claras palabras y, sin embargo, no obscenas, sino puras y honestas.

En cambio Anneo Cornuto –hombre, por lo demás, ni ignorante ni imprudente–, en el segundo de los libros que compuso sobre las figuras del estilo, atacó, con un examen absurdo y a todas luces despreciable, el mérito extraordinario de este pudor en su conjunto. En efecto, tras haber admitido este género de figura y haber dicho que estos versos estaban elaborados con bastante esmero, afirmó: «Sin embargo, designó a los miembros con un poco más de imprudencia».

Noches áticas, IX, 10
(A. M. H.)

329. Sobre los sentidos de *humanitas*

Los que han acuñado palabras latinas y los que las han usado apropiadamente, no han querido que *humanitas* se refiera a lo que el pueblo cree y lo que los griegos denominan *philanthropía,* en alusión a una cierta cortesía y bondad sin distinciones para con todos los hombres, sino que llamaron *humanitas* más o menos a lo que los griegos designan como *paideída,* lo que nosotros denominamos «formación» e «instrucción» en las artes virtuosas. Los que anhelan y desean éstas con franqueza son, sin duda, los más cultivados. No en balde la preocupación y el aprendizaje de este saber le han sido dados sólo al hombre entre todos los seres vivos, y de ahí recibe su nombre.

De este modo, por tanto, casi todos los libros revelan que fueron los antiguos, y sobre todo Varrón y Cicerón, los que se sirvieron de esta palabra. Por ello me ha bastado de momento con mostrar un único ejemplo. Así pues, he situado en primer lugar las palabras de Varrón extraídas del libro *Sobre las cuestiones humanas,* cuyo comienzo reza así: «Praxíteles, que por su espléndida labor artística no resulta desconocido a nadie que sea un poco más cultivado *(humanior)*». Varrón emplea *humanior* no en la acepción en la que se dice coloquialmente, como indulgente, sociable y bondadoso aunque sea de escasa instrucción –pues esto no se ajusta al sentido estricto–, sino con el significado de «más instruido y formado», para designar al que ha conocido a partir de los libros y de la historia quién fue Praxíteles.

Noches áticas, XIII, 17
(A. M. H.)

FLORO

Lucio Anneo Floro, que vivió en el siglo II *d.C. y cuya identidad no está completamente aclarada, es el autor de un* Epítome de todas las guerras *que compendia los acontecimientos –esencialmente los bélicos– hasta la época de Augusto, con el fin de ensalzar al pueblo y al estado romanos, aspirando a un nuevo resurgimiento del Imperio. Floro concibe la historia como un proceso orgánico articulado en períodos y con un sentido universal, en la medida en que Roma se entiende como la columna vertebral del mundo. De estilo conciso y cierto regusto retórico, su obra se basa en la síntesis de fuentes anteriores, principalmente de Livio, pero también de Salustio y César. Esta obra fue utilizada en las escuelas de retóricos. No se puede descartar que se trate del mismo Floro autor de un diálogo, conservado fragmentariamente, con el título «¿Es Virgilio un orador o un poeta?», o bien del Floro poeta y amigo del emperador Adriano, con el que tuvo un intercambio epistolar.*

330. Elogio de Roma y etapas en la formación del Imperio

El pueblo romano, desde la época del rey Rómulo hasta César Augusto, a lo largo de unos setecientos años, actuó en la paz y en la guerra de tal forma que si alguien contrastara la grandeza del Imperio con sus años, creería que es de mucha mayor edad. Hasta tal punto expandió sus fuerzas militares por la superficie de la tierra, que quienes leen sus avatares aprenden a la perfección los acontecimientos no de un solo pueblo, sino del género humano. Entre tantos esfuerzos y peligros se ha debatido, que parece que la Virtud y la Fortuna han luchado para levantar su Imperio. Por ello, si merece la pena conocer el valor de una empresa, éste es el caso; sin embargo como su propia grandeza lo hace difícil y la diversidad de los acontecimientos merma la profundidad del propósito, voy a hacer lo que acostumbran los que pintan los paisajes de las tierras: voy a abarcar su imagen completa en una pequeña tablilla, con vistas a contribuir en algo, espero, a la admiración de este ilustre pueblo, si llego a mostrar, al mismo tiempo y de una vez, su grandeza universal.

Si alguien considerase al pueblo romano como un único individuo y repasase toda su carrera, de qué manera empezó y cómo ha ido creciendo, cómo llegó, por así decir, al fruto de la juventud, y cómo en cierto modo ha ido después envejeciendo, descubrirá cuatro fases o etapas. La primera época transcurrió bajo el poder de los reyes durante unos doscientos cincuenta años, en el curso de los cuales el pueblo combatió en torno a la misma ciudad con las tribus cercanas. Esta fase corresponde a su infancia. La siguiente, desde el consulado de Bruto y Colatino hasta el de Apio Claudio y Marco Fulvio, se extiende durante unos doscientos cincuenta años, en los cuales conquistó Italia. Éste fue un período completamente efervescente para los hombres y para las armas, y por eso uno podría decir que es la adolescencia. A

continuación, hasta César Augusto pasaron doscientos años, tiempo en el que sometió al mundo entero. Ésta es la juventud misma del Imperio y una especie de madurez, por así decir, vigorosa. Desde César Augusto a nuestra época hay no mucho menos de doscientos años, durante los cuales la indolencia de los Césares se avejentó y empequeñeció el Imperio si no es porque, bajo el mandato de Trajano, se ha puesto a ejercitar sus músculos y, contra la expectativa de todos, el senil Imperio rejuvenece como si recobrara la juventud.

Epítome de todas las guerras, Prefacio
(A. M. H.)

APULEYO

*La vida de Apuleyo de Madaura (ciudad de África, próxima a Cartago) (124-*ca. *170-180 d.C.) nos es bastante bien conocida gracias a su* Apología, *discurso pronunciado en 158-159 d.C. para rechazar una acusación de magia por la que parece que no fue condenado. Orador famoso, semejante a los que recorrían el mundo griego por la misma época pronunciando discursos improvisados sobre cualquier tema, filósofo platónico, sacerdote de Asclepio, iniciado en diversos misterios y quizás en el isismo, Apuleyo conjuga religión y magia, filosofía y ciencia, cultos mistéricos y cultos oficiales, mostrando una curiosidad sin límites, una sed inmensa de saber y unas dosis considerables de superficialidad, improvisación e histrionismo; así que no dudamos en considerarlo representante típico de muchas de las inquietudes de su siglo.*

De su obra se conserva además una antología (Flórida) *de sus lecciones y también se le atribuyen los escritos de divulgación de corte platónico, así como una traducción de una pieza asignada erróneamente a Aristóteles,* De mundo; *pero su obra más conocida son* las Metamorfosis *o* El asno de oro, *la única novela latina que se conserva completa. Se nos presenta en ella a un personaje, Lucio, que, ansioso de iniciarse en los*

secretos de la magia, resulta transformado en asno, recorre numerosos ambientes como mozo de muchos amos, y al final, tras haber corrido incontables peligros, recobra la forma humana por intercesión de la divina Isis y termina como iniciado en sus misterios. Basada en una obra griega anterior, de carácter cómico, a la que sigue fielmente en los temas de magia y aventuras, la novela de Apuleyo resulta original por la gran cantidad de relatos independientes de la acción principal que puntean la trama, y, sobre todo, por disponer de un final de honda religiosidad, para una obra que hasta entonces parecía básicamente cómica. Bien mirado, el libro es mucho más que eso. Apuleyo, en la parte que dedica a la magia, puede considerarse el inventor del moderno relato corto fantástico; también posee un gran talento para esa exacerbación de lo cómico que es lo grotesco. La novela picaresca española no sería concebible sin él. Su obra está asimismo llena de un erotismo idealizado y de escenas de gran obscenidad y crudeza de descripciones empalagosas y de cuadros de gran realismo, por lo que su autor, a veces amanerado y barroco en exceso, rebuscado y retórico hasta lo extravagante en otras ocasiones, se muestra siempre como un prosista excepcional, hasta el punto de ser uno de los escritores antiguos más apreciados actualmente.

331. Las brujas Meroe y Pantia: fantástico-macabro

«Al oír esas palabras, pobre de mí, me siento inundado de un sudor frío, me tiritan las entrañas de tal modo que hasta el camastro, agitado por mis sobresaltos, bailaba sobre mi espalda. La amable Pantia contestó: "Dime, pues, hermana, ¿empezamos por despedazar a éste a la manera de las bacantes, o lo atamos debidamente para mutilar su virilidad?

»Entonces Meroe –pues la misma realidad me hacía com-

prender que, dadas las referencias de Sócrates, ése era su nombre–: "No –dijo–; que sobreviva ése al menos para amontonar un poco de tierra sobre el cuerpo de este desgraciado"; e, inclinando la cabeza de Sócrates, le hundió por la izquierda del cuello su espada, hasta la empuñadura, y recogió cuidadosamente en un exiguo odre la sangre que brotaba, sin que la menor gotita salpicara el escenario. Esto lo he visto yo con mis propios ojos. Y, sin duda para que no faltara detalle al ritual del sacrificio, introduciendo la mano derecha por la herida aquella y rebuscando hasta el fondo de las entrañas, la dulce Meroe retiró el corazón de mi pobre compañero. Él, al cortarle el cuello el golpe de la espada, dejó escapar a través de la herida un grito, o mejor dicho, un vago silbido, y expiró.

»Pantia, cubriendo con una esponja la enorme herida entreabierta, dijo: "Atención, esponja, ten cuidado: eres hija del mar, no pases por el río". Terminada esta operación y retirándose ya, dan un empujón a mi camastro, se ponen a caballo sobre mi cara y alivian su vejiga, inundándome de un líquido terriblemente inmundo.»

El asno de oro, I, 13
(L. R. F.) [89]

332. El edil Pitias pisotea los peces: grotesco

Al oír esas palabras, teniendo en cuenta el carácter y tacañería de Milón y deseando granjearme más a fondo su simpatía: «No necesito nada –le digo–; todos esos enseres de aseo me acompañan siempre en mis viajes. En cuanto al balneario, me será fácil preguntar por él. Mira, lo más esencial con mucho para mí es mi caballo, que me ha traído valientemente hasta aquí; toma, Fotis, estas monedas; cómprale heno y cebada».

Arreglado este asunto y dispuestas mis cosas en la habitación, me dirijo yo mismo al baño, con la precaución de pasar antes por el mercado para abastecernos de alimentos. Veo allí en venta un delicioso pescado; pregunto el precio; me dicen que cien sestercios; hago ademán de dejarlo y lo saco por veinte denarios. Justamente, al salir de allí, me encuentro con Pitias, mi condiscípulo de Atenas; quedó un poco parado al reconocerme, me asaltó efusivamente y, entre besos y abrazos: «Querido Lucio –dijo–, hace un siglo que no nos hemos visto; por Hércules, desde que dejamos la escuela de Clitio. ¿Cuál es el motivo de este viaje?». «Mañana lo sabrás –le contesto–. Pero, ¿qué es esto? Mi enhorabuena. Te veo con ordenanzas, con fascios, con todo el boato propio de un magistrado.» «Estoy encargado de la sección de abastos, soy edil. Si te apetece algo, lo tendrás en seguida.» Le doy las gracias: había asegurado suficientemente mi cena con la compra del pescado. Pero Pitias, al ver mi cesta y sacudirla para ver mejor el pescado: «¿Cuánto –me pregunta– te han costado estos boquerones?». «Me costó trabajo –le digo– para sacárselos al pescadero por veinte denarios.»

Al oírme, me coge del brazo en el acto y, metiéndome de nuevo en el mercado: «¿A quién –me dice– has comprado aquí este saldo?». Le señalo a un pobre viejo, sentado en un rincón. Inmediatamente, con sus prerrogativas de edil, increpándolo con la mayor rudeza: «Ahora –dice– ya no tenéis consideración ni para nuestros propios amigos ni, en general, para ningún forastero; ponéis un alto precio al pescado más ruin y, con la carestía de los víveres, reducís esta ciudad, la flor y nata de Tesalia, a la condición de un desierto o de un picacho solitario. Pero ello no pasará impunemente. Yo me encargaré de mostrarte, bajo mi administración, cómo se ha de reprimir a los desaprensivos». Y, vaciando en el suelo la cesta, manda a su oficial pisotear los pececillos y triturarlos todos hasta el último. Después, satis-

fecho de su severidad, mi amigo Pitias me invitó a salir: «Querido Lucio, me conformo con dar una lección como ésta al pobre viejo».

Consternado y estupefacto por esta escena, vuelvo a emprender el camino del balneario, viéndome ya, por obra y gracia de mi listo condiscípulo, sin dinero y sin cena; después del baño regreso a casa de mi huésped y me retiro a mi habitación.

El asno de oro, I, 24-25
(L. R. F.) [89]

333. Fotis, la esclava: erótico

Deliberando así en mi fuero interno, llego a la puerta de Milón, y, como dice el proverbio, me adhiero a mi propia opinión. No encuentro en casa ni a Milón ni a su esposa, sino únicamente a mi querida Fotis: preparaba para los amos un plato de embutido troceado y picadillo de carne cocida en la propia salsa; por lo que el olfato daba ya a entender, un guiso de lo más sabroso. La muchacha, lindamente vestida, con una túnica de lino, ceñida con un cinturón rojo oscuro casi a la altura de los pechos, daba con sus preciosas manos vueltas y más vueltas a la sartén; al compás de este rápido movimiento circular, bailaba todo su cuerpo con suave deslizamiento de los miembros y contoneándose en las más vivas y graciosas ondulaciones sus vibrantes caderas y hasta la espalda en toda su extensión. Ante tal espectáculo quedé inmóvil, asombrado, embelesado. Mis sentidos, tranquilos hasta entonces, se inflamaron al instante. Por fin le dirijo la palabra: «¡Qué gracia y salero tienes, querida Fotis, para armonizar el movimiento del puchero y el de tus caderas! ¿Qué delicioso guiso estás preparando? ¡Feliz, mil veces fe-

liz, quien consiga de ti permiso para meter la punta del dedo!».

Entonces, la simpática y traviesa chiquilla: «Vete de aquí –me dice–, pobre desgraciado; aléjate lo más posible de mi fogón. Si te alcanza la más leve chispa, te abrasarías hasta la médula de los huesos y nadie más que yo podría extinguir tu incendio, yo que, como buena cocinera, sé sacudir con la misma gracia una olla o una cama».

El asno de oro, II, 7
(L. R. F.) (89)

334. La metamorfosis en asno: fantástico-maravilloso

Insistiendo en la veracidad de estas informaciones y sumamente agitada, [Fotis] entra en la estancia y saca del cofre la cajita; yo recojo esta cajita con ambas manos y la cubro de besos; en primer lugar la conjuro para que me otorgue el favor de un vuelo feliz; al instante me despojo de toda mi indumentaria y meto ansiosamente las manos dentro; saco un poco más de ungüento y me froto a fondo todos los miembros de mi cuerpo. El ardiente deseo de parecer un ave me lleva a mover alternativamente mis brazos; no aparece el menor síntoma de pelusa ni de plumas; la clara realidad es que mis pelos se endurecen como cerdas; mi suave cutis adquiere la rigidez del cuero; en mis extremidades no se pueden ya contar los dedos, pues cada miembro termina en uno solo con una sola uña; y en la última vértebra me sale una larga cola. Mi rostro pierde toda proporción: me crece la boca, se me ensanchan las narices, me cuelgan los labios; de la misma manera se cubren de pelo y se desarrollan exageradamente las orejas. En la triste metamorfosis, como único consuelo, veo que, si bien ya no puedo tener a

Fotis en mis brazos, se abrían para mí nuevas posibilidades naturales.

El asno de oro, III, 24
(L. R. F.) [89]

335. Amor y Psyque en el palacio encantado: maravilloso

«Atraída por los encantos del lugar, Psyque se acerca cada vez más; va cobrando confianza y se aventura a cruzar el umbral; luego, cediendo al deleite de la curiosidad ante tan maravilloso espectáculo, lo examina en todos sus detalles; ve al otro lado del palacio los almacenes, de una arquitectura grandiosa, donde se amontonan grandes tesoros. Si algo falta allí es porque no existe. Pero si había mucho que admirar entre tantas riquezas, lo más sorprendente era que ninguna cadena, ninguna valla, ningún guardián custodiaba aquel tesoro que reunía todas las maravillas del mundo. Cuando Psyque se complacía con sumo deleite a la vista de todo ello, he aquí que oye la voz de un ser invisible: "¿A qué, señora –le dice–, a qué viene este asombro ante tanta opulencia? Todo esto te pertenece. Entra, pues, en tu habitación, ponte a descansar de tus fatigas en una de esas camas y, cuando gustes, di que se te prepare el baño. Nosotras, cuya voz estás oyendo, somos tus doncellas; henos aquí prontas a servirte con esmero, y, en cuanto estés arreglada, no se hará esperar el regio banquete organizado en tu honor".

»Psyque reconoció en esta felicidad un efecto de la divina providencia; dócil a los consejos de aquella voz sobrenatural, se entregó primero al sueño y luego en el baño acabó de disipar su cansancio; al ver muy a punto a su lado una tarima semicircular y dándole a entender el conjunto que se trataba de la comida preparada para hacerle reponer fuerzas, se

instala allí muy a gusto. Inmediatamente aparecen vinos deliciosos como el néctar, fuentes con variados y abundantes manjares; sin que nadie sirva la mesa, todo viene solo como por impulso sobrenatural. Ella no podía ver a nadie; tan sólo oía palabras caídas del cielo y las voces eran su único servicio. Después del opíparo banquete, entró alguien y se puso a cantar, sin dejarse ver; otro tocó la cítara, y hasta la cítara era invisible; después deleitó su oído un número de conjunto, ejecutado por numerosas voces; aunque no se veía a nadie, era evidente que se trataba de un coro humano.

»Tras estas deliciosas amenidades, la hora avanzada de la tarde aconsejaba a Psyque que fuera a dormir; así lo hizo.

»Entrada ya la noche, un ligero ruido llamó su atención. Temiendo por su honor en medio de tan profunda soledad, se asusta, se horroriza y, más que cualquier desastre, le inquieta lo desconocido. Ya estaba a su lado el marido misterioso; subió al lecho, hizo de Psyque su esposa, y, antes de que volviera la luz del día, había desaparecido apresuradamente. Sin demora, las voces, que esperaban ante la alcoba, prestan sus cuidados a la recién desposada, cuya virginidad había sucumbido. Así continuaron las cosas por algún tiempo. Según ley natural, el hábito le fue haciendo agradable su nuevo estado y el timbre de aquella voz misteriosa era un consuelo para su soledad.

»Entre tanto, sus padres envejecían sin cansarse de llorar y penar. La noticia de lo ocurrido se había divulgado a otras latitudes y sus dos hermanas mayores se habían enterado de todo; tristes y llorosas, abandonaron sin tardanza sus hogares y, rivalizando de celo, acudieron a ver a sus padres y a hacerles compañía.»

El asno de oro, V, 2-4
(L. R. F.) (89)

336. El asno en el molino: cómico

Allí había muchísimas caballerías describiendo múltiples círculos y arrastrando muelas de diversos calibres. No bastaba el día; la maquinaria seguía girando sin parar durante la noche y fabricando aquella harina como fruto de la noche en vela. Pero a mí personalmente, sin duda para no asustarme con las primicias del servicio, el nuevo dueño me trató con todos los honores de un huésped distinguido. Pues aquel primer día me dio fiesta y abasteció mi pesebre con pienso en abundancia. Pero aquella felicidad del descanso y la sobrealimentación acabó con la jornada: al día siguiente me veo enganchado de buena mañana a la muela mayor que, al parecer, había; al punto me tapan la cabeza y me ponen en marcha sobre el ruedo de aquella pista sinuosa. En aquel círculo sin principio ni fin, pisando sin cesar mis propias huellas, podía correr libremente sin perder el rumbo.

No obstante, como no había perdido por completo mi sagacidad y prudencia, me mostré torpe en el aprendizaje del oficio; y aunque, cuando vivía como hombre entre los hombres, había visto funcionar máquinas de esta clase, sin embargo, aparentando no tener experiencia ni idea de la tarea, me hacía el tonto y permanecía inmóvil. Me figuraba que, si me consideraban un tanto inepto y bastante inútil para ese menester, me darían otro trabajo cualquiera, pero siempre más llevadero, o tal vez hasta me mantendrían sin empleo. Pero en vano acudí a esa estratagema: salí perdiendo. En efecto, de pronto, me rodeó una multitud armada de estacas, y cuando, por tener tapados los ojos, menos me lo esperaba, a una señal convenida, dan una voz y descargan sobre mí una lluvia de estacazos; la algarabía me aturde de tal modo que, abandonando todos mis cálculos, cargo en seguida y de la manera más adecuada todo mi peso sobre la soga de esparto y doy unas vueltas a paso ligero. El

cambio repentino de mi conducta hizo reír a toda la compañía.

El asno de oro, IX, 11
(L. R. F.)[89]

337. La adúltera, el amante, la alcahueta y el burro

He aquí ahora una buena historia, excepcionalmente bonita y picante. He decidido contárosla. Empiezo.

El molinero que por compra me había adquirido, por lo demás buena persona y de las más normales, había tropezado con la peor de las mujeres, con la esposa más detestable del mundo: su matrimonio y su hogar eran tan sumamente desgraciados que, en verdad, yo mismo compadecía muchas veces en silencio su suerte. No hay defecto que se echara de menos en aquella monstruosa criatura; al contrario, todas las infamias se habían dado cita en su alma, como en una cenagosa cloaca: maliciosa, cruel, depravada, borracha, pendenciera, tozuda; tan avara en sus ignobles rapiñas como pródiga en sus vergonzosos gastos, estaba reñida con la buena fe y era enemiga declarada del pudor. Despreciaba y pisoteaba los poderes divinos; por toda religión, proclamaba sacrílegamente la existencia de un dios único: vanos simulacros sin contenido real con los que embaucaba a todo el mundo. Burlaba a su pobre marido, se embriagaba desde por la mañana y se entregaba a la prostitución a lo largo del día.

Ese ejemplar de mujer sentía contra mí un odio extraño. Ya antes de amanecer y sin esperar a levantarse, daba voces para que se enganchara a la máquina el asno recién llegado; luego, en cuanto amanecía, se colocaba a mi lado y exigía que en su presencia se me administrara una solemne paliza; y cuando era la hora del almuerzo y se soltaba a las demás

caballerías, ordenaba que no se me llevara al pesebre hasta pasado un buen rato.

Dicha manía había excitado muy particularmente mi natural curiosidad por penetrar en su carácter. Yo me daba cuenta de que un joven entraba con mucha frecuencia en su habitación: tenía el mayor interés por verle la cara, si en alguna ocasión la venda que me cubría la cabeza dejaba un instante de libertad a mis ojos. No me hubiera faltado habilidad para descubrir, por el procedimiento que fuera, la depravación de aquella mujer malvada. Había una vieja que era cómplice de sus liviandades y mensajera de sus galanes; pasaba el día a su lado: eran inseparables. Empezaban por desayunar juntas; luego, competían en servirse mutuamente copas de vino puro y acababan montando el escenario infernal de las malas pasadas que harían al pobre marido. Por mi parte, aunque gravemente resentido contra Fotis, que, por equivocación, había hecho de mí un asno cuando pretendía sacar un pájaro, no obstante, en mi deplorable deformidad disfrutaba al menos de una compensación: la de tener unas orejas muy grandes que me permitían oírlo todo con la mayor facilidad y a bastante distancia.

El asno de oro, IX, 14-15
(L. R. F.) [89]

338. La señora de Corinto: obsceno

Hubo en el círculo de mis admiradores una señora distinguida y de gran posición. Pagó como los demás para verme y se quedó encantada de mis múltiples monerías; insensiblemente pasó de la constante admiración a una increíble pasión; sin poner remedio a su extraño capricho, cual nueva Pasifae, pero enamorada de un burro, suspiraba ardiente-

mente en espera de mis abrazos. Acabó proponiendo al encargado de cuidarme una elevada suma como precio de una sola noche en mi compañía; él, sin pensar para nada si ello redundaría en mi propio provecho y pendiente tan sólo de su interés personal, aceptó la propuesta.

Concluida la cena, ya nos habíamos retirado del comedor del dueño y, al entrar en mi dormitorio, nos encontramos a la señora que llevaba ya rato esperando. ¡Bondad divina! ¡Qué lujo de preparativos! Cuatro eunucos a punto con todo un equipo de blandos almohadones llenos de suaves plumas, disponen en el suelo nuestro lecho, sobre el cual extienden con cuidado una alfombra bordada en oro y púrpura de Tiro; encima aun ponen otros cojines, pequeños desde luego pero en cantidad, de esos que usan las señoras elegantes para mullir sus mejillas y sus nucas. Y para no demorar más por su presencia las delicias de la señora, cierran la puerta de la habitación y se retiran. En el interior, unos cirios flamantes disipaban con su intensa iluminación las tinieblas de la noche.

Ella entonces se despoja de todas sus vestiduras e incluso del sostén que sujetaba su hermoso busto femenino; y, de pie junto al foco de luz, saca de un frasco metálico un aceite perfumado con el que se frota bien, ella primero, y luego se eterniza frotándome igualmente a mí con el mismo perfume, insistiendo con especial empeño en mi hocico. Me cubre entonces de tiernos besos, pero no como los que envían las prostitutas en los lupanares para mendigar moneditas o rendir a clientes reacios a pagar; no, al contrario, eran besos de verdad y desinteresados, acompañados de las más dulces palabras, como «te amo», «te deseo», «eres mi único cariño», «sin ti no puedo vivir», y de todas esas expresiones a que acuden las mujeres para seducir al prójimo o manifestar sus propios sentimientos. Luego, me cogió por la brida y le fue fácil hacerme acostar de la manera que me habían enseñado. Nada había en ello para mí nuevo ni difícil, sobre todo cuando tras una continencia tan prolongada veía llegar los abra-

zos apasionados de una mujer tan bella. Además, me había reconfortado previamente con vino abundante de la mejor marca; por último, el más delicioso perfume estimulaba de antemano el ardor de mis deseos.

Pero estaba vivamente angustiado; me daba verdadero horror pensar cómo podría acercarme con tantas patas y de tan notables dimensiones a tan delicada criatura. ¿Cómo abrazarían mis duros cascos aquellos miembros tan transparentes, tan tiernos que parecían hechos de leche y miel?

Sus finos y sonrosados labios destilaban una divina ambrosía: ¿cómo besarlos con una boca tan amplia, tan enorme y descomunal, cuyos dientes eran verdaderos bloques de piedra? Y, por último, aunque la lujuria consumiera sus miembros hasta las uñas, ¿cómo podría una mujer resistir una unión tan desproporcionada? «¡Pobre de mí, si estropeara a una noble dama! Me echarían a las bestias como un número más del espectáculo que prepara mi amo.»

Ella, entre tanto, continuaba con sus provocaciones, con sus besos ininterrumpidos, con sus tiernos suspiros y con sus miradas de fuego; y, como colofón: «Ya eres mío –exclamó–, ya es mío mi palomito, mi gorrioncito». Con ello demuestra que son vanas mis preocupaciones, que no tienen el menor fundamento mis reparos. Apretándome en estrecho abrazo, pudo con todo mi ser, con todo, como digo. Y cuando yo, por delicadeza, intentaba retirarme, ella volvía a la carga con mayor furia y se ceñía más de cerca agarrada a mi espalda. Por Hércules, hasta creí en mi impotencia ante sus ansias y comprendí que la madre del Minotauro buscara sus delicias en un amante mugiente.

El asno de oro, X, 19-22
(L. R. F.) (89)

339. Plegaria del asno a Isis: religioso

«Reina del cielo:

ya seas la Ceres nutricia, madre inventora de las mieses, que en la alegría de encontrar de nuevo a tu hija enseñaste a los hombres a dejar como pasto de animales la antigua bellota, para comer alimentos más agradables, y que ahora habitas los fértiles campos de Eleusis;

ya seas la Venus celestial, que, en los primeros días del mundo, uniste los sexos opuestos dando origen al Amor para perpetuar el género humano en una eterna procreación, y que ahora recibes un culto en el santuario de Pafos entre las olas;

ya seas la hermana de Febo, que, aliviando con solicitud a las parturientas, has alumbrado tantos pueblos, y que ahora te ves venerada en el ilustre templo de Éfeso;

ya seas la terrible Prosérpina, la de los aullidos nocturnos, la de la triple faz, que reprimes la agresividad de los duendes, cierras sus prisiones subterráneas, andas errante por los bosques sagrados y te dejas aplacar por un variado ritual;

tú, que con tu pálida claridad iluminas todas las murallas, con la humedad de tus rayos das vigor y fecundidad a los sembrados y en tu marcha solitaria vas derramando tenues resplandores;

sea cual fuere el nombre, sea cual fuere el rito, sea cual fuere la imagen que en buena ley hayan de figurar en tu advocación,

tú, asísteme en este instante colmado de desventuras,
tú, consolida mi tambaleante suerte,
tú, pon término a mis crueles reveses
y dame la paz.
Basta ya de fatigas,
basta ya de peligros.
Despójame de esta maldita figura de cuadrúpedo;

devuélveme a mi familia,
devuélveme mi personalidad de Lucio,
y si alguna divinidad ofendida me persigue con su
implacable cólera,
séame al menos lícito morir, ya que no me es lícito vivir.»

El asno de oro, XI, 2
(L. R. F.) (89)

340. Lucio recupera la forma humana y el sacerdote interpreta su vida

Ahora bien, el sacerdote, aleccionado por el oráculo nocturno –como pude comprobar– y maravillado de ver las circunstancias adaptarse con tanta precisión a la misión que se le había confiado, se detuvo de pronto y, alargando por propio impulso la mano derecha, colocó la corona al alcance de mi hocico. Yo, entonces, temblando de emoción, con el pulso acelerado y el corazón palpitante, me tiré sobre aquella corona de frescas y llamativas rosas, y ansioso de ver realizarse la promesa, las tragué de un bocado. No salí defraudado por la celestial promesa: al punto se esfumaron las horribles apariencias de animal que me envolvían. Empezó por caerme el basto pelambre; se me afina luego la recia piel, me desaparece la obesidad abdominal, los cascos de los pies dan paso a unos dedos con uñas, mis manos ya no son pies y se prestan a las funciones de miembros superiores, mi largo cuello recobra sus debidas proporciones, mi rostro y mi cabeza se redondean, mis enormes orejas vuelven a su reducido tamaño primitivo, aquellos dientes que parecían cascotes recobran proporciones humanas, y de aquella cola que antes era mi mayor suplicio... ¡no había ni rastro! El pueblo no vuelve de su asombro, las almas pia-

dosas adoran a la divinidad que ha manifestado tan claramente su supremo poder y cuya grandeza iguala la fantasía de las visiones nocturnas; todos pregonan a voz en grito y sin discrepancias lo fácil que ha sido la metamorfosis; todos tienden los brazos al cielo, como testigos del insigne favor de la diosa.

Yo, estupefacto, atónito, sin decir palabra e inmóvil, no podía con la felicidad tan repentina y tan completa que sentía. Ante todos, ¿qué podría decir y cómo empezar? ¿De dónde sacaría un exordio para estrenar mi voz? ¿Qué palabras serían de feliz augurio con ocasión de haber recobrado el lenguaje? ¿Qué términos serían bastante elocuentes para expresar mi agradecimiento a la augusta diosa?

El propio sacerdote, bien enterado, por divina inspiración, de toda la serie de mis desgracias, aunque no por ello menos conmovido él también ante el insigne milagro, mandó, por gestos, que ante todo se me diera un manto de lino para cubrirme; pues en cuanto el asno me había quitado de encima su nefando envoltorio, yo me había encogido y aplicado las manos estrechamente como velo natural para cubrir mi desnudez en la medida de lo posible.

Entonces, uno de los que integraban la piadosa escolta se quitó sin vacilar su túnica exterior y me la echó instantáneamente encima. Después de esto, el sacerdote, con ademán de inspirado y expresión verdaderamente sobrenatural, extasiado en mi presencia, habla en los siguientes términos:

–Después de tantas y tan variadas pruebas, después de los duros asaltos de la Fortuna y de las más terribles tormentas, por fin, Lucio, has llegado al puerto de la Paz y al altar de la Misericordia. Ni tu nacimiento ni tus méritos o tu destacado saber te han servido nunca de nada; la flor resbaladiza de una juventud ardiente te ha hecho caer en la esclavitud de la pasión, y has cosechado la amarga recompensa de una desdichada curiosidad. Pero la Fortuna, con toda su ceguera y con la pretensión de exponerte a los más graves peligros, en

su imprevisora maldad, ha guiado tus pasos hacia la felicidad de nuestra religión. Ahora ya se puede ir, ya puede dar libre curso a su furor y buscarse otra víctima para saciar su crueldad; pues las vidas que la majestad de nuestra diosa ha tomado a su servicio ya no están al alcance de un golpe hostil. Salteadores, fieras, esclavitud, idas y venidas por los más escabrosos caminos, diarias amenazas de muerte, ¿de qué ha servido todo ello a la implacable Fortuna? Ahora ya estás bajo la tutela de una Fortuna, pero ésta es clarividente y hasta ilumina a los demás dioses con su esplendorosa luz. Pon ya una cara más alegre, en consonancia con tus blancas vestiduras, y súmate con paso triunfal al cortejo de la divinidad salvadora. Abran sus ojos los impíos, vean y reconozcan su error: ahí va, libre de sus pasadas angustias por la providencia de la gran Isis, ahí va Lucio, feliz y triunfante vencedor de su destino. No obstante, para mayor seguridad y garantía, alístate en esta sagrada milicia, para la cual hace pocas horas la diosa requirió tu juramento, conságrate desde este instante al servicio de nuestra religión y sométete voluntariamente al yugo de ese ministerio. Pues, cuando hayas entrado al servicio de la diosa, entonces sí que sentirás las dulzuras de tu libertad.

El asno de oro, XI, 13-15
(L. R. F.) (89)

341. Apuleyo no es un hombre guapo ni bien peinado

Has oído, en efecto, hace unos instantes que, al principio de la acusación, se decía lo siguiente: «Acusamos ante ti a un filósofo apuesto y, ¡oh crimen abominable!, muy elocuente tanto en la lengua griega como en la latina». Con estas mismas palabras, si no me engaño, inició su acusación contra

mí Tannonio Pudente, hombre ya célebre y no precisamente como buen orador. ¡Qué más quisiera yo que fueran fundadas esas acusaciones tan graves de hermosura y elocuencia que se me echan en cara como defectos! No me habría sido difícil responderle como el Alejandro de Homero a Héctor:

«No son de despreciar en modo alguno los hermosos presentes de los dioses. Éstos suelen otorgárnoslos por su cuenta, aunque no los pidamos, y a muchos no les caen en suerte, aunque los quieran».

Esto es lo que yo hubiera respondido respecto a la hermosura. Añadiría incluso que también les está permitido a los filósofos ser de agradable presencia; que Pitágoras, el primero que se dio asimismo el nombre de filósofo, fue el hombre más apuesto de su tiempo; que el famoso Zenón el Antiguo, oriundo de Velia, el primero que, mediante un hábil artificio, supo reducir toda proposición a términos contradictorios, fue también de gran prestancia física, a juicio de Platón; que se ha transmitido igualmente el recuerdo de otros muchos filósofos de porte muy agraciado, los cuales hicieron resaltar aún más su atractivo físico con el ornato de una conducta siempre digna. Pero este tipo de defensa, como ya he dicho, nada tiene que ver conmigo en absoluto; además de la vulgaridad de mi aspecto físico, la continuidad de mis trabajos literarios elimina de mi persona toda gracia, mina mi salud, seca mi jugo vital, marchita el color de mi tez y debilita mis fuerzas. El propio cabello, que mis adversarios, con una mentira manifiesta, han dicho que lo llevo largo, para sacarle partido a su hermosura, ya ves tú mismo cuán gracioso y atractivo es. Erizado, enredado y revuelto, parecido a un manojo de estopa, irregularmente encrespado y apelotonado en abultados mechones, imposible de desenredar a causa de mi larga despreocupación, no ya de cuidármelo, sino incluso de peinármelo y desenredármelo: a mi juicio, ya ha quedado suficientemente refutada la acusación contra mi

cabellera que ellos formularon como si se tratase de un crimen capital.

Apología, 4
(S. S. M.) (90)

342. La muerte del poeta Filemón

Este Filemón fue un poeta, un comediógrafo de la Comedia Nueva. Escribió obras para el teatro, al mismo tiempo que Menandro, y compitió con éste. Es posible que no lo igualara, pero fue al menos su rival. Incluso llegó a vencerlo en repetidas ocasiones, y es triste tener que decirlo. Sin embargo, se podrían hallar en sus comedias muchos rasgos de ingenio, temas tratados con gracia, reconocimientos desarrollados con luminosa naturalidad, caracteres acordes con la situación, pensamientos que reflejan fielmente la vida. En sus chistes no desciende hasta la chocarrería, ni en los pasajes serios se eleva hasta las cimas de la tragedia. En este autor son raras las seducciones, no acaban en desastre los errores, los amores son lícitos. Aparecen, no obstante, en sus obras el alcahuete perjuro, el fogoso enamorado, el esclavillo trapacero, la amante coqueta, la esposa despótica, la madre indulgente, el tío gruñón, el amigo servicial, el soldado peleón, así como también los voraces parásitos, los padres tacaños y las cortesanas provocativas. Con tales títulos de gloria había alcanzado fama en el arte de la comedia. Cierto día estaba recitando ante el público un pasaje de una obra, que acababa de componer, y cuando se hallaba ya en el tercer acto, que es el que en las comedias suele provocar las emociones más agradables, he aquí que estalló de pronto una tormenta, como la que me interrumpió hace muy pocos días, cuando yo hablaba ante vosotros, e hizo que se dispersaran los oyen-

tes allí reunidos y se aplazara la audición comenzada. A pesar de todo, a petición de varios oyentes, prometió que acabaría su lectura, sin interrupción, al día siguiente.

Así, pues, ese día se reunió un numeroso público, dominado por la mayor curiosidad. Cada uno se sitúa frente al escenario, lo más cerca posible. El que llega más tarde hace señas a sus amigos, para que le reserven un sitio para sentarse; los que están en los extremos de los bancos se quejan de que se les empuja fuera de los graderíos; el teatro rebosa de espectadores; se amontona en él una multitud compacta; comienzan a charlar unos con otros: los que no habían asistido el día anterior preguntaban lo que se había dicho antes; los que habían asistido a la lectura les repiten lo que habían escuchado; y todos, sabedores ya del principio, esperaban la continuación del relato.

Mientras tanto iba pasando el tiempo y Filemón no acudía a la cita. Algunos censuraban la falta de puntualidad del poeta, los más, en cambio, salían en su defensa. Mas, cuando llevaban sentados más tiempo de lo que era razonable y Filemón no aparece por ningún lado, se envía a algunos bien dispuestos, para que le hagan venir, y éstos lo encuentran muerto en su propio lecho. Acababa de expirar y su cuerpo, ya rígido, yacía inclinado sobre los cojines, como si estuviera aún meditando; su mano sujetaba todavía el rollo del manuscrito; su boca se apoyaba aún en el volumen, que se mantenía vertical; pero el poeta no tenía ya el soplo de la vida, ya no se acordaba de su libro, ya no se preocupaba de su auditorio. Los mensajeros, que habían entrado en su alcoba, se quedaron clavados, impresionados por aquella situación tan inesperada, maravillados por el espectáculo de una muerte tan bella. Después volvieron al teatro y anunciaron al público que el poeta Filemón, mientras era esperado en la escena, para que diera fin a un tema ficticio, había consumado en su casa el drama real de su vida, se había despedido de las cosas de este mundo, había solicitado de sus espectadores el

aplauso final y suplicado a sus amigos su dolor y su llanto. La lluvia del día anterior había sido para ellos presagio de lágrimas. Su comedia había abocado antes a la antorcha fúnebre que a la antorcha nupcial. Y puesto que el mejor de los poetas había abandonado su papel en el teatro de la vida, deberían ir todos directamente desde el teatro, en donde esperaban escucharlo, a sus funerales y recoger ahora sus huesos y pronto sus poemas.

Flórida, 16, 6-18
(S. S. M.) [90]

ÍNDICE DE AUTORES ANTIGUOS

(Los números remiten al Catálogo de textos, pp. 77 y ss.)

ÍNDICE DE TRADUCTORES

(Los números remiten al Catálogo de textos, pp. 77 y ss.)